

Una conjura cambiará el destino de Roma

MIGUEL ÁNGEL
MANRIQUE

EL CIELO DE BITINIA



Miguel Ángel Manrique
El cielo de Bitinia

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Miguel Ángel Manrique, 2017

© de la edición en papel, Miguel Ángel Manrique, 2018

www.miguelangelmanrique.es

Primera edición: febrero de 2018

También disponible en su versión ebook en Amazon

De venta en Amazon, CreateSpace eStore y cadenas asociadas

*A Beatriz, Nerea y Jaime,
de los que soy plena y conscientemente esclavo.*

Corto y hábil es el sendero de la especulación,
pero no conduce a ninguna parte.
Largo y penoso es el camino del experimento,
pero nos lleva a conocer la verdad.

GALENO DE PÉRGAMO
Médico griego, siglo II d.C.

Dramatis Personae

(Se detallan por orden alfabético para no desvelar su relación en la trama, así como se describe su situación tal y como aparece por primera vez en el texto. En cursiva los que no son personajes históricos)

Aquilino mercader de aceite hispano
Aquilina Faustina hija de Aquilino
Aristobulo prefecto del pretorio de Carino
Arrio Aper prefecto del pretorio de Numeriano
Astyanax gladiador
Bahram II rey del imperio sasánida
Barbo, propietario del *ludus* de Capua
Caro emperador, padre de Numeriano y Carino
Cato esclavo en el palacio del Palatino
Carino César, hijo de Caro y hermano de Numeriano
Carolus hijo de Sempronio
Cosme campesino de Corduba
Decimo Antonino senador
Didio Craso maestro arquitecto de Carino
Diocles cónsul *suffectus*, comandante pretoriano
Eumelia ama de cocina en casa de Publio Mesala
Flavia Severa hija de Tiberio Severo
Galeria Valeria hija de Prisca y Diocles
Gregorius senador
Hieracles consejero de Diocles
Iacobus portero de la domus de Decimo Antonino
Julio Calpurnio secretario de Caro
Kalendio gladiador

Khalima esclava mauritana
Livia Mesalina hija de Publio Mesala
Lucio Caracalla equite del ejército de Diocles
Lucio Vespasiano Longino legatus de Corduba
Magna Urbica esposa de Carino
Marco Aurelio Nigriniano hijo de Carino
Marcio pretoriano del ejército de Arrio Aper
Maximiano comandante del ejército romano
Minervina hija del senador Decimo Antonino
Myriam esposa de Decimo Antonino
Myriam esposa de Cosme y campesina de Corduba
Nayra hermana de Khalima
Numeriano César, hijo de Caro y hermano de Carino
Ormuz hermano de Bahram II
Osio predicador de la iglesia cristiana
Poro legionario veterano
Postumo amigo de Carino y esposo de Aquilina Faustina
Prisca esposa de Diocles
Publio Livio Mesala magistrado cristiano
Quinto Tulio senador
Sabino Juliano usurpador al trono imperial
Sempronio maestro albañil de Corduba
Servilius capataz de la villa de Quinto Tulio
Sexto Sertorio legionario cohorte de Numeriano
Tiberio Flavio Severo médico romano
Tito Modio legionario cohorte de Numeriano
Valerio tribuno hijo de Poro
Zosimo mercader de esclavos

Exordium

PRÓLOGO

Noviembre de 284

CERCA DE NICOMEDIA

Cuando al décimo día no hubo más noticia de él que el hedor que su carroza desprendía, las tropas no pudieron contener el murmullo general de un secreto que ya no pasaba desapercibido para nadie. Los hombres aprovechaban cualquier situación para enzarzarse en vívidas discusiones e indiscretas elucubraciones acerca de su inminente destino. Habían sido llamados a replegar sus posiciones en Persia y acompañar al emperador a Nicomedia —provincia de Bitinia—, y ahora una gran duda alimentaba la incertidumbre en cada miembro del ejército: su destino no estaba nada claro. Las habladurías acerca del mal fario del joven emperador Numeriano habían llegado a cada rincón del Imperio. ¿Acaso eran ciertas? ¿Estaba el muchacho predestinado a ser una carga para el ejército y el Imperio romano? Aquellos chismes se ramificaban como las raíces de un viejo árbol y acompañaban las más mundanas actividades.

Con todo, algunos soldados excavaban una zanja alrededor del perímetro donde debía levantarse el campamento y otros cortaban leña apilándola en bloques —que una vez trabajada serviría de empalizada defensiva—, otros muchos ordenaban las tiendas y las disponían en una perfecta hilera respetando un más que asumido plan jerárquico; pero todos tenían algo en común mientras se afanaban en sus quehaceres: todos aprovechaban el más mínimo momento para especular acerca del enigmático estado del emperador

en aquel viaje de vuelta desde la maldita tierra persa.

El ejército por completo vivía sumido en una tensa calma que, con cada día que pasaba, crecía todavía más dentro de su seno, convirtiendo todo el castro en un hervidero de rumores y habladurías que nunca se terminaban de confirmar. Y aquello, evidentemente, era el caldo de cultivo perfecto para que la imaginación de los supersticiosos legionarios aflorara como lo hacía la hierba fresca en primavera.

Aquel anochecer era frío. Todo lo frío que podía ofrecer la provincia de Bitinia cuando el sol se precipitaba y se perdía tras el horizonte una vez el undécimo mes había gastado la mitad de sus días. La gélida brisa estaba acompañada por una fina y copiosa llovizna que obligaba a los soldados a apresurarse en las tareas rutinarias a punto de cumplir la duodécima hora, cuando muchos ya se preparaban para la *prima vigilia*.

En esos momentos eran abundantes los trajines que se requerían cuando un ejército hacía la parada diaria tras una jornada de fatigosa marcha y los legionarios cumplían fielmente la tradición de descansar una vez anochecía, pues la vida militar comenzaba con las primeras luces del alba y concluía con el ocaso.

El frío de la noche no era lo único que envolvía a aquellos soldados en ese momento, pues la incertidumbre acerca de qué pasaría con sus vidas si el emperador no daba muestras de vida en poco tiempo se había convertido en un desasosiego generalizado que había comenzado a adoptar todos los matices de una maldición. Muchos pensaron en su vuelta a casa, en el fin de su larga reclusión al servicio de Roma si se confirmaba la muerte del emperador, pero ¿en qué condiciones lo harían? Ser un soldado licenciado de las legiones romanas no siempre conllevaba una generosa y próspera vuelta a la vida en la ciudad, quizá como mercader o al frente de un pequeño negocio. No, aquello no era garantía alguna y muchos, sin embargo, acabarían en las puertas de templos y edificios públicos suplicando por una limosna en los días festivos cuando se ofrecieran sacrificios, o ante las mesas de los prestamistas que se afanaban con sus musculosos esclavos en expulsar a aquella chusma de las inmediaciones de su negocio.

El Imperio romano no garantizaba que años de servicio a su propósito fueran argumento inapelable que certificase gratificación alguna. Aquel disyuntivo y turbador pensamiento era algo de lo que otros muchos legionarios no habrían de preocuparse en aquella gélida noche, en especial,

aquellos que no poseían hogar alguno al que volver. Para estos, la situación era mucho más desesperada si cabía. Necesitaban noticias de su emperador en el más breve período de tiempo.

Aquella noche, el prefecto de pretorio Arrio Aper avanzaba por el *cardo maximus* —pequeña calle que dividía el castro de norte a sur y desembocaba en la enorme y compleja tienda del emperador situada en el centro del campamento— bajo la fina capa de lluvia, empapado hasta los huesos que escondía bajo la pulida y hercúlea armadura. Su rostro era imperturbable y severo y arrastraba su solemne porte dejando su huella en negativo tras cada paso que daba en el escurridizo lodo que marcaba cada uno de los pequeños clavos que poblaban las suelas de sus sandalias. Los pocos soldados que aún quedaban por terminar sus quehaceres y que se preparaban para el retiro contemplaban de soslayo su regio caminar, acompañando su perplejidad con un murmullo que crecía con cada paso que acercaba al prefecto del pretorio a la tienda del emperador.

El ansiado momento parecía haber llegado.

Unos llamaban a otros y se apresuraban a salir de las tiendas arracimados para contemplar lo que parecía ser la confirmación de que el Imperio de Roma iba a cambiar de manera drástica aquella misma noche. Pese a que todo el mundo había sido advertido en no molestar al emperador, esa noche el prefecto de pretorio se dirigía con paso solemne hacia la tienda de Numeriano y eso era algo que hacía de aquella noche, una noche diferente que nadie quiso perderse.

Arrio Aper no obtuvo resistencia alguna una vez que hubo llegado al fin a la puerta de la tienda donde debía descansar el emperador. En cierto modo era lógico, pues no era la primera vez que Aper había mantenido una reunión con el emperador pues ocupaba el puesto más importante en el escalafón militar tras el del propio augusto. A decir verdad, el prefecto del pretorio era el puesto de mayor rango y confianza en el ejército romano ya que era considerado como la mano derecha del mismo emperador; muchos habían aconsejado a sus emperadores en no pocas cuestiones y decisiones políticas, económicas y bélicas eran a menudo tomadas en base a aquellos consejos que emanaban de sus pretorios.

Los dos legionarios al servicio del emperador, que velaban el acceso al interior de la tienda, conocían bien a Arrio Aper pues él era su superior, y por ello no hicieron el más mínimo gesto por detener aquella situación,

permitiendo al pretoriano entrar sin más esfuerzo que el de apartar poco a poco las gruesas y empapadas cortinas de lona color tierra. El gesto terminó descargando un reguero de gotas de agua heladas sobre el casco crestado que Arrio Aper portaba, pero éste no hizo gesto alguno pese a que alguna de las gélidas gotas entrara de forma escurridiza por la parte trasera de la gorguera de su armadura que, de seguro, terminaron por penetrar en el interior helando la cálida piel de su espalda.

El ruido que el peso de la tela hizo tras de sí al volver a caer sobre su posición original, cerrando herméticamente la tienda del emperador, apenas estremeció a los dos guardias que tan solo gesticularon con un tímido pestañeo.

El olor en el interior era insoportable. La oscuridad era todavía, si cabía, más acusada pues la ausencia total de luz por medio de candelabros o candiles venía acompañada por la caída del atardecer cuya tenue luz era tamizada y diluida por la gruesa tela de lona que conformaba la tienda. El prefecto del pretorio hubo de tomar una pequeña lucerna —de dos picos y decorada con un tondo de Febo, diosa de las artes, la belleza y la luz y con asa anular que reflejaba el exquisito gusto de la pieza de barro cocido rosado—, y con ayuda del *igniarius* frotó el sílex hasta que la mecha hundida en el interior del aceite de la lucerna prendió y comenzó a iluminar tímidamente el interior de la tienda. Movi6 el pequeño objeto intentando dar luz a cuanto encontraba a su alrededor. Aper conocía bien la tienda pero aún así podía admitir en su fuero interno una punzada de envidia por no disfrutar aquello en sus propias carnes. Su tienda, pese al importante puesto que ostentaba, no llegaba al nivel de lujo que un emperador podía disfrutar, y aquello era algo que a Arrio Aper hería en su orgullo de la forma más profunda. Numeriano disfrutaba de una amplia y cómoda estancia separando pequeñas y diferentes zonas por medio de sutiles y delicados cortinajes. Todo cuanto quedaba al exterior, cercano a la puerta de la tienda, eran dependencias destinadas al desarrollo militar y no faltaban mesas y estanterías repletas de rollos de pergaminos, legajos y enormes mapas trazados a base de correcciones con fútiles tácticas militares. Tras un rápido vistazo, el prefecto del pretorio atisbó que tras el sinuoso resplandor todo parecía estar en orden.

La tenue luz propagaba vibrantes y nerviosas sombras que se proyectaban sobre las paredes de la tienda como si tímidos y oscuros demonios danzaran

sobre la plana y amarillenta superficie. Él sabía que el emperador debía encontrarse allí, en algún lugar, pero la oscuridad, el silencio y el misterio que envolvía el interior fueron motivos suficientes para hacer erizar el vello de sus brazos.

Con cada paso que lo acercaba aún más a la zona interior —al propio núcleo de la tienda—, notaba aún más palpitar su corazón que comenzaba a sentir golpear en sus sienes. Las dependencias internas eran las estancias privadas del emperador, allí donde descansaba tras largas jornadas preparando la batalla, allí donde yacía con alguna de las concubinas solo accesibles al augusto de Roma. En el caso de Numeriano, ese lugar era donde pasaba horas enfrascado en lecturas y escribiendo versos, pensó Aper. Aún así, tomó todo el cuidado del mundo en utilizar la lucerna para encender los candiles de tres pies que eran tan altos como un hombre.

La estancia comenzó a iluminarse un poco más y los vagos demonios dibujados por el tintineo de la escueta luz tornaron en un cuadro pleno de formas y volúmenes. Arrio Aper no dudó en mirar derredor, buscando con sus inquisitivos ojos cualquier atisbo de noticia del emperador. Más rollos de pergamino y tablillas de cera con despachos, copas de vino aún con bastante contenido en su interior y todo cuanto uno podía encontrar en el scriptorium de un hombre más preocupado por las artes que por la guerra fue todo lo que encontró.

Continuó paso a paso hasta lo más profundo de la tienda.

De súbito recapacitó que tan solo quedaba un sitio donde mirar: la estancia aún más privada del emperador; allí donde todo el mundo tenía prohibido acceder. Levantó su mano derecha para apartar la suave y delgada cortina verde traslúcida, pero justo cuando apreciaba el tacto de la tela, antes de mover un solo músculo, atisbó cómo el hedor era absolutamente repulsivo. La acumulación de moscas en el interior de la tienda era algo de lo que se había percatado nada más entrar aun en la penumbra, pero justo ahí, en la estancia privada del emperador era todavía peor. De un duro y seco golpe tiró de la cortina que arrancó sin miramientos mientras se llevaba la otra mano a la cara, intentando tapar su boca y nariz para evitar que aquella hediondez le martirizase los sentidos al punto de caer desmayado. Al momento un pensamiento comenzó a devanarle los sesos y poco a poco comprendió qué estaba ocurriendo, temeroso de que aquello cuanto se murmuraba en el seno de las tropas podía ser una realidad.

El emperador Numeriano yacía en la litera de viaje que había utilizado desde que había comenzado su viaje de vuelta a Nicomedia, en el lecho de su catre de plumas de oca con el tono macilento de una piel putrefacta, que dibujaba unos tonos fríos y blanquecinos que dejaban entrever todo un entramado de venas de color azulado, perfilando una expresión en la que todavía podía observarse cómo su paso a la otra vida no había sido dulce ni sosegado. En su aterrado rostro podía leerse el dolor producido un instante antes de morir gracias a unos enormes ojos abiertos en las descomunales órbitas. Aper pensó que aquel semblante de dolor debía haber sido originado por algún tipo de sentimiento sobrevenido más que por las propias heridas que presentaba, pese a que era evidente que le habían abierto el cuello.

Había sido asesinado.

Roma estaba en problemas, pensó.

La escena no podía corresponder a un final debido a la atípica enfermedad ocular que muchos días antes se había comunicado al grueso de la tropa y que había servido como germen desde el que habían brotado numerosas elucubraciones y recelos en prácticamente todos los legionarios durante cada jornada de camino a la ciudad de Nicomedia.

La noticia se extendió por cada rincón del campamento una vez que Arrio Aper confirmó al ejército que el emperador había muerto.

Era el undécimo día de noviembre.

Diez días antes —en las *calendas* de noviembre, cuando el undécimo mes gastaba su primer día—, Numeriano se retiró a descansar a su tienda bajo una tremenda tormenta; el día había sido agotador en una de las primeras jornadas de regreso hacia Nicomedia. Más que el agotamiento físico, lo que en realidad perturbaba la joven e inexperta mente del emperador era los motivos, la razón lógica que había empujado a la mayor potencia militar del mundo conocido a emprender la marcha de vuelta hacia algún lugar donde recluirse.

Todavía no podía creer que se encontrase en aquella tesitura, comandando a su ejército en retirada buscando un lugar donde recapacitar acerca de lo sucedido y, haciendo gala del ímpetu conquistador de Roma, volver a intentarlo cuando los augurios fueran más propicios. Pero ¿era él capaz de liderar aquella nueva situación que los acontecimientos habían precipitado? Definitivamente, una mente lógica como la suya no tomaría decisiones

arriesgadas y poco calculadas como lo había hecho su padre Caro, o como lo hizo Probo con anterioridad antes que aquel.

No, él no tomaría decisión alguna llevado por los irracionales impulsos sin garantizar que los augurios le fueran propicios.

Todo el castro descansaba cuando la oscuridad terminó por abrazar al pequeño calvero donde hubieron de hacer escala y que el tremendo aguacero amenazaba con anegar. Numeriano dio gracias a los dioses por infundirles la costumbre de construir el campamento sobre un pequeño promontorio de tierra amontonada que extraían de los fosos del perímetro. En aquel momento, tomó aquella descarga descomunal de lluvia como un signo de mal fario, como si la maldición de la que la tropa comenzaba a murmurar no los hubiera abandonado en su salida de Emesa, sino que los hubiera acompañado en cada paso que los alejaba más de la extraña tierra de oriente que dejaban atrás. Como si la hubieran adquirido allí para siempre y fueran donde fuesen lo acompañaría hasta el fin de sus días.

Aquel pensamiento turbó el espíritu de Numeriano que se mostró aún más apesadumbrado. En momentos como aquel tan solo la lectura de viejos textos junto a un buen vaso de vino agrio aguado lo reconfortaba hasta quedarse sumido en un relajante sopor.

El silencio del anochecer solo era roto en pequeños intervalos por lejanos aullidos de lobos que merodeaban la zona a la espera de cazar algún buen botín ya fuese hurtado carne en salazón, fruta o cereal de la tienda de provisiones o dando cuenta de cualquier legionario despistado al que poder atacar en manada. De lo primero, el castro estaba escaseando en aquel momento y la comida y agua eran cada vez más exiguos. De lo segundo, al contrario, cada día se descubría una nueva desaparición en el seno del ejército. «Desertores huyendo de la maldición» pensaron en un principio, pero cada día que pasaba cobraba más fuerza la teoría de que eran los malos augurios y demonios que acompañaban al emperador y que terminarían sumiendo a cada uno de los soldados rindiendo cuentas al mismísimo dios Plutón antes de lo deseado.

Mientras una insólita calma se apoderaba de cada rincón del castro, unas sandalias de tiras de cuero cruzadas hasta media pierna con uno de los tirantes más oscuro de lo habitual y con clavos remachados en la suela que se anclaban al lodazal, se cargaban cada vez más del pesado barro mientras acompañaban paso a paso a una misteriosa sombra hasta la parte posterior de

la tienda del emperador.

Aquella zona estaba desprotegida pues los dos guardias pretorianos que hacían la vigilia lo hacían en la parte frontal de la tienda.

La sombra arrancó varios clavos enormes de hierro de punta cuadrada —algo oxidados, que anclaban la parte baja trasera de la tienda al agreste terreno— abriendo el hueco necesario, al levantar la pesada lona, para deslizarse hacia el interior como un fantasma que no deja huella.

La oscuridad más absoluta reinaba en el interior de la tienda del emperador, tan solo iluminada por cada ráfaga de luz que la monumental tormenta descargaba de cuando en cuando.

El misterioso desconocido se acercó lentamente hacia el lecho donde el emperador descansaba. Sobre su pecho, unos pequeños rollos de pergamino que el augusto de Roma había estado leyendo antes de que el sopor se apoderara de él.

Una humeante lámpara denotaba que la pequeña llama utilizada para iluminarse en la lectura hacía poco que se había apagado exhausta. El pulso comenzó a acelerarse y su sangre se concentraba en sus sienes y en su mano derecha, donde apretaba aún más la pequeña daga afilada que unos instantes antes había desenvainado de su elegante funda de latón decorada con bellos relieves de Diana, diosa de la caza. Apenas se encontraba a un metro ante el joven rostro del emperador que se encontraba abrazado al más profundo de los sueños con tan solo el ruido de la enorme descarga de agua y viento sobre la tela que hacían bambolear la tienda sumida en una siniestra danza.

De un único tajo desgarró el cuello del emperador con su *pugio*, abriendo la crujiente tráquea y produciendo un sonido seco y quedo como una cáscara de nuez al separarse en dos. El asesino hubo de emplear aún más fuerza empujando con el peso de su propio cuerpo, cerciorándose de hundir la pequeña daga todo lo que pudo hasta que el cálido líquido escarlata fue percibido por su mano al quedar impregnada. Del cuello abierto del emperador brotó tal cantidad de sangre que salpicó todo a su alrededor. El ejecutor del emperador pudo notar el sabor de la sangre entrar en su boca y la misma se roció sobre sus ojos enrabiados por la furia descargada en el ataque. El líquido denso y oscuro goteaba y regaba el suelo empedrado de la tienda provocando pequeños regueros y surcos como los que el Tíber producía al atravesar Roma y morir en el Mare Tyrrhenum. El emperador Numeriano solo tuvo tiempo de abrir los ojos de para en par y asumir, en una fracción de

segundo, que estaba siendo ejecutado por alguien de su propio ejército.

Cuando el primero de Roma hubo cesado en su forcejeo y sus brazos cayeron como el pesado plomo, la misteriosa sombra emprendió el camino de vuelta hasta el pequeño agujero en la parte trasera de la tienda, aunque nunca antes de asegurarse que el interior del emperador no conservaba gota alguna de sangre ni vida.

Una vez fuera, comenzó a colocar la pesada tela de lona y a clavar de nuevo los oxidados clavos de hierro apoyando todo su peso sobre las manos y hundiendo las puntas de hierro sobre la blanda tierra con facilidad, echó una última mirada al interior de la carpa y dejó que el agua derramada por el cielo de Bitinia limpiara el mar de sangre acumulado en el suelo de la tienda imperial, en un castro establecido a unas pocas millas de Nicomedia.

Aquel vago pensamiento aceleró aún más la presión sanguínea del misterioso asesino mientras volvía al nido de tiendas del interior del perímetro, donde podría volver a pasar desapercibido en su *contubernium* tras su homicida escaramuza, oculto entre las sombras.

A la mañana siguiente, se había comunicado que el emperador sufría una enfermedad ocular y que éste quedaría recluido en su tienda y carroza imperial durante todas las jornadas de viaje que restaban. Nadie, ni la guardia pretoriana ni el prefecto de pretorio podrían molestar al emperador confinado en su litera hasta su llegada a la ciudad de Nicomedia.

Aquellas fueron las órdenes dadas y que todo el mundo debía esmerarse en cumplir.

Diez días después, llegaría la confirmación por parte de Arrio Aper, de la muerte del emperador.

Lo cierto era que aquella noche de noviembre había alguien que conocía aún más acerca de lo que había sucedido. Un soldado que era parte del ejército del emperador Numeriano, que desplegado en Siria se vio obligado a volver a Nicomedia junto con el resto de las legiones conocía algo más del asunto. Aquella fría noche de noviembre de hacía diez días, mientras una terrorífica tormenta descargaba sobre el campamento de campaña de las legiones XVI Flavia Firma y IV Scythica, había un único hombre que lo había visto todo, que sabía a quién pertenecían aquellas características sandalias con una tira de cuero más oscura de lo habitual y que conocía la identidad del asesino del emperador.

Y fuera lo que fuese a acontecer en una nueva era de Roma debía jugar

bien sus cartas.

PARS PRIMA

PRIMERA PARTE

De agosto a septiembre de 283

Agosto de 283

SELEUCIA

La enorme muralla de adobe estaba atestada de arqueros en cada uno de los vanos que se dejaban entrever en la simétrica hilera de almenas, y aunque el grueso de sus tropas aún permanecía en el interior de la ciudad, su disposición parecía dejar claro de forma evidente que el ejército persa vendería cara la entrega de la ciudad de Seleucia y que la sangre romana, o buena parte de ella al menos, habría de ser derramada en la árida arena antes de hacer sucumbir a su dominio a una de las ciudades más ricas de oriente.

La ciudad de Seleucia ocupaba buena parte de la ribera del Tigris, allí donde la serpiente verde dibujaba un caprichoso recodo, lo que propiciaba no solo un buen abastecimiento de agua para consumo y regadío sino un perfecto enclave de comunicaciones mercantiles. No en vano allí llegaban navíos cargados con las codiciadas sedas procedentes de Asia y que posteriormente los persas se ocupaban de vender a mercados occidentales desprovistos de tal lujo, incluido el mercado romano, donde cada vez era más frecuente el uso de la preciada tela. Aquella rica actividad comercial era bien conocida por los romanos, cuya ambición había llevado a otros emperadores, incluso antes que al emperador Caro, a marchar en busca de conquista allá donde la tierra era desconocida y donde las legiones desfallecían abandonadas por sus dioses. La dorada tierra persa se convertía en la peor de las pesadillas para las tropas romanas, pagando así la factura de las ambiciosas aspiraciones políticas de sus emperadores.

Cuando Caro hubo ascendido al poder, siendo nombrado emperador tras el asesinato de Probo, aquel quiso continuar con la expedición en tierras persas. Caro lo demostró con arrogancia, enviando tan solo una simple nota al Senado romano —que ya comenzaba a perder su poder—, apostando de forma firme y enérgica por su idea, enarbolando su orgullo y ambición y

dejando bien claro que no estaría dispuesto a ceder ante ningún órgano oficial, por mucho Senado que fuese. Quizá con la República el Senado tenía tales capacidades de decisión, pero no cuando hubo llegado el Imperio.

El emperador Caro quería conquistar lo que otros muchos habían intentado sin éxito alguno y juró a los dioses que así lo haría. Las riquezas de Seleucia pasarían a formar parte del tesoro de Roma, y lo serían gracias a él.

Las escaramuzas y enfrentamientos con las tribus persas habían estado siempre presentes en los últimos años, al igual que aquellas otras tribus galas o germanas. Era un continuo de enfrentamientos y pequeñas batallas con el objetivo de marcar objetivos más que grandes contiendas bélicas en busca de conquista. Muchas veces consistían en pequeñas contiendas de sangre debido al impago de ciertos tributos que Roma mantenía con algunas tribus si éstas cumplían con su parte del trato de no interferir en los intereses del Imperio. El ejército había tenido que ir desplegando las legiones hacia los límites del Imperio, descentralizando sus acuartelamientos hacia los *limes* con la intención de protegerse de aquellas pequeñas invasiones. Era habitual conquistar y ceder pequeños espacios de terreno en una lucha continua e incesante que obligaba a mantenerse siempre alerta y preparado.

El perfil de la ciudad de Seleucia se dibujaba tras la vaporosa bruma que el calor de la sexta hora —a medio día—, acumulaba sobre la llanura. Allí, en un calvero de tierra yerma y sobre un pequeño promontorio se levantaba la ciudad envuelta en unos enormes y gruesos muros de adobe y piedra. En el interior de los muros, cerca del río, una imponente meseta se erguía orgullosa coronada por edificios y una gran torre se elevaba al cielo sobre lo que parecía una escalinata a modo de antiguo teatro, de los que bien conocían en Roma. Sin duda, la influencia helénica griega era evidente y conjugaba a la perfección con los detalles típicamente persas. La mezcla de cultura griega y persa debía ser solo una muestra de la riqueza que había intramuros, pensó Caro. «Y todo será para Roma gracias a mi campaña militar», se dijo.

Las legiones de Caro estaban perfectamente organizadas, cada elemento del engranaje sabía desempeñar su papel a la perfección y todo en conjunto resultaba en una máquina de guerra capaz de arrasar todo cuanto encontraba a su paso. Si algo era impresionante en el ejército romano, era la disciplina. Incluso incorporando al mismo a aquellos bárbaros y delincuentes que, como esclavos, eran alistados y llamados a la leva de forma inexcusable. Solo Roma sabía que aquellos miserables, aun sin tener nada por lo que luchar en nombre

de un Imperio que había destrozado sus vidas, terminarían haciéndolo a pies juntillas; no les quedaba otra. El rodillo del Imperio arrasaba de forma contundente cualquier resquicio de vida, siempre dejando una benévola oportunidad que se podía tomar o dejar a voluntad.

En el ejército romano apostado ante las murallas de la ciudad los había que sabían que su participación en la batalla sería irremediablemente corta. Los había también que se reconocían como primera línea de investida y, de forma irreparable, saldrían malparados. Otros muchos conocían de los temibles arqueros persas y miles de hileras de hombres escudados no eran nada para contener aquello que decían las malas lenguas acerca de las flechas sasánidas. Se decía que la fuerza de los arcos persas era capaz de lanzar los proyectiles con tal potencia que atravesaban incluso los imponentes escudos romanos. Caro se preguntó si aquello era realmente cierto, si las flechas persas eran tan temibles como decían los textos y como contaban las historias.

Cada soldado de los que blandía espada o lanza sabía dónde estaba su mísera posición y la asumía con la gratitud que el Imperio permitía. Pero podría ser peor. Estaban vivos de momento, y aquello era motivo suficiente para seguir adelante, se dijo el emperador.

Diez hieráticas columnas. Ocho ordenadas filas. Ochenta hombres conformaban cada centuria perfectamente agrupada en rectángulo. Casi un centenar de diferentes vidas e historias reunidas en perfecta sincronía por el beneficio de Roma. ¿Quién les había preguntado si deseaban estar allí? Tanto daba. Aquel era su destino. Su historia era tan moldeada por el Imperio como una vasija, un cuenco o una escudilla lo eran por un maestro alfarero. Y el Imperio romano estaba curtido en moldear hombres a su voluntad.

Seis centurias formaban una cohorte y, aquel día, las legiones de Caro estaban compuestas por nueve de aquellas cohortes cada una hasta un total de tres legiones. Más de cinco mil hombres ataviados con *lorica segmentata* —la armadura forjada a base de placas de metal, mucho más económica en producción—, que la gran mayoría hubo de pagarse de sus propios jornales. Los menos, aquellos a los que la vida, la experiencia y la diosa Fortuna había otorgado mayor rango, decoraban sus corazas con hercúleas armaduras decoradas con relieves alegóricos y brillantes sellos con la forma de la cabeza de un león, una loba o un jabalí sobre su pecho.

Los estandartes comenzaron a agitarse debido a las ráfagas de viento que

había comenzado a soplar con fuerza. *LEG-I PARTHICA* y *LEG-III GALLICA* rezaban en los nerviosos pendones de los flancos, con letras bordadas en oro sobre un fondo encarnado; un centauro bordado sobre el primero y dos toros enfrentando su cornamenta sobre el segundo eran los emblemas de cada una de las legiones. *LEG-III PARTHICA* se atisbaba en el de la legión que ocupaba el centro del ejército. El silencio tan solo era roto por el ruido de la gruesa tela roja donde el símbolo de un toro astado alzando su cornamenta junto al nombre de la legión era cuanto llevaba bordado.

Tres de las legiones apostadas en Siria habían acudido a apoyar la campaña militar de Caro y éste no había escatimado en recursos. Estaba totalmente decidido a arrasarse aquella ciudad. Cuando pensaba en aquella ingente cantidad de soldados apostados ante los muros de la ciudad y en todo aquel despliegue militar se regocijaba ante la pequeñez en la que podía verse sumido su enemigo.

La ciudad parecía estar embutida intramuros y por mucho que el ejército persa fuera temido, allí dentro no podría contener más que unos cuantos de cientos de soldados. Esa idea lo había hecho recapacitar alguna vez acerca de la astucia persa y se preguntaba si éstos no habían sido lo suficientemente listos como para hacer caer al ejército romano en algún tipo de celada. Pero sus legiones habían permanecido apostadas allí durante mucho tiempo, esperando que la ciudad agotase sus recursos y no había rastro del ejército persa extramuros. Si existía el temible ejército persa debía estar en el interior de la ciudad, pensó.

Ya debía haber concluido la sexta hora, presumió Caro. El sol ya se había situado sobre sus cabezas. Una buena cantidad de vidas permanecían rígidas y en perfecto orden bajo el tremendo calor que descargaba el sol persa de medio día. El emperador se preguntaba cómo era posible aquel sofocante infierno durante el día en comparación con el gélido frío que debían soportar al caer la noche. Aquella inhóspita tierra era un completo misterio para él pese a pasar buena parte de su vida allí. Estar allí, a unos cuantos cientos de metros de las mismas puertas de Seleucia no había sido fácil y el agotamiento se hacía notar en buena parte de la tropa.

Roma quedaba tan lejos.

Caro atisbó los mismos síntomas en muchos de sus hombres: el esófago comenzaba a arder y aquel calor se concentraba en forma de pasta viscosa en la boca. Cuando el vómito hubo salido de las comisuras de los labios

impregnó la poblada barba y se continuó infiltrando entre las láminas metálicas de la armadura, humedeciendo el cuero interno y precipitándose al vacío sobre la árida arena por la parte inferior, donde los grumos comenzaron a acumularse ante los pies. Las piernas parecían incapaces de soportar aquel peso concentrado y temblaban de debilidad y, por momentos, el balanceo evidenciaba que el legionario estaba, cada vez, más cerca de desplomarse sobre aquellas gachas recalentadas. Le siguió un sudor frío y la vista nebulosa que comenzaba a deformar todo cuanto había ante él. Aquellos otros legionarios de las filas anteriores comenzaron a duplicarse en número y volverse vaporosos ante sus ojos. El pulso se aceleró hasta que los continuos y rítmicos golpes fueron notables a ambos lados del cuello como el tamborileo que anunciaba una marcha de ataque. El picor bajo el casco hacía que piojos y chinches, que abundaban en el castro, fueran la menor de las preocupaciones y que aquellos enormes e infectos mosquitos de oriente pasasen a un segundo plano en el orden de problemas. No pintaba bien y en cuestión de segundos uno de los *triarrii* —veteranos que ocupaban una de las últimas plazas en el orden de batalla, la unidad de contención—, cayó de bruces desplomado al suelo, volviendo a ingerir parte de lo que ya se había estado tostado al sol sobre la arena, antes de quedar plenamente inconsciente.

Nadie. Ninguno de sus compañeros hubo de mover un solo dedo. El emperador, que no distaba mucho de aquella posición, pudo comprobar de primera mano la escena y reconoció que la situación era apremiante. Aquel fue el primer e insignificante caso de otros cuantos que se fueron sucediendo a lo largo de las cohortes, donde un miserable soldado venido a menos presa del sopor del desfallecimiento debido a la deshidratación, era poco más que un despojo que las legiones de Roma podían permitirse.

El emperador Caro había dispuesto las unidades militares como nunca se había hecho. El terreno vasto y plano no era la mejor elección para posicionar a la enorme masa de soldados, que pese a su cuadriculado orden, siempre prefería algún elemento natural como barrera para posicionar perfectamente a cada centuria. Allá una colina, un valle o un risco servían de apoyo y cubrían la espalda de aquellos que arrasaban todo cuanto encontraban con paso firme al frente. Las legiones romanas aplastaban cuanto se interponía en su camino, al frente, como una terrorífica máquina sesgando vidas y planes de futuro, pero no eran demasiado duchos en tácticas más complejas que involucrasen

emboscadas en los flancos o en retaguardia.

Ante las puertas de Seleucia, las tres legiones se organizaban de una forma similar. Una gran hilera de *velites* se disponían en dos largas filas. Éstos eran los afortunados que tomarían el primer contacto con los temidos arqueros persas, disfrutando cada punzada de los proyectiles en forma de flecha que los arqueros persas no dudarían en descargar. Las historias que se contaban acerca de ello ya se habían encargado de infundir el máximo respeto hacia aquellos guerreros bárbaros y de hacer temblar los débiles tobillos de los valientes soldados que aguardaban en primera fila. Pero Roma no se había forjado a base de valientes guerreros, sino de carne asada en las pilas mortuorias, de votivos sacrificios al dios Marte en cada guerra y de valientes y generosos hombres entregando su vida por una causa.

No por su causa, sino por la de Roma.

Los *velites* procedían de las clases más pobres, y en el mejor de los casos, de los hombres más jóvenes; formando la infantería ligera, era la primera línea en entrar en batalla. Unos agraciados que, de salir vivos en las primeras fases del combate, cuando las demás fuerzas mayores habían tomado parte en la batalla, se retirarían a retaguardia a molestar todo cuanto fuera posible, como molestas moscas a las que hay que espantar a base de manotazos, y que en ocasiones, las menos, salían ilesas. Luego, volvían a comenzar y estorbaban allí donde podían de nuevo, hasta que el manotazo fuera lo suficientemente certero como para acabar con la molestia.

Cuando la diosa Fortuna había sido generosa con alguno de estos miserables y éste había sobrevivido a un buen número de contiendas, la suerte del legionario se veía agraciada viéndose relegado al cuerpo militar que quedaba en segunda línea, los *hastati*. Previamente, adiestrados en el combate con lanza, éstos eran la versión romana de los arqueros persas.

Éstos disparaban sus temibles y mortíferas flechas de mayor alcance, mientras el ejército romano se había especializado en el lanzamiento de lanzas y jabalinas, siendo efectivo cuando el ejército enemigo estaba lo suficientemente cerca. Tras éstos, los *princeps*, formaban la verdadera columna de la legión. solo los que habían servido al ejército durante una buena parte de su vida eran relegados a este rango. Finalmente, la fuerza de contención la formaban en última línea los más veteranos, los *triarii*, que realmente formaban la coraza protectora junto a los pretorianos. Si la batalla llegaba a estos, significaba que realmente estaba siendo una contienda

complicada para el ejército romano.

Caro había dispuesto a aquella mole de soldados frente a las puertas de la ciudad persa más rica del momento, flanqueados por las unidades de caballería, pocas en relación al total de soldados, los *equites* ocupaban los laterales, sur y nordeste para evitar cualquier huida de los persas, deseando incluso el sofocante calor diurno y la heladas nocturnas del desierto antes que caer bajo el yugo romano.

El emperador, dispuso igualmente una pequeña sorpresa cerca del río que bañaba el puerto de la ciudad, tanto al norte como al sur, allí donde el río terminaba de dibujar su serpenteante figura, Caro dispuso un buen número de unidades de infantería que harían las delicias de cualquier persa que intentara huir río arriba o abajo. El emperador había sellado la ciudad y ahora tenía la mano ganadora, siempre que se ciñese a lo que tantas otras veces había decantado la victoria de la batalla hacia el lado de Roma: el asedio a una ciudad; cortando todo suministro y esperando, de forma paciente como solo sabía hacerlo Roma, a que el enemigo diera por terminado el conflicto.

Pero Caro no lo hizo.

El emperador ansiaba la conquista de Seleucia. Sus legiones estaban cayendo poco a poco, como las enfermedades devoraban el cuerpo y la carne desde dentro, como la podredumbre corrompía las piezas de fruta que abastecían legiones de moscas en su tienda imperial. Sabía que debía hacerlo cuanto antes y, además, el cielo se dibujaba oscuro y la neblina se acercaba desde el horizonte. El viento había comenzado a soplar empujando unas amenazadoras nubes grises como invitadas de privilegio ante lo que se avecinaba.

—Debemos hacerlo ya —susurró el emperador con la vista clavada sobre la muralla de adobe.

Los caballos de los oficiales que circundaban al emperador habían comenzado a mostrarse inquietos y no pocos comenzaban a apretar el bocado de hierro despidiendo rociadas de baba espumosa que salpicaban la estéril arena, haciendo harto complicado mantener la montura. Algunos, incluso, comenzaron a piafar, obligando a los jinetes a doblar esfuerzos por mantener la compostura y domar a las asustadas bestias intentando dominar las riendas.

—Quizá debemos esperar unos días a que el enemigo quede sin abastecimiento. ¿No se ha hecho así siempre? —inquirió Numeriano a su

padre a sabiendas de que su pregunta quedaría conclusa con una negativa.

El emperador Caro volvió a mirar al cielo con ceño fruncido. El emperador no era de una gran estatura ni envergadura y su potencial radicaba en lo que su cabeza contenía en el interior. No era agraciado físicamente pero era inteligente y hábil políticamente. De rostro apacible lucía una barba rizada y enmarañada y un escaso e hirsuto cabello oscuro donde se hacía evidente una amplia y despejada frente. Portaba la capa púrpura y su armadura oscura marcaba perfectamente pectorales y abdominales. La capa abrochada al frente por unas hermosas y delicadas cadenas engarzadas en un broche con la forma de la cabeza de un león en el centro del pecho. Otras cadenitas colgaban desde los oblicuos laterales hasta el centro del abdomen donde se enganchaban con unos pequeños broches vegetales labrados en plata.

—Esperemos o no, el resultado de la batalla ya está escrito.

El caballo de Numeriano, azulejo, manchado por grupa y lomo de un tono gris azulado salpicado sobre el cuero blanco general que otorgaba al animal una belleza inusitada, comenzó a encabritarse al tiempo que Numeriano volvía sobre el emperador su mirada más inquisitiva.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso has requerido augurios sin decírmelo?

De súbito hubo acabado su pregunta, Numeriano observó que no estaba en disposición de inquirir de aquella manera al emperador de Roma, aunque éste fuese su propio padre. Si el augusto requería augurios o cualquier otra cosa no era su problema y mucho menos debía dar explicación a nadie. Aún así, Caro no tomó a mal aquel gesto impetuoso de su hijo. Era, precisamente, un gesto que había estado esperando observar en su hijo menor desde hacía mucho tiempo. Quizá en el fondo si que tuviera el corazón de un auténtico emperador, se dijo.

—Lo que haya de ser en esta batalla será. Y no está en nuestra mano —musitó el emperador—. ¿Acaso no ves que no somos más que una mera excusa? La verdadera batalla la libran nuestros dioses contra los suyos —completó al tiempo que alzaba el mentón en claro gesto de señal hacia la ciudad persa—. Además, Marte ha llegado —concluyó volviendo a levantar la mirada ante las oscuras nubes que poco a poco se ceñían sobre sus cabezas.

Numeriano quedó perplejo cavilando cada palabra que su padre acababa de pronunciar. ¿Acaso la pérdida de vidas que iba a acontecer en aquella

tierra inhóspita no serviría de nada? ¿Estaba en mano de los dioses decidir, a capricho, qué ejército sería aplastado y devastado? El hijo menor del emperador, en realidad, así lo pensaba. Para Numeriano, la guerra y las conquistas eran algo de lo que Roma, a estas alturas, podía prescindir. ¿Acaso Roma no había doblegado ya a medio mundo? ¿No tenía suficientes recursos como para vivir cómodamente sin necesidad de aquella arraigada obligación de conquista? Para él, la poesía y la literatura eran actividades mucho más reveladores, satisfactorias e intrigantes que la vida militar. Él se sentía mucho más vivo con la lectura del *Commentarius quintus: Expeditio secunda in Britanniam* de los *Commentarii de bello Gallico* de Julio César en sus manos que portando la refinada y labrada *gladius* que recibiera de manos de su propio padre cuando alcanzó la edad de portar la toga *praetexta*.

La mirada perdida de Numeriano, vagando por el recuerdo de las letras y el deseo de salir de la inminente matanza, alertaron y conmovieron a su padre. «Sé que tiene el corazón de un emperador —se repitió Caro—, aunque todavía no lo sabe». Éste siempre había sentido cierto apego por su hijo menor. Desde el instante que posó sus ojos sobre el ser indefenso desnudo supo que aquel rosado y arrugado crío ocuparía más espacio en su corazón que su hijo mayor, Carino. El hermano de Numeriano había demostrado, en no pocas ocasiones desde zagal, que el beneficio propio siempre sería su seña de identidad y pocas o ninguna cosa hacía si de ello no sacaba cierto dividendo en su favor.

—Quiero ofrecerte toda la riqueza oriental de la que puedas abastecerte. —El emperador había posado ahora su mirada sobre su hijo, quizá fuera la última vez que lo viera con vida—. Quiero que seas el augusto de Roma, la depravación de tu hermano acabarán con el Imperio. Aquí, en oriente, está el futuro de Roma. Aquí está tu futuro.

Numeriano todavía trataba de hacerse con el control del corcel que removía sus cascos en un nervioso baile. Su mirada clavada en los ojos garzos de su padre. Las palabras del emperador sonaron duras, casi a despedida. Pensó por un instante que quizá supiese algo más que no quería revelar en ese momento y aquella sensación lo atribulaba.

Lo que los dioses hubieran decidido, habría de descubrirlo pronto.

La pequeña Livia Mesalina —de apenas nueve años e hija de Publio Livio Mesala, legislador y abogado—, se encontraba de buen ánimo aquella mañana. Con el octavo mes medio agotado todavía quedaba bastante tiempo para que comenzaran las clases y con ellas, el inicio de una nueva etapa en la escuela. A Livia le encantaba ser una de las pocas niñas que eran aceptadas para impartirle educación y ansiaba volver a reunirse con sus compañeros bajo los pórticos y galerías columnadas que circundaban el foro principal de Corduba. El aprendizaje era duro pero ella ya había conseguido leer y descifrar pequeñas frases en latín por lo que siempre se afanaba en juntar las letras en forma de palabras que veía en cada rincón de la ciudad. Algunas, muchas a su pesar, no lograba comprenderlas en su significado.

Tanto daba, pues lo importante era que pronto, en cinco años, sería adulta y el *ludi grammaticus* le enseñaría griego, retórica y filosofía. Lejos quedaría el *ludi magister* y sus clases para enseñar la práctica de la lectura y escritura con aquellas tablillas de cera. Livia era activa y nerviosa y su ansia por aprender la había llevado a destrozarse ya unas cuantas de aquellas tablillas donde aprendía a escribir. Para la pequeña hija del abogado, sentarse junto a sus compañeros alrededor de la *cathedra* del maestro era la mejor parte del día y aunque aquel momento de satisfacción solo durase medio día, ella sacaba buen provecho. Quizá por ser hija única, Livia necesitaba el contacto con otros niños pero su padre siempre se había mostrado muy reticente con el círculo de amistades que la rodeaba. Ella no lo comprendía pero algo turbaba a su padre siempre que ella trataba de entablar amistad con alguien y quizá fuese aquella la razón por la que todos aquellos que la conocían practicaban aquella nueva forma de culto a un único Dios, y que llamaban *cristianismo*. Tal y como su familia hacía.

Esa mañana era temprano cuando la pequeña había despertado como consecuencia del ruido que algunos pájaros estaban realizando en su matutina pelea por una de las raciones que las vides hispanas, que poblaban buena parte del patio interior de la casa.

A Livia le encantaba invertir unos minutos, mientras el sol comenzaba a calentar todo, y observar cómo los mirlos daban buena cuenta de las pequeñas y diminutas uvas. Desde la ventana de su coqueto dormitorio podía ver todo el jardín, con peristilo y árboles frutales. En el centro una pequeña fuente con un fauno del que brotaba agua fresca por la boca del cántaro que portaba en su hombro derecho. La cara de aquel picarón con patas de cabra

siempre le había resultado enigmática y, ciertamente, hacía crecer en su interior algo de miedo. Volvió a centrar sus perspicaces ojos sobre las aves con plumaje negro y pico naranja. Eran machos y observar cómo daban pequeños saltos en busca de insectos o semillas dibujaba la primera sonrisa del día en sus labios. En muchas ocasiones había reparado en cómo se atacaban unos a otros en época de cría, y el ruido que provocaban era realmente molesto.

Aquel día era distinto, y uno de los machos, oscuro, era claramente visible sobre la verde hierba del patio que circundaba la fuente de agua fresca. Luego, con rápidos y nerviosos movimientos volvía al nido, perfectamente sellado con barro, y ofrecía el botín a su compañera, de plumaje marrón, que de forma grácil lo aceptaba. El canturreo melodioso era embriagador y el comportamiento de aquellas aves hacía volar la imaginación de la pequeña Livia. ¡Qué diferentes eran! Pensó que en casa era su madre, cuando estaba viva, la que con fiel servidumbre estaba siempre atenta a cualquier necesidad de su padre, el *dominus*, que satisfacía con afán.

Fuera como fuese, haber despertado a causa de aquella melodía no importaba. Esa mañana, la pequeña iba a cruzar media ciudad para acompañar a su padre hasta más allá de la Porta Principalis Sinistra, pues aquel debía asistir al anfiteatro que había extramuros para despachar ciertos asuntos relacionados con su profesión de abogado.

Tras arrodillarse ante el pequeño *larario* para agradecer al único Dios la llegada de un nuevo día, la niña se despidió del coqueto altar y las figuritas de terracota para precipitarse por el sobrio pasillo de color ceniza donde la tenue luz que se colaba por las pocas aberturas al exterior que la casa disponía era tamizada de forma sutil. En aquella segunda planta, los pasillos eran iluminados solo por el eco de una supuesta luz que debía atravesar la apertura central y deslizarse entre recovecos en un laberinto de paredes policromadas. La luz arriba era escasa y sigilosa y tras el medio día había que ayudarse de candiles de pie, lucernas o linternas de pared. Aquella mañana no hizo falta, pues la pequeña Livia conocía perfectamente la casa, había nacido allí y entre aquellas paredes había crecido y aprendido a comportarse como una auténtica hija de alguien importante en la ciudad. Ella ponía todo el empeño posible para que su padre, el *pater familias*, estuviera orgulloso de ella. Por ello, y por el esfuerzo silenciado de su madre que había hecho de ella lo que ahora mismo era.

Todavía la añoraba cuando dedicaba unos minutos de su traviesa mente a recordar a su madre, aunque debido a su corta edad, era poco lo que Livia recordaba de ella.

Encontró los peldaños iluminados al final del pasillo. Tomó la escalera con tal ímpetu que ese día no dedicó ni un solo segundo a contar los escalones como habitualmente hacía. Ese día parecían más que nunca, o quizá fuese su ansiedad, pero se multiplicaban mientras los nerviosos y pequeños pies de Livia trastabillaban al tomar camino abajo, dirección al precioso patio central de la casa donde las escaleras morían.

Cruzó el atrio volando sobre el frío y oscuro mármol salpicado de pequeñas piezas romboidales color hueso dispuestas de manera rítmica y ordenada; bordeó el pequeño estanque de mármol blanco veteado cuyo asiento no era demasiado pronunciado, lo suficiente para albergar no más de cuatro o cinco dedos de agua allí donde el nivel no superaba las bellas molduras que lo circundaban. La pequeña hubo de sortearlo con hábil destreza pues el ímpetu por poco la terminó aguando el pie izquierdo hasta el tobillo y el ama daría cuenta de una buena regañina por no andar con tiento y medida. Livia se tomó un momento de descanso y reflexión para recapacitar sobre lo extraño que era que ese día el *atrium* no estuviese completamente abarrotado de comerciantes y hombres de negocios que venían a ofrecer la *salutatio* a su padre y comenzar así otro afanoso día que hacía que ella, en realidad, apenas disfrutara de su compañía.

Daba igual. Tanto mejor.

Paró en seco su precipitada carrera a través del atrio y entregó su mirada a la puerta del despacho donde su padre estaría ordenando todo lo necesario para emprender camino extramuros y ella iba a ser su acompañante. Ese día disfrutaría de unos momentos a solas con su padre, «todo para mí», pensó. Dudó por un instante si abrir aquella puerta y ser ella la primera que saludara a su padre en el *tablinum*, mientras ordenaba despachos, leyes y demás rollos de pergamino con aburridos temas de adultos. Pero no lo hizo. Se contuvo y optó por lo más sensato y comenzó, de forma mucho más sosegada, a cruzar el pasillo contiguo que quedaba en el rincón de la izquierda nordeste dirección a la cocina. Mientras recorría el mismo, alargó su mano derecha hasta rozar con la yema de sus dedos la pared oscura, policromada hasta media altura en un marrón color tierra y en azul ahumado, bastante oscuro, en la parte superior. Recorría con sus dedos las formas geométricas del friso que

quedaban a la altura de sus hombros mientras torcía en la primera puerta a la derecha que cruzó dando leves saltitos, sin duda, llevada por la alegría de lo que el día iba a depararle.

—Hola Eumelia —irrumpió la pequeña Livia.

La efusividad con la que aquella mañana la pequeña había hecho acto de presencia por poco mata del susto a la vieja Eumelia que se encontraba de espaldas a la puerta canturreando como solía hacer mientras no estaba en presencia del *dominus*. «Mi nombre viene del griego, muchacha, y significa: melodía», había dicho a Livia una y otra vez la esclava griega que siempre había sido la encargada de la cocina. Y bien que se encargaba de demostrarlo pese a no ostentar cualidad alguna para tales menesteres, más bien todo lo contrario, pues del pescuezo de la señora solo salían sonidos estridentes y especialmente agudos que poco tenían que ver con una buena melodía. Aún así, era fiel protectora y consejera de la pequeña Livia ya que la ama griega ya se encargaba de la cocina cuando el padre de Livia era todavía un niño. Por tanto, aquella vieja esclava griega parecía conocer todos los secretos de la casa y para Livia debía llevar allí tanto tiempo como lo hacían todas aquellas paredes.

—¡Diantres niña! Has hecho que derrame la leche —refunfuñó Eumelia de mala gana al principio aunque comenzó a suavizar el tono—: Siéntate a la mesa anda. En un momento te preparo el desayuno.

La vieja griega jamás podía enfadarse con la pequeña Livia más de lo que tardaba en prender un puñado de yesca.

—Tiene que ser rápido —dijo la niña.

—Tiene que ser como tiene que ser —la atajó—. Te prepararé el desayuno como todos los días y tú te lo tomarás sin una sola protesta.

No utilizó un tono de excesiva dureza. Tampoco así lo entendió la niña que disciplinada aguardaba en su silla pues estaba acostumbrada a aquel modo de cuidar de la griega.

La pequeña comenzó a posar su mirada sobre todas las cosas que había en aquella cocina. No las observaba de forma incisiva ya que conocía todo al detalle, más bien, oteaba mientras elucubraba acerca de cómo iba a ser aquel día tan especial. No reparaba en lo que sus ojos veían sino lo que su cabeza pensaba por lo que no le hacía falta comprobar que Eumelia ya había encendido el hogar que quedaba justo en la pared frente a la puerta y que sobre el mismo ya se encontraban los pucheros con el agua reposada,

esperando a hervir. A su lado ya había una buena ristra de ajos pelados y cebollas y algunas patatas que pronto pasarían junto a verduras a formar parte de un baile sincronizado bajo el agua caliente y especiada. Sobre las pequeñas estanterías botes y pequeñas jarras con salsas y vinagres. Dos grandes ánforas apoyadas en el suelo sobre sus pedestales bien repletas de aceite una y vino la otra. Junto a Livia, sobre la mesa de madera con tablones mal ensamblados, una hogaza de pan de ocho porciones y unas cuantas escudillas apiladas. Las paredes negras del humo del pequeño infierno en el que se convertía el hogar mientras la griega cocinaba.

No. Livia no había reparado en nada de ello. Ni siquiera en el pequeño escusado de madera, junto a la puerta de entrada, que por el olor de la cocina era evidente que había sido utilizado no hacía mucho. No necesitaba observar todo aquello de nuevo, sino pensar en algo que sus ojos ahora mismo no veían pero que pronto habrían de ver.

—¿Sabes? Hoy voy con padre fuera de la ciudad

—Debes estar muy contenta —alargó las sílabas algo ensimismada la griega.

—Nunca antes había salido de las murallas de Corduba.

—Lo que hay fuera no es cosa para una niña de nueve años —recalcó mientras se acercaba a Livia con una taza de leche de vaca y una torta de trigo—. Lo que hay fuera no es cosa nuestra. Fíjate lo que te digo.

Eumelia terminó la frase con un cariñoso beso sobre la mejilla izquierda de la pequeña.

—Pues a mí me encantaría saber qué hay fuera de los muros. Allí donde el anfiteatro se levanta. Ver las plantas y los animales de los caminos. Los árboles salvajes y todo lo demás.

—Los caminos extramuros están llenos de más cosas, querida.

—¿Si? —preguntó la niña con vivos ojos de interés—. ¿De qué? —inquirió llevándose el primer bocado de torta a la boca mientras movía animadamente sus pies.

La vieja griega volvió a adelantar sus pasos a la vera de Livia y acercándole un tarro de miel prosiguió:

—De muertos.

La boca de la pequeña dejó ver parte de la torta triturada y masticada debido al asombro. Tras unos breves segundos y sin haber dado una masticada más, trató de pasar el bocado de una haciendo un sonoro ruido

gutural para que la pasta bajase por su diminuta garganta.

—Acompáñalo con miel y pasará mejor —masculló la griega mientras volvía frente al fuego del hogar y los pucheros—. Termina todo, incluida la leche y podrás ir con el señor.

Pese a que Livia odiaba la leche, aquel día terminó el desayuno lo más rápido que jamás había hecho pues, a pesar de las estremecedoras palabras de Eumelia, estaba dispuesta a disfrutar de cada momento que deparase aquel día. Eso sí, con cierto regomeyo en el estómago mientras anduviese por los caminos que la vieja criada griega había descrito de forma tan concisa.

CAPUA

El calor era insoportable y tan solo se encontraban en la cuarta hora. Aquel día del octavo mes estaba siendo agotador y todavía se hallaban al inicio de la rutinaria preparación que cualquier gladiador debía acometer diariamente. La joven montaña a la que todos llamaban el Africano se batía en duelo con un *murmillo* y ambos parecían agradecer que aquellos ejercicios de entrenamiento se acometieran portando armas y escudos de madera. Además, el joven *secutor*, Astyanax, podía evitar llevar el entramado de placas metálicas que cubriría su brazo derecho hasta el hombro, el torso cubierto por una armadura escamada, el ancho cinturón de cuero, y los enormes protectores de las piernas; y por si fuera poco, el pesado casco que cubría por completo su testa dibujando dos fríos y oscuros huecos para los ojos.

Agradeció a los dioses que el *lanista* les permitiera despojarse de todo aquello en días de calor como aquel.

En el *ludus* de Capua se daban cita grandes gladiadores y Astyanax pensó si acaso algún día podría llegar a batirse en duelo sobre la arena del gran Coliseo de Roma. Su protector, Barbo así se lo había dicho con frecuencia al alabar la portentosa musculatura que el Africano lucía con tan solo catorce años. Hacía años que lo había comprado y por entonces ya se podía vislumbrar en él una gran capacidad física. «Lo único que debes entrenar es tu mente —le había dicho el *lanista*, propietario del *ludus*—, con ello y con tu físico llegarás a Roma.»

Astyanax siempre recordaba aquellas palabras y en aquel momento, junto

al calor, se sumaba el haber pasado una mala noche de sueño. Por ello, mientras se encontraba en una danza circular evaluando el momento perfecto para abalanzarse sobre su oponente, no vio algo que se interpuso entre sus pies, haciéndolo trastabillar y dando con sus huesos en la arena del pequeño coliseo que ocupaba, de forma dominante, el interior de la escuela de gladiadores más importante de la ciudad de Capua y una de las más conocidas de todo el Imperio romano.

La forma aparatosa de caer propició que el *murmillo* aprovechara aquella debilidad posando la punta astillada de su espada de madera sobre el pecho de Astyanax.

Todos rieron ante la cómica caída del joven.

—Te voy a partir la cabeza —dijo Astyanax mientras se incorporaba rápidamente.

Su amenaza la había dirigido de forma inquisitiva sobre Gemellus, otro gladiador *secutor* que ocupaba el mismo rango que el joven Africano.

—No me culpes de tu torpeza, muchacho.

—Me has puesto los pies para hacerme caer —siguió bufando Astyanax mientras expulsaba pequeñas gotas de saliva debido a la furia que contenían sus palabras—. ¡Eres un bastardo!

Gemellus era un gladiador veterano que siempre se había cuidado de convencer a Barbo para que lo emparejase con gladiadores menos diestros que él. Habían establecido entre ambos una suerte de negocio donde el *lanista* vendía los derechos de alquiler de los servicios de Gemellus siempre que fuera el propio Barbo quien eligiera el rival. Aquello le garantizaba que el *secutor* volviera al *ludus* de Capua sano y salvo y podría ejercer los derechos de alquiler en una nueva pelea. Cuando un gladiador era cedido por derechos de venta y moría en la arena, implícitamente se acababan los ingresos para su propietario. Sin duda, era mucho más rentable alquilar a aquel viejo cascarrabias que venderlo.

—Me llamas bastardo, pero yo conocí a mi padre —espetó Gemellus—. ¿Puedes decir tú lo mismo, Africano?

La furia de Astyanax se hacía insostenible. El joven no recordaba otra cosa que una vida de esclavitud desde que tenía uso de razón.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó sosegadamente, deslizado las palabras por una carriada boca, el propietario de la escuela, Barbo.

—El Africano dice que Gemellus lo ha trastabillado —contestó Kalendio,

uno de los reciarios—, pero ha tropezado solo y ha caído. Nadie más que él mismo es culpable.

—Solo Barbo determina quien es culpable en el *ludus* de Capua —espetó el lanista—. ¿Has entendido?

Kalendio aceptó de inmediato la amenaza de Barbo pues la vida de un gladiador ya era bastante dura sin poder salir de la escuela, encerrado entre aquellas sofocantes paredes, como para ser castigado y recluido en su propia celda por un tiempo indefinido que tan solo los dioses conocían. El reciario agachó la cabeza y se retiró dando pequeños pasos hacia atrás.

—De acuerdo —bisbiseó mientras se retiraba.

—Él me ha hecho caer —protestó Astyanax—. No soporta que sea mejor que él y más joven.

—Calla la puta boca —bufó Gemellus—, podría aplastarte con un solo pie.

—Os calláis los dos, ¡por Júpiter! No quiero que mis dos mejores secutores se acusen como unos putos mocosos. Me da igual quien hiciera el qué, pero dos gladiadores de Barbo no derramarán su sangre dentro de su escuela por estupideces.

Barbo dedicó una severa mirada a cada uno, evaluando cómo podía zanjar aquello de forma inmediata.

—Africano —dijo finalmente—, ve a tu celda. Estarás recluido hasta mañana sin comida ni cena. Mañana se te ofrecerá el desayuno de siempre a la hora de siempre.

—Pero...

—¡Vete ahora! —lo atajó Barbo.

La cara de Gemellus dibujó una de sus mejores y orgullosas sonrisas al ver a aquel que había ultrajado marcharse cabizbajo. Lo había derrotado. Había vuelto a dejar claro quien era quien mandaba en el *ludus* entre los *secutores*.

—Deja de poner esa estúpida sonrisa Gemellus —dijo Barbo—. Ve a tu celda con las mismas condiciones.

Más tarde, aquella misma noche, la pasó Astyanax maldiciendo al estúpido y engreído de Gemellus. Al Africano no le cabía la menor duda acerca del comportamiento de aquel gladiador ya entrado en años: le tenía celos porque era más rápido, fuerte y hábil que él; y sobre todo, era mucho más joven.

Las horas pasaron y la oscuridad fue devorando la luz que Astyanax podía atisbar en el exterior a través de la pequeña oquedad con barras de hierro que la puerta de su celda tenía en la parte superior. Recluido allí no paraba de dar vueltas en su cabeza al pensamiento que lo llevaba a recordar las palabras de Barbo. Sabía que el *lanista* no había tenido más remedio que castigarlo de aquella manera, pues de haberse mostrado favorable a alguno de los dos, pronto comenzarían los problemas y revueltas entre los celosos gladiadores. La imparcialidad en el castigo era la mejor arma para aplacar los ánimos y evitar males mayores entre los, a veces, problemáticos luchadores.

Con todo, recordaba cada una de las palabras de Barbo. «Lo único que tienes que entrenar es tu mente, con ello y con tu físico llegarás a Roma», le había dicho en más de una ocasión.

—¡Qué estúpido he sido al caer en la trampa de ese maldito imbécil!
—imprecó sobre sí mismo Astyanax.

Mientras se debatía en una lucha interna recordándose una y otra vez que debía ser mucho más listo que Gemellus, el sonido quedo de un golpe rompió el silencio que dominaba la celda del Africano. Atisbó, gracias a la luz de los candeleros de pie que se disponían en esquinas opuestas, el reflejo de una sombra que titilaba sobre el jergón donde solía dormir. Parecía una suerte de fardo envuelto en vitela y anudado toscamente con una delgada guita. Se levantó de la pequeña mesa de madera y se acercó con cuidado a la puerta donde intentó aguzar la vista desde la oquedad de la puerta.

El patio estaba desierto.

Una sombra se había deslizado entre la penumbra y el silencio del *ludus* hasta la celda de Astyanax y había lanzado aquella especie de fardo al interior, pero ¿qué podía contener aquello? ¿Sería otra provocación de Gemellus? No podía ser, recapacitó. Mientras marchaba a su celda, escuchó a Barbo aplicar el mismo castigo a aquel bruto. Entonces ¿qué significaba aquello?

Desanduvo los pasos hasta el interior de la celda y se acercó al camastro donde tomó el paquete con sumo cuidado. Tiró de un extremo del delgado cordel y éste se deshizo de súbito. Apartó la tela que lo envolvía y una punzada fría producida por la sorpresa recorrió todo su cuerpo.

Queso, pan, cebada y fruta seca.

Estaba hambriento y quien quisiera que fuera el que había lanzado aquel fardo al interior de su celda, sin duda, había escuchado sus súplicas. Astyanax

no dudó ni un ápice en dar cuenta del queso con pan mientras su fuero interno se debatía ante lo moral de la acción. Barbo lo había castigado sin nada de alimento hasta el desayuno de la mañana siguiente y si lo veía de aquella guisa, sin lugar a ninguna duda, se encontraría en problemas.

Tanto daba, el apetito voraz que sentía junto a la frustración del injusto castigo terminaron por decantar la balanza hacia un lado. Comenzó a comer con ansia.

De súbito el cerrojo de hierro de la puerta de madera hizo un sonido hueco al girar mientras se abría. La azulada luz de la luna que bañaba el patio del *ludus* entraba por la puerta mezclándose con el ocre resplandor del interior de la celda. La silueta oscura de Barbo se recortaba junto a otra de mucho mayor tamaño tras él.

Era Kalendio.

—Por los dioses... —dijo Barbo desanimado—. Tenías razón. No va a parar de desobedecer y dar problemas.

SELEUCIA

Aquella mañana temprano, incluso antes de la alborada, Numeriano se había despertado súbitamente como causa de un mal sueño. No había podido pegar ojo en la noche anterior debido a la cantidad de preguntas y dudas que lo asaltaban ante el inminente ataque que su padre había planificado para el día posterior. Pero, aún peor que todas aquellas dudas, el miedo le había causado un desasosiego del que no pudo desembarazarse durante toda la noche. Momentos antes de retirarse a su tienda había pasado las últimas horas del día bebiendo, ya que Numeriano era habitual del *contubernium* donde se encontraban otros ocho comandantes del ejército.

Con ellos reía y jugaba a los dados apostando y pasando agradables momentos antes de volver a su tienda a sumirse en el placer de la lectura o dando rienda suelta a su imaginación escribiendo poesía.

Dentro del *contubernium*, con los otros oficiales, uno podía sentirse aliviado del frío que caía en tierra persa al anochecer. Aún quedaban algunos restos de pan cocido durante aquella misma mañana y trozos de tocino y queso de los que un hombre de mayor envergadura estaba dando buena

cuenta de ellos.

De entre aquel grupo de hombres disfrutaba sobremanera de la conversación de Diocles. Éste era un comandante de caballería que había conseguido todo cuanto tenía en su vida gracias al ejército.

Cuando el vino aguado había hecho mella en el ánimo del soldado, éste solía hablar acerca de la pobreza en la que había vivido desde niño y la familia que había dejado en Nicomedia: una bella esposa llamada Prisca y una niña a la que llamaba Galeria Valeria; el ejército se lo había dado todo. Además, y aquello contrariaba a Numeriano, parecía ducho en historias antiguas y el joven hijo del emperador quedaba embobado al escucharlo contar aquellas aventuras que, en no pocas ocasiones, era el propio Numeriano el que debía corregirlo haciendo tal o cual aclaración debido a lo impreciso del relato, terminando la velada en enormes carcajadas y bromas.

Allí, entre aquellos hombres, se sentía como uno más y no era tratado con la cortesía que los demás le brindaban por ser hijo del emperador. En realidad aquello era una de las grandes lacras que Numeriano debía soportar sobre sus hombros, siempre a la sombra de su padre, el emperador que llevaría las riquezas de oriente a Roma, y a la de su hermano, que mantenía a raya a los cuados en el norte del Rin; poca o ninguna ocasión había tenido para demostrar su valía. Pero, en realidad ¿qué valor podía demostrar él? Pensó que donde él verdaderamente destacaba era indiferente para su familia. Debía haber sido mucho más diestro y valiente con la espada, se recriminó. Aunque en realidad pensaba que la fuerza y el poder que podía alcanzar con sus escritos era, si no igual de valeroso, al menos igual de importante para los designios de un Imperio. Aquellos pensamientos lo sumían en una especie de lucha en su fuero interno que calmaba con tragos de vino y agradable compañía.

Mientras algunos hombres jugaban a los dados, Numeriano decidió salir de la tienda. El frío había descendido y comenzaba a helar sobre la tierra produciendo pequeñas gotas brillantes que cerca del fuego pronto se deshacían y convertían en una especie de barro blando. El pequeño fuego distaba mucho de ser lo reconfortante que recordaba que era el de un hogar. Pero de eso hacía mucho. Había pasado años de aquí para allá, junto a su padre, en campamentos improvisados y un hogar era algo que quedaba tan lejos en su mente que apenas si podía recordarlo. Éste le había confinado a estar a su lado en todas sus experiencias militares y le había dicho que

esperaba de él que fuera el augusto de Roma. ¿Habría dicho lo mismo a su hermano? En caso contrario, ¿por qué a él si todo el mundo conocía que aquel que había adquirido las capacidades militares y un hambre voraz de sangre enemiga había sido su hermano? Conocía a Carino y debido a la decisión del emperador habría problemas, pensó.

La tela de la tienda hizo un leve ruido y el sonido de risas y gritos se hizo evidente por un instante para desaparecer de nuevo una vez la puerta de aquella hubo caído de súbito a su sitio. Numeriano miraba el crepitar del fuego mientras ponía sus manos sobre él, a cierta distancia, para calentarlas. El contacto con el humo le resultó agradable. Junto a él, aún con la mirada puesta sobre la iluminada llama del fuego, atisbó un halo de aliento acompañado por una voz entrecortada que provenía de alguien a su lado.

Era Diocles.

—¿Qué te ocurre, Marco Aurelio? —el comandante rompió el silencio de la noche y el crepitar del fuego.

Aquel era el nombre que había elegido su padre para sus hijos, ambos hermanos adoptaban el *praenomen* de Marco Aurelio. Que lo llamara así aquel gran comandante solo podía ser a causa del afecto que sentía por el hijo del emperador. En cierto modo, Numeriano se reconfortaba ante aquella idea.

—Mi padre espera demasiado de mí. En realidad todo el mundo lo hace —respondió con la mirada gacha y absorta en las llamas de la fogata.

—Es lógico —atajó Diocles—. Eres César y el hijo del emperador. Algún día quizá le sucedas y tendrás mucho de qué ocuparte. Es lógico que quiera que te acostumbres a ello.

—No me reconforta matar.

—Lo hará. Aprenderás a vivir con ello y algún día lo desearás tanto que formará parte de ti.

—Para eso ya está mi hermano.

—Ambos lleváis la misma sangre.

Las palabras de Diocles hicieron que Numeriano buscara unos ojos que no encontró. En aquel momento era el comandante el que había clavado su dura mirada sobre las serpenteantes llamas del fuego. Numeriano se preguntó cómo otros emperadores, incluso su propio padre, podían soportar aquella dura carga: la muerte de hombres que tan solo habían defendido otros ideales igual de válidos que los suyos; era demasiado peso que soportar para el alma

del joven Numeriano.

Para Diocles, aquel muchacho era el vivo reflejo de lo que la vida impasible le ofrecía a uno con el devenir de los años. Uno podía empeñarse en afrontar las cosas desde un punto de vista y la vida, y los dioses en definitiva, te ponían a prueba constantemente, empujándote a hacer cosas con las que jamás estaría de acuerdo. Pero en ocasiones era cuestión de vida o muerte. Diocles pensó que gracias a los dioses ellos disponían de los augurios y, en consecuencia, disfrutar de cierta ventaja a la hora de tomar decisiones que concernían a sus vidas. Aquello era tranquilizador, pero lo que no lo era en absoluto era la disposición de ánimo del joven Numeriano. Habría problemas si no cambiaba de actitud, claro que también podía tomar aquella disposición de ánimo del joven César como algo que le diera cierta ventaja.

La actitud de Numeriano representaba, claramente, un problema en los planes que Diocles había elucubrado en su cabeza. El comandante de caballería había trazado en su mente las líneas claras de lo que, a su juicio, debía ser el futuro de Roma. Como había contado tantas veces en aquellas reuniones con los demás oficiales al caer la noche, su ascendencia había estado lejos de formar parte de la nobiliaria romana. Todo lo había conseguido dura y astutamente en el ejército hasta ascender a puestos que le conferían cierto privilegio.

En ese momento, ante aquel desgarrado muchacho, comprendía que la situación era mucho más compleja de lo que en un principio había pensado. En cierto modo, Diocles pensó que aquella tentativa de conquistar la ciudad de Seleucia no iba a resultar tan simple como la dualidad vencedor y vencido ofrecía. Allí había algo más y él sabía que debía concentrar sus esfuerzos en conseguir aquello que había visualizado en su mente otras tantas veces. ¿Cómo no lo había visto antes? se dijo.

Numeriano era un joven desgarrado. Su perfil era tal y como podía verse en algunas monedas que su padre Caro había ordenado acuñar y que lo equiparaban a César; aunque también lo había hecho con su otro hijo Carino. De nariz recta y ancha, ojos grandes y oscuros donde el brillo denotaba avidez de conocimiento. Sus gruesas cejas conferían algo de robustez a un delicado rostro. El pelo oscuro y rizado en anillos era abundante pero la pelusa que cubría la parte baja de su papada no terminaba de caer para terminar de convertirlo de todas todas en un hombre barbado. Aquello hacía que muchos lo tomaran por joven inexperto y, en consecuencia, con mucho

por aprender de la vida ya que, para el grueso del ejército, no todo podía ser aprendido de los textos y las historias de las que el César gustaba leer. Para el ejército uno verdaderamente había aprendido cuando sentía la sangre caliente del enemigo salpicar sobre la empuñadura de su propia espada, o cuando había abandonado un hogar, una mujer fértil y un hijo recién nacido para marchar al otro extremo del mundo a luchar por Roma, por cuanto representaba el Imperio y las libertades de las que disfrutaban. Como había hecho Diocles. Aquello solo podía aprenderse con la experiencia y la práctica en el Campo de Marte y no con lecturas en la calidez de una tienda bajo la luz de una vela y el calor de un buen vaso de vino junto al fuego; y de lo primero, Numeriano escaseaba.

Al cabo el mismo sonido de voces y risas salió de la tienda, aunque esta vez, vino acompañado de un gemido, como si un gesto o movimiento hubiese sido realizado con dificultad. Un hombre grande y robusto, casi orondo a criterio de Numeriano, intentaba erguirse tras abandonar el *contubernium* y se acercaba hasta ellos mientras portaba una copa de vino en una mano y un mendrugo de pan algo duro en la otra. Empapó el pedazo de pan en el vino y dio buena cuenta de él de un solo bocado.

Era Maximiano, otro de los comandantes de los *equites*.

—¿Qué pasa? —tartamudeó mientras pronunciaba aquellas palabras con la boca llena.

Maximiano era un hombre tosco. Todo lo contrario a Diocles y al César Numeriano no terminaba de agradarle su presencia. Con aquél, uno solo acababa en conversaciones de guerras y mujeres. El orondo comandante, además, daba buena cuenta de cada detalle en cualquiera de los casos, ya fuese describiendo con exactitud cómo un día había hundido la espada en las entrañas de un bárbaro y cómo estas eran oscuras, comparándolas a las que había visto en los animales que se sacrificaban a los dioses. Aquella idea aterraba a Numeriano que, al escucharlas, pensaba si acaso eran tan similares los hombres de las bestias. A veces no parecían tan diferentes, se dijo. De igual modo, Maximiano se vanagloriaba de comentar cualquier experiencia con mujeres y sus descripciones eran tan sórdidas que hacían sonrojar al joven e inexperto César, que había llegado a preguntarse cómo era posible hacer aquellas barbaridades por los más inverosímiles orificios de la anatomía femenina. Recordó que, en alguna ocasión, hubo de salir de aquellas reuniones con cualquier pretexto y acabar vomitando en el exterior de la

tienda, desde donde podía escuchar las risas de los ociosos hombres.

—Hablábamos de lo que nos espera mañana —terció Diocles.

—¡Oh, sí! —repuso henchido de orgullo. Claramente Maximiano disfrutaba con aquellos mundanos placeres—. Será un gran día... —y miró al cielo cubierto de amenazantes nubes sin terminar de creerlo él mismo.

No era un cielo tan distinto al que había visto en la Galia o en la propia Roma, se dijo.

Numeriano no quiso mediar palabra y pensó que quizá sería mejor poner fin a aquello, dirigirse a su tienda y leer sus rollos de pergamino hasta quedar dormido antes de que el orondo *equite* comenzase alguno de sus sórdidos relatos. Siempre que Maximiano se daba cita prefería retirarse y escabullirse con cualquier excusa. Y así se dispuso a hacer, pero justo antes de que pudiera haberse girado por completo, dando la espalda al fuego, Maximiano lo atajó, echó mano de su cintura y ofreció algo al joven César.

—Toma —le dijo—. Bebe.

Numeriano sabía que su hermano no aceptaría que nadie lo tratara así. Muy pocos serían los elegidos para poder poner una mano encima del César Carino pero el joven Numeriano supo que Maximiano y otros muchos lo hacían motivados por la creencia de su inexperiencia. Era algo que debía aguantar debido a su juventud; aunque también porque sabía que no tenía el arrojo para conducirse de una manera más enérgica y zanzar el asunto. Con todo, negó con la cabeza declinando el ofrecimiento pues consideró que ya había bebido bastante vino. El hombre gordo insistió y tendió de nuevo el odre de vino al tiempo que pronunciaba sus últimas palabras.

—Llévala pues a tu padre. Le vendrá bien para recuperar energías para mañana... Sí, será un gran día.

Numeriano apreció el gesto y así lo hizo mientras ponía rumbo a su tienda aún con el pensamiento turbado y sin llegar a comprender cómo hombres como aquel podían asegurar que lo que a otro día acontecería sería bueno en absoluto. Se preguntaba si podía ser bueno un día donde muchos hombres morirían y otros tantos quedarían sin esperanza y mutilados. Finalmente se perdió entre las sombras del campamento.

Diocles y Maximiano cruzaron su mirada y ambos sintieron el inconfundible interrogatorio del otro con tan solo mirarse a los ojos. Eran compañeros desde hacía tiempo, tanto que en el seno del ejército se decía que ambos se habían alistado a la leva al mismo tiempo en sus días de juventud.

Aquello les proporcionaba todavía más un cierto halo de poder que ellos no dudaban en aprovechar. No cruzaron una sola palabra mientras Diocles se dio media vuelta y se dispuso a volver a la tienda. Se habían dicho todo con la mirada, una de aquellas miradas que solían decir «tenemos un problema». Maximiano quedó por un momento junto al fuego, terminó de un sorbo el vino restante y comenzó a apagar la hoguera hasta reducirla a la mitad. Pese a que el campamento disponía de un horno, a la mañana siguiente las ascuas servirían para cocer de nuevo el pan del día, así no habría de esperar su turno tras soldados mucho más madrugadores que él y dispondría de todo el tiempo necesario para cocer su propio pan sobre las ascuas todavía calientes, por lo que puso cuidado de no apagarlo por completo. Después marchó al frente en dirección a su tienda con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

CORDUBA

Los tenues rayos de sol calentaban las primeras horas del día iluminando todo cuanto tocaban con un baño dorado majestuoso. Una alborada como nunca invadía cada rincón de la ciudad con una luz templada. Nada más dejar atrás la puerta de casa, la pequeña Livia pudo comprobar que, ya de buena mañana, la ciudad era como uno de aquellos hormigueros por los que tanto disfrutaba metiendo pequeñas ramitas y hojas secas y ver cómo la ordenada fila de diminutas hormigas enloquecía. Las calles de la ciudad estaban atestadas de gente que con las primeras horas del día se afanaban en sus ocupaciones diarias y a la pequeña Livia le quedó todavía más patente cuando padre e hija anduvieron varios recodos hasta encontrar la vía principal que recorría la ciudad de norte a sur y donde la actividad era frenética.

Lo primero que llamó la atención de la niña —en aquella larga y empedrada vía donde elevadas plataformas a los lados servían tanto de basamento para enormes edificios como para deambular sin peligro de ser atropellado por los continuos carros cargados con colmo—, fue el sonido del rumor del agua de la pequeña fuente con la que toparon al doblar la esquina anterior. De piedra renegrada, Livia pudo observar cómo un par de mujeres con amplia y vaporosa *stola* conversaban con sendas jarras y cántaros en la ceñida cintura con un hombre de avanzada edad que se afanaba en llenar su cántaro del pequeño hilillo de agua que el caño expulsaba por la boca de la

figura que, a modo de relieve, decoraba la pilastra de la fuente. Pensó que aquellos tres mantenían una tranquila conversación con la mayor flema posible ante la fija mirada de los ojos que la figura del relieve les profesaba. La cabeza llena de serpientes y el perfil afilado, sin duda, para Livia la representación de Medusa jamás fue de agrado alguno. Pensó en aprovechar y proveerse de un buen sorbo de agua fresca pero rectificó al reparar que sobre el agua estancada de la pileta, algunos perros daban cuenta de todo el líquido posible para soportar el caluroso día que se avecinaba en la tierra de la *Baetica*. Aquello le pareció realmente repugnante y fue el motivo que la terminó por disuadir.

El ruido del martillo sobre el yunque de una de las primeras tiendas que se ubicaban bajo los soportales de los edificios de mayor altura la trajo de nuevo de vuelta y la empujó a acelerar el paso para alcanzar a su padre, dejando atrás la zapatería.

Tan solo unos pies adelante pudo centrar su mirada en el grisáceo metal brillante por el que resbalaban las gotas de sangre. La empuñadura con una buena cantidad de sangre seca y el fornido hombre empeñado en triturar con el hacha cualquier resquicio de hueso que quedase en el costillar de cerdo. Las piezas de caza apiladas sobre un pequeño poyete donde descansaban inertes, sin pellejo ni plumas, desde conejos y codornices hasta lirones. La mirada que posó el grueso y taciturno carnicero sobre la pequeña Mesalina la hizo apremiar a cruzar la calzada por el paso elevado de piedras, aún con la mirada puesta en el severo rostro del hombre. Livia hubo de ser refrenada por su padre pues no dio cuenta del carro y estuvo tan cerca de los hocicos de los animales que de él tiraban que pudo ver con detalle la humedad y el vaho que por ellos emanaba. Aquellas dos inmensas moles de carne tiraban con fatiga de un carro cargado de cestos de semillas de trigo que a la pequeña se le antojó debía pesar tanto o más que otros cuatro de aquella especie. Eran los bueyes más grandes y fuertes que jamás hubiera visto.

La actividad era incesante y antes de llegar a la esquina que doblaba en dirección al foro colonial, pudo advertir el olor a pan recién horneado que le hizo abrir las aletas de la nariz e insuflar el máximo aroma posible cerrando los ojos para aguzar su sentido del olfato y reconfortarse durante unos momentos. Allí uno podía olvidarse del olor del escusado de Eumelia, o del que emanaba de allí de donde la cloaca común de la ciudad discurría bajo la tierra. Borearon la panadería y la pequeña tuvo que volver a abrir los ojos

puesto que el inevitable olor a la actividad y necesidades humanas volvió a llenarle los pulmones. Aún así era algo común y no le dio mayor importancia.

Algo que sí había notado desde que salieron de casa era que su padre había sido saludado por buena parte de la gente que se habían encontrado en el camino. Aquello debía tener su origen en lo que un día, agazapada tras una de las columnas del peristilo del patio pudo escuchar de boca de su propio padre. Ante unos amigos de la familia el *pater familias* les había conferido su intención de presentarse como candidato a las elecciones de edil. Livia tenía en gran estima las cualidades de su padre y las demostraciones de afecto que había visto de primera mano en las calles de Corduba parecían más que evidentes. La pequeña ya veía a su padre con una línea púrpura en la toga, signo de distinción y de gran importancia política en la ciudad; estaba plenamente convencida.

Las callejuelas que hubieron de recorrer justo antes de desembocar en el foro colonial lo confirmaron. La pequeña, que había comenzado a leer con soltura en la primavera anterior, era una ávida cazadora de letras que juntaba con ahínco, y gustaba comprender todo cuanto caía escrito en sus manos. En las paredes de aquellos callejones, mientras seguía el paso impertérrito de su padre podía leer *P. LIVIUM. M. AED. D. NUM R. P.CAE O. V. F.CIATIS T.QUINUS R.GAT* que rápidamente dedujo como *PUBLIUM LIVIUM MESALA AEDILEM DIGNUM REI PUBLICAE ORO VOS FACIATIS TARQUINUS ROGAT*, cuyo significado: *Pido que elijáis a Publio Livio Mesala edil. Lo pide Tarquino*, la llenó de orgullo y pareció hincharse a tal punto que podía ver su sombra crecer bajo sus pies.

Dedicó una sincera y cariñosa mirada a su padre que éste correspondió. Pararon de nuevo ante una fachada con la mitad baja pintada en un rojo oscuro, bastante desconchado y maloliente por las heces y la orina que se acumulaban, pero Publio quiso mostrarle otro escueto escrito en dicha pared y, además, el abogado parecía especialmente orgulloso de éste. En la parte superior, amarillenta y descascarillada, la pequeña Livia comenzó a descifrar *PUBLIUM AED. P.TARI ET PAUPER. FACI.E* escrito en una tosca caligrafía y con pigmentos azul de Prusia de baja calidad y que rápidamente completó al vuelo en su cabeza como *PUBLIUM AEDILEM PROLETARI ET PAUPERES FACITE*, dibujando una enorme sonrisa en las comisuras de los rosados labios al comprender aquella sentencia: *Publio edil. Los trabajadores*

y los pobres lo eligen.

Sin darse tiempo para desdibujar aquella tierna sonrisa de orgullo hacia su padre, los pequeños ojos melados de Livia se iluminaron al desembocar en el amplio foro colonial inundando sus pequeños iris con la claridad que la amplia zona ofrecía. Allí la vida parecía más tranquila y excepto unos cuantos grupos de togados que se remolinaban en torno al gran templo central, todo discurría tranquilo. Aquello no extrañó en demasía a la pequeña pues las clases de colegio las impartían precisamente bajo los soportales de aquel enorme espacio abierto y ella ya sabía qué era lo que discurría por aquellos lares. Aún así, le pareció un gran contraste al comparar la actividad de tan solemne espacio con la de cualquier calle o callejón, donde la ciudad hervía de vida y sorpresas. Para Livia, sin lugar a dudas, lo interesante estaba fuera de aquel foro.

Anduvieron algunos pasos más hasta el *forum adiectum*, menor y anejo al anterior, donde se encontraban ciertos puestos de mercadeo y, sobre todo, las mesas de los prestamistas —enjutos y avaros hombres corcovados que se hacían custodiar por enormes esclavos perfilados por una enorme mole de músculos—. Allí también estaban algunos niños mayores correteando y jugando a apedrear a un perro con tres patas. El pobre animal trataba de huir dando zancadas a trompicones mientras los zagales descargaban sobre él el arsenal en forma de piedra. Era evidente la forma en la que el can había perdido aquella pata. Livia sintió un dolor profundo al ver tan salvaje actitud y aquello le hacía pensar si realmente ella descendería de la misma estirpe de hombres que lo hacían aquellos niños tan brutos. Pero sus apellidos eran realmente romanos; ¿cómo podía ser que ella formara parte del mismo grupo que aquellos montaraces?, pensó apesadumbrada. No era posible; su padre era un hombre bueno, noble e incapaz de hacer daño a ningún animal. «Debe haber algo que nos diferencie de tal brutalidad», se dijo. Continuaron su camino y tan solo hubo puesto sus pequeños pies —enfundados en unas coquetas *soleae* de un pulcro y suave cuero color crema, regalo de Eumelia—, sobre las irregulares losas de piedra caliza del foro cuando su mirada se perfiló sobre otra niña que se encontraba ensimismada, agachada en cuclillas y ejecutando algo con las manos que no atisbaba a comprender. Aquella niña, pese a ser de su misma edad, era totalmente desconocida para ella por lo que rápidamente dedujo que no debía ir a la escuela, como ella hacía. De lo contrario, la habría visto y recordado, estaba segura. ¿Quién era

esa niña? ¿Por qué no iba a la escuela como el resto de los de su edad? se preguntó.

Livia se sentía atraída por conocer más, y por ello pidió permiso a su padre para acercarse a aquella enigmática niña mientras éste despachaba con alguien que había reclamado su atención, sin duda, por lo del cargo a edil.

Suficiente.

Unos pocos minutos bastarían para buscar respuesta a las preguntas que la asaltaban y así descubrir quién era aquella desconocida.

Livia se acercó lo suficiente —sigilosa como un gato pero decidida, como solo un niño puede hacerlo cuando no siente el menor temor o peligro—, como para que la misteriosa y desconocida niña intuyera su presencia, aunque ésta no hizo gesto alguno ante aquel movimiento ni la buscó con su mirada. Seguía absorta en aquello que traía entre manos y que ahora Livia podía ver con claridad: dibujaba un pequeño círculo en la piedra caliza del pavimento del *forum adiectum*, deslizando una pequeña tiza blanca sobre las toscas e irregulares losas grises.

Aquella mañana Livia lucía unos magníficos bucles dorados a los lados del blanquecino rostro, peinando el ondulado y largo cabello rubio hacia atrás sujeto por una coqueta y delicada diadema de motivos florales que Eumelia le había ayudado a fabricar mientras el fuego del hogar cumplía su trabajo sobre los calderos y la comida quedaba lista, que normalmente, la griega gustaba hacer con pausa y sin prisas. Esos minutos los aprovechaba y se volcaba con devoción a disfrutarlos de la pequeña Livia, que sentía como la hija que había dejado atrás en Grecia hacía demasiado tiempo.

Mientras acercaba sus pasos aún más a su desconocido objetivo, Livia hubo de remangarse las largas mangas de la delicada y suave túnica turquesa, haciendo uso de un delgado brazalete de latón. Estando tan cerca pudo contemplar el oscuro cabello de aquella enigmática niña, ralo y peinado hacia atrás. La joven tenía un hermoso rostro, parecía haber sido esculpido por uno de los mejores artistas de Corduba: de delicados pómulos, grandes ojos negros, que en comparación con los melados de Livia, parecían sendas oquedades al vacío; una boca delicada y rosada y una tez donde no pudo encontrar la más mínima imperfección o mancha y fue entonces cuando Livia pensó en sus pequeñas pecas repartidas por el rostro: «las pequeñas

manchitas que el pintor Apeles pintó sobre el lienzo más bello», inventó su ama Eumelia para que las aceptara con cariño.

La desconocida niña, recostada sobre su pierna izquierda apoyaba la mano sobre ese mismo costado en el suelo y el hombro quedaba descubierto, caía la túnica hacia la fosa del codo; el otro hombro sujetaba la túnica color crema con unos pequeños y delicados broches redondos sin demasiada pomposidad. Sus pies descalzos, las sandalias a un par de palmos como si pareciesen cosa inútil para aquella actividad en la que la niña se encontraba afanada. Un estorbo.

—Soy Livia —se atrevió a atajar y comenzar así su atrevida inquisición, para continuar—: ¿Quién eres? No te he visto por la escuela.

—No voy a la escuela —dispuso la pequeña sin levantar los ojos del círculo de tiza.

La sequedad en la respuesta causó una desazón considerable en el ánimo de la pequeña Livia, unido al espacio de tiempo —pareció una eternidad— en el que el silencio reinó aquel pequeño espacio del foro.

Finalmente la desconocida y misteriosa niña prosiguió:

—Mi padre me instruye en su oficio y me enseña todo cuanto necesito —dijo no sin cierta pesadumbre—. Además, no tenemos los suficientes *antonianus* como para pagar a un *magister*. Por cierto, mi nombre es Flavia Severa.

Ambas encontraron en este momento sus miradas y unas delicadas y tímidas sonrisas dibujaron las comisuras de sus labios. Cada una encontró en la otra cierto atisbo de sinceridad y nobleza. Livia pensó en ese mismo instante que aquella niña, la desconocida Flavia, despertaba un cierto interés que su ímpetu de conocimiento necesitaba saciar. Además, Flavia le reportó buenas sensaciones, notando al instante un vínculo que momentos antes no existía y que ahora sentía en su pecho como si lo hubiera hecho siempre. Livia sintió que su vida había sido una hasta ese mismo día y que, desde entonces, sería otra bien distinta.

Y no se equivocaba.

Cuando Flavia concluyó de hacer el círculo en la losa, apartó la tiza a un lado y al levantar la cabeza en dirección a Livia, mostró el rostro más delicado que ésta había visto jamás.

—¿Quieres jugar? —invitó a Livia mientras sacaba unas pequeñas tabas de hueso de cordero de una diminuta bolsa de cuero, anudada con una tosca

guita, y se las ofrecía extendiendo su brazo tiznado y desnudo con el puño cerrado—. Es muy fácil.

Durante un buen rato se regalaron risas y carcajadas mientras se entregaban de forma competitiva al juego y Livia sentía aflorar un nuevo y extraño sentimiento. Notaba el pulso acelerado en el pecho, que palpitaba tan rápido como el batir de alas de un colibrí. Ella, hija única, había añorado alguien con quien jugar de aquella manera, pues las relaciones que el diplomático Publio aceptaba para su hija no iban más allá que las de lo que durase el período escolar y siempre, ante el *magister*. Aquella mañana Livia se sentía viva y la bien perfilada porcelana que Flavia lucía en su boca con cada risotada eran, para la hija del candidato a edil, pura vida. Continuaron inmersas en el juego de las tabas, lanzando y recogiendo las pequeñas piezas de hueso al vuelo con una mano antes de que éstas llegasen a desplomarse sobre la losa de piedra caliza, mientras, al mismo tiempo debían retirar con la otra mano alguna de las que aún quedaban en el interior del círculo de tiza. Las normas del juego eran claras como el agua: si la que se alzaba al vuelo caía antes de recoger la que reposaba en el suelo, perdías.

Livia se comportó como una buena y paciente jugadora pese a tener que aceptar con talante cada vez que perdía pues no era tan ducha en el juego de tabas como se había descubierto Flavia. «La de tiempo que habrá dedicado a practicar sola —se dijo con cierta admiración mientras observaba a Flavia seguir con sus azabaches ojos las grises piezas al vuelo y al instante recogía, sin mirar, la que quedaba en el interior del círculo. Concluyó—: Si ella puede, yo también» y se abalanzó decidida a aprovechar su turno, esta vez, con mejor resultado.

No pudo.

Al tiempo que lanzaba las tabas al vuelo, la curiosidad por conocer más acerca de Flavia pudo con su orden de prioridades y se lanzó a interrogar a su nueva conocida:

—Acompaño a mi padre al anfiteatro, extramuros —introdujo con la cabeza mirando al cielo, buscando con sus delicados ojos las piezas de hueso en el aire—. Es legislador y debe despachar allí unos asuntos.

—Yo no puedo cruzar los muros de la ciudad, mi padre me lo prohíbe. Él acostumbra a hacerlo siempre que tiene que recoger hierbas para los ungüentos. Es médico —puntualizó con cierto tono de orgullo—. Me protege de los asaltantes y maleantes que acechan los caminos, supongo.

Para cuando Flavia hubo concluido su respuesta, las tabas de Livia rebotaban unas con otras en el poroso y grisáceo suelo del *forum adiectum*, estando ésta completamente absorta en una de las palabras que la delicada boca de Flavia había expedido.

—¿Médico? —preguntó torciendo el gesto y frunciendo el ceño—. ¿Para qué sirve un médico?

—Cura las enfermedades.

—¿No se encarga de ello Dios? —inquirió Livia ante la pasiva respuesta de su tertuliana. La respuesta de ésta había sido tan trivial que aún necesitaba de una respuesta convincente.

Flavia arrugó su frente y alzó ambas cejas al escuchar la nueva pregunta de Livia y, en especial, algo que ésta había dicho con total serenidad. Livia comprendió enseguida lo que turbó el ánimo de su nueva amiga y se mostró complacida al atajarla con una nueva explicación:

—Mi padre me enseñó el culto a un solo Dios, el cristiano —puntualizó.

—¿Entonces los cristianos no necesitáis médicos?

Livia quedó pensativa y en ese momento dudó si la respuesta debía ser afirmativa o negativa. Simplemente alzó sus hombros, agachó el cuello introduciendo su cabeza entre la línea que dibujaban aquellos y sonrió, mostrando el rostro más dubitativo que supo perfilar.

Ambas rieron.

—Mi padre me cuenta historias de los dioses tradicionales —divagó Flavia en claro gesto de comprensión hacia lo que podía estar sintiendo su amiga. Que ella adoptase el culto a los dioses tradicionales romanos no significaba que Livia no pudiese hacerlo al cristiano. Al menos para ella. Por ello, intentó completar la charla con cierto tono de humor—: Y fíjate, que pese a ser bastantes más, mi padre dice que a veces deben ayudarse de médicos.

La broma surtió el efecto deseado y ambas carcajearon a voz en grito.

Livia había obviado que su padre había estado despachando por bastante tiempo —mucho más del que podía haber imaginado, pues el sol ya casi rozaba el cenit del cielo y pronto sería la sexta hora—, y en principio, agradeció que así fuera, pues había conocido mucho más de lo que podía imaginar a alguien con quien le habría gustado compartir aquel largo y soporífero verano. En el fondo de su corazón sentía que esa niña, pese a no ir a la escuela como ella hacía, iba a ser parte fundamental de su vida. Por fin

dejaría de pasar las largas horas asomada a su ventana, mirando el peristilo interior de casa buscando y analizando cuanto hacían los mirlos. Podía dejar descansar a Eumelia en aquellas horas de la tarde donde la responsable de la cocina descansaba a cuello partido sobre un taburete en una esquina de su diminuto reino entre cacerolas, sin que, sobresaltada por el ímpetu de Livia hubiese de entretener a la niña con historias.

No ese verano.

En aquel momento, si conseguía que el recto y estricto Publio Livio Mesala, su padre, le dejara continuar con aquella amistad, la pequeña Livia Mesalina tendría un verano repleto de nuevas aventuras por delante.

Livia advirtió el gesto que su padre hizo al reclamarla desde el otro extremo del foro.

—¿Te volveré a ver, Flavia? —preguntó Livia tras dar unas cuantas zancadas en busca de su padre que seguía reclamando su presencia con presteza.

—Seguro que sí.

Ambas se despidieron con una amplia y tierna sonrisa cruzando la más pura de las miradas.

SELEUCIA

—Se acerca el momento, Maximiano —dijo Diocles con voz solemne mirando al frente con el ceño fruncido.

Había pasado la noche evaluando la situación y la última conversación con el César Numeriano había disipado todas sus dudas: debía actuar; además, debía hacerlo rápido o de lo contrario todo cuanto había planeado no serviría para nada. Los sueños y las profecías que un día vaticinara la adivina estarían equivocadas, y si los augurios se equivocaban ¿qué quedaba entonces? El sonido de las placas metálicas que cubrían el torso de buena parte de la tropa tintinaban sobre el incómodo silencio que se había instalado sobre la llanura, dando cierta incertidumbre al ruido que quedaba de los pendones que se agitaban nerviosos con el contacto del fuerte viento que comenzaba a azotar los trozos de tela con una inusitada virulencia. Los colores y emblemas de cada legión eran baqueteados sin piedad por el impetuoso y ardiente viento, desplazando la calima como una inmisericorde bofetada.

El bueno de Maximiano había acompañado a Diocles en no pocas ocasiones y ya contaban canas de las batallas y escaramuzas que ambos —como militares y amigos— habían tenido ocasión de sortear. De porte corpulento, cada año que pasaba se antojaba aún más grueso y barrigudo que era de forma evidentemente notable en su hirsuta y barbuda papada. Su rostro severo le había servido para apaciguar las pequeñas revueltas y peleas que solían, de forma muy común, organizarse en el seno de la tropa debido a pequeñas rencillas que podían ir desde pleitos y deudas de juego hasta intentos de abusos carnales, ora con la misma furcia ora con jóvenes esclavos. Maximiano había lidiado con ello como lo hacía ante una buena mesa repleta de vino y comida, no en vano, había pasado la mayor parte de su vida como militar y en aquel momento, como comandante de las legiones de Caro, no iba a ser menos.

Al escuchar las palabras de Diocles quedó atónito, pues Maximiano sabía bien que aquel no se refería a la inminente masacre de la que la ocre y árida tierra persa iba a ser testigo, sino de algo aún mucho más importante: del viaje que debían emprender juntos y que tantas otras veces —al calor de una fogata en mitad de la nada, lejos de Roma, con las luces de las llamas titilando sobre sus rostros— habían susurrado entre dientes.

—¿Estás seguro? —bisbiseó Maximiano y miró en torno y clavando las enormes bolsas que colgaban bajo sus ojos sobre su amigo—. ¿Aquí? ¿Ahora?

Su tono de incredulidad provocó una leve sonrisa que Diocles dibujó en la comisura de sus labios. Aún así, continuó mirando al frente con la vista perdida sobre las almenas del muro donde seguían apostados los arqueros persas.

El plan que había trazado Diocles estaba más que claro en su cabeza pues había dedicado mucho tiempo a perfilar cada uno de sus detalles. De algunos ya había hablado a Maximiano en aquellas largas y frías noches ante un cálido fuego y un buen odre de vino. Otros, sin embargo, los guardaba con celo para sí. Como si descubrir ciertos aspectos que planeaba en su intranquila mente y compartirlos con el mundo exterior fuera una peligrosa arma capaz de poner en peligro sus vidas. Diocles era reservado y poco confiado por lo que no gustaba de revelar demasiado de sus intenciones, ni siquiera a alguien que había pasado con él muchos más años que su propia esposa e hija. Aún así, todo estaba a punto y había decidido que era el

momento de poner en práctica aquello que había urdido.

En ocasiones, durante una batalla el tiempo transcurría insufriblemente lento y a Diocles le gustaba ocupar aquellas horas de vacío con historias antiguas de aventuras de antepasados, especialmente aquellas que provenían de Grecia, y en cierto modo, era un hábil político y un hombre culto gracias a lo que había aprendido de ellas. Diocles pensaba que lo que había funcionado a aquellos hombres, debía funcionar del mismo modo para los actuales. No comprendía por qué los hombres de su época se empeñaban en cambiar las cosas cuando algo funcionaba correctamente, cuando brindaba la oportunidad de ofrecer prosperidad y bienestar; siempre había algún hombre poderoso que se empeñaba en torcer las cosas. Todavía recordaba las historias que había leído acerca de los *Argonautas* y, como ellos, tenía un objetivo, un *vellocino de oro* que conseguir y, para ello, cada nuevo paso debía estar plenamente estudiado. Su plan no iba a resultar sencillo pues sabía que tendría que tomar duras decisiones en momentos oportunos y persuadir a alguna gente para que actuase del modo que fuera beneficioso para sus aspiraciones, unos a conciencia, otros bajo coerción y los menos bajo su propia ignorancia. El vellocino que ansiaba conseguir distaba todavía algunas millas en su viaje interior, aquel que debía recorrer lleno de misterios y secretos, traiciones y muerte.

Tanto daba. Como un nuevo argonauta tenía una misión que completar; una que los dioses le habían impuesto y que la druida profetizó cuando era un mero soldado destinado a la Galia.

—¿Debo hacer algo? —dudó Maximiano sobre su caballo mientras susurraba sobre el oído de Diocles.

Diocles gesticuló lo suficiente como para animar a su compañero a bajar el tono de la conversación. Una palabra más alta que la otra y no tardarían en estar colgados en una cruz, a expensas de buitres y alimañas que poblaran en aquella sofocante tierra. Algunos hombres habían oído historias provenientes de Roma acerca de los bestiarios y las especies más enigmáticas de animales salvajes que llevaban a Roma desde tierras increíbles. Allí, en tierra persa, incluso ellos habían conocido a aquellos extraños y gigantescos animales de delgadas patas y enormes gibas que escupían a cualquiera que se les acercase y que los persas utilizaban con asiduidad tanto en labores mercantiles como militares. Una palabra fuera de lugar y todo estaría acabado, a saber qué tipo de animal extraño devoraría sus entrañas mientras colgaban de alguna cruz en

medio de aquellas dunas de polvo.

—No —sentenció—. Tu momento llegará, como los *idus* de agosto llegan tras los de julio.

Maximiano pareció contrariado y se mostró nervioso y agitado sobre su corcel. Su mirada pensativa y evasiva hizo que Diocles notara en él algo que le erizó la nuca. Debía ser cuidadoso y tener mucha más cautela con Maximiano que, pese a ser un buen amigo, no era hombre de sobrada inteligencia. Leal y valiente, hombre militar como pocos había. Aquel grandullón estaba hecho para la guerra y disfrutar sin remordimientos de los pocos momentos que la sangre en el campo de Marte dejaba a los supervivientes.

—Es momento de que sea yo quien dé el primer paso —insistió Diocles.

La enorme y ancha cara de Maximiano comenzó a tomar el color carmín y resultó en una especie de gesto contrito y Diocles supo en ese instante que algo extraño estaba ocurriendo. El único que sabía acerca de parte de sus planes se había mostrado incomprensiblemente abstraído y meditabundo al escuchar sus palabras, al intentar explicarle que debía aguardar un poco más su momento. Pese a todo, Diocles no dio demasiada cuenta de ello, pues conocía el marcado carácter de Maximiano, seguro que su actitud se debía al fuego que ardía en su interior empujado por el ansia de participar de la conjura cuanto antes. Así lo había demostrado con una vívida mirada llena de ambición que le propinó justo cuando giró su caballo y tomó camino hacia el corazón de las formaciones que los *equites* ocupaban en los flancos, mostrando su enorme espalda cubierta por una coraza donde el relieve dibujaba unas magníficas espaldas de dios griego. El cargo quedaba como un guante a Maximiano que ejemplificaba de forma perfecta el nuevo rango que el prefecto ecuestre había tomado con el paso de la República al Imperio; ahora un *eques* adquiría rango y poderes para dirigir un ejército o gobernar provincias. Y para Maximiano aquel nivel de poder satisfacía todo cuanto sus insaciables placeres precisaban.

En ese momento un ruido seco estremeció a las maltrechas tropas romanas, haciendo que todas las legiones, al menos aquellos que quedaban aún en pie y todavía formaban posición, aguzaran todos sus sentidos en intentar descifrar qué era aquel estruendo.

Las enormes puertas de la muralla, que resguardaban la ciudad del interior del recinto, comenzaron a sonar en un estremecedor crujir de cadenas

mientras dos enormes poleas deslizaban el enorme rastrillo de hierro forjado que se levantaba sobre el suelo mostrando unas amenazadoras puntas afiladas como cuchillos. El viento soplaba aún más fuerte y los pendones desplegaron todo su vuelo mostrando cada insignia y símbolo específico de las legiones que identificaban.

Casi sin resuello llegó exhausto uno de los legionarios que no tardó en entregar al emperador Caro el mensaje que portaba en su mano. La distancia entre éste y donde Diocles se encontraba no era mayor que la de otro pretoriano a caballo, por lo que pudo escuchar perfectamente cada una de las palabras que el pobre desgraciado pudo exhalar. De pronto, el caballo del mensajero que mediaba entre el emperador y Diocles hubo de flexionar las patas delanteras, apoyado sobre el suelo con los antebrazos delanteros, con el cuello totalmente torcido y la cerviz inclinada. Sus ojos perdieron todo rastro de color excepto el blanco que los dominaba. Giró el dorso medio delantero en un extraño escorzo cayendo sobre el infeliz infante, un pobre diablo que hubo de entregar su último mensaje. El grito del soldado y el relincho del animal se aunaron en un esperpéntico ruido que pareció fluir del mismo Hades. El jinete cayó igualmente de bruces sobre la arena persa. El animal solo pudo dar coces al aire en un vago intento por evitar lo imposible, mostrando los dientes en unas inmensas fauces que se abrían y babeaban una espesa espuma mientras la pesada lengua caía sobre la arena. Las legiones del ejército romano estaban mermando debido a la extenuante campaña oriental a la que estaban siendo sometidos y no solo hombres sino bestias eran presa de la deshidratación y veían la muerte uno tras otro por la noble causa de Roma.

Ninguno de los que estaba cerca mostraron mayor compasión que la que exhibieron los demás animales que circundaban al caído. Excepto algo de controlado nerviosismo no hubo nada más entre los pretorianos. Cada desfallecimiento se había convertido en algo habitual y no se le prestaba la menor atención. Sin embargo, las tropas comenzaron a impacientarse mucho más por otra razón y el murmullo acerca de que los dioses romanos los habían abandonado comenzó a ser propagado entre los, cada vez, más nerviosos soldados. ¿Cómo iban a salir victoriosos de aquel infierno si cada vez había más síntomas de que los dioses los habían dejado a su suerte? ¿Cómo iban a estar allí, a tanta distancia de Roma? La muerte era segura, pensaron muchos, y aquello comenzó a sembrar la duda de la tropa acerca de las pretensiones del emperador Caro.

—¿Quieres que sea yo, padre? —solicitó Numeriano al emperador.

Su pregunta no venía en vano. El ejército persa enviaba al mismísimo rey Bahram II con ánimo de negociación.

Caro dudó por un instante pues aquello no era habitual. ¿Había comprendido el rey persa que no tenía ninguna posibilidad ante las tres legiones apostadas en sus puertas? ¿Acaso el asedio había durado ya lo suficiente como para acabar con todos los recursos de la ciudad y ésta se estaba entregando? ¿Sería una burda trampa y los persas pensarían que Roma enviaría al mismo emperador a aquella reunión y una vez allí acabar con su vida? Sin duda, lo que estaba aconteciendo ante las puertas de Seleucia no era conocido por el experimentado ejército romano. Acostumbrado a arrasar y someter en masa, ni la disposición de las tropas ni el comportamiento del ejército persa estaban siendo lo habitual y aquello ponía nervioso al emperador que llevado más por la ambición de la conquista de la ciudad más rica de oriente que por la razón, comenzaba a mostrar signos de flaqueza.

Diocles no podía permitir que el emperador dudase por un instante más. Si quería llevar a cabo su plan, su viaje a la conquista de su propio vellocino de oro pasaba por tomar la decisión más difícil que había tomado nunca. Debía aprovechar el momento de indecisión y sorpresa para poner en práctica todo cuanto había urdido en su cabeza: su conjura.

—Déjame a mí, augusto —dijo Diocles al emperador mientras espoleaba con toda la fuerza de sus talones sobre los cuartos traseros de su caballo sin dar una sola oportunidad de réplica.

Mientras apresuraba su paso hacia las puertas de Seleucia, la oscuridad del cielo acompañaba su cabalgada sumiendo todo cuanto quedaba atrás en una delicada penumbra que envolvía sus pensamientos junto al solitario ruido de los cascos sobre la yerma tierra. Cuanto más se acercaba a la ciudad, más podía corroborar todo aquello que decían de aquella misteriosa tierra.

Cada paso que le aproximaba a los muros dejaba entrever la enorme torre que se proyectaba en el interior de la ciudad sobre una pequeña meseta. La ciudad de Seleucia se había convertido en una de las más ricas y prósperas del mundo conocido y aquella riqueza era bien conocida y ansiada por Roma.

Cubierta con tejas de vivos colores y brillantes placas de cerámica policromada que hacían destellar la luz en millones de pequeños rayos de

color que se dispersaban en todas direcciones. A pesar de aquel día gris y del cielo amenazante, podía adivinarse la riqueza que aquella ciudad escondía dentro de sus muros.

En días donde el sol no tuviese obstáculo alguno y derramase su calor sobre aquellos paneles de cerámica, la ciudad debía convertirse en un hervidero de vida y opulencia. Aquello podía explicar todo cuanto hablaban del pueblo persa, que pese a estar viviendo una de sus peores crisis civiles, nunca había perdido la esperanza; la felicidad y alegría eran indisolubles de su condición. Al fin y al cabo no distaba tanto de la vida romana, donde muchos preferían esclavitud y servicio por una escudilla caliente a una libertad de hambruna y calamidades, pensó Diocles.

Bahram II y su hermano, Ormuz, se encontraban enzarzados en una disputa interna que estaba llevando a la ciudad y su gente a cierto nivel de anarquía. Se acumulaban ya las revueltas y saqueos y se contaban por igual no pocos asesinatos en las calles de la ciudad. En tal situación, el ejército persa comenzó a dudar de la capacidad del rey para recuperar la situación y se sumaban por decenas las facciones que se habían aliado con Ormuz, haciendo comprometida la situación para el rey Bahram, que sabía que de seguir así, su propio hermano tomaría el trono y lo decapitaría de forma rápida y precisa, mostrando la compasión que su hermano profesaba ante quienes caían derrotados a sus pies.

No podía permitirlo.

Disfrutaba sobremanera de su vida y los placeres que derivaban de ella. Su condición le había hecho ganar ciertos favores y su ego se había acostumbrado a ricos y pomposos ropajes de delicadas y coloridas sedas. Del rey persa se decía que había sido durante mucho tiempo un tirano que no dudaba en aniquilar a quien se antepusiera en su camino. Cierta día el *mobeds* de los *mobeds* —algo así como un soberano pontífice que practicaba el zoroastrismo— había hecho recapacitar al propio rey que desistió de tan vil actitud y ahora se mostraba mucho más compasivo, inteligente y complaciente. Bahram debía encontrar una solución y aquellos hostiles romanos que aguardaban amenazantes en el exterior de los muros, quizá, podrían ser su salvación. Sabía que aquellas legiones estaban lejos de Roma y que el viaje hasta posicionarse ante las puertas de su ciudad no había sido fácil para ellos. Además, había visto desfallecer ya unos cuantos romanos, por lo que quizá pensó que podría tener alguna opción. Seguro que dedujo

por un momento que, con suerte, podría persuadir al emperador para entregar la ciudad a cambio de salvar su vida. Aliarse con el enemigo para poder ganar algo de tiempo y recomponerse. Las consecuencias ya las pensaría después, ahora su vida se veía amenazada en el exterior de su reino por Roma y en el interior por su propio hermano y sus aliados rebeldes.

Pero había un problema. El ejército romano no había enviado al emperador al parlamento, sino a uno de sus pretorianos. A Diocles.

El *equite* romano apretó el paso y cabalgó todavía más rápido hundiéndose aún más sus talones entre la babilla y el muslo, que el animal tradujo en un agresivo galopar apretando todavía más la mordida sobre el acero del bocado salpicando una espumosa baba que impregnaba la ondeante crin.

Diocles atisbó la figura del rey que se hacía cada vez mayor mientras cada galopada recortaba la distancia que los separaba.

Una armadura completamente dorada destelló hasta cegar a su caballo, a tal punto que éste hubo de parar en seco, alzando ambas patas delanteras enarbolado, lo que hizo que por momentos casi perdiera el control del maldito animal. El rey persa era una enorme luz a lomos de un pequeño y ligero caballo zaino del que, de igual modo, brillaba la pechera debido a las pequeñas planchas de plata que lo cubrían. Todo él, recubierto de una cantidad de plata como pocas veces había visto en su vida. La cabeza del animal cubierta con un yelmo del que repujados y brocados decoraban hasta el mínimo detalle, culminando en unos retorcidos cuernos de carnero. Pecho, flancos y cuartos traseros se cubrían del brillante metal con unas placas delicadamente engarzadas unas a otras, que hacían a aquel animal prácticamente inexpugnable. Tan solo la parte baja de las patas, rodillas, corvejones y cascos eran visibles y fue lo único que le permitió deducir lo zaino del animal.

Cubierto por planchas de metal dorado de pies a cabeza. Su espada envainada en una curvada protección decorada hasta la saciedad. Su cara cubierta por una extraña máscara de plata infundía un enorme respeto y recordó a Diocles a las utilizadas por los gladiadores *secutores*, donde tan solo los orificios de los ojos y la boca mostraban cierta vida en el interior de aquella rica coraza. El yelmo apuntado decoraba varias aletas de algún tipo de animal que solo los dioses podían conocer y que parecía a aquellos que poblaban la cabellera de Medusa. Si el rey quería infundir temor, sin lugar a dudas, lo lograría con la mayoría de los supersticiosos soldados que

permanecían en formación no muy lejos de allí. Aquella figura debía ser totalmente temible en el fragor de la batalla. En aquel instante Diocles se dijo que era buen momento para conocer si el *mobeds* de los *mobeds* había hecho un buen trabajo domando a aquel amenazante rey persa.

Aquello, si cabía, dejó aún más claro en su cabeza por qué tantos emperadores anteriores a Caro quisieron conquistar esta tierra. El interior de la ciudad debía esconder un secreto que tan solo los dioses eran capaces de conocer. Su tierra era baldía, excepto en la ribera del río y poco había en aquel inmenso calvero de arena que fuese de valor. No al menos para el Imperio romano. Su riqueza estaba intramuros y en aquel instante, supo que había llegado el momento de poner en práctica todo cuanto había planeado.

Como cuando los argonautas aguardaban en Lemnos, esperando el preciso momento en el que Heracles les comunicaba que debían embarcar para partir de aquella isla y comenzar su aventura. Así se sentía Diocles en aquellos momentos, contemplando al rey persa que, pese a portar su imponente y opulenta armadura, se encontraba en una situación insostenible políticamente.

El viaje en el fuero interno de Diocles iba a comenzar y la búsqueda de su vellocino de oro estaba ya en marcha.

Ambos quedaron en una posición lo suficientemente estudiada para que el parlamento resultase beneficioso para cada uno. El romano se cuidó de parar a su caballo a cierta distancia prudencial donde los temibles arqueros persas, aún apostados en las almenas, no ofreciesen peligro alguno y la distancia fuera la suficiente para que aquellos proyectiles la pudieran salvar. Aún así pudo advertir cómo toda la fila superior de arqueros tensó sus curvados arcos y apuntaron directamente al cielo. La distancia era insalvable pero el mensaje quedó claro.

De igual modo, el rey Bahram se cuidó de que la conversación se celebrase a buena distancia de las primeras filas de *velites* y *hastati*, allí donde las lanzas romanas no podían salvar la distancia.

—No hará falta derramar sangre —espetó sin preámbulo el persa.

Diocles pudo escuchar cómo sus palabras salían de aquella máscara donde la impasible boca de plata quedaba inmóvil. El parpadeo que adivinó en el interior tras los pequeños agujeros de los ojos le heló el ánimo por momentos.

—Siempre hace falta derramar algo de sangre —repuso—. ¿Qué ofreces para que Roma no aplaste a tu pueblo?

Quedaron sumidos en un baile circular donde sus caballos relinchaban y

bufaban mientras se movían de costado dibujando con sus cascos un orbe perfecto en la empolvada arena, siempre sosteniendo sus miradas o, al menos, cuanto podía advertir en el interior de aquellos vacíos y negros huecos, enzarzados en un silencioso juego donde medir sus fuerzas.

Para Diocles no era fácil mantener una mirada ante dos oscuros huecos impávidos y aquello comenzaba a ponerlo nervioso. Él era valiente y pocas cosas le hacían estremecer pero mirar a los ojos a aquella máscara dorada le atribulaba.

La sensación de hablar cara a cara a un dios le sobrecogió. Pero no era un dios, era un simple hombre en una situación muy comprometida, recapacitó.

—Ofrezco la ciudad. A cambio de perdonar mi vida.

Allí estaba. La oportunidad que tanto había deseado. Sin duda, esas eran las palabras que necesitaba escuchar para comenzar el viaje más difícil de su vida. Había, por fin, comenzado la aventura que habría de llevarlo a cumplimentar cuanto la druida había profetizado acerca de su destino. «Cuando mates un jabalí», aquellas palabras retumbaban en su cabeza una y otra vez y difícilmente podía olvidarse de ellas desde que la pequeña y enjuta adivina las pronunciase.

Diocles quedó por unos momentos meditabundo mientras la danza a lomos de sus caballos de guerra seguía con un vaivén incontrolado de sensaciones. Por un lado sabía qué debía hacer, no en vano, ya había tramado todo cuanto debía hacer, pero por otro, la enorme responsabilidad implícita en aquella trama le abrumaba y aceleraba su pulso. Todo debía estar medido y la actitud que hacía poco había notado en Maximiano volvió a dibujarse en su mente de la forma más abrupta como un mal presentimiento. Algo que escapaba a su comprensión se cernía sobre la oportunidad única que los dioses habían dispuesto ante sus ojos.

—Hará falta algo de sangre —insistió Diocles—, como ya he dicho.

Aguardó con gesto severo la opción que el rey persa le ofrecía. Esperó pacientemente una respuesta a cómo interpelaría su dura sentencia. De lo que el rey persa dijera a continuación dependía todo cuanto había soñado. Por momentos el tiempo parecía haberse detenido y Diocles sentía que todo cuanto había soñado estaba equidistante, tan cerca como tan lejos. Su plan incluía demasiadas acciones complicadas pero aquello eran circunstancias de las que daría cuenta más adelante. Lo importante es comenzar la conjura, se dijo. Pensó que algún día podría decir a sus nietos «todo comenzó ante las

puertas de la ciudad de Seleucia», mientras contaba la historia de su vida.

Finalmente el rey persa habló.

—No será la sangre del rey Bahram —contestó de forma sobria llevando una mano a la coraza que cubría su pecho.

El rey había comprendido que no iba a ser fácil pero la disposición de Diocles para salvaguardar su vida a cambio de la ciudad era favorable. Las miradas cruzadas mientras el bamboleo a lomos de sendos caballos era una incómoda forma de sellar su compromiso. De pronto, el persa gesticuló con su mano hasta que ésta tocó el mentón, accionando un pequeño resorte que levantó la máscara de plata de un seco golpe acompañado por un minúsculo ruido metálico.

—No será —concluyó Diocles asintiendo de igual modo ahora sí, observando los ojos del rey persa.

Bahram II, poseía una dura y oscura tez, curtida por el clima persa donde el rizado cabello alborotado sobresalía entre el yelmo y la máscara, claramente oscuro como la rizada barba ondulada que poblaba buena parte de su cara. De perfil aguileño, las enormes bolsas de sus ojos denotaban que no estaba pasando por su su mejor momento. El ceño fruncido y arrugado. Finalmente, el rey terminó por sellar el pacto con el mismo gesto de complacencia.

Ambos dieron por concluida la conversación y volvieron bajo el cobijo del seno de sus ejércitos.

Septiembre de 283

ROMA

Los dos hombres encontraron las hojas de la puerta de madera entreabiertas. Un leve empujón bastó para atisbar un magnífico jardín repleto de setos conformando un laberinto de fantásticas líneas. De forma dispersa, cada pocos *passus*, los enormes y frondosos cipreses se elevaban al cielo dando aún más dignidad a aquel espacio. Sin duda, impresionar al visitante era uno de los objetivos de tan exquisito orden natural; el otro, por descontado, mostrar abiertamente la opulencia del dueño de aquella villa.

La ostentosa casa de campo distaba tres *miliarium* de Roma en dirección Via Appia y aquel día los hombres recorrieron las tres millas sin demasiados problemas sobre dos mulas que dejaron al cargo de un esclavo que había ido a su encuentro precisamente con ese fin. Cuando hubieron desmontado el esclavo tomó las bridas y el ruido de los cascos se disipó mientras bestias y hombre se perdían por un amplio vano junto al jardín porticado, cubierto de vides, que había en una de las esquinas del amplio atrio.

Uno de los hombres se encaminó directamente hacia una pequeña fuente con forma de crátera donde corría el agua fresca y clara. La pieza era elegante pese a que la piedra estaba levemente desbastada, pero aún así a aquel hombre se le antojó como un oasis en mitad de un amplio desierto. Poco acostumbrado a andar a lomos de ningún animal había sufrido cada uno de los pasos que su mula había arrastrado a través de la concurrida vía y el agua reconfortante le hizo pensar que el esfuerzo y el dolor en las posaderas habría merecido la pena en cuanto hubieran encontrado al dueño de la casa.

Un hombre enjuto envuelto en una túnica color siena visiblemente manchada y atada a la cintura con un trozo de cuerda mal dispuesta salió al paso de los otros dos hombres.

Eran senadores.

La llegada de aquellos insignes y notables hombres fue evidente para el administrador de la villa y pensó que la visita de aquellos togados a la casa de campo no tenía otro motivo que la de encontrarse con su señor. El joven administrador no abundaba en carnes y de seguro era debido a que además de guardar la casa mientras el amo no estaba debía comprobar que el orden y el trabajo era cumplido de forma escrupulosa, así como, parecía por su apariencia, no estaba redimido de hincar él mismo el lomo en el huerto de legumbres, moliendo harina, echando paja nueva en la porqueriza o cepillando y acicalando los caballos. Era un esclavo que debía ganar un buen sueldo por lo que hacía todo aquello con la mejor de sus sonrisas, pese a que su cara dibujase el más horroroso de los rostros. Su delgadez junto con su alta estatura lo hacían parecer espigado y andaba tan erguido que parecía que podría doblar su espinazo hacia atrás en cualquier momento. Sus piernas separadas lo hacían caminar a horcajadas y dibujaban un arco perfecto. Sus manos, encallecidas, mostraban desagradablemente los bulbos de los nudos de sus escuálidos dedos. Uno de los senadores hubo de preguntarse si aquel cuerpo podía realmente aguantar el ritmo de los trabajos que una casa de campo requería.

—¿Dónde está tu señor? —preguntó uno de los hombres mientras el administrador acercaba sus pasos hacia ellos.

Con cada paso recortaba la distancia y hacía más desagradable observar su rostro. Tenía unos grandes ojos como si fueran a salir de sus órbitas y las bolsas que colgaban de los mismos parecían hinchadas y moradas, sin duda, del cansancio físico que arrastraba aquel hombre. Dos enormes orejas colgaban de los lados de su cara y la nariz ancha estaba cubierta de ronchas. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, además, los hombres pudieron comprobar cómo toda la cara estaba cubierta por un vello canela, incluso allí donde un hombre no debía lucirlo. Con un rápido gesto de asentimiento movió la cabeza hacia un lateral en ademán de animar a los dos hombres a que siguieran sus pasos.

—Por aquí buenos hombres —dijo—, preguntaremos por mi señor adentro.

Tomaron el mismo camino que había utilizado el mozo para llevarse a las mulas. Junto al jardín porticado del sudeste había un vano sin puerta alguna que daba a todas las dependencias donde se realizaban los trabajos propios de una villa de campo. Las habitaciones privadas y todas las dependencias del

señor de la villa quedaban tras el pórtico norte como quedaba claro por la pequeña portada columnada *in antis* con frontón triangular. A los dos hombres les extrañó que el administrador les incitase a buscar a su amo allí donde los esclavos se afanaban en todos los quehaceres típicos de una casa de campo en lugar de haberlos dirigido hacia el interior de la vivienda privada. Habían dejado el suelo de piedra y avanzaban por la zona de trabajo cubierta por tierra dura y polvorienta y mientras se adentraban en las entrañas de la villa atisbaron a otros dos esclavos que se dirigían hacia ellos. Iban canturreando algo uno delante de otro y portaban una fuerte vara, de lo que parecía haber sido un olivo, sobre los hombros y de la que colgaba, sujeta con una soga del cuello, un ánfora que debía pesar lo bastante como para que fuera transportada por dos hombres. Giraron bruscamente ante ellos hacia la derecha, abrieron una pequeña puerta y se precipitaron dentro.

En su interior había rítmicamente ordenadas varias hileras y filas de elementos circulares, no más altos de un palmo, que sobresalían de la tierra. Se dirigieron con su cargamento hasta un lugar donde había un gran hueco donde depositaron la tinaja en su interior, dejando tan solo el cuello y la gran tapa de madera visible al exterior. Sin duda, allí hacían reposar el aceite que acababan de prensar y que luego sería enviado al mercado de Roma o transportado a diferentes clientes a distintas provincias del Imperio.

No hubieron andado un par de metros cuando el ruido de un crujido constante hubo llamado su atención. A su izquierda, un asno giraba sobre el eje de dos grandes bloques de piedra haciendo girar la superior con su incansable empuje.

Un hombre se afanaba en sacar puñados de grano de trigo de un zurrón que colgaba de su cintura y los depositaba sobre la piedra. Abajo un gran balde de madera recogía la harina molida. El hombre parecía enfrascado en su trabajo y tan pronto vaciaba los puños de trigo sobre la piedra como azuzaba el fuego del horno y comprobaba con una enorme paleta si el pan había cocido; y entre una y otra cosa se precipitaba sobre la tambaleante mesa de madera para amasar la masa de bollos y panes que todavía quedaban pendientes de hornear.

Un poco más adelante encontraron a otro joven esclavo esquilando a un buen número de ovejas. La lana se amontonaba en fardos que cuidadosamente organizaba y contaba. Pronto aquellos montones de lana recién esquilada se convertirían en togas, mantas y relleno de camastros. Los

esclavos se afanaban con soltura en cada una de sus tareas pues todo debía quedar perfectamente terminado antes de que llegara el invierno y con él, el tan deseado descanso. La lana o el aceite, la cosecha de trigo, la recolecta de vegetales y legumbres, la carne que debía ser curada y almacenada para el invierno, la prensa de las uvas para destilar el vino que luego acompañarían con especias, absolutamente todo debía quedar terminado antes de sucumbir al gélido frío y, por ende, a la inactividad.

El dueño de aquella villa era un hombre poderoso y rico. Sin duda había sabido hacer negocio y prácticamente dedicaba su tiempo y esfuerzo a muy diferentes actividades, pero que bien organizadas cubrían buena parte de las necesidades de Roma. Tal y como producían en aquella casa de campo, pronto habría provisiones para abastecer la propia villa así como para poder mercadear en la ciudad. No faltaría el aceite en las perfumerías que a su vez lo distribuirían a modo de perfume en los lupanares, donde las prostitutas darían un buen uso. El excedente de pan era, de seguro, vendido a tabernas o casas de comidas repartidas por los laterales de los caminos. Allí se sembraba legumbres, vegetales y carne como para abastecer buena parte de los *ludus*, donde aprendices de gladiadores, podrían dar buena cuenta de todo aquello.

En un principio no hubieron recapacitado en ello pero cuando los dos senadores adelantaron más sus pasos y dieron de bruces con la herrería, el maestro herrero dejó súbitamente de asestar golpes sobre el yunque, levantó su mirada y los encontró con el rostro más incrédulo que hubo visto en mucho tiempo. El herrero, un hombre de grandes y amplios hombros trabajaba solo con un mandil de cuero en la parte superior del cuerpo y dejaba entrever sus poderosos brazos cubiertos de vello oscuro hasta los hombros. Dejó ver su cariada dentadura mientras dejaba descansar el martillo sobre el yunque.

—¿Desean algo los señores? —espetó el herrero.

—El administrador nos lleva a ver a tu señor.

—¿A mi señor? —El herrero entrecerró un ojo y arqueó una de sus pobladas cejas—. ¿El administrador? —Levantó su cabeza al cielo y mostrando una poblada y descuidada papada barbada rió hasta que el estruendo se hizo audible en toda la villa.

Los dos hombres no habían reparado que mientras habían acompañado al administrador por los rincones de la casa de campo donde se hacían los verdaderos trabajos habían sido víctimas de las miradas más recelosas y

burlonas. ¿Qué estaba pasando? Uno de los hombres llegó a preguntarse si aquello no era una burda broma o incluso si habían equivocado sus pasos y no esa no era la casa de campo del hombre que buscaban.

—Ese de ahí —dijo el herrero señalando al administrador— el único señor que puede presentaros es aquel otro —y cambió la dirección de su dedo índice hacia un pequeño recinto que quedaba a la derecha del mismo camino por donde habían venido.

Ambos senadores giraron y encontraron el dedo del herrero señalando al más enorme de los cerdos que había en la porqueriza, que se encontraba hociqueando entre el barro y la paja con medio cuerpo cubierto de lodo.

El herrero adelantó sus pasos y una vez fuera de su lugar de trabajo hizo ademán de golpear al administrador al tiempo que bramaba:

—¡Vuelve a tu porqueriza, maldito seas! ¡Ni siquiera eres capaz de administrar esos putos cerdos! —empujó al enjuto hombre a tal punto que éste por poco había perdido el equilibrio mientras huía. El herrero prosiguió—: Perdonad pero no está bien de la cabeza. Aquí cuida de los cerdos y ha de mantener la porqueriza limpia con paja nueva. Siempre ha estado en esta casa y el señor a veces bromea con que algún día lo hará administrador.

—Maldita sea, no tenemos tiempo para las bromas de un loco. Debemos ver a tu señor cuanto antes.

—Pregunten en las caballerizas —señaló el herrero justo el recinto de al lado—. Diría que mi señor salió esta mañana temprano.

—¡Bah! —expelió de su boca uno de los senadores con un ademán de desagrado como si la ayuda prestada no hubiese sido suficiente.

—Engreídos de mierda... —farfulló el herrero entre susurros mientras giraba sobre sí mismo para continuar con su duro trabajo.

Los dos hombres se dirigieron hacia las caballerizas donde un mozo joven y bien dispuesto les explicó que su señor no se encontraba en la villa en ese momento. La sensación de haber perdido buena parte de la mañana era evidente para los dos senadores. Habían estado deambulando de un lado a otro por culpa de aquel maldito zopenco que les había hecho creer que era el administrador de la casa de campo. Además estaba el viaje, junto con el dolor de posaderas, había sido hecho en balde y ahora tocaba sufrir de nuevo las consecuencias del camino de vuelta. Con todo aquello y el calor que comenzaba a azotar esa hora de la mañana, uno de los senadores pensó que,

en cuanto pudiera, volvería a la fuente del jardín anterior y daría buena cuenta del agua clara y fresca. «Esta vez me empaparé bien la cara y la nuca», se dijo.

Los dos hombres habían ido a aquella villa al encuentro de Quinto Tulio, uno de los senadores más antiguos de Roma, pero no lo hallaron porque aquella mañana Quinto había salido en dirección opuesta, hacia la propia ciudad de Roma. El viejo senador había decidido realizar unos despachos en la misma *domus aurea*. El viejo senador había decidido hacer un pequeño negocio con Magna Urbica, la esposa del César Carino.

Quinto Tulio parecía haber tenido siempre una estrecha y provechosa relación con la diosa Fortuna. El viejo senador había dedicado una vida a amasar tal cantidad de dinero que su patrimonio rozaba lo indecente, y prueba de ello era su villa de campo a pocas millas de la ciudad, ya que había sabido invertir en prósperos negocios de forma hábil; como solo un hombre sin escrúpulos sabía hacer.

Esa habilidad para generar la riqueza era innata en el viejo Quinto. Cuando los tiempos eran prósperos para Roma, el viejo senador lo traducían en pingües beneficios. Cuando los tiempos eran difíciles para todo el mundo, Quinto seguía obteniendo buenos rendimientos e incrementando su fortuna. No pocos se preguntaban cómo lo lograba.

En realidad, el secreto de su éxito no radicaba en nada más simple que estar del lado de quien podía proporcionarle buenos negocios, y Quinto siempre estuvo del lado de quien mejor podían ofrecer aquello en Roma: el emperador. No en vano, en sus más de sesenta años de vida había visto pasar ante sus ojos a diecisiete emperadores y con todos ellos, el viejo Quinto Tulio, había sabido hacer negocio próspero.

Su habilidad política y la falta de sensibilidad eran el germen perfecto para que aflorase la habilidad de amasar una fortuna. Había dedicado su vida a ello y, como muestra, en la villa de Quinto no existía ninguna *domina*. No había contraído esposa ni engendrado hijos, al menos que él conociera, y nunca, jamás, había llamado a su puerta alguna puta con un bebé en brazos exigiendo su paternidad ni la cesión de su *cognomen*. Su vida era dedicada por completo a política y dinero. Con lo primero saciaba su necesidad de gloria: su deseo de reconocimiento social; y con lo segundo, todas las

pasiones que sus entrañas e instinto podían exigir por depravadas que pareciesen.

El viejo Quinto era un hombre de sesenta años, de pelo cano alborotado solo en la parte de la nuca, sus ojos pequeños y muy oscuros brillaban como lo hacían los de una rata en la noche más oscura. Su cuerpo enjuto y corcovado, aunque aquella flacura no fuese debida a la falta de alimento, sino más bien al incansable esfuerzo que dedicaba a sus negocios. De hecho, la excesiva alimentación y, sobre todo, la desmesurada pasión por el vino que profesaba eran bien patentes en su abultado vientre. La figura de aquel vejete gibado y delgado donde tan solo el vientre abultaba era ante todo desconcertante. Quinto Tulio no necesitaba de ayuda para caminar ni soportaba su peso sobre muleta alguna, como otros muchos incluso más jóvenes, hacían. Su caminar era presto y definido y sus pasos cortos se sucedían rápidamente con determinación. Aquel hombre parecía tener siempre muy claro cual era su objetivo y difícilmente se desviaba de ello, y ese día, su objetivo era Magna Urbica.

El viejo y la esposa del César Carino estaban en uno de los jardines con peristilo columnado con un enorme estanque octogonal en el centro, rodeado de hierba fresca que profería a todo aquel espacio un ambiente de serenidad y meditación. El ruido del agua que caía de diferentes chorros era cuanto acompañaba la conversación que habían iniciado en el interior de palacio, cuando Quinto Tulio había acudido a la matutina *salutatio*. Recibir a quienes acudían a casa con motivo de algún negocio, consejo, noticia o queja era algo habitual en la nobleza y mientras el César Carino estaba de campaña militar en la Galia y el emperador de Roma hacía demasiado tiempo que había olvidado la ciudad en pos del sueño persa, Magna Urbica hacía las veces de señora de la casa y, con ello, era quien se encargaba de la *salutatio* y quien despachaba a los innumerables senadores que pululaban por los rincones del Palatino con mil solicitudes diferentes.

Anduvieron por el interior de la columnata cubierta por yedra. El tímido sol proyectaba juegos de luces y sombras en las más diversas formas como un bello mosaico natural. A Quinto le recordó el mismo enlosado del edificio del Senado, que no difería mucho de aquel *opus sectile* botánico.

—Como te digo, *domina*, siempre podrás contar conmigo —silabeó el viejo senador.

—Quinto... querido Quinto, si no te conociera diría que intentas

aprovecharte de mí —chanceaba la esposa del César mientras acompañaba sus palabras con aspavientos en sus manos moviendo las mangas de la delicada túnica azul que vestía.

Quinto avanzaba junto a la señora con las manos cruzadas delante y movía la cabeza aceptando la broma.

—Sí... —continuó dubitativo alargando el momento— Ya hace tiempo que nos conocemos...

—Justo desde que mi suegro Caro fue nombrado emperador —espetó malévola la esposa de Carino.

Ambos cruzaron las miradas por un momento y rápidamente Magna Urbica dibujó una sonrisa en su boca. El corazón del viejo Quinto volvió a latir.

—En realidad no somos muy diferentes, querido Quinto —quedó meditabunda mientras pararon en su caminar. Quinto observaba con cara de bobo sin entender nada—. Cuando deseamos algo no cejamos en el empeño hasta conseguirlo... ¿Me equivoco?

Comenzaron la marcha de nuevo, esta vez cruzando el gran espacio de hierba húmeda en dirección al gran estanque.

—Exactamente. Y quiero con ello reforzar nuestra amistad con un regalo, mi señora.

—¿Otro? —preguntó interesada—. Tulio... Tulio, ¿quieres que crean que tenemos algo entre tú y yo? —su pregunta sonó tan grotesca que ambos rieron abiertamente.

—No, no. Sé que te agradan mis regalos y que haces un buen uso de ellos, como cuando te regalé a tu esclavo Cato... —intentó esperar el momento justo para apretar el nudo—. ¿Os agradó, no es cierto?

La sonrisa de Magna Urbica desapareció por un instante. Aquel viejo obscuro había convertido la conversación en una irreverencia. Pero no se lo tomaría en cuenta. En realidad no podía pues no eran pocos los negocios que tenían con aquel vejestorio decrepito. Además, era cierto que ella había dado buen uso a Cato, ahí no podía negarle la razón al viejo. «Maldito sea el día que acepté su regalo —se dijo—, desde entonces tiene con qué chantajearme». Pero si todos los regalos eran como Cato, dejaría que el anciano la chantajeara toda la vida. En definitiva, pensaba que era un viejo inofensivo.

—¿Y qué regalo estás pensando? —inquirió intrigada la cesarina.

—Es una sorpresa, estoy convencido de que os encantará. Escucha. Pronto vendrá a la ciudad un nuevo mercader de esclavos con un cargamento *especial* —dedicó el viejo un tono diferente para aquella palabra—, pues bien, el mercader se llama Zosimo y tan solo debes entregarle este cofre de monedas y pronto entenderá lo que él tiene que entregarte a ti. Es un presente que he elegido yo mismo.

—Así que otro esclavo... —repuso ella—. Si sigues así no habrá sitio en palacio para tantos.

—El palacio es grande y éste que os regalo es una joya.

Magna Urbica pensó si acaso debía aceptar aquello que el viejo Quinto quería ofrecerle. Tenía claro que lo hacía para mantener los favores que el Imperio le concedía como menores impuestos en las tierras y en las tasas de las ventas lo que propiciaba mayores ganancias para el viejo depravado. Pero ¿y si aquel nuevo esclavo resultaba tan satisfactorio como Cato? No podía negarse y la curiosidad podía con su voluntad. Se sentó sobre el borde del octógono de piedra que conformaba el estanque, introdujo su mano derecha dentro del agua verdosa y como si el frío que percibió gélido le hubiese ayudado a tomar una rápida decisión, acabó por meditar súbitamente una decisión. Aceptaría aquel regalo sin dudarlo pero aún así debía hacer la temida pregunta. Dudaba si aquel regalo tenía un alto precio que ella pudiese pagar. El viejo Quinto había sido astuto y ahora poseía cierto poder sobre el Imperio con sus negocios. Magna Urbica reconoció que lo que aquel bastardo había conseguido era proveerse de un *quid pro quo*. No podía preguntar sin más si aquello era una trampa y que el viejo lo tomase a mal y diera al traste con los negocios y cerrara el tráfico de provisiones al Imperio, al que prácticamente le salía todo aquello regalado. Podía negar lo que el viejo le ofrecía y no deberle nada, excepto por lo de Cato. Pero también podría aceptar el regalo y preguntar después, y si el precio por el favor era demasiado alto ya lo solucionaría más tarde. La excitación de tener un nuevo juguete le hizo sentir calentura en sus ingles y Magna Urbica terminó por reconocer que aceptaría, sin dudarlo.

—Un regalo generoso, Quinto. Lo aceptaré —dijo tomando el cofre de monedas entre sus manos mientras pronunciaba la pregunta que suponía podía ponerla en problemas—: ¿Y tú, dime, necesitas algo?

—No, mi *domina*. En estos momentos poseo todo cuando requiero.

El viejo Quinto clavó sus pequeños ojos de ratón sobre los de Magna

Urbica y ella no pudo por menos que sentir una punzada fría de desasosiego en el corazón.

SELEUCIA

—Todo está dispuesto ya, amigo Maximiano —confirmó Diocles con los ojos clavados en la tormenta que, cada vez más, cubría el cielo de Seleucia—. Las sombras que han intentado entrometerse en nuestro propósito han desaparecido.

El bueno de Maximiano corroboró, encogiéndose de hombros, que él no era hombre para giros y revueltas retóricas. Mujeres, vino y guerra eran otra cosa. Placeres a los que no había que recurrir con entrenada y elocuente verborrea.

—¿A qué te refieres? —preguntó con verdadero interés que a punto estuvo de derribarlo de su inquieto caballo.

—Vamos amigo. No creerás que somos los únicos que ansían la conquista del vellocino.

—Si me explicaras de una puta vez qué es eso del vellocino lo entendería. Hasta donde yo sé lo que queremos es...

—Lo que queremos —lo atajó antes de que su arranque de furia diera con sus huesos en el suelo y media legión supiera de sus planes— solo lo conseguiremos si dejas que yo me ocupe de los detalles. Amigo Maximiano, te necesito. Pero necesito de tu valor en el campo de Marte con la espada, como miembro de la caballería del emperador y, sobre todo, te necesitaré para matar al jabalí.

—¿Ves? Vuelves con tus enigmáticas frases y tus profecías —imprecó a Diocles mientras tiraba de las riendas para amansar al animal que había empezado a corcovear.

—Eres hosco como un animal salvaje —repuso Diocles.

—Me lo han dicho muchas putas.

—Y parece que te enorgulleces de ello.

—Juro por los dioses que así es —clavó sus ojos en los de Diocles con evidente gesto de hartazgo—. ¿Me vas a contar a qué sombras te referías? ¿Acaso hay algo que debemos tratar con prontitud? ¿Espada, puñal o quizá cianuro?

—Cálmate —conminó Diocles ganando las riendas de su caballo para intentar refrenarlo y comenzó a explicar—: Como sabes, en la Galia se encuentra el César Carino. He sabido que su prefecto de pretorio, Aristobulo, urde un plan para atentar contra su vida. En Roma se ha comenzado a difundir el rumor de que aquí no nos queda mucho tiempo y no dan un antonianus por nuestra victoria, por lo que si el emperador Caro muere junto a su hijo Numeriano, su otro hijo, Carino, tendría la mitad de posibilidades de heredar el trono imperial y si éste también cae...

Maximiano encogió el rostro y se mostró por un momento pensativo, evaluando las palabras de Diocles que claramente había prolongado en espera de su reacción.

—Y muerto Carino, el tal Aristobulo es el que hereda el Imperio —divagó.

—Exactamente.

—¡Maldito hijo de perra! Ahora debemos sumar otro nombre más a la lista.

—No... —volvió a interrumpirle—. Ya he dispuesto todo. Me las he arreglado para enviar noticias a Aristobulo, que de seguro estará leyendo en este mismo momento. Una vez las haya leído no tendrá más remedio que postrarse ante nosotros.

Diocles acabó aquella frase clavando su mirada sobre la de Maximiano que rápidamente pareció comprender. Aquel enorme bonachón enfundado en su hercúlea armadura tenía plena confianza en su amigo y se mostraba tranquilo y relajado cuando éste le aseguraba que él mismo se había ocupado personalmente de cualesquiera fueran los detalles de su plan.

En ese momento, el que había elegido como compañero de viaje, aceptó de buen grado su disertación mostrando una amplia sonrisa que infló su poblada y descomunal papada.

—¿Qué le has dicho en tu carta a ese canalla? —preguntó hambriento de succulentos detalles—. Dime, ¿qué le dices en ese escrito?

—Apenas si queda tiempo. El cielo se nos viene encima —refunfuño Diocles mirando arriba.

—No vuelvas a empezar con tus secretos. Dímelo.

—Está bien. Ya que te he hecho partícipe de cuanto vamos a acometer, considero justo que conozcas el contenido de mi misiva. Escucha:

Acerca de la misiva de Diocles a Aristobulo

»En los despachos que le he hecho llegar a Aristobulo le digo que he sabido de sus planes para conspirar y atentar contra el César Carino y que estoy al tanto de lo que Roma opina acerca de la campaña que llevamos aquí con los persas. Le pido que ceje en su empeño y que elimine toda idea que signifique entrometerse en mi camino. Verás, amigo Maximiano, que no te menciono, pues necesito que sigas oculto y que me seas fiel y leal desde las sombras.

»Es cierto que al emperador Caro no le queda más vida que la de unas horas pues todo está dispuesto para que así sea. Esto también se lo he hecho conocer a Aristobulo. Le hago saber que todo lo que Roma tenía que tratar con los persas ya está hecho y que el ejército de Roma no solo saldrá victorioso de estas tierras áridas sino que una nueva era se alzarán sobre las siete colinas. Estoy convencido que esto le hará recapacitar.

»Si aún albergase alguna duda en continuar su conspiración contra Carino, le hago saber que las legiones de Roma no caerán en los confines persas sino que, incluso, se incorporarán a filas muchos de los bárbaros, lo que espero que haga que desista de sus planes. Las pocas huestes que haya podido reunir en su conspiración no serán absolutamente nada contra un ejército que volverá a Roma victorioso de la ciudad más próspera de Persia y habiendo unido a su ejército a los tan temidos y respetados bárbaros.

»No obstante, amigo Maximiano, le recuerdo a Aristobulo que todavía tiene una posibilidad de salvar su cuello y mantener su posición si de ahora en adelante hace cuanto le digo. No me preocupa su plan, pues el vil acto que quiere acometer me beneficia, Carino no será mas que otro más en mitad de nuestro camino, pero necesito que cada pieza caiga en el momento preciso, Maximiano. Si el conspirador se retracta, vivirá una vida plena, de lo contrario, él y su estirpe será erradicada y aniquilada por las legiones romanas orientales.

»Comprobarás, Maximiano, que solo pude concluir la misiva animando al prefecto de Carino a no sucumbir a un deseo de poder más grande que aquel al que puede aspirar. O prefecto del pretorio o nada».

Maximiano se dio por satisfecho perdiendo su mirada en algún punto de la extensa lejanía. Su lúdico pensamiento ya debía estar dibujando gloriosas victorias por todo el mundo conocido si la conjura culminaba con éxito. Y

con aquello se conformaba; en verdad, a sabiendas de que su enorme cabeza no podría discurrir detalle táctico alguno que no fuera desenvainar su espada ante una masa humana cubierta de barro dando tajos con empeño y sin descanso, viendo salpicar la sangre todavía caliente de los cuerpos mientras éstos proferían gritos de dolor. Aquellos inolvidables gritos que denotaban un blanco alcanzado que, con la diosa Fortuna de cara, sería de muerte. Aquél era el mundo de Maximiano y aquello era lo que Diocles necesitaba exactamente de él.

—Prepárate —avisó Diocles con voz severa realzando su cuerpo sobre la montura—, una nueva era en Roma está a punto de comenzar y el primer golpe ha de darse aquí, a tantas millas de distancia de la capital del Imperio. —Miró alrededor y se cuidó de que sus palabras no fuesen alcanzadas por oídos indiscretos mientras bisbiseaba sobre Maximiano—: Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Juraría que ayudarte a matar al jabalí.

La broma se dibujaba en su cara como otras tantas veces hacía pero esa vez, en los confines del mundo conocido, Diocles pudo atisbar un reflejo de mal augurio en sus palabras. Poco podía conocer por entonces hasta que el soldado en que más confiaba en todo el mundo hubo concluido sus palabras:

—Lo que debo hacer, amigo Diocles, ya lo hice cuando el sol acabó por ocultarse bajo el horizonte bárbaro el día de ayer —volvió a inflar su poblada papada y henchir su pecho mientras mostraba todos los dientes dibujando una enorme sonrisa mientras espoleaba a su caballo que se lanzó al galope para formar filas con los demás equites.

«¡Pero qué has hecho maldito idiota!», pensó gritar Diocles a voz en cuello, pero se abstuvo para no levantar la sospecha de medio ejército. Lo que hubiera sido que Maximiano hubiera perpetrado escapaba a sus planes y, por los dioses, se le erizaba la nuca tan solo de pensar que la enorme mole de masa y músculo hubiera movido una sola pieza del plan sin su consentimiento. Ahora los temores se apoderaban de él pero ¿qué otra cosa podía hacer? La hora de poner en marcha la conjura había llegado y echarse atrás por algo que, en su desconocimiento, se había atrevido a perpetrar Maximiano, era una temeridad y una opción impensable.

Había que seguir adelante pese a que el cielo presagiaba aún más malos augurios.

ROMA

Hubo de cubrir su rostro pues aquel era un día de mercado y las calles de Roma se encontraban en su momento más álgido en la hora *tertia*. Una multitud de hombres y mujeres se agolpaba alrededor de los puestos y mesas de los mercaderes. Magna Urbica cubrió su semblante —mientras bajaba los vetustos peldaños de la escalinata que desembocaba en la Via Sacra, junto a uno de sus esclavos de confianza—, con una *palla* oscura de un tono azul índigo, que lucía sobre una delicada túnica color tierra, ceñida en la cintura con un cordón plano de cuero trenzado sin más adornos ni florituras.

Ese día no se podía permitir lucir demás ornamentos y bisutería y decidió rápidamente coger su larga y rizada cabellera azabache en un nudo trasero, previas gruesas trenzas a los lados de su cabeza que terminaban en un laberinto de mechones tras la nuca.

Sin duda, no era la vestimenta suntuosa y la apariencia ostentosa que acostumbraba a lucir en otro tipo de ocasiones y, en especial, de puertas de palacio para adentro.

En aquel momento cubría su cabeza y parte del rostro con la oscura tela y perdía sus manos en el interior de las grandes mangas de la túnica bajo la *palla* debido a que el destino donde habrían de llevarla sus pasos no era el lugar más adecuado para dejarse ver. No porque ella misma hubiese hecho algo que tuviera que ocultar o de lo que hubiese de arrepentirse —pocas veces lo hacía—, sino porque en aquel lugar, su presencia podría deshonar el nombre de su casa y en esos momentos era lo único que no podía permitirse. Adonde ella debía acudir esa mañana normalmente lo hacían otro tipo de personas de más baja condición. Casi siempre eran otros los que se encargaban, bajo ciertas premisas, de completar lo que Magna Urbica quería atajar aquel día por ella misma y sin más intermediario. Aún así sabía que se arriesgaba demasiado puesto que la esposa del César Carino no podía ser vista en pleno mercado de esclavos.

Por ello, hundió su rostro aún más entre los hombros y clavó su nariz en el pecho mientras ambos, ella y su esclavo, terminaron por encontrar la Vía Sacra. Desde allí, en la base del monte Palatino, podía escucharse el bullicio de una ciudad latente y frenéticamente viva. Lejos quedaba la paz y la tranquilidad de palacio cuando no estaba atestado de aquellos molestos

senadores insaciables en sus solicitudes. Allí abajo el ruido incesante de carros tirados por animales de carga, voces en grito acerca de precios a convenir por las más diversas mercancías, el sonido ensordecedor del martillo sobre el yunque de alguna herrería cercana y las conversaciones, miles de murmullos y conversaciones que al unísono formaban la melodía que hacía de Roma una ciudad agitada que nunca dormía.

Anduvieron unos pasos entre los que deambulaban por mitad de la vía absortos en miles de posibles pensamientos y ocupaciones. Ninguno reparó en ella por lo que la mujer del César de Roma se reafirmó en su decisión de tratar aquel tema en persona. «Sin duda es lo que hay que hacer. Nadie mejor que yo para despachar este asunto», pensó.

A la izquierda dejaron el bello y estilizado arco de Augusto, de tres puertas, la central compuesta por un arco de medio punto y bóveda de cañón, los laterales adintelados y coronados por una exquisita moldura triangular sustentada por dos columnas acanaladas. El cuerpo central soportado por otras dos columnas estriadas mucho mayores, culminaba con friso con cartela sobre el arquitrabe. El interior de la bóveda artesonada lucía una perfecta cuadrícula. La piedra de sillería sutilmente engarzada reflejaba el color plomizo del paso de los años que llevaba en pie, matizado en no pocos puntos por manchas lechosas de los excrementos de aves que circundaban y sobrevolaban el gran foro.

Admitió no cruzarlo —pues la idea de Magna Urbica no pasaba por atravesar el concurrido foro—, sino bordearlo por la vía que se adelantaba sobre la basílica Emilia y continuar desde allí por vías secundarias hasta llegar al Saepta Julia. Pensó, en un principio, en acudir al mercado de esclavos que tras el templo de Cástor y Pólux solía ubicarse. Pero decidió que allí no encontraría lo que buscaba. Allí tan solo se reunían las clases más bajas que podían permitirse comprar un escuálido esclavo para las cocinas o el mantenimiento de las cuadras. Ella necesitaba otra cosa. Y sabía perfectamente dónde encontrar lo que buscaba.

En definitiva, solo tenía que seguir las indicaciones que el taimado de Quinto Tulio le había dispuesto.

Tomaron un recodo a la derecha que los dejó frente al templo de Antonino y Faustina, de bella factura: edificio próstilo con seis columnas *in frontis* de orden corintio, con cierto éntasis, ante una enorme escalinata que solucionaba el acceso al templo pues éste reposaba sobre un enorme pedestal. Revestido

de mármol veteadado donde los reflejos de los rayos solares rebotaban produciendo pequeños destellos brillantes sobre la suave y pulida superficie. El enorme friso sobre el entablamento ocupado por bajo relieves de animales mitológicos y grifos, así como de gran cantidad de motivos vegetales. El templo había sido mandado construir como prueba de amor por Antonino hacia su esposa Faustina, una vez ésta se hubo unido al panteón romano. Apostado en la escalinata —con evidente barba cana dejada de la mano del tiempo, y no más de la cincuentena de edad— se encontraba un harapiento de los muchos que mendigaban ante los templos dispersos por toda la ciudad, envuelto en un lino grueso y raído que utilizaba de sayo para resguardarse de la intemperie, sin duda, donado por alguno de los comerciantes de la basílica Emilia y que en algún momento albergó grano.

De aspecto macilento, en otro tiempo debió ser soldado o gladiador, por su fuerte complexión. Quizá fuese eso mismo, un gladiador huido de la escuela de gladiadores de alguna ciudad menor, venido a menos, y que por las vicisitudes que la caprichosa Roma ofertaba, a éste, pocas ocasiones se le habían presentado de encauzar su vida de fugitivo. El extraño harapiento mudó un rostro severo y anguloso dominado por unos ojos sanguinolentos que se posaron sobre Magna Urbica cuando ésta no distaba mas que un par de pasos. El mugriento y andrajoso desconocido se abalanzó torpemente sobre ella con sus bulbosos y delgados dedos y tiraba de la *palla* con una fuerza inusitada, al punto que a Magna Urbica se le hubo de caer el pequeño cofre que ocultaba en el interior de la tela sujeto por ambas manos y que le había cedido el viejo Quinto Tulio como moneda de cambio con el mercader de esclavos.

El pequeño cofre de madera de haya taraceado con placas de metal de plata y con pequeños y delicados motivos vegetales tallados sobre la madera, entreabrió súbitamente la cóncava tapadera una vez se hubo desplomado sobre el suelo. De su interior un *aureus* dorado con la efigie del emperador Probo titiló en el suelo mientras danzaba nervioso sobre la oscura piedra gris del adoquinado. Los ojos del harapiento se iluminaron al tiempo que su cara reflejó el dorado del oro como el halo de quien encuentra más de lo que busca en un día de inesperada fortuna. Levantó su encorvada posición y cruzó la mirada con Magna Urbica que sintió el pavor dentro de sí, demostrándolo con un pequeño temblor de todo su cuerpo y un semblante marcado por la mayor de las sorpresas.

Apenas hubo tiempo para más.

El esclavo que acompañaba a la esposa del César Carino se mostró raudo y espabilado acercando su cuerpo hasta el del mugriento intruso sin apenas darle tiempo ni respiro alguno, quedando unidos por el pecho. Cato, que así se llamaba el liberto, había estado al servicio de la casa del emperador desde que el viejo Quinto Tulio lo hubiera regalado a palacio como moneda de cambio para obtener diferentes favores comerciales con el Imperio y, a ciencia cierta, era de los que servían con devoción pese a haberle sido negada la manumisión.

En aquellos momentos, el emperador Caro estaba en el lejano oriente junto a su hijo, el César Numeriano. Su otro hijo y esposo de Magna Urbica, el César Carino se encontraba perdido en algún lugar remoto de la combativa Galia. Para Magna Urbica, Cato, era lo único con autoridad —física al menos—, que podía mantenerla segura, dentro y fuera de palacio.

El esclavo, desnudo de cintura hacia arriba, lucía tan solo un tahalí de cuero que cruzaba su pecho hasta la cintura, donde se ubicaba una pequeña daga enfundada en el interior de una hermosa y bien grabada vaina de cuero. Desenvainó el puñal mientras abrazaba y empujaba al mendigo mientras introdujo la pulcra hoja suavemente, sin obstáculo, en el costado del desconocido hasta que dejó de encontrar la menor resistencia, notando la cálida sangre circular por los nudillos y el haz de su mano. Seguidamente, puso su pie derecho sobre el vientre del desdichado y empujó con toda la fuerza que pudo para devolver al incauto mendigo sobre las escaleras del templo. Cato utilizó un viejo morral que el moribundo poseía apartado en uno de los peldaños para presionar sobre la mortal herida. Los ojos desorbitados del viejo y olvidado soldado —o fugitivo— denotaban que la punzada había sido hecha en una zona donde no existía el menor de los remedios salvo aferrarse a la piedad del barquero Caronte. Otra alma cruzaría pronto al otro mundo.

Magna Urbica y Cato se dispusieron rápidamente a recoger las monedas y el cofre y salir cuanto antes de aquella esquina para adentrarse en la vía lateral del gran foro antes de que la escandalosa y vivamente roja sangre del harapiendo desbordada sobre los escalones del templo llamase demasiado la atención. Se precipitaron, con todo el disimulo posible que les permitió la excitación, por la enlosada vía ante la basílica Emilia, atestada de gente que mercadeaba y trataba a voz en cuello en los tenderetes que la estructura

ofrecía en su frontal, de cara al foro. Allí el olor a orín y mugre solo era cubierto por algunos puestos de especieros pero aún así, el inmundito olor que emanaba, justo de allí abajo, era insoportable.

Roma era una ciudad que podía ofrecer muchas virtudes, pero también un insoportable olor a mierda.

Justo allí debajo, del centro del inmenso foro donde multitud de templos se dedicaban a cualquier tipo de deidad, circulaba la Cloaca Máxima, y en aquellos días de verano, el calor no ayudaba a aliviar el sofocante tufo a humanidad que por allí abajo discurría. Magna Urbica pensó que jamás volvería a enviar a ningún esclavo a comprar carne de aquel lugar. Tan solo de pensarlo se le revolvía el estómago y sentía náuseas. Podía notar el ardor en su garganta con cada paso que la acercaba a aquel lugar.

Cruzaron el arco de Septimio Severo subiendo una leve rampa y torciendo a la derecha por una de las vías que se perfilaban al norte de la ciudad, dejando el templo de la Concordia a su izquierda. A Magna Urbica siempre le pareció éste un inmenso ejemplo de buen hacer arquitectónico.

El edificio se levantaba sobre un gran pedestal y tenía la sensación de ser un gigantesco edificio encajonado en aquel pequeño hueco, lo que demostraba muy buena mano en su idealización. La pronaos era más estrecha que la cella lo que dejaba ver perfectamente la sillería regularmente dispuesta. Seis columnas estriadas a modo corintio en el frontal y otras tres laterales a cada lado componían toda la parte que desembocaba en el foro. Diferentes niveles de inacabables escaleras conformaban la escalinata que daba acceso al templo. Un enorme entablamento decorado con hojas de acanto y molduras de clara factura helenística coronaban toda la estructura. Pensó que quizá aquello era lo único honorable que habían heredado de la cultura griega. La enorme puerta que daba acceso a la cela, labrada en cuadrículas con preciosos y detallados relieves bordeados por grandes clavos de punta redonda que completaban la decoración a modo de tachuelas. Una persona allí abajo, en la primera escalera, era una insignificancia respecto al volumen que alcanzaba el templo. Si de llegar a los cielos —donde los dioses descansaban y perpetraban lo que hubiese de acontecer— se trataba, sin duda, aquel templo era un buen ejemplo.

Solo hubieron de recorrer algunas angostas calles más, siempre con el debido cuidado de Cato en asegurar la integridad de su señora. Supieron que estaban a la espalda del mercado de esclavos del Saepia Julia por la miseria

que afloraba en las calles anexas y por el olor a podredumbre que emanaba de aquel lugar, que era perceptible desde hacía unas callejas atrás. Pese a que en ese lugar se reunían acaudalados y nobles, pues el mercado ofrecía productos solo al alcance de éstos, era harto frecuente encontrar las calles traseras atestadas de fruta en descomposición, que lejos de aceptarse como mero desperdicio, servía de alimento para aquellos esclavos cuya compra se había prolongado en demasía. Si algo estaba claro en Roma es que un servicio debía producir rendimiento y para los mercaderes se había vuelto insostenible ofrecer una buena comida a aquellos esclavos cuya venta resultaba en un verdadero quebradero de cabeza. Si no era rentable, se alimentaría de fruta descompuesta y carne pasada. Todo cuanto fuese necesario para equilibrar el balance de ganancias y pérdidas.

Poco antes, la *domina* reparó en un grabado hendido en la blanda terracota que cubría una irregular pared trasera del Saepta Julia, donde rezaba un mensaje que había visto en no pocos lugares repartidos por toda la ciudad. Aún así, aquel *HIT HABITAT FELICITAS: Aquí vive la felicidad*, dibujó una sonrisa picarona en su rostro debido al enorme falo grabado que acompañaba tal sentencia. Aquella obscenidad era un divertido juego para la esposa del César, no por el significado, pues a menudo, en palacio eran recurrentes peores impudicias que en muchos de los burdeles de la ciudad, sino por la pasividad con la que aquel mensaje era de dominio público sin el menor recato para la plebe y el vulgo.

Cuando llegaron, Magna Urbica pudo notar cierta descomposición de estómago, no por lo que veía, sino por los recuerdos que la asaltaban.

No sabía dar explicación, pero aquella era una escena dantesca donde hombres y mujeres arrastraban las pesadas cadenas y oxidados grilletos anclados a los tobillos donde la laceración de la carne rasgada hacía aflorar heridas de bastante consideración. Atados unos a otros no podían por menos que vivir rebozados en orín y mierda que, cuando no eran suyos, habrían de compartir con los demás. Aquellos mejor formados físicamente y con mayor posibilidad de venta lucían un lustre bien cuidado y eran ungidos en aceites y encadenados en solitario.

Sin apenas haber recabado en ello, el mercader de esclavos se deslizó de forma súbita y sigilosa ante el mismo rostro de Magna Urbica. Entonces no pudo evitarlo y terminó por vomitar entre las raídas sandalias pobladas de dedos deformes y mugrientas uñas mal recortadas, cuando el mercachifle

optó por ofrecerle una de sus mejores sonrisas, mostrando la deficiente dentadura del patán.

El mercader de esclavos no distaba mucho, en cuanto a presencia, de su mercadería y de seguro gastaría las abundantes monedas de plata en exquisitos vicios en lugar de pulcritud pues, de no ser por la falta de cadenas en sus tobillos, bien podría pasar por uno de aquellos desdichados esclavos con cuyas vidas mercadeaba.

De piel atezada, pelo cano y rizado en la parte del cogote, el griego era un ávido vendedor de mercancía humana desde que habían comenzado a salirle los dientes, y ahora que muchos de ellos habían caído a la vejez, había adquirido la experiencia necesaria en el conocimiento de los pormenores del oficio con bastante aplicación, con la entereza que toda una vida dedicada al ejercicio de una profesión podía proveer. De una estatura bastante menuda, al lado del esclavo Cato parecía un viejo destartado y deforme, encorvado hacia adelante todo cuanto la oronda panza le permitía, de brazos menudos y demasiado cortos. La mugre cubría por completo la túnica roja debido a las manchas de vino y restos de comida que hacía tiempo que poblaban los ropajes del gañán. Aquello era, de igual modo, una de las cosas que había aprendido del oficio pues su apariencia distaba de forma equidistante de su riqueza. El viejo griego podría parecer un despojo andante pero poseía una buena bolsa de plata en algún lugar lejos de las miradas indiscretas de compañeros de oficio y desconocidos clientes.

Los flácidos carrillos se hincharon cuando el mercader profesó una de sus mejores sonrisas alargando la comisura de los labios, sin separarlos, ocultando lo que él mismo sabía que producía descontento ante el rostro de Magna Urbica que continuaba gacho.

A la esposa del César Carino, decididamente, le repugnaba aún más el vendedor que la propia mercancía.

El puesto del viejo mercader era fácilmente reconocible. Situado en una de las esquinas del gran rectángulo porticado que conformaba el Saepta Julia, alzaba una estructura de madera a modo de *podium* destartado apretado contra la pared, cubierto por una raída tela persa que había perdido todo resquicio de belleza y pulcritud y que proveía de una pequeña sombra en los días más soleados. En un lado, otro puesto se ocupaba de la venta de vasijas y

demás utensilios de terracota.

Mientras, en el otro extremo, un puesto de fruta fresca, limpia y brillante hacía las delicias de la multitud que se agolpaba en el interior de aquella inmensa explanada.

Tras la ingrata efigie que el mercader dibujaba ante el rostro de Magna Urbica, ésta pudo comprobar como tras él, subido en el podio, un pequeño esclavo de no más de seis o siete años erguía su espalda hasta aplanarla junto a la pared de sillares perfectamente alineados revestidos de mármol rosa veteado. El infeliz rorro portaba en el cuello la conocida cartela de hierro.

Era costumbre utilizar una cartela de hierro con un mensaje de propiedad y ésta era adherida al desafortunado esclavo, sellada en la parte trasera por un collar también del mismo metal que abarcaba la circunferencia justa del cuello del desdichado. Así, quedaba como parte del propio cuerpo del esclavo y éste no podía sacarla hacia arriba debido al mayor tamaño de su cabeza. Aquel era el signo de identidad de los que no poseían absolutamente nada.

Sus vidas estaban a merced del mejor postor, en el caso de haber alguno.

El pequeño, completamente desnudo, portaba al cuello: *FUGITENEME CUM REVOLU VERISME DM ZOSIMO ACCIPIS AUREUM*, que Magna Urbica rápidamente entendió como: *Cógeme, si me devuelves a mi dueño Zosimo, te recompensará con un áureo*. El niño, con las manos tras la espalda, ladeaba su cabeza hacia un lado y con una lánguida mirada observaba las tablas del podio, su mente, claramente ida en un viaje donde posiblemente él mismo podría verse libre y feliz.

A Magna Urbica la situación del nene no pareció estremecerle un ápice.

Su cabeza seguía cubierta por el velo azul índigo que se había fabricado con su *palla* por lo que no era fácilmente reconocible pese a ser la esposa del César Carino.

El mercader hizo una pequeña reverencia al reconocer que aquella mujer debía ser alguien importante, pues el fornido esclavo que la acompañaba permanecía siempre atento con ambas manos ceñidas sobre el costado derecho donde el mango de una pequeña daga sobresalía sutilmente.

El viejo Zosimo, nombre que Manga Urbica descubrió por la cartela del zagal, corrió desesperado y, no sin esfuerzo, intentó mover el flácido cuerpo por cada uno de los pequeños peldaños que desembocaban en el pedestal de madera, que retumbó y crujió con cada paso, doblando las tablas como si la presión ejercida sobre ellas fuera a dar al traste con toda la estructura. El

vaivén y acompasado temblor trajo de vuelta al ensimismado joven que se volvió a erguir aún más, alzando la barbilla y mirando al frente como si hasta el momento no hubiera servido de buen reclamo. De seguro que temió ser golpeado por el flagelo que el mercader portaba enrollado en su costado izquierdo. Aquella maldita fusta había hecho sufrir a demasiadas personas y algún día haría lo propio con el viejo avaro, debía pensar cada uno de los que conformaban el inventario del viejo Zosimo.

El orondo mercader hizo pasar a una caravana humana de cuatro o cinco esclavas encadenadas unas a otras. La imagen de las mujeres desnudas comenzó a atraer a una curiosa muchedumbre, aunque pocos se atrevieron a ejercer de pujadores. La turba comenzó a empujar sin miramientos a Magna Urbica que quedó atrapada entre quienes alzaban los brazos, silbaban y descoyuntaban sus cuellos para abarcar mejor punto de vista. El joven esclavo, Cato, pudo amarrar a su ama por la muñeca y abrirse camino de soslayo hasta las primeras filas. Allí, la esposa del César Carino pudo comprobar la mercancía que aquel hábil mercader optó por ofrecerle. Ninguna de las esclavas, que soportaban estoicamente sonrojadas el pudor de ser expuestas ante lascivas miradas, satisfizo a la cesariana. Las había que dejaban entrever las costillas y otras los huesos de la pelvis, que de forma desmesurada, angulaban la fisonomía que un día tuvieron. De piel macilenta, algunas mostraban yagas difícilmente reparables y el azulado bajo sus párpados inferiores denotaba que el mercader siquiera intentaba borrar el rastro de enfermedad gastando una sola moneda en polvos o ungüentos de maquillaje. Aquellas mujeres eran un claro ejemplo de no haber ingerido alimento en días y Magna Urbica se mostró enfurecida. Como esas mujeres ella podía haberlas encontrado en el mercado de esclavos junto al templo de Cástor y Pólux y habría evitado aquella caminata al igual que el incidente con aquel incómodo harapiento, no por la vida de éste sino por lo vulgar del asunto.

Magna Urbica quería algo mejor. ¿Era aquello lo único que podía ofrecerle aquel mequetrefe? ¿Era una de aquellas escuálidas mujeres el magnífico regalo que le estaba ofreciendo el viejo Quinto Tulio? ¿Acaso era una broma? Se mostró furiosa y por momentos le fue difícil controlar aquella indignación. Ella quería una mercancía de su propio agrado y del agrado de su esposo como para entrar al servicio del mismísimo César y aquello que veían sus ojos no era suficiente ni por asomo.

Animó al mercader a que se acercara al borde del pedestal con una leve insinuación con dos de sus dedos de la mano derecha. Éste aceptó de inmediato y Magna Urbica levantó su mirada que sostuvo firmemente ante el mercachifle.

—Déjanos ver las que tienes por esta suma —apretó sus labios a modo de rabia mientras ofrecía solo a la vista del mercader el pequeño cofre repleto de monedas—, que Quinto Tulio, senador de Roma tiene a bien ofrecerte.

En ese mismo momento, el viejo Zosimo clavó su mirada en el pequeño cofre rebosante de monedas de plata y oro y comprendió. Se precipitó a realizar varios gestos rápidos y atropellados con su mano derecha, invitando a aquella mugrienta caravana de fruslerías a salir del pedestal en el menor tiempo posible. Los gritos y abucheos se alzaron por encima de las cabezas y la multitud, muchos comenzaron a abandonar las inmediaciones entre murmullos e imprecaciones simplemente porque el espectáculo de contemplar a aquellas mujeres desnudas se había acabado.

Al cabo el mercader apareció de nuevo en escena tendiendo la mano a alguien que parecía guardar a buen recaudo.

Estaba sola. Encadenada de pies y manos. Tras el pesado y voluminoso cuerpo de Zosimo apareció una esclava mauritana. De piel completamente oscura y una melena caoba rizada y ondulada que caía hasta el fin de su espalda. La bruna piel brillaba aún más por efecto del aceite con el que había sido ungida y su cuerpo mostraba, de forma evidente, firmeza y lozanía. La mirada de la esclava estaba gacha y fija en el sucio entablado de madera podrida, lo que evitó que la esposa del César pudiera observar el color de sus ojos, que previó completamente oscuros. Su sola presencia maravilló a Magna Urbica.

—Africana —se vanaglorió el mercader—. Su padre murió asesinado por unas fieras y su madre, encinta, lo hizo al incendiarse toda la casa. —Finalmente apostilló con sarcasmo—: Una tragedia.

Magna Urbica supo en ese instante que aquel era el regalo perfecto y el brillo de sus ojos al observarla le hizo aflorar una mueca de sonrisa en sus labios al meditar lo que su traviesa mente planeaba.

La ciudad de Roma debía estar celebrando la llegada de las *calendas* de septiembre. Pronto el ambiente previo y ajetreado del bullicio colapsando las calles de la ciudad sería tan nítido como lo estaba siendo el mal augurio en aquella tierra inhóspita. En la yerma tierra de Persia la situación era algo diferente a la que pudiera estar aconteciendo en Roma y, por momentos, un ambiente de mal agüero junto a una enorme sensación de temor contenido comenzaba a impregnarlo todo.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a descargar con fuerza. Eran tan enormes que muchos de los que componían las legiones romanas no habían visto semejante aguacero en ningún otro confín del mundo. Los que formaban la línea de *triari* —que gastaban más años y veteranía— podían asemejarlo al que habían oído acerca de la batalla en el bosque de Teutoburgo (Germania), donde Publio Quintilio Varo había sufrido una estrepitosa derrota ante Arminio y un conglomerado de tribus germanas, perdiendo numerosas legiones y cohortes tras una emboscada bajo una portentosa tormenta con la que los dioses los habían castigado.

En aquel primer día del noveno mes, las inmensas nubes negras se apilaban unas sobre otras y una oscuridad tan bruna como la noche comenzó a abrazarlo todo. El viento comenzó a bufar y arreciaba sobre la caballería de las legiones que se veían comprometidas para contener y apaciguar a los temerosos e inquietos animales. Todo en la inmensa llanura ante las puertas de la ciudad de Seleucia era relinchar, brincos y espuma llena de babas que expulsaban los caballos con cada soplido de la ventisca. Los cascos empapados de barro donde el chapoteo comenzaba a mezclarse con bosta y a convertir el terreno en una llanura de arenas movedizas de improvisado y maloliente adobe.

De repente, cuando mayor era la fuerza del agua que caía sobre la arena, uno de los mayores estruendos que aquella tropa jamás había escuchado terminó por romper desde las oscuras nubes. Muchos de los legionarios hubieron de agacharse temiendo que el cielo se les viniese encima, y otros muchos, decididamente, optaron por cubrir sus cabezas con los escudos buscando toda la protección a su alcance. El sonido del trueno vino acompañado de un resplandor de luz que invadió súbitamente las pupilas de todos cuanto allí se apostaban, iluminando la negrura más opaca que cualquier temeroso soldado hubiera podido describir.

Diocles espoleó su caballo para acercarse todo cuanto pudo al emperador.

—¡La oscuridad se apodera de todo. No disponemos de mucho más tiempo! —impelió hacia la sombra que creía ser Caro, el emperador de Roma.

Lo cierto era que la oscuridad y el polvo levantado por la ventisca impedían seriamente cualquier propósito de un ataque romano. Todo se estaba conjurando en contra de los intereses del Imperio. Aquello que estaba a punto de suceder iba a ser la mayor masacre que se hubiera visto en los confines del mundo conocido. Aunque aún albergaba esperanza y confiaba en las palabras del rey persa. «¿Cumplirá su promesa —pensó Diocles para sí—, acerca de no derramar sangre?». Pero ¿qué podía hacer? No había esperado ese momento para que ahora los dioses se negasen a concederle lo que le correspondía. «Cuando mates un jabalí», dijo la adivina. «Y así será», se dijo. Ni la tormenta, la ventisca o si el mismísimo Júpiter quisiera precipitar el cielo sobre sus cabezas, nada iba a evitar que Diocles diera comienzo al viaje en busca de su propio destino.

Por otra parte, el emperador tenía su propio anhelo y la codicia de añadir el mayor tesoro conocido de tierras persas a las arcas de Roma era demasiado profundo. Y todo en su nombre. Aquello era demasiado tentador como para que todos los malos augurios que se habían sucedido fueran motivo considerable como para cejar en su empeño. Así lo demostró frunciendo el ceño entre las sombras. Su caballo comenzó a agitarse y, súbitamente, la voz de Caro —augusto de Roma— retumbó ahogada entre la oscuridad, el aguacero y los fuertes bramidos del viento.

Era ahora o nunca.

El emperador dio la orden

El ruido seco de la madera al destensar las cuerdas vino acompañado del inconfundible silbido de guerra y una lluvia de proyectiles comenzó a descargar desde las catapultas hacia el interior de la ciudad persa. Al mismo tiempo el emperador alentaba a sus tropas a comenzar la carga contra los muros de la ciudad de Seleucia, aun apenas sin vislumbrar de forma clara adónde quedaban. Las tropas comenzaron la maniobra de ataque —especialmente dudosa debido a que el ejército romano siempre se había diferenciado por su mayor eficacia en la contención y no en el propio ataque— apretando el paso al frente sin adivinar exactamente cómo podía acabar tamaño esperpento. Las ruedas de madera cubiertas de metal chirriaban mientras las enormes torres de asedio se estremecían al ser tiradas

por infatigables bueyes y animales de carga. Su interior, un laberinto de escaleras y plataformas levadizas se convertiría en un hervidero de voluntarios legionarios dispuestos a asaltar la ciudad de Seleucia en nombre de la gloria. En nombre del emperador. En nombre de Roma.

Lo que hubiera de suceder estaba ya en manos de Marte.

Un silbido seco acompañó a las temidas flechas persas que comenzaron a caer como proyectiles sobre el ejército romano junto a la pesada tromba de agua, atravesando los escudos como una afilada daga hubiera hecho sobre un pan recién horneado. Lo que las historias contaban de los temidos arqueros persas en época de Craso, hacía unos siglos, era una certeza en aquel día de septiembre los hombres de Caro no tardaron en corroborar. Los gemidos y gritos guturales era lo único que acompañaba a las legiones romanas en medio de la negrura más espesa. Gritos de dolor, ahogados tras el estupor de flechas atravesando brazos y piernas de miserables almas al servicio del Imperio. solo un objetivo: avanzar.

Al menos ese era el objetivo oficial, pero allí abajo, en la arena embarrada y cubierta de flechas que apenas podían atisbarse entre la oscuridad de un cielo negro como la noche, el objetivo de cada alma enfundada en cuero y metal no era otro que pasar desapercibido y, si la diosa Fortuna lo estimaba, llegar hasta los muros de la ciudad de Seleucia sin una flecha persa atravesando su pecho.

No iba a ser fácil.

Las líneas de retaguardia no podían por menos que pisar cuerpos inertes con flechas atravesando cráneos y extremidades y, en el mejor de los casos, a duras penas, ubicar moribundos que clamaban piedad entre la oscuridad, en algún maldito lugar entre la polvareda y la negrura de la tormenta. Éstos sin apenas opción a obtener la menor ayuda; no en aquellas circunstancias. En otras vicisitudes sería diferente y el propio ejército no dudaría en proveerse de los medios necesarios para recomponer sus filas prestando ayuda a los heridos y caídos. Pero no ahora, bajo el aguacero y la inusitada tormenta que caía sobre la ciudad de Seleucia, el ejército romano tenía sus propios problemas como para prestar ayuda a quienes apenas podía ubicar.

Los que aún quedaban en pie y continuaban su marcha hacia las puertas de la ciudad intentaban mantener las filas ordenadas a base de órdenes a voz

en cuello, blandiendo las espadas y los escudos sin saber, exactamente, dónde se encontraban. Si alguno hubiera de hacer uso de espadas o lanzas en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, bajo aquella negrura, apenas sabría si lo hacía contra algún bárbaro persa o si lo hacía contra algún compañero legionario.

Los continuos relámpagos se habían convertido en el único aliado del ejército romano, permitiendo, con cada destello de luz, que las tropas pudieran volver a ubicarse y formar filas, aunque aquello supusiera pisar los cadáveres de quienes habían caído mientras la oscuridad lo envolvía todo. Aquellos segundos de esperanza no eran más que una cara de la moneda, pues la misma luz contribuía inevitablemente a que los temidos arqueros apostados en las almenas acertasen a recomponer la situación del enemigo, lo que les permitía súbitamente armar sus potentes arcos y lanzar una nueva oleada de flechas persas que volvían a caer inexorablemente sobre las cabezas del maltrecho ejército romano.

Bahram había dicho que no era necesario derramar sangre y para Diocles era una confirmación que el rey persa se había referido a la suya propia. Unos pocos muertos hijos de Roma no serían mas que la moneda de cambio por haber vendido su derrota. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejarse derrotar sin haber plantado batalla? El rey persa podía haber aniquilado, bajo aquellas circunstancias, a muchos más hombres de los que, en principio, yacían derramando su cálida sangre sobre la arena de la llanura de la ciudad oriental.

El paso que acercaba a las líneas romanas a los muros de la ciudad se hacía arduo y lento. El peso de las corazas empapadas por la lluvia y el barro acumulado en las sandalias —que cubría buena parte de los pies hasta el astrágalo y que hacía penoso levantar cada uno de ellos por el engrudo en el que se había convertido la pasta que cubría los clavos de las suelas— era, junto a la oscuridad en que aquella extraña tormenta había sumido todo, el peor escenario con el que cualquier ejército romano se hubiera topado.

Para Diocles, era una oportunidad.

Cada una de las almas que avanzaba pensando que cada paso en aquella porqueriza iba a ser el último solo podía rendirse al deseo de que Marte, aquel día, tuviese sed de sangre persa.

Las enormes ruedas de madera de las torres de asedio se hundían en el cenagoso terreno y avanzaban con pesadez repletas de flechas persas que las cubrían como un suave vestido de lino cubriría el cuerpo desnudo de una

mujer en Roma. El ruido de la madera retorciéndose en su avance servía como guía en la oscuridad a aquellos que detrás de las enormes torres continuaban su marcha hacia la inevitable batalla. Cuando la luz de los rítmicos relámpagos esclarecía por unos segundos la horrible escena, podían vislumbrarse y localizar el origen de los enormes gritos de dolor ahogados y crujir de huesos cuando las moles de madera pasaban por encima de aquellos legionarios de infantería que hubiesen caído, presa de las flechas persas, y aún anduviesen retorciéndose de dolor sobre el barrizal. La maquinaria del ejército romano nunca cejaba su avance y mucho menos en medio de aquella oscuridad. Si algún hijo de las siete colinas o siervo del poderoso ejército romano hubiera de ser aplastado, poco importaba. No suponía un problema para el emperador, no lo hacía para el Senado, ni lo era para la propia Roma. Un desdichado menos era un bajo precio que el Imperio podía asumir.

Diocles, gracias a uno de los escasos momentos de luz, pudo vislumbrar la posición del emperador Caro que comandaba, no sin dificultad, la marcha de su ejército hacia la gloria, pese a que todo cuanto le rodeaba auguraba otro final bastante distinto.

En su marcha, entre las tinieblas, el ruido ensordecedor de los truenos y el afilado silbido del viento que arreciaba con una fuerza inusitada, Diocles descabalgó y decidió continuar la marcha a pie, adelantando sus pasos rápidamente en dirección adonde se encontraba el emperador.

Súbitamente hubo de detenerse y a punto estuvo de dar de bruces en el barro debido a algo que terminó agarrando sus pies. Un quejido calmo pero insistente acompañó el abrupto incidente pero Diocles no dio la más mínima oportunidad. No podía arriesgarse ahora que su viaje por la conquista de su vellocino de oro había comenzado, y que aquello se convirtiera en su final y un moribundo persa o fuera lo que fuese acabara por asestarle una embestida mortal.

Antes de corroborar cualquier certeza, cubierto por la oscuridad en la que estaban sumidos, desenvainó su espada, la empuñó con determinación y asestó el golpe más seco e indiscriminado que jamás hubo propinado. Nunca antes había asestado un golpe con tal furia y tanto miedo hacia un indefinido objetivo. Observó que había acertado por el grito gutural y la calidez de la sangre que salpicó su mano mientras hundía su *gladius* en algo blando que ofrecía poca resistencia. Cuando un nuevo haz de luz vino acompañado del ensordecedor ruido del trueno, Diocles pudo comprobar cómo su espada

había atravesado en el centro —por encima del esternón, donde nada podía ofrecer resistencia— del cuello de un infeliz *velite* de infantería romano, que había caído herido y que acompañaba no solo unas cuantas flechas de los arqueros persas en su pecho sino una de las piernas totalmente resquebrajada por aquellas enormes ruedas de las torres de asedio de su propio ejército.

Diocles no sintió el más mínimo remordimiento mientras extraía la espada del cuello inerte del infeliz legionario y el agua de la lluvia la volvía a limpiar. Al igual que la historia de los argonautas que tanto le obsesionaba contaba acerca de Samotracia y el país de los dolientes, donde bajo una tempestad todos acabaron atacándose unos a otros sin apenas atisbar al enemigo, aquello no podía significar otra cosa. Lo que estaba sucediendo ante las puertas de Seleucia era, a todas luces, un reflejo de lo que él esperaba. Su camino hacia su destino estaba sucediendo tal y como esperaba. De aquella oscuridad que para muchos significaba el fin del mundo, Diocles esperaba obtener buena renta.

A pesar del aguacero, la oscuridad y los continuos rayos que el cielo de Persia vomitaba, el ejército romano pudo comprobar que la lluvia de flechas enemigas había cesado. Al cabo, una voz en grito rompió el silencio en la total negrura que envolvía todo y todos supieron que habían topado de bruces con los muros de una ciudad que, de manera incomprensible, había abierto el rastrillo y sus puertas.

Diocles pudo ver al emperador Caro perderse entre la bruma de la oscuridad —de hecho no estaba mucho de su posición, siendo el único pretoriano más próximo al agosto— hasta perderse en el interior de la ciudad. Debía apretar aún más su paso. Era ahora o nunca y debía estar lo suficientemente cerca para aprovechar aquella oscuridad y que el acto que estaba a punto de perpetrar quedara envuelto en un halo de misterio. Poco a poco el ejército entró a cierta distancia con cuidado de no caer en ningún tipo de celada.

No hubo tal emboscada por parte de los persas.

La ciudad de Seleucia se encontraba desierta y fuera cual fuese el motivo, el ejército de temibles arqueros que la defendía había desaparecido y nadie sabía a ciencia cierta adónde habían ido mientras el cielo persa se precipitaba sobre sus cabezas.

El aguacero continuó empapando todo cuanto tocaba y el relámpago más grande que jamás se hubiera conocido cubrió Seleucia de una forma abrupta

seguido por el rugido de Júpiter que pudo escucharse en todo oriente. Algunos achacaron tal circunstancia a la buena disposición del dios romano por la nueva conquista. Para Diocles, significaría algo totalmente diferente. Tras el súbito estruendo, un rayo de sol partió el cielo de Seleucia en dos, iluminando el interior de lo que las murallas de adobe contenían. Unos tenues rayos de sol comenzaron a abrirse paso entre las grises nubes. Fuera, quedaba un reguero de cuerpos moribundos y heridos por las flechas persas. El interior escondía un secreto aún más perverso.

—¡A mí la guardia! —alarmó tan fuerte como pudo.

Toda vez que un resquicio de sol permitió dar forma a lo que sus ojos veían, Diocles pudo comprobar a unos pocos pasos de distancia, cómo el cuerpo del emperador Caro yacía bocabajo cubierto por el lodo. Aceleró sus pasos tan rápido como pudo y prosiguió dando cuantos gritos fueran necesarios para atraer ante él al cuerpo de guardia pretoriana.

Algo no iba bien. O dicho de otra forma, la situación no debía haberse desarrollado de ese modo. Bien era cierto que el final era el esperado pero ¿cuáles eran las circunstancias que habían propiciado aquello? Al menos, tales circunstancias, no eran como él las había planeado. El emperador yacente bocabajo con su cara aplastada contra el barro como un pelele de los que eran utilizados por gladiadores en sus entrenamientos y ejercicios diarios. Sin vida sobre el cenagal bajo las mismas puertas de la ciudad más próspera de oriente. Aquella que tanto había ambicionado.

—¡A mí la guardia! ¡Es una orden! —prosiguió— ¡Rápido!

Aquellos que formaban parte del cuerpo de guardia del emperador tardaban en llegar, pese a que no distaban mucho, pero la turba que había ocasionado la tremenda tormenta que hacía unos minutos había descargado sobre las cabezas del ejército romano había producido una total confusión de hombres desorientados, heridos arrastrando sus cuerpos y su pena, bestias desbocadas con soldados intentando reagruparlas y algunos legionarios más ligeros debido a los miembros destrozados o amputados mientras eran aplastados en la oscuridad por las pesadas torres de asedio, incluso muertos que apartar para continuar el avance.

Entre todo aquel desconcierto, sus gritos aumentaron la sensación de confusión que ya se respiraba.

En aquellos segundos de incertidumbre Diocles pudo comprobar que el cuerpo del emperador no ofrecía herida alguna de flecha o espada. No al menos en la espalda. Y aquello podía corroborarlo debido a que apenas si podía atisbar mancha o reguero alguno de sangre sobre el oscuro barrizal. ¿Qué demonios había ocurrido en aquella fracción de segundo en la que el emperador se adentró en la neblina bajo las puertas de la ciudad? Ni siquiera al intentar acercarse a él para concluir con determinación aquello que él mismo había perpetrado había escuchado ruido alguno proveniente de un inesperado ataque.

Debía pensar rápido.

Giró el pesado cuerpo del emperador con sumo cuidado. En ese momento, un inquietante sentimiento de respeto se apoderó de su temple y sus manos comenzaron a temblar de forma inquieta. Tenía que confirmar alguna causa de la muerte del emperador antes de que los demás pretorianos formaran un círculo perfecto ante su cuerpo y comenzasen a elucubrar acerca de las causas de la muerte. Diocles sentía un enorme dolor de cabeza en aquel momento. Se le acumulaban las preguntas y las dudas que se multiplicaban en su cabeza entorpecían cualquier tipo de pensamiento que resultase en una respuesta satisfactoria.

El rostro de Caro estaba cubierto completamente por el lodo y tan solo se fue limpiando cuando era bañado por las últimas y débiles gotas de lluvia que continuaban precipitándose desde el cielo de Persia. Examinó rápidamente el pecho y cuello y todo parecía estar intacto. Su rictus era, sin embargo, desfigurado y su mandíbula ladeada mostraba una lengua azul hinchada de forma desmesurada en el interior de su boca.

En ese momento Diocles comprendió. Ahora todo quedaba claro ante sus ojos.

Las palabras de Maximiano comenzaron a resonar con fuerza en su cabeza, «lo que debo hacer ya lo hice cuando el sol terminó de ocultarse bajo el horizonte el día de ayer», dijo el maldito testarudo. ¿Cómo no lo había comprendido entonces? De seguro que el grandullón había decidido tomar parte activa en la conjura, pese a que había recibido órdenes claras por su parte. ¡Maldita sea! Se dijo. En buena hora había decidido comenzar el trabajo por su cuenta, posiblemente, envenenando el vino del emperador que había entregado a su hijo Numeriano la noche anterior cuando se encontraron ante el fuego de la tienda y le ofreció aquel odre que debía entregar a su

padre, pensó. Quizá por ello, aquella noche había encontrado a Maximiano excesivamente altanero. Rebosaba soberbia y nunca antes lo había visto con tal determinación. Tan solo cuando blandía su espada ante el enemigo o mientras debía elegir la mujer que iba a formar parte de sus perversas obsesiones lujuriosas se conducía con tal determinación.

Con todo, el tiempo se agotaba y debía buscar una explicación que revelara al cuerpo de guardia pretoriana. No había marca alguna y maldita la gracia que le hizo en ese instante. Sentía una presión enorme en la nuca y el dolor se hacía insoportable debido a la búsqueda de un ardid que no diera al traste con todo cuanto había planeado. «No así —se dijo—, no justo al comienzo de mi plan.»

Finalmente Diocles pudo elucubrar ciertos pensamientos que ordenados de forma lógica podían considerarse como una solución viable a tal despropósito.

No tenía otra opción.

Antes de que alguna mirada indiscreta pudiera comprobar lo que estaba a punto de hacer, comenzó a descordar el nudo cruzado que, apretado bajo el cuello del emperador, cerraba herméticamente el pectoral de su armadura. El cordel mojado se escapaba de sus dedos húmedos y temblorosos pero tras varios intentos pudo arreglárselas para deshacer aquella maldita lazada. Tomó su espada y sintió recorrer el frío del gélido pomo desde la palma de su mano y el antebrazo hasta el hombro. Propinó varios golpes secos que hubieron de romper el cuello de la armadura del emperador.

La coraza estaba decorada con un relieve del dios Sol caminando hacia la izquierda, portador de un látigo y alzando su mano hacia el cielo. A ambos lados las palabras *AETERNIT* e *IMPERI*, o lo que era lo mismo, las abreviaturas de: *emperador eterno*.

Un hueco se hizo visible mostrando el pecho del emperador desnudo a la altura del esternón. Súbitamente hundió allí dentro la punta de la espada con fuerza y determinación hasta que un hilo de sangre caliente brotó a borbollones como lo haría en el nacimiento de un riachuelo. Aquello turbó su mente con sentimientos de culpabilidad que rápidamente hubo de sacudir.

No podía permitirse ni un solo error.

Sabía que aquello era producido por la cólera que ardía en su interior debido al estúpido gesto de Maximiano. Él, quizá, fuese hombre de actuar sin meditar un solo segundo en las consecuencias que acarrearían sus actos, pero

Diocles gustaba de planear cualquier mínimo detalle y no dejar nada en manos de la diosa Fortuna y esperar que ésta le bendijese con sus favores. Pensó en que se lo haría saber en cuanto tuviese ocasión. Aquel maldito ignorante, hecho para la guerra, se había atrevido a poner en práctica algo que no había sido siquiera sugerido y ahora se veían en aquella tesitura. Si sus explicaciones no eran lo suficientemente convincentes tendrían un verdadero problema ante el cuerpo de pretorianos. Aunque Diocles estaba convencido de que no sería él solo el que terminaría crucificado, no debido a la repentina estupidez de Maximiano.

Poco a poco comenzaron a llegar los legionarios alrededor del cruento espectáculo, arremolinándose en torno al cuerpo yacente del emperador.

Entre ellos se encontraba Maximiano.

Los gestos de incredulidad lo decían todo. Había rostros cubiertos de sangre y casi todos lo hacían de pequeñas manchas y gotas salpicadas de lodo. La toma de la ciudad de Seleucia había resultado más compleja de lo esperado. Las miradas se cruzaban en claro signo de recelo. ¿Qué había ocurrido? ¡El emperador, muerto! Preguntaban y exclamaban entre ellos de forma sutil. Algunos, muchos, achacaron tal circunstancia a los malos augurios que desde hacía tiempo se habían establecido en el campamento y, ese mismo día, ante las puertas de la ciudad. Aquella tormenta era un claro signo de que los dioses no eran propicios a aquel asedio. Pero ¿acaso no habían ganado la batalla? ¿No había desaparecido todo resquicio de alma persa y entregado la ciudad sin más? Todo era realmente confuso para el seno del ejército romano. Marte había desafiado al resto de dioses y, pese a los malos augurios, la ciudad más próspera de Persia pertenecía ahora a Roma.

—El emperador Caro, augusto de Roma, ha sido alcanzado por la rabia de Júpiter —masculló Diocles como inicio de la excusa que había preparado—. Un rayo ha abierto el pecho de nuestro emperador. Sin lugar a dudas, no es un buen augurio —intentó infundir temor y cordura aplicando un tono severo y juicioso al mismo tiempo.

No faltaron los curiosos que intentaban buscar el mejor hueco desde donde comprobar con sus propios ojos aquellas heridas a las que el *equite* se refería. De entre ellos había uno en el que Diocles fijó su mirada, pudo observar su pelo oscuro ensortijado y sucio como consecuencia de las vicisitudes en aquella intempestiva jornada, su nariz recta y ancha, su mentón y los lados de la cara poblados por una sutil y descuidada pelusa que tiznaba

color ocre. Se abría paso con los ojos fuera de sí, claramente vagando en recuerdos, y levantando su alargado cuello por encima de quienes, agazapados, aún continuaban debatiendo y murmurando mientras comprobaban de primera mano el pecho abierto en la coraza del emperador. Finalmente, su hijo, el César Numeriano, pudo llegar hasta el cuerpo inerte de su padre, cayó de rodillas sobre el barro blando hundiendo ambas rodillas profundamente, tomó con ambas manos la cabeza del emperador en su regazo y quedó observándolo fijamente durante largo rato.

No dijo nada.

Se encontraba totalmente absorto y fuera de la discusión que a su alrededor comenzaba a formarse de viva voz. Durante un buen rato Diocles hubo de tranquilizar a la guardia pretoriana haciendo hincapié en la idea de que el ejército romano debía abandonar aquella ciudad. No había olvidado su conjura con el rey persa Bahram, y aunque la ciudad de Seleucia ahora era propiedad de Roma, debía sacar aquel inmenso ejército de legionarios romanos de allí para que el persa pudiera volver a tomarla —esta vez bajo el dominio de Roma— y así, cumplir cuantos favores le debía al romano y que ambos sellaron en su conjura. Por ello, insistió en inculcar el miedo a aquella tierra bárbara en los ánimos de la guardia.

—Esta tierra no es querida por los dioses romanos y el mayor ejemplo de que debemos salir de aquí se encuentra aquí mismo —alargó su brazo señalando con determinación hacia el cuerpo muerto del emperador cubierto de más barro que sangre y que seguía en improvisada vela por Numeriano.

—¿Qué nos queda entonces? —graznó una voz ronca que denotaba veteranía.

—¡Por los dioses! ¡Volver a Roma y que el César Numeriano sea nombrado emperador! —prosiguió otro.

—No olvidemos que Numeriano no es el único César —concluyó un tercero.

—¡Júpiter nos proteja! Es cierto, el César Carino se encuentra en la Galia pero no tardará en conocer la noticia.

—¡No serviré al impúdico Carino! ¡Nombremos ya al César Numeriano como augusto de Roma! —volvió a inquirir el de la voz bronca.

—Lo único que podemos hacer es dar a conocer al Senado de Roma nuestra decisión. La guardia pretoriana del emperador Caro, a su muerte, acepta a su hijo el César Numeriano como único augusto —intermedió

súbitamente Diocles.

—El Senado... —masculló alguien—. Desde hace tiempo es sabido que el Senado ha perdido sus competencias y apenas es una burla de lo que llegó a ser en la República.

—¡solo obedeceremos a Numeriano! —comenzaron a vociferar en conjunto.

—Sin duda, Carino no aceptará y seremos nosotros contra él y aquellos que le son fieles —dijo Diocles.

—¡Lucharemos, por Júpiter! —volvieron a entonar.

—Así sea —concluyó Diocles—. Pero será mejor luchar con el Senado de nuestra parte. Enviaré un emisario a Roma con la noticia de la muerte del emperador Caro. Conozco alguien en Roma con la potestad de convocar al Senado —intentó recomponer la situación.

Las palabras de Diocles hicieron recapacitar a aquellos que parecían más excitados.

—¡Sea Numeriano, hijo de Caro, nuestro emperador! ¡Lo dice el ejército de Roma y el cuerpo de pretorianos! —exclamó tan alto como pudo.

Los gritos y vítores fueron escuetos pues él sabía que dentro de la guardia pretoriana eran tan solo unos pocos los que veían realmente a Numeriano como emperador de Roma. El joven, siempre se había mostrado más preocupado por las artes y la literatura que por los detalles administrativos y estratégicos con los que su padre había de lidiar cada día. Pero, del mismo modo, la opción de entregar el imperio a Carino era todavía peor si cabía.

El hijo mayor de Caro no contaba con buena reputación ni en Roma ni en el ejército, aparte de aquellas pocas legiones que le eran fieles en la Galia, aunque aquellas eran legiones a tener muy en cuenta, no en vano, conseguían mantener a raya a aquellas tribus bárbaras que tantos quebraderos de cabeza daban al imperio, atacando incansablemente una y otra vez los *limes* del imperio a base de emboscadas y argucias.

Ante el griterío, el joven que todavía asía la cabeza de su padre entre sus manos levantó el mentón y dirigió su inquisitiva mirada hacia el grupo de pretorianos. Como el que no termina de comprender nada, aceptó el cargo de emperador allí mismo apenas sin saberlo, cubierto de barro hasta la mitad de los muslos y tomando la cabeza inerte de Caro, su padre, entre sus brazos.

—Pero os equivocáis en una cosa —corrigió Diocles al de la voz áspera—. No habremos de volver a Roma, sino a Emesa y desde allí

partiremos hacia Nicomedia.

Los gestos de incredulidad se sucedieron y muchos quisieron corroborar aquella información dirigiendo sus miradas hacia el recién nombrado emperador. Sin duda, muchos ya se habían hecho a la idea de entrar en Roma en un desfile triunfal donde el nuevo emperador y sus legiones fueran recibidos con honores al tiempo que innumerables carros cargados con el oro y los tesoros de Seleucia recorrían las calles atestadas de Roma entre vítores de la multitud. Numeriano, todavía aturdido, asintió como lo haría ante cualquier otra circunstancia, debido al estado hipnótico en el que se encontraba y aquello fue lo que terminó por desconcertar a buena parte de la guardia pretoriana que no entendía los motivos de abandonar aquello que tanto trabajo, sangre y vidas había costado conquistar.

—Sea como diga el comandante de caballería de mi padre... —completó Numeriano para finalmente concluir—: Arrio Aper será mi prefecto de pretorio —musitó con la vista clavada en el rostro de su padre—, y Diocles, tú continuarás como comandante del cuerpo de guardia.

Diocles aceptó su cargo sin replicar una sola palabra. El rostro de Arrio Aper dibujó una ambiciosa sonrisa en la comisura de sus labios y su estado de ánimo eufórico mostraba inconscientemente un resquicio de vanidad que Diocles, al percatarse de ello, pensó que no tardaría en aprovechar.

Tal y como prometió al rey persa, éste seguía con vida y las legiones romanas partirían de la ciudad dejando un botín como nunca antes habían visto. Él, por supuesto, sabía que todo aquello le pertenecía en cierto modo gracias al pacto con Bahram II.

Antes de dar por concluida la reunión y que comenzasen los trabajos necesarios para partir de vuelta hacia Emesa, pudo encontrar la mirada de Maximiano que, incrédulo, observaba a Caro en el suelo con el pecho abierto en dos. Una vez que pudieron cruzar sus miradas ambos supieron qué había sucedido. La idea de envenenar al emperador había resultado, a todas luces, estúpida. Aquello podría haber creado una revuelta en el seno del ejército con pretorianos ávidos de poder ansiando llegar al trono del Imperio. Ahora, los dioses habían elegido y habían sido favorables en el desarrollo de la excusa que Diocles había ideado, y aquello mantendría las aguas en su cauce; al menos, hasta su siguiente movimiento. Del mismo modo, Maximiano comprendió su error y acompañó la dura mirada que profesó a su amigo con un leve asentimiento de cabeza con el que admitía estar a su entera

disposición, esta vez cumpliendo de forma escrupulosa todo cuanto aquel dispusiera.

Una vez que el forzado cónclave de la guardia pretoriana hubo acabado, Diocles pudo escabullirse entre las solitarias calles de la ciudad persa camino al palacio real. Mientras, el grueso de las tropas se apresuraba a organizar todo para emprender el camino de vuelta hacia el castro, que no distaba demasiado de los muros de la ciudad, y de allí hacia Emesa, donde las tropas descansarían lo suficiente para acometer el camino final hasta Nicomedia.

Aquellos momentos de revuelo, donde muchos de los soldados rasos eran informados de la situación bajo caras de incredulidad —no en vano, habían propiciado una inusitada maniobra de avance bajo el cielo endiablado de Persia y con los peores augurios posibles; para nada—, fueron de especial utilidad para que Diocles se deslizara entre las organizadas y desoladas calles de la ciudad.

Los tenues rayos que resquebrajaban el cielo encapotado de oriente comenzaron a bañar cada uno de los magníficos edificios del centro de la ciudad. Todavía podía observar los cascotes de adobe y terracota hechos montones de polvo con enormes huecos socavados en las paredes de pequeñas casas, sin duda del pueblo bajo. Aquellas montoneras distaban demasiado en calidad arquitectónica con las que uno podía encontrarse conforme avanzaba al mismo corazón de la ciudad.

Allí, la decoración era abrumadora y la débil y sutil luz que se abría paso en el cielo hacía visible una cantidad de porcelana pulida de vivos colores formando formas geométricas como frisos inimaginables para alguien que no había visto más que tristes y repetitivos motivos decorativos tan utilizados en Roma. Realmente, aquella decoración y gusto por los vivos colores distaba mucho de lo que uno podía ver en la ciudad que representaba el corazón del Imperio romano que, aunque sin desmerecerlo, era completamente diferente.

Subió una blanca escalinata de mármol con gran cantidad de vegetación a sus lados que daba a un calvero de edificios que circundaban una plaza con precioso enlosado donde pequeñas piedras dibujaban líneas curvas nunca vistas en Roma. Al frente, flanqueado a los lados por edificios de menor altura, se erguía orgulloso recortando la silueta del cielo de horizonte lo que debía ser el palacio real, acompañado por una enorme torre coronada por

almenas doradas. Era inmenso, con una bellísima fachada de loza azul barnizada que con cada paso refulgía de pequeños puntos y destellos luminosos. Decorada con enorme cantidad de filigranas vegetales totalmente idealizadas y cubiertas por los más llamativos colores que no dejaba apenas un resquicio sin elemento decorativo. Partida por un enorme arco apuntado abovedado, la fachada carecía de ventanales, o en un principio eran tan delgados y alargados que habrían pasado desapercibidos por cualquier extraño y prácticamente se componía de una enorme puerta, que en un principio parecía estar hecha del metal más pesado y pulido que jamás hubiera visto. No podía ser de plata maciza pues no habría alma ni engendro mitológico que pudiera mover solo una de las hojas de aquella monstruosidad.

Al acercarse un poco más pudo comprobar que quedaba entreabierta y tras un empujón que requirió mucho menos esfuerzo del que en un principio había supuesto, la puerta cedió lo bastante como para poder deslizarse a su interior. Era enorme pero ahora podía comprobar que todo aquel metal no era más que planchas de plata que cubrían la madera. Tan solo aquella plata ya suponía mucho más que otros muchos tesoros incautados a otros pueblos bárbaros. Además, estaba totalmente repujada con motivos vegetales que se entrelazaban y creaban las formas más misteriosas que Diocles jamás hubiera visto.

El interior de palacio denotaba un gusto por las cosas pequeñas y elaboradas de orfebrería así como por los dibujos geométricos de formas endiabladas en las alfombras y tapices que hacía que la entrada a aquel palacio real despertara la suntuosidad y la magnanimidad de quien habría de ocuparlo. De igual modo, y así lo hizo con Diocles, hacía volar el alma sobrecogida de cualquiera que posase sus dos pies en el interior.

Y pensó que todo aquello era suyo si el rey persa cumplía su palabra. Que hubiese abandonado la ciudad era un indicio pero aún no estaba seguro de los planes que el persa se traía entre manos. Le había dado su palabra y Diocles había supuesto que la palabra de un rey, aunque fuese bárbaro, era motivo suficiente como para sellar un pacto con garantías. De pronto, una voz rompió el silencio. «Romano», escuchó. Parecía provenir de su derecha, donde al final de la estancia principal —junto a un enorme macetero achatado pintado de azul con el borde totalmente cubierto de minio, que soportaba orgulloso dos espigadas palmeras—, parecía esconderse una celosía decorada

con los mismo motivos persas, donde flores provenientes de tallos espinados entrecruzados habían sido ejecutados a trépano por una mano magnífica que dominaba a la perfección tal artesanía. Todavía conservaba el color de la madera original y pudo notar el propio olor a madera fresca al acercarse con cierto recelo. Posó su mano sobre la espada y acercó cada uno de sus pasos con la suficiente desconfianza como para no caer en celada alguna. «Romano», volvió a escuchar del leve y misterioso susurro que procedía desde detrás de la celosía.

Todavía enfundado en la brillante armadura dorada que le había visto con anterioridad, pudo distinguir sus ojos. A pesar de haber salvado la vida, comprobó en ellos cierto atisbo de resignación por haber entregado la ciudad de aquella manera, de tener que evacuar a su pueblo cediendo sus casas, costumbres y vidas a alguien que apenas conocía. Era cierto que salvarían la vida pero ¿qué clase de vida le esperaba a los habitantes de Seleucia una vez sometidos a la voluntad de Roma? Y Diocles parecía ser la única persona que podía responder aquella pregunta. Lo cierto era que no tenía muchas más opciones; el persa solo podía elegir entre una rendición acordada o hacerse aquella misma pregunta una vez la guerra civil con su hermano se decantara por el segundo. Y estaba claro que Bahram temía más a su hermano que a Roma.

—Eres hombre de palabra, romano —espetó con convicción—. Así lo es Bahram.

—Eso lo veremos —replicó Diocles con reticencias—, al final ha habido sangre —recordaba en ese momento el campo de Marte ante las puertas de la ciudad plagado de soldados romanos mutilados o muertos.

—De igual modo la ha habido dentro de los muros. ¿Qué sería de una batalla sin la sangre de unos pocos? Muchos han ido hoy a reunirse con los dioses. Mártires por la causa.

—Mártires por nuestra causa —rectificó Diocles.

Pudo vislumbrar cómo Bahram asentía con su cabeza.

—Me las he arreglado para convencer al nuevo emperador y abandonar la ciudad —reveló el romano los planes que había ideado para con el ejército y la ciudad de Seleucia de ahora en adelante. Luego prosiguió—: partiremos al acto. Nuestro destino es Nicomedia.

—No conozco al nuevo emperador, pero sabed que todo cuanto Seleucia posee le pertenece al emperador de Roma que conozco —sus palabras

resultaron enigmáticas para el oído de Diocles y gélidas como el hielo.

Clavó su mirada sobre Diocles de forma que jamás olvidaría. Después, tras acercar su mano con la palma cerrada tocó con la punta de sus dedos su frente e hizo un incomprensible gesto junto a una sincera reverencia.

Después, simplemente desapareció tras la celosía y Diocles pudo comprobar cómo durante toda aquella enigmática conversación él mismo no había separado la mano del pomo de su espada.

La columna del ejército abarcaba varias millas desde donde alcanzaba la vista. El César Numeriano, recientemente postulado como el próximo emperador por su propio ejército, había decidido que las legiones habían sufrido suficiente calvario como para recorrer el desierto de vuelta a Emesa, por lo que dispuso una ruta alternativa que pese a alargar la marcha varias semanas a todos se antojó mejor elección. Pocos sobrevivirían ante una nueva expedición en aquel hosco terreno por lo que aceptaron como regalo de los dioses una marcha mucho mayor pero que les proveería de comida caliente, vino y un lugar más cómodo para descansar en los diferentes campamentos que el Imperio había diseminado en los *limes*. La nueva ruta incluía un estudiado giro que bordeaba todo el reino persa, por lo que las legiones de Numeriano marcharían hacia el *Regnum Parthicum* donde harían una obligada parada en Nisibis, y desde allí pondrían rumbo a Zeugma, en la provincia de Cilicia.

Ahora se encontraba a medio camino de Antiochia, en la provincia de Siria.

Era una mañana clara y pese a estar acabando la tercera hora, la jornada había sido productiva pues el ejército había dado cuenta de un buen trecho de millas y de continuar aquel ritmo de seguro estarían cenando en el campamento mayor de la ciudad de Antiochia, lo que para muchos sería como la mejor hospedería: aquella que ofrecía comida caliente, bebida tibia, una cómoda cama y los mejores servicios de alguna puta; delicias que hacían olvidar, al menos por unos momentos, el holocausto vivido en tierra persa.

Aquellos pensamientos hacían olvidar el pesado equipaje que los soldados, en fila de a tres, llevaban encima durante las largas caminatas.

Dejaban en Persia una ciudad cubierta de oro pero ni un solo pedazo de aquel tesoro era comparable con los pequeños y mundanos vicios que ahora

ansiaban y que en aquel momento estaban a menos de una jornada de camino.

Aquel sentimiento se hacía notar en las tropas.

Habían cogido fuerzas gracias al desayuno a base de pan que cada *contubernium* había cocido en su tienda la noche anterior. Éste era repartido en ocho pedazos y cada miembro de la pequeña comunidad ya había dado buena cuenta esa misma mañana, como si cada bocado significara estar más cerca de una ciudad controlada por Roma y, al mismo tiempo, lejos de aquellas tierras bárbaras donde muchos habían perecido, sin motivo o recompensa alguna.

El ruido metálico de las cacerolas que portaban los soldados en la espalda se mezclaba con el imponente sonido seco de los pasos de miles de soldados en una marcha sincronizada y a la vez distendida. El murmullo, risas y zumbido de conversaciones triviales, sueños por cumplir y promesas por hacer era un continuo. La polvareda del camino era visible desde bastante distancia y era signo irrevocable de la llegada de las legiones del nuevo emperador Numeriano.

La arboleda que quedaba a ambos lados del camino propiciaba, ya en aquella hora, una buena y fresca sombra que era más que bienvenida por los atezados soldados que habían sufrido el temible sol de oriente por más tiempo del deseado.

El flanco izquierdo en dirección a la marcha era ocupado por la caballería, donde podía observarse a Maximiano de buen humor, intentando domar la montura debido a las bromas que traía a juego con otro oficial. Numeriano, por su parte, viajaba en su carro que se hacía flanquear en cada momento por la guardia pretoriana. El carro del emperador era una mole de madera noble con las ruedas traseras mucho mayores que las delanteras, cubiertas en la parte de la rodadura con una plancha metálica unida a los travesaños por grandes clavos de cabeza redonda. El cuerpo, tallado con relieves bélicos a modo de metopas griegas cubría las paredes laterales. La parte superior, cubierta por un dosel sostenido por seis grandes columnas a modo de balaustrada, todo completamente cerrado por gruesas telas que hacía imposible vislumbrar lo que aconteciese en su interior. Aún así, no era demasiado extenso, allí dentro, el emperador poco más podía hacer que descansar tumbado y dedicar tiempo a la meditación y la lectura.

Numeriano se había mostrado temeroso. El muchacho había pasado de ser

César y ostentar una prometedora vida política más por herencia que por voluntad, a convertirse en el emperador de Roma, electo por su propio ejército, con una treintena de años. Pero Numeriano sabía que había un escollo importante: su hermano Carino. ¿A estas alturas, sabría su hermano que el padre de ambos había muerto? ¿Sabría, acaso, que el ejército del emperador Caro, el mismo cuerpo de guardia pretoriana del emperador había elegido a Numeriano como sucesor? ¿Estaría Carino dispuesto a aceptar la situación? Pensó que era evidente que no. Carino no aceptaría tal situación. Ni siquiera sabía si el Senado de Roma la aceptaría, aunque el Senado poco o nada podía hacer en aquellos tiempos, lejos de la República era un mero sistema lleno de títeres y viejos recuerdos. Hacía mucho tiempo que el verdadero poder lo ostentaba el ejército, la guardia pretoriana y el emperador. Aún así, el episodio de la muerte de su padre había producido en él cierto temor que lo había llevado a dirigir sus nuevas legiones a Emesa, y poder requerir un buen servicio de augurios, quizá hacer un nuevo sacrificio y comprobar de primera mano qué tenía el destino reservado para él. Sí, necesitaba conocer si los dioses le reservaban favores o si su destino, como el de su padre, era morir en tierra inhóspita, tan lejos de la Roma llena de vida que recordaba de niño.

Tras el carro del emperador, el nuevo prefecto de pretorio Arrio Aper se mantenía a una distancia prudencial, gozando de una amplia visión que le permitía controlar a todo aquel que osase acercarse sin permiso alguno a cualquiera de los costados del carro que transportaba al emperador. Diocles no dudó en que aquel era el momento perfecto para continuar con la idea que se había apoderado de su cabeza y de la que ya no podía escapar. Había cometido ya demasiadas vilezas como para arrepentirse. Espoleó su caballo y aceleró el paso hasta quedar junto al prefecto.

El trote era suave y su semblante ofrecía todos los detalles del orgullo que una persona podía presentar cuando ostenta una posición que, a pesar de su importancia, sabía que podía llegar a ser un simple trámite para alcanzar otra superior. Debía aprovechar aquello que Arrio Aper no se molestaba en disimular: su desconfiado orgullo.

—El emperador es temeroso y eso nos acarrearé problemas —asaltó de forma directa aquello que el nuevo prefecto del pretorio anduviera

barruntando. Cuando hubo captado su atención, prosiguió—: Lejos de pedir un nuevo consejo a la guarida ha decidido abandonar una ciudad repleta de riquezas.

—¿Acaso oigo bien? —respondió Arrio Aper encogido de hombros.

—Todo por superchería —negó con la cabeza en claro gesto de incompreensión Diocles.

—Pero tú mismo infundiste la idea de que la muerte de Caro había sido decidida por Júpiter —divagó el prefecto—, que los dioses no desean a ningún romano en esa puta tierra árida.

Diocles mantuvo cierto silencio mientras trataba de domar la montura con pequeños tirones de las bridas.

—Así es. Y el emperador ha decidido cuál es su postura —musitó clavando su mirada sobre el prefecto que airosamente mantuvo.

—No te comprendo, Diocles... —vaciló frunciendo el ceño con gesto de idiota.

Diocles comenzaba a tener al prefecto justo donde quería. No podía creer que todo cuanto había planeado estuviera saliendo al punto. En ese momento sobrevino a su mente el estúpido gesto de Maximiano y se sobrecogió. Al menos, éste había vuelto a pasar a un segundo plano a la espera de más órdenes, se dijo.

—¿Qué hubieras hecho tú, Aper? —sin dejar tiempo para que meditase en respuesta alguna, continuó—: Un emperador inexperto tiene dos opciones en tal caso. Creer en la superchería y abandonar una ciudad sometida o reunir a su guardia y pedir consejo militar y estratégico. Estoy seguro de que tú hubieras elegido la mejor opción.

La marcha se había vuelto lenta, cansina y anodina. Todo lo contrario que su conversación con el prefecto de pretorio. Durante los minutos que siguieron, los pensamientos de Arrio Aper parecían haberlo aturcido. Diocles podía notar cómo sus palabras habían hecho mella en él, tornando su gesto en sombrío, conspiratorio y claramente ambicioso.

Diocles rompió el silencio y prosiguió:

—Piénsalo. El ejército está temeroso y Numeriano no está capacitado para liderarlo. solo alguien como tú es capaz de conocer a las legiones.

—Numeriano es emperador por derecho.

—Lo es —asintió Diocles—, pero tú mejor que nadie lo conoces. Sabes que es diestro en otras artes pero inservible a nivel administrativo y militar.

Todo lo que conoce de administrar Roma lo sabe por los textos.

Arrio Aper apretó sus muslos contra el cuerpo musculoso de su caballo e inclinó el cuerpo hacia un lateral mientras tomaba con fuerza las riendas cuando la marcha se aceleró una vez la silueta de la ciudad de Antiochia era visible en el horizonte. La postura hizo que los rayos de sol incidieran en la pequeña funda de latón donde guardaba su *pugio*, bellamente decorada con un relieve de Diana, diosa de la caza y protectora de la naturaleza. Su cabalgada era de tal inclinación que Diocles temió que diera de bruces en el suelo perdiendo la montura. Pensó que aquello era síntoma de su interés por cuanto le comunicaba y que estaba a punto de susurrarle algún tipo de secreto. Y así fue.

—Insinúas que... —bisbiseó Aper al oído de Diocles.

—solo sé que el ejército te prefiere a ti.

No había acabado sus palabras Diocles cuando un cuervo negro se posó sobre la parte trasera del baldaquino del carro imperial. Imponente y desafiante posaba sus brillantes ojos ante ellos y ni el traqueteo del carro ni el ruido que los soldados producían con cada paso en su marcha, parecieron suficientes para espantar al ave que acicalaba con espasmódicos gestos su impresionante plumaje negro. ¿Acaso significaba aquello otro mal augurio para el nuevo emperador? ¿Podía ser una nueva señal enviada por los dioses acerca del destino de Numeriano? De cualquier forma, aquel pajarraco no podía haberse posado ante ellos en mejor momento. Arrio Aper dibujó un gesto de incredulidad ante tal acontecimiento. Diocles apretó el paso propinando una buena palmada en la grupa de su caballo, dejando a Arrio Aper dando vueltas en su cabeza a todo cuanto le había comentado. El veneno en forma de verbo corría ya por sus venas y todo cuanto había planeado Diocles seguía el sendero previsto.

Ahora debía cuidar de que Maximiano no actuase por su cuenta y se ciñese al plan previsto. La ciudad de Antiochia se mostraría recelosa ante la llegada de miles de soldados del ejército romano. Una ciudad donde la comunidad que se hacía denominar *cristiana* no solo había crecido sino arraigado fuertemente no se encontraría preparada para asimilar las toscas costumbres de los legionarios en tan poco período de tiempo. Las tabernas estarían repletas de soldados beodos que jugarían y apostarían hasta que alguna discusión o revuelta diera por concluida la diversión. Las termas y lugares públicos se verían convertidas en incómodos puntos de reunión donde

ciertas conversaciones podían ser malinterpretadas; las pequeñas discusiones eran las que normalmente acababan subiendo de tono y convirtiéndose en un verdadero problema amenazando la vida de alguno de los involucrados. La ciudad triplicaría el número de prostitutas que no darían abasto para satisfacer las necesidades de las legiones.

Sin duda, el escenario ideal para que el bueno de Maximiano actuara llevado por la embriaguez, lujuria o estupidez y diera al traste con la conjura. Diocles tenía demasiados problemas que solventar como para pensar en aquellos que profesaban la nueva religión. Es cierto que la comunidad cristiana se vería comprometida, pero ¿qué otra cosa podría hacer? El Imperio todavía consideraba aquel movimiento como una minoría y el paganismo era todavía el culto oficial. Para todo aquel que profesaba la nueva religión que Pablo de Tarso predicara por sus calles, lo mejor sería esperar a que el ejército continuara su marcha.

Aún así, mientras estuvieran allí, Diocles debía atar bien en corto a Maximiano o, de lo contrario, toda la conjura podía irse al traste.

PARS SECUNDA

SEGUNDA PARTE

De octubre de 283 a enero de 284

Octubre de 283

ROMA

Gregorius había madrugado ese día y una mañana clara lo había recibido mientras se apresuraba a tomar un rápido desayuno. Aquel día decidió que no podía perder demasiado tiempo en un elaborado almuerzo por lo que pidió a sus esclavos que dispusieran en la cocina varios cuencos con nueces, higos secos y membrillo con miel. Ese día necesitaría energía para soportar la larga sesión de Senado, que normalmente abarcaba todo el día hasta la sexta hora, cuando solía concluir con las pertinentes votaciones. Además, Gregorius sabía que ese día la sesión sería dilatada, extenuante y especialmente complicada. Tomó el desayuno mientras recapacitaba en ello. Él mismo había sido el convocante de dicha asamblea y no por gusto propio a decir verdad, sino por las noticias que le habían llegado desde oriente y que lo obligaban, en cierto modo, a citar a todos los senadores y presidir la cátedra senatorial. Los pensamientos le atribularon y no era para menos; el motivo de la inminente sesión del Senado no era otro que la noticia de la muerte del emperador Caro en su lucha por la conquista de Seleucia y, en consecuencia, el nombramiento de su sucesor. Aquello no sería de mayor incumbencia salvo por el hecho de que en oriente, el ejército parecía tener claro quién debía suceder a Caro y Gregorius sabía a ciencia cierta que aquello, en Roma, no sería visto de la misma forma. Se dijo que era sorprendente cómo un mismo hecho podía ser visto de manera tan diferente según las circunstancias en las que se producía y, sobre todo, por las consecuencias que acarrearía que normalmente no eran igual de satisfactorias para todas las partes implicadas.

Una vez que Gregorius se hubo acicalado su rizado cabello azabache, perfumado el cuello y las piernas, anudó sus sandalias y tomó la toga *praetexta*, de pura lana blanca con el borde purpurado, se apresuró a citar la matutina alabanza a los dioses en el *lararium* de casa. Allí, en el pequeño

altar arrinconado en una de las esquinas del patio central, se subió la toga hasta dejar unos huesudos tobillos a la vista y se arrodilló, alzó los brazos al cielo, pidió consejo a Minerva y se encomendó a que sus decisiones en aquella sesión estuvieran repletas de sabiduría y, de igual modo, así hizo con Temis, para que fueran resoluciones rectas y justas. Aquellas eran las dos pequeñas figuras de terracota que completaban el *lararium* y, para un hombre de justicia como Gregorius, era suficiente. Ante todo, el joven magistrado, pese a su juventud, era reconocido por ser un hombre justo y sensato. Anteponía la rectitud y el cumplimiento de las leyes por encima de cualquier otra cosa, incluso de aquellas que eran de provecho personal.

No todos los senadores de Roma podían presumir de lo mismo.

Se apresuró a salir de casa y encaminó sus pasos hacia la *domus* de Decimo Antonino pese a que las rodillas le temblaban debido a las dudas que le asaltaban. Se sentía temeroso, quizá aquella sesión de Senado era demasiado para su inexperta experiencia. Debería debatir y consensuar posturas muy diferentes, de personas ilustres y antiguos senadores de los que había oído hablar cuando él todavía saciaba su adolescente curiosidad entre textos y manuscritos. Si bien había ganado diferentes juicios con tácticas de retórica bien aprendidas de los antiguos, presidir una sesión senatorial era algo que no había experimentado y, en consecuencia, se sentía atribulado y notó una punzada en el estómago y cómo el ardor de los ácidos gástricos le impregnaba el gaznate, y, aunque pudo contenerse, supo que aquella sensación y ganas de vomitar era producida por el estado de nerviosismo que le producía lo que dentro de unas horas habría de acaecer en el edificio del Senado. Por ello, decidió auditarse con su amigo de la infancia Decimo Antonino, apoyarse en él ante lo que se avecinaba y, al menos, sentirse arropado durante el trayecto al edificio de la Curia Julia, donde debía celebrarse la inminente asamblea de senadores. La simple compañía de su amigo le proveería de la suficiente fortaleza como para afrontar aquel importante día.

La *domus* de Decimo se encontraba en la parte sur del Campo de Marte, tras el monte Capitolino, cerca del río Tíber. Del joven senador Antonino se decía que había gustado en practicar actividades más propias de gladiadores o proscritos que los de un noble romano, y, quizá por ello, había establecido su vivienda cerca del Circo Flamínio, con lo que Gregorius debería circundar el monte Capitolino para luego, junto a su amigo, bordear el templo Capitolino

y acceder al foro por la pared oeste de la Basílica Julia, donde atisbarían sin problemas el pórtico de la Curia.

Todavía no podía creer que fuera él quien debiera reunir al Senado y presidir la sesión que decidiría el nombre del próximo emperador, y deseó que fuese así de simple: elegir un nombre y a otra cosa. De ser un tirano o un déspota sería solo responsabilidad de quienes lo hubieran apoyado y del emperador mismo, pero él quedaría al margen.

Sin embargo, la situación no era tan simple como Gregorius hubiera anhelado. Las noticias que le habían llegado hablaban de que el ejército de Caro, en especial la guardia pretoriana, había elegido sucesor a Numeriano, por lo que Gregorius podía vislumbrar una nueva guerra civil contra Carino que diera al traste con cualquier tipo de orden y, sin aquel orden, nadie respetaría las leyes y su trabajo sería inútil. «¡Qué digo el trabajo, años de estudios en leyes tirados a la cloaca!», se dijo. Entre aquellos pensamientos, y sin apenas haberse percatado del tiempo que había invertido en su caminar, hubo llegado finalmente a casa de su amigo Decimo.

Fue recibido por el esclavo de la portería. Normalmente aquel era un trabajo para esclavos bárbaros, casi siempre viejos gladiadores o grandes y fuertes prisioneros de ejércitos sometidos y tenía todo el sentido, pues debían defender la casa en caso de posibles infiltraciones o expulsar a incómodas visitas. Para Gregorius siempre fue una incógnita aquella manera de dar trabajo a quienes habían sufrido las peores consecuencias del implacable Imperio; gladiadores que se habían batido en la arena por el simple divertimento de nobles acomodados, valientes guerreros que algún día defendieron el honor de su país, tribu o familia contra el ejército romano o incluso proscritos que algún día hubieron escapado y que ahora disfrutaban de un oficio: defender y proteger la casa de su señor.

Iacobus, que así se llamaba el portero, era todo lo contrario al estereotipo que Gregorius hubiera esperado. Entrado en años, al menos el doble que gastaban tanto él como su amigo Decimo, portaba un alborotado pelo cano, llevaba una túnica de lana oscura que abrochaba en un hombro dejando al descubierto parte de un pecho marcado por las costillas, lo que denotaba cierta delgadez; sin llegar a ser demasiado alto, sí que parecía espigado y su manera de andar confundía a Gregorius que varias veces hubo de compararla a la forma de contonear las caderas que había visto en mujeres que andaban a horcajadas. Iacobus, tras echar un rápido vistazo a Gregorius de arriba abajo

le indicó que esperase en el *atrium*, y tras alargar un escuálido brazo de forma grácil señalando una de las butacas de cuero que había adosadas junto a la puerta de la cocina le indicó que avisaría a su señor.

Iacobus tan solo cumplía con el estricto protocolo pues era evidente que conocía desde hacía tiempo al mejor amigo de su *dominus*.

Pronto, Decimo se precipitó adonde se encontraba Gregorius y tras comprobar el semblante cargado de preocupación de su amigo lo invitó a pasar al despacho, donde podrían hablar tranquilamente lejos del aguzado oído del portero.

—¿Qué ocurre, Gregorius? —preguntó Decimo mientras con un gesto invitaba a su amigo a servirse de una bandeja repleta de racimos de uva.

Éste con un ademán de la palma de su mano agradeció el ofrecimiento pero declinó servirse, y sin más preámbulo contó a su amigo cuanto le preocupaba.

—Sabes que la sesión de hoy en el Senado será difícil. Temo que nada positivo sea hoy aprobado.

—Ya entiendo... —pensaba Decimo mientras acariciaba su mentón y deambulaba de un sitio a otro del *tablinum*— Es una situación complicada, no cabe duda. Según tengo entendido el ejército en oriente ya ha tomado una decisión.

—Así se me hizo llegar la noticia —respondió Gregorius apesadumbrado por la responsabilidad.

—¿Quién suscribe tal cosa? —inquirió Decimo mientras terminaba su pregunta dando cuenta de unas uvas alzando la cabeza para terminar masticando animadamente.

—Un comandante de la guardia llamado Diocles. Esperan que el Senado corrobore y apruebe tal decisión, aunque sabemos que lo que diga el Senado poco les importa. Ya está hecho.

—Piénsalo, por mucho que deseemos lo contrario, Carino es ya emperador, aun sin saberlo —Decimo atropellaba sus palabras en el discurso debido a la excitación—. El Senado no apoyará a Numeriano para dejar de lado a Carino. No es una opción inteligente, aunque nos pese. Todos conocemos al hijo mayor de Caro y no será el Senado el que entre en disputas con él en favor de su hermano Numeriano.

—Cierto, querido amigo. Si el Senado terminase por apoyar a Numeriano como único emperador Carino tomaría represalias, bien conocidos son su

carácter y ambición —graznó Gregorius cabizbajo intentando buscar algo con lo que solucionar la situación. El futuro del imperio estaba en juego. No era fácil—. Roma no necesita una guerra civil en este momento —concluyó.

Decimo negaba con la cabeza intentando eliminar la simple idea de una ciudad dividida donde el caos se apoderase de cada rincón. Traición, sangre y muerte se convertirían en una triada que sobrevolaría cada suburbio de la ciudad.

—De igual modo —continuó Gregorius—, si el Senado proclama emperador a Carino, el César Numeriano estaría legitimado por la propia guardia pretoriana y su ejército para disputar el trono.

—¿Entiendes que el Senado no tiene opción posible? —se desesperaba Decimo.

—Sí que la hay, ahora que lo pienso. Pero no será fácil —musitó Gregorius—. Debemos asegurarnos que el Senado acepte a Numeriano como emperador. Que no ponga en duda la decisión de la guardia pretoriana.

Decimo no llegaba a comprender y así lo demostró fijando su mirada sobre su amigo mientras fruncía el ceño y alzaba los hombros. Pensaba que Gregorius no había entendido ni una palabra del problema en el que se encontraban. Había acudido a su casa en busca de consejo ante un problema y ahora se conducía con arrojo proponiendo la propia solución. Cualquiera que fuese la opción del Senado acabaría con una guerra civil y la total destrucción de aquellas leyes en las que tanto esfuerzo habían puesto. Tendrían que salir de Roma, pero ¿adónde irían? ¿Dónde debía exiliar a su familia? Todo estaría acabado y su amigo parecía no comprender la magnitud del problema.

—¿Acaso estás sordo, Gregorius? ¡Carino no aceptará que su hermano menor sea nombrado emperador!

—Lo aceptará.

Ahora sí que Decimo creyó que su amigo había perdido el juicio. Loco de atar. Decimo hubo manifestado su estupefacción por medio de unos enormes ojos mostrando una clara incomprensión. Apoyaba sus manos sobre la mesa donde aun quedaban ciertos despachos en las tablillas de cera; simples formas que firmar de leyes menores. Apretaba tanto los dedos contra la mesa que los dedos cambiaron a un color macilento y las venas de sus manos se hicieron notablemente visibles.

Finalmente, Gregorius prosiguió:

—Lo aceptará... porque Carino también será emperador.

Decimo giró sobre sí mismo para encontrar la mirada de Gregorius. El rápido movimiento provocó que los voluminosos pliegues de la toga senatorial ondulasen nerviosos. Creyó buscar los ojos de un demente. Estaba convencido de ello. Roma había estado mucho tiempo sin la figura del emperador entre sus calles, entre la gente, presidiendo los juegos, en el anfiteatro o en el circo.

Poco a poco los ciudadanos de Roma habían aceptado la existencia del emperador por las noticias que llegaban desde oriente pero, en realidad, lo habían ido olvidando sin demasiados problemas. Se habían acostumbrado a que el emperador de Roma fuera simplemente una mera figura ausente. Y ahora Gregorius hablaba de dos emperadores. Dudó por un momento si la tímida sonrisa que afloraba en el rostro de su amigo era síntoma de algo más que picardía o si debía, rápidamente, buscar ayuda médica, quizá un augur.

—¡Piénsalo, Decimo! El Senado no puede quitar de en medio a Carino porque éste se rebelaría y todo acabaría en una contienda civil. Pero además, Carino posee apoyos dentro de la curia. Si encontramos los suficientes para que también Numeriano sea considerado emperador habrá una posibilidad.

—Prosigue —espetó Decimo con interés.

—Podríamos aducir que el imperio es ya lo suficientemente vasto como para establecer a uno en oriente mientras el otro se ocupa de occidente.

—Pero Carino no dudaría en ocupar occidente y con ello instalarse en Roma —repuso Decimo.

—Así es, pero tendríamos la opción de ir a oriente, a la parte del Imperio que dominaría Numeriano sin temor a ser perseguidos por Carino como detractores de su nombramiento. Todo el mundo conoce nuestra posición pero así, al menos, estaríamos bajo la protección de Numeriano en un territorio que para nada interesa a Carino.

—¡Abandonar Roma! —la desolación había caído sobre los hombros de Decimo—. Jamás había pensado abandonar la ciudad. Todo cuanto hemos trabajado arruinado...

—Roma acabó cuando murió Caro en Persia. Se avecinan tiempos que, amigo mío, no queremos ver y tú debes pensar en tu hija Minervina.

Las palabras de Gregorius hicieron el suficiente calado en Decimo como para tomar en consideración la idea. Bien era cierto que abandonar la ciudad de Roma le producía un gran desgarró en su fuero interno pero si quería dar un futuro a su hija debía salir de aquella ciudad antes de que fuese demasiado

tarde. Con Carino como emperador las cosas cambiarían, aquello era bien sabido y en su fuero interno la rabia le dominaba.

Cuando salieron del *tablinum* con la predisposición de intentar manipular cuantos senadores fuera posible para sus propósitos, dieron de bruces con la pequeña Minervina.

Ya había cumplido los trece años y bajo su delicada túnica comenzaba a atisbarse el cuerpo de una mujer. Las caderas se habían pronunciado y rezumaban las formas femeninas. Su pelo caía en pronunciados bucles del color de la canela y su rostro pálido todavía conservaba cierto toque infantil en el rubor de sus mejillas. La simple observación de su hija arraigó en Decimo la idea de que la única solución al estado del Imperio y al futuro de su familia pasaba por nombrar como emperadores a ambos hijos del fallecido Caro. Si aquello no resultaba, si Carino era nombrado como el único emperador, no habría sitio adonde escapar, la exposición pública de sus ideas en la curia sería motivo suficiente para ser tomada como traición y debería abandonar todo cuanto había conseguido con duro trabajo: una casa cerca del Tíber, posición social y un orgulloso puesto en el Senado y debería vivir exiliado, junto a su familia, en la miseria como un proscrito.

Todo tirado por la borda si el plan fracasaba.

Salieron precipitadamente de la casa de Decimo Antonino y tomaron un callejón no demasiado ancho donde apenas si dos personas podrían caminar una al lado de la otra. La fachada de una lavandería dominaba casi por completo la longitud de la calle y Gregorius se preguntó cómo haría el dueño de aquel negocio para suplir su comercio de materia prima y cómo se las arreglaría para sacar su mercancía. En realidad, aquel negocio consistía en que los propios clientes llevaran las telas sucias y desaseadas y las recogiesen limpias por lo que tampoco necesitaba de mucho mayor espacio para la carga y descarga de mercadería. Gregorius recapacitó en ello mientras su amigo Decimo había parado un segundo y se encontraba orinando en el interior de un ánfora que había colocada de forma sutil en la propia puerta del establecimiento. Así era como el dueño de aquel negocio recogía la orina que luego mezclaría con agua y tierra de batán, para que los *fullones* —generalmente niños—, pisaran las telas impregnadas de aquel mejunje, y una vez listas tenderían y apalearán con palas de madera.

Cuando llegaron a la Curia Julia, el foro bullía de gente que deambulaba de un lugar a otro. El edificio se levantaba junto a la basílica Emilia y su

fachada disponía un pequeño pórtico soportado por ocho columnas de mármol blanco con evidente éntasis. Además, en la misma fachada se abrían tres vanos a modo de ventanas que junto a las laterales y la que se abría en la pared nordeste proferían al interior de una embriagadora luz que bañaba cada detalle de su interior.

El edificio parecía una gran mole de piedra y ladrillo cubierto por una techumbre exterior a dos aguas rematada con una reluciente y ordenada serie de tejas de color encarnado. Cuando se convocaba al Senado, era habitual que la escalinata de entrada, bajo el pórtico, se colapsara de niños jugueteando a ser senadores y muchos, que ya habían alcanzado la edad necesaria también vestían la toga *praetexta* con el borde púrpura y hacían graciosas imitaciones que otros aceptaban con estruendosas carcajadas, llenando de vida al foro mientras disfrutaban de una sombra fresca. Aquel día y en aquella hora el viento era lo suficientemente gélido como para disfrutar demasiado pero eso no era impedimento para los zagales que aprovechaban cualquier excusa para divertirse.

Gregorius y Decimo subieron cada peldaño ensimismados en sus pensamientos y sin apenas cruzar palabra se perdieron entre la oscuridad de la puerta que daba al interior, donde ya comenzaban a formarse pequeños grupos envueltos en ávidas conversaciones.

La sesión del Senado era un hervidero de aspavientos y nobles togados vociferando unos por encima de otros. El edificio de la Curia creaba un inmenso espacio interior. Sus más de veinticinco metros de largo y diecisiete de ancho se unía al hecho de la altura a la que se había dispuesto el artesonado de madera y el rumor de los diferentes grupos de hombres que se habían congregado sobrevolaba todo aquel espacio interior. A Gregorius siempre le había entusiasmado y aquel día no iba a ser menos. Todavía le era más agradable pisar aquella magnífica obra de *opus sectile* cuyas piezas engarzaban perfectamente formando una cuadrícula con motivos decorativos de indudable belleza. Entre algunos rectángulos él siempre había advertido una especie de cornucopias y flores de lis pero aquel día atisbó algo en lo que nunca había reparado. En los cuadrados mayores, un gran círculo ocupaba el centro y ese día, a Gregorius, lo que las esquinas dibujaban parecían ser unos corazones rematados con volutas, y desde cada uno crecía una hoja de tres

pétalos.

Anduvo junto a Decimo ensimismado en aquel baladí detalle cuando sintió una punzada en el costado derecho que lo hizo detener y casi doblegarse. Gregorius llevó su mano izquierda a aquel punto de su cuerpo y pudo comprobar que no era más que el codo de su amigo Decimo, que no había encontrado otra manera para reclamar su atención. Al tiempo, señalaba sobre un grupo, no muy numeroso, de togados que se reunían en la penumbra de la pared nordeste, donde un altar con una escultura de la Victoria sobre un orbe se erguía dominante de forma sobria. Entre aquel grupo de senadores pudieron descubrir la silueta encorvada y el pelo leonado blanco en la nuca que pertenecía al viejo Quinto Tulio. Éste se había mostrado esquivo y desde el día que fueron ambos a buscarlo a su villa de campo a casi tres millas de Roma en dirección a la vía Appia, no habían podido conversar con él acerca de los turbadores pensamientos que a ambos los acuciaban.

El viejo Quinto podía ser de gran ayuda a la hora de decidir en qué manos estaría el destino de Roma. Era cierto que cuando fueron a visitarlo a su villa aún se estaba forjando la idea de la derrota de Caro en tierras persas, pero ahora, aquello era una realidad y el problema de la sucesión y el nombramiento del nuevo emperador era un hecho palpable que a Gregorius le hubiera gustado dejar solucionado incluso antes de la sesión de Senado a la que habían sido llamados. Pero así estaban las cosas y él no ese tipo de persona que perdía demasiado tiempo en pensar en cómo habían acaecido los problemas, si las directrices del destino o la mano de la diosa Iustitia había equilibrado la balanza hacia uno u otro lado, más bien empleaba su tiempo hasta la extenuación en la búsqueda de las soluciones.

—Aún tenemos tiempo —rompió Decimo el silencio entre ambos—. Todavía queda una posibilidad.

Decimo empujó a Gregorius hasta el grupo de togados entre los que se encontraba Quinto. El viejo ratón sabio estaba situado en el centro de un grupo de senadores como si de aquellos nuevos predicadores que la nueva religión se tratase. Se le veía exultante y resuelto al pronunciar uno de los magníficos discursos de retórica de los que tan orgulloso se sentía y a su alrededor todo eran aspavientos de asentimiento y parabién. En situaciones como aquella era donde el viejo Quinto desplegaba toda su verborrea y retórica convincente, capaz al tiempo de persuadir a una serpiente a inyectarse su propio veneno como si del mismo remedio se tratase. Quinto

era un político excepcional y su carencia de escrúpulos lo convertían en alguien que uno quisiera tener como aliado en lugar de como enemigo.

—Saludos, senadores —Gregorius hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

Algunos hombres los saludaron tomando los antebrazos. El viejo Quinto se limitó a corresponder con un leve movimiento de cuello al tiempo que bajaba la mirada.

—Quinto, ¿podríamos hablar contigo? —preguntó sin más preámbulo el joven Decimo.

El viejo senador quedó por un momento abrumado. Quizá se había temido este tipo de conversación, llegó a preguntarse Gregorius. Durante bastante tiempo se había mostrado esquivo y reacio a cualquier encuentro con ellos. El rico Quinto Tulio había prosperado gracias a sus innumerables y truculentos negocios y era una sombra que se desvanecía como el viento y cuyo paradero nadie terminaba por conocer con exactitud.

—Está bien —respondió el viejo dándose cierto tiempo para reflexionar. Hizo un gesto de despedida para con los demás senadores con los que había estado departiendo y les puntualizó—: disculpad, será un momento señores. La sesión está a punto de comenzar.

Aquellas últimas palabras fueron la confirmación para Gregorius de que el viejo Quinto había estado intentando evitar aquello todo cuanto había podido. Con sus últimas palabras, de alguna manera, había presionado a Gregorius para que fuera lo que fuese lo que quisieran de él no debía ocupar mucho tiempo. Pronto aquellos senadores que habían ido a ocupar sus asientos correrían la voz del inminente comienzo de la sesión, así como con su actitud, imitarían otros y poco a poco obligarían a Gregorius y Decimo a concluir aquella incómoda conversación y dar inicio al concilio.

Había sido una astuta jugada por parte del viejo senador, pensó Gregorius.

—Queríamos saber si tú, querido Quinto, ves la situación como nosotros —divagó Decimo tratando de encontrar las palabras exactas.

—Las opciones se reducen y las noticias que hay de oriente complicarán la situación en Roma. —completó Gregorius.

El anciano los observaba con detenimiento y miraba a cada uno de ellos con determinación como si de repente se hubiera quedado sordo y debiera leer los labios de sus interlocutores. Sin más, pasó su lívida lengua por unos agrietados labios y tragó saliva lentamente. La nuez de su cuello largo y

delgado subió y bajó súbitamente de forma grotesca produciendo un desagradable sonido.

—El Senado sabrá tomar la decisión adecuada. Ya lo ha hecho otras veces en situaciones mucho más complejas —sentenció. Los ojos de Gregorius y Decimo se buscaron uno a otro con la esperanza de encontrar sus miradas y, con ellas, una posible interpretación a tan enigmática sentencia. Finalmente concluyó—: y ahora, por favor demos comienzo al debate. Los senadores se impacientan.

El maldito zorro había urdido una forma de escapar y le había salido tal y como esperaba. Ellos no habían podido persuadirlo para obtener la información acerca de qué pensaba sobre la sucesión del nuevo emperador. No tenían ni idea acerca de lo que pensaba sobre que el ejército en oriente, y en concreto la guardia pretoriana, hubiese aceptado al César Numeriano como sucesor de su padre Caro.

El viejo había sido capaz de escurrirse entre sus manos y ni Gregorius ni Decimo conocían acerca de su posición sobre un enfrentamiento entre Carino y Numeriano por el poder, y aquello involucraba directamente a la ciudad Roma y por ende a todos sus negocios, a su villa a las afueras de la ciudad y a la vida despreocupada y jovial que el viejo cabrón disfrutaba. Traía algo entre manos, no cabía duda, pensó Gregorius resentido consigo mismo por no haber podido obtener ni un atisbo de información. Y tanto Gregorius como Decimo sabían que lo que el viejo pensara sería de suma importancia para el futuro de Roma pues se haría rodear de un buen número de adeptos afines a sus pensamientos.

Por momentos el más absoluto temor se había apoderado de Gregorius. Tan solo por un momento pensó que quizá todo estaba decidido y que si el viejo Quinto junto con su séquito habían apostado por Carino como emperador, todo estuviese ya perdido de ante mano, incluso antes de comenzar la sesión. Todo sería una pantomima. Sintió el gélido frío del miedo recorrer y erizar su nuca y a punto estuvo de desplomarse en el suelo al sentir flaquear sus fuerzas.

El ruido rítmico del golpeteo de sandalias en el suelo lo trajo de vuelta del turbado y nublado estado en que se encontraba. Los senadores se encontraban en su mayoría ubicados en sus respectivos asientos y reclamaban el comienzo de la sesión.

El debate que habría de terminar con el futuro inminente de Roma y del

Imperio estaba a punto de comenzar. De pronto, Gregorius recordó que aún quedaba otra cuestión. Quedaba que todo cuanto allí se aprobase o rechazase fuera asumido por el ejército, y esa era otra dudosa cuestión. Se avecina derramamiento de sangre, pensó Gregorius mientras se dirigía a la cátedra de madera y cuero que presidía la sesión del Senado.

Tomó asiento, bajo la atenta mirada de la estatua de la Victoria, levantó la mano derecha y pronunció las palabras que daban comienzo al cónclave más difícil al que había asistido nunca; además bien podía ser el último.

Cuando habían alcanzado la décima hora, Gregorius pudo notar el cansancio acumulado y le costaba pensar con soltura. Los pensamientos se apabullaban sobre sus sienes y el ambiente cargado comenzaba a penetrarle en la nariz embriagando sus sentidos del olor a humanidad que cerca de trescientos senadores habían desprendido durante las acaloradas discusiones a lo largo de la jornada.

En aquel momento, eran muchos los senadores que habían abandonado sus asientos y descendido desde las dos peanas laterales y habían ocupado el centro donde se enzarzaban en enfrentamientos a voz en cuello. Por un momento, Gregorius pensó que aquella sesión de Senado acabaría con una multitud de togados dándose empujones unos a otros; por otra parte no habría sido una novedad en absoluto. Todavía podían recordar alguna que otra sesión donde los caldeados ánimos entre los que defendían una cuestión y los que la refutaban, habían sido el germen que terminara con los huesos de algún togado sobre el bello mosaico del pavimento.

Las opiniones encontradas entre los partidarios de dar el poder del Imperio a Carino y los que preferían hacerlo a Numeriano se hacían mucho más patentes en el centro de la curia, con aspavientos y gesticulaciones tan agresivas como el que apoyaba o negaba tal cuestión podía emplear, infundiendo aún más carisma a sus palabras.

Se habían formado varios grupos y el caos se había apoderado de la sesión.

El turno de palabra se había perdido por completo y no era respetado por ninguno de los senadores y Gregorius observaba claramente cómo pese a que se habían conformado numerosos grupos menores, en realidad solo se estaba discutiendo sobre dos corrientes de pensamiento. Claro que todavía quedaba una opción, precisamente la que había urdido esa misma mañana en la casa de su amigo Decimo. ¿Acaso era plausible? ¿Podría funcionar aquella idea de

que ambos césares fueran nombrados emperadores al mismo tiempo? Gregorius tenía asumido que los que apostaban por Carino iban a ser mayoría, precisamente debido al temor que infundía que éste no fuera elegido emperador. Su temperamento podía acabar con Roma en llamas, debido a su privilegio de hijo primogénito del fallecido Caro. «Si esa posibilidad es imposible de eliminar y Carino va a ser emperador, nuestra única esperanza es que Numeriano también lo sea —se dijo—. Dos emperadores en Roma son demasiados por lo que Numeriano se quedará en oriente y será allí donde debemos huir para escapar de Carino», pensó. A Gregorius no le quedaba ninguna duda. La única esperanza pasaba por una asumida huida de Roma. Tristemente un emperador como Carino abandonaría la Galia para establecerse en Roma y haría de la ciudad un lugar inhóspito y aprovechará cualquier resquicio legal para hacer de las suyas.

De repente, a Gregorius le sobrevino la idea de cómo hacer que aquello que había ideado fuera posible.

Algunos a voz en grito vociferaban cerca de Gregorius, lo que hizo que abandonase aquel cálculo por un instante.

—Todos conocemos a Numeriano y sabemos que no está capacitado. Las legiones en oriente comienzan a murmurar acerca de su valía —acusaban algunos.

—Carino es por derecho heredero del Imperio y sus victorias contra los cuados así lo demuestran —exoneraban otros.

—Las noticias que me llegan de Numeriano son desoladoras —dijo alguien de entre el tumulto de un tercer grupo—. Se dice que ha abandonado la ciudad persa de Seleucia incluso habiendo derrotado al enemigo. ¡Imaginad la riqueza que podría haber supuesto para el tesoro de Roma! —aquella manera de acompasar y alargar las palabras formaba parte de la retórica de Quinto Tulio.

Gregorius atisbó que el viejo se había hecho rodear de un gran séquito que asentía complaciente cada una de las palabras que pronunciaba. El viejo senador, en el centro del grupo se erguía como si la corcova no fuese impedimento alguno y así la voz elevada al techo de la curia adquiriese el tono de solemnidad que buscaba y que, ciertamente, lograba en aquellos que aún albergasen un resquicio de pensamiento indeciso.

—¿Riqueza? ¿Para qué quiere una Roma gobernada por un tirano tanta riqueza? Habláis de llenar las arcas de Roma con tesoros para que un

depravado y libidinoso, que ni siquiera su padre amaba, las expolie y aniquile. Os diré que pasará... todo el pueblo de Roma acabará arruinado si permitimos que Carino se haga con el trono. Él dará buena cuenta de las riquezas de las que hablas, Quinto, y no tú ni tu familia —replicó Decimo Antonino.

Unos pocos vítores fueron apagados por un murmullo general de desaprobación. Gregorius se dio cuenta en ese momento de que aquellos partidarios de Carino eran mayoría por cómo se habían recibido en general las palabras de su amigo Decimo. Estaban ante un problema, pensó. Si acaso la diferencia no fuera tanta habría una posibilidad pero no sería fácil, se dijo.

—Decimo, del clan de los Antoninos, tiene razón. No podemos permitir que Carino sea el emperador. Por lo que sabemos, ni siquiera su padre, Caro, quería tal cosa —reafirmó uno de los que parecían indefinidos desde el principio.

Algunos vítores se alzaron junto a las palabras del último senador. Gregorius atisbó una posibilidad. Quizá aquel plan que se antojaba imposible solo unas horas antes podía ser finalmente un hecho factible.

Al comienzo de la sesión, Gregorius, había contado a doscientos setenta y tres senadores. Ese número le hizo aparecer cierto desazón. Cuánto había cambiado Roma desde que en aquel edificio se reunían más de trescientos senadores, en algún momento, incluso se había dicho que seiscientos. Desde que el ejército se había dedicado a nombrar emperadores a su gusto, la importancia del Senado había disminuido hasta el punto de que algunas veces solo servía de ratificación a lo que el ejército ya había decidido previamente. Un acta senatorial podía ser eliminada o tomada en agua de borrajas si al ejército no le parecía tomarla en serio en absoluto.

Aún así, Gregorius se negaba a sí mismo que aquello estuviese pasando. Albergaba la esperanza de que allí todavía se tomaban decisiones de peso y la que se estaba dilucidando en esos momentos, tras largas horas de discusiones, era de vital importancia para Roma. Así lo creía Gregorius y por ello se levantó desde su cátedra central bajo la estatua de la Victoria y se dispuso a tomar la palabra.

—Debemos actuar rápido —dijo alzando en demasía la voz para acallar el murmullo—. Sabemos que el ejército de oriente y, en concreto, la guardia pretoriana de Caro ya rinde lealtad, pese a los rumores, a Numeriano como único emperador —razonó mientras una vez le hubieron concedido toda la

atención y volvía a su asiento recogiendo la toga a un lado. Luego prosiguió—: ¡Votemos pues! ¡Por Carino o Numeriano, césares de Roma e hijos de Marco Aurelio Caro, como emperadores!

Cuando todos hubieron alzado el brazo en la opción elegida, Decimo no pudo contener la desilusión en su rostro. Aquellos que se habían mostrado partidarios de Carino como único emperador se habían sumado por ciento treinta y siete senadores. La opción de Numeriano había perdido por tan solo un voto. La cara de felicidad de Quinto contrastaba con la de Decimo, y el viejo era agasajado entre los más jóvenes como si él mismo hubiese obtenido beneficio propio en aquello o como si fuese el artífice de tal victoria.

—Hoy se ha tomado una decisión justa en esta sala —se dispuso a recitar el discurso de victoria Quinto.

—En esta sala hay doscientos setenta y tres senadores —lo atajó Gregorius desde su cátedra—, además del que preside la sesión y que todavía no ha resuelto su voto. Doscientos setenta y cuatro senadores en total, querido Quinto.

El viejo senador comenzó a tornar lívido y se mostraba nervioso. ¿Cómo era posible? ¿Acaso había subestimado al taimado de Gregorius y éste había sido capaz de urdir un plan que fuera contraproducente para sus intereses?

—Y mi voto es para Numeriano.

Gregorius había llevado a cabo su plan. En un rápido y hábil cálculo mental hubo resuelto la forma en que los partidarios de Carino y los de Numeriano acabaran con el mismo número de votos. Estaba decidido a acabar con aquella sesión ese mismo día. Sabía que el viejo comenzaba a elucubrar un plan y lo podía notar al vislumbrar en sus pequeños ojos de ratón que se movían rápidamente en busca del camino interior que culminase con algún ardid para posponer aquella sesión, poder sobornar a alguno de los partidarios de Numeriano, quizá algún joven con deshonestas proposiciones o con concesiones de tierras.

—Se ha votado y se ha resuelto —concluyó Gregorius—. Carino y Numeriano compartirán el Imperio y ambos son reconocidos como los emperadores de Roma. El Senado ha hablado.

Quinto parecía derrumbarse y aquellos que se agolpaban a su alrededor mientras se hubieron creído vencedores, se comenzaba a alejar dejando un espacio entre él y cualquier cosa a la que sujetarse. El viejo parecía confundido y aturdido y era incapaz de concebir tal artimaña por parte de

Gregorius. Aún así, Carino había sido nombrado emperador y era una certeza que abandonaría toda campaña militar para afincarse en el Palatino. «Ya me las pagaré ese maldito Gregorius más adelante», se dijo Quinto.

CORDUBA

La última hora de la tarde ya había cubierto Corduba de un color aloque. Aquel tono anaranjado en el cielo era algo que la pequeña Livia jamás había visto.

Aquella tarde Livia sentía que Eumelia había preparado más comida que nunca. «Justo ahora, cuando más prisa tengo», pensó. Lo cierto es que sobre la destartalada mesa de la cocina la meticulosa esclava griega había preparado un banquete que a la pequeña Livia se antojó desproporcionado.

Esa tarde tenía prisa y lo que menos necesitaba la niña era una mesa tan repleta de viandas como aquella, pues sabía que la achacosa ama no dejaría que se fuera de allí hasta que no hubiera dado cuenta de todo aquello. Eso le produjo a Livia cierta ansiedad que expresó de forma automática por medio de un bufido. Aquel gesto involuntario hizo que Eumelia le dirigiese una mirada de desaprobación por lo que la pequeña comprendió que de nada serviría discutir. Decidió reprimir cualquier tipo de protesta y colaborar en todo lo que pudiese. Se apresuró a terminar la cena tan rápido como pudo, bocado tras bocado y sin pronunciar una sola palabra dio cuenta de un buen trozo de carne de cordero aderezado con una salsa a base de especias y vinagre. Gracias a Dios, la ama no había puesto *garum* sobre la pierna de cordero. Livia odiaba aquella salsa que alguna vez había visto preparar a Eumelia a base de vísceras de pescado. Tan solo el olor le repugnaba. No comprendía por qué los adultos lo utilizaban prácticamente sobre cualquier cosa, se preguntó.

Eumelia la observaba en silencio.

Tan solo con pararse a mirar cómo se comportaba unos segundos sabía que aquella inteligente niña tramaba algo. Sabía, por la forma nerviosa de mover sus pies mientras estaba sentada, que la niña ansiaba intervenir en alguna tarea. Conocía cuando a la pequeña le preocupaba o turbaba cualquier cosa por el movimiento de sus manos que unía y entrelazaba sus nerviosos dedos. Sabía leer a través de sus ojos cuando la pequeña Livia era feliz.

¡Cuánto le recordaba a la hija que hubo de dejar en Grecia! Aquella inquieta jovencita se había convertido en todo cuanto la vieja Eumelia amaba en el mundo; en realidad desde hacía nueve años se había convertido en todo su mundo.

Tras el ágape, Eumelia la obligó a tomar una especie de papilla hecha a base de cereales. Livia la detestaba, pero aquel día no tenía tiempo de entrar en disputas con el ama. Aquella tarde quería terminar pronto para encontrarse con su padre antes de irse a la cama y hablar acerca de las dudas que le asaltaban acerca de su nueva amiga Flavia; aquella enigmática niña con la que había entablado amistad en el foro de Corduba. No quedaba otra opción. Debía hacer de tripas corazón y tomarse aquel mejunje entre arcadas y lágrimas.

Dejó a Eumelia con la palabra en la boca y el cuenco de papilla todavía danzando sobre la mesa de madera una vez hubo acabado. La niña ya había tomado la puerta de la cocina dirección al *tablinum*, donde su padre estaría ultimando los últimos despachos del día, mientras Eumelia se apresuraba a recoger la escudilla vacía que había dejado la niña.

Cuando Livia llegó al atrio observó que los candelabros de pie que ocupaban las esquinas ya estaban encendidos y la tea crepitaba mientras la luz titilaba sobre las paredes. No había nadie. Seguramente los adultos ya se preparaban para tomar la cena en el *triclinum*, junto al patio, aunque en aquella tarde de octubre haría fresco, incluso frío, se atrevió a pensar. Miró al techo por el hueco del *impluvium* y atisbó que ya había caído la noche y podía ver las estrellas a través de aquel pequeño cuadrado por donde caía el agua en días lluviosos llenando la fuente y el estanque que había en el centro de la sala. Esperaba haber llegado a tiempo para poder hablar a su padre de esos pensamientos que la turbaban. Se abalanzó sobre la puerta de madera del despacho y, todavía jadeante, posó su oído sobre la madera. Estaba algo fría pero la ansiedad por encontrar una respuesta, un sonido proveniente del interior o algo que denotara que su padre aún se encontraba allí, era suficiente para permanecer con la oreja pegada junto a la gélida puerta. Finalmente, escuchó algo. «¡Está dentro!», se dijo. De forma precipitada y excitada propinó enérgicos golpes sobre la madera y empujó la misma hasta que ésta dejó el resquicio suficiente como para que la niña de nueve años se deslizara al interior de la estancia.

La habitación era cálida en aquella hora. El color siena predominaba por

todos los rincones. Tanto las paredes iluminadas por un candil de pie junto con una lucerna sobre la mesa, los muebles de madera de tejo y los innumerables rollos de pergamino adquirirían ese tono cuando eran bañados por la luz de aquella manera. La puerta de la estancia quedaba al oeste por lo que la pared que Livia tenía a su derecha era la que daba al sur. Allí pudo encontrar un par de sillas de madera y cuero. Seguramente para aquellos que su padre recibía debido a sus negocios, pensó.

Al frente, en la pared que daba justo al patio, había una gran mesa de madera de roble con las patas labradas como las zarpas de un león. En los laterales, lo que realmente soportaba la base horizontal de la mesa constituía dos cabezas talladas del mismo animal. Aquella mesa siempre había impresionado a la pequeña. Las bestias no solo tenían un tamaño considerable sino que su aspecto, con las fauces abiertas y los ojos clavados en el visitante que entraba siempre habían causado cierta aflicción en el ánimo de la niña. No llegaba a comprender por qué su padre necesitaba causar aquella sensación en quienes venían a despachar sus negocios o a pedir consejo. Aquellos animales, incluso, habían sido la causa de alguna que otra pesadilla cuando ella misma podía sentir cómo se clavaban aquellos afilados colmillos en su blanca y blanda carne.

Entonces, llegaba Eumelia y la consolaba.

Sobre la mesa pudo atisbar rollos de pergamino y papel estirado sobre el mármol. También encontró un cuenco con algo que debía ser tinta y una plumilla. Reconoció de inmediato una tablilla de cera —mucho mejor que la que ella utilizaba—, con varias secciones unidas por una cuerda, que su padre sin lugar a dudas utilizaba para llevar las cuentas del negocio. El orden no había sido una de las mejores características de su padre. A sus ojos era comprensivo, bueno, cariñoso y justo; pero nunca ordenado. Y así lo demostraba el estado del montón de notas y documentos que se repartían sobre la mesa, incluso, pudo llegar a atisbar algunos documentos doblados al pie de la misma. Finalmente, en la pared norte encontró lo que buscaba.

Allí estaba su padre.

Publio Mesala se encontraba enrollando unos despachos que debía guardar con el resto en una especie de arca que había en un mueble viejo de madera de roble y que hacía las veces de archivo. Allí almacenaba todos aquellos documentos que le eran necesarios para su ejercicio como abogado y legislador.

—Padre, ¿has acabado? —inquirió la pequeña sin apenas resuello.

—¿Qué haces aquí, Livia? Te hacía ya en la cama —repuso Publio sin levantar la mirada de los documentos—. Las últimas horas del día acaban. Es tarde.

—Lo sé. Subiré a mi alcoba ahora mismo, pero... —la pequeña intentaba calibrar cada una de sus palabras pues no sabía cómo enfocar el tema para captar la atención de su padre. Continuó—: Antes quiero preguntarte algo.

—¿Preguntarme algo? —Publio mostró cierta sorpresa acompañada de una leve mueca que simulaba una sonrisa mientras continuaba absorto en su tarea.

—Es sobre la niña que he conocido en el foro. Parece muy buena y me gustaría tener tu aprobación para poder verla más veces.

Su padre buscaba el lugar exacto donde depositar aquel legajo de pergamino enrollado mientras asentía. Livia detestaba que su padre hiciera aquello. Dar muestras de que estaba escuchándola cuando en realidad andaba absorto en sus quehaceres. Como si ella no fuese nunca una tarea a la que dedicar ni un mísero segundo. En realidad, era bueno y comprensivo, se decía continuamente. Pero su trabajo como legislador y la carrera política que intentaba construir le consumían mucho tiempo. Quizá demasiado, pensó Livia en no pocas ocasiones. Un tiempo que a ella se le antojaba irrecuperable. ¡Cuántas cosas le hubiera gustado poder contarle! Pero por unas cosas u otras no pudo hacerlo. Y cuando lo hubo hecho, él asentía de nuevo absorto en otros quehaceres.

En realidad, pese a que aquello le llegaba a disgustar, en otras muchas ocasiones había sacado provecho de aquella circunstancia, en especial cuando sabía que su padre no consentiría lo que le estaba suplicando. En esas ocasiones, buscaba las palabras justas y el momento adecuado para que, mientras trabajaba con la mente dispersa en otras tareas, asintiese en beneficio de ella sin saberlo. En aquellas ocasiones, durante unos pocos segundos, Livia sentía que se aprovechaba de su padre, pero cuando recapacitaba en ello, aducía que era el pequeño precio que debía pagar aquél por la falta de atención.

—Claro. No creo que haya problema, Livia.

La pequeña se sentía entusiasmada. Ahora, de pronto, había cesado toda la zozobra que la sobrecogía. Su padre había dado su aprobación y aquello era realmente importante para que nada se interpusiese en la idea de conocer en

profundidad a aquella niña que llevaba Flavia por nombre. Si Publio se hubiese negado no habría nada que hacer. La palabra del *pater familias* era la última voluntad a cumplir sin la menor oportunidad de réplica. Ahora, sin embargo, sabría más de la vida de Flavia, de su familia y de por qué no necesitaba ir a la escuela como ella hacía. ¿Acaso ir a la escuela no servía de nada? ¿Sabría leer y escribir como lo hacía ella? En este momento, a Livia, le asaltaban muchas preguntas pero gracias al beneplácito de su padre daría respuesta a cada una de ellas a su debido tiempo. La felicidad y tranquilidad del consentimiento de su padre le hizo sentirse segura y serena. Quizá por ello, en lugar de salir del despacho de Publio, se acercó hasta la mesa repleta de documentos. Su padre seguía ordenando rollos de pergamino en el coqueto mueble de madera. De un rápido vistazo pudo atisbar notas corrientes hechas a mano de forma precipitada. La pequeña no pudo deducir qué decían. Su ímpetu la llevó a remover con sus pequeñas manos algunos de los papeles hasta que sus ojos se posaron sobre un documento bien estructurado y con buena caligrafía. La primera letra era mucho mayor que las demás y la palabra *CODEX* resaltaba sobre el resto del documento. Giró un poco la cabeza para acomodarla a los párrafos que el pequeño texto ofrecía y lentamente comenzó a descifrar despacio para satisfacer su curiosidad. *CANON XXXIII*, comenzó a leer: *Placuit in totum prohibere episcopis, presbyteris et diaconibus ac subdiaconibus positus in ministerio abstinere se a coniugibus suis et non generare filios. Quod quicumque fecerit, ab honore clericatus exterminetur.*

Livia no entendió bien qué era lo que el texto quería decir. Aunque ella podía leer despacio un buen número de palabras, era cierto que si el texto era relativamente extenso su comprensión no llegaba más allá de las primeras líneas. Decidió no echar a perder el buen ánimo que el consentimiento de su padre le había producido y se decidió a proseguir.

Continuó con su discurso sin saber muy bien por qué.

—Su padre es médico y la está instruyendo para que ella aprenda su oficio, ¿sabes? —la pequeña Livia se veía empujada a hablar debido al ímpetu optimista que la sumía. Deseaba contar todo cuanto había descubierto aquella mañana en el foro *adiectum* de Corduba acerca de su nueva amiga. Quizá demasiado—. Lo que no entiendo es por qué sus dioses necesitan de médicos.

Cualquier resquicio de concentración en su padre quedó disipado. Publio

apretó con fuerza los rollos que aún permanecían en su mano y giró de súbito clavando su mirada inquisitoria sobre su pequeña hija, que se encontraba aún revolviendo los papeles de la mesa de mármol dando la espalda.

—¿Sus dioses? —balbució Publio alargando las sílabas.

—Flavia dice que su familia profesa culto tradicional romano, aunque no sé muy bien qué significa —apostilló de forma inocente—. ¿Por qué ellos tienen tantos dioses y nosotros solo uno?

Las palabras de Livia enmudecieron y palidecieron a su padre, que practicante del culto cristiano, veía ahora aquella amistad de su hija con ojos bien distintos. Ahora sentía, que aquella niña que su hija intentaba conocer en profundidad podía convertirse en el mayor de los peligros y el más incómodo de los inconvenientes.

El cristianismo había crecido fuertemente en Corduba y no eran pocos los que ostentaban cargos públicos de importancia y profesaban esta fe. De hecho, se estaba convirtiendo en condición indispensable para que así fuera. Si Publio quería prosperar en las próximas elecciones a edil, ¿qué pasaría si llegase a oídos del pueblo que su hija se prestaba a entablar amistad con una niña cuya familia practicaba el culto tradicional romano? ¿Acaso podrían acusarlo en la comunidad cristiana y ser visto como un traidor a la causa? ¿Qué pensaría el obispo Osio?

—No puedes volver a verla —sentenció.

Livia no podía dar crédito a lo que acababa de oír. Hacía un momento se sentía plena y entusiasmada. Se había hecho innumerables preguntas a las que ansiaba dar respuesta. Su inquietud por conocer a aquella enigmática niña superaba sus fuerzas, incluso restaba su apetito e interrumpía sus plácidos sueños. Y ahora, de pronto, algo había hecho cambiar de actitud a su padre. Éste había dejado sus quehaceres para pronunciar aquellas duras palabras. La estaba mirando fijamente y había sentenciado su ultimátum de manera que a la pequeña no le quedaba la menor duda acerca de cómo acabaría aquella discusión.

Su padre le había dedicado, en exclusiva, esos segundos que ella había ansiado otras tantas veces. Y lo había hecho para decir que no podía continuar viendo a Flavia.

Sabía que aquella decisión era irrevocable, pero aún así se dio la oportunidad de intentarlo. Quizá pudiera llegar al fondo del buen corazón que sabía que su padre albergaba.

—¿Por qué, padre? Pero... pero yo quiero...

—No la volverás a ver.

Lo había dicho una segunda vez con la mirada mucho más severa y frunciendo el ceño. Ahora no había duda de que aquella decisión era imposible de cambiar. Además, Publio había vuelto a la tarea y se precipitaba a guardar y ordenar los últimos despachos en el armario repleto de documentos. Había pronunciado su sentencia y vuelto a su trabajo. Como si la decepción que había sumido a la niña no fuese de la menor importancia. La pequeña Livia se sentía hundida y se lanzó hacia la puerta, cruzando el *atrium* y subiendo el estrecho y oscuro pasillo camino de su alcoba entre sollozos.

El portero dejó pasar a la pequeña comitiva. Su amo, Publio, los esperaba pues había organizado aquella cena en el *triclinum*, con vistas al patio con peristilo porticado y donde se erguía someramente el pequeño altar en su interior.

El joven obispo llegó acompañado de un grupo de no más de quince fieles. Al encaminar sus pasos al interior del *atrium*, pudo atisbar a la pequeña Livia tomar las umbrías escaleras que conducían a la planta superior de la casa. Pareció advertir las lágrimas que caían de su pecoso y juvenil rostro. Su indomable pelo rubio se movía nervioso mientras se precipitaba escaleras arriba de forma presurosa. Pese a su juventud, el obispo Osio, conocía bien a aquella niña.

Publio era un hombre respetado y ya era conocido por el obispo cuando éste contaba con apenas dieciséis años. Por entonces, el joven legislador había sido bendecido con el nacimiento de un hijo. Un pequeño vástago de sonrosada piel, con un atisbo de melena dorada, la carita perlada de pecas y unos ojos inquisitorios y vivos. Publio hubiera deseado un varón pero su alma bondadosa y su generosidad cariñosa se satisfizo igual con aquel rorro hembra.

Era Livia.

El obispo Osio todavía podía vislumbrar aquellos vivaces ojos que jamás satisfacían la curiosidad de la pequeña Livia. Era un alma indómita y los ademanes con los que había abandonado el despacho de su padre y cruzado el atrio en dirección a la escalera que conducía al piso superior presagiaban

algún tipo de disgusto. Osio entendía bien el ímpetu de saber de aquella niña, no en vano él mismo había sido un adolescente similar. Aquellas preguntas en su fuero interno fueron las que lo motivaron a estudiar teología y su fe se vio reconfortada con la nueva religión cuando escuchaba las historias del nazareno y cuando sentía en sus propias carnes el sufrimiento de Jesucristo en la cruz. A veces, se preguntaba si era aquella necesidad de conocer más respuestas, de hacerse preguntas ante lo que era impuesto por las costumbres romanas, lo que le había impulsado a adoptar la vida clerical.

Publio recibió al obispo y a su séquito de fieles en el patio interior. Por momentos le pareció aún más joven pues el obispo Osio no contaba aún con la treintena. De piel atezada, alto y desgarrado era un hombre delgado con unos inmensos dedos largos y finos. El pelo rizado de un castaño oscuro como la barba que había empezado a apuntar tardíamente, lo que había hecho que el prelado abandonase aquel rostro afilado barbilampiño. Sus ojos oscuros, que no pocos habían adivinado negros, eran en realidad de un color pardo apagado. El anguloso rostro de nariz fina y recta afilaba sus rasgos y profería cierto clima de sabiduría en su mirada. El obispo tenía el rostro de alguien con quien uno no se atrevía a discutir ciertos temas por más tiempo del necesario, como si siempre tuviese una respuesta exacta para cualquier cosa, dejando a su oponente en minoría lógica.

Publio lo admiraba, no en vano, era la máxima autoridad cristiana en Corduba y la comunidad había crecido, sin lugar a dudas, gracias a su buen hacer. Los sermones y citas que salmodiaba en cada reunión habían atraído cada vez a más fieles.

Además, en Corduba, se estaba convirtiendo en condición *sine qua non* ser un devoto cristiano para acceder a ciertos cargos públicos de poder, tanto religioso, como era obvio, como administrativo. Muchos habían adoptado la nueva fe con tal de adquirir ciertos privilegios a la hora de contar con ciertos beneficios políticos. Publio lo sabía y además también conocía la influencia del obispo Osio fuera de los límites de la Baetica y de Hispania ya que el obispo era bien conocido en Roma y entre sus amistades, incluso, se encontraba Atanasio, obispo de Alejandría. Tanto era así, que se decía que el enfrentamiento que éste había tenido con Arrio, había llevado al de Alejandría a enviar no pocas misivas pidiendo ayuda a Osio en su defensa y, en consecuencia, en detrimento de la herejía arriana que amenazaba la fe debido a la negación de la divinidad del hijo de Dios. Que ante aquella

enorme herejía y disputa pidiesen consejo al obispo de Corduba, significaba para Publio que aquel desgarrado muchacho estaba llamado a ser uno de los grandes de la nueva religión y que si el cristianismo habría de seguir su expansión, ésta no sería posible sin la figura del obispo.

Lo saludó con varios besos en las mejillas al tiempo que tomaba sus antebrazos. La túnica celeste combinaba con la toga de lana gruesa granate con una amplia franja blanca flanqueada por dos pequeños bordes negros. Publio hizo pasar a la comitiva hasta la habitación donde tomarían la cena mientras acompañó al obispo hasta su despacho donde quedaron solos.

—Este es el canon treinta y tres.

Publio alargó el pergamino enrollado hasta Osio que rápidamente comenzó a desdoblar y escudriñar con claro gesto de satisfacción. Comenzó a deslizar rápidamente sus ojos por las palabras escritas y su rostro dibujó una mueca de sonrisa. Finalmente, se abalanzó sobre Publio para estrecharlo entre sus delgados brazos. Pese a lo enjuto de su figura, Publio pudo sentir una verdadera fuerza en el gesto.

—Querido Pablo —pues el obispo gustaba de llamar a Publio en privado no por su nombre romano sino por una versión que él mismo había adoptado de uno de los apóstoles de Jesús. Publio sería su apóstol y el obispo lo estimaba a él y a su familia—. ¿Sabes lo importante que será esto para nuestra comunidad? —volvió a posar sus ojos rebosantes de felicidad sobre el párrafo—. Veo que lo has puesto todo como acordamos.

—Sí —atajó Publio—. El *CANON XXXIII* dispone la regla de la continencia y el celibato como hablamos.

—Bien. Guarda bien estos documentos y continúa con los siguientes cánones. Tu trabajo será recompensado con la gracia de Dios, querido amigo —dejó el rollo de pergamino sobre la mesa y tomó el brazo de Publio, al que invitó a salir en dirección del *triclinum*.

La reunión continuó como estaba prevista, con el obispo Osio sermoneando acerca de pasajes de la vida de Jesús y la comunidad absorta en cada una de las palabras que salmodiaba el prelado. Publio, como el resto, se encontraba extasiado escuchando aquellas historias hasta que por unos momentos pudo recapacitar sobre algo que le asaltó el pensamiento. Por unos momentos sintió cierta pena por la disputa que había tenido con su hija y ahora le embargaba cierta culpa de que Livia estuviese en su alcoba y no pudiera disfrutar de aquellas reuniones con sus hermanos de fe. Pero ¿qué

otra cosa podía hacer? ¡Le había pedido entablar amistad con una niña que profesaba el culto romano tradicional! Si hubiese algún mal entendido ella misma podría ser acusada de pagana. ¡Paganismo! Sería el fin de su carrera política, pensó. Seguramente pasaría en poco tiempo y la niña olvidaría la afrenta.

Era lo mejor.

Pero aún así, no pudo evitar cargar con cierta culpa en su fuero interno y aquello lo distrajo por momentos de ciertos pasajes que el obispo Osio había completado. Cuando encontró la mirada de éste clavada sobre sus ojos, Publio solo pudo dibujar una leve sonrisa forzada que ni él mismo evitó disimular.

ROMA

Todavía hacía fresco cuando despuntaba el alba y eran más los días grises y oscuros que los que el sol iluminaba el cielo de Roma.

Aunque no era el caso de aquel día.

La ciudad había recibido los primeros rayos de luz de la alborada. Los gallos daban comienzo a un nuevo día con su canto y días como aquel donde el sol comenzaba a calentar la ciudad eran mucho más vívidos y contundentes. La ciudad despertaba de su letargo, aunque Roma nunca terminaba de caer en el sopor pues incluso en la noche podían atisbarse gentes deambulando de aquí para allá. La luz cálida y ocre comenzó a iluminar las paredes anaranjadas de la estancia. El calor hacía que dentro de aquellos muros uno se sintiera reconfortado y así lo hacía Magna Urbica.

Además, esa mañana era perfecta para confirmar cómo se sentía. No hacía muchos días su esposo, el César Carino, había sido nombrado emperador junto con su hermano. La segunda parte no preocupaba a Magna Urbica. Que Numeriano ostentara también el cargo de emperador no suponía un problema en tanto permaneciera en tierra lejana en oriente. Lo que le hacía ruborizar era que en consecuencia, ella era ahora la emperatriz. El ahora emperador Carino había puesto rumbo hacia Roma, como todo el mundo había vaticinado, y en unas semanas estaría junto a ella. Por el momento, ella era la máxima autoridad en la ciudad de Roma y aquello le provocaba una excitación como pocas veces había sentido. Sentía cierto vértigo ante la

nueva perspectiva y, aunque su forma de vida en palacio como esposa del César ya era en cierto modo privilegiada, se preguntaba cómo debía actuar ahora que era la emperatriz del Imperio. Debería revisar todos sus vestidos, sus sedas y ajuares, pensó. Ahora todo aquello, pese al lujo que ya ostentaba de por sí, se le antojaba vulgar.

Aquella mañana se había levantado dichosa. Como si su nuevo lugar en el mundo, más poderoso, hubiera transformado su propio cuerpo. Su cabeza ya era capaz de pensar como emperatriz y tan pronto como su esposo llegase a Roma gozaría de una vida completamente nueva de su brazo. La cálida habitación comenzaba a iluminarse bañando las anaranjadas paredes con bellos frisos geométricos circundando toda la estancia a media altura, dividiéndolas en dos mitades. La inferior, con motivos vegetales pintados al fresco sobre pinturas arquitectónicas que simulaban metopas y pequeñas columnas estriadas. Magna Urbica pensó en aquel día como en un gratificante augurio de su futuro.

La emperatriz yacía de costado sobre su pierna izquierda sobre una piel de loba. El pelaje pardo con manchas blancas le proporcionaba una leve calidez que la apartaba del gélido frío de mármol. Se sentía reconfortada y la luz incidía en su cuerpo recostado sobre la suave piel del animal. Se había embutido en una túnica turquesa muy delicada tras la que podía atisbarse su esbelta y proporcionada silueta. Abrochada en la parte superior derecha del pecho por una fíbula de oro de forma redonda donde dos cabezas de serpiente se unían al otro extremo; la aguja atravesaba el vestido y unía las dos partes para que éste quedase abrochado al hombro. En la sinuosa y delicada cintura ataba un fino cordel trenzado de hilo de plata anudado a un costado con una hermosa lazada. Las piernas quedaban al aire desde rodilla abajo y pese al calor que los débiles rayos de sol le producían al incidir sobre ella, podía sentir un leve ambiente gélido que mostraba a través de la piel de las piernas y por lo marcado de sus senos.

No le importaba.

Aquella mañana había decidido comportarse como se esperaba de ella. El frío no sería un problema si debía convivir con él mientras toda su presencia revelase su recién adquirida posición. Ahora era la emperatriz y había decidido comportarse como tal. Aquel día, había ordenado a su nueva esclava africana que la acicalara y ella se había dejado poner plácidamente aquellas oscuras manos encima. Magna Urbica recordaba con cierto recelo cuando el

viejo Quinto quiso agasajarla con un nuevo regalo. Desde que había acudido al mercado de esclavos para adquirir lo que el viejo Quinto le tenía preparado no había podido eliminar de sus pensamientos aquel cuerpo desnudo, bruno y, en apariencia, suave. Aquellos pensamientos la atribulaban. Creía que aquella piel oscura debía ser suave como la seda pero, en realidad, no lo reflejaban sus manos. Mientras había dejado que la esclava la acicalara, pintara con tintes los ojos y pusiera los polvos de maquillaje en su rostro había notado la aspereza de unas manos muy poco delicadas. Cuando la vio desnuda por primera vez en el puesto del zoquete y gordo Zosimo había querido comprobar de primera mano si aquella piel era tal y como ella lo había imaginado. Pero no había encontrado el momento oportuno y simplemente no se había atrevido a hacerlo.

Mientras se dejaba recoger el pelo en dos grandes trenzas que unía en la parte de atrás por una horquilla sentía el rostro de la esclava tan cerca que creía incluso poder olerla. Había atisbado un olor característico, y en cierto modo podía asegurar que le había agradado. En aquellos momentos que parecieron eternos para la emperatriz pudo perderse en la oscuridad de los ojos de la esclava que se antojaban como un vacío oscuro que invitaba a conocer los más increíbles secretos y misterios cuando la luz ocre del alba penetraba en ellos.

Magna Urbica se había prometido a sí misma no bajar su mirada hasta los redondeados senos de la esclava y se encontraba luchando con todas sus fuerzas por llevar a cabo aquel pensamiento cuando una conocida voz la sobresaltó. La esclava no pareció dar el menor síntoma de inquietud mientras continuaba dando retoques al tocado de la emperatriz.

—Veo que sabes hacer buen uso de un regalo —irrumpió Quinto Tulio.

Magna Urbica hubiese querido estar en cualquier otro sitio pero cuando el viejo senador hubo aparecido por su espalda postrándose expectante con sus pequeños ojos inquisitorios delineando su cuerpo, la emperatriz hizo acopio de voluntad para cubrirse la transparencia de los senos con sus brazos de forma disimulada. Pensó si acaso el maldito y viejo taimado querría algo de ella. Claro que lo hacía, querría pedir el precio por el favor de su regalo, se dijo clavando los ojos sobre la piel bruna de la muchacha.

—Mi querido Quinto, ¿qué te hace por aquí? —interpretó con desgana.

—He venido a saludar a la *domina* de Roma —dijo arrastrando las palabras al tiempo que fabricaba una tímida genuflexión—. Además quería

hablar contigo de un tema... delicado.

El énfasis que había puesto el viejo Quinto en lo delicado del asunto hizo pensar a Magna Urbica si acaso aquel tenía en mente que la esclava mauritana suponía un inconveniente para revelar lo que diablos quisiera decir. Ni mucho menos iba a prescindir de los servicios de su esclava, se dijo.

—Habla. Ella puede quedarse. Tú mejor que nadie deberías saber que es un regalo muy discreto.

El veneno de las palabras de la emperatriz no pareció importunar en modo alguno a la esclava que seguía acicalando a su señora como si no entendiese una sola palabra de la conversación. Aquello le arrancó a Magna Urbica un pensamiento en el que antes no había recapacitado. Recordaba ahora que desde que había comprado a aquella esclava, ésta no había soltado palabra alguna por su boca. ¿Acaso no hablaría la misma lengua? ¡Quizá fuese muda! Se dijo que resolvería aquello más adelante y sintió cómo su estómago se nutría de nervio al considerar que tuviera que enseñar el latín a la sierva, eso si es que podía articular palabra.

Quien sí quedó importunado por las palabras de la emperatriz y por la presencia de la esclava fue el viejo senador. Quinto gustaba de hacer los planes con el menor número de oídos posible. Siempre que había demasiados oídos surgían problemas. Siempre había alguien capaz de venderse por unas monedas de plata a cambio de información. Y lo que Quinto esperaba de la esclava mauritana no era precisamente eso pues él tenía otros planes para ella.

—Como sabes la sesión del Senado que decretó a tu esposo como emperador fue compleja —comenzó a explicar. Tras pasarse el envés de su sarmentosa mano por la boca para secarse la humedad, prosiguió—: Yo creí tener una buena facción de mi parte y durante un tiempo del cónclave un numeroso grupo de jóvenes senadores fueron partidarios a nuestra causa. Hice todo lo posible por apoyar a Carino como único sucesor al trono del Imperio.

—Lo sé Quinto. No esperaba menos de ti.

—Poco antes de que la sesión estuviera a punto de concluir y se procediera a votación algunos partidarios de Numeriano consiguieron hacer acopio de los votos de los más indecisos. ¡Maldita sea! ¡Creí tenerlo todo calculado! —imprecaba el viejo senador como si fuera su vida en ello—. Esos malditos bastardos...

—Numeriano está lejos. En cuanto mi esposo se instale en la ciudad, Roma tendrá por sus calles al emperador, por fin. La ciudad ha vivido demasiado tiempo sin una figura a la que venerar y respetar.

—Lo sé y ansío que así sea.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—No me gusta la facción que apoya a Numeriano.

—¿Qué propones? No conocemos a cada uno de ellos. ¿Qué podemos hacer?

—Eso no es exactamente cierto —bisbiseó el senador.

Magna Urbica atisbó la malicia brillar en los astutos ojos del viejo corcovado.

—Aquí tengo la lista de sus miembros. Los dos primeros son los que más me preocupan

Quinto tendió un pequeño rollo de papiro con una lista de nombres que la emperatriz comenzó a leer entre dientes.

La boca del viejo senador comenzó a dibujar una sonrisa mientras arqueaba las cejas a punto de dar la estocada final a su plan. Cuando Magna Urbica hubo leído unos cuantos nombres levantó su rostro y encontró una inmensa faz de satisfacción en el arrugado rostro del senador.

—Gregorius y Decimo Antonino son sus cabecillas —acusó mientras Magna Urbica recorría las líneas del documento buscando aquellos nombres con su mirada—. Tu esposo sabrá bien lo que tiene que hacer.

CORDUBA

El sacrificio comenzó con las primeras luces del alba. El templo de Augusto era uno de los pocos de Corduba que todavía no se había convertido en basílica o que no había sido utilizado por la nueva comunidad cristiana como lugar de reunión.

Corrían las nonas de octubre y todavía haría frío hasta que los rayos de sol calentasen la ciudad. Pese a ser una de las ciudades del Imperio donde la nueva fe estaba consiguiendo mayor proyección, todavía podía contarse un buen número de adeptos a las costumbres tradicionales romanas, lo que los nuevos cristianos denominaban como paganos, y todavía se celebraban las fiestas de Augustalia en conmemoración del emperador Augusto. Llevaban

años celebrándose y el fervor y cultura romana continuarían con dicha tradición. Se celebraban juegos y espectáculos para su mayor gloria y se sacrificarían animales para convocar nuevos augurios. En cierto modo, aquellas fiestas habían sido aceptadas sin mayores incidentes por la creciente comunidad cristiana pues distaban de otras fiestas romanas que a todas luces consideraban impuras. En la Augustalia no había gente desnuda y fornicando por cualquier rincón de Corduba y todo quedaría en unos cuantos beodos, alguna trifulca y demasiado ruido.

Tiberio había acudido a la ceremonia con su única hija, Flavia; pues quería que la pequeña participase y conociera de primera mano el rito que se ofrecía en honor a la divinidad romana así como su significado. Ya tenía nueve años y debía conocer más acerca de sus orígenes, costumbres y cultura.

Tiberio Flavio Severo era un hombre de porte fornido, no en vano solía acudir a las termas de la ciudad a practicar diferentes ejercicios con los que se mantenía en forma. Su juventud dibujaba en su rostro barbilampiño unas facciones afiladas y su pelo oscuro contrastaba con unos ojos azules que no había heredado su hija. Su mente la ocupaba leyendo viejos manuscritos sobre medicina con la intención de profesionalizar su trabajo pues Tiberio era uno de los pocos médicos que pululaban por la ciudad. Continuamente se encontraba enfrascado entre recetas de unguentos, pócmias regeneradoras o el perfeccionamiento de material quirúrgico. Su mente era despierta y viva y quizá por ello nunca se había parado a pensar demasiado en las circunstancias que habían motivado a que la nueva fe hubiese ganado casi dos tercios de terreno al culto romano. Lo que de verdad importaba a Tiberio era conocer en profundidad los secretos sobre la circulación sanguínea, el funcionamiento de los pulmones, la realización de recetas medicinales que suplían y aliviaban el dolor de la gente. En definitiva, el interior físico de las personas; el funcionamiento de unas máquinas llenas de vida que en un suspiro expiraban el aliento contenido y, de repente, todo quedaba en nada, pulmones vacíos, sangre estancada y un corazón sin latido. ¿Cómo funcionaba todo aquello? ¿Qué clase de sinergia unía cada pieza?, se preguntaba continuamente desasosegado.

Pero aquel día, Flavia no estaba por la labor de perder ni un solo segundo en malgastar sus pensamientos en aquella ceremonia que bien poco o nada le importaba. Quizá por ello, lo que realmente ocupaba la mente de Flavia y adonde tenía puesto su verdadero juicio, la empujó a preguntar directamente a

su padre.

—¿Es esto lo que hacen esos que se llaman cristianos? —preguntó de forma inocente con un fino y delicado hilo de voz.

—No, querida Flavia —repuso Tiberio—. Los que se llaman cristianos profesan culto a un solo Dios y no practican este tipo de cultos. Pero ¿por qué preguntas eso?

Tiberio hizo ademán de acercarse a su hija con un gesto cariñoso lleno de complicidad.

—He conocido a una niña en el foro. Me dijo que su padre era abogado y que rinde culto a un solo Dios —salmodió la niña—. Yo lo veo muy extraño. ¿Por qué harán eso, padre? Es mucho más práctico honrar al que se necesita para cada momento, ¿no crees? Además, ¿crees que un solo Dios puede escuchar y despachar todo cuanto se le pide?

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Tiberio. ¡Por los dioses que aquella niña era despierta! Cómo le recordaba a su esposa. La madre de Flavia había muerto en el parto, pero un joven e inexperto Tiberio no pudo hacer nada por asistirle. Todavía se culpaba por no haber podido suturar la cesárea que él mismo hubo de practicar para traer al mundo a aquella pequeña curiosa sabelotodo. Cada día que veía el rostro de la pequeña, podía ver en él al de la mujer que se la había entregado. Pero aquello había sido el designio de los dioses y en su sabiduría habían dejado que, al menos, disfrutara de la pequeña y ahora tenía por hija a una jovencita demasiado madura para su edad. Pronto vendrían los problemas, las preguntas y las inquietudes de cualquier muchacha madura que tan solo una madre podía comprender y ya vería si sería capaz de afrontarlo, se dijo algo atribulado. Al final, recapacitó en una de las palabras que la niña había balbuceado.

—¿Dices que has conocido a una niña cristiana?

El sacerdote había hundido ya el cuchillo en el cuello del carnero mientras dos ayudantes sujetaban al animal por los cuernos. El balido se escuchó como un grito ahogado mientras el animal sacaba la lengua y desorbitaba sus ojos. Un líquido acuoso escarlata comenzó a fluir impregnando el suelo mientras un tercer ayudante se precipitaba con un cuenco a recoger tanta como podía. El sacerdote leería primero en la sangre del animal y, más tarde, una vez hubiera quedado despojado de la última gota, sería abierto en canal, y el sacerdote hundiría sus manos sobre las suaves y escurridizas vísceras donde adivinaría los augurios de un futuro inmediato; prosperidad o decadencia para

la ciudad de Corduba en honor del que fuera Augusto de Roma.

Tiberio parecía más absorto por las últimas palabras de su hija que por el propio ritual. Flavia, al contrario, había permanecido muy atenta a cada paso de la ceremonia ritual por lo que apenas si pudo balbucear una respuesta a la pregunta de su padre.

—Sí, eso parece —silabeó totalmente absorta viendo al animal desangrarse.

—Ten cuidado, Flavia.

El médico acarició el rizado cabello de su hija al tiempo que la apretaba contra sí y la acurrucaba en un enternecedor gesto paternal. Aquella niña era cuanto le quedaba en el mundo y aunque sabía que debía protegerla, aunque reconocía de igual modo que ella misma debía labrar su camino, con sus aciertos y errores. Aún así no podía evitar preocuparse por ella.

—Es muy buena y parece que vamos a ser muy buenas amigas.

—Tan solo te digo que tengas cuidado —recalcó pacientemente Tiberio— pues no sabemos si su familia piensa de igual modo sobre ti —Flavia pareció no comprender en un principio y así lo demostró abandonando la ceremonia y posando una interrogativa mirada sobre su padre—. Verás, la situación entre aquellos que profesan el cristianismo y quienes rendimos culto romano será complicada hasta que aprendamos a convivir bajo lo que nos une y no desde lo que nos separa.

—No creo que eso importe a Livia —atajó la niña casi alzando la voz para hacer de su sentencia una certeza—. Además, su padre es legislador. Creo que se presenta a unas elecciones de algo... edil me parece, ¿sabes?

Aquellas últimas palabras hicieron que Tiberio recapacitara aún más en el peligro que corría su hija. No le preocupaba el peligro físico sino aquel que podía deslizarse hasta su interior quedando aferrado en su corazón en caso de que aquella amistad no fuese vista con buenos ojos por la otra familia. Si el padre de la pequeña que su hija había conocido se presentaba para el cargo de edil, estaba seguro que aquel hombre debía ser, cuanto menos, un cristiano practicante y debía saber que en aquellos momentos solo se podía prosperar políticamente si se mostraba categóricamente favorable a la nueva fe incluso como forma de vida y ello entraba en contradicción profunda con la religión romana y aquellos que la profesaban, que se habían convertido en un problema.

Tiberio supo en ese momento que su hija, su pequeña y querida niña, se

había aventurado a un juego donde el perdedor se vería sumido en la mayor tristeza y negrura sentimental.

—Ten mucho cuidado, mi vida.

Besó en la mejilla a su pequeña no sin cierto ademán de preocupación.

Para cuando hubo acabado la ceremonia en el templo de Augusto, el sol de medio día calentaba débilmente las calles de la ciudad, que en aquel día de fiesta se encontraban bulliciosas. Claro estaba, otrora la fiesta de la Augustalia había sido mucho más pomposa cuando un buen número de la población de la ciudad no profesaba la nueva fe. Por entonces era habitual encontrar multitud de puestos en las calles: puestos con brasas donde carnes de diferentes tipos se asaban impregnando las calles de un apetecible olor, tenderetes con multitud de tipos de quesos, panes recién horneados, telas de vívidos colores y tenduchas con abundantes piezas de joyería. La fiesta en honor de Augusto era todo un acontecimiento y pese a que ahora no dejase de serlo, era de mucha menor categoría e importancia.

El cristianismo acabaría con todas las tradiciones romanas, pensó Tiberio mientras tomaba a Flavia por los hombros guiándola al exterior del templo. El sol que se encontraba en el cenit e incidía directamente sobre la muchedumbre deslumbró por completo a padre e hija que hubieron de cubrirse con las manos para proveerse de algo de sombra mientras los ojos se acomodaban de la oscuridad a la luz. Pese a que Tiberio encontró cierto temor en su fuero interno acerca de aquella fiesta venida a menos, no pudo evitar tomar la mano de su hija y mostrarse contento de que ella, al menos, continuara con la tradición ancestral de su familia. Ambos salieron finalmente al pórtico asidos de la mano con gran dicha y envueltos entre risas. Además de almas ávidas de vino y fiesta pese a ser tan solo la sexta hora, se encontraban pululando por las atestadas calles hombres que vestían la toga de fiesta, disfrutando de uno de los días festivos que cada ocho días laborales se concedían. Así pues, aquel día no era día de despachar asuntos legislativos, de asesorar como abogado a ningún criminal, contar torres de monedas de plata que titilaban cuando los rechonchos dedos de prestamistas las movían de un sitio a otro de la mesa para apilarlas en pequeños montones, ni era día de ningún otra cosa que no consistiera en dar unos buenos tientos de vino aguado acompañados de una hogaza de pan y queso mientras se

disfrutaba del ambiente festivo.

Fue entonces cuando Flavia la vio justo cuando aún estaba acomodando sus ojos a la cantidad de luz del exterior. Con los ojos entrecerrados y la mano sobre las cejas para cubrirse del resplandor pudo atisbar a reconocer aquella figura. Desde allí arriba, en el peristilo del templo, quería adivinar la desgarrada silueta y el ondulado cabello dorado. Era como una ensoñación vaporosa debido a la inusual calima que el sol ofrecía en aquel medio día de octubre. ¿Era ella? se preguntó la pequeña. De ser así, iba acompañada por alguien que debía ser su tutor o incluso su padre, aquel que ella misma dijo que se presentaría como cargo electo a edil. Lo cierto es que vestía como tal y parecía ser un hombre respetado que era saludado por todo el mundo.

—¡Livia! —vociferó apoyada en una de las gruesas y acanaladas columnas del peristilo.

El momento de excitación hizo que abandonase cualquier tipo de conocimiento, soltando la mano de su padre y abalanzándose sobre la escalinata del templo como alma endemoniada en busca de su amiga. Tiberio no pudo más que dibujar un rostro de incredulidad al ver a su pequeña hija Flavia salir despavorida de aquella manera peldaños abajo como si no existiera peligro alguno.

—¡Livia! ¡Estoy aquí! ¡Soy yo! —continuaba Flavia a voz en cuello.

La pequeña Livia buscaba en todas direcciones con su mirada intentando aguzar el oído y descubrir desde dónde venían tales alaridos pronunciando su nombre. Tal podía sea el caso que se refiriesen a otra, se dijo. Finalmente la encontró a medio camino de la escalinata del templo. En una fracción de segundo Livia reconoció a su amiga y realizó el mismo gesto que ésta había hecho con su padre, soltando su mano y arrancando a correr escalinata arriba tan rápido como sus piernas le permitían sin trastabillar y dar de bruces en el suelo. Cuando se hubieron encontrado se abrazaron con tal fuerza que dieron con los huesos en los peldaños y a punto estuvieron de rodar escalinata abajo. Aquello les produjo una irrefrenable risita que ninguna fue capaz de controlar.

Desde arriba, Tiberio trataba de vislumbrar quién era aquella persona que acompañaba a la nueva amiga de su hija y finalmente pudo confirmar sus peores temores. Aquella enjuta figura togada que lucía el cabello ralo, con ciertas entradas y una atisbo de despoblada coronilla, rostro taciturno y una mirada severa no podían ser de otra persona que aquella de la que toda

Corduba estaba hablando.

Era cierto, el padre de la nueva amiga de su hija, no era otro que Publio Livio Mesala, cristiano devoto e íntimo amigo del obispo Osio. Publio devolvió la mirada clavando sus oscuros ojos sobre los aguamarina de Tiberio. Ambos, desde la distancia, mantuvieron las miradas estudiando cada uno al otro, evaluando las posibles connotaciones que aquella amistad entre dos niñas de apenas nueve años podría acarrear en sus vidas, en su trabajo e incluso en su fe.

Publio acrecentaba su inquietud y apretaba sus dientes como claro signo de lucha en su fuero interno. Había algo que no terminaba por convencerlo y él mismo sabía bien qué era. Aquella amistad pondría en compromiso su ascenso político y su elección como nuevo edil de Corduba. Aquel hombre al que había clavado su mirada se encontraba sobre la escalinata, en el pórtico del templo de Augusto celebrando culto pagano y su hija, su pequeña Livia, estaba en plena escalera correteando y mostrando en público una estrecha relación con una pagana. Las mandíbulas de Publio hicieron un claro gesto de contracción intentando controlar cualquier resquicio de furia que pudiera comprometerlo en la vía pública. Deseaba decir a su hija: «¿Qué demonios haces? ¿No ves acaso que son unos paganos impíos?» Pero tan solo pudo callar, al menos mientras tuviera que aparentar las formas.

Mientras, las niñas, ajenas a todo, continuaron su alborozo entre sentidos y sinceros abrazos.

ROMA

Pese a los cuatro hombres que había en su interior, comenzaba a hacer fresco en aquel edificio cuando la hora undécima tocaba su fin. Las paredes de piedra y ladrillos bien alineados conferían a aquel espacio un hermetismo que tan solo era roto por el amplio vano de entrada. De las paredes rezumaba humedad debido a la falta de luz y la falta de ventilación hacía que muchos llevaran un paño en la boca para mitigar la pestilencia. En la pared sudoeste podían atisbarse dos pequeños agujeros desde donde salían unas pequeñas canaletas que precipitaban un continuo caño de agua fresca sobre unas canaladuras poco profundas que recorrían la longitud de la estancia. Circundando todas las paredes, excepto en el vano de entrada, se disponía un

asiento de piedra con canaladuras y agujeros a intervalos regulares dejando el espacio suficiente para que cada uno fuese ocupado por un hombre.

Aquel día había dos hombre más. Un enjuto ciudadano romano que se apresuraba a enjuagar y limpiar la escobilla que le había servido para limpiar el resto de heces y que posteriormente colocaría en el cesto donde reposaban otras muchas. Un ejército de palos con una esponja en el extremo limpios y listos para ser utilizados por otros. Tras él, junto a los chorros de agua había un hombre de mayor edad que se lavaba las manos en una pileta con una tranquilidad pasmosa, absorto en sus pensamientos se acicalaba tranquilamente y se secaba las húmedas manos sobre los bajos de su túnica escarlata.

Gregorius y Decimo se encontraban sentados, con las túnicas hasta la cintura y el *subligar* por las rodillas. Ocupaban puestos contiguos por lo que podían hablar de forma sosegada sin necesidad de alzar la voz, y sin que oído ajeno fuera testigo de sus conversaciones. Las letrinas solían ser un buen lugar para hacer negocio y recopilar información pero también donde podían urdirse conjuras y planes políticos poco honestos.

—De veras que me gustaría que hicieras este viaje conmigo —dijo Gregorius apesadumbrado—. Todo lo planeamos así porque era la única opción posible.

La inquietud de Gregorius era entrecortada a intervalos por automáticos movimientos de su mano derecha que apretaban un pañuelo sobre su nariz y boca cuando el hedor era lo suficientemente insufrible como para continuar con alegatos. Cuando no, los escasos momentos de silencio eran rotos por el ruido de heces líquidas. El estómago de Gregorius se había vuelto inestable en los últimos días. No sabía bien si era la idea de abandonar Roma, como había predicho, junto al largo viaje a oriente lo que le producía aquel estado de nervios. Tampoco sabía si era por la pena de abandonar la mayor ciudad del Imperio, la capital de todo cuanto dominaba el mundo. Aunque, según su propio juicio, que su salud hubiera estado perjudicada en aquellos días también era causa debido a la inesperada negativa de Decimo a abandonar la ciudad.

—Y mi familia y yo estaríamos encantados de que así fuera —susurró Decimo llevando su mano derecha sobre el hombro de su amigo que aún continuaba apretando el pañuelo sobre su boca. Luego prosiguió—: Sabes que mi esposa, Myriam, está encinta y no puedo arriesgarme a arrastrarla al

otro confín del mundo.

—¡Pero aquí correréis peligro! Carino...

—Carino tardará todavía un par de meses, quizá cuatro, en llegar a Roma y hay que sumar a ello las fiestas en su honor y los juegos que seguramente proclamará para su gloria —atajó Decimo—. Cuando el nuevo emperador diga de poner en práctica sus políticas mi esposa ya habrá dado a luz y te prometo que nos pondremos en marcha.

—Espero que así sea. Temo por ti y tu familia.

El ruido de más heces al golpear el agua del canal volvió a acompañar las temerosas palabras de Gregorius que jugueteaba dando vueltas al romo palo con esponja entre sus manos.

Decimo se sentía culpable por la inquietud que su nueva decisión estaba provocando en su amigo. En cierto modo había contribuido a que Gregorius hubiera formulado tal plan y ahora se sentía como si lo estuviese dejando en medio de la estacada. Pensó que quizá se había precipitado a alimentar aquella idea en Gregorius sin haber evaluado concienzudamente todo cuanto ello significaba. De igual modo, pensó que no había recapacitado lo suficiente en el estado en el que se encontraba su esposa. Pero si lo hubiera hecho, quizá ahora no habría una posibilidad de escapar a lo que se avecinaba en Roma. Era el clavo ardiendo al que se agarraba Decimo. Aquello y la idea de comenzar una nueva vida con su familia junto a su amigo en la parte oriental del Imperio.

—Te prometo que marcharemos hacia Nicomedia en cuanto nazca el niño.

—Puedo llevar conmigo a Minervina. Así ella no correría ningún peligro.

—No —dudó Decimo—. Además no creo que ella misma quiera dejar a su madre en tal estado. Me será de ayuda a traer al niño al mundo y asistir a su madre.

Gregorius aun continuaba sin creerse que tras maquinar juntos aquella idea de provocar un doble nombramiento de emperadores, su amigo decidiera quedarse en Roma, pese al peligro que corría, pues todo el mundo sabía de la justicia de Carino y aún más con aquellos que habían sido partidarios de su propio hermano en lugar de él mismo. En cierto modo lo comprendía. Un viaje tan largo para una mujer encinta sería muy duro. Deberían cruzar medio Imperio hasta llegar a Nicomedia y los dolores del parto podrían sorprender a Myriam en cualquier momento del largo camino. Quizá en un lugar inhóspito, un bosque solitario repleto de alimañas húmedo y frío. Pensó que

Decimo tenía razón. Por el bien de su amigo y su familia, tan solo esperaba que Myriam diera a luz antes de que Carino comenzara a poner en práctica sus planes políticos.

Decimo se encontraba enjuagando su esponja en el canalillo de agua límpida y clara que corría por el suelo para terminar de limpiar sus nalgas. Se apresuró a subir su *subligar* y se aplanó la túnica que volvía a quedar a muy poca distancia de las rodillas. Movi6 rápidamente sus manos para colocar todo en su sitio y acicalarse. Volvió a enjuagar la esponja y la lanzó dentro del cubo donde reposaban otras muchas.

Alguien la necesitaría más tarde.

Esperó a su amigo y cuando éste hubo repetido el mismo proceso y se limpió las manos bajo el chorro de agua fresca, encaminaron sus pasos hacia el lado de la estancia que quedaba sin porticar y que daba a la calle.

—¿Cuándo partirás, amigo Gregorius? —musitó Decimo.

—Mañana. Al alba.

Noviembre de 283

EMESA

El emperador en oriente se había mostrado nervioso e inquieto durante días. Los que lo trataban de cerca habían dicho que, a duras penas, había podido conciliar el sueño por unas horas seguidas y que las noches se habían convertido en una serie de innumerables pesadillas que habían consumido al emperador tanto física como mentalmente.

Cada noche se había convertido en una tortura y no pocas veces los adjuntos y servidores habían tenido que ir a socorrer al joven Numeriano que se removía entre estertores. Los que habían acudido en su ayuda luego contaban cómo el emperador retorció todos sus miembros empapado en su propio sudor balbuceando ininteligibles palabras y profiriendo estremecedores gritos de angustia. El sueño de una enorme sombra que se cernía sobre sus cabezas en el campo de batalla era recurrente. Numeriano podía sentir la alargada y puntiaguda sombra sobre sus cabezas con deformes ojos huecos y afiliados dientes que mostraba al abrir la boca en ademán de devorar a todo el ejército romano. Podía sentir el gélido frío en su sueño tan vívido como si lo que estuviese sufriendo no fuera sino el recuerdo de un acontecimiento pasado. La gigantesca y terrorífica sombra se acercaba lentamente mientras los aterrados soldados solo podían cubrirse con escudos mientras los enormes dientes del demonio se clavaban sobre el pecho de su padre, Caro, destrozando la hercúlea armadura y coraza mientras la bestia lo engullía ante sus propios ojos. Era entonces, tan solo por un segundo, cuando la temible sombra fijaba sus huecos ojos en los del joven Numeriano cuando éste podía atisbar en aquel espectro un rostro conocido; podía intuir la silueta y rasgos marcados de su hermano Carino. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Acaso era una premonición? ¿En realidad temía tanto a su hermano como para que los dioses lo atormentaran con aquellas pesadillas? Quizá por ello, y

porque se hizo rodear de un séquito de consejeros que cada vez más dudaba de su integridad para comandar al ejército y el Imperio, decidió organizar un sacrificio para conocer de primera mano qué era lo que le habían deparado los dioses.

Necesitaba conocer más acerca de los augurios que había escritos para él.

Durante la estancia en Emesa, el prefecto de pretorio Arrio Aper se había encargado de estar presente siempre que el emperador lo necesitaba, convirtiéndose no solo en su principal consejero sino en una figura imprescindible para manipular cualquier tipo de decisión que el joven emperador hubiese de adoptar. Pese a ello, no fue capaz de infundir en el emperador la idea de abandonar Emesa. El prefecto de pretorio conocía que el seno del ejército vivía sumido entre tensión e incertidumbre lo que, con cierta facilidad, podía acabar en otro motín o revuelta y, en consecuencia, con otro emperador impuesto por el propio ejército. Aquello era algo que no podía consentir pues, para sus planes, el joven emperador Numeriano era mucho más interesante que cualquier otro que las tropas impusiesen. La inexperiencia de aquel emperador era un punto débil al que Arrio Aper había sabido sacar partido con las numerosas concesiones que el emperador había hecho en beneficio del prefecto. Aún así, para Arrio Aper, abandonar Emesa y dirigir a las legiones hacia Nicomedia era de vital importancia y aquel inexperto emperador se empeñaba en permanecer en un castro donde las legiones se encontraban cada día más revueltas y las peleas internas debido al creciente desasosiego eran cada vez más frecuentes. Aper sabía que debía convencer al emperador, que debía hacer ver a aquel joven barbilampiño que había que partir hacia Nicomedia, que el lugar donde el nuevo emperador de oriente debía establecer su posición era la ciudad de la provincia de Bitinia. Aquella era la ciudad que había elegido Diocles y Arrio Aper creyó que aquel pensamiento no estaba lejos de demostrar buen juicio. Establecer en la ciudad de Nicomedia el centro activo del imperio de oriente le otorgaba al emperador un punto estratégico como pocos.

Además, durante el transcurso del viaje, quizá tuviera el valor de acometer lo que la mente del prefecto del pretorio había madurado. Todavía podía escuchar las palabras de Diocles: «Lo único que sé, es que el ejército te prefiere a ti». ¿Acaso tendría una posibilidad? De ser así, tan solo era posible de una forma: durante el viaje. La mente del prefecto del pretorio comenzaba a elucubrar un plan que no hacía demasiado tiempo se le hubiese antojado

irrealizable, pero ahora, tal y como estaba la situación, no parecía descabellado en absoluto.

Los cuatro hombres avanzaban con paso decidido dejando la marca de sus pasos sobre la nieve. Era el último mes del año y pese a que durante el día la temperatura no era ni mucho menos fría, la noche se convertía en un manto de hielo y nieve que cubría todo el castro sumiendo todo en una alfombra blanca que con las primeras horas de la alborada empezaba a transformar cada rincón en una mezcla de lodo y humedad.

Salieron de la gran tienda del emperador girando a la izquierda, donde habrían de bordear las tiendas de los oficiales en dirección al pequeño foro con altar que ocupaba el centro de la Via Principalis. La hora *prima* era el momento perfecto para consultar los augurios, así se lo había propuesto Arrio Aper al joven emperador y así había accedido éste, claro estaba, debido a la necesidad imperiosa que en su fuero interno ansiaba por conocer los planes que le reservaban los dioses. El grupo se formó con el prefecto de pretorio caminando junto al emperador. Ambos caminaban algo más adelantados que otros dos insignes figuras dentro del ejército imperial oriental: Diocles y Maximiano, que los seguían tan solo a unos pasos. El sonido acolchado de las sandalias sobre la nieve descomponiéndose sobre la tierra era lo único que podía escucharse conforme el grupo avanzaba en dirección al pequeño altar. Todo el castro conocía hacia adónde se dirigían y muchos eran los que se apresuraban a satisfacer la curiosidad dirigiendo furtivas miradas a los cuatro hombres. Muchos de los oficiales hicieron un gesto de reverencia hacia su emperador al llegar éste a su posición, mientras otros tantos cruzaban miradas cargadas de duda y recelo.

El emperador había elegido la coraza de guerra, cargada de sellos con la forma de pequeñas cabezas de león plateadas junto a dos broches dorados en ambas clavículas que sujetaban su capa púrpura. Preparado como si fuese a librar una batalla contra los propios dioses, Numeriano ofrecía un paso firme como antes no lo había conseguido, quizá decidido de una vez por todas a tomar cartas en el asunto y descubrir qué había escrito para él en el panteón divino.

Aquella solemnidad había pillado por sorpresa tanto a Arrio Aper como a Maximiano, y al segundo más bien debido a los excesos de vino de la noche

anterior pues mostraba un aspecto deplorable. Diocles, habituado a madrugar aún cuando no había atisbo de alborada, siempre lucía el aspecto de un perfecto militar. Un *equite* que cada día, en cada aspecto de su vida social y militar mostraba la dignidad y solemnidad de quien no posee ningún punto débil, un *equite* que pese a años fuera del hogar mantenía la honra de una familia incorrupta, una esposa y una hija a las que besar orgullosamente tras meses y años sin saber un ápice de sus vidas, y aquella dignidad se había propagado ya por buena parte del ejército, con lo que se había ganado una buena parte del respeto de las legiones.

Las grandes antorchas dispuestas cada pocos pasos en los cruces principales de las calles del castro todavía humeaban a aquella hora de la mañana tras vencer a la larga y gélida noche. Los hombres llegaron al pequeño foro situado justo en el centro del campamento y donde comenzaban a remolinarse un amplio número de soldados entre los cuales podía adivinarse una mezcla de grados militares, donde soldados rasos se hacinaban a base de empujones sobre hombres de grado y rango; no pocos querían conocer el destino del emperador sino el suyo propio.

Cuando los hombres llegaron al altar, el cuerpo inerte de una cabra yacía sobre la fría y húmeda piedra. A su lado una lucerna de doble pico y ricamente decorada proyectaba una nerviosa y titiladora llama se estremecía con cada débil ráfaga de viento. Sin más ánimo que el de comulgar con los espíritus de los dioses, la lucerna no tenía intención alguna de iluminar en aquella hora de la alborada.

Tras el altar el sacerdote se afanaba limpiando la daga con la que había abierto el cuello del animal y con un paño de lana propinaba pasadas a ambos lados de la hoja eliminando los restos de sangre oscura.

El animal yacente era joven y aquella primera impresión produjo en el emperador un inmenso entusiasmo en su fuero interno pues debió pensar que la fuerza y la vigorosidad de aquella joven cabra no podían por menos que ofrecer unos buenos augurios. Hubiese sido mucho peor que el sacerdote hubiese elegido a un animal viejo y achacoso. No, éste sin duda tendría unos buenos órganos y terminaría por ofrecer unos satisfactorios augurios, pensó. El sacerdote hizo además de inclinar la cabeza cuando los cuatro hombres se ubicaron a los lados del altar.

Diocles y Maximiano optaron por tomar el lado izquierdo mientras el emperador junto con su prefecto de pretorio hicieron lo propio con el

derecho. Diocles echó un rápido vistazo al animal y acabó por alumbrar los mismos pensamientos de Numeriano. Mejor así, se dijo. Si los augurios eran favorables y el emperador creía que había salido fortalecido de allí por decisión de los dioses, quizá Arrio Aper se decidiera a dar un paso adelante motivado por las persuasivas palabras que le dirigió camino a Emesa. Sin duda, aquello era una posibilidad y cada día mucho más factible si uno acertaba a descifrar lo que los ojos del prefecto de pretorio Aper decían con cada mirada que éste dirigía hacia el emperador. Sí, no cabía duda. Arrio Aper planeaba algo y Diocles había sido el precursor de aquello gracias a sus palabras envenenadas. Tanto mejor, se dijo. El ensimismamiento de Diocles fue roto de súbito por un rápido gesto del augur levantando la daga con ambas manos, tomando con una la empuñadura y con dos de sus dedos la punta de hierro de la hoja y cerrando los ojos mientras alzaba el mentón hacia el cielo de Persia y balbuceaba unas palabras que ninguno de los presentes acertó a interpretar.

Tras unos segundos de pausa que incrementaron el nerviosismo de los presentes, el augur clavó la daga en el abdomen del animal e imprimiendo una evidente fuerza para desgarrar carne y músculo pudo abrirlo en dos. El olor a sangre aún caliente pudo llegar hasta el olfato de Diocles y Maximiano y éste último pareció regocijarse como si el líquido rojo que se precipitaba de la herida fuese el de un enemigo de Roma y aquella pequeña y afilada daga fuese su propia espada desbordando la sangre del impío infiel al Imperio.

El sacerdote hundió sus manos en el interior de la cabra, separando tejido y órganos viscosos mientras el sonido de las entrañas removía el estómago de algunos de los que se habían agolpado para husmear. El rostro del augur denotaba que la mirada perdida mientras removía el interior del animal muerto no era por otro motivo que el de encontrar el órgano sobre el que los dioses habían escrito su decisión en aquella sesión de auspicios.

Finalmente, de un rápido y seco tirón el sacerdote pudo extraer los dos riñones del animal.

Con súbito cuidado aplicaba la punta de los dedos sobre los blandos órganos para comprobar la dureza, friccionaba con la yema de los dedos en pequeños círculos buscando imperfecciones con unos inquisitorios ojos estudiaba el color de los viscosos órganos así como analizaba la cantidad de fluidos adheridos a las capas exteriores. Tomó de nuevo la daga y la hundió con total delicadeza mientras alzaba de nuevo el mentón y bajaba sus ojos en

claro ademán de cuidado. Pacientemente introdujo la afilada punta sobre un punto central de uno de los órganos y bajó la empuñadura lentamente para que la afilada hoja hiciera su trabajo.

Necesitaba un corte limpio y, sin duda, así lo hizo.

Al estudiar lo que sus ojos veían en aquel corte transversal, dedicó un momento de pausa, un instante donde Diocles pudo atisbar cómo el sacerdote fruncía el ceño. Algo que hizo que el oficiante dedicara algunos minutos más de lo debido a un punto en concreto, a un pensamiento o una cavilación que meditar concienzudamente. La tensión y los nervios de Numeriano iban en aumento y los mostraba con rápidos e inquietos movimientos de manos que ora posaba sobre su empuñadura ora unía la una con la otra mientras se frotaba la palma de una con el pulgar de la otra. Diocles recabó en que el emperador hubo de secarse el sudor de las mimas por varias veces en el faldón que caía bajo la coraza alrededor de la cintura. Si el oficiante tardaba más en comunicar su veredicto quizá no tendría paciencia y acabaría asestando un golpe con su espada en el cráneo del viejo sacerdote. Tan solo la idea le produjo aún más temor. Atacar así a un sacerdote sería como hacerlo a los mismo dioses. Una idea estúpida, se dijo. Numeriano frotaba sus ojos con ambas manos intentando aclarar sus temerosos pensamientos. Finalmente el augur salmodió su veredicto.

—Los dioses han hablado —dijo alzando ambos brazos al cielo mientras aún sujetaba la daga en una de sus manos—. Así como la loba amamantó y amó a Rómulo y Remo, el Imperio y sus gentes aclamarán y amarán a sus emperadores de oriente y occidente.

Numeriano quedó pensativo, rumiando cada una de las palabras que el sacerdote había extraído de las entrañas del animal.

Pese a que las palabras del augur no habían sido nefastas en absoluto, la actitud del emperador era contemplativa, intentando cavilar cada una de las implicaciones con las que aquel auspicio había concluido. Diocles hubo de reprimir su satisfacción no por las palabras del sacerdote sino por la faz lánguida y malhumorada que mostraba el prefecto de pretorio, que pese a intentar mantener la compostura, dejaba ver de forma evidente para Diocles que aquel auspicio no había sido de plena satisfacción para él. De seguro hubiese preferido unos augurios que clamaran por el desastre de Numeriano, capaces de influir en el temor de las tropas y así, como suele culminarse una magnífica obra, acabaría proponiéndose así mismo ante el descontento y

temeroso ejército como sucesor al trono del Imperio.

Ahora, con Numeriano fortalecido por los augurios, a Arrio Aper no le quedaba otra opción que la que bien conocía Diocles, pues él mismo se había encargado de introducirla en la cabeza del prefecto de pretorio. Aquella situación no podía ser mejor para los intereses de Diocles. Por el contrario, lejano a cualquier tipo de elucubración, Maximiano profería inquisitorias miradas a Diocles en claro gesto de no comprender un ápice qué debían hacer en aquel momento, pero la pasividad del *equite* terminó por calmar al bueno de Maximiano que acabó decidiendo que si su compañero en la conjura se mostraba de tal guisa, de seguro tendría un plan bien desarrollado ante tal situación.

—Son buenos augurios, augusto —dijo entre dientes el prefecto de pretorio, Arrio Aper.

—Sí... eso parece —divagaba el emperador Numeriano mientras daba vueltas en torno y calibraba cada palabra del mensaje del augur.

«No cabe duda. Si Carino marcha a Roma y yo parto a Nicomedia, ambos seremos los emperadores de los que hablan los augurios. Esos que el Imperio de oriente y occidente aclamará», se repetía una y otra vez.

—¡Sí! —dijo con voz en cuello alzando su brazo derecho al cielo—. ¡Sin duda los auspicios auguran el mejor de los destinos para mi hermano y para mí: los emperadores de oriente y occidente!

Aquella noche Numeriano mostró claramente otro estado de ánimo. Parecía vigoroso y toda actitud de infantil y temeroso emperador juvenil había desaparecido. Agasajó a las legiones con vino aguado en honor a los dioses como agradecimiento por el destino que habían escrito para él.

Ante un fuego que hacía las delicias en la gélida noche de finales del undécimo mes, Diocles y Maximiano perdían su mirada atenta al crepitar de los leños incandescentes sobre las ascuas. Allí, de igual modo, se encontraba Arrio Aper con el semblante dibujando su rabia interior como si una brizna de viento avivara la llama que Diocles había encendido dentro de él. Entre risas y júbilo se escucharon los pasos de alguien en la nieve, justo tras ellos. Una mano tendió un odre de vino a Arrio Aper mientras el cuerpo se desplomaba a su lado. El emperador había tomado asiento junto al prefecto de pretorio y su amplia sonrisa era el símbolo del nuevo hombre que había

nacido en su interior.

—Partiremos hacia Nicomedia. Dentro de dos días. Está decidido —sentenció sin más preámbulo el emperador.

Diocles y Maximiano cruzaron su mirada de súbito y volvieron rápidamente sus rostros para clavar sus ojos sobre Arrio Aper que permanecía dando pequeños sorbos al vino aguado, cabizbajo y pensativo, pareció no haberse visto afectado en absoluto por la decisión del emperador hasta que, de pronto, en un gesto imperceptible, posó su mano derecha sobre el pomo de la empuñadura de su espada mientras giraba su cuerpo para encontrar la mirada del joven Numeriano que aún dibujaba una amplia sonrisa en su boca.

—Que así sea —musitó fríamente el prefecto de pretorio.

Diocles no pudo por menos que mostrar una leve mueca de felicidad.

Su plan, la conjura, marchaba tal y como él la había trazado.

La estancia en Emesa se había convertido en un calvario que había agriado el carácter de cada uno de los que conformaban las legiones de Numeriano. Habían perdido la cuenta de los días que llevaban fuera de casa y cuántas habían sido las noches consecutivas sin poder apenas pegar ojo y sin descanso. Quizá, incluso, estuviesen celebrando juegos en las grandes ciudades, y tan solo de recapacitar en el espectáculo —las calles atiborradas de pequeños tenderetes de carne, pan, queso, vino y las descorteses zalamerías de las prostitutas para ganar un as—, muchos habían adoptado un sensación de odio hacia el joven e inexperto emperador. Algunos no comprendían cómo habían estado dando vueltas por aquella inhóspita, y ahora nevada, tierra de Persia sin rumbo alguno, como cualquier trirreme a la deriva, y todo por la falta de determinación de un estúpido e imberbe emperador y la ambición desmesurada de su padre. Ahora se encontraban en medio de la nada, con un emperador que se empecinaba en permanecer en Emesa cuando todas sus legiones ansiaban volver a Nicomedia.

El castro en piedra establecido en la ciudad no podía soportar más trifulcas y peleas entre los que lo utilizaban de forma habitual y las nuevas legiones llegadas con Numeriano. Se encontraban hacinados y aquella situación derivaba de forma habitual en alguna pelea entre gritos y empellones. Cuando la actitud del grueso de la tropa parecía mostrar de forma evidente la intención de amotinarse, Arrio Aper decidió acampar en

una pequeña meseta oculta por una buena arboleda extramuros. Convertirían aquella pequeña planicie en un campamento en el que los soldados pudieran descansar en sus propios contubernios, cocer su propio pan y por fin, dejar de dormir sobre el curvado e incómodo *scutum* cubiertos por una piojosa manta bajo la intemperie sin apenas espacio entre unos y otros. Aquella decisión había sido inteligente. El prefecto de pretorio no podía permitir un motín donde el ejército impusiera saben los dioses a qué inepto en el trono.

Las legiones romanas comenzaron, de forma automatizada, a organizar las tareas. Cada uno sabía perfectamente en qué consistía su trabajo en los momentos en los que había que levantar, de la nada, una fortaleza donde acampar por unos días. Aquello significaba que había que trabajar duro para levantar el castro pero también garantizaba un par de días lúdicos. Muchos se apresuraron a tomar las hachas y despoblar buena parte del calvero. La madera serviría para fabricar la empalizada que circundaría todo el perímetro. Como el campamento se levantaría sobre una meseta, los que en otras ocasiones cavaban un foso, cuya tierra extraída amontonaban para formar una planicie artificial, fueron incorporados a las cocinas, o donde debían estar las cocinas, y adonde ya se apresuraban a encender el fuego y preparar cacerolas, pucheros y utensilios que servirían para hacer las gachas de trigo que se servían de cena. Otros almacenaban piedras y comenzaban a amontonarlas apiladas en orden vertical, dejando estratégicos huecos por los que debía salir el humo. Aquellos pequeños hornos comunes servirían para que los legionarios cociesen su propio pan. Incluso, los había que aprovechaban para cortar sus barbas, que ya poblaban por debajo de la nuez. Pero todos tenían una cosa en común aquel día del último mes. Todos, absolutamente todos, comentaban y cuchicheaban acerca de la nueva e inexplicable actitud del emperador.

Hacía tiempo que Numeriano no se dejaba ver y rehuía de cualquier acto público, a los que solía enviar a alguien de su confianza en nombre del Imperio. Se había hecho rodear de un pequeño séquito que le proveía de todo cuanto necesitaba en aquellos días: documentos, legajos, historia escrita que nutría la imaginación del joven emperador y que lo sumía en una especie de letargo donde las decisiones administrativas eran tomadas sin profundizar en cada uno de los aspectos que ello conllevaba. Hacía tiempo que las legiones no obtenían una verdadera orden de parte de su emperador y, como buen cuerpo disciplinado, aquello inquietaba y enemistaba al ejército con su propio

líder. El que más y el que menos, ofrecía serias dudas acerca de la capacidad del hijo de Caro ante el nuevo cariz que el Imperio estaba adoptando.

Los legionarios Tito Modio y Sexto Sertorio rodaban dos barriles de vino que habrían de reponer en las cocinas, lo que les obligaba a caminar un pequeño trecho desde el castro sobre el calvero extramuros hasta la ciudad, donde aquellos inservibles y ligeros barriles de madera serían sustituidos por otros bien repletos de vino sin aguar que haría las delicias de muchos en las intempestivas y gélidas noches de diciembre. Saludaron a los que se apostaban en las puertas del castro y éstos devolvieron las bromas alentando a los dos héroes a volver cargados del preciado líquido. Los troncos de madera unidos por guita y apretados hasta no dejar un resquicio de luz entre ellos sonaron y crujieron de forma estremecedora al abrirse para que Tito y Sexto perdieran sus pasos en el camino hacia la ciudad de Emesa.

Lo cierto era que los dos legionarios tenían una intención bien distinta. El invierno estaba siendo duro y las provisiones que el campamento de piedra de Emesa y la ciudad tenían reservadas para su uso, se habían visto comprometidas con nuevas bocas que alimentar, ropas que confeccionar, mantas que suplir y deseos que saciar.

En el castro extramuros las legiones de Numeriano estaban realmente pasando hambre y los vacíos estómagos de los legionarios agriaban su carácter aumentando las posibilidades de rebelión dentro del propio ejército. Muchos estaban hartos de aquellas gachas que no paraban de cocinar todas las noches y el pan escaseaba de tal modo que habían de reunir las partes entre varios legionarios para poder cocer un pan que luego repartirían en partes iguales, y era aquí donde volvían las trifulcas con alguno de ellos exigiendo una mayor porción debido a cualquier estúpida excusa. No importaba. La finalidad era no morir de hambre en plena provincia romana. «¡Sobrevivimos a sangrientas batallas y este estúpido emperador nos va a matar de hambre!», pensaban muchos.

Aquel día, Tito y Sexto pensaban cenar otra cosa. Utilizarían la excusa de los barriles de vino para salir en busca de una buena pieza de caza, ya que el emperador había prohibido que sus legiones utilizaran las maltrechas provisiones de la ciudad para evitar un conflicto con los propios ciudadanos de Emesa. Lo que menos hacía falta en aquel momento era una lucha encarnizada entre los soldados romanos que vivían apostados en la ciudad y aquellos nuevos que habían llegado en retirada de Seleucia y que deberían

haberse marchado hacía meses según la opinión de los lugareños.

Tito Modio y Sexto Sertorio habían hecho otros planes. Irían con los barriles vacíos camino a Emesa y en el camino cazarían una buena pieza de la que darían cuenta ellos mismos sin decir una sola palabra. Las sobras las introducirían en los barriles vacíos y una vez en Emesa éstos fueran de nuevo llenados con el vino, las piezas quedarían ocultas y las introducirían en el castro donde podrían luego volver a sacarlas del vino y guardarlas para cuando la necesidad fuera ya incontrolable.

Ambos se encontraban a medio camino entre el castro extramuros y la ciudad haciendo chanzas de la pitanza que les esperaba cuando el ruido de una rama seca los alertó. El crujido se propagó como un eco entre la arboleda que bordeaba el camino y al chasquido seco le siguieron otros más pequeños no muy lejos de donde ellos se encontraban. Un buen puñado de pájaros salieron de entre las copas de los árboles en bandada. No había duda, allí cerca de ellos estaba la pieza de caza que andaban buscando y con suerte pronto saciarían la hambruna que venían sufriendo desde hacía semanas.

—Se acabaron las putas gachas —bramó entre dientes Tito Modio.

Sexto, de más edad, dobló sus rodillas y aguzó el oído al tiempo que alargaba su brazo en dirección a Tito y con el índice de la otra mano sobre sus labios inquirió:

—¡Calla!

El legionario de mayor edad no había escuchado otro ruido que no fuese el del chasquido de la madera seca, por lo que descartó que fueran hienas, lobos u otro animal salvaje depredador, además, no se había percatado del mal olor que solían desprender las hienas siempre que alguna anduviese cerca.

No, el silencio y el débil crepitar de ramitas al crujir sobre el paso de algún ser vivo delicado, receloso y, sin duda, agazapado entre la arboleda, no podía más que corresponderse con algún tipo de gacela o ciervo. Sexto señaló a Tito hacia la única escapatoria que dibujaba el pequeño calvero desde donde había surgido el ruido. Tito corrió sin aliento hasta posicionarse de forma estratégica, tomó su puñal en la mano y lo levantó a media altura, quedando mudo y perfectamente preparado para abalanzarse sobre el cuello de lo que fuera que fuese aquello que iban a cenar esa noche. Sexto se posicionaría en el otro extremo y si la diosa Diana les era favorable, aquella noche habría un buen trozo de carne asada que compartir con los compañeros

de *contubernium*.

Entre el tupido bosque de troncos podía vislumbrarse los rayos de sol brillar entre el ramaje de las copas de los árboles mientras Sexto circundaba el calvero buscando un hueco por el que poder observar a la presa y abalanzarse sobre ella. Un nuevo ruido de hojas secas permitió al legionario comprobar que el animal se encontraba totalmente despreocupado de su presencia, no había viento alguno pese a ser uno de los últimos días de diciembre y el animal no pudo percatarse del olor de los legionarios. «Esa será nuestra ventaja», pensó Sexto. Pudo atisbar cierto color parduzco en el pelaje del animal que ahora podía adivinar entre los troncos agazapado, con la cabeza gacha haciendo cualquier cosa entre el ramaje seco y las hojas húmedas por la nieve derretida.

Cuando Sexto encontró el hueco suficiente para arremeter contra su presa, ésta se percató de forma sutil del ruido del torpe legionario y rápidamente abordó la vía de escape que dejaba el pequeño calvero con la mala fortuna de no recabar en el joven Tito que aguardaba en silencio y que con una agilidad pasmosa se abalanzó sobre ella. Mientras rodaba por el fangoso suelo allí donde no había nieve, el joven legionario pudo recabar que algo extraño había en aquella pieza de caza que intentaba, a duras penas, zafarse de su captor.

—Pero... ¿qué tenemos aquí? —vociferó sorprendido para que sus palabras fueran oídas por Sexto—. ¡Si es una putita de Galatia!

Cuando llegó, Sexto Sertorio comprobó cómo el joven Tito Modio permanecía sentado a horcajadas sobre su presa y su sorpresa fue mayúscula cuando pudo reconocer en ella a una mujer salvaje que pataleaba e intentaba zafarse mientras el joven legionario sujetaba sus manos por las muñecas. La mujer intentó en varias ocasiones propinar mordiscos en el cuello del romano con evidentes movimientos espasmódicos de la cabeza en dirección a la yugular del legionario.

—Bien. Estás muy lejos de tu tierra jovencita... Queríamos carne para cenar y carne tendremos de cena —espetó el viejo mientras adelantaba sus pasos en dirección a la muchacha.

Una enorme melena alborotada del color de la remolacha se removía de forma indómita entre ramas y hojas y unos ojos turquesa quedaron fijos en el viejo Sexto cuando éste tomó con su mano un buen manojo de cabello y levantó a la mujer, al tiempo que la giraba y Tito la inmovilizaba por la

espalda. De un fuerte tirón, Sexto rasgó en dos la piel parduzca que la joven utilizaba para cubrir su cuerpo. De la nada, una piel canela sin una sola imperfección quedó a la vista del legionario. Tito, dio un fuerte empujón enviando a la indefensa muchacha de nuevo sobre el suelo, quedando esta vez completamente desnuda sobre la nieve, asustada, indefensa y sumisa.

Sexto fue el primero que palpó la calidez entre las piernas de la muchacha mientras Tito cruzó sus manos sobre la cabeza impidiendo cualquier gesto de la mujer con ellas. El viejo legionario se tomó el tiempo necesario para disfrutar de su premio de caza regocijándose de aquel perfecto y salvaje cuerpo desnudo. Mientras, la cara de la muchacha, lejos de temor reflejaba una inerte inexpresividad mientras los dedos cálidos del legionario se perdían en el triángulo entre sus piernas de color zanahoria que preparaban a la muchacha para que el romano saciase toda aquella agresividad que ardía en su bajo vientre. La de Galatia no dejó escapar ni el más mínimo grito ni atisbo de lágrima mientras el joven Tito, que había aguardado pacientemente su turno, la sodomizaba. Aquel día Tito Modio y Sexto Sartorio habían dado buena cuenta de su pieza de caza y retomaron el camino hacia Emesa haciendo rodar los barriles vacíos mientras la muchacha quedaba recostada, tumbada bocabajo sobre la nieve.

Desnuda e indefensa. Ultrajada.

Los legionarios dejaron los despojos de su cena sobre la fría tierra húmeda para que otras alimañas dieran buena cuenta de ella.

CAPUA

La vida en el *ludus* no había mejorado para Astyanax en los últimos tres meses. Eran constantes las afrentas a las que se veía sometido por parte de Gemellus y aquellos que lo apoyaban y, aunque parecía mantenerse al margen de todo, Barbo conocía cada detalle del asunto. En realidad, el *lanista* había pasado toda su vida dedicado al negocio y sabía perfectamente cuándo se avecinaba un conflicto irresoluble entre dos hombres cargados de orgullo y entrenados para el combate. Con todo, había alimentado cierto apego al joven Africano desde que había recaído a su cuidado y pese a que lo más importante de todo era el buen funcionamiento del negocio, aquel muchacho de piel oscura le producía casi un sentimiento paternal que el viejo Barbo no

había experimentado nunca. Sabía que el joven estaba en problemas y era consciente de que aquellos malditos bastardos lo estaban acosando injustamente; pero ¿qué podía hacer? Gemellus le reportaba una buena suma de beneficios con cada alquiler que ingresaba tras sus victorias en las más que amañadas peleas y buena parte del resto de gladiadores se habían hermanado con él para hacer la vida imposible al muchacho.

Aquella mañana la lluvia caía con intensidad sobre la ciudad de Capua y la arena del pequeño coliseo comenzaba a formar dispersos charcos por los que circulaban regueros de agua. Algunos ya habían sufrido resbalones cuando los pies descalzos y empapados se deslizaban por el lodo. Ese día, un emisario de Roma había viajado a la ciudad con una idea clavada en la mente.

—El emperador Carino llegará en pocas semanas a Roma y la ciudad necesita gladiadores —había dicho aquel enjuto hombre—. El *ludus* Magnus necesita luchadores que entrenar durante el invierno para los juegos que ofrecerá el César el próximo verano.

—Mis luchadores ya están bien entrenados —refunfuñó Barbo.

—Los que quiere el César tendrán que estar en Roma casi un año. Le gustará ver con sus propios ojos su evolución.

Alquilar por un año a un par de sus luchadores. Barbo se había entregado por momentos a esperanzadores cálculos acerca de cuánto le reportaría un contrato de alquiler por aquel período de tiempo cuando la voz del emisario romano lo trajo de vuelta.

—Aquel *reciario* parece interesante —dijo señalando a Kalendio—. Tiene un buen aspecto. Sabe moverse con agilidad, y maneja la red con destreza.

Barbo pensó por un momento si acaso era posible que uno de los instigadores de las afrentas que Gemellus propinaba sobre Astyanax acabase marchándose por un año a Roma y si aquello no haría que Gemellus, viéndose despojado de su segundo, comenzara a relajarse y dejar en paz al muchacho. El *lanista* alabó aún más las actitudes del *reciario*.

—Es un luchador incansable —aduló con los ojos puestos en Kalendio que se movía con presteza sobre el lodo del patio—. Además, sabe aguardar al momento oportuno y eso, amigo, es una cualidad de suma importancia para un gladiador. Cuando pone el ojo en su presa sabe esperar hasta que ésta cae en su red.

—Bien.

—Y no saldrá muy caro al César —dijo malicioso mirando de soslayo a aquel funcionario romano.

—El César lo agradecerá.

Barbo no podía creer que la diosa Fortuna lo hubiese abrazado aquel día con tan buen negocio.

—Y el de la piel bruna —musitó el emisario—, quiero a esa montaña de músculo en Roma. El César quedará maravillado.

La irrefrenable sensación de éxito del *lanista* se vino abajo al escuchar aquellas palabras. Ni por un momento se le había ocurrido que Astyanax abandonase el *ludus* de Capua y mucho menos por el período de un año. ¿Qué le depararía en Roma? ¿Se adaptaría a la vida del *ludus Magnus*, la mayor escuela de gladiadores de todo el Imperio? Allí estaba viviendo una pesadilla por culpa de estúpidos como Kalendio y Gemellus, pero ¿acaso en Roma le iría mejor?

Barbo sabía que no podía negarse. De hacerlo, aquel enjuto emisario llevaría la negativa a Roma y el emperador no solo acabaría con aquel lucrativo negocio sino que podría tomar terribles represalias en su contra.

No desafiaría la voluntad del emisario del emperador Carino.

—Está bien —dijo Barbo haciendo un pequeño ademán de reverencia—. Redactaré el contrato de alquiler ahora mismo.

—No.

El funcionario romano tomó del antebrazo a Barbo cuando éste se disponía a marchar hacia su oficina bajo la fina capa de lluvia para redactar el contrato. El emisario del César continuó:

—No he dicho que necesite alquilar a dos gladiadores. —Barbo quedó petrificado sin saber muy bien adónde quería llegar el emisario haciendo hincapié en el término alquilar. Con todo, el emisario continuó—: El César quiere que se los vendas.

«¡Por Júpiter —pensó Barbo—, vender a dos de mis mejores hombres!» Sin lugar a dudas, aquello no entraba en los planes del *lanista*. Quizá podría haber aceptado desprenderse del *reciario*. Una buena suma de monedas por Kalendio sería suficiente para no echarlo en falta en la escuela de gladiadores, pero con Astyanax se debatía entre una punzada de desesperación y otra de tristeza. Vender al Africano que había visto crecer bajo su protección era algo que Barbo no había albergado en su mente ni por un instante y en aquel momento, una larga pausa demostró lo sobrecogido

que aquella noticia lo había dejado.

—Bien —bisbiseó al final—. Si el César lo quiere, que así sea.

Barbo marchó bajo la lluvia, ensimismado en sus pensamientos, acostumbrando a su fuero interno de que en aquel momento había perdido para siempre no solo a un formidable joven gladiador, sino a alguien que podría haber formado parte de su familia. Se maldijo a sí mismo por sentir aquello, que no era en modo absoluto habitual tras una vida rodeado de malditos gladiadores.

Enero de 284

ROMA

El palacio en el Palatino de Roma estaba en plena ebullición mientras esclavos y funcionarios del Imperio se afanaban en decorar cada una de sus innumerables dependencias. No había rincón en el palacio que no estuviera ocupado por frenéticos lacayos inmersos en sus quehaceres mientras eran coordinados hábilmente por amos y funcionarios.

Las cocinas comenzaban a acumular productos que se disponían allí donde aún quedaba un resquicio o hueco, las pesadas ánforas de vino se apilaban unas sobre otras verticalmente apoyadas en la pared, formando varias hileras del preciado líquido que reposaba en su interior, fresco e imperturbable gracias a la brea con las que se cubría su interior a fin de que su contenido no acabase filtrado por los poros de la cerámica. Sacos de trigo y cereal se acumulaban de igual modo, junto a la montaña de ánforas, esperando ser transportados a los almacenes donde se guardaban a cierto nivel del suelo para evitar que plagas de alimañas acabaran por acceder al preciado cereal provocando el desastre. Las cocinas parecían repletas de trabajadores sin un orden aparente, pero que en realidad, estaban orquestados perfectamente gracias a las directrices de algunos funcionarios. Así, encorvados esclavos aparecían enfilados empujando y redirigiendo cada uno una hilera de animales de todas clases que serían el exótico plato estrella de las fiestas en palacio. Cerdos, faisanes, codornices, pavos reales o perdices eran llevadas cuidadosamente a través de las cocinas y reconducidas a las celdas donde aguardarían su turno para ser acompañados por especias y guarniciones que harían las delicias de la nobleza romana en las más que pomposas fiestas que se celebrarían en el Palatino con la llegada del nuevo emperador.

Sin duda, aquellos cocineros de palacio habrían tenido acceso a alguna de

las copias del libro *De re coquinaria* que había escrito Marcus Galvius Apicius hacía ya bastantes años, y que servía como guía para preparar las más variopintas combinaciones gastronómicas. La llegada de Carino a palacio se había convertido en todo un evento que unos y otros esperaban en mayor o menor grado, en función de la afinidad que el hijo de Caro les producía. El palacio debía estar preparado para su llegada, para la entrada triunfal de quien había sido elegido como emperador de Roma.

Estando su hermano Numeriano tan lejos en oriente, Carino sería la única figura a la que adorar.

En el interior de palacio y las habitaciones no se respiraba, en modo alguno, mayor tranquilidad que en las frenéticas cocinas. Esculturas de mármol eran transportadas de un lugar a otro. Magna Urbica había hecho fabricar diferentes esculturas de dioses y éstas eran depositadas con sumo cuidado allí donde había sido estudiada su ubicación. Imágenes de media altura de faunos y dioses satíricos con cuerpo de niño y patas de cabra poblaban los rincones de las estancias sobre pedestales de mármol rosa con columnas acanaladas y rectos filetes. Una escultura de Baco, de mayor tamaño, portando enormes racimos de uva y en plena pose de embriaguez era transportada para ser el centro de atención en el *triclinum*, allí donde la fiesta tomaría su cariz más pagano y extravagante. Otras esculturas de Vulcano, Minerva y Diana eran llevadas delicadamente a diferentes estancias donde, de nuevo, simbolizarían el poder del emperador y su complicidad con los dioses que gobernaban el mundo.

El mobiliario era igualmente reemplazado por nuevas camas, divanes con repujados y bañados en pan de oro y nuevos tapices con formas geométricas y borlones que decorarían las paredes más simples, y allí donde los mármoles dibujaban otras figuras y series geométricas simplemente serían enceradas para dar la sensación de lustre.

Perfumistas se apresuraban tras Magna Urbica para ofrecer sus bandejas de pociones y ungüentos que la emperatriz, delicadamente, probaba y desechaba con armoniosos gestos de su mano. Cuando algunos eran de su agrado, enviaba al perfumista a consultar con el administrador del tesoro, convirtiendo al infeliz artesano en proveedor oficial del Imperio. Con la llegada del emperador, la vida de una persona podía cambiar en cuestión de minutos, para bien o para mal. El palacio y Roma habían pasado demasiado tiempo sin la figura imperial por sus pasillos y sus calles y la dejadez se había

apoderado de ambos. Ahora aquello cambiaría con la llegada de Carino.

Los incontables jardines de palacio se estaban acicalando de igual modo. Las fuentes con bucráneos eran vertidas, limpiadas y vueltas a llenar de agua limpia. Se desobstruían los conductos y se limpiaban todos los canales por los que el agua circulaba continuamente sin resquicio de suciedad. Los árboles —en aquel mes de enero, los que aún conservaban sus hojas—, era podados con formas geométricas y decorativas. De igual modo, las caballerizas se atiborraban de nuevos animales a los que se sacaba lustre y se limpiaban de paja sucia y húmeda, siempre con el debido cuidado de dejar espacio a los animales que acompañarían al séquito del emperador, aunque aquellos que tras el viaje resultasen viejos y achacosos servirían de carne y alimento para esclavos, y nuevos ejemplares los reemplazarían.

Esos días, Magna Urbica se mostraba nerviosa, quizá por el cúmulo de trabajo y la tensión propia de la llegada de su esposo, que no veía desde hacía tanto tiempo que había llegado a perder la noción del mismo. Aquel pensamiento sobrecogió a la emperatriz. Habría cambiado, sin duda, y quizá ella, con unos cuantos años más, ya no sería de su agrado, pensó.

Además, estaba el irritante mocoso Marco Aurelio Nigriniano. El niño, que había entrado en la adolescencia, era un incordio para ella. Tuvo que aceptarlo como hijo propio pero en el fondo sabía que no era fruto de la pasión entre Carino y ella, sino de una relación anterior de su esposo, según las malas lenguas, fruto del incesto entre el nuevo emperador y una hermana. Para Magna Urbica, simplemente era un problema, una incómoda molestia que aparecía en el momento más inoportuno tratando las cuestiones más absurdas. La emperatriz, en el fondo, lo detestaba.

Quizá por ello y para intentar relajarse y evadirse no solo del estresante trasiego en el que se encontraba el palacio, sino de sus propios temores ante la llegada de un esposo que no había visto en bastante tiempo, decidió darse un baño en una de las pilas privadas donde tan solo ella y unos pocos esclavos tenían acceso.

La estancia no era demasiado grande, con una pila central de forma hexagonal, bordeada en su perímetro por unas losas de mármol veteadas y un mosaico de pequeñas teselas con dibujos de delfines y motivos decorativos marinos como ondulantes olas y conchas de teselas verdes y negras sobre un fondo de grisalla ocupando de forma predominante el resto de la sala.

La piscina, que se encontraba en el centro de la estancia, contenía una

escalinata de igual forma hexagonal que permitía el acceso al corazón de la misma por cualquiera de los lados. Chorros de agua fría brotaban de la boca de pequeños relieves de bucráneos que decoraban cada una de las caras de la pequeña piscina, formando un pequeño mar de ruidosos borbotones que a su vez se volvía hipnótico y relajante. Sobre la piscina un artesonado de madera con casetones perfectamente decorados y tallados con motivos florales y vegetales cubrían el techo. Las alegorías a Neptuno, dios del mar, y Venus, diosa de la belleza, eran evidentes y a esta última lo hacía una estatuilla sobre un pedestal cuadrado de mármol con metopa donde la diosa, desnuda con una concha en la mano, adoptaba una posición grácil y corcovada donde vertía el agua limpia y clara sobre sus piernas en un rutinario baño.

Toda la habitación estaba circundada por gruesas columnas de mármol naranja con una franja roja en su base, desde el suelo hasta la línea que marcaba la cintura de un hombre adulto. Entre columnas y colocados de forma estratégica en cada espacio, un esclavo esperaba una de las órdenes de su ama para ser cumplida de forma disciplinada, sea cual fuere su deseo.

Magna Urbica se encontraba frente a la escalinata —que quedaba en la misma dirección que la entrada— cubierta por una delicada túnica de seda azul turquesa que dejaba traslucir la esbelta figura de la esposa del emperador. Pese a haber pasado ya esa edad donde la lozanía dejaba paso a la firmeza, la esposa de Carino aún conservaba buena parte de la belleza que había embaucado al emperador y su cuerpo aún era objeto de deseo de aquellos que ansiaban perderse en sus esbeltas caderas, su delicada cintura y la tersa piel canela.

Con un delicado gesto de sus manos dejó caer de sus hombros la tela que inmediatamente llegó al suelo de forma súbita, dejando su desnudo cuerpo a la vista. Rápidamente, una esclava acudió a recoger la túnica del suelo en cuanto la emperatriz se hubo despojado de ella alzando suavemente uno de sus pies y acompañando el delicado gesto con el otro avanzando tan solo un paso. La esclava tomó la tela y volvió a su posición haciendo un ovillo de ella y apretándola contra su regazo. Aún así, pese a estar rodeada por doce esclavos, nadie la vería. Cada esclavo permanecía entre las columnas con sus brazos estirados junto al cuerpo perfectamente alineados y sus cabezas gachas con la mirada clavada sobre las teselas que conformaban el elaborado suelo del baño privado. Entre ellos se encontraba Cato, el esclavo favorito de la emperatriz, al que había perdonado más de una vez que alzase sus ojos y los

posase sobre su cuerpo desnudo. Aquel juego producía en Magna Urbica la sensación de estar viva, y se estremecía solo de conocer el inmenso deseo que su cuerpo, firme pero sin la lozanía de juventud, infundía en aquel sumiso esclavo.

La esposa de Carino adelantó sus pasos y pudo sentir el agua fría, gélida en el primer mes del año, al introducir su pie derecho junto al borde de la escalinata. El frío estremeció su cuerpo e hizo erizar el delicado vello que cubría sus muslos y brazos. Pese a ello, a Magna Urbica le encantaban aquellos baños de agua helada que hacían tersar todo su cuerpo y que, según los antiguos, beneficiaban la circulación sanguínea.

La emperatriz se sentía rejuvenecer siempre que se sumergía en aquella pila gélida que hacía que se sintiera aterida. No lo dudó y continuó introduciéndose hasta que el frío se hubo apoderado de su bajo vientre y el agua cubría parte de su cintura, entonces se dejó caer de forma repentina hasta que desapareció en el interior del transparente líquido. El agua era de una pureza increíble e incluso debajo de ella, podía atisbarse su perfecto cuerpo con total nitidez. Tras unos segundos bajo el agua, una brusca sacudida de cabeza la devolvió al exterior y delicadamente se acercó hasta uno de los bordes del hexágono para apoyarse en la escalinata. Se recostó sobre el borde con el cuerpo totalmente hundido —aunque perceptible— bajo el agua y la cabeza apoyada sobre el último peldaño de la escalinata.

Miraba al techo artesonado hasta que cerró los ojos y se dejó llevar por sus propios pensamientos.

Unos minutos después, intentó apretar su mojada y abundante cabellera. La rizada y larga melena ondulada se había convertido en un bucle infinito y húmedo que había absorbido una abundante cantidad de agua. Apretó todo cuanto pudo con sus dos manos para desalojar cuanta agua podía. Oprimió al tiempo que echaba su cabeza atrás y mantenía sus ojos cerrados. El esfuerzo en aquel gesto de escorzo le hizo arquear la espalda y su cuerpo ligeramente salió del remanso de agua mostrando sus pechos como pequeñas islas sobre un mar en calma. Su pose era de una auténtica diosa con la cabeza arqueada hacia atrás denotando una sensualidad extrema en cada gesto.

Fue en ese momento, sin saber muy bien por qué, cuando abrió sus ojos y pudo verla de forma clara. Por la posición de su cabeza, dudó por un instante, pero cuanto más fijaba su vista sobre ella más se convencía. «Ese rostro lo conozco», se dijo. Estaba casi convencida de que aquella figura le era tan

familiar que incluso creía conocer su nombre, y que la emperatriz conociera el nombre de un esclavo era realmente impensable excepto en casos como Cato. Aquella figura que quedaba detrás de ella y que ahora veía bocabajo mientras evacuaba todo el agua que podía de su cabellera, no podía ser otra que Khalima, la esclava mauritana.

Pudo notar cómo el pulso se le aceleraba y palpitaba en sus sienes. Magna Urbica se reincorporó dentro del baño para adoptar una postura más cómoda y girándose, sacó fuera del agua y alargó su brazo húmedo, que goteó abundantemente a la altura del codo, y con el dedo índice señalando a la esclava hizo un suave y delicado gesto natural mientras giraba la muñeca y movía el dedo repetidas veces contrayéndolo en claro gesto de atención.

—Tú, esclava —dijo— Ven y desnúdate —pidió la esposa del emperador a la esclava mauritana, y luego prosiguió—: Dicen que te llamas Khalima. ¿Es cierto?

Pese a que la esclava provenía de la provincia romana de Mauritania Tingitana, no había terminado por dominar el latín vulgar por lo que apenas nadie la había oído articular palabra alguna, aunque se mostraba displicente y siempre acometía sus recados ya que se las arreglaba bien para comprender cuanto le decían por la entonación y porque había aprendido a leer el latín de los labios de la gente desde niña.

La esclava asintió al creer adivinar en la boca de la emperatriz su nombre.

Khalima había vivido desde siempre en Volubilis, ciudad no muy lejana de la capital Tingis en la falda del monte Zerhum. Todavía recordaba cómo, cuando apenas contaba con seis años, jugaba con su hermana pequeña, dos años menor que ella, por las atestadas calles donde los comercios de aceite no cesaban en cargar y descargar mercancía. Recordaba la puesta de sol sobre el foro donde libremente corrían y saltaban entre risas. No podía olvidar las visitas a las termas con su madre y aquellos mosaicos donde elefantes, hienas, gacelas y monos de largas y diabólicas colas formaban parte de tondos que decoraban el suelo del edificio entre calientes vapores y una multitud de mujeres y hombres desnudos.

Aquello había sido un poco antes de que la tragedia llegara a la familia de Khalima.

Su padre, comerciante de animales salvajes para su uso en el circo había estado trabajando, como siempre, en las celdas de los leopardos y aquel día, tras haber ingerido más vino del que su enjuto cuerpo podía asimilar, no

adivinó a mantener la distancia necesaria a su espalda. Cuando menos lo esperaba una rápida zarpa sesgó la yugular del infeliz comerciante quedando tendido lo suficientemente cerca de la jaula para que una jauría de leopardos pudieran dar cuenta de alguna de sus partes sacando fervientemente sus fauces de entre los hierros de sus jaulas. La escena fue de tal esperpento que la madre de Khalima quedó paralizada al contemplar los restos de su marido como una masa de carne deforme y troceada. Encinta y a punto de dar a luz al único hijo varón de la familia, al menos así lo habían dispuesto los augurios y las matronas.

En aquel momento el colapso hizo que se desprendieran de sus manos la tea que llevaba encendida para el hogar y de pronto todo comenzó a dar vueltas en su cabeza hasta caer inconsciente. Como un fogonazo, la paja y la madera almacenada para el transporte de los animales comenzó a prender con tal magnitud que el fuego comenzó a propagarse de forma descontrolada arrasando cuanto alcanzaba a su paso, incluida la desfallecida madre de Khalima que, sin dar cuenta de ello, era un cuerpo inerte bocabajo circundado por las llamas. Las niñas descubrieron la columna de humo muy lejos de allí y tan solo cuando el rumor de las gentes acerca del fuego en la casa del comerciante de animales se hubo extendido por todo el pueblo, corrieron despavoridas hacia allí. En la puerta, un hombre bajo, entrado en carnes les profería una inquisitoria mirada de arriba abajo para finalmente mostrarle una amplia sonrisa que hinchaba aún más su inflada cara. Tendió sus cortos brazos hacia las niñas y Khalima todavía recordaba la frase con la que ambas, mirando atrás para guardar el último recuerdo de su casa en llamas, les había proferido aquel enigmático hombre mientras las alejaba del lugar: «Yo cuidaré de vosotras, mis tesoros».

Khalima soñaba día y noche con aquellas palabras y aún se culpaba por haber dejado que aquel hombre emprendiera con ellas viaje a Grecia. Allí había pasado casi toda su vida y por eso hablaba mucho más griego que latín, pero además fue en aquel viaje cuando el hombre la había separado de su hermana y le había colgado una cartela en el cuello. Fue entonces, con seis años, cuando supo que se había convertido en una esclava y fue en ese momento cuando se prometió que volvería a encontrar a su hermana aunque le fuera la vida en ello; su pequeña y querida hermana Nayra.

Se deshizo del delicado cinturón que se ajustaba a su delgada cintura y, una vez liberada de aquella prisión de cuero, desnudó sus hombros hasta que

la túnica verde oliva que se plegaba en rectas ondulaciones desde el pecho hasta el suelo, dejó al descubierto sus atezados hombros. El fino y suave tejido marcaba sus senos. Comprendía que a pesar de ser una esclava aquella era, sin lugar a dudas, el mejor de los males que podían caer sobre ella, no podía dejar de pensar en el tipo de suerte que habría corrido su hermana. Quizá hubiera sido vendida a una buena familia y ahora era una bella mujer feliz de servir a unas gentes que la cuidaban, claro que, quizá también podría haber acabado en alguno de los repugnantes lupanares y ahora vendería su cuerpo como prostituta por apenas unas monedas a cambio de impensables obscenidades, golpes y maltrato. Aquellos pensamientos atribulaban a Khalima de tal forma que al final, solo al final, lograba consolarse con que todo aquello era infinitamente mejor que la muerte. Evitaba dedicar tiempo en demasía en pensar que su querida hermana pequeña estuviera muerta. «No puede ser, algún día la encontraré y seremos libres las dos», pensaba.

Mientras Khalima se perdía en aquellos pensamientos movía sus manos de forma irracional e impulsiva, deslizando la seda por todo su cuerpo hasta que pudo sacar las piernas del mismo y con un delicado gesto de su pie izquierdo apartó la tela como había hecho antes la emperatriz. Otra esclava acudió a recoger la tela, que hecha un ovillo, de nuevo, fue retirada en absoluto silencio. Khalima se encontraba completamente desnuda mientras era escrutada con una inquisitiva mirada por parte de Magna Urbica que recorría con sus ojos hasta el más ínfimo rincón que desde la gélida piscina podía comprobar. Sin lugar a dudas, disfrutaba con las vistas que la esclava mauritana le ofrecía y aquello era nuevo para la emperatriz.

—Acércate. Entra conmigo —propuso Magna Urbica.

Khalima sabía que aquello estaba vetado para un esclavo cualquiera. Se sentía diferente y pese a sentir el miedo recorriendo su cuerpo, sabía que, en cierto modo, era una privilegiada. Por algún motivo, la esposa del emperador había mostrado predilección por ella, y lo había visto en sus ojos desde el mismo día que fue comprada en el mercado por una buena suma de monedas de oro. Todavía no podía creerse que alguien hubiera pagado tal cantidad de dinero por ella, ni mucho menos que esa persona fuera la propia emperatriz de Roma y todos aquellos pequeños privilegios a los que era sometida, como entrar en la piscina privada de la emperatriz, era algo a lo que Khalima no iba a oponerse.

Magna Urbica tendió su propia mano y ayudó a la esclava mauritana a

bajar los pequeños peldaños que la introdujeron hasta el núcleo de la pila, allí donde los bucráneos producían torbellinos de agua helada. La esclava permaneció de pie, frente a la esposa de Carino que la asía de una mano y la seguía estudiando con su mirada. Parecía que la emperatriz quería guardar en su memoria hasta el último detalle del cuerpo bruno desnudo. El chorro de agua fría descargaba sobre el cuerpo de la mauritana de tal forma que hacía temblar sus tersos muslos y propinaban un continuo traqueteo a unos pechos bien formados y de sensual aspecto. Las gotas de agua transparentes que salpicaban y se depositaban sobre la oscura piel hacían crecer una enorme furia interna en el fuero interno de la esposa del emperador que notaba palpar su bajo vientre y su mente se estremecía en las más bajas pasiones que eran alimentadas por cuanto sus ojos veían.

La emperatriz tiró de ella hasta acercarla a su cuerpo y al momento la hundió en el agua, quedando tan solo el hermoso y salvaje rostro de la mauritana por encima del nivel del agua. El frío estremeció a la esclava y sus rostros quedaron a una ínfima distancia de rozarse. Khalima no podía reprimir una cierta expresión de miedo en su gesto y el frío que hacía martillar todo su cuerpo la retorció en fulminantes temblores que hacían castañear sus dientes.

Dentro de la helada pila, las manos de Magna Urbica la buscaron y una vez encontró su espalda la atrajo aún más hacia sí y recorrió con sus dos manos el costado, acarició sus hombros y bajó hasta encontrar sus senos. La esposa de Carino no podía controlar la desatada pasión que recorría su cuerpo y sin dejar de clavar los ojos en la oscuridad de las pupilas de la mauritana buscó por sus muslos que recorrió suavemente una y otra vez hasta que se perdió en su interior. Magna Urbica se abalanzó sobre Khalima y se fundió con ella en un salvaje y apasionado beso mientras con una mano tiraba de la poblada y rizada melena de la esclava mientras con la otra alimentaba las pasiones más escondidas que la esposa del emperador albergaba. Aquella sensación era totalmente desconocida para Magna Urbica. Claro que había sentido su corazón saltar del pecho mientras subida a horcajadas sobre Cato, salvajemente se dejaba llevar por la lujuria de Venus hasta caer rendida, agotada y sudorosa sobre el pecho del esclavo.

Pero aquello era distinto.

El idílico momento solo se vio interrumpido por el sonido de unos pequeños pasos que sacaron a Magna Urbica del estado de éxtasis en el que

se encontraba. Aquellos minúsculos pasos fueron acompañados por una risa acompasada y estridente que la esposa de Carino supo identificar de forma clara y concisa. No podía creerlo, y tan solo de pensarlo la llevaban los demonios desde el mismo Averno.

El pequeño Marco Antonio Nigriniano había accedido al baño personal de Magna Urbica. Ésta, al verse interrumpida, aún con una de las manos tirando hacia atrás de la melena de la esclava, giró su cabeza poseída por la rabia más profunda con los ojos desorbitados. Aquel maldito niño al que siempre había odiado y que hubo de aceptar como suyo propio, aunque no lo era. Aquel bastardo inoportuno se había atrevido a entrar en su propio baño y justo en el peor de los momentos con la excusa de tratar alguna de las estupideces a las que acostumbraba. «¡Dioses! Ahora no», pensaba Magna Urbica.

La esposa de Carino tan solo hubo de hacer un simple gesto con la cabeza hacia uno de sus esclavos para que éste comprendiera su acometido. Ningún otro esclavo podría haber comprendido mejor lo que la emperatriz quería que el propio Cato. El esclavo había observado la escena de su señora con la esclava mauritana y, en su interior, sentía algo que no era capaz de explicar. Se había acostumbrado a aquella mujer dominadora, a su delgado cuerpo, a recorrer sus costillas cuando, sobre él, arqueaba su espalda hacia atrás levantando sus atezados senos hacia el cielo y con su cabeza alzada gemía de placer. Ahora la veía sentir aquello con otro esclavo. Una esclava. Mauritana, y en el fondo, sabía que de haber sido otro esclavo quizá podría competir por los servicios de su señora. Pero Cato no podía competir con una mujer de piel bruna.

Cato acompañó al pequeño Nigriniano tomándolo por los hombros. No habrían de llegar muy lejos pues una vez hubieron desaparecido de la vista de la esposa del emperador tras una de las enormes columnas que soportaban el artesonado del techo que cubría la pila del baño, un seco sonido de metal acompañó de forma previa a un sutil y leve alarido seguido por ínfimos ruidos de estertor.

Un pequeño río de sangre salió desde detrás de la columna que bañó y tuyó el delicado motivo geométrico del mosaico de mármol, tiñendo algunas teselas del rojo más intenso que el esclavo Cato hubiera visto.

Cato volvió al lugar que le correspondía una vez hubo acometido la orden de Magna Urbica, mientras ésta y Khalima habían vuelto a sus juegos y gemían al unísono en una pila que pocos podían presuponer rebosaba de agua

gélida.

Una semana después

Hacía algo más de un mes que en Roma había ocurrido un suceso apenas perceptible para muchos; tan solo aquellos que profesaban el cristianismo sabían a ciencia cierta qué había ocurrido y el resto, dedicaba su tiempo a parlotear acerca de chismes y rumores. Lo cierto era que el Papa Eustiquiano había muerto justo dos días después de las *nonas* de diciembre y la comunidad cristiana había celebrado el oficio del entierro con solemnidad gracias a un desfile procesional comedido que abarcó buena parte de la Via Appia.

Allí era donde se encontraban las catacumbas de Calisto donde el cuerpo del pontífice sería depositado.

A la ceremonia acudieron cristianos de los alrededores y otras muchas provincias lejanas. El resto de la ciudad de Roma, la pagana, había decidido hacer oídos sordos a aquello y eran más las burlas y vituperios hacia lo que consideraban una estúpida religión. En cierto modo muchos de aquellos que profesaban el paganismo —culto a los dioses romanos tradicionales—, no otorgaban la mayor importancia ante la creciente oleada de conversos al cristianismo. Otros, por el contrario, veían con recelo la nueva fe, como si se hubiese propagado como una plaga, convirtiéndose en una amenaza creciente que hacía peligrar el orden de Roma.

Aquel día, otro tipo de cortejo avanzaba lentamente a través de la Via Flaminia, atravesando el campo de Marte, buscando el corazón de la ciudad de Roma: el foro. Éste debía ser el punto álgido del recibimiento del emperador Carino en los *idus* de enero, y que culminaría con su entrada en el palacio, al sur de la ciudad, sobre el monte Palatino.

Lo cierto es que el recibimiento que la ciudad de Roma había preparado para su emperador distaba mucho de lo que éste esperaba. Si en algún momento Carino hubo pensado en grandes pompas en su honor a su llegada al mismo corazón del Imperio se había equivocado a todas luces. Roma permanecía impertérrita al desfile que el propio emperador había organizado sin el apoyo del Senado, pues, aunque éste lo había aceptado como uno de los emperadores del Imperio, no había aprobado tal día como festivo. Tampoco nadie hubo pagado un solo *antonianus* para organizar una entrada triunfal.

Acaso el viejo Quinto Tulio hubo reunido cierta cantidad pero ni toda su fortuna hubiera alcanzado para engalanar la ciudad y sobornar a tanta gente como para edulcorar aquel acto que no pocos aguardaban con cierto temor. Carino había llegado a Roma y a partir de ahora cualquier cosa podía pasar. Muchos temían por sus pequeños negocios y otros tantos lo hacían por el cariz que iba a tomar la ciudad tras la llegada del primogénito de Caro.

En estas, mientras el cortejo avanzaba, muy pocos dejaban a un lado sus quehaceres para dedicar unos minutos a contemplar el desfile. El grupo de operarios de la ciudad se afanaba en limpiar las vías de cualquier tipo de resquicio de mugre o harapientos que pudiera entorpecer el paso del nuevo augusto y su séquito. Al paso por el Saepta Julia, una multitud de hombres y mujeres bullía acopiando género en sus cestas acampanadas de mimbre. El frío era intenso y las mujeres intentaban mitigarlo cubriendo su cabeza con la *palla* en aquella gris mañana. El cielo se había encapotado por una masa grisácea de nubes, que amenazaba lluvia, sin duda ningún buen presagio. El suelo atestado de paja húmeda y malas hierbas crecían allí donde la piedra se levantaba en los laterales de las aceras y la grava se acumulaba entre las juntas de adoquines, empujada por las ráfagas de viento que hacían que la sensación térmica en aquella primera semana del primer mes fuera realmente fría. El ruido de la columna de hombres que acompañaba a Carino en el desfile no era suficiente como para acaparar mayor interés por parte de los ciudadanos romanos. Quienes entablaban conversaciones —entre los gritos de los mercaderes que, con ambas manos apoyadas sobre sus puestos de madera voceaban a grito en cuello, anunciando sus productos intentando atraer clientes— podían comprobar un hilo de gélido humo salir de sus bocas con cada bocanada de aliento.

La comitiva de Carino avanzaba y el emperador pudo comprobar la ausencia de guirnaldas decorando columnas, la falta de flores arrojadas a su paso, que no se hubieran colgado los enormes pendones desde los tímpanos de los templos con el emblema del águila o las iniciales SPQR bordadas en hilo de oro o incluso el silencio donde debía haber gritos y vítores de alabanza al nuevo emperador.

No había nada de eso.

No había columnas de incienso saliendo desde brillantes y plateados pebeteros sobre los pórticos de los templos, que ese día permanecerían abiertos. Tan solo gente ensimismada en sus quehaceres diarios sin más

entusiasmo que el de encontrar los productos a un buen precio en un mercado ajeno a la entrada que el nuevo César del Imperio romano estaba acometiendo por las principales calles de Roma.

Debido a que el Senado no había aprobado ese día como fiesta oficial, la comitiva no iba precedida de senadores y magistrados como era habitual en los desfiles triunfales de generales victoriosos que llegaban a Roma con épicas victorias que contar y tesoros y esclavos sobre carros tirados por bueyes enjaezados y engalanados para la ocasión.

El desfile de Carino lo marcaba al inicio las legiones que lo habían acompañado en la Galia, y los pendones con el nombre de las mismas bordado en oro sobre una tela granate precedía a la columna de hombres que caminaba en silencio marcando el sonido de los clavos metálicos de sus sandalias sobre el húmedo adoquinado. Como en cualquier desfile de tal magnitud, un sacrificio sería ofrecido en el Capitolio. Un par de toros blancos con cuernos dorados serían sacrificados para obtener los favores de los dioses y como agradecimiento por el nuevo cargo que ostentaba el emperador. Se decía que aquellos sacrificios no eran más que una manera de contentar a los dioses para que no guardasen celo del nuevo emperador y, así mismo, para que éste supiera adónde se encontraba su lugar en el mundo, pues no pocos, al llegar al cargo, se habían convencido a sí mismos de su linaje divino. Citaristas, flautistas y un buen número de trompetistas acompañaban el desfile aportando el tinte festivo que, a todas luces, quedaba fuera de lugar por el desprecio que el pueblo de Roma estaba ofreciendo a su nuevo emperador.

Quizá por ello, Carino decidió desmontar de su caballo, un semental bayo pardo, de larga crin y cola negra, bien cepillado, encerado con aceites perfumados y las cinchas de oro. Con cada bramido una columna de humo cálido era despedida en forma de aliento. El emperador, coronado de laurel, lejos de albergar furia alguna, simplemente optó por llamar tímidamente a algunos esclavos. Rápidamente cuatro nubios, dos delante y dos atrás, arrastraban a pulso dos vigas labradas de madera de nogal que soportaba una magnífica litera: techumbre a dos aguas, adintelada y soportada por cuatro pilares acanalados en las esquinas, entablamento superior con metopas y formas geométricas; el cortinaje púrpura cerraba la vista interior y tan solo dejaba intuir un suave y agradable colchón relleno de plumas de oca y cojines con borlones. El emperador culminaría el desfile recluido en su litera de

mano. Así, al menos, la muchedumbre hablaría menos de la apática llegada del emperador y si hubiera de hacerlo, Carino dejaba claro cuánto le importaba.

Del mismo modo, él también sabía cómo aplicar una buena dosis de desprecio.

Cuando el cortejo no hubo pasado todavía por completo el Saepta Julia, un enorme estruendo seguido por una enorme nube de polvo color siena inundó todo cuanto antes quedaba a la vista de Carino a través del translúcido cortinaje de su litera. Como si la tierra se hubiera abierto bajo sus pies, notó cómo la litera de madera crujía y se partía al caer súbitamente al suelo, una de las columnatas que quedaban a sus pies se hubo partido clavando el macizo trozo, asido todavía a la techumbre, en la pierna derecha del emperador. No había alcanzado el hueso directamente, más bien un simple rasguño de los muchos que había sufrido en escaramuzas en tierra de galos. Allí donde antes, recostado sobre mullidos cojines, podía observar una formada y férrea columna de legionarios marcando el paso y músicos anunciando la llegada del mayor ciudadano de Roma, ahora todo se había tornado vaporoso e informe y de súbito había desaparecido ante sus ojos y tan solo pudo notar el inmenso dolor de su pierna y cómo la litera había quedado destrozada sobre el suelo con él dentro.

La masa de humo había envuelto buena parte del cortejo y, pese a que la calle discurría en línea recta en buena parte de su longitud, la nube de polvo hubo cubierto todo cuanto encontró a su paso. Por momentos, el emperador se preguntaba qué había sido aquello que los había sumido en la oscuridad, una oscuridad que lo había tornado todo del color de la tierra. Se preguntó si realmente tenía los ojos abiertos, y lo confirmó cuando al respirar podía comprobar cómo pequeñas bocanadas de polvo salían de su nariz y boca y cómo al pestañear, cúmulos de vaporoso polvo caían provocándole un incómodo picor. Tan solo gritos de horror y sollozos eran lo único que podía escucharse en aquellos pocos segundos que había durado aquello a lo que aún todavía no daba crédito. Carino intentó eliminar todo el polvo que cubría su rostro aunque la tos que las partículas le producían en la garganta le dificultaba la respiración. Tan solo podía realizar aspavientos de manos intentando eliminar todo lo que cubría su vista y cuando la maciza nube de polvo comenzó a disiparse, entre los insufribles dolores que producía su pierna herida pudo observar cómo poco a poco se iba dibujando el mayor de

los horrores ante sus ojos.

Rocas y escombros cubrían toda la parte delantera del cortejo. Una *insula* había cedido y el adobe no había sido capaz de resistir el peso de los seis pisos, cayendo estrepitosamente sobre la vía cubriendo todo cuanto ésta contenía. No solo legionarios yacían bajo las piedras, sillares y adobe desprendido; mercaderes y comerciantes quedaron atrapados bajo los escombros y pequeñas piernas donde un sucio y mugriento pie desnudo junto a unas pequeñas sandalias desprendidas completaban una horrible escena.

No era la única *insula* que se había venido abajo acabando con las vidas de aquellos que ocupaban las estancias superiores o un próspero negocio en la planta baja, abierto a la vía. Muchas, incluso, eran motivo de especulación y eran derribadas por simple codicia.

No había sido éste el caso.

Con tan solo un rápido vistazo se podía vislumbrar la tragedia humana que había acompañado al derrumbe. Roma podría prescindir de carpinteros, sastres y lavanderos pero nunca podría hacerlo de un buen número de legionarios y soldados. Dentro de poco, cualquiera en Roma sabría que aquello había sido el sino de los dioses: la entrada triunfal de Carino en la ciudad no podía haber caído en mayor desgracia y en los peores augurios. Pero el emperador, sin embargo, tenía otro punto de vista. Para Carino, aquello era síntoma irrevocable de que los dioses habían castigado la afrenta de los ciudadanos de Roma por aquel despectivo recibimiento. «No hay duda, los dioses han castigado a Roma por su desplante, pero ya les enseñaré yo cual es el designio de los dioses», se dijo.

Mientras, pequeños grupos de voluntarios se precipitaban sobre los escombros apartando todo cuanto podían allí donde sabían de alguien atrapado por piedras y polvo.

Una mano tomó al emperador por detrás del cuello, desde la parte superior de la coraza en la espalda, y lo arrastró hasta haberlo sacado por completo del interior de la litera. Carino bramó como un animal salvaje debido al dolor que le producía la herida de la pierna.

—Las has tenido peores, agosto —bufó la voz del hombre mientras tumbaba al emperador sobre el adoquinado.

—Por Jupiter la tendrás tú en cuanto... —Carino hizo ademán de girarse para vislumbrar quién osaba arrastrar al emperador, por muy magullado que éste anduviera, por el pavimento de Roma.

El prefecto de pretorio, Aristobulo, había corrido a socorrer al emperador antes de que la techumbre de la litera se partiese por completo y las tres pequeñas pilastras cedieran de una vez por todas.

Tan pronto como Carino atisbó de quien se trataba calmó sus ánimos.

Aristobulo había formado un pequeño grupo de soldados que rápidamente intentaron alzar al emperador tratando de evacuarlo cuanto antes de aquella zona. Era cierto que la herida de la pierna no había resultado de gravedad y Carino, a duras penas y cojeando apoyado sobre dos soldados, podría realizar un buen trecho de camino hasta salir de aquella complicada zona hasta un lugar más tranquilo y apartado. Comenzó a adelantar algunos pasos, cosa que resultó harto complicada debido a la cantidad de escombros acumulados. Una vez fuera de la litera y en pie, Carino pudo comprobar lo cerca que había estado de quedar aplastado por un cúmulo de piedras, pues el límite del derrumbe se adelantaba apenas unos pasos de la posición del emperador.

La desolación inundó el corazón de Carino cuando pudo comprobar, muy cerca de donde se encontraba, el escorzo que producía el cuerpo de un caballo tordo, color ceniza de lomo blanco como la nieve. Cada paso lo sumía en mayor tristeza hasta que pudo comprobar la quijada negra y el hocico gris: era su precioso caballo de batalla, Fastus. Cubierto por la parte del lomo, costillas y hombro por una buena cantidad de sillar de medio tamaño. Aunque la peor parte la había llevado el animal en la ijada donde un gran sillar había reventado el vientre por donde gran cantidad de entrañas y sangre habían terminado por derramarse sobre el empedrado de la vía. Una fría soledad comenzó a inundar la mente del emperador. Quizá los dioses le habían castigado. No pudo más que pensar en la trágica muerte que le habían contado acerca de su padre. Quizá su hermano y él mismo estuvieran malditos.

—Haremos el sacrificio como está previsto.

—Demasiada sangre se ha derramado hoy, augusto —respondió Aristobulo.

—Haremos el sacrificio a los dioses —bufó el emperador ceñudo y dirigiendo una desafiante mirada a su prefecto de pretorio.

Aristobulo asintió y pareció dar indicaciones a un grupo de soldados que rápidamente se prestaron a escabullirse por los callejones laterales que desembocaban en el corazón de Roma.

Antes de desaparecer por uno de ellos acompañado por un escueto cortejo

triumfal, Carino se deleitó con una última mirada atrás.

—¿Qué negocios se han perdido? —inquirió pensativo.

—Una perfumería y una lavandería —musitó Aristobulo—. En el edificio vivían trabajadores y gente del gremio de los vendedores de fruta.

—¿Partidarios?

—Tan solo los del gremio de perfumería.

—Bien —silabeó el emperador—, ahora ha quedado espacio libre para construir un nuevo lupanar y devolver la alegría a Roma. Limpiad todo y traed al responsable del gremio de arquitectos.

Hizo un simple gesto con su cuerpo que los dos soldados que lo asían por los hombros supieron adivinar al instante como el signo que los invitaba a comenzar la marcha.

Finalmente el grupo se perdió por un angosto y oscuro callejón.

Pronto sería la fiesta de su sexagésimo primer año y Quinto había decidido organizar una gran fiesta de cumpleaños en su villa, no lejos de Roma. Además, el nuevo vínculo comercial que lo unía a la familia imperial hacía pensar que con tan insignes invitados podría concluir nuevos e provechosos negocios. Y como él mismo bien conocía, el emperador llegaba ese día.

El viejo Quinto había estado toda la mañana nervioso y aplicaba dosis de innecesaria crueldad con sus esclavos como bálsamo a tal estado. Se levantó al alba y ordenó a sus esclavos servir un copioso desayuno, pues la mañana iba a ser larga: primero con el desfile triunfal del emperador, aunque Quinto había decidido no acudir, ya que su aguda mente había considerado esperar al nuevo emperador de Roma en el propio palacio del Palatino. ¿Acaso podría negarse Magna Urbica? Quinto sabía que no y su presencia en la propia casa del emperador, rodeado de la familia de éste, crearía el vínculo necesario para prosperar de una vez por todas.

Tomó a un par de esclavos para que le ayudaran a vestir la toga praetexta. El cuerpo desnudo del viejo senador corcovado mostraba las vértebras de tal modo que parecía que iba a partir su columna por la mitad. Dos delgadas piernas donde grandes protuberancias a modo de rodillas difícilmente podrían hacer imaginar la agilidad con la que el viejo senador realmente se movía. La blanca piel manchada y flácida era cubierta poco a poco: primero el *subligar*,

el calzoncillo que se anudaba al frente, después una túnica blanca aplicada sobre el cuerpo directamente, y encima la toga *praetexta* que dejaba clara la condición de senador del viejo Quinto. Los esclavos se estaban afanando en formar metódicos pliegues mientras apoyaban la enorme tela sobre sus hombros y rodeaban el escuálido cuerpo, poco a poco cubierto por capas de tela, cuando un exhausto y enjuto sirviente apareció de súbito en la estancia de Quinto portando una rictus funesto.

Al punto el viejo Quinto supo que algo iba mal.

—Un dederrum... Un derrum... —intentaba vomitar las palabras el esclavo.

Había hecho el trecho de cuatro millas desde Roma hasta la villa de Quinto tan rápido como sus piernas le habían permitido y las palabras se precipitaban en su boca mientras su pecho se henchía de aire precipitadamente.

—¡Traed agua! —refunfuñó el senador—. ¿Qué pasa? Habla, maldita sea.

—Un derrumbe en el desfile del emperador.

Una sombra oscura invadió el fuero interno de Quinto que por momentos temió lo peor.

—¿Y el emperador?

—Su litera quedó aplastada, aunque algunos dicen haberlo visto marchar con vida por uno de los callejones del Saepta Julia.

Quinto apremió a los esclavos a concluir con su vestimenta mientras divagaba qué debía hacer. «Si los dioses lo han salvado quizá no esté todo perdido», pensó. Tanto trabajo para ganar los favores de la emperatriz no podían haber sido en vano. Tan solo de pensar que su plan podía acabar antes de haber siquiera comenzado lo atribulaba y sentía hervir la furia en su interior. La codicia de lo que podía conseguir si todo seguía el curso que había tramado era fuego interno. Aquello lo mantenía vivo y nada ni nadie podría impedirlo. Comenzó a elucubrar, entre murmullos, como si de una salmodia se tratase, mientras deambulaba por la estancia. Finalmente, concluyó:

—Preparad uno de los carros.

—Hay demasiada confusión en Roma, señor; además, si es cierto lo que dicen algunos, el emperador ya no estará allí.

—No es allí adonde voy —sentenció Quinto—. Tengo que ir al Palatino.

Cuando Carino hubo llegado ante las puertas de palacio, en el Palatino, creyó que por fin todo había acabado. Era cierto que aquel no había sido el día triunfal en el que Roma se entregaba a festejar la llegada de su emperador. Por el contrario, había sido un día gris donde las nubes se acumulaban amenazantes en el cielo, dejando tímidos rayos de luz iluminar pequeños resquicios y huecos entre ellas y un horizonte perdido entre la bruma; el viento arreciaba molesto en ocasiones y la sensación de frío se acrecentaba con cada ráfaga.

Había sido uno de los peores desfiles triunfales que Roma hubiera conocido. Pese a todo, aquel día en el primer mes del año, sería recordado por Carino.

Era curioso cómo casi siempre se recuerdan los peores días casi tan nítidos que uno podría vivirlos una y otra vez con tan solo cerrar los ojos, pensó. Y aquel, era uno de esos días para Carino.

Al menos, ahora, ante la puerta de palacio esperaba ser recibido con afecto por su familia como no lo había hecho el pueblo de Roma. Sentía curiosidad por ver al pequeño Nigriniano y cómo habría crecido durante su ausencia; quizá se hubiera convertido en todo un hombre. De igual modo, sentía miedo por volver a ver a una esposa que había estado demasiado tiempo sin saber de él, sin tocar su piel.

Pero, de nuevo, Carino volvía a equivocarse.

Allí, bajo el dintel del pórtico columnado, tan solo esperaba Magna Urbica y un enjuto y corcovado viejo que no acertaba a reconocer junto a un séquito de esclavos y funcionarios. El emperador buscó con su mirada a su hijo Nigriniano, preguntándose si realmente habría crecido como para educarlo de tal forma que algún día pudiera sucederle. ¿Sería un chico inteligente y fuerte o habría sido malcriado por una mujer sin una figura paterna en la que verse reflejado? se preguntó mientras lo buscaba alzando la cabeza en todas direcciones.

Pero no lo halló.

El cuerpo del pequeño Marco Aurelio Nigriniano yacía sobre su lecho, convertido en un altar para la ocasión. La túnica color burdeos decorada con

pequeños y dorados brocados en la cintura y los bordes inferiores lucía perfectamente cada pliegue horizontal. En su cabeza una corona laurea como símbolo de poder, no en vano, algún día podría haber sucedido a su padre en el trono imperial. El cuerpo rígido ya se había enfriado y aquella era la sexta noche que duraba el velatorio.

Todavía no había comenzado el período de descomposición pero dentro de poco, las larvas comenzarían a realizar su trabajo. La piel del niño había tornado macilenta. A Magna Urbica se le antojaban aquellos días como semanas. Parecía que habían pasado años desde que le hubieron cerrado los ojos, desnudado, lavado su carne muerta y vestido con los ropajes del hijo de un emperador. Claro que ella había tenido buena culpa de que el hijo de su esposo yaciera inerte sobre el lecho; y muchos de los esclavos que por allí pululaban habían sido testigos de la orden que la emperatriz había exigido a su mano ejecutora.

Habían puesto una moneda de oro, un as, en el interior de su boca para que Caronte transportara su alma en la barca y cruzar la laguna de Estigia y poder así descansar en el reino de los muertos.

De aquello habían pasado ya seis días por lo que el alma del maldito Nigriniano debía haber pasado ya la laguna o haberse hundido en su ciénaga; tanto daba, pensó la emperatriz en su interior. Apenas otros dos días más y el cuerpo del hijo del emperador sería trasladado hasta su tumba definitiva, todo se olvidaría y aquel entrometido bastardo no sería un problema nunca más.

Salmodiaría plegarias a los dioses familiares para que el mocoso muerto no la atormentara en vida. Tan solo de pensarlo, el delicado vello de sus brazos se erizaba como lo había hecho con el simple roce de la piel de su nueva esclava favorita.

El gran atrio de palacio estaba atestado de esclavos que se apresuraban a satisfacer cada deseo de sus señores. La música acompañaba con sosegadas y largas notas las mundanas conversaciones que se habían formado. Se habían diseminado varios grupos por el amplio espacio y cada uno se hallaba ensimismado en banales temas de los que poco o nada servía de interés para nadie. Banalidades acerca de la vida y la muerte.

Una máscara mortuoria esperaba sobre una pilastra estriada en una de las esquinas del *atrium* para ser utilizada como estandarte por la procesión que trasladaría al cuerpo hasta su tumba definitiva. En aquella procesión participarían sus familiares y demás esclavos, incluso plañideras. La máscara

de cera sería de nuevo transportada hasta palacio donde permanecería junto a las de los antepasados y el inextinguible fuego del hogar. Aquella inagotable llama recordaba que el alma de los familiares difuntos ya había cruzado la laguna sobre la barca de Caronte y se habían convertido en un símbolo protector de aquella casa y sus gentes. La simple idea estremeció a Magna Urbica que bien hubiera deseado que aquel fuego apareciese una mañana extinto, un gris y frío hueco de ascuas y ceniza; aunque ella, por supuesto, no alcanzase a tener el valor suficiente para hacerlo por sí misma temiendo que una horrible maldición cayera sobre ella.

Un exceso de humores había provocado una terrible fiebre durante semanas. Aquella había sido la causa que se había llevado la vida del pequeño Nigriniano. Al menos, eso fue lo que Magna Urbica dijo a Carino, cuya veracidad ni siquiera se molestó en corroborar.

—*In girum imus nocte et consumimur igni* —fue lo único que bisbiseó Carino al oído de su esposa, que a su lado rápidamente interpretó como: «*Andamos vagando por la noche y nos consumimos en el fuego.*»

El viejo Quinto se había procurado un buen lugar donde fuera claramente visible a la llegada del emperador. Ahora, en el velatorio del pequeño Nigriniano, se escabullía entre los grupos de personas como pez en el agua. Años de dedicación como mercachifle le habían hecho ducho en los más diferentes tipos de negocios y aquello le proporcionaba siempre un punto de vista adelantado a su interlocutor, un movimiento estratégico perfectamente calculado que dejaba a su oponente en inferioridad. Así hubo de sentirse Magna Urbica cuando el corcovado senador se deslizó hasta quedar junto ella. Tendió hacia la lujosa y enjoyada mano de la emperatriz un cáliz de plata de pedrería engarzada cuyo interior rebosaba de vino y miel.

—Le debes un hijo al emperador —dijo el viejo al tiempo que le entregaba la copa.

Magna Urbica pudo notar los fríos y huesudos dedos al rozarlos tomando el cáliz pero aún así, fueron las palabras de Quinto las que turbaron a la emperatriz. El aliento del viejo junto a la cercanía de su rostro, intentando introducir cada palabra silabeada en el interior de su oído mientras se alzaba de puntas sobre sus viejas sandalias, le producía tal asco como pocas cosas en el mundo.

—Parece que no fuiste muy discreta en el baño, *domina* —continuó Quinto.

—No sé de lo que me hablas —intentó girar su cuerpo con indiferencia. Dar la espalda al viejo tras una sentencia firme con expresión de indiferencia quizá aplacase lo que el maldito senador tramase.

No fue así.

Quinto, en un grácil movimiento, inexplicable para su edad, giró sobre su propio eje para terminar de nuevo frente a la emperatriz que sorbía de su cáliz con claro gesto de nerviosismo.

—No fuiste muy discreta al ordenar la ejecución del pequeño —volvió a musitar—. Claro que en tal situación cualquiera hubiera actuado con similar ímpetu. Parece que disfrutas de mi regalo y las paredes de este palacio pueden hablar... si uno sabe cómo hacerlas hablar y tiene la suficiente destreza para escuchar cuanto dicen, claro.

Quinto Tulio tomó una moneda de plata entre sus dedos con claro ademán de irreverencia.

Estaba claro, había sido engañada por el viejo taimado. Ahora tenía claro que el jorobado y viejo senador era como una víbora que tenía a su presa a punto de ser abatida; y su presa era ella. Había comprado o sobornado a alguien, pensó Magna Urbica. «Quizá Cato, dioses, que no sea él —pensaba precipitadamente dando pequeños giros a su copa—. Alguno de los malditos esclavos que había en la sala de baño, sin duda». ¿Acaso podría ser ella? ¿Podría ser su nuevo entretenimiento de piel bruna una traidora que sucumbía al dinero del viejo senador por información? Los ojos y la boca de la serpiente en el interior de palacio. Él había planeado introducir tal objeto de deseo en palacio, a sabiendas de la vida que ella llevaba y una vez sucumbida al fruto prohibido el viejo podría chantajearla para conseguir los favores que estimase convenientes en el comercio y la política. Acabar con el maldito niño había sido un movimiento estúpido, una razón más para que el odioso Quinto pudiera manejarla como le viniera en gana en favor de sus intereses.

Magna Urbica se maldijo de haber sido tan estúpida, pero ¿qué podía hacer? Lo que la esclava mauritana había despertado en ella había sido totalmente inesperado y se había dejado llevar como hacía tiempo no lo hacía, ni siquiera con el bello y fibroso Cato.

—¿Qué deseas? —preguntó con asco la emperatriz.

—Por lo pronto que seas consciente de que conozco las fiebres y

calenturas que han acabado con el hijo del emperador.

Magna Urbica pudo sentir el doble juego de aquellas palabras y se estremeció al vislumbrar a través de los pequeños y entrecerrados ojos del viejo. ¿Acaso no parecían en realidad los de una serpiente? Decidió que a partir de aquel momento, aquel taimado viejo había cambiado su nombre. Para ella sería Ojos de Serpiente en el futuro. Y debía pensar cómo acabar con él.

—El emperador necesitará consejeros. No hay muchos en Roma que estén dispuestos a asesorar a tu esposo. Quizá conozcas a alguien que *siempre* se ha mostrado partidario de su regreso y nombramiento como el único emperador —la leve reverencia de cabeza fue suficiente para confirmar que el anciano hablaba de sí mismo.

—No solo te contentas con abarcar la mayoría de gremios y comercio del Imperio sino... asesor. Uno de los fieles consejeros del emperador —repitió silabeando la emperatriz mientras con su dedo índice acariciaba el dorado borde de la copa.

Alzó la copa ante el cauto rostro del que ahora se había convertido para ella en Ojos de Serpiente. Finalmente se llevó la copa a su boca y bebió de un gran trago el dulce vino mezclado con miel, para concluir:

—Así será —sonrió—. Llegarás a dar consejo al emperador.

Cuando Magna Urbica hubo regresado junto a su esposo y ambos quedaron ante el cuerpo inerte del pequeño Nigriniano, parecían absortos en sus pensamientos. Parecía como si lejos de apoyarse uno en el otro por la pérdida del niño, ambos dedicasen sus mentes a cuestiones más provechosas, deseando acabar con aquello cuanto antes.

El ruido de las plañideras, que se había convertido en soniquete, era realmente sobrepasado con creces con el verdadero llanto y sollozo de Caecilia. El ama que había cuidado del pequeño desde que el joven Carino había partido a la Galia dejando a un rollizo rorro al cuidado de ella. Caecilia siempre supo acerca de la verdadera madre del niño pero jamás una sola palabra había salido de su boca.

Cuando Carino hubo desposado a Magna Urbica, la propia Caecilia había hecho de tripas corazón acerca de la nueva esposa de su señor y había aceptado ante todos que el sonrosado bebé había sido fruto de aquella reciente unión. Al ama le gustaba el carácter despreocupado y curioso del pequeño que siempre andaba metido en líos por su afán de conocer más

acerca del mundo. Sabía que había mimado demasiado al pequeño, como cuando no se contentaba con solo un tazón de sopas de leche especiada y solía acabar cediendo y servía cuantos demandase el niño.

Tampoco había sido especialmente dura con el pequeño cuando había alcanzado la suficiente edad como para despertar sentimientos adolescentes y lo había sorprendido alguna que otra vez con tocamientos y juegos extraños con alguno de los esclavos de palacio. Caecilia prefería no hablar de aquellos temas y que fuera el propio niño quien descubriese más acerca del asunto. Que fuera abriéndose paso a través de la vida.

El ama no se había separado del cuerpo del pequeño y sus llantos comenzaron a enervar el ánimo de Magna Urbica.

Carino hubo de cruzar la mirada por encima del cuerpo de su hijo, apostado en el lecho, y como una extraña visión pudo vislumbrar, de nuevo cabizbaja, a la oscura fuente de deseo.

Khalima era objeto de la lasciva mirada de Carino, que no la había visto antes desde su llegada al Palatino, aunque por su gesto, aquella nueva adquisición había sido de su agrado, sin lugar a dudas.

Magna Urbica se percató de la mirada de su esposo clavada en algún punto del enorme atrio. Al descubrir que los ojos de su esposo se clavaban sobre aquel bruno y escultural cuerpo se complació por haberla comprado. Luego recabó en la estratagema del viejo Ojos de Serpiente y, aunque se sonrojó al pensar en su anterior encuentro con la esclava, lo que su fuero interno albergaba era odio. Odiaba haber caído en las redes del taimado y viejo senador. Lejos de caer rendida en los brazos de su recién llegado esposo tras años fuera de Roma, maldecía cada segundo desde que había vuelto y le asqueaba el simple hecho de pensar en su falo dentro de alguna puta de Roma, del propio palacio o incluso alguna ramera salvaje de la Galia. Quizá por ello, y solo por ello, habían surgido aquellos sentimientos hacia Khalima que ella no había sentido antes y que había intentado controlar en vano.

Jamás.

Pese a que sabía que la esclava mauritana había sido una trampa, una hermosa y lasciva trampa, sabía que en el fondo lo hacía por la mayor de las necesidades. Debía indagar más acerca de ella y quizá así podría obtener la información necesaria para adquirir cierta ventaja ante el taimado de Quinto Tulio.

PARS TERTIA

TERCERA PARTE

De septiembre a noviembre de 284

Septiembre de 284

ROMA

La ciudad de Roma se preparaba para dejar a un lado la miseria mientras durasen los juegos organizados por el emperador Carino. No había fórmula más eficaz para hacer olvidar al pueblo aquello de cuanto escaseaba mientras su mente estuviese ocupada en competitivas pruebas, embaucadoras danzas y músicas y cualesquiera fueran divertimentos necesarios para apaciguar cualquier pensamiento crítico hacia el poder.

Habían pasado ocho meses desde la llegada de Carino a Roma y, a decir verdad, no se habían producido demasiados cambios; no al menos como lo habían predicho muchos ante la llegada de un ambicioso emperador. Había pasado el gélido invierno y dado paso a una exuberante primavera; tras ella, un caluroso verano había precedido al fresco otoño y ahora las hojas de los árboles comenzaban a cubrir buena parte de la ciudad acumulándose junto a los bordes de las calzadas, donde el agua de las copiosas lluvias las convertía en improvisado humus. El hediondo olor que comenzaba a brotar del alcantarillado impregnaba la ciudad como siempre solía hacer pocos meses antes de la llegada de un nuevo invierno. Atrás quedaban los cerezos en flor, tan blancos como la nieve; los rosados almendros floridos y el aroma de narcisos, jacintos y violetas. Roma volvía a evocar su propio pútrido perfume, al que en realidad cualquiera que hubiera pululado por las calles de la ciudad más de un año se terminaba acostumbrando.

Todo parecía funcionar como lo había hecho antes de la llegada de Carino. Aún, en aquel noveno mes del año mil treinta y siete *ab urbe condita*, el edicto de precios no había sufrido cambios significantes. Se acuñaban ya monedas con la efigie del hijo de Caro como emperador, así como de su esposa y aún seguían circulando algunas otras con la efigie del difunto Marco Aurelio Nigriniano con el revés de un águila con las alas abiertas. El gremio

de perfumeros seguía trabajando codo con codo con sus principales clientes, dueños de lupanares donde los perfumes eran tan bien recibidos como los clientes ávidos de placer y fantasía. Los prestamistas continuaban sus quehaceres en sus pequeñas mesas repletas de torres de monedas y ábacos que separaban y amontonaban en otros pequeños montones con tanta destreza como un carnicero separaría el hueso de la carne.

Con todo, una de las cosas que había cambiado con la llegada de Carino estaba relacionado con el cereal. El precio del cereal se había reducido considerablemente y ello había sido causado por una extensa producción que se había puesto en circulación por parte de la maquinaria del Imperio. El precio para fabricar pan había disminuido tanto que las panaderías apenas si daban abasto a hornear tal cantidad de alimento y eso era una de las mejores formas que tenía el Imperio de enmascarar las demás carencias. El pueblo tenía pan y circo y con ello apenas si recabaría en otras cuestiones; era aquello y la falta de vino por toda la ciudad de Roma. Los chismes y comentarios acerca de la libertina vida de Carino parecían haber resultado tan acertados como problemáticos. Las continuas fiestas que el emperador celebraba en palacio requerían un buen suministro de ánforas de vino que eran acumuladas en los almacenes y las cocinas de palacio. Aquello, por ende, resultaba en un menor suministro para las innumerables tabernas que se dispersaban por la ciudad, resultando muy perjudicadas las *tabernae vinariae* —lugares específicos para el comercio de vino— del mercado de Trajano. La falta de provisiones de vino había producido incontables tumultos y peleas y aquella paradoja parecía divertir al emperador que fantaseaba con brutos descerebrados descalabrándose unos a otros por el preciado líquido del que él podía disponer sin problemas día y noche. Acaso podía prepararse un baño con él si le apeteciese.

Una fresca brisa bajaba aquel día desde el monte Capitolino, atravesaba el foro y desembocaba justo sobre los muros del gran anfiteatro Flavio, entre las colinas Celio y Esquilino. Toda Roma se había lanzado a la calle para disfrutar del comienzo de los juegos que se habían organizado en honor del emperador. En realidad, era el propio Carino quien había presionado al Senado para garantizar que el tesoro público dispusiera una buena cantidad de monedas para sufragar los gastos de aquellos días de juegos. Se habían incrementado algunos impuestos como las tasas por los puestos comerciales en la basílica Emilia y aún así, pocos habían logrado percatarse de ello; quizá

el haber estado tanto tiempo sin un emperador intramuros había hecho que la ciudadanía de Roma perdonase aquellas pequeñas subidas de impuestos si ahora podían disfrutar de entretenimiento. Una semana de juegos hacía olvidar toda la rabia y miseria acumulada durante el resto del año. Carino había organizado aquellos juegos con el único objetivo de proveer al pueblo con siete días de esparcimiento y olvidar así la decadencia a la que iría sometiendo a la capital del Imperio.

Todavía no podía olvidar la afrenta que el populacho le había conferido en su llegada a Roma.

Además, aquellos juegos ofrecían una inmejorable posibilidad de negocio para quienes sabían aprovechar tales circunstancias en beneficio propio. Rateros y ladrones hacían de buen acopio de objetos de valor mientras se escabullían entre la muchedumbre; centrando así toda su atención sobre pulseras, brazaletes o collares de distraídos nobles y patricios. Los taberneros vendían el resto de existencias de comida y vino hasta agotar las provisiones dejando bien desocupadas sus alacenas aunque bien colmadas sus bolsas de monedas, que servían para repoblar las despensa, invertir en arreglos para el negocio además de colmar otras necesidades. Aunque, si había un negocio que podía asegurarse un buen provecho de siete días ininterrumpidos de juegos y fiestas, esos eran los lupanares; los prostíbulos ganaban tantas monedas de plata como necesitados hubiera que abastecer, y en aquellos días de descontrol, había clientes por todos los rincones de Roma. No solo borrachos y menesterosos buscaban aliviar su descontrolado fuego bajo vientre sino legionarios, senadores y hombres de la alta nobleza buscaban hombres y mujeres con los que fornicar, independientemente del precio, pues un buen servicio bien valía un as.

Las calles se habían engalanado para la ocasión con guirnaldas de hojas de roble —que simbolizaban el poder del emperador— que decoraban las estriadas columnas de los templos del foro, las arquerías anteriores a la basílica Emilia y las que bordeaban a la basílica Julia. Grandes telas del color púrpura imperial y ribeteadas con brocados dorados colgaban de las metopas de los templos de ofrenda y pétalos de rosas rojas y blancas cubrían, como una alfombra, todo el empedrado de travertino que cubría buena parte del foro imperial. Todo era un hervidero de gente engalanada con sus mejores togas y mantos, pues el frío había comenzado temprano aquel año, apenas acabado el octavo mes podía notarse el fresco cuando el sol comenzaba a

ponerse cubriendo la ciudad de un melancólico color anaranjado. El intempestivo frío y viento que soplabla dirección sudeste aquel día no había sido una excepción y buena parte de los que pululaban por los alrededores del foro cubrían su cabeza mientras cruzaban el arco de Augusto enfilando sus pasos dirección a la casa de las Vestales; de allí, directamente al pequeño templo de Júpiter Stator desde el que podía contemplarse el arqueado coloso de piedra de cuatro niveles que recortaba la figura de Roma en aquella alborada del primer día del noveno mes, en el *calendas* de septiembre.

Aquella mole de sillares, que todos llamaban anfiteatro Flavio, comenzó a tragar a tanta gente como se acercaba a alguno de sus vomitorios.

Para Decimo Antonino la vida había cambiado, en esos meses, mucho más que para la mayoría de ciudadanos de Roma y la causa no había sido la llegada del nuevo emperador del que no se había mostrado partidario, que había trastocado en parte su vida como lo había hecho con su buen amigo Gregorius, sino la llegada de su segundo hijo, y Decimo aún lo recordaba como si hubiera sido un hecho acaecido tan solo unos días atrás.

El pequeño Natalio había llegado al mundo en las fiestas de la natividad cristiana mientras su padre se encontraba gestionando el negocio familiar y cerrando aquellos asuntos que debían quedar concluidos para cumplir la promesa que un día hubo hecho a Gregorius: huir a oriente y unirse a la facción partidaria de Numeriano.

Aquel día, Myriam, la esposa de Decimo, había roto aguas en la propia puerta de casa. Fue Minervina, la hija mayor del matrimonio quien alertó a las amas y ayudó a su madre entrar en la casa familiar donde, en el lecho matrimonial, sería recibido el nuevo miembro de la familia.

La gestación había evolucionado sin problemas, al menos así lo creía Myriam, pero las últimas semanas la quietud del niño dentro de su vientre atribulaba a la esposa del joven senador. Durante todo el embarazo había podido sentir al niño moverse inquieto y aquello, lejos de molestarle, le hacía pensar con dulzura en que aquel sería un niño nervioso y avisado; porque no tenía la menor duda de que sería el varón que habían esperado tras el nacimiento de Minervina. En cierto modo se había dicho a sí misma que se lo debía a su esposo, el amor de su vida.

El dolor del parto podía escucharse en el más recóndito rincón de la casa.

—Mi señor —dijo sin resuello un esclavo a su servicio—. La señora está trayendo al niño al mundo.

Alguien había mandado enviar un esclavo en busca de Decimo y aquel lo encontró cerrando algunas cuentas en uno de los puestos de prestamistas.

—¿Quieres decir, ahora mismo? —preguntó.

—Las matronas ya están asistiéndola y los gritos de dolor se escuchan por toda Roma —respondió—. No hay duda.

Decimo dibujó una amplia sonrisa, posó su brazo por los hombros del esclavo y dio varios golpes certeros sobre la mesa de madera del prestamista con la palma de la mano bien abierta. Aquel gesto hizo temblar el destartalado mobiliario y las montañas de monedas titilaron hasta casi quedar esparcidas por el resto de la mesa y el suelo.

—¡Mi hijo está en camino! Cerraremos cuentas más tarde, amigos.

Junto al esclavo tomó dirección a la casa familiar tan rápido como sus piernas pudieron acomodarse a la velocidad del paso. Su cabeza solo procesaba pensamientos para el nuevo miembro de la familia que estaba a punto de llegar, un rosado y rollizo crío y tan pronto como cumpliera unos meses, quizá el primer año para garantizar que el pequeño no sufriría en el largo y duro camino al exilio, tomaría a su familia y huiría hacia oriente cumpliendo la promesa hecha a su mejor amigo.

Aquellos pensamientos hicieron que apenas si hubiera recapitado en que, apenas unos minutos después, habían llegado a casa. Al menos eso le pareció a Decimo, pero en realidad, el tiempo natural que transcurrió fue algo más de treinta minutos. Cuando entró en casa, ningún ruido era perceptible desde el atrio; el niño habría nacido y se encontraría mamando del pecho de su madre tranquilo y protegido, pensó Decimo.

El hombre que salía por la puerta del dormitorio principal llevaba una túnica color piedra completamente cubierta de salpicaduras y enormes manchas de sangre. Los ojos de Decimo fueron directamente a la manos del médico que portaba utensilios de cirujano que se esmeraba en limpiar.

—Ha habido que cortarla —dijo el cirujano—. No he podido hacer nada por ella, lo siento.

Decimo sintió un terrible dolor de cabeza. Una punzada repentina le sobrevino como si un rayo le hubiera golpeado de atrás adelante atravesando por completo su pecho. Sintió flaqueza en las piernas y comenzó a percibir todo su entorno de forma difusa. Lo había perdido todo: su preciosa mujer y

el hijo de ambos. Ni siquiera pudo llegar a recapacitar que se quedaba solo en el mundo junto a su hija mayor, Minervina.

Entonces escuchó los gritos.

El llanto de un bebé inundó la casa y la idea de un favor misericorde de los dioses cobró fuerza en su fuero interno. Quizá había sido lo que su esposa Myriam denominaba como milagro. Ella había participado junto a Minervina de alguna de aquellas reuniones con grupos de la nueva religión cristiana y el bondadoso Decimo jamás había influido en que ninguna de las dos dejara de hacerlo.

Arrastró sus pasos apoyado sobre los muros del pasillo que daban hasta la cocina. Todavía era incapaz de percibir su entorno con claridad pero se dejaba arrastrar por el sonido del llanto; podría haberlo hecho incluso si sus ojos se hubieran sumido en una total oscuridad. Había algo en el llanto de aquel pequeño que lo atraía de forma instintiva.

Notó cómo se aceleraba su pulso y duros latidos golpeaban en su cuello cuando palpó la puerta de la cocina. El llanto provenía de allí, sin duda. Cuando la empujó todavía se hizo más fuerte.

De repente cesó.

El joven Decimo creyó que todo estaba perdido pero finalmente se precipitó al interior de la cocina donde una joven que le resultó familiar se encontraba dando de mamar al pequeño que succionaba con avidez. A su lado una mujer de mayor edad, la misma que tendría Myriam, dijo:

—Nos avisaron de la urgencia y mi hija aún puede alimentar a otro niño más aparte de sus dos gemelos.

Eran Urgulania y su hija, de alrededor de diecisiete años, Galla.

Decimo las conocía bien puesto que vivían a la espalda de su casa, donde los patios de ambas casas colindaban. Habían sido muchas las ocasiones en las que había sorprendido a la joven Galla atisbando a través de los arbustos.

Desde ese momento estaría en deuda con aquella familia, se dijo.

Ahora, ocho meses después de la trágica muerte de Myriam, el pequeño Natalio había crecido fuerte y sano, amamantado por Galla con férrea disciplina. Decimo no podía más que estar agradecido por la dedicación que había empleado aquella joven en criar a su hijo, junto a los suyos propios.

El pequeño ya toleraba alguna papilla bien triturada y Decimo se había propuesto no demorar demasiado lo inevitable: debía marchar a oriente con sus dos hijos tan pronto como fuera posible.

Se encontraba ordenando algunos pliegos de papiro correspondientes a unos despachos tributarios cuando escuchó los golpes. Dejó los legajos sobre la mesa de su despacho y abrió la puerta, cuyas bisagras chirriaron desagradablemente cuando las dos hojas quedaron completamente abiertas.

Iacobus, el portero yacía en el suelo con un evidente corte que cruzaba su pecho desde la clavícula izquierda hasta la parte derecha del abdomen. Uno de los dos legionarios todavía estaba intentando sacar su espada del cuerpo y cuando éste lo hubo hecho, un gran chorro de sangre escarlata comenzó a brotar precipitadamente. Ambos legionarios fijaron sus ojos en Decimo, que sobrecoigido no supo cómo reaccionar. ¿Podía esconderse en su despacho? ¿Acaso podía salir corriendo? «¡Maldita sea —pensó de súbito—, el pequeño Natalio!»

Cuando intentó cruzar el atrio y subir por la estrecha escalera hasta el piso superior, donde el niño dormía en su cuna, uno de los legionarios lo tomó por el brazo y con un gesto de extremada brutalidad, golpeó su cara de arriba abajo con el mango de su *gladius*. Decimo pudo saborear su propia sangre, que caía desde lo que había sido una dominante nariz, hasta su boca. Mientras se encontraba de rodillas apoyado sobre sus manos y veía cómo las gotas de sangre caían sobre las pequeñas teselas que decoraban el suelo del atrio, pudo atisbar cómo el otro legionario subía por las escaleras con determinación.

Los precipitados pasos sobre las vigas de madera fueron lo único que escuchó a continuación. Después, tras unos breves segundos que a Decimo se antojaron interminables, unos pasos resonaron en su cabeza e inundaron su corazón de una fría y negra amargura.

El legionario portaba al pequeño Natalio bocabajo, tomado por un pie. Ambas manos colgaban inertes y el corte en el diminuto cuello era lo suficientemente visible como para que Decimo no pudiera contener las náuseas que le impulsaron a vomitar. No podía pensar. Había dedicado su vida a sus dos hijos, lo único que le quedaba de su amada Myriam y ahora, su único hijo varón, que tanto había luchado por disfrutar de un futuro diferente al de su madre, había sido asesinado. Comprendió que había tomado la decisión de marcharse de Roma demasiado tarde y las palabras del legionario que lo amenazaba terminaron por confirmar sus sospechas.

—Moriréis todos los traidores al emperador —espetó—. Todos derramaréis hasta la última gota de sangre de vuestra estirpe de malditos bastardos.

Decimo escuchó el leve silbido de la hoja de la espada al caer y tras unos segundos ya no hubo nada.

Los legionarios tomaron el cuerpo inerte del pequeño Natalio y la cabeza del joven senador Decimo Antonino, trofeos que habrían de presentar ante Carino, y fue entonces cuando la vieron en el umbral de la puerta. En el exterior, la niña había dejado caer el cesto de mimbre repleto de frutas que había ido a buscar al mercado y acto seguido el líquido había comenzado a caer por sus piernas hasta impregnar buena parte del empedrado de la calle. La escena que veía en el interior de la casa había hecho que no pudiera controlar el acto reflejo y se orinó mientras permanecía inmóvil con un horror inolvidable reflejado en su rostro.

Los soldados, estáticos, la inspeccionaron. De repente, un impulso hizo que Minervina desapareciera de la vista de los legionarios tomando la calle anexa a tal velocidad que las lágrimas que se precipitaban por sus mejillas pareciesen gélidas gotas de hielo. Mientras huía se juró venganza y se dijo que a partir de ahora no viviría para otra cosa que buscar justicia.

Cuando los dos legionarios fueron en su búsqueda, el rastro de la joven Minervina se había desvanecido.

CORDUBA

El largo verano iba tocando su fin y los días en los que el sol parecía no querer desaparecer tras el horizonte se habían ido haciendo cada vez más infrecuentes. Muy a pesar de las dos niñas, ahora la noche llegaba demasiado pronto, cuando todavía andaban envueltas en continuos juegos y aventuras a las que detestaban tener que poner fin.

La alborada había dejado paso a una mañana clara y soleada, lo que ayudaría a secar todo cuanto la semana anterior habían inundado las torrenciales lluvias. Flavia no recordaba una tormenta como la que había azotado Corduba aquella semana. Livia apenas si reflexionó sobre ello siquiera, pues al mirar por la ventana de su alcoba que daba al patio trasero de casa podía observar el radiante y luminoso día y con él todos los malos recuerdos se habían evaporado de su incansable mente.

Debía disfrutarlo al máximo.

Livia se las había arreglado para salir de casa en cuanto el primer gallo

hubo cantado sin que Eumelia volviera a dar de bruces con ella y la obligase a recorrer el camino de la cocina y tomar aquellas gachas con la maldita leche. ¡Cómo odiaba su sabor! Pensó mientras se escabullía pegada a las paredes hasta que hubo puesto ambos pies en la calle. Más tarde recorrió buena parte de la ciudad hasta encontrarse con Flavia en el lugar acordado. Su amiga no había faltado a su palabra, como no lo había hecho en ningún momento durante todo el largo verano, y se encontraba en la puerta sur de la ciudad cuando todavía no había demasiada gente en las calles.

Aquella había sido la razón por la que habían acordado el encuentro apenas al despuntar el alba. De otra forma, seguro que algún amigo o conocido de Publio la reconocería y daría parte de inmediato a su padre. «Andaba pululando sola por las calles de la ciudad en plena algarabía, pudo haberse extraviado», escuchó en su cabeza decir a cualquier delator mientras la entregaba por ganarse algunos favores de su padre. Sin duda alguna, haber acordado el encuentro a aquellas horas de la alborada había sido un acierto.

—¿Has desayunado? —preguntó Flavia.

—¡Puaj! No podría tomar ni una más de esas sopas con leche de Eumelia —repuso Livia torciendo el gesto y arrugando la nariz.

Ambas rieron llevándose la mano a la boca para mitigar ruidos e incómodas miradas de reprobación, pese a la poca gente que todavía deambulaba por allí.

—Ven entonces. Conozco el sitio perfecto.

Flavia tomó la mano de su amiga y la arrastró a través de la puerta de piedra, bajo un tosco arco de medio punto.

Ambas estaban ahora extramuros.

Mientras cruzaba la puerta a través del arco de piedra, Livia pudo sentir cómo su corazón se aceleraba y le vino a la cabeza el recuerdo de las palabras que un día le había dicho Eumelia. «Los caminos extramuros están llenos de más cosas, querida —dijo una vez la ama. Y ante su insistencia concluyó—: De muertos». Pensó en cuánto quería a Eumelia y cuánto la había cuidado durante toda su vida y ahora, quizá, se sentía un poco culpable por aquellas palabras que había dicho a Livia acerca de los desayunos de la cocinera griega. Livia sintió cómo un sobresalto de tristeza la abrazaba.

Aún así apenas tuvo tiempo de recapacitar en profundidad sobre ello pues Flavia tiraba de su brazo con paso firme y decidido. Sin duda, aquella muchacha sabía perfectamente a dónde se encaminaban, pensó Livia

apartando a un lado los sentimientos de culpabilidad que la habían sobresaltado unos instantes antes.

Junto a la ribera del río existían algunas edificaciones que habían optado por aquella ubicación en beneficio de la producción agrícola y en detrimento de la seguridad que una buena muralla confería al interior de la ciudad. Lo cierto era que las pocas casas que existían extramuros, junto al río, daban buena cuenta de lo fértil del terreno con provechosas cosechas que luego distribuían en el mercado, eso sí no libres de exigentes impuestos.

Flavia se deslizaba sigilosamente con la espalda pegada a los húmedos sillares de la muralla hasta que, sin demasiado esfuerzo, llegaron a la primera de las casas extramuros. Flavia sentía palpar las sienes cuando observaba a Flavia agacharse de forma ágil y decidida en dirección a un matorral de arbustos sobre los que descansaba un madero no demasiado grande. A Flavia le sorprendió la forma tan resuelta y decidida en la que aquella niña se afanaba en apartar todo aquello, y aún quedó todavía más fascinada cuando la vio introducirse por un pequeño hueco mientras se hacía un ovillo.

—¡Venga! ¿A qué esperas? —bisbiseó Flavia desde el interior.

Livia siguió sus pasos no sin remordimientos. ¿Qué estaban haciendo? ¡Entrar en una casa sin permiso! ¿Qué llevaba a su amiga Flavia a actuar así?

Con todo, apartó aquella desazón al tiempo que posaba su pecho sobre el frío y húmedo suelo y se ayudaba de los codos para arrastrar su cuerpo hasta el interior. Descubrió entonces que ella debía ser un poco más alta y corpulenta que su menuda amiga Flavia debido al esfuerzo que le estaba llevando acceder al interior de aquel enigmático patio, algo en lo que no había reflexionado antes.

—No hagas ruido o nos descubrirá el viejo Cosme —refunfuñó Flavia.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —rezongó Livia mientras se limpiaba el barro húmedo de las palmas de sus manos una vez se hubo incorporado.

—Mira —dijo Flavia con voz queda—, toma una y verás que dulces están.

Livia tendió la mano sobre la que su amiga posó una pera fresca y lustrosa. Aquella mañana no había desayunado, pese a que luego sintiera una punzada de remordimiento al no querer tomar el desayuno que su ama Eumelia preparaba todos los días con tanto cariño, por lo que su estómago se revolvió cuando sus ojos atisbaron la perfecta pieza de fruta y su boca comenzó a salivar.

—¡Estamos robando! —se dijo Livia cuando reflexionó sobre lo que hacían—. Es algo que los cristianos tenemos prohibido. Si se entera mi padre me mandará azotar.

—No estamos robando —contestó airosa Flavia frunciendo el ceño—. Mucha de esta fruta no se termina vendiendo en el mercado y el viejo Cosme acabará por tirarla. ¿No crees que es un desperdicio cuando hay gente en el mundo con hambre, como nosotras?

Flavia dibujó una pícara sonrisa que iluminó su rostro, mostrando unos blancos dientes junto a unos mofletes inflados y llenos gracias al primer bocado.

Vista así parecía tan inocente que Livia pensó que quizá su amiga tuviera toda la razón. En realidad, un par de piezas de fruta no supondrían demasiado y nadie echaría en falta aquellas peras pues el huerto estaba repleto de otras muchas cosas. Era un juego inocente, se dijo Livia buscando su propia aprobación.

—¿Qué es eso? —preguntó a Flavia señalando una pequeña estatuilla que se erguía en un lateral entre las matas de membrillo.

—Es Príapo —contestó Flavia segura de sus palabras—. Es nuestro dios de la fertilidad y las cosechas. Se encarga de cuidar las huertas y de proveer una buena cantidad de frutos y plantas. Mira, aquella de allí —dijo con dificultad mientras propinaba un nuevo bocado a la jugosa pieza de fruta— es camomila y aquello menta. Mi padre me enseñó a hacer un bálsamo con ambas.

Livia pareció no prestar demasiada atención a la explicación sobre plantas que su amiga acababa de impartir pues, con cabeza ladeada, seguía concentrada sobre la figura en piedra caliza de la que su amiga había dicho que era uno de los dioses romanos. Livia pensó por un segundo cómo sería adorar a más de un Dios.

—Príapo... —silabeó lentamente—. ¿Qué es eso tan enorme que tiene entre las piernas?

El dios Príapo era fácilmente reconocible debido al enorme falo con el que se representaba mientras portaba en una mano una cesta llena de fruta y otra con una cornucopia.

—Es con lo que los hombres hacen a los niños —repuso Flavia.

—No entiendo.

—El hombre utiliza eso contra una mujer para hacer hijos.

Livia no comprendía cómo aquella cosa enorme que la estatua tenía entre las piernas podría servir en modo alguno para hacer hijos. Además, jamás había visto nada parecido en ningún hombre, ni siquiera en su padre. Aquello era, a todas luces, desproporcionado.

—¿Pero, cómo lo hacen?

—Supongo que el hombre la acerca a la mujer y simplemente se rozan.

—¿Y ya está?

—Sí —Flavia se encogió de hombros—, creo que es así de simple.

La boca de Livia dejó escapar un hilo de saliva mientras había dejado de masticar por unos momentos anonadada pensando en cómo aquello podía ser así de fácil y peligroso a la vez. «Tan solo con rozarse», pensó con preocupación.

Las últimas palabras de Flavia la devolvieron a la realidad.

—Tú querida —la advirtió con un dedo admonitorio—, mantente alejada de cualquiera de esos.

Un ruido seco irrumpió en el silencio de la huerta cuando un grito inquisitorio terminó por alertar a las niñas.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz grave de mujer.

—¡Silencio! —ordenó Flavia de forma imperiosa mientras ponía su dedo índice sobre los carnosos y rosados labios de Livia—. Es Myriam, la mujer de Cosme. ¡Calla y sígueme!

Flavia volvió a escabullirse aunque esta vez las prisas hicieron que matas y pequeños arbustos se moviesen nerviosos mientras las niñas intentaban volver sobre sus pasos atropelladamente.

—¡Por los dioses que será castigado quien intente robarnos! ¡Príapo socorre a esta pobre campesina!

Para cuando Myriam hubo llegado al huerto y descubierto las pequeñas pisadas de las niñas, éstas ya hubieron salido y sellado la entrada al huerto con la misma destreza que Flavia había demostrado al descubrirla.

Ambas corrieron con dificultosas zancadas a través del lodo que conducía hasta la ribera del río. El barro cubría buena parte de las piernas de las niñas hasta las rodillas y las sandalias se habían convertido en improvisadas y pesadas botas de cieno que apenas si podían levantar.

Finalmente se dejaron caer sobre su espalda y poco les importó cubrirse de aquel lodazal. A Livia el corazón le palpitaba como jamás lo había hecho. Se sentía viva y cada día aprendía algo nuevo de las palabras de Flavia, pese

a que en ciertos momentos, lo que su amiga hacía de seguro era reprochado por la fe que a ella le había impartido su recto padre, el aspirante a edil y cargo público de Corduba.

En la ribera del río pudieron comprobar cómo un buen número de trabajadores se afanaba en lo que parecía la reparación de una de las arcadas del puente que atravesaba el río. Albañiles apilaban piedras mientras otros parecían fabricar la argamasa que utilizarían como mampostería. Sin lugar a dudas, el elegante hombre de pelo cano que Livia podía atisbar era Sempronio —el padre de Carolus—, uno de los niños un par de años mayor que ellas, que conocía de la escuela y que a Livia no caía demasiado bien. El joven desgarbado siempre andaba metido en líos.

Una piedra rompió la risa de las niñas cuando el proyectil impactó sobre la nuca de Flavia. En verdad había sido lanzado a cierta distancia por lo que al llegar a colisionar sobre la cabeza de la niña, apenas si llevaba la suficiente fuerza como para producir una herida seria; aunque aquello no mitigara el dolor que le había producido. Al punto, un pequeño perro desnutrido saltó sobre ellas intentando huir de quien fuera que le estuviera apaleando.

Fue entonces cuando Livia lo vio.

No demasiado lejos, Carolus se acercaba a ellas portando un trozo de cuero con el que disfrutaba jugando a emprender pedradas sobre cualquier perro, o en su defecto, sobre cualquier cosa que pudiese sufrir el más mínimo dolor que produjera en su persona un atisbo de satisfacción y regocijo.

No se lo podía permitir por su fe, pero Livia creía que lo odiaba.

—¡Oh no! ¡Es Carolus! —dijo con resignación.

Las fuertes lluvias acaecidas en las últimas semanas habían incrementado el nivel del agua y el río aprovechaba el recodo frente a la muralla sur de la ciudad para colisionar con toda su virulencia sobre los pilares del puente. Aquello había producido serios desperfectos en la base de asentamiento de varios de los pilares centrales pero sobre todo había dañado uno de los arcos más próximos a la ribera. Allí parecía no asentarse lo suficientemente bien debido al blando terreno en el que se había convertido tras las copiosas lluvias. En definitiva, el puente necesitaba algunas reparaciones de urgencia pero la época para las construcciones estaba a punto de dar a su fin.

Era por ello que cuadrillas de trabajadores y albañiles se afanaban a

cumplir con sus quehaceres con presteza y rapidez en una perfecta organización; aquellos que el maestro de obras había dispuesto para cada uno.

Y el maestro de obras era Sempronio.

No era demasiado mayor, Livia podía atisbar en él algo más que la edad de su padre, claro que ella no sabía a ciencia cierta cuál era. El hombre resultaba atractivo y las canas de las patillas y los laterales de la cabeza infundían en él cierto toque de seriedad. Su rostro atezado por las jornadas de sol y los pómulos afilados acababan en una barbilla partida en dos de las que media Corduba había oído hablar y que era bastante popular entre muchas mujeres.

—¡Maldita sea! Se me ha escapado —imprecó Carolus al ver correr al animal a lo lejos no sin dificultad.

—No deberías hacer eso con ningún perro —le reprochó Livia.

—Tú te callas —espetó el niño—. Ninguna cristiana de mierda va a decirme qué debo hacer. Además eres menor que yo y mujer. Te prohíbo que vuelvas a decirme lo que debo hacer.

—Yo no soy cristiana pero también comparto la idea de que no deberías maltratar así a los pobres animales —masculló Flavia.

Era evidente que no conocía a Carolus, pero en cuanto éste hubo abierto la boca y pronunció una sola frase, supo de inmediato que nunca le caería bien.

—Lo que me faltaba —se exasperó Carolus.

No estaba dispuesto a perder aquella batalla contra dos mocosas que no podían hacerle la más mínima sombra. El muchacho hacía valer su mayor envergadura y edad para abusar en cierto modo de aquellos que suponía inferiores. Y para colmo, su ego debido a ser el hijo del arquitecto más conocido de la ciudad se había desarrollado junto a su pubertad. Lo primero lo reprimía alardeando de cuánto había construido su padre y cómo él estaba aprendiendo el oficio y lo segundo lo mitigaba con inocentes toqueteos y alguna que otra mirada obscena.

—¿Veis? —preguntó Carolus señalando al puente—. Mi padre lo va a arreglar. Hará que sea tan seguro que miles de hombres y carros puedan atravesarlo de nuevo.

No había demasiado tiempo. La semana anterior había estado lloviendo de forma continuada y pese a lo embarrado del terreno, debían aprovechar la calma que las nubes habían otorgado en aquel momento para arreglar los

desperfectos del puente, si es que querían mantenerlo en pie durante el invierno. Para ello debían apremiarse pues la argamasa debía fraguar y las lluvias, el frío e incluso la nieve eran inconvenientes a evitar a toda costa.

Brutus se había ganado el nombre al igual que su sueldo pues era el hombre más fuerte que podía encontrarse en Corduba. Todo el mundo recordaba cómo había conseguido empujar un carro cargado de sillares que pesaba una tonelada mientras resultaba del todo inútil para una cuadrilla de bueyes. Aquel día se encontraba cargando piedras de gran pesaje e introducía, en las muescas que cada sillar tenía en caras opuestas, unas pinzas con las que levantaba la mole de piedra con ambas manos y la dirigía hacia el lugar donde debía descansar, fuera la base de un pilar, la línea de imposta o una enorme clave para un arco de medio punto. Brutus podía levantar cualquier cosa sin más esfuerzo aparente que una cara enrojecida y congestionada.

Sempronio había ideado una inteligente forma para asentar la base de los pilares junto a la ribera donde el blando lodo hacía que el peso de los arcos terminara por inclinar la vertical de las pilastras. Allí, pese a la humedad, el agua del río no era un obstáculo y por medio de armazones de madera podría estabilizar y limpiar la zona, vaciar de lodo el recinto y por medio de estacas clavadas en la base del pilar, verter una buena cantidad de *opus caementicium*, lo que daría bastante más estabilidad debido a que ahora el empuje del arco sobre el pilar haría que éste descansase sobre una sólida estructura en lugar del fango de la ribera. El arco de medio punto al inicio del puente en la zona junto a la muralla sur no era lo que más le preocupaba a Sempronio. Lo verdaderamente preocupante era ver cómo la fuerza del agua estaba erosionando poco a poco los pilares centrales. Debía encontrar la forma de solucionar aquel incómodo problema si quería que el puente romano de Corduba continuase en pie tras el invierno. Podía ver claramente a una multitud cayendo entre piedras, lodo y escombros al río furibundo mientras perecían ahogados a poco que cerrase los ojos por un instante. Debía solucionar el problema de forma apremiante, pensó.

—Lo que mi padre no sabe es que yo conozco la solución al problema de estabilidad en los arcos centrales —silabeó Carolus cargado de orgullo.

—¿Cómo puedes saberlo?

Lo cierto era que Carolus, parecía algo torpe debido a que todavía no se había acostumbrado a su nuevo cuerpo de adolescente. Aquello combinado con la poca gentileza de la que hacía gala hacían de él una primera impresión

bastante equivocada.

Su gran cabeza cubierta de pelo negro ensortijado guardaba cierta inteligencia. Era rápido en los cálculos necesarios a la hora de medir pesos y aplicar medidas y aprendía el oficio de albañil con destreza. A esas alturas ya era capaz de dibujar en tablillas de cera acerca de arcos, pilares, dinteles, fuerzas y contrapesos. Y ahora, al parecer, conocía la solución al desgaste de los pilares centrales debido a la fuerza de empuje del agua en los días en que el caudal bajaba de forma torrencial.

—Es muy sencillo —respondió. Tomó una pequeña piedra del suelo y prosiguió—: Si os fijáis en esa piedra de allí, la que es plana, podéis ver cómo sufre daño si lanzo la que tengo en mi mano sobre ella.

El muchacho tomó impulso y lanzó el bolo hacia la piedra plana. Junto al impacto, pequeñas esquirlas saltaron por los aires tras un intenso ruido que produjo un molesto eco. La piedra plana había, en efecto, resultado bastante dañada por el impacto y en su centro había quedado resquebrajada de forma considerable. Carolus además de estar en lo cierto había mostrado una innata puntería.

Flavia y Livia quedaron boquiabiertas tras descubrir que aquel bruto había logrado hilvanar una frase lógica y coherente y que, además, había resultado cierta.

—Ahora si lanzo otra piedra —se agachó y tomó otra piedra aún mayor—, contra otra como aquella curvada que hay allí —señaló no muy lejos de la piedra plana, hacia una cuya cara anterior estaba curvada de forma convexa y disparó con toda la fuerza que su brazo derecho pudo imprimir—, podéis ver que apenas si sufre daño.

Lo cierto era que la piedra que había lanzado había salido despedida de la otra y apenas si la convexa había recibido daño alguno. Apenas un pequeño piquete en el punto exacto del impacto, pero esta vez no hubo resquebrajamiento, esquirlas ni ruido.

—Es por la curvatura de la piedra —señaló henchido de orgullo—, disminuye la fuerza del impacto. Y voy a proponer a mi padre colocar piedras con esta curvatura cubriendo la base de los pilares, así la fuerza del agua no creará un impacto tan directo y se repartirá suavemente a los laterales.

—Reconozco que es ingenioso —dijo Flavia.

Livia no pudo más que mostrar media sonrisa dibujada tímidamente mientras se cubría el rostro con ambas manos. El gesto de Livia pareció

disgustar a Carolus. Quizá lo estaba dejando en evidencia, pensó, o al menos, así lo sentía.

—Tú calla —espetó Carolus lleno de ira antes de que la niña pudiese pronunciar palabra alguna—. En cuanto proponga la idea a mi padre y el puente sea estable servirá para que nuestro emperador lo cruce con sus legiones y arrase a todos los malditos cristianos como tú.

Carolus escupió a la cara de Livia y ésta, que apenas si esperaba el acto de ira del muchacho, no pudo más que levantarse entre sollozos y salir corriendo.

—Eres cruel. Deberías disculparte —propuso Flavia de soslayo una vez se hubo levantado para alcanzar el paso de su amiga y consolarla.

—solo si me das un beso —musitó Carolus.

Flavia atisbó de arriba abajo al muchacho con cara de asco y acto seguido torció su gesto con ceño fruncido y se lanzó a la carrera a perseguir a su amiga mientras chapoteaba con sus pies en el lodo.

ROMA

El Coliseo estaba repleto hasta la última fila de su anillo superior y pese a que el tímido sol no incidía demasiado sobre la arena, las grandes telas que cubrían la periferia fueron izadas gracias a un ingenioso sistema de cuerdas y poleas proyectando una buena sombra. El peso del enorme velario era soportado por algo más de doscientos travesaños horizontales que se ubicaban en el borde superior de la fachada en dirección al mismo corazón del anfiteatro. Éstos eran a su vez contrapesados por unas gruesas cuerdas trenzadas que se anclaban sobre unos sillares que circundaban el exterior del Coliseo en el mismo número que los travesaños. Otras cuerdas dispuestas en el mismo recorrido eran las encargadas de replegar o desplegar el velario por secciones por lo que algunos sectores podían quedar cubiertos a voluntad sin perjuicio de los otros.

Aquel día, el gemido ahogado de exclamaciones de esfuerzo se unificaron mientras los funcionarios, apostados cada uno en uno de los sillares donde se amarraban las cuerdas, tiraban con fuerza mientras las gruesas cuerdas giraban en las poleas superiores, haciendo que el mecanismo desplegara las gruesas telas de lino. Los musculosos hombres repetían el mecánico movimiento con

rostros compungidos y contraídos por el esfuerzo y con cada uno de los bramidos bandadas de pájaros huían revoloteando en bancos de perfectas manchas oscuras que moteaban el pardo cielo de Roma en aquella fresca mañana del noveno mes; lo cierto era que no podía haber ningún error, no aquel día: el Coliseo debía quedar herméticamente cubierto antes de la llegada del emperador y, por consiguiente, que los juegos dieran comienzo.

El viento que soplaba colina abajo incidía sobre las telas como si lo hiciera sobre las velas de uno de los trirremes a medio camino del Mare Internum y el Thyrrenum, mientras sus aguas bañaban las costas de la provincia de Sicilia.

El ruido que profería el enorme velario sobre las cabezas de los que ocupaban la parte superior de las gradas a mayor altura era un ingrediente más para caldear los ánimos acerca de lo que en poco tiempo acaecería en el interior del coloso de piedra y, sin lugar a ninguna duda, confería aún mayor dramatismo al espectáculo que tendría lugar sobre la arena.

Un murmullo generalizado ronroneaba como un gato manso por todo el ovalado edificio cuando quedó apaciguado de súbito debido al enorme estruendo que trompetas, tubas y cuernos habían producido y que rápidamente captaron la atención del público. Los *tubicines*, tocaban largas y pausadas notas graves con sus enormes tubas, mientras los *cornicines*, aplicaban a sus curvos cuernos de bronce, apoyados sobre sus hombros, rápidas y repetitivas notas. El sonido que producían en conjunto podía considerarse desagradable y era precisamente aquello lo que captaba la atención del entusiasmado público. La palestra quedó expectante ante lo que aquel estridente ruido significaba: el emperador estaba a punto de hacer su aparición para ocupar su trono en el palco imperial.

Normalmente, el palco era ocupado, además de por el emperador, por su familia y todo un séquito de favoritos patricios y senadores que, o bien se habían ganado el favor del César por sus apoyos políticos o bien querían prosperar en diversos ámbitos de acuerdo al nuevo cariz que la ciudad de Roma estaba a punto de tomar, por lo que adulaban cualquier decisión por estrambótica que pareciese. Los senadores acostumbraban a este tipo de acciones *quid pro quo*, aunque desde las últimas noticias que tuvo Carino acerca del intenso debate en la Curia Julia acerca de su nombramiento, el número de togados que ocupaban los puestos de honor en el palco del Coliseo romano había disminuido de forma drástica.

Ahora, aquellos lugares eran ocupados por una pequeña corte de saltimbanquis, músicos, poetas y prostitutas con los que Carino gustaba festejar. Aquella fórmula que el emperador utilizaba resultaba eficaz en sus intereses por diversos motivos. En primer lugar, aquella era una forma de decir al pueblo de Roma que si languidecía no era por falta de vicios y diversiones al alcance de cualquier ciudadano que pululara por las calles de la capital del Imperio. Por otra parte, era una forma de hacer pagar al Senado por su irreverente forma de aceptarlo como único emperador de Roma. Era cierto que muchos de los que allí se reunían habían sido los partidarios a su nombramiento pero Carino utilizaba la degradación, al unirlos en el palco con tal séquito de baja calaña, como signo admonitorio de qué ocurría cuando alguien era contrario a sus intereses e ideas particulares. Claro estaba que al menos aquellos habían corrido mejor suerte, pese a las burlas y chanzas del populacho al verlos mezclados con putas y vividores, que aquellos que habían sido contrarios a su nombramiento y de los que Carino se estaba ocupando poco a poco con peores artes.

El Senado no era mas que una mera pantomima de lo que había sido otrora en tiempos de César, en la República. Y Carino disfrutaba de ello puesto que el dramático estado en el que se encontraba el Senado le profería total libertad para aplicar su poder de una forma absolutista.

El pueblo jaleó a voz en grito el nombre del emperador cuando éste hizo acto de presencia en el umbrío palco. Era una contradicción que aquellos que ocho meses antes habían repudiado al emperador en su llegada a la ciudad ahora vitorearan su nombre en agradecimiento por unos juegos y divertimentos que de poco o nada servían para mitigar las penurias que muchos habían adquirido en su vida cotidiana.

Carino estaba embutido en una suave y delicada túnica púrpura que combinaba con un manto mucho más grueso y de vivos colores para mitigar el frío. La corona de laurel decoraba su prominente cabeza y, pese al poco pelo rizado hirsuto y mal dispuesto, confería una dignidad evidente y casi comparable a la de su padre Caro, claro que su padre hacía una eternidad que había caído en el olvido para los ciudadanos de Roma. Carino pensó que de igual modo ocurriría con su hermano Numeriano en oriente. Habían pasado ocho meses y no había señales de Numeriano y según sus propias indagaciones, éste no tenía intención de poner un solo pie en Roma.

El tiempo haría que el pueblo tan solo recordase como único emperador a

Marco Aurelio Carino.

Una tímida sonrisa dibujó su rostro.

Finalmente, ocupó el trono en el engalanado palco del anfiteatro Flavio, y junto a él, algo más atrás lo hizo su esposa Magna Urbica.

La emperatriz vestía una ceñida túnica dorada junto a un suave y delicado pañuelo sobre los hombros. El pelo recogido en una perfecta trenza sobre la frente que caía hacia atrás y acababa muriendo en un tocado bien apretado, dejando al descubierto su largo y delicado cuello.

Mientras, poco a poco se iban acomodando todos los que acompañaban al emperador en sus privilegiados lugares en el palco, hubo una grácil figura que se situó precipitadamente junto al viejo y corcovado Quinto Tulio. Éste no pudo evitar admirar sus largas y perfectas piernas que con cada paso eran visibles gracias a las aberturas laterales de la túnica.

Era Cornelia Lucilla, una fulana de no más de dieciséis años que estaba en boca de todos debido al número de actos sexuales que se vanagloriaba en conseguir en tan solo un día de trabajo. Quizá fue el dorado cabello, de un rubio tan brillante como los ases que el avaro comerciante ansiaba a cada instante, junto con su blanca y perfecta piel pálida que hacían resaltar sus ojos verdes que acompañaba con sombra de ojos oscura. Aquello daba profundidad a la mirada y añadía algún año más a la verdadera edad de la joven prostituta.

Cornelia había sido sutil y ninguno de los que atiborraban el palco se hubo dado cuenta de cómo había deslizado su dedo sobre la erizada nuca del viejo taimado mientras había contoneado sus muslos perfectamente perceptibles a través de los pliegues de la suave túnica. Quinto pudo admirar tan de cerca la candidez de la carne que sentía un inmenso fuego en su interior. Siempre se había dedicado a sus negocios y había decidido sacrificar una esposa y unos hijos para obtener el máximo de beneficio de sus tejemanejes sin restar un solo minuto en otras preocupaciones. Claro que eso no significaba que al viejo Quinto no le satisficiera acabar con su verga en el interior de alguna puta de los muchos lupanares que había por la ciudad o incluso acabar él mismo lamiendo el enorme falo de algún fornido esclavo. Lo que realmente le preocupaba y atribulaba a Quinto era la sensación de vacío que le embargaba tras dejar parte de sus ganancias sobre un sucio jergón por unos breves minutos de placer.

Las miradas de Quinto y Cornelia se cruzaron, profiriendo ésta lascivos

gestos acompañados de intencionados ademanes, cuando de nuevo un estridente sonido de trompetas inundó el Coliseo con tonos cortos y sincopados acabando en una larga nota que se arrastraba hasta quedar ahogada en el silencio. El público comenzó a mostrarse nervioso pues conocían de buen grado qué significaba aquello: los gladiadores estaban a punto de salir a la arena.

El sonido que pesadas cadenas hicieron al levantar el grueso rastrillo de hierro, acabado en afiladas puntas forjadas como flechas, fue lo que acompañó a unas inmensas siluetas que se vislumbraban en el oscuro interior de la celda. De pronto, diez enormes moles comenzaron a avanzar marcando el paso sobre la arena al tiempo que miraban derredor hacia las gradas de un abarrotado anfiteatro.

«*Ave, morituri te salutant*», vociferaron al unísono cuando hubieron llegado frente al palco del emperador.

Los gladiadores estaban listos y Carino se mostraba ansioso por ver la sangre derramada sobre la arena del Coliseo de Roma, el mayor anfiteatro del Imperio.

CORDUBA

A media mañana ya eran bastantes los que se congregaban en el foro ante el pequeño templete dedicado a Augusto —que si bien no contenía escultura ni imagen alguna, sí que poseía una pequeña columna conmemorativa—, y que había sido reconvertido al cristianismo.

Aquello era un síntoma ineludible del crecimiento y auge del culto al único Dios que se había propagado por la ciudad de Corduba.

Si había alguien en la ciudad Hispana que podía sermonear acerca de los valores primitivos cristianos, ese era el obispo Osio. Había ganado bastante influencia entre los miembros de la comunidad y era considerado como uno de los más representativos portadores del mensaje divino. El obispo resaltaba de la multitud debido a que se había posicionado sobre una pequeña peana de madera justo en el centro, quedando rodeado en todo derredor por quienes se apretujaban y propinaban empellones para ocupar uno de los puestos más cercanos. Los había que ansiaban rozar con sus dedos la suave tela de la casulla roja que aquel día había utilizado para el sermón. Su juventud no era

un obstáculo para que, ataviado con aquella casulla bermellón con una simple línea ribeteada en blanco, su apariencia fuese la de un hombre solemne, casi al punto de parecer tocado por la divinidad y, sin más censura, aceptar su condición superiora. No en vano, el obispo era quien podía absolver los mundanos pecados a los que habían sido condenados todos cuantos profesaban la nueva fe.

Aquella mañana se hizo rodear de una multitud, entre la que se encontraba un pequeño grupo de niños de no más de nueve o diez años a lo sumo, y que ponía de ejemplo como futuro germen de la nueva ideología mientras salmodiaba acerca de un pasaje del *Libro de Ezequiel*, habiéndose servido de las traducciones griegas de la *Septuaginta*.

—Como un pastor vela por su rebaño mientras se encuentra en mitad de sus ovejas dispersas, yo velaré por mis ovejas —promulgaba con ambos brazos en cruz ante la atónita mirada de la multitud—. Las recuperaré de todos los lugares donde se hubieran dispersado en días de sombra.

Livia llegó exhausta abriéndose paso como pudo a base de propinar codazos a diestro y siniestro, abriéndose paso con dificultad entre el gentío. A su altura era incapaz de atisbar ni una sola parte de la figura del obispo y eso que ella era más alta que Flavia. Ese pensamiento hizo aflorar de nuevo en ella un sentimiento de culpabilidad, pues todavía podía sentir el remordimiento de haber participado en lo que ella todavía denominaba como un robo. ¡Habían tomado sin permiso algo que no era suyo! Lo podría llamar como quisiera para apartar aquellos sentimientos de culpabilidad pero sabía, en el fondo de su corazón, que había estado mal. Todavía podía notar el sabor dulce de la fruta robada entre sus labios cuando los humedecía con la lengua.

Apenas recabó en ello, pero mientras se arrepentía de haber acometido aquel acto junto a su amiga Flavia, encontró un espacio lo suficientemente amplio para poder presenciar cómo el obispo Osio continuaba sermoneando.

A su lado pudo ver a un niño pequeño, al que vaticinó no más cinco años, ataviado con pobres ropas, una túnica apenas limpia y deshilachada atada a la cintura con una guita. Agachó su cabeza para comprobar cómo ella lucía un vestido de color pálido con ribetes de formas geométricas bordados de hilo blanco completamente cubierto de barro. Pensó que acaso no era muy diferente pero pronto comprendió que una vez despojada del lodo que se endurecía en el exterior, lo que había detrás era totalmente diferente. Sintió algo de lástima por el niño.

De pronto, Livia se percató que el muchacho daba su mano a una mujer de igual condición. Era joven y bella y lucía una larga melena de pelo cobrizo rizado, y fue entonces cuando descubrió que la mujer estaba encinta. Recordó las palabras de Flavia. «El hombre utiliza eso con una mujer para hacer hijos —había dicho su amiga, para continuar—: Supongo que el hombre la acerca a la mujer y simplemente se rozan». Escudriñó derredor buscando a alguien que pudiera encajar con la descripción que su amiga le había confiado. Descubrió que había varios candidatos y que cualquiera podría haberse rozado con la mujer produciendo la consecuencia inevitable de quedar encinta. Un sentimiento de ansiedad y miedo la azoró pensando que allí, rodeada de tanta gente, alguno podría utilizar aquel desproporcionado miembro contra ella.

Fue entonces cuando escuchó unas palabras que helaron todavía más su corazón.

—Yo vendré a salvar a mis ovejas para que ya no estén expuestas al pillaje. Yo juzgaré entre oveja y oveja —continuó promulgando el obispo.

Cuando quiso darse la vuelta para salir huyendo despavorida de allí, topó de bruces con un cuerpo fuerte y robusto. Con las lágrimas bañando sus mejillas se encontró de súbito con su padre.

—¿Dónde has estado? —masculló Publio Livio Mesala—. Eumelia ha estado toda la mañana buscándote.

Livia sabía que el tono de su padre —pese a lo sosegado, pues nunca montaría un espectáculo al reprenderla en público y mucho menos ante la comunidad cristiana—, era malhumorado. Le esperaba una buena regañina en casa y, finalmente, no pudo reprimir las lágrimas que afloraban con fuerza torrencial como consecuencia del sentimiento de culpabilidad que ardía en su fuero interno.

ROMA

Los gladiadores se agruparon por parejas dibujando lo que parecía ser una coreografía perfectamente estudiada.

Así, los dos gladiadores *tracios* comenzaron una danza que claramente precedía al estudio de los puntos débiles del oponente. Los *secutores* quedaron emparejados con los *reciarios* que movían las muñecas en

pequeños giros circulares que les ayudaban a mantener las redes a buen recaudo al tiempo que las disponían a la espera de atrapar a quien por un momento cediera con tan solo un paso en falso. En otro grupo, los *murmillos* quedaron cara a cara con los *samnitas*, y ambos se cubrían al mismo tiempo con sus escudos estudiando cada uno los movimientos del otro.

La improvisada coreografía que hacían los luchadores excitaba todavía más a un enfervorecido público que prorrumpía vítores, a voz en cuello, cada gesto que los precavidos gladiadores acometían. Cuanto mayor ímpetu atesoraba el amago de golpe mayor era el entusiasmo que el público imprimía a sus bramidos. Cada intento de asestar el ataque definitivo al enemigo levantaba una nube de polvo que ayudaba a dramatizar aún más el combate. Aquello hacía evidenciar que la lucha que se estaba llevando a cabo no era una mera representación como otras muchas de las que se habían realizado antes de la llegada de Carino. Ahora, los gladiadores representaban combates con golpes mortales de gran maestría, y al finalizar había derramamiento de sangre. Lo que en aquella mañana de septiembre se estaba escenificando en el gran anfiteatro Flavio no era ninguna pantomima.

Era un combate a muerte.

Tan solo un gladiador quedaría en pie y conseguiría con ello toda la gloria y una buena suma de monedas junto a los premios y prebendas que el entusiasmado público estuviera dispuesto a entregar a su esporádico héroe.

Los gladiadores no disfrutaban de una vida que muchos se atreviesen a envidiar. Si bien aquellos que tenían la enorme fortuna de encadenar un puñado de victorias consecutivas y salvar así el pellejo podían llegar a amasar una pequeña fortuna, no eran muchos los que llegaban a la treintena de años y aún menos los que conseguían el deseado *rudis* —la espada de madera que significaba la concesión de la ciudadanía de pleno derecho y por consiguiente el abandono del *ludus*, la escuela de gladiadores—. Cuando esto sucedía, el gladiador podía llevar una vida copiosa pues pasaba a ser uno de los ciudadanos más prósperos y ricos de Roma, al que no faltarían proposiciones de hombres y mujeres. Aún así las cosas, la vida de los gladiadores que todavía pertenecían a un *lanista* —persona que administraba la escuela de gladiadores y que comerciaba comprando y vendiendo luchadores, al mismo tiempo que organizaba combates con los que se negociaban apuestas—, era contradictoria. Era cierto que dormían bajo un techo en las noches de

invierno (algunos poseían sus propios dormitorios individuales), junto al fuego de un hogar y sobre un jergón para eliminar cualquier humedad directamente del suelo; disfrutaban de comida y bebida y les solían permitir relaciones con hombres y mujeres con relativa frecuencia. Aquello era evidente que formaba parte de la grandeza del oficio de gladiador. Pero, otros muchos no llegaban a hacerse a la dura vida diaria dentro del *ludus*.

Las horas de entrenamiento y ejercicios llegaban a ser agotadoras y con frecuencia venían acompañadas de latigazos y castigos corporales cuando se trataba de resolver disputas internas. Cualquier discusión acababa con un buen número de azotes y alguna ración de comida menos o la negativa del permiso de la visita de alguna prostituta. Incluso podía llegar al aislamiento. Aquellas condiciones eran parte de lo que ensombrecía las virtudes de pertenecer al cuerpo de gladiadores, siempre incluyendo el hecho de una más que posible precipitada muerte con cada combate.

Los gladiadores *tracios* fueron los primeros en lanzarse los primeros ataques iniciales bajo los gritos del enfervorecido público. Ambos formaban parte del mismo tipo de luchadores, por lo que habían sido instruidos en el *ludus* a utilizar el mismo tipo de ataques así como del mismo modo conocían cómo cubrirse utilizando el mismo tipo de defensas.

El impaciente público deseaba acción e imprecaba ante cada envite que se proferían los gladiadores.

Al conocer cada tipo de acción que iba a desarrollar su adversario, los *tracios* dominaban el modo de apaciguar y amortiguar dicho golpe. Era como una danza repetitiva de uno hacia otro contendiente que podía durar una eternidad. En realidad, tan solo había una opción, y ambos gladiadores la conocían bien: atacar la parte izquierda del pecho del adversario.

Los *tracios* acostumbraban a portar un pequeño escudo que cubría precisamente esa parte del cuerpo que quedaba algo más desprotegida. Como arma de mano utilizaban la *sica*, una especie de pequeña espada curva cuya hoja era ancha y afilada que profería perfectos y limpios cortes. Sus piernas quedaban ambas protegidas por grebas y el brazo que portaba la espada era resguardado por medio de pequeñas láminas de bronce ensambladas unas sobre otras como las escamas de un pez. Sus cabezas se cubrían por un yelmo que protegía el rostro por completo y desde el cual solo podía verse la luz del exterior gracias a unas canaladuras que cubrían toda la visera al tiempo que protegía el rostro y el cuello.

Los primeros golpes acabaron en un fuerte choque de espadas, con el consiguiente júbilo del público, que cada vez se mostraba más excitado. Acto seguido, tras dar unos pasos atrás para recobrar el resuello y estudiar el siguiente movimiento, ambos luchadores balanceaban el cuerpo mientras sus pasos dibujaban un círculo perfecto sobre la arena. Estudiaban cada posibilidad, esperando un momento de flaqueza o despiste para abalanzarse sobre el enemigo.

En otra parte de la arena, uno de los dos *reciarios* intentaba cubrir con la red a su objetivo sin éxito, por lo que hubo de recoger precipitadamente la red cuando el *secutor*, con un ágil movimiento evitó la trampa descargando de un modo enérgico su espada que terminó por golpear en el tridente del *reciario*. El choque del acero del *gladius* contra el hierro propagó un estrepitoso eco sobre las voces del público alrededor del Coliseo.

Los *reciarios* utilizaban una red y una especie de tridente en honor a Neptuno —dios de las aguas y los mares—, y cubrían su brazo izquierdo, el que portaba la red, con un protector metálico que a la altura del hombro se elevaba como una plancha y cuyo objetivo era evitar que un enemigo descargara un golpe mortal sobre la clavícula o el costado.

—¡Vas a ser mío pedazo de cabrón!

El *secutor* que se había zafado del ataque con red era una enorme mole acorazada que cubría sus piernas con grebas ricamente decoradas y el brazo que blandía la espada se protegía con grandes planchas metálicas. Un escudo para proteger parte del tronco y un casco hermético donde tan solo dos agujeros perfectamente circulares hacían la vez de aberturas a la vista. Dentro de aquellos agujeros solo podía atisbarse negrura y oscuridad como si dentro de aquella mole blindada no existiese más que un fantasma.

Aquello profería un aspecto aún más temible, si cabía, al gladiador.

El otro de los dos *reciarios* se encontraba en el otro extremo del Coliseo y se había visto comprometido en varias ocasiones, cuando uno de los *secutores* le amenazaba propinando consecutivos ataques a sus piernas. Por momentos pudo salvar aquellos golpes gracias a que era más ligero que su enemigo, pero ¿por cuánto tiempo podría mantenerlo a distancia? El *reciario* debía encontrar el punto débil de aquella montaña asesina ávida de sangre si quería encontrar una mínima posibilidad de conservar su vida.

Carino se mostraba nervioso.

Hasta el momento solo había tenido el ruido metálico del choque de

espadas, vanos intentos de golpes mortales que habían sido frustrados por perfectas y concisas defensas, gritos de esfuerzo de musculosos luchadores intentando arrebatar la vida al enemigo para mantener la suya intacta y la polvareda de hombres revolcándose sobre la arena y todo envuelto por una jauría de gritos y vítores de una exaltada multitud.

Pero no había sangre. Y aquello exacerbaba al emperador.

No tardó demasiado.

Uno de los gladiadores *murmillones* encontró en el bajo vientre de un *samnita* el lugar perfecto para hundir su *gladius* hasta la misma empuñadura. Debió penetrar justo debajo de las costillas inferiores pues no encontró hostilidad alguna mientras empujaba el metal dentro de su enemigo. Al extraer la espada, el *samnita* giró en un desesperado gesto de dolor y aquello abrió aún más la herida debido a la afilada hoja. Cuando la punta de la espada hubo salido por completo, ésta vino acompañada de una masa blanda, brillante y rosácea que comenzó a brotar por la herida a borbollones. Las entrañas y las tripas del *samnita* caían de forma descontrolada —pese a que el herido mortal intentaba tapar la herida con sus manos donde la sangre se desbordaba entre los dedos de forma incontrolada— sobre la arena antes de que el propio cuerpo del gladiador terminara de bruces sobre sus propias vísceras, una vez que hubo perdido el conocimiento para siempre.

El ejecutor fue vitoreado por la multitud y Carino iluminó su rostro.

El asesino había mantenido su vida intacta, al menos hasta la espera de otro enemigo contra el que batirse, y sin duda, utilizó aquellos segundos para recuperar el resuello.

Mientras, un grupo de operarios irrumpió en la arena aun en pleno combate. El de mayor edad, pese a aparentar más de cien años, se desenvolvía con agilidad y soltura y portaba una pesada cadena al hombro que acababa en un afilado gancho de hierro. Una vez se encontraron junto al cadáver del *samnita* tuvieron que girarlo bocarriba entre unos cuantos debido al peso de músculos y metal inerte. De un certero golpe y sin más gesto que el de la concentración en un trabajo bien hecho, el viejo operario clavó el gancho en el pecho del muerto. Lo hizo atravesando el esternón y rápidamente todos comenzaron a tirar de las cadenas que arrastraban el cuerpo sin vida y toda una retahíla de órganos y vísceras tras de sí, dejando un reguero de sangre sobre la arena que se había convertido en una marca mortal de lodo.

Sin duda, aquel era un trabajo que el viejo había realizado durante años.

«Las fieras ya tienen su ración de hoy», pensó el viejo mientras arrastraba el cuerpo.

Para cuando hubieron llegado con la inerte carga al *spoliarium*, donde despojarían al cadáver de todo lo que fuera posible, en la arena uno de los *tracios* yacía sobre el suelo bocarriba propinando bocanadas de sangre que salpicaba y bañaba todo cuanto tocaba al caer. El gladiador yacía sin yelmo que quedó apartado a una distancia considerable debido a la estocada. De suerte, su cabeza seguía pegada a su cuerpo por algún tipo de misterio. El que quedaba en pie ni siquiera giró su cabeza para encontrar la mirada del emperador, debido al estado en el que se encontraba el que yacía sobre el suelo, su suerte era del todo definitiva.

Se posicionó sobre el caído con ambas piernas abiertas, asíó su pequeño *scutum* y tras un rápido y certero movimiento vertical flexionó las rodillas hasta que éstas se hubieron clavado en la arena. El gesto vino acompañado de un fuerte impulso del escudo hacia abajo, y su borde terminó por cercenar el hilo de vida que quedaba en el moribundo, separando la cabeza de su cuerpo.

Pese a que muchos de los que poblaban el graderío hubieron de apartar la vista en un primer momento, tras unos segundos volvían a mirar de nuevo con más ánimo y algarabía si acaso era posible, animando y comprobando que aquellos por los que habían apostado todavía permanecían en pie.

Mientras, el viejo operario portador del gancho y su séquito se encaminaron de nuevo al mismo corazón del Coliseo para retirar el cuerpo del caído.

Tumbado sobre la arena, todavía húmeda por la sangre vertida por los gladiadores en los combates anteriores, yacía el cuerpo de uno de los *reciarios*. El afilado acero de la punta de la espada de un *secutor* amenazaba con darle fin al resto de la mísera vida que le quedaba. Mientras, la multitud vitoreaba y alentaba al *secutor* a concluir su trabajo y que éste sesgara la vida del infeliz de un rápido y certero tajo.

—¿Qué aclaman? —preguntó Magna Urbica en un grácil acercamiento al oído de su esposo.

Carino había ido creciendo en exaltación conforme el combate se había ido desarrollando y lo que en un principio parecía un inofensivo tanteo de

posiciones y estudio de fortalezas, al final había ido germinando en un virulento y sangriento combate que había satisfecho los deseos del emperador.

Miembros cercenados sin piedad, entrañas precipitándose sobre la arena y una lucha encarnizada por conservar la vida.

Aquello era el estado puro de la misma vida de acuerdo con el César. Supervivencia del más fuerte.

Y a Carino le satisfacía como pocas cosas.

—Gritan por el Africano —contestó Carino despectivamente.

A la emperatriz le sorprendió que aquella montaña procediese de alguna de las provincias africanas. Lo cierto es que podía atisbar cierta tonalidad bruna en los muslos, la única parte que el gladiador dejaba ver de su piel pues el resto era una mole de protecciones metálicas, grebas y una armadura *lorica squamata*.

—¿Ese grandullón es africano?

—Lo extraordinario, querida, es que esa montaña tan solo tiene quince años.

La muchedumbre había dirigido todas sus miradas hacia el palco imperial al tiempo que ovacionaban al vencedor gritando su nombre a voz en cuello: «¡Astyanax! ¡Astyanax!»

Magna Urbica parecía contrariada y no sabía a ciencia cierta qué era lo que la atribulaba. No es que el sangriento espectáculo la hubiera disgustado. Simplemente tenía cierto temor en su fuero interno al que no sabía dar explicación alguna.

—¿De dónde es? —preguntó sin saber muy bien las razones que la habían motivado a ello.

—Volubilis.

El corazón de la emperatriz dio un vuelco al escuchar aquella última palabra de su esposo. ¿Qué posibilidades había? No podía ser. Los pensamientos que le bullían en la cabeza carecían de sentido por completo. El padre de Khalima había sido asesinado por unas fieras, y su madre, pese a estar encinta, había muerto al provocar un incendio, al prender involuntariamente madera y paja al caer desfallecida tras encontrar el cadáver de su esposo. Cuando había ocurrido todo aquello en la ciudad de Volubilis, en la provincia de Mauritania Tingitana (África), la esclava Khalima contaba con seis años. Además, era su hermana la que se había salvado de aquella

tragedia. Nadie le había contado a la emperatriz que la esclava mauritana tuviese ningún otro hermano varón. Claro que, ¿y si no hubiese muerto su madre? ¿Y si pese a morir al final alguien pudo salvar al niño en última instancia? Al fin y al cabo estaba encinta y a pocos días del parto según las cuentas. Entonces, quizá esa montaña de músculo podía ser... Porque un huérfano vendido como esclavo desde niño bien pudiera haberse criado a conciencia de uno en otro *ludus* hasta convertirse en una máquina de matar como la que en esos momentos se encontraba sobre la arena del Coliseo, pensó Magna Urbica.

La respiración del *reciario* era entrecortada y gesticulaba un claro ademán de extenuación. Su pecho palpitaba hinchándose en un acelerado ritmo por intentar insuflar todo el aire posible como sus pulmones pudiesen permitir. A simple vista no existía herida de consideración alguna, a excepción de algunos cortes que en otras circunstancias cicatrizarían como lo habían hecho siempre; como tantas veces lo hacían después de duros entrenamientos en la escuela de gladiadores.

Pero la situación ahora era completamente diferente. No habría ocasión de curar aquellas magulladuras si no era capaz de lograr la piedad necesaria por parte del emperador. De tal guisa, el *reciario* yacía sobre la arena del Coliseo con la espada del *secutor* amenazando su garganta y una enorme y pesada pierna sobre su costado, invalidando cualquier intento de evasión en el caso que un último brote de orgullo recorriera su cuerpo.

La suerte de Kalendio, el *reciario*, estaba a merced de lo que dictara el emperador.

—¿Hasta cuándo vas a esperar para ordenar que lo maten? —espetó la emperatriz con un tono de voz en el que se apreciaba desdén.

Sin lugar a dudas, Magna Urbica todavía andaba dando vueltas a aquella increíble idea que la había estado torturando desde hacía unos minutos y que todavía la inquietaba. Aquel miedo a confirmar sus sospechas ante las inadvertidas palabras de su esposo acerca del gladiador africano la hacían imprecisar y proferir balbuceos de mala gana.

—Deja que el pueblo exprese su rabia, querida —dijo gozoso—. solo con el debido tiempo puede amansarse a una fiera.

Mientras, sobre la arena, Astyanax, el *secutor* al que llamaban el Africano, miraba derredor hacia el graderío a través de los agujeros del yelmo, allí encontró una multitud de rostros con claro rictus de odio: vítores y

gritos entre dientes apretados, ojos exultantes de rabia y puños apretados mientras se ejecutaban miles de aspavientos al unísono. El pueblo quería cobrarse su venganza, y lo haría con la vida de un hombre valiente que había luchado hasta la extenuación por salvar su vida, pensó el Africano. Como si el infeliz *reciario* fuera la causa de todos los males, problemas y enfermedades que asolaban Roma o que cayeran las precarias *insulae* con increíble facilidad aplastando todo cuanto encontraban a su paso, arruinando negocios y destrozando familias.

El Africano fijó su mirada sobre el palco donde el emperador permanecía de pie junto a la balaustrada de pequeñas columnas estriadas cubiertas por un gran faldón púrpura ribeteado en oro. Como había dicho Carino a su esposa, estaba alargando aquellos momentos a propósito para que el entusiasmado público continuara propinando imprecaciones y maldiciones al tiempo que exigía la sangre y la vida del gladiador vencido. Carino estaba disfrutando de todo cuanto el populacho congregado en el anfiteatro Flavio pedía. El pueblo pedía al emperador que escuchara sus demandas.

Y Carino los escuchó.

El emperador mostró una mueca de sonrisa en la comisura de sus labios cuando clavó su mirada sobre el gladiador caído y exhausto sobre la arena. La gélida mirada que propinó vaticinaba un final que parecía satisfacer sus más íntimas perversiones al tiempo que sumía en la desesperación y agonía al infeliz *reciario*.

Levantó su mano derecha que extendió hasta la altura de sus propios hombros al tiempo que, con el puño cerrado, extendía su pulgar en posición horizontal.

El pueblo congregado en el interior del ovalado Coliseo enmudeció de inmediato y una calma expectación se apoderó del anfiteatro. Los gestos y rostros contraídos esperaban ansiosos que el emperador gesticulara en cumplimiento de sus peticiones de verter aún más sangre.

Finalmente, Carino, en un pausado gesto que gozó en cada momento, pasó su mano de un lado a otro de su propio cuello. El gesto de cercenar la testa del *reciario* fue recibido con júbilo entre vítores y aplausos.

Astyanax no dio más opción y terminó hundiendo su espada entre las costillas de Kalendio. Una vez dentro la giró hasta que los impulsos incontrolados del cuerpo del *reciario* terminaron una vez que éste encontró el camino que marcaba hacia el dios Plutón. Había imprimido cierta rabia en

aquel gesto, como una suerte de venganza por todos aquellos años que Kalendio, el *reciario*, se había confabulado en su contra junto a Gemellus.

—Bien —balbuceó Magna Urbica—, por fin podemos irnos. Quinto necesito que me acompañes.

La emperatriz seguía en aquel estado de tensión contenida y bullía en deseos de volver a su alcoba, al Palatino, para tratar de sonsacar al viejo taimado de Quinto todo cuanto sabía de la vida anterior de Khalima. No en vano, había sido el viejo senador quien había tramado su compra con el mercachifle Zosimo y entre ambos le dirían si sus sospechas eran ciertas.

—Espera mujer —repuso Carino cuando su esposa ya se encaminaba al vomitorio—. Todavía no ha acabado.

El anfiteatro enmudeció cuando el emperador, una vez hubieron retirado los cuerpos inertes de la arena, hizo leves gestos con la palma de sus manos como si deseara que del propio albero del Coliseo surgiese algo inesperado que tan solo él mismo conociese.

Obviamente, aquello hizo que el público cejase en el incontrolado murmullo que había ido evolucionando hacia un estado de expectación contenida.

—Quinto acércate —dijo entusiasmado el emperador.

Lo cierto es que el viejo Quinto Tulio había estado durante el combate mucho más solícito con la bella Cornelia que del propio espectáculo. Quizá por ello las palabras del emperador le resultaron del todo sorprendidas. Aún así obedeció y aparentando todavía un menor esfuerzo, la verdad era que aún se mantenía ágil, se levantó y adelantó su corcovado cuerpo hasta donde se encontraba el emperador.

Junto a la balaustrada Carino señaló hacia la parte occidental del Coliseo y el viejo dirigió su mirada hacia aquel punto sin dudarle un instante.

El ruido de pesadas cadenas levantando una pesada puerta de hierro fue lo único que pudo escuchar el enmudecido público que comenzó a no comprender nada. En principio, el combate de gladiadores había concluido y Astyanax había sido, por mérito propio, merecedor de toda la gloria que ahora pudiera acumular. De hecho, si no fuera por su juventud, ya que apenas había cumplido quince años, aquel habría sido un combate merecedor del *rudis*, y en consecuencia, de una vida plena de fortuna y fama en libertad,

fuera de la escuela de gladiadores, como un ciudadano romano de pleno derecho.

Cuando el metálico y estremecedor ruido de las cadenas enrollándose hubo cesado, del pequeño vano adintelado y oscuro comenzó a salir un grupo de destartalados y harapientos arrastrando sus raídas sandalias sobre la arena, provocando una pequeña nube de polvo que pronto los había envuelto en cuanto los trece hubieron alcanzado el centro del Coliseo, donde el sol comenzaba a hacer justicia sobre el albero.

El grupo permaneció completamente unido, como un acto reflejo de protección y casi por instinto de supervivencia se aproximó adonde se encontraba el Africano, Astyanax, forrado de placas de hierro y grebas como una enorme mole que lejos de infundir terror en sus corazones, era como un enviado por el único Dios para defenderlos de lo que sabían que se avecinaba. Por un momento debieron pensar que Astyanax, la montaña africana, debía ser el lugar más seguro sobre la ovalada explanada de cálida arena.

El Africano alzaba los brazos en cruz en claro gesto de incompreensión mientras pedía explicaciones hacia donde podía atisbar al emperador junto a un viejo corcovado en la balaustrada del palco imperial.

Astyanax, no comprendía nada.

¿Dónde estaban las ofrendas que se había ganado con su propia sangre al derrotar a todos y cada uno de los gladiadores? Donde debía escuchar vítores y alabanzas hacia su persona tan solo podía oír el trinar de bandadas de estorninos sobrevolando el inmenso Coliseo debido al mutismo que se había generalizado por todo el anfiteatro.

Entre el grupo de asustados cristianos, Carino pudo reparar en una bella muchacha de piel canela, pelo zaino y grandes ojos almendrados color ámbar. Su rostro ensombrecido y cubierto por un miedo irrefrenable era extensible a todos los demás infelices que la acompañaban y éste tomó el cariz de un pánico estremecedor cuando el seco ruido de cadenas rompió el frío silencio.

Una pequeña compuerta, de no más de metro y medio de altura, totalmente opaca y compuesta por tablones de madera ensamblados por placas de hierro y gruesos clavos de cabeza romboidal, comenzó a elevarse justo en el muro que soportaba, en su parte superior, el palco imperial. El vano, oscuro como la noche, que dejaba el pequeño compartimento, no permitía atisbar absolutamente nada de su interior.

Todo el anfiteatro quedó aún más enmudecido y perplejo.

La pequeña puerta bajo el enorme faldón púrpura que colgaba desde la balaustrada del palco era la compuerta de las celdas donde guardaban a las fieras.

En las entrañas del Coliseo, separadas en celdas individuales se guardaban las fieras que luego tomaban parte en luchas y batallas. Aquellas *venatio* eran muy populares en los *ludi*, pero lo que estaba ocurriendo en la arena del Coliseo no estaba programado.

—Mira Quinto —dijo atropelladamente el emperador mientras señalaba hacia la arena—. Dime que no es hermoso.

Los ojos del viejo Quinto se dirigieron temerosos hacia una de las fieras que había hecho aparición sobre la arena acompañada del sonido de un rugido que estremeció el vello de la nuca del corcovado senador.

El pelo dorado y largo se hacía más oscuro y denso en la parte de la cabeza, dando al animal un aspecto aún más aterrador y trágico. Tras el primer león, otra bestia de pelaje mucho más pardo y con una preciosa piel de manchas negras bordeadas de pequeños fragmentos blancos que completaba con unas oscuras líneas sobre un pálido naranja que cubría todo su cuerpo excepto el pecho, salió olisqueando al aire presurosa y nerviosa. El jaguar buscaba derredor excitado e inquieto.

Ambas fieras babeaban e impulsaban grandes chorros de espumarajo desde unas largas y enormes lenguas rosadas. Los ojos brillantes se movían nerviosos analizando todo cuanto los rodeaba. Cuando una y otra recabaron en su presencia comenzaron una ancestral danza. Parecía que aquello había sido de forma natural la manera de analizar a un enemigo desde tiempos inmemoriales pues recordaba al movimiento circular que los gladiadores realizaban mientras estudiaban a su enemigo.

—¿Ves, Quinto? —preguntó Carino emocionado. La satisfacción dibujaba un aire sádico en el rostro del emperador—. Bestias y hombres no somos tan distintos.

Quinto dibujó su peor sonrisa en la comisura de los labios debido al estado temeroso en el que se encontraba. Por descontado no podía contradecir al emperador en aquella situación pero claramente comenzaba a atisbar el grado de enajenación que todo aquel espectáculo confería a Carino.

—Muy cierto —acertó a decir el viejo arrastrando las sílabas—, quizá podría volver a ocupar mi asiento...

—¡Mira!

El emperador parecía absorto ante lo que estaba ocurriendo en la arena y no hubo escuchado ni una sola de las palabras que Quinto había pronunciado no sin temor.

Fue entonces cuando el jaguar propinó el primer ataque.

El grupo de cristianos junto al gladiador africano se fue desplazando inconscientemente hacia el muro opuesto, buscando allí el refugio y la seguridad de los enormes bloques de piedra en su espalda y encomendando su vida a los músculos y buen hacer del gladiador al frente. Cuando las bestias se hubieron percatado del trágico desamparo de niños, mujeres y ancianos que se arracimaban a base de empujones buscando la protección de su propia vida, parecieron comprender que debían unir sus fuerzas para conseguir el mayor número de carne.

Y así lo hicieron.

Giraban alrededor en semicírculo en perfecta sintonía con un paso acompasado sin dejar de fijar sus brillantes ojos sobre la presa, estudiando el momento perfecto para propinar su mortal ataque.

Allí había carne para que las fieras se hubieran saciado por semanas.

Los ojos de Carino mostraban el brillo de un excitado entusiasmo. Parecía todavía más entregado al momento previo de la caza que al propio de la sangrienta muerte que se avecinaba. Era el momento justo anterior, donde de veras podía atisbar el miedo de aquellos indefensos infelices, lo que le hacía apretar sus dedos con una fuerza incontrolable sobre el balaustre. Casi podía compararlo con el miedo que infundía sobre sus amantes cuando gozaba de ellas.

Una enorme montaña de color parduzco se abalanzó sobre el Africano que pudo deshacerse de ella con un movimiento rápido que lo hizo girar por la arena del Coliseo. Astyanax creyó que había alcanzado a la bestia con su *gladius*, pero no estaba completamente seguro. De hecho, el animal pareció recuperarse rápidamente del fallido ataque y quedó prácticamente solo ante el grupo de desconsolados cristianos. Las lágrimas y los gritos de miedo se hicieron ostensibles en el grupo cuando en un fulminante instante, apenas perceptible, comenzó el macabro juego de Carino.

Muchos en el graderío gritaron horrorizados llevándose las manos a la cara para evitar ver con sus propios ojos la cruenta escena. El animal había recabado en aquellas fáciles presas y daría cuenta después del que portaba el

arma. El ataque mortal se había producido sobre la bella muchacha que Carino había observado desde su cómoda posición en el palco. Fue entonces cuando se sumó el jaguar con rápidos ataques a los débiles y moribundos que intentaban huir despavoridos de aquella zona. El grupo de cristianos se había dispersado pero eran unos pocos ya los que habían sido alcanzados por las fieras con heridas de consideración.

Mientras, el temible león había comenzado el despiece de la hermosa cristiana.

—Quiero la piel de ese león en mi alcoba —repuso el emperador de mala gana—. Pese a haber ofendido a nuestros dioses adoptando la fe al único Dios, comprendo que ha sido un desperdicio.

El gesto de Carino mostraba cierta rabia y envidia por la bestia que estaba dando buena cuenta de la muchacha pues a él se le habían ocurrido muchas y diferentes formas de disfrutar de ella.

Astyanax aprovechó el momento en el que la bestia había bajado la guardia y continuaba con el despiece de su presa para acercarse sigiloso por su espalda, siempre habiendo controlado a la otra fiera que todavía continuaba propinando zarpazos y ataques mientras corría tras unos niños de no más de trece o catorce años en el extremo opuesto de la palestra.

Con un rápido y grácil movimiento descargó toda su fuerza empuñando su espada con ambas manos y la introdujo a través de la nuca del león. Pudo notar cómo el animal, por instintivo acto, se giró al notar la punzada tras su cabeza y el Africano salió de nuevo despedido rodando entre la empolvada arena, perdiendo el yelmo y quedando su rostro al descubierto.

Magna Urbica se sobrecogió y no pudo controlar un pequeño alarido de sorpresa. Advirtió que había pasado desapercibido por el resto de congregados en el palco pero aún así no podía controlar su asombro. Se levantó y adelantó sus pasos hasta la balaustrada absorta por lo que sus ojos veían. Se posicionó justo al lado del viejo Quinto que quedaba a la izquierda del emperador.

Cuando Carino la observó fijar la vista de aquella manera sobre la arena sintió una punzada en el bajo vientre. No tenía la menor idea del asombro que aquel espectáculo había producido en su esposa. Pensó que quizá no eran tan diferentes y se congratuló de haber descubierto una pasión que creía inexistente en la emperatriz. Aquello le produjo todavía mayor excitación.

Lo que no sabía era que lo que su esposa estaba admirando era la similitud

que el gladiador tenía hacia su esclava preferida. Ahora no le quedaba duda y aquello confirmaba el palpito que había sentido. El joven gladiador africano venido de Volubilis no podía ser otra persona. Aparte del indudable color bruno de su piel, el pelo corto ensortijado color caoba era idéntico al de la esclava mauritana así como el oscuro de sus ojos y la forma de su rostro. Era una especie de calco, la viva imagen, de la esclava que había despertado en ella sentimientos que jamás había reconocido.

Todo ello en el cuerpo de un musculoso y apuesto joven.

Observó al viejo Quinto y no atisbó ningún gesto de sorpresa por lo que dedujo que el taimado embaucador no conocía el desenlace de la historia de la vida de la esclava mauritana. Entonces había sido cosa de Zosimo, el gordo y asqueroso mercader de esclavos. Aún así, Magna Urbica se dijo que daría con la verdad del asunto.

Astyanax se levantó rápidamente con movimientos gráciles aprendidos en el *ludus*, y corrió hasta el león que había quedado de espaldas sobre uno de sus costados. Empuñó de nuevo la espada y con ambas manos la introdujo hasta que la punta alcanzó el otro extremo, y la punta apareció ensangrentada justo por el gahuate del animal.

Fue entonces cuando Carino decidió parar el resto del combate y enarboló una pequeña espada de madera que mostró al público. El graderío estalló en una inmensa ovación de júbilo cuando comprendió que el joven Africano se había ganado de buena manera su libertad.

Astyanax había obtenido el *rudis* con tan solo quince años. Era libre.

CORDUBA

En la quinta vuelta de la tercera carrera de cuadrigas, los que aún quedaban en pie hubieron de sortear trozos de madera contrachapada de tonos rojos y blancos pertenecientes a los carros de los aurigas que, unas vueltas antes, habían dado con los huesos en la arena, dejando el carruaje hecho jirones sobre la arena.

Muchos todavía recordaban los días de gloria para las facciones —o equipos— dedicadas a Marte y a los dioses del viento. Los primeros utilizaban el color rojo mientras que los segundos lo hacían con el blanco de manera identificativa. Lo cierto era que todo aquello había pasado y ya pocos

rememoraban las gestas de otras facciones que no fueran las azules o las verdes. Se habían convertido en una nueva moda a la que el público se entregaba por completo en vítores y alabanzas.

En la quinta vuelta de la tercera carrera eran las únicas que aún seguían compitiendo.

En verdad, quizá fuera porque las carreras de cuadrigas, como cualquier otra actividad romana pagana había caído en desuso, o eso era al menos lo que los practicantes de la nueva fe se afanaban en conseguir en Corduba.

En esos momentos, las facciones azul y verde ostentaban algún tipo de poder político, ya fuera formando parte de magistratura, como miembro del consulado, o simplemente como vocal ciudadano; ambas facciones poseían el suficiente poder como para que el candidato al cargo de edil, Publio Livio Mesala, hubiera de acudir aquella tarde a presenciar la carrera, aunque fuera por el simple hecho del acto de su presencia. Él sabía que no solo los votos cristianos eran necesarios para conseguir el cargo que deseaba, sino que un buen número de votos de aquellos que profesaban la fe tradicional romana era posible y necesario si demostraba cierto interés en aquellas tradiciones paganas. Por tal motivo decidió acudir ataviado con sus mejores galas. Se había esmerado en acicalar su apariencia y se impregnó brazos y piernas de diferentes perfumes, La túnica, blanca y pulcra, relucía con cada rayo de sol que descargaba el claro cielo azul y la conservaba impoluta. Cada pliegue de la tela había sido estudiado y colocado con sumo cuidado y el broche metálico había sido pulido a conciencia. Al menos no era el odioso espectáculo que ofrecía una batalla a muerte entre dos hombres como solía hacerse en el anfiteatro, pensó. En el circo, en las carreras de cuadrigas, si la desgracia recaía sobre alguno de los aurigas sería cuestión de un accidente y no una matanza cuerpo a cuerpo organizada y premeditada, se dijo hacia su interior para convencerse a sí mismo.

La carrera se encontraba en su momento más álgido, pues habían completado otras dos vueltas, restando tan solo dos de las siete que se habían programado para la última carrera, la definitiva.

De allí saldría el glorioso vencedor.

La cuadriga azul estaba decorada con filigranas doradas y símbolos ondulados que hacían referencia de forma clara a las olas del mar junto a un par de tridentes que flanqueaban los laterales donde la carrocería se hundía en una serpenteante línea, a modo de puerta, de forma que facilitaba el acceso y

salida del auriga al propio carro. Propulsada por la fuerza y tensión de los músculos de los cuatro equinos de color zaino, pelo brillante y crines onduladas al viento. Junto a ella, a toda velocidad, la cuadriga verde tupía todo el esqueleto del carruaje con espigas de trigo blancas que ocupaban todo el espacio decorativo en un claro uso del *horror vacui*. La furia de cuatro caballos blancos como la nieve y crines doradas mantenía la cuadriga con opciones de victoria antes de aproximarse al extremo sudeste de la espina del circo.

El auriga de la cuadriga verde mantuvo su posición en el interior de la arena, a pesar de quedar algo rezagado la última vez que tuvo que sortear los trozos de madera y ruedas rotas de los que habían caído antes y que todavía se encontraban desperdigados sobre la arena. El auriga azul supo de las intenciones de su oponente y consiguió cerrar el camino más corto mientras giraban en la espina dirección al extremo donde se situaban las *carcerías*. El público ya se había entregado por completo a animar a los dos únicos aurigas que quedaban sobre la arena y que estaban cumpliendo con creces con las expectativas creadas. Publio, en el fondo, no se encontraba tan disgustado con aquel espectáculo y ahora parecía más interesado una vez que hubo apartado todos los prejuicios que la adopción de la nueva fe cristiana le había conferido.

Era la última vuelta, y los aurigas descargaban, si cabía, aún más fuerza e ímpetu a sus riendas. Los carros colisionaron de nuevo a toda velocidad en el extremo sudeste de la espina y algunos trozos de madera salieron despedidos, como astillas de un viejo y pútrido madero, mientras el chirrido del roce del hierro de los bocines de las ruedas convertía aquel momento en un excitante instante cuando ambos carros enfilaban la parte final de la carrera: la última recta que daría con el vencedor una vez cruzaran la línea del extremo más amplio del circo.

Fue en una rápida e imprevisible maniobra, mientras ambos carros continuaban a toda velocidad dejando tras de sí una enorme nube de polvo. El auriga de la facción azul hizo un amago de ocupar el carril de su oponente y ante una más que posible colisión con nefastas consecuencias a aquella velocidad hubo de cambiar de opinión y rectificar en su maniobra con un súbito movimiento que lo devolvió a la línea contigua de los muros inferiores del circo. Aquel amenazante movimiento acongojó al auriga de la facción verde que tras el repentino movimiento amarró las riendas y tiró de ellas

cuanto pudo hacia su izquierda, temiendo la misma colisión. Aquel gesto contrarió a los caballos haciendo que los dos interiores hubieran de doblar sus patas delanteras hasta tocar la arena con sus rodillas, y con ello arrastrando a sus compañeros equinos que ocupaban las plazas exteriores. El carro dio varias vueltas sobre sí mismo y quedó reducido a escombros mientras el auriga quedaba atrapado por las riendas y era arrastrado por la arena una vez que los caballos, pese al dolor y la evidente cojera, se hubieron erguido de nuevo y continuaron en su carrera totalmente desbocados. Las riendas que el auriga llevaba atadas en su cintura —cosa que solían hacer para que éstas no se les escaparan de las sudorosas manos en mitad de la competición— comenzaron a aprisionar el bajo vientre. Cuando los equinos que flanqueaban los extremos quisieron escapar en direcciones opuestas, las riendas se convirtieron en un abrazo mortal que no encontró resistencia, apretando el estómago del auriga hasta que éste quedó partido en dos.

El público exhaló un alarido de terror. Era cierto que nadie en el Imperio romano estaba libre de presenciar semejante escena pues se habían acostumbrado a los juegos y combates de gladiadores donde eran cosa harto habitual. Fue lo inesperado de la escena lo que produjo tal reacción en el público. Aquello no era lo habitual en una carrera de cuadrigas. Muchos habían muerto pisoteados por sus propios caballos o los de los demás carros en la arena pero un hombre partido en dos jamás había sucedido en el circo de Corduba.

Publio Mesala, pese a que había disfrutado por momentos de aquella carrera, no logró comprender la tradición romana y albergaba sentimientos contradictorios en su fuero interno. Lo cierto era que si quería obtener otro buen puñado de votos para optar al cargo de edil, más le valía no apartar la mirada de aquella grotesca escena, aunque aquello fuese en contra de las leyes promulgadas por su comunidad.

Y así lo hizo.

Noviembre de 284

CERCA DE NICOMEDIA

El frío del undécimo mes no fue obstáculo para que las legiones de Numeriano, apostadas ahora a las afueras de la ciudad de Nicomedia, continuaran con rumores de toda clase y comentarios a modo de elucubraciones. La que más se repetía era aquella que apelaba a la posibilidad de que el emperador hubiese contraído el mal fario, y que como consecuencia de ello se habían ido sucediendo los malos augurios, como el que había acabado con la vida de su padre, Caro, bajo las mismas puertas de la ciudad persa de Seleucia, que acabó con el ejército tomando el camino de vuelta a casa abandonando una de las ciudades más ricas de oriente una vez sometida. Todo el mundo recordaba aquello.

La versión oficial decía que el emperador había contraído una insignificante enfermedad ocular y era por ello por lo que había completado las últimas jornadas del camino de vuelta a Nicomedia recluido en su carroza personal, que alguien se había encargado de sellar a cal y canto. Era obvio que aquello alimentaba aún más la idea generalizada que comenzaba a pulular por el seno del ejército. A pesar de que las tropas podrían haber completado el último tramo hasta la ciudad de Nicomedia de forma sobrada, Arrio Aper —prefecto de pretorio de Numeriano—, decidió establecer el castro a apenas unas millas de la ciudad.

—El emperador no puede entrar en la ciudad en estas condiciones —expuso al resto de guardia pretoriana—. Estableceremos un campamento aquí hasta que Numeriano se restablezca de sus lesiones.

—Las legiones creen que pueden completar lo que resta de camino —repuso Marcio, uno de los de mayor edad dentro del cuerpo de guardia.

—Un emperador débil entrando en Nicomedia sería la excusa perfecta para los partidarios de Carino —vaciló Arrio Aper.

—Pero...

—Estableceremos el campamento aquí —sentenció Aper—. Comunicadlo de inmediato.

—De acuerdo —rezongó el pretoriano.

El calvero comenzó a extenderse cuando los soldados, por orden de sus superiores, comenzaron a talar árboles con el objetivo de proveerse de suficiente madera como para levantar las murallas así como para alimentar los hogares de contubernios y del horno, donde deberían cocer el pan. El agua comenzó a caer de forma débil desde el cielo de Bitinia empapando poco a poco todo cuanto alcanzaba aunque no fue impedimento alguno para que cada engranaje de la perfecta y sincronizada maquinaria que componía al ejército romano cumpliera con su objetivo encomendado. Al contrario, la fina llovizna parecía haber apaciguado las especulaciones y dudas que muchos soldados sentían en su fuero interno por lo que durante los trabajos del levantamiento del castro fueron pocas las conversaciones que se brindaron unos a otros.

Cuando la noche hubo envuelto el cielo de Bitinia, el resplandor nervioso de las luces del interior de la ciudad de Nicomedia era plenamente visible desde el campamento. La ciudad se situaba en una colina y el pulcro estilo helenista de columnas y templetes se había ido extendiendo ladera abajo hasta el puerto, uno de los más importantes y concurridos de oriente y que servía de enlace con Byzantium, siendo el punto de entrada en occidente de productos orientales. El puerto siempre estaba repleto de embarcaciones que partían en todas direcciones, repletos de mercadería que incrementaría el poder económico y social de la capital de la provincia de Bitinia.

Marcio se encontraba con la cara dentro del improvisado tablero de madera que habían depositado sobre un tocón. Frente a él, Lucio —*equite* que pertenecía a las legiones que comandaba Diocles—, un hombre rudo y de muy mal perder al que se le podía ver la cara congestionada y ruborizada por el efecto del vino melado que no había parado de ingerir desde hacía horas. Alrededor, circundando aquella reunión, un conglomerado de soldados se arracimaba asomando sus cabezas unos sobre otros para comprobar de primera mano lo que ocurría sobre el tablero.

—Trae más pan, vino y miel —imperó Lucio a alguien de atrás de soslayo tomando su mano por el antebrazo. Tomó un trozo de un mendrugo algo duro que aún le quedaba envuelto en vitela y lo mojó en la jarra de vino,

echándoselo a la boca y tras bajarlo por la garganta sin apenas darle un bocado, prosiguió—: Deja de dibujar esa puta sonrisa en la cara, Marcio. Me pones nervioso.

—Quizá el vino te esté haciendo ver sonrientes demonios —silabeó Marcio indiferente con la vista fija sobre el tablero.

Lucio lanzó los dados que rebotaron sobre las pequeñas paredes de madera del tablero.

El juego consistía en dividir el tablero en tres filas y tres columnas, numerando cada casilla del uno al nueve. Se lanzaban dos dados y se sumaba el resultado, si éste era mayor de nueve (diez, once o doce), el turno pasaba al otro competidor. Si el resultado era inferior, se marcaba la casilla correspondiente para ese jugador. Cuando ambos habían terminado el turno, se sumaban las casillas que habían quedado sin marcar y aquel cuya suma era inferior, ganaba la partida.

—Un cuatro —reprodujo automáticamente Lucio al sumar el tres y el uno que marcaban sus dados. Marcó la casilla justo cuando aquel al que había enviado por pan, vino y miel le volvía a llenar la jarra. Volvió a mojar el pan y lo tragó de forma compulsiva.

Lucio tomó el cubilete hecho a base de cuero y madera, introdujo los dados y tras agitarlos tapando la boca del vaso con su mano derecha, lanzó el contenido sobre la mesa. El sonido sordo de los dados repiqueteó al golpear en las paredes hasta que ambos quedaron quietos.

—Seis.

En el tablero, Lucio ya había marcado las casillas I, II, IV, V, VI, VII y IX. Tan solo le faltaban dos casillas más, la III y la VIII cuando volvió a introducir los dados en el cubilete, agitó éste y sopló lanzando los dados sobre la mesa con inusitado ímpetu y entusiasmo. «Que salga ocho, por todos los dioses», salmodiaba entre labios.

Su plegaria casi obtuvo éxito cuando pudo atisbar que uno de los dados marcaba un seis y en su fuero interno se disparó una sensación de esperanza poco habitual en él. Desapareció cuando el segundo dado quedó quieto marcando un cuatro.

—¡Me cago en la puta Fortuna! —espetó con ávidos aspavientos lanzando el vino melado que se desbordaba de la jarra en todas direcciones—. ¡Te dije que borraras esa puta sonrisa!

Alguien tuvo que contener al *equite* para que no terminara lanzando el

tablero por los aires, pese a que todavía no había acabado el juego.

Era el turno de Marcio. Tomó los dados y los introdujo en su cubilete. Era más la satisfacción de ver fuera de sí al engreído de Lucio que por cómo se estaba desarrollando la partida. A decir verdad, Lucio había acabado su turno al haber sacado un diez, por lo que las casillas que había dejado sin marcar sumaban once (la casilla número ocho y la número tres). A él le quedaban todavía cuatro casillas sin marcar por lo que no las tenía todas consigo. Pero el hecho de ver a Lucio convertido en una furia, borracho e imprecando a todo el mundo, era una victoria personal que nadie podría ya arrebatarse.

Ambos habían tenido muchas disputas en las últimas semanas debido al estado de Numeriano. Lucio era de aquellos que habían propagado el rumor de la debilidad de un emperador débil que había abandonado una ciudad próspera una vez sometida, que había hecho al ejército romano abandonar una de las ciudades más ricas de oriente, que en el camino de vuelta se había recluso y no se dejaba ver; en definitiva un emperador que no estaba a la altura del cargo. En contraposición, Marcio formaba parte de la guardia pretoriana y, aunque su interior albergase las mismas dudas de Lucio, tanto él como los demás miembros de la guardia necesitaban de un emperador, débil o no, para mantenerse en sus cargos; una revolución era algo que siempre acarrearía inestabilidad y con ello, la posible expulsión del ejército de los partidarios del emperador depuesto.

Aquello había ocasionado multitud de disputas, peleas e insultos entre ambos pero, sobre todo, una animadversión mutua que había ido creciendo día a día, jornada tras jornada en la larga caminata de vuelta a Nicomedia. Ahora, a tan solo unas millas de *casa*, estaba a punto de estallar.

Marcio lanzaba los dados con súbita elegancia, apenas un gesto fuera de sí, tan solo un grácil movimiento de muñeca que hacía que los dados danzaran y giraran sobre sí sin rebotar de un lado a otro del tablero como lo hacían cuando eran lanzados por Lucio.

—Un dos —dijo el pretoriano al sumar el único punto que cada dado había marcado.

Lucio comenzó a contar tímidamente con la rapidez que la embriaguez le permitía. Intentó calcular las combinaciones que podrían darle la victoria de la partida. A Marcio le quedaban todavía por marcar las casillas I, III y IX. Se percató de que acaso todavía podría tener a la diosa Fortuna de su parte y Lucio sintió cierta congoja al recordar los insultos que había pronunciado

contra la diosa en un momento de pasión.

—Pronto dejarás de reír —musitó Lucio.

—Escondes demasiado odio, Marcio.

—Otros escondéis al emperador.

—¿Insinúas algo? —Marcio tomó de nuevo los dados y los lanzó con los ojos clavados en la mirada ida del *equite*.

Los dados comenzaron a danzar sobre sí mismos hasta que súbitamente dejaron de hacerlo. Marcio miró el resultado de los mismos y marcó una de las casillas que le quedaban. En esta ocasión el resultado había sido un uno, por lo que tan solo le quedaban por cerrar el nueve y el tres. Si el pretoriano lanzaba los dados y la suma era mayor de nueve el juego habría acabado y la suma de las casillas que le quedaban por marcar sería superior a la de Lucio.

El *equite* sentía crecer dentro de sí un júbilo inusitado pues veía cada vez más cerca una jugada donde la mala fortuna hiciera que Marcio terminase por abandonar la partida con aquellas dos casillas sin marcar.

—La verdad saldrá pronto a la luz —amenazó Lucio.

—¿Eres tú quien nos iluminará?

—Te crees muy superior a todos, ¿no es cierto, Marcio? —pronunció Lucio arrastrando las sílabas.

Marcio volvió a sonreír. Agitó de nuevo el cubilete, esta vez con mayor insistencia. El desenlace de la partida estaba próximo. A decir verdad, la partida había durado más de lo habitual pues en el juego del *abacum claudere*, era harto habitual que por uno u otro lado el resultado de los dados fuese superior a nueve, lo que cerraba la partida con bastantes casillas por marcar. En esta ocasión, ambos se habían quedado a tan solo un par de casillas por completar el tablero, y en el caso de Marcio, todavía tenía opciones. Adelantó su brazo derecho, mientras cubría la boca del vaso con el izquierdo, que separó lentamente hasta que los pequeños cubos de madera tallada colisionaron con el tablero. Esta vez repiquetearon sobre las paredes laterales y entre ellos mismos.

Todos se mantenían en vilo con los ojos desmesuradamente abiertos. Algunos, en claro gesto de expectación, habían separado los labios y mantenían la boca abierta con cara de bobalicones.

Finalmente un grito unánime sordo fue el resultado de ver lo que los dados y la diosa Fortuna habían dictaminado.

—Tres —y los dientes asomaron entre los labios de Marcio.

El pretoriano había cerrado la casilla número tres. Tan solo le quedaba aquella en la que había dibujado un IX. Aunque la siguiente jugada fuera mala y sumara más de nueve, cerrando el turno y, con ello el juego, la suma de las casillas sin marcar ya no podía ser superior a las de Lucio.

En un principio Lucio pareció no haberse percatado con la misma rapidez con la que todos los demás arremolinados sobre el tablero lo habían hecho. Lucio movía sus ojos de forma nerviosa intentando comprender la situación y sumaba con torpeza. Finalmente, el colérico rostro enrojecido pareció ser el síntoma que todos hubieron identificado por el que Lucio había comprendido el resultado de la partida.

Había perdido.

Levantó su enorme cuerpo con las palmas de las manos hacia arriba lanzando por los aires el tablero, dados, cubiletes y pequeños trozos de hueso de cordero a modo de fichas. Los que se arracimaban justo tras él salieron disparados unos sobre otros en la dirección opuesta y otros tantos comenzaron a disolverse en cuanto vieron que allí iba a haber algo más que palabras.

—¡Eres un hijo de puta —espetó Lucio— y me tienes hasta la polla!

Marcio no vio llegar el puño de Lucio que descargó sobre el rostro de aquel con toda la fuerza desmesurada que la embriaguez le permitió.

El pretoriano, que se encontraba sobrio, tras llevarse las manos a la cara y descubrirlas luego ensangrentadas, comprendió que aquel animal le había roto la nariz. En un principio no sintió dolor alguno. Levantó su pierna derecha, posó su pie sobre el pecho del équite y lo impulsó hacia atrás imprimiendo al gesto toda la fuerza que pudo. No era fácil mover aquella maldita mole, pensó. Pero el estado en el que se encontraba Lucio no le permitía presentar demasiada resistencia.

—Vas a aprender a cerrar la boca, maldito cabrón —dijo Marcio.

—¡Sacad al puto emperador de mierda de donde sea que lo tengáis!
—bisbiseó Lucio mientras Marcio se situaba sobre él con una rodilla sobre el pecho y el antebrazo aplastando su gástrico.

El pretoriano, pese a todo, tenía una opción de descargar todo el odio que sentía por Lucio en aquel momento y llevado por aquella sensación de poder acabar con el problema, decidió imprimir toda la fuerza posible y acabar de una vez por todas con el aliento de aquel canalla.

Quizá por ello, olvidó que lo que estaba acometiendo era una afrenta y

que estaba totalmente prohibido y penalizado en el ejército romano. Lo descubrió cuando volvió en sí después de que los dedos fuertes de una enorme mano le hubieron tomado el hombro empujando hacia atrás.

Era Maximiano quien tiraba de Marcio hasta que éste hubo trastabillado y caído sobre sus posaderas. No estaba solo.

—Un équite y un pretoriano peleando como perros —dijo la voz fuerte y serena de alguien que se acercaba de entre la sorprendida multitud. Luego, mientras todos cuantos rodeaban la escena enmudecieron, prosiguió—: Lucio Caracalla, formas parte de mi legión. Necesitas escarmiento.

Era Diocles.

—Ha insultado a los dioses y a Fortuna. Ha alimentado las sospechas acerca del emperador —intentó excusarse Marcio.

—Las sospechas acerca del emperador es algo que todos barruntamos en nuestro interior —dijo—, pero la actitud de ambos es inaceptable. ¿Estos son los altos mandos que el ejército de Roma puede permitirse?

Algunos, cabizbajos, intentaban asimilar las palabras de Diocles; otros muchos lo hacían para evitar cualquier tipo de acusación o implicación en el asunto.

—Traed unas tijeras.

Todos quedaron a la expectativa del correctivo que Diocles se había permitido aplicar. Cuando un soldado hubo cumplido rápidamente con la petición, Diocles tomó las tijeras con determinación.

—Acercad a Lucio y poned su cara sobre el tocón —espetó.

Lucio intentó oponer toda resistencia posible mientras cuatro hombres lo tomaban por los brazos y otro más dobló sus piernas aplicando un buen golpe de estaca sobre las corvas, lo que hizo que el enorme équite se desplomara.

—¡No! ¡Por favor! —rogó Lucio arrastrando las palabras.

—Sujetad su cabeza y abrid su boca.

Los hombres de Diocles hicieron todo cuanto éste imperaba de forma ejemplar. Sin lugar a dudas, aquellos hombres respetaban cada una de sus palabras.

—Nadie que forme parte de la legión romana insultará a nuestros dioses —promulgó en voz alta mientras levantaba el brazo derecho, cuya mano sostenía las tijeras—. ¿Qué ejército podrá defender los intereses de Roma y del Imperio si no siente respeto por sí mismo? ¿Cómo los altos mandos de las

legiones pueden infundir respeto sobre nuestros dioses si ellos mismos no lo muestran con sus acciones? Lucio Caracalla ha insultado a nuestros dioses y a nuestro ejército con su actitud... y pagará por ello.

Con un rápido y súbito gesto, Diocles descargó el golpe de mano sobre la cara de Lucio. Mientras mantenía una parte de la cara apretada contra el tocón por el influjo y la fuerza de cuatro hombres y otros tantos le habían abierto la boca de par en par, Diocles tomó con su mano izquierda la punta de la lengua y estiró hasta que el dolor se hizo patente en el rostro de Lucio, que hizo ostensible cuando unas lágrimas acompañaron un sonido gutural. De forma impasible cortó el blando y húmedo órgano hasta que la sangre impregnó el puño y antebrazo de Diocles, y había comenzado a desbordar la madera del tocón. Un líquido viscoso oscuro a la luz de las antorchas en la duodécima hora.

El dolor hizo que el corpulento Lucio dejara de forcejear perdiendo el conocimiento.

—Es el prefecto de pretorio quien debe aplicar sentencias dentro del castro —dijo una voz tras la muchedumbre.

Era Arrio Aper quien había hecho aparición.

—Lucio forma parte de mi legión y soy yo quien decide su futuro —replicó Diocles—. Haz lo que te plazca con Marcio, que forma parte del cuerpo de guardia pretoriana.

Arrio Aper podría haber tomado aquellas palabras, ante un buen número de personas, como una afrenta, pero en realidad sabía que no quería entrar en disputa con Diocles, que se había ganado buena fama entre los soldados. A decir verdad, no podía, pues aunque lo que había hecho Lucio estaba fuera de lugar, Diocles no podía ser más partidario de las filtraciones que Lucio había ido haciendo entre el seno del ejército.

—Sé que Lucio ha cometido un error y yo mismo le he hecho pagar su condena —continuó Diocles—. Pero ¿acaso mentía en cuanto al emperador? Quizá el prefecto de pretorio pueda ofrecer cierta luz acerca de los rumores que corren por el campamento.

Lo cierto era que semanas antes, en una de las jornadas de vuelta a Nicomedia, el ejército se había visto sorprendido por una tempestad de nieve. En aquella ocasión, había ocurrido algo en la tienda del emperador y pocos lo sabían. Claro que él conocía toda la verdad. Por ello insistió pese a que el rictus de seriedad de Arrio Aper se tornaba en cólera.

—¿Puede decirnos Arrio Aper cómo se encuentra nuestro emperador Numeriano?

Los vítores y palabras de aprobación se hicieron ostensibles en el resto de los que se habían aglomerado alrededor de la escena.

Arrio Aper se encontraba en una encrucijada y no le quedó más opción que emprender camino a la tienda del emperador. Por ello, se abrió paso entre la muchedumbre que comenzó a abrir un pequeño pasillo por la Via Praetoria, mientras la llovizna continuaba impregnando todo, lo que había convertido buena parte del campamento en un lodazal. Arrio Aper arrastraba, apesadumbrado, unas sandalias, con una de las tiras de cuero más oscura de lo habitual, sobre las que se había acumulado tanto barro que apenas si podía levantarlas. Lo cierto era que no sabía si lo que le pesaba era encontrarse en aquella tesitura. El taimado de Diocles había jugado bien sus cartas y ahora él no podría negarse a sus peticiones. No cuando podía poner a todo el ejército en su contra. ¿Quién le quedaba? ¿El estúpido de Marcio? Pensó que había sido una necedad el comportamiento de Marcio al haber aceptado aquella partida con Lucio. Todo era culpa suya, pensó.

Entró en la tienda del emperador, donde se apostaba la guardia día y noche y cuyo objetivo era no permitir el acceso a nadie. Dentro se guardaba el carro imperial del que hacía semanas el emperador no había salido debido a la infección ocular. Tras unos minutos que a todos los que se apostaban en el exterior se antojaron horas, la figura de Arrio Aper salió de nuevo hacia la oscura noche. La silueta inconfundible del prefecto de pretorio se antojaba rígida.

—Reúne a la guardia pretoriana y los centuriones. ¡Rápido! —dijo nervioso Arrio Aper a uno de los centinelas—. Avisa de que el emperador Numeriano ha muerto.

La tienda de los oficiales albergaba un enjambre de contradictorias opiniones. La tensión se palpaba en cada palabra subida de tono que simbolizaba una inminente amenaza. Todos los oficiales de la guardia pretoriana querían exponer su opinión ante la reciente confirmación de la muerte del emperador Numeriano. Algunos, incluso seguro que barruntaban postularse para el cargo. Lo cierto era que la guardia estaba confusa.

Había que encontrar una solución, y más valía pronto que tarde.

Conocían perfectamente que el cuerpo militar de la guardia pretoriana necesitaba de un emperador al que servir. El cuerpo de pretorianos había sido introducido en el entramado militar romano precisamente para ser la guardia personal del máximo dirigente del Imperio. En realidad, la falta de emperador no era lo que más les preocupaba puesto que fácilmente podía ser sustituido por otro candidato y éste lo sería por otro posterior en beneficio de otros muchos intereses. Lo que realmente preocupaba a la guardia pretoriana era aquella especie de maldición que parecía haber contraído Numeriano y que ya con anterioridad había acompañado a Caro en su empresa en tierras persas, desde donde los había perseguido como un ánima entre las sombras de la noche, incluso hasta el campamento emplazado a unas pocas millas de Nicomedia. Muchos comenzaban a pensar que jamás se librarían de aquel mal augurio por haber formado parte de una campaña militar en oriente de la que los dioses no eran favorables.

El interior de la tienda, que incluía todas las comodidades de las que un oficial podía abastecerse incluso en tiempos de campaña militar, no echaba en falta el fuego de un pequeño hogar junto al que se calentaba un buen grupo de pretorianos en airadas conversaciones en aquel undécimo mes.

Desde el altercado entre Marcio y Lucio, al que en pocas horas ya todos llamaban el Mudo, habían pasado algunas horas y la noche ya había cerrado por completo desde hacía bastante. El frío se hacía palpable y el fino manto de lluvia que no había dejado de caer desde las grises y amenazadoras nubes pronto se convertiría en una espesa capa de hielo y nieve y comenzaría a teñirlo todo de blanco.

El crepitar del fuego fue lo único que acompañó a las caras de sorpresa cuando varios golpes realizados con una espada corta sobre el filo de una mesa de madera, sobre la que varias copas de bronce tintinearón, disipó toda la confusión que reinaba en el interior de la tienda. Las lonas de tela se agitaban como muestra de la fuerza del viento que comenzaba a soplar en el exterior, donde se agolpaba una multitud en espera de respuesta ante la inesperada muerte del emperador Numeriano.

—Necesitamos nombrar a un emperador con celeridad —masculló la voz seca y hueca de quien había propinado tales golpes—. Sabemos que Carino pronto sabrá de esta triste noticia y junto a ella, debemos enviar el nombre del nuevo emperador que debe conducir al Imperio romano de oriente.

Era Arrio Aper.

Algunos, pese a que la evidencia era patente en las palabras del prefecto de pretorio, comenzaron a asentir en vívidos gestos de afirmación. Todos sabían que si Carino conocía la noticia de la muerte de su hermano, hecho que lo convertía en único emperador en todo el Imperio, y allí, en oriente no eran capaces de erigir un sucesor, aquello daría rienda suelta al primogénito de Caro para persuadir al mermado Senado y ser nombrado como el único emperador de Roma.

La guardia pretoriana conocía a ciencia cierta que la noticia de la muerte de Numeriano debía llegar a Roma junto al nombre del nuevo emperador en oriente. Ambas noticias debían ir unidas o sería el fin; y aquello agitaba aún más el estado de ánimo de los hombres.

—Yo conocía bien a Numeriano —dijo Aper ensimismado como si de una salmodia se tratase—. Y a su padre antes que a él. De igual modo conozco a Carino. Por ello, pido a la guardia pretoriana su consentimiento y me postulo como aspirante a emperador de Roma en oriente.

Se comenzaron a formar, de forma natural, algunos grupos de hombres que hablaban entre susurros discutiendo aquella propuesta y era evidente a simple vista quién se mostraba favorable con claros gestos de aprobación y quién no era partidario de aceptar a Arrio Aper como el nuevo emperador de Roma. Algunos recordaban cómo hacía unas horas, tras la disputa de Marcio y el Mudo, Aper parecía saber algo más de aquella cuestión que atañía al emperador Numeriano. Acaso parecía que conocía mucho más de lo que decía, pensaron algunos.

Uno de los que mostraban mayor síntoma de nerviosismo en el interior de la tienda de oficiales era Maximiano. Su enorme cuerpo pasaba desapercibido para muy pocos y en aquellos momentos lo acompañaba con ostensibles gestos con la mirada intentando atisbar alrededor en busca de algo o alguien.

—Dónde coño te has metido... —masculló entre dientes mientras estiraba el ancho cuello por encima de las demás cabezas.

Aquella era la oportunidad que habían estado buscando él y su amigo Diocles; hasta él mismo lo sabía pese a no ser muy ducho en detectar oportunidades diplomáticas fuera del campo de batalla. Su búsqueda resultó estéril pues Diocles parecía no encontrarse en la tienda de oficiales. «¿Dónde se habrá metido este cretino? ¡Por los dioses!», se preguntó.

En el exterior de la tienda cada vez se agolpaban más legionarios intentando recabar toda información posible acerca del nuevo nombramiento

de emperador. Pese a que el frío calaba hasta los huesos, el momento merecía la pena y esperar bajo una fina capa de incesante y gélida lluvia era apenas un nimio inconveniente. Lo importante era conocer el nombre por el que debían poner su vida al servicio.

Entre la multitud comenzaron a escucharse ruidos metálicos y pese a la oscuridad, la luz titiladora de las antorchas ubicadas en las calles del castro junto a los contubernios, hacía ver cómo buena parte de la muchedumbre se separaba. Parecía que algo o alguien se abriese paso entre el enjambre de legionarios que habían decidido empaparse bajo el manto de agua descargada por el oscuro cielo de Bitinia.

Estaban formando al paso del équite y comandante de la guardia pretoriana, Diocles.

El perfil de una sombra negra rodeada de un halo anaranjado se dibujó cuando se descubrió la cortina de la tienda de oficiales, justo cuando se encontraban a punto de formular el veredicto acerca de la proposición de Arrio Aper.

Todos quedaron inmóviles con sus ojos clavados en la puerta de la tienda cuando, tan solo, unas palabras restaban para que Aper se convirtiera en el nuevo emperador de oriente gracias a la decisión unánime por parte del cuerpo de guardia pretoriana. Solo Maximiano mostró cierta vida en el rostro cuando mostrando los dientes en una sonrisa bobalicona de su amplia boca infló su ancha cara henchida de satisfacción. Una amplia y barbada papada sobre el pecho mostraba la felicidad que sentía en su fuero interno.

El momento había llegado.

Entró en la tienda de oficiales dejando caer la cortina de la puerta tras de sí cuando el peso de la empapada y gruesa lona produjo un seco sonido al caer de súbito, cerrando de nuevo la tienda y privando de vista a las intrusas miradas de los legionarios que aguardaban en el exterior.

El paso solemne le fue abriendo camino a través de la guardia pretoriana que comenzaba a apartarse a ambos lados dejando libre un pasillo central que desembocaba en una mesa ricamente decorada sobre la que descansaban algunos pliegos y despachos junto a unas cuantas jarras de bronce cargadas de vino aguado.

Junto a la mesa, aguardaba Arrio Aper.

Diocles había estudiado bien la escena que debía representar. Se enfundó en una gruesa piel de lobo blanca y gris, utilizando la propia testa del animal para cubrir su cabeza, profiriendo un mayor aire de grandeza a su, ya de por sí, hercúlea armadura. Se había engalanado para crear la mayor expectación posible, y en cierto modo, lo había conseguido.

—¡Guardia pretoriana! —bufó Diocles mientras tomaba una de las pequeñas copas de vino. Tomó un buen trago y aguardó a que éste le cayera por el gaznate para luego proseguir—: ¡Guardia pretoriana! No os dejéis embaucar por el ansia de poder de este traidor.

Diocles desenvainó su *gladius* y señaló con él varias veces a Arrio Aper de forma acusadora. Aper no pudo hacer otra cosa que apoyar sus manos atrás sobre la mesa. Su rostro era la viva imagen del miedo. ¿Que pretendía el taimado del comandante? Ahora podía sentir cómo ardía de rabia su fuero interno. Se había sentido humillado y engañado por aquel embaucador. «Yo solo sé que el ejército prefiere a alguien como tú», le había dicho en una ocasión cuando emprendían el camino de vuelta a Nicomedia. Y precisamente aquellas palabras lo habían impulsado a terminar haciendo aquello por lo que todavía sentía remordimientos. Aquello que le hacía revivir pesadillas todas las noches.

Y ahora no comprendía absolutamente nada.

—Yo mismo puse a prueba la lealtad del prefecto de pretorio del difunto Numeriano —proclamó dirigiéndose al grupo con la voz tan alta como para que sus palabras fueran tan audibles afuera como dentro—. Como un estúpido conejo Aper cayó en mi trampa. Éste que veis aquí y que se postula como el próximo augusto de Roma no es más que un traidor y... un asesino.

Todos callaron mostrando gesto de incredulidad mientras clavaban sus miradas sobre Arrio Aper.

—Hace diez días, bajo una tormenta pude verlo acercarse a la tienda del emperador a hurtadillas como una sucia rata —continuó mientras apuntaba con la punta de su espada el cuello de Aper—, introduciéndose en la tienda sigiloso como un ladrón donde terminó por asesinar a Numeriano. —Todos parecían contrariados y Aper ya mostraba el gesto congestionado. Maximiano estaba disfrutando como un niño y prueba de ello era la cara bobalicona de satisfacción que había dibujado. De seguro le habría gustado ser él mismo quien apuntara el gaznate de Aper con su propia espada. Diocles prosiguió—: Sus manos están manchadas de sangre. Todo por ostentar el poder. Ha

traicionado a Roma. Os ha traicionado a vosotros y por ello yo os pregunto, ¿qué merece este traidor de Roma sino la propia muerte?

Algunos habían comenzado a jalearse cada palabra de Diocles y éste no dio turno de réplica alguna a Arrio Aper.

Apenas fue perceptible en una fracción de segundo, y para cuando algunos se hubieron girado clavando su mirada hacia la mesa donde a duras penas se sostenía Aper, pudieron verlo caer de rodillas después de que Diocles propinara un golpe con los clavos de la suela de su sandalia sobre la rodilla derecha del prefecto de pretorio. Los gritos de dolor por la rodilla rota se apaciguaron súbitamente cuando Diocles introdujo su afilada espada por la parte superior de la coraza que cubría el pecho de Aper, entrando por la clavícula derecha dirección sur y atravesando el pulmón derecho. Los ojos desorbitados de todos cuantos se encontraban en el interior de la tienda de oficiales reflejaban la vívida imagen de asombro. Algunas copas vertieron el vino de su interior que comenzó a recorrer la mesa en riachuelos incontrolados que terminaron por precipitarse desde el borde de la mesa hasta el suelo. La sangre brotó al retirar la espada y comenzó a mezclarse con el vino derramado entre las convulsiones de Aper y la piel de las fuertes manos de Diocles quedó tintada como la firma final de quien acaba unos versos o concluye la última frase de una obra literaria. «Eres avaricioso, Diocles. Serás emperador cuando mates un jabalí», había dicho una vez la adivina sobre su vida y aquellas palabras no paraban de sobresaltarle hasta el punto de hacerlo despertar en medio de la noche perlado de sudor.

—Ahora yo os pregunto, ¿a quién queréis de emperador? —aprovechó para vociferar el bueno de Maximiano, alentando a que todos y cada uno de los que se encontraban allí dijeran el nombre de su amigo.

«¡Diocles!», gritó la guardia pretoriana al unísono y aquello fue audible desde el exterior.

—Desde hoy, el séptimo día tras los *idus* de noviembre, Roma conocerá una nueva era. Desde hoy, en Roma comienza el imperio de Diocleciano —sentenció Maximiano mientras alzaba una de las copas de vino aguado hacia el cielo.

Todos hicieron reverencia al nuevo emperador, clavando una de sus rodillas sobre el frío y húmedo suelo de la tienda de oficiales, que en un mínimo lapsus de tiempo buscó con mirada agradecida los ojos de Maximiano que rápidamente encontró mientras el último hacía un claro gesto

de asentimiento con su cabeza.
Ambos sonrieron.

PARS QUARTA

CUARTA PARTE

De diciembre de 284 a marzo de 285

Diciembre de 284

ROMA

El *triclinum* de palacio era un cúmulo de huestes entre las que se podía encontrar casi cualquier cosa. Había poetas griegos recitando versos de Homero mientras algunos músicos tañían liras, tocaban flautas de pan e incluso ocarinas. En otra parte de la estancia, actores intentaban representar aquello que se recitaba y acompañarlo de alguna manera, con gesticulaciones y danzas que se mimetizaban con la música.

—Sigo diciendo que el vino de la Galia es mucho mejor que ese bebedizo germano —dijo de forma pausada Postumo arrastrando las sílabas.

Tanto Postumo como su esposa Aquilina Faustina —hija de un rico y próspero noble romano venido a más gracias a los negocios del aceite que exportaba desde Hispania— se habían convertido en íntimos e inseparables amigos de juegos del emperador. Carino había elegido al comerciante hispano para abastecer buena parte de las importaciones de aceite en Roma, lo que claramente iba en detrimento de los intereses del viejo Quinto Tulio. Los tres se habían convertido en una especie de grupo indisoluble que había venteado un sinfín de rumores entre las paredes de palacio y las colinas de Roma. Lo cierto era que Aquilina era una joven agraciada aunque algo en su rostro descompensaba su delgado y escultural cuerpo. La nariz aguileña y unos ojos demasiado separados afeaban su físico aunque a Carino aquello le parecía más un signo de distinción que un problema. Sobre Postumo se decía que su matrimonio no era más que un acto de conveniencia para aprovechar las líneas nobiliarias y una posible herencia del negocio del padre de Aquilina. Además, estaba aquel rumor que circulaba por Roma en cuanto a las preferencias de Postumo en cada lupanar que visitaba. Nunca elegía mujeres.

—¿Puede saberse qué te pasa con todo cuanto procede de Germania?

—contestó Aquilina.

Carino reía mientras alzaba de nuevo su copa de vino galo importado.

—Querida esposa —replicó Postumo—, el vino galo es suave y delicado. Es dulce y su sabor inunda tu boca del mayor placer que los dioses puedan disfrutar. No como el germano, tosco y difícil de tragar. Todo lo germano es... ¿como decirlo? Bárbaro.

—¿Hablas de vino o de hombres? —preguntó de forma maliciosa Carino a media voz mientras dibujaba una pícara sonrisa en sus labios.

Carino propinó un pequeño empujón con su propio hombro sobre el de Postumo, ya que ambos se encontraban tumbados uno junto a otro. Ambos rieron. Aquilina decidió eludir las hirientes insinuaciones de Carino, por lo que determinó mirar hacia otro lado mientras tomaba un trozo de pan que empapó en aceite de un pequeño cuenco dorado y se lo echó a la boca. El brillo del aceite sobre sus labios desdibujó un poco la fealdad de su rostro.

Junto a Carino se encontraba Magna Urbica que había decidido no intervenir en aquel tipo de conversaciones, máxime cuando se insinuaba cierto tipo de gusto sexual de su propio marido. Podía sentir cómo le dolía la cabeza. Por un lado aún le daba vueltas a todo cuanto había ocurrido en el anfiteatro acerca del joven gladiador africano; necesitaba llegar al final de todo aquello y comprender los sentimientos que la movían a hacerlo. Por otro lado deseaba venganza hacia Quinto Tulio. Que su esposo hubiera decidido utilizar al padre de la desaliñada Aquilina como proveedor mayoritario de aceite a Roma ya ponía sobre las cuerdas las aspiraciones del viejo Quinto, pero ella sabía que eso no era suficiente. Aquel taimado embaucador apuntaba mucho más alto y él mismo lo había dicho: «No hay muchos en Roma que estén dispuestos a asesorar a tu esposo. Quizá conozcas a alguien que *siempre* se ha mostrado partidario de su regreso», había dicho; y estaba claro que hablaba de sí mismo. El golpe comercial para Quinto había sido duro pero no era suficiente. Debía pagar su descaro por haber intentado manipularla y engañarla para conseguir sus planes políticos.

Una coqueta mesita ocupaba el espacio central de la sala, y alrededor de ésta, el pomposo y almidonado diván sobre el que Carino, Magna Urbica y sus invitados se habían recostado, de forma que todos pudieran abastecerse sin problemas de todo cuanto se había dispuesto sobre la mesa. Había abundante comida, desproporcionada en número sin lugar a ninguna duda, pero Carino hacía gala de generosidad ante sus amigos y aquella reunión no

era otra más con insulsos y aburridos conocidos de su esposa. Esta vez había bandejas de fruta repletas de racimos de uvas, higos, membrillo, peras y dátiles orientales; copas de vino aguado que se podían contar en número superior al de invitados, costumbre que adoptó Carino para no hacer esperar a sus invitados a que algún esclavo acabara de llenar su copa, por lo que éstos iban y venían al punto que detectaban la falta de vino en el interior de copas vacías. Había también platos de carne de perdiz condimentada y pequeños cuencos de brillantes aceitunas verdes y negras bañadas en aceite.

Los cuatro se prestaban a hundir sus dedos en aquellos manjares que luego se echaban a la boca.

—De todas formas ese que bebes no es galo, querido Postumo —puntualizó en tono jocoso el emperador.

—¡Caramba! ¿Y puede saberse de dónde procede esta exquisitez?

—De Roma.

—¿De veras? —preguntó sorprendido Postumo—. ¿Acaso puede un romano ser bueno en otra cosa que no sea arrancar las tripas de algún bárbaro?

La chanza tuvo su recompensa en el rostro de Carino y Aquilina, pues ambos dibujaron una cómplice sonrisa ante la ocurrencia de Postumo. Magna Urbica se limitó a girar su altiva mirada hacia su derecha, donde varios saltimbanquis se concentraban con afán en el espectáculo.

—Como decía Plinio —prosiguió el emperador— este vino es de la mayor delicia que existe en el Imperio. Lo produce la uva *amineana*.

—Creo que Plinio también decía que las mejores uvas eran griegas —interpuso Aquilina.

—Puede que tengas razón querida —asintió Postumo—. De todas formas nosotros beberíamos hasta los meados de un esclavo germano.

Los tres prorrumpieron en sonoras carcajadas.

—¿Qué planes tienes para el viejo Quinto? —espetó Manga Urbica.

La esposa del emperador había fruncido el ceño y tras girarse lo justo para formular la pregunta de soslayo a su marido, agachó la barbilla y levantó los ojos de forma inquisitoria. Era evidente que quería una respuesta.

—¿Por qué quieres arruinarnos la diversión, querida?

El tono con el que el emperador había pronunciado aquellas palabras denotaba dureza. Sin lugar a dudas, la pregunta de Magna Urbica le había incomodado y ahora ella se preguntaba si acaso no había ido demasiado lejos.

Por un momento recapacitó en la situación que aquella pregunta había dejado a su marido. Aquilina era la hija del comerciante que su esposo, el emperador de Roma, había elegido como proveedor de aceite para la ciudad. El padre de Aquilina había sido el elegido por Carino para inundar de aceite hasta el último prostíbulo o perfumería de Roma. Y ahora, ella, había cometido el error de poner en tela de juicio aquella decisión delante de la hija del mercader. Lo cierto era que ella no cuestionaba la decisión, al contrario, incluso se mostraba agradecida de que Quinto hubiese perdido tal batalla. Lo que en verdad quería saber era los planes que Carino había dilucidado para el viejo taimado y, acaso, aprovecharse de ellos para dar la última estocada al pervertido anciano. Aún así, pudo notar cómo se había equivocado al formular la pregunta de aquella forma tan directa y ante aquella gente.

—Simplemente creo que está muy afectado por haber perdido el negocio —intentó reconducir Magna Urbica— y se le veía tan interesado en Cornelia que había pensado que quizá podrías regalársela.

El rostro contraído de los demás se fue relajando a medida que la excusa de Magna Urbica hubo tomado forma en sus cabezas.

—¿Cornelia? ¿La puta? —se extrañó Carino.

—Es cierto que ese viejo estuvo babeando delante de una puta rubia durante los juegos —afirmó Aquilina—. Yo mismo pude verlo. Daba realmente asco.

—¿Acaso es posible que a ese viejo todavía se le levante? —se jactó Postumo mientras alzaba la cabeza y sacaba la lengua buscando una de las uvas del racimo.

—¡Vaya con el bueno de Quinto! —se sorprendió el emperador—. No me parece mala idea. Diré que la preparen.

El emperador hizo ademán de llamar a algún otro esclavo.

—Yo misma lo haré —dijo la cesarina.

Magna Urbica dibujó un rostro de sorpresa y entusiasmo. Tomó uno de los higos de la bandeja y lo mordió con la mirada fija al frente. El jugo resbaló por la comisura de sus labios.

—A propósito de Quinto. ¿Cómo está la situación con el Senado? —se atrevió a preguntar Postumo.

—Desde el primer momento se mostraron ingratos. Mi padre ya sabía cómo tratar al Senado y ya no estamos en la República. Amigo Postumo —posó Carino una mano sobre el hombro de su joven invitado—, tengo

algunos planes para que el Senado entienda cómo se hacen las cosas en Roma bajo mi mando.

—Espero que sea pronto —intervino Aquilina—. La ciudad, pese a los juegos, se está volviendo insulsa y aburrida.

—Sé bien cómo devolver el ánimo a Roma.

—No lo dudamos ni por un instante, augusto. Además en mi opinión el Senado debería haberte ratificado ya como el amo de occidente.

Aquellas palabras hicieron recapacitar a Carino, que lejos de complacerse y sentirse adulado por ellas, gesticuló como si se encontrara elucubrando algún tipo de plan que poner en marcha.

«Cierto, si yo estoy en Roma y mi hermano Numeriano ha de ocuparse de oriente, ¿qué mejor posición para hacer ver a todo el pueblo romano quién es su emperador?», pensó.

El tintineo de unas pequeñas placas metálicas que colgaban de su cintura fue lo único que pudo devolver al emperador a la realidad. El transparente lino rojo que cubría la parte baja de su cuerpo hasta los pies dejaba entrever el interior y dentro podía vislumbrarse unos muslos tersos y voluptuosos. Carino levantó la mirada hacia la parte superior del torso que quedaba plenamente visible y desnuda.

Khalima había comenzado a deleitar a Carino y sus invitados con un baile autóctono mauritano. El emperador, a tenor por la expresión de su rostro, estaba plenamente complacido con cada sensual movimiento de cadera que la esclava mauritana ofrecía al contonearse.

Magna Urbica había agachado la cabeza y tan solo levantaba los ojos, endiablados y llenos de rabia contenida que clavaba a veces sobre su marido. En otras, giraba la cabeza para contemplar el perfecto cuerpo, que ella bien conocía, de la esclava mauritana, aunque todavía se obligaba a apartar la mirada debido a la confusión que ella misma sentía en su fuero interno.

La emperatriz luchaba por comprender qué significaban aquellos sentimientos, aquel quemazón bajo el vientre o la humedad de su sexo al ver la bruna piel de Khalima. ¿Por qué le había interesado de pronto todo cuanto estaba relacionado con aquella esclava mauritana? ¿Por qué había sentido una punzada en el pecho al creer que aquel joven gladiador era el hermano de Khalima que habían separado sin ellos conocer la existencia del otro? ¿Por qué se veía empujada a ayudar a aquella esclava que a sus ojos era perfecta?

El emperador, simplemente había sido atrapado por la sensual danza de la

africana.

El rítmico jadeo era audible por buena parte de palacio. Poco antes, Carino había decidido abandonar la cena aduciendo un terrible dolor de cabeza. Mientras abandonaba la sala hizo un pequeño ademán para que la diosa negra le acompañara. El gesto había resultado sutil e imperceptible para todos excepto para Magna Urbica, que no pudo hacer otra cosa que apartar la mirada mientras Khalima se deslizaba sigilosamente por el *triclinum* para terminar abandonándolo poco después de que lo hubo hecho el emperador.

Carino disfrutaba con cada gemido que emanaba de la esclava mauritana. Aquello lo hacía sentir poderoso y sentía en su interior que tenía el control de aquella pobre desdichada a la que dominaba sin ningún esfuerzo. Con cada enérgico impulso que profería sobre Khalima, sus cálidos cuerpos se fundían en uno y ésta se retorció dejando escapar leves susurros producto del gozo de entre sus sensuales labios entreabiertos. Carino buscaba los carnosos labios que besaba sin cuidado alguno llegando a morderlos llevado por la pasión. Le gustaba probar del fruto de la esclava aunque para ello tuviera que recorrer su cálido y bruno cuerpo, perlado por las sutiles gotas de sudor, hasta que por fin podía palpar con sus propios dedos el triángulo bajo el vientre, donde finalmente se hundía dejándose llevar por la lujuria.

En cierto modo, Carino, en el mismo lecho imperial, envueltos entre plumas de oca, daba rienda suelta a sus más bajas pasiones, haciendo con Khalima aquello que jamás hubo hecho con su propia esposa. Al emperador le gustaba practicar todo tipo de artes amatorias, como tantas veces había visto en aquellos dibujos explícitos, en rollos de pergamino, que decían que había ordenado fabricar el depravado del emperador Tiberio, el segundo emperador que había dado Roma tras el gran Augusto.

Magna Urbica conocía perfectamente cuanto acontecía en el dormitorio, su propio dormitorio. No en vano, algunas veces había espiado sigilosamente y había sido testigo de cómo su esposo se fundía en un único ser con la esclava mauritana. Pero ¿qué podía hacer? El divorcio no era una opción. Debía mantener aquello tal y como estaba, al menos por el momento. Era cierto que tenía ciertos asuntos que atender, especialmente con aquel viejo que había intentado sobornarla. No echaba culpa alguna a Quinto de aquella situación; que su esposo estuviera gozando de la esclava negra no era sino un

acontecimiento circunstancial, pues si no hubiese sido Khalima hubiera sido cualquier otra.

No, la culpa de aquello no era haber comprado a la esclava; al contrario, los sentimientos que seguían azotando el interior de Magna Urbica decían todo lo contrario. Pese a todo lo que estaba pasando se reconocía a sí misma que haber conocido a Khalima había sido algo que había dado algo de luz a su lóbrega vida, tanto cuando se encontraba sola en Roma como cuando su esposo había vuelto para revolucionar las vidas de todo ser viviente dentro de los *limes* del Imperio. Además, el incordio del pequeño Nigriniano había desaparecido, se dijo. No podía dejarse llevar por un estúpido caso de celos consumado; era la emperatriz y debía mantener la cabeza fría para sacar todo el provecho de la situación. Debía asegurarse el futuro en el imperio y al pensar en el pequeño y fastidioso niño que ella misma había mandado eliminar, recapacitó sobre una posible solución a su futuro. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Ahora estaba tan claro ante sus ojos que imprecó sobre sí misma. Por un lado debía consolidar su futuro en aquel convulso momento del Imperio y por el otro debía dar cuenta de ciertos asuntos relacionados con Quinto y además terminar de comprender qué era aquello que la atraía de forma incontrolada hacia Khalima.

Quizá el viejo taimado de Quinto tenía razón cuando le dijo que debía traer al mundo un nuevo hijo fruto del emperador, o al menos, que así lo creyera éste. El único modo de asegurarse, en cierto modo, la estancia en palacio y consolidar su posición era engendrar un hijo y presentarlo como el vástago del propio emperador. De súbito pensó en Cato, su fiel y salvaje amante. ¿Querría participar de todo aquello? Lo cierto era que desde la llegada de Khalima y la atracción que había sentido Magna Urbica por aquella esclava, había acabado por dejar a un lado al solícito acólito Cato. ¿Acaso no se sentiría humillado y ahora la rechazaría? ¿Diría que era una vieja que ya nadie quería? Sería demasiado arriesgado para un esclavo, pese a los celos que pudiera sentir, además de una estupidez. Ella era la emperatriz y Cato haría cuanto ella le ordenase —como había demostrado con el pequeño Nigriniano—, se dijo.

Magna Urbica aceleró sus pasos frente la puerta del dormitorio, mientras los gritos de placer y estremecimiento de Khalima inundaban buena parte de cada rincón de palacio. No tenía intención de irrumpir furibunda en aquella habitación. Aquello ya lo había aceptado desde hacía tiempo. Ahora tenía

otros planes. Se apresuró a recorrer los pasillos decorados con mármoles veteados y estucos decorativos con guirnaldas y bucráneos con una idea fija en su mente. Había aceptado el papel de Khalima y en cierto modo sentía algo de lástima hacia ella. La esclava mauritana había pasado a ser la concubina del emperador y, a su vez, el juguete favorito de ella misma. En cierto modo Magna Urbica sabía que aquello era lo mejor que podía pasarle a la esclava. Su vida podría ser mucho más miserable y de este modo la mauritana gozaba de mayores privilegios que cualquiera de los demás esclavos. En el fondo de su fuero interno, Magna Urbica reconocía que deseaba todo el bien para ella y aquella situación era lo mejor a lo que la africana podía optar.

Erradicó de su mente que la compra de la esclava hubiera sido un error mientras se dirigía de forma precipitada hacia su destino impelida por una arrolladora determinación. Empujó una puerta cuyas hojas se abrieron sin el más mínimo esfuerzo cada una hacia un lado. Olía a podredumbre, orín y excrementos y la estancia no distaba mucho de cualquier taberna de mala muerte de una de aquellas vías principales entre caminos, donde se dispensaba comida y sexo. Atisbó entre la oscuridad con un candelabro de mano y la encontró tumbada sobre un jergón de paja.

—Prepárate —dijo Magna Urbica en tono dulce haciendo sobresaltar a la muchacha debido a la sorpresa—. Aséate y que te hagan llevar a las cocinas. Hoy es tu día de suerte. La vida cambiará para ti si cumples con la parte acordada.

CORDUBA

En la *domus* de Publio Mesala se habían congregado multitud de familiares y amigos para celebrar el gran evento. Aquel sería uno de los momentos que recordaría para siempre, al menos así se lo había repetido su padre a la pequeña Livia. Había llegado el momento de su bautismo, y en consecuencia, de su entrada como nuevo miembro oficial de la comunidad cristiana. Aquella era la forma de abrazar la nueva fe; al menos, la que habían descrito a Livia.

Sin lugar a dudas, a otro día se hablaría en todo el *forum adiectum* de aquella solemne ceremonia, así como del ágape que la sucedería. Ahora que

Publio Mesala había sido elegido como nuevo edil de la ciudad, podía permitirse que todo Corduba comentase acerca del fastuoso convite con el que los cristianos festejaban aquellos eventos litúrgicos.

La casa se había decorado para la ocasión y Publio no había escatimado en gastos al respecto. La ceremonia sería oficiada por el obispo Osio que había crecido en popularidad entre la comunidad cristiana en los mismos niveles que había incrementado la animadversión hacia su persona de quienes practicaban el culto tradicional romano, que lo consideraban como un farsante vendedor de humo.

Por ello, Publio sabía que aquella fiesta debía ser perfecta en todos los sentidos. Por una parte quería que su amada hija Livia disfrutara de aquella liturgia como lo hacía él mismo, y por otra parte, estaba su propia dignidad; debía causar la mejor sensación en quienes acudirían al bautismo de su hija. No en vano, grandes personalidades no solo de la administración romana sino de la estructura estamental de la nueva comunidad cristiana estaban llamados a acudir al bautismo de la pequeña Livia. Por ello ordenó decorar todas las estancias de la casa y pocos fueron los rincones donde se hubiera descuidado el decoro. Ordenó trenzar hiedra para cubrir las columnata del peristilo del patio creando formidables espirales que trepaban por los fustes como serpientes enroscadas sobre su presa. Unos pilares de media altura, acanalados y pulidos de forma pulcra para resaltar el ribeteado mármol, soportaban unas vasijas *terra sigillata* con relieves geométricos desde donde hojas de alhelí flotaban sobre un lecho de agua cristalina impregnando a la sala de un aroma lo suficientemente embriagador como para mitigar el olor a sudor de la gente congregada. El arrullo de la fuente del patio junto al *lararium* era el único sonido que acompañaba a los que, pese al frío del último mes del año, se habían reunido en la intemperie alrededor de la columnata. Había sido idea de Livia colgar del techo pequeños cestos de mimbre cargados de pétalos de margaritas que el viento hacía bambolear mientras los esparcía por encima de las cabezas de los invitados. Livia se sentía especialmente contenta con aquella idea pues la hacía sentir como una auténtica dama patricia. Quizá algún día, pensó.

Pese a todo, aquel día Livia hubiese preferido estar en otro sitio. Quizá jugando descalza en pleno foro cubierto por la nieve, helando sus pies junto a su buena amiga Flavia.

No podía olvidarse de ella.

Sabía que su padre, el estricto Publio, no admitiría que estuviese allí con ella aquel día. ¿Pero acaso no se suponía que debía ser un día importante para ella? ¿No había dicho su padre que lo recordaría para siempre? ¿Para qué servía recordar para siempre algo si las personas que uno quería no se encontraban en tal recuerdo?

No quiso contradecir a su padre y por ello acató sin más lo que el estricto edil y abogado Publio había dispuesto para ella. De pronto, se vio rodeada de gente que no conocía en el atrio de su propia casa, junto al *impluvium*. No llovía pero la pequeña pila todavía tenía un palmo de agua de la lluvia caída el día anterior. Para enmascararlo, recordaba cómo su padre le había dado permiso para capturar unos cuantos peces del río y ahora el pequeño *impluvium* parecía una pecera. Un súbito sofoco la comenzó a ahogar y el aire parecía llegar con dificultad hasta sus pulmones. La sensación de agobio se apoderó de ella cuando tuvo que ayudarse de las manos para sortear el enjambre de personas que se acumulaban por todos los rincones. Se vio obligada a avanzar entre empujones apartando a uno y otro lado a quienes encontraba a su paso. Se recordó a sí misma hacía años, cuando todavía no elevaba su cabeza por la cintura de un hombre adulto y podía escabullirse entre una arboleda de piernas sin dificultad. Ahora, a sus diez años, ya alcanzaba la altura de los hombros de un hombre adulto y requería de más fuerza para abrirse un espacio mayor por el que escapar de aquella asfixiante ansiedad.

Empujó e imprimió toda la fuerza de sus codos sobre los riñones de quienes se interponían a su paso hasta que dio de bruces con algo. El golpe la hizo retroceder unos pasos al punto de casi perder el equilibrio y caer de espalda por completo.

—¡Livia, querida! —dijo la mujer entrada en carnes con voz terriblemente aguda—. Lo siento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ahora un hombre con una bronca voz.

Eran Cosme y Myriam. Livia quedó boquiabierta y paralizada al verlos allí.

—Toma querida —y la mujer tendió su mano con algo que ofreció a Livia—. Toma una pera de nuestro huerto. Pruébala, verás que dulce.

Livia sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo hasta que se le hubo erizado cada vello de sus brazos. Sintió un repiqueteo en la nuca y el sudor frío en sus manos al tiempo que el corazón parecía querer escapar de su

pecho. Livia sabía qué le ocurría y lo que ahora sentía debía ser aquello que los adultos llamaban *remordimientos*. «Sé lo dulces que están, yo misma os robé una», pensó en decirles.

Cosme y Myriam vivían de su pequeño huerto y los días de mercado disponían de un pequeño puesto en uno de los laterales del foro, bajo los soportales, junto a donde tantas veces se había reunido Livia con otros compañeros cuando había que asistir al colegio. No es que los ancianos hicieran una fortuna pero lo que obtenían de las ventas les bastaba para sufragar gastos así como para pagar los tributos al erario. Parecían saber sacar buen provecho del pequeño huerto, y ella, junto a su amiga Flavia se habían introducido en él a hurtadillas para robar lo poco que aquella pareja de ancianos poseía y lo que tanto esfuerzo y trabajo les había costado conseguir. Ahora podía sentir, en su propio cuerpo, el cansancio del viejo Cosme al pasar horas cuidando el huerto desde la *hora prima* hasta cuando el sol se escondía en el horizonte tiñendo el río de un color ocre anaranjado. Podía notar el dolor de riñones de Myriam al cargar las cestas de mimbre repletas de fruta sobre el pequeño carro familiar, mientras su viejo compañero de toda la vida amarraba al asno de tiro para transportar la mercancía al foro en un día de mercado.

Aunque en realidad ¿qué hacían allí? ¿Eran realmente cristianos? ¿Acaso no había visto en su huerto la estatuilla de un dios pagano, que Flavia había identificado como Príapo? Pensó que quizá aquello lo hacían para encubrir su verdadera fe en el único Dios y evitar así algún que otro injusto recargo en los tributos por parte del erario debido a aquella circunstancia.

Unas inmensas ganas de estrangular a su amiga Flavia sacudió su fuero interno. Luego pensó que no estaba siendo justa pues ella misma no hubo hecho absolutamente nada para evitar aquello.

—No gracias —rechazó Livia con una falsa sonrisa en la boca—, ya he desayunado en la cocina con el ama Eumelia.

Ladrona y mentirosa. Quería morir en ese mismo instante.

La sensación de estar contradiciendo todo cuanto la religión que su padre había adoptado para ella la sumía todavía más en un torbellino de angustia. ¿No se suponía que no debía mentir, ni robar? ¿No había insistido su padre tanto en aquello que él llamaba *mandamientos*?

Lo cierto es que llevaba semanas indispuesta y un malestar general había sacudido su cuerpo por las noches. Supuso que el frío de aquel duodécimo

mes estaba siendo aún más gélido que en otras ocasiones y debido a ello sentía recorrer un escalofrío por todo su cuerpo, por lo que no le dio la mayor importancia. Aún así, sentía un inmenso cansancio que hacía que cada uno de sus huesos pareciese pesar treinta libras.

De pronto, topó con el obispo Osio.

—¿Estás preparada, muchacha? —bisbiseó el obispo junto al oído de la pequeña.

—Lo estoy —mintió.

El obispo la arropó con su joven mano por la espalda y ambos se dispusieron a avanzar, seguidos de un pequeño cortejo, hacia la improvisada pila bautismal que Publio había hecho construir en el patio de su *domus*, en el lateral más amplio del peristilo, sobre la hierba donde Livia solía contemplar la extenuante y divertida vida de los estorninos.

La ceremonia comenzaría pronto.

Ahora, aquel espacio lo ocupaba una especie de gran balde de madera construido para la ocasión. Publio había ordenado construir un pequeño recipiente cuadrado de madera impermeable en su interior pues debía albergar el agua donde la pequeña Livia sería sumergida. La improvisada pila llegaba a Livia por el pecho en su parte exterior, pero como el agua del interior no llegaba al borde hasta el punto de rebosar afuera se tranquilizó pensando que el nivel del agua del interior tan solo alcanzaría la parte superior de su vientre. Aún así avanzó cautelosa movida más por el ímpetu del obispo Osio, que se veía obligado a imprimir algo más de fuerza sobre su reticente y menudo cuerpo, que por voluntad propia.

Livia sintió un deseo descomunal de salir corriendo y huir de allí, pero había algo peor que la azotaina que le esperaba a su vuelta y era contradecir a su padre en la adopción hacia aquella fe en la que el edil había dedicado buena parte de su vida, aquella que no le había dedicado a ella misma, no en vano había conseguido llegar a su distinguida posición a base de esfuerzo y trabajo dedicando todo el tiempo del mundo a ello; tiempo que Livia había dedicado a anhelar hacer todas las cosas que los demás niños hacían con sus padres. No podía hacer aquello a su padre. Sabía que la herida que le produciría en su corazón sería irrompible por siempre. Aún así, su fuero interno albergaba la duda de qué significaba todo aquello. Había estado en numerosas reuniones con el pastor y había oído las historias de Jesús de Nazaret: una especie de divinidad en el cuerpo de un hombre que se había

sacrificado a sí mismo para expiar los pecados de los demás, que propagaba el perdón, la compasión y la honradez como virtudes y medio de vida. Dibujó en su mente el rostro del bonachón Cosme y la afable Myriam, la misma que le había ofrecido un regalo y la misma a la que ella había robado. Unas enormes lágrimas se deslizaron por las pecosas mejillas de la niña.

—No tengas miedo, chiquilla. Pronto formarás parte de esta gran familia.

—Sí —convino Livia intentando convencerse a sí misma.

¿En qué cambiaría su vida? ¿Sería ahora mejor persona y todos los malos recuerdos de lo que había hecho se esfumarían? Había oído los milagros que contaban las historias del tal Jesucristo, ¿se produciría uno allí mismo y de pronto sería otra persona? Livia, la cristiana, reflexionó. La pregunta más enigmática afloró en su cabeza, ¿qué depararía su nueva vida con relación a su mejor amiga, Flavia?

Una mezcla de ignorancia y miedo le sacudió el pecho.

—Recuerda que la fe y el convencimiento del bautizado es esencial para recibir esta salvación —puntualizó el obispo.

Si quedaba alguna parte del menudo cuerpo de Livia donde el miedo no se hubiera instalado, aquellas palabras del obispo Osio habían terminado por helar su sangre.

¿Fe? Debía tener fe y estar plenamente convencida de lo que hacía y así, quizá, abrir su alma para recibir aquella bendición. Pero ¿fe a quién o a qué? ¿A un Dios que su padre había impuesto para ella? ¿A un Dios que quizá la separase para siempre de su amiga Flavia?

La improvisada pila disponía de una pequeña escalinata por donde Livia comenzó a subir temerosa seguida por el obispo Osio. Ambos terminaron por introducirse en el interior.

El agua estaba helada.

Livia sintió punzadas en todo su cuerpo debido a lo fría que estaba el agua en aquel día del duodécimo mes. Como había sopesado antes, el nivel del agua llegaba hasta algo más arriba de su vientre pero aún así el frío se había apoderado de todo su cuerpo. Al contrario que el obispo Osio, temblaba y tiritaba como un pequeño animal asustado.

De pronto sintió que su espalda se quebraba y notó una fuerte presión en el pecho y otra aún mayor en la espalda. Todo su cuerpo estaba siendo empujado hacia atrás, de tal modo que tuvo que flexionar sus rodillas empujada por un impulso inconsciente. Cuando sus ojos se elevaron hacia el

encapotado cielo de Corduba notó cómo su nuca se helaba y poco a poco el agua gélida inundó todo su rostro hasta que quedó totalmente sumergida.

Aquellos segundos bajo el agua le parecieron eternos y hubo de cerrar los ojos debido a lo inesperado de aquel brusco gesto. Por un momento pensó, durante el largo período que a ella se le antojó estar sumergida, que quizá aquel fuera su final. Quizá aquel rito del bautismo no era otra cosa que aquello que había escuchado de las historias de Isaac cuando había intentado sacrificar a su propio hijo en favor de Dios. Quizá su padre había decidido sacrificarla. El nivel de obsesión que su padre había llegado a colmar en relación a la nueva fe hacía esa idea plausible a ojos de Livia. ¿Sería capaz su propio padre de hacer algo parecido? Ella sentía cómo en el fondo, Publio la amaba. Pese a todo el tiempo que ocupaba en su trabajo y sus nuevas creencias, Livia creía intuir que su padre la quería. Desechó la idea del sacrificio cuando una enorme sacudida elevó todo su cuerpo y quedó de nuevo fuera del agua. Todo su rostro goteaba grandes chorros de agua helada que salpicaban al rebotar en las agitadas aguas almacenadas en el improvisado estanque.

Sin dar mayor tregua, una segunda inmersión repitió todo el proceso anterior y acrecentó las dudas de la pequeña Livia. Volvía a pensar que su padre quería deshacerse de ella ofreciendo un sacrificio en nombre del nuevo Dios. Si era así, ¿en qué se diferenciaban entonces de aquellos que llamaban paganos? Éstos al menos no sacrificaban personas. De nuevo la presión en el pecho y la espalda y el agua cubriendo su descompuesto rostro por otra pequeña eternidad.

Los ojos cerrados y mil preguntas asaltaron su cabeza mientras permanecía sumergida.

Fue en la tercera ocasión que el obispo Osio la mantuvo sumergida bajo el agua cuando decidió abrir sus ojos. Una retahíla de brillantes rayos luminosos sobrevino a sus pupilas y, de alguna manera, aquello la relajó por un instante al punto de poder aguzar el oído y escuchar por un momento las palabras que el obispo estaba pronunciando a modo de salmodia. «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén», pudo escuchar de forma distorsionada y lenta bajo el agua.

Una vez que Livia fue devuelta por tercera y última vez al exterior de la pila bautismal pudo contemplar las miradas orgullosas y plenas de felicidad de quienes la rodeaban. El rito parecía haber terminado pero a Livia todavía

le atormentaba otra cosa. Estaba viva y aquello era un consuelo, ahora que ya formaba parte de la comunidad cristiana a ojos de su Dios, ¿qué pasaría ahora con su amistad con Flavia? Si ahora era distinta quizá no pudieran verse más.

Había visto muchas disputas y riñas entre quienes profesaban diferente religión, como si adoptar una u otra formara una barrera infranqueable.

«Si ahora soy distinta...», reflexionó temerosa.

Lo cierto era que, en verdad, Livia no se sentía diferente en ningún aspecto.

ROMA

—Dieciocho ánforas de aceite que nadie en toda Roma va a comprar —se lamentó Quinto Tulio mientras sujetaba una tablilla de cera en su mano.

—Y aún será peor —repuso Servilius—, los jornaleros todavía andan en los campos en plena recogida. Para *idus* de marzo tendremos tres veces esa cantidad.

Servilius era el capataz que debía organizar todos los trabajos de la villa. De complexión fuerte y rostro severo al que, a pesar de contar con algo más de treinta años, algunas canas comenzaban a concentrarse en la zona de la nuca. Servilius no era de los que debían enfangarse las manos dando de comer a los cerdos en las porquerizas; ni siquiera debía ungrirse con una sola gota de aceite mientras se llenaban o vaciaban las enormes ánforas enterradas bajo tierra hasta la apertura de la boca. Tampoco estaba obligado en su trabajo a cargar con sacos de cereal hasta el molino. Su trabajo consistía en asegurarse de que había otros haciendo aquellas tareas y que éstos se esmeraban a conciencia en sus quehaceres, haciendo pagar con castigos a quienes no lo cumplían y llevar a su amo Quinto un reporte de la situación en los trabajos de la villa. Lo cierto era que a Servilius se le daban bien los números, demasiado bien para un hombre de su posición y por ello se había convertido en algo más para Quinto que en el simple capataz de su finca. En ocasiones como aquella, Servilius servía de confidente, de paño de lágrimas ante la desgracia y, sobre todo, de consejero debido a su conocimiento real de la situación de la villa. Aquello era algo que solía suceder, cuando los propios amos y señores de tierras se veían arruinados debido a que apenas conocían el estado de sus posesiones, trabajo que habían delegado en subalternos

mientras ellos se dedicaban a menesteres sociales mucho más placenteros.

—¿Qué podemos hacer? —se preguntó Quinto con voz entrecortada mientras deambulaba por el estudio dando pequeños golpes con la parte plana del estilo sobre la tablilla.

—Podríamos...

El ensimismamiento de Quinto no permitió escuchar la réplica de su siervo por lo que éste dudó si continuar e intentar explicar su idea con voz más enérgica o callar por un instante y esperar que su amo volviera en sí, quizá con alguna idea mucho mejor que la suya.

Los labios de Quinto le dieron la respuesta y decidió callar para escuchar de nuevo aquello que su amo estaba a punto de pronunciar.

—Hemos perdido todas las ventas de aceite en numerosas tabernas, negocios de comida, perfumistas y lupanares en favor de ese Aquilino Tacito cuya hija se folla el cabrón de nuestro emperador —dijo con claros aspavientos de manos—. Y encima están esos excedentes de los que hablas —dirigió una mirada directa que clavó en los ojos de Servilius—. ¿Qué podemos hacer? ¿Quizá debemos admitir la derrota? —refunfuñó una vez hubo tomado asiento tras su escritorio—. ¡Por los dioses no voy a admitir una derrota ante ese hijo de puta!

El estudio de Quinto no era demasiado grande y el elevado número de volúmenes de libros y rollos de pergamino dispuestos por todos sitios daba aún más sensación de agobio. Pese a ello, el lugar estaba bien iluminado. Estanterías de madera noble forraban las paredes y contenían enormes cantidades de volúmenes y montones de rollos de cuentas. Las tablas de cera se apiñaban sobre la mesa que ocupaba la parte central de la estancia y un buen número de estilos se esparcía sin orden aparente entre los rollos, incluso por el suelo. Aquel estudio dejaba claro que Quinto había dedicado toda una vida a sus negocios habiendo sacrificado el poder tener, en todos aquellos años, una familia a la que dedicar sus últimos días. No le había faltado ocasión de satisfacer sus apetitos sexuales, pues para ellos siempre tenían cabida jóvenes mozos y apetecibles vírgenes en los lupanares de la ciudad. Lo que Quinto había sacrificado era una devota esposa que le unguiera los pies tras un largo día de reuniones de trabajo o consejos del Senado; unos ruidosos niños rompiendo el silencio de un plácido día de verano con las primeras luces del alba.

Ahora tanto trabajo parecía haber sido en vano y tendría que dedicar los

últimos años de su vida a planear una venganza contra aquel maldito emperador.

—Quizá podría utilizar al Senado —se dijo Quinto mientras perdía la mirada entre los numerosos rollos de pergamino—. Podría reunir un buen número de hombres y convencerlos para retirar el apoyo a Carino.

—Mi señor —intervino Servilius—, con el debido respeto a Carino poco o nada le importa el Senado. Él es quien posee al ejército y por ello controla todo.

—¡Es un tirano!

—No lo dudo, señor. Los tiempos de la República pasaron. El Imperio se gobierna por un hombre y las decisiones que éste tome ya no necesitan de ninguna aprobación por parte del Senado.

Quinto pareció sentirse humillado en cierto modo. Sabía que Servilius no lo había dicho con ningún mal propósito, pero lo cierto era que en aquellas circunstancias tan solo le quedaba su posición de senador y aunque su fuero interno reconocía que Servilius tenía razón, se negaba a aceptar que también en aquello había sido derrotado por el nuevo emperador.

—Aún así, ¿quién me apoyaría? —se preguntó—. Quizá podría convencer a los partidarios de Gregorius. ¿Pero cómo? —Quinto se desesperaba sobre su escritorio dando pequeños golpes con el estilo sobre la mesa de madera.

—Gregorius huyó a oriente antes de que el otro líder de la facción de senadores partidarios de Numeriano acabara asesinado en su propia casa.

El viejo Quinto quedó meditabundo por unos segundos sopesando las palabras que había pronunciado su siervo. No en vano, él mismo había sido quien los había delatado al entregar aquella lista con los nombres de los supuestos traidores al emperador.

—Podría ir a oriente.

—¿Quién se ocuparía del negocio mientras tanto? —se apresuró a recordar Servilius—. Todo pende de un hilo en este momento, mi señor.

La maldita encrucijada que le hacía devanarse los sesos ponía aún más colérico a Quinto. Se encontraba en la disyuntiva de hacer todo cuanto estuviese en su mano para vengarse de Carino o intentar salvar sus negocios, años de trabajo para labrarse una posición. Aquello era injusto a todas luces y los dioses debían estar castigándolo por algo que no acertaba a comprender, pensó.

—Podría enviar a alguien a buscar a Gregorius y explicarle la situación.

—¿Os creería? —volvió a replicar Servilius con confianza. Por sus palabras parecía tener clara una salida a toda la encrucijada—. Recordad que las diferencias os enemistaron precisamente en el nombramiento de Carino. Podría aducir que la afrenta fue demasiado grande como para creer o conspirar junto a alguien que trató de eliminarlo del Senado. En mi opinión no trataré con nadie que no seáis vos, mi señor. Y quizá os quiera ver arrodillado y arrepentido por haber apoyado a un emperador que él quiso revocar.

—¡Maldita sea! ¿Qué coño podemos hacer, Servilius?

—Creo que deberíamos arreglar el tema de los negocios o toda vuestra fortuna desaparecerá y entonces os habrá vencido.

—¿Qué podemos hacer? —se exasperó Quinto—. ¡Tenemos dieciocho ánforas de aceite completas! ¡Dieciocho! Y todo lo que los jornaleros están por recolectar —recordó—. Eso son tres veces más aceite del que puedo vender, tú mismo lo has sugerido.

El viejo Quinto parecía realmente desesperado y se remangaba la túnica dejando ver sus huesudos y velludos antebrazos, pálidos y flácidos que agitaban unas temblorosas manos que acababan en unos delgados dedos colmados de nudos. Negaba con la cabeza de forma evidente dejando escapar su angustia y sus acuosos ojos comenzaron a derramar las primeras lágrimas al sentirse derrotado. Toda una vida acabada por haber jugado mal las cartas, por haber apostado todo a una alianza imposible. Había sufrido delirios de grandeza.

Quinto terminó de hundir el rostro entre sus manos.

—En mi opinión existe una solución.

La voz trémula y queda de Servilius hizo que Quinto levantase tan solo los lacrimosos ojos. Lo miró de soslayo mientras clavaba su mirada en lo que se había convertido en su única esperanza. Decidió dejar hablar a Servilius pues no le quedaba opción alguna.

—Habla —musitó.

—Carino tan solo nos ha quitado el privilegio de proveer de aceite a Roma en favor de ese mercader de Baetica —comenzó a disertar—, pero en la villa hay otras muchas cosas que Carino ha dejado intactas pues pensó que no superaríais el golpe del aceite. Podemos vender los cerdos como carne a multitud de *tabernae*; esquilar las ovejas y vender el vellón a telares y sastrerías. En las cuadras tenemos buenos ejemplares que podemos vender a

alguna legión y aquellos que no son caballos de guerra los podemos vender a campesinos como animales de carga. Podemos vender los doscientos sacos de trigo y cebada a cervecerías y panaderías, que por un precio menor se pegarán por quitárnoslo de las manos. Podríamos arrancar todos los olivos y venderlo como leña o madera, constructores y albañiles lo utilizarán para grúas de rueda o armazones para la construcción de los arcos en piedra.

Quinto escuchaba cada palabra con verdadera concentración pues intentaba asimilar adónde quería llegar su siervo Servilius. Hasta el momento lo que le estaba proponiendo no era más que deshacerse de todo cuanto había levantado con duros años de trabajo. Aún así continuó escuchando todo lo que el esclavo tenía que decir. Servilius continuó:

—Todo ello os reportará una buena suma de beneficios que posteriormente podréis invertir.

Allí estaba la palabra que había vuelto a iluminar los ojos de Quinto. Todo cuanto Servilius proponía era vender absolutamente todo para recaudar el máximo de beneficios. Quinto se preguntó con qué fin.

—¿Y después? ¿Invertir en qué y dónde?

—Con esa suma podríamos cambiar completamente de negocio. Aquí Carino dominará a su voluntad. El Senado ya no posee poder alguno. Podríamos ir al sur de la Galia y comenzar desde cero con una buena suma de dinero estableciendo un negocio nuevo.

—¿Al sur de la Galia? ¿Qué tipo de negocio estás pensando, Servilius?

—Vides.

Quinto descubrió de inmediato que aquel siervo podía haberlo sacado de la ruina en aquel momento. Se levantó de su silla junto al escritorio y bordeó la mesa pasando su dedo índice sobre el borde. El anillo plateado que llevaba justo en ese dedo parecía brillar con más fuerza que nunca a ojos de Servilius.

—¡Vino! —dijo Quinto—. Tendríamos el suficiente dinero como para comenzar una plantación de vides y fabricar nuestro vino. Al cabrón de Carino y sus amigos les encanta el vino de la Galia y podrían estar importando nuestro propio vino sin apenas saberlo.

Servilius parecía haber solucionado de un plumazo los dos problemas que unos momentos antes habían atribulado a Quinto. Ahora tenía una opción de comenzar de nuevo y, a su vez, vengarse del maldito emperador debido a su ignorancia. En cada fiesta, banquete o bacanal que organizase aquel hijo de puta, beberían su vino y él se estaría haciendo aún más rico debido a la

ignorancia de la nobleza romana.

Adelantó sus pasos dibujando una amplia sonrisa en la cara donde unos amarillos dientes asomaban de entre sus delgados labios. Se acercó a Servilius y lo besó en la mejilla como agradecimiento. Más tarde bajó su mano y palpó con firmeza agarrando el pene de Servilius.

—¡Bravo! —susurró.

El ruido de unos pasos atropellados subiendo por la escalera de madera rompió el íntimo momento. Una columna de humo parecía alzarse desde el mismo corazón de Roma.

Pese a que todavía la luz de la alborada no llegaba a iluminar el cielo, era cierto que una columna maciza y oscura se elevaba al cielo de Roma. Sin duda, algún edificio del foro estaba ardiendo. La punta dorada y anaranjada de las llamas parecía atisbarse desde la villa a ojos de Quinto.

—¡Es la Curia, señor! —dijo al llegar quien había subido trastabillado por la escalera.

—¡La Curia! —exclamó Quinto—. Está ardiendo el edificio del Senado... ¿cómo ha sucedido?

—Nadie lo sabe —respondió el muchacho sin apenas resuello—. De pronto una columna inmensa de humo comenzó a subir al cielo. Me han hecho correr las cuatro millas desde Roma para avisaros lo antes posible.

El muchacho cayó desplomado justo al entregar su mensaje como quien se despoja de una ingente cantidad de peso.

—Trae agua, le hará bien —ordenó Quinto.

El edificio de la Curia, en Roma, era dónde se reunía el Senado. ¿Acaso era posible que aquello formara parte de un plan de Carino? ¿Se podría atrever a quemar el edificio que representaba al Senado desde la República? Por supuesto que lo haría —se dijo—. Además lo ha hecho, confirmó.

—Debo ir a Roma ahora mismo.

—Señor, puede ser peligroso —conjeturó Servilius.

Antes de que Quinto pudiera dar réplica a su siervo, otros pasos se escucharon por la escalera de madera que daba al estudio del viejo Tulio en la primera planta del edificio principal de la villa. Ya habían traído el agua para el mensajero por lo que no esperaba a nadie más.

Al poco de aguzar el oído, tanto Quinto como Servilius quedaron

extrañados al escuchar otros pasos aún más débiles tras los primeros. Sin duda, al menos dos personas estaban a punto de irrumpir en el estudio.

—Hola Quinto —dijo una voz suave.

Quinto giró la cabeza, pues se había vuelto a la ventana desde donde podía atisbar la columna de humo, y la miró de soslayo con el semblante dibujado por la mayor de las sorpresas.

—¡Tú! —exclamó sorprendido—. ¿Qué haces aquí Cornelia?

—Es un regalo del emperador, señor —dijo el de la voz aguda que era el encargado de entregar a la muchacha.

Quinto quedó completamente desconcertado. ¿Acaso era posible comenzar una nueva vida como proponía Servilius a sus sesenta y un años?

Lo único que tenía claro era que iba a poner todo su empeño en intentarlo.

—Servilius —ordenó Quinto con los ojos puestos en el voluptuoso cuerpo de Cornelia—. Prepara todo cuanto hemos dispuesto. Tenemos solo unos meses por delante para prepararlo todo.

CORDUBA

Aunque los que constituían la comunidad de quienes aún profesaban el culto tradicional romano eran una minoría en Corduba aquellos días, se habían procurado de hacer del día de las Saturnales una de las mayores fiestas que la ciudad hubiese conocido. El objetivo estaba claro: se había hecho necesario mostrar que aquellas tradiciones aún permanecían vivas en la ciudad pese al enorme crecimiento y auge del cristianismo, incluso contra la opresión que, a veces, éste ofrecía ante los cultos romanos.

En aquellos días se celebraba que pronto acabarían los días oscuros y se conmemoraba la llegada de la luz. Esa noche la ciudad, y en especial el foro, se habían colmado de antorchas que simbolizaban, precisamente, la luz. Las músicas y danzas envolvían todo en una multitud de cantos y bailes. El pequeño templo dedicado a Saturno, decorado para la ocasión, albergaba el sacrificio que el sacerdote se prestaba a ofrecer a los dioses. La multitud que se agolpaba bajo las escaleras del peristilo esperaba con ansia contenida que el *sacerdos* hundiese la daga en el cuello de la vaca y dar por fin comienzo a una de las más veneradas fiestas que se alargarían durante varios días consecutivos.

La pequeña Flavia había afrontado aquella fiesta con los mismo temores que su amiga Livia lo había hecho ante el rito del bautismo, unas semanas antes. Había insistido en acudir ese año a la fiesta aunque su padre le había reprochado que quizá no fuese como ella esperaba. Quizá fuese todavía demasiado pequeña para acudir a una fiesta como aquella. Flavia había insistido, en cierto modo, entristecida por no haber vuelto a saber de su amiga desde hacía dos semanas. Desde entonces no se habían vuelto a ver y no por la falta de insistencia que Flavia había empleado para conseguirlo. Había utilizado toda clase de estratagemas para poder reunirse de nuevo con su amiga y ninguna de ellas había funcionado. Durante las dos semanas había ido todos los días extramuros, cerca de los huertos junto a la ribera del río, justo donde solían reunirse y, aunque recordaba que Livia había sufrido aquel día que se hubieron colado en el huerto de Cosme y Myriam, albergaba la esperanza de que su amiga fuese más fuerte que aquel sentimiento y acudiese allí como solían hacerlo durante el verano.

De igual modo, había logrado, de cuando en cuando, acercarse lo suficiente para lanzar pequeñas tabas de hueso al interior del patio de la *domus* de Livia. Incluso, había entablado una pequeña especie de amistad con su ama Eumelia, o ésta le había tomado cariño como solía hacer la buena esclava griega con cualquier niña de rostro angelical que le recordase a su propia hija. Flavia esperaba a que Eumelia saliera a hacer los recados al mercado y entonces la asaltaba para mandar mensajes a su amiga Livia. Entonces era cuando la desesperación inundaba el fuero interno de Flavia, ya que el ama Eumelia siempre le devolvía la misma respuesta: una negativa con la cabeza y un rostro compungido. Sabía que Livia quería pasar el tiempo con ella jugando en el foro y viviendo al límite como lo habían hecho antes pero ahora, Flavia estaba segura de que su padre Publio le había prohibido tajantemente tal tipo de relación. Aquello también explicaba por qué había dejado de ir a la escuela, ya que, aunque Flavia seguía sin ir, se había procurado de vigilar bien de cerca a los que se reunían bajo los soportales del lado norte del foro, para asistir a las clases del *magister*.

Pensó que lo único que le quedaba por hacer era ir directamente a la casa de Livia, entrar hasta el atrio, mirar a los ojos a Publio Mesala y espetarle: «Déjame ver a mi amiga». Claro que también sabía que la respuesta sería un escueto «no», seguido de la mayor de las indiferencias antes de ser expulsada de aquella *domus* cristiana.

Dejó de pensar en aquello cuando atisbó varias mujeres desnudas corriendo a través del foro, coronadas con flores y portando delicados paños sobre los hombros. Flavia se había puesto uno de los vestidos más gruesos de lana que tenía, en realidad era el único que tenía de invierno, pues el otro que ocupaba el resto de sus posesiones era el de verano.

Aún así, envuelta en el caliente vestido de lana pensó en cómo aquellas mujeres podían estar completamente desnudas con la helada que estaba abrazando a toda la ciudad aquella noche. Tras ellas corrían algunos hombres mientras trastabillaban, perdían el equilibrio y caían al suelo entre estúpidas risas. Entonces lo comprendió. Aquellos hombres y mujeres no sentían el menor escalofrío debido al frío ambiente porque ya se habían procurado de calentar sus cuerpos con buenas dosis de vino aguado. Miró a su alrededor y pudo comprobar a otros jóvenes mancebos tocando música con liras y flautas de hueso, hombres arracimados intentando agasajar a alguna mujer entrada en años, mujeres sobándose los pechos unas a otras y copas de vino que volaban de un rincón a otro. El ruido de gritos y risas era ensordecedor y lo único que Flavia podía resumir de todo aquello era lascivia rebosando por los rincones del foro.

Su padre, Tiberio, se encontraba conversando con alguien acerca de temas relacionados con su trabajo de médico por lo que la pequeña pudo dedicar un poco de tiempo a reflexionar sobre aquella fiesta. Quizá fuera demasiado libertinaje, pensó. Si realmente aquello era lo que pedían los dioses, quizá ella y su familia estuvieran equivocados y la verdadera doctrina que había que seguir era aquella en la que su amiga Livia había sido iniciada.

Tras unos momentos más de reflexión pensó que, igualmente, estaba equivocada. El cristianismo era, a todas luces, lo opuesto a lo que veían sus ojos pero igualmente restrictivo. Tan malo consideraba una cosa como la otra. ¿Y si ambas doctrinas estuvieran equivocadas?

—¿Quieres que nos vayamos a casa? —inquirió Tiberio rompiendo el ensimismamiento de la niña.

Lo cierto era que todo cuanto preocupaba a Flavia estaba muy lejos de aquel foro y nada tenía que ver con aquellas fiestas Saturnales. Más bien, al otro lado de la ciudad, donde su amiga Livia estaría celebrando en familia la fiesta que los cristianos llamaban Navidad.

—Sí, por favor.

Ambos pusieron rumbo a casa mientras se abrían paso a empellones entre

la multitud. Flavia comprobó de primera mano la piel ardiente de las mujeres, y las ropas empapadas en vino de los borrachos mientras empujaba a diestra y siniestra buscando un camino por el que abandonar el foro.

Justo al abandonar el foro y salir a la calle que recorría de norte a sur la ciudad, toparon de bruces con alguien que Flavia conocía bien y a quien había comenzado a odiar con todo su corazón.

—¿No disfrutáis de la fiesta? —dijo el hombre con cierto tono de chanza. Era Publio, el padre de Livia.

—Mi hija prefiere irse a casa —replicó en tono cordial Tiberio—. Si ella decide que nos marchemos yo cumplo con sus deseos.

—Enfadaréis a vuestros dioses.

—Mis dioses no necesitan a una niña de diez años en las Saturnales.

—El único Dios es el que no necesita las Saturnales —replicó en todo amenazador señalando con el dedo índice de su mano derecha al oscuro cielo—. Ahora apartad, llego tarde a celebrar la Navidad con mi familia.

Publio dirigió una mirada amenazadora a la pequeña Flavia cuando hubo pronunciado el final de aquella frase, como queriendo insistir sobre aquello, intentando resaltar algo que Flavia entendió como: «No lo intentes, es mía. Es mi familia».

Una pena honda se instaló en su pecho. Tiberio la arrulló hacia sí en tono protector al detectar cierta inquina en las palabras de Publio.

Fue entonces cuando el ruido de extraños gritos rompió la noche.

Provenían del foro, a unos pocos pasos de donde Flavia, Tiberio y Publio se encontraban. Sin duda alguna pelea entre borrachos que intentaban conseguir los beneficios de la misma mujer o algún otro tipo de discusión producida por un exceso de vino y falsa valentía. Tiberio desanduvo unos pasos para asomar su cabeza por la esquina desde donde podía contemplar todo el foro en diagonal. Desde allí corroboró qué estaba pasando.

—Es Lucio —dijo sorprendido volviendo la vista sobre Publio.

Publio Mesala palideció de inmediato al escuchar aquel nombre. Acto seguido se precipitó a decir:

—Debo irme.

Agachó la cabeza entre los hombros y se dispuso rumbo a su casa con paso apresurado.

—¿Quién es Lucio? —preguntó de forma inocente Flavia.

—Es el *legatus*.

Lucio Vespasiano Longino era el *legatus* que había enviado el emperador Carino a Corduba hacía un par de meses. Al principio había llegado aduciendo que su misión no era más que confirmar a Aquilino, el mercader que proveía buena parte de Hispania de aceite, de la decisión del César de utilizar sus servicios como contacto fundamental de comercio de aceite con Roma. Pero todo el mundo sabía que para aquello no hacía falta enviar al *legatus*. Su misión era otra y muchos pensaron que quizá Lucio tuviera como trabajo contener la fuerte crecida del cristianismo en la zona.

El principal temor de Publio radicaba precisamente en aquellas sospechas. Desde la llegada de Lucio en el décimo mes, tanto él como el obispo Osio habían tenido que cuidarse bastante de hacer ostentación pública y alarde de su religión en público. Además, el poder que ejercía un *legatus* enviado por el propio César era algo con lo que su condición de edil no podía competir. Estaba seguro que Lucio Longino no sería muy partidario de las nuevas ideas y costumbres que un edil cristiano intentaba promulgar en Corduba junto a su obispo. Debía mantenerse al margen todo cuanto fuera posible y, con suerte, el *legatus* volvería a Roma o sería destinado a cualquier otro lugar en algún momento. De otro modo, Publio sabía que la ciudad se convertiría en un lugar peligroso donde en cualquier instante podría estallar una guerra religiosa entre cristianos y paganos.

Aquella noche, la discusión en el foro en plena fiesta de las Saturnales se había debido precisamente a eso. Lucio, que había acudido a la fiesta como cualquier otro romano que profesaba el culto tradicional, se había visto envuelto en una trifulca en la que dos hombres discutían, al punto que uno de ellos, el más corpulento, hubo propinado un buen puñetazo sobre el otro, que apenas opuso resistencia antes de desplomarse sobre el suelo. El *legatus* tendió la mano al que yacía recostado sobre sus codos mientras estudiaba con la mirada al de mayor envergadura. Éste llevaba una túnica marrón que cubría con un manto de basta lana que dibujaba líneas verticales de diferentes tonos color tierra. Sobre el pecho, en el lado izquierdo un imperceptible bordado, una especie de dibujo insignificante que hubiera pasado desapercibido para cualquiera excepto para Lucio.

Un pez. El símbolo que lo marcaba como cristiano.

Era todo cuanto necesitaba conocer el *legatus*.

—¿Por qué has pegado a este hombre? —inquirió Lucio mientras el yacente asía su antebrazo y se incorporaba sobre sus temblorosas piernas.

—Se ha propasado con mi esposa —refutó Gayo.

La corpulencia del hombre venía acompañada de un trueno de voz. Sin duda, algún tipo de trabajador de los campos de Aquilino. Un hombre como ese sería capaz de recolectar todo el fruto de un árbol con tan solo una sacudida.

Lucio miró al hombre a los ojos y, tras un momento para inspirar aire, volvió sus ojos sobre la mujer. Bella, de ojos verdes, cubierta por completo por la *palla* para resguardarse del frío.

—¿Qué hacen dos cristianos en pleno foro en las fiestas Saturnales? —disparó Lucio.

—Intentamos volver a casa.

—¿Acaso no hay otros caminos?

—Es el más corto —dijo Gayo manteniendo el tono amenazador.

Lucio asintió levemente con la cabeza. Miró al hombre tambaleante y prosiguió:

—Ah, dices que se ha propasado con tu esposa.

—Así es.

—Tan solo le ha tocado un pecho —reprobó Lucio—. Yo mismo lo vi.

—En mi fe eso es pecado.

—Pero este hombre no profesa vuestra religión —aclaró el *legatus*—. ¿Tu religión también te obliga a pegar ante una afrenta?

Las dudas comenzaron a aflorar en el rostro de Gayo, mientras el cariz de la discusión parecía decantarse del lado del *legatus*.

—Es un borracho que se ha propasado con la mujer de otro —acertó a decir Gayo.

—Su religión no contempla que deba ser pegado por ello.

El hombre seguía tambaleándose por el efecto del vino y del puñetazo que Gayo había propinado sobre su mejilla hasta el punto de hacerla sangrar.

Los ojos ensangrentados en odio de Gayo hacia el romano borracho denotaban cómo deseaba acabar con aquella escoria allí mismo. Quizá debía contradecir su fe y darle un buen merecido a aquel bastardo. Finalmente se percató del temor que se había apoderado de su esposa y decidió adoptar una posición sumisa sabedor de que poco o nada tenía que hacer un cristiano en un juicio oral contra el *legatus* enviado por el César de Roma, máxime

habiendo agredido a un pagano en pleno foro en el día de las Saturnales.

—Cierto —dijo Gayo al fin—. Siento haber pegado a este hombre.

La mueca que Lucio hizo con la boca mientras asentía con la cabeza denotaba satisfacción debido a que el corpulento hombre parecía haber recapacitado acerca de la situación.

—Bien. Podéis iros.

Gayo y su esposa continuaron su camino foro adentro hasta perderse por una de las callejuelas que dirigían a la zona sudoeste de la ciudad.

—Maldito Marcelo... —susurró entre risas Lucio al hombre tambaleante mientras éste le devolvía la sonrisa—. ¡Guarda tu polla o tendré que cortártela! Deja de buscarme problemas.

ROMA

Un buen puñado de hombres se afanaban con picos y palas intentando limpiar la parte que había quedado derruida, creando una zanja de diez pies de profundidad, al tiempo que eliminaban guijarros y elementos innecesarios propios del derrumbe. Había que limpiar y sanear en primera instancia debido a que había que preparar la zona afectada para que el *statumen* quedara listo. El frío impedía que la temporada de construcción prosperase y no se podría utilizar ningún tipo de *opus* que necesitara fragua pues ésta corría el peligro de congelarse con lo que el riesgo de futuros desprendimientos se incrementaba.

Algunos hombres empujaban carros de mano completamente llenos de argamasa y guijarros, que servirían para rellenar buena parte del espacio socavado. Este *rudus* serviría de base para las sucesivas capas que terminarían cumpliendo con el objetivo de reconstruir la parte de la calzada que había quedado destruida tras el derrumbe del viejo edificio de pisos, cerca del recodo del Tíber, en el campo de Marte.

El puente de Nerón había quedado bastante dañado en su estructura pero Carino había decidido solventar tan solo la parte de la calzada, haciendo caso omiso a las instrucciones de sus arquitectos sobre la debilidad que habían sufrido los pilares de la estructura. Éstos habían alertado de las posibilidades de derrumbe total del puente en caso de una fuerte crecida del río; además, la ubicación del puente era propicia para que en aquel recodo el agua fluyera a

mayor velocidad, haciendo mucho más difícil que los debilitados pilares soportaran tal cantidad de presión.

Los carros cargados con bloques de piedra se acumulaban junto a los bordillos de la calle. Ya se había reconstruido la mayor parte de los desperfectos y la calle que conectaba el campo de Marte —en el interior de la ciudad—, con la zona donde se ubicaba el circo de Nerón —extramuros—, ya se había reparado en su mayoría. Se había peraltado de nuevo el centro de la calle con una buena capa de grava compactada con arcilla y arena, para que el agua de lluvia fuera evacuada a los laterales, donde varios canales recorrían longitudinalmente la vía junto a los bordillos, situados a mayor altura junto al acerado. Tan solo restaba colocar las piezas de mayor tamaño que servirían de *pavimentum*, sobre las que debían desplazarse carros y caballos.

En el tiempo que Carino llevaba en Roma ejerciendo como el único emperador del Imperio, parecía como si los malos augurios que habían acompañado su entrada en la ciudad, no hubieran desaparecido, sino todo lo contrario; parecían haberse incrementado. Ya hacía casi un año desde que hubo atravesado la vía Flaminia y la diosa Fortuna hubiera agradecido aquella triunfal entrada derribando una de las *insulae* que bordeaban la calle, hasta tal punto de acabar con la vida de varias decenas de ciudadanos, comerciantes e incluso soldados del propio cortejo del emperador. Carino todavía podía notar el viscoso sabor del polvo en su paladar así como el picor que la grisácea nube de partículas había dejado en su rostro tras desplomarse el edificio a su paso.

Desde entonces, la ciudad de Roma había visto varios derrumbes más. Muchos aún recordaban el que había tenido lugar en la vía Appia cerca de los baños de Caracalla en un día festivo, que se había saldado con la vida de un buen puñado de transeúntes que iban y venían de aquellas termas.

De igual modo, toda Roma se acordaba del derrumbe del edificio de pisos, con comercios en los soportales, de la vía Flaminia coincidiendo con la llegada del nuevo emperador y aún más sonado había sido otro cerca del arco de Galieno junto a la puerta Esquilina; donde los maltrechos heridos se habían contado por decenas y habían sido prácticamente niños.

Ahora, el derrumbe se había producido en el campo de Marte, cerca donde el puente de Nerón conectaba la ciudad con el exterior.

—Habrà que limpiar los escombros y reconstruir el edificio —dijo Carino

pensativo con ambas manos sobre su escritorio mientras diseccionaba con la mirada unos inmensos planos—. Crearemos en ese espacio un lugar de divertimento, como lo hicimos en la vía Flaminia —recordó el día de su entrada en Roma. Luego continuó—: Un prostíbulo donde los tribunos ahoguen sus deseos.

En la sala tan solo Carino y su arquitecto, Didio Craso, se encontraban despachando los asuntos del último derrumbe así como la planificación de un ensanche para la ciudad.

Didio hacía honor a su *cognomen* y hacía gala de unas formas voluminosas y redondeadas. Convertirse en el arquitecto del emperador había supuesto para él un inmejorable ascenso en el escalafón social y, con ello, le había reportado pingües beneficios.

El asunto de cuándo esculpir y dónde ubicar las ostentosas esculturas y bustos con la figura del emperador había pasado a un segundo plano y sería discutido en otro momento. No por deseo de Carino sino porque aún no había decidido el tema y la iconología de las imágenes que lo debían representar junto a dioses y héroes, por lo que Carino trataba aquel tema con bastante delicadeza. Ya tenía a bastantes dioses en su contra demostrando que no contaba con su benevolencia.

—Tendremos que volver a ubicar a las familias que han sobrevivido —replicó Didio.

—Cierto —rezongó el emperador—. Lástima que no hubieran perecido junto al edificio... las cosas serían mucho más fáciles.

—Podríamos ubicarlos extramuros.

La idea pareció complacer a Carino que mostró una pequeña mueca de satisfacción en la comisura de sus labios.

—Bien —confirmó—. Dime si me equivoco pero la mayoría eran de esos que practican la nueva fe. ¿No es así?

—Así es. La mayoría son cristianos y se ganaban la vida en sus propios negocios, en los comercios de los soportales. Aquel era, al menos, el menor de los males.

—¿A qué se dedicaban?

Carino no despegaba los ojos de los planos mientras su mente parecía viajar hacia otros lugares del Imperio.

—Había alfareros, carpinteros y curtidores —dijo su arquitecto con un mohín en el rostro mientras intentaba recordar para enumerar los trabajos—.

Se ganaban el pan con el sudor de su frente, podríamos decir.

—Sácalos extramuros y duplica el tributo por alquiler.

—¿Con qué excusa podremos hacerlo?

Didio titubeó cada palabra que conformaba aquella pregunta que acababa de formular. De hecho, para cuando hubo acabado de preguntar deseó que cada una de las palabras volvieran a su boca. ¿Quién era él para cuestiona una decisión del emperador? ¿Acaso existía alguna otra excusa que esgrimir cuando una orden del emperador era suscitada? Temió por su vida hasta el momento en el que el emperador, todavía absorto con la mirada fija en los planos, continuó:

—Diles que se duplica en base a una vida más tranquila y sana extramuros y que tales virtudes obedecen a un impuesto más elevado —sentenció.

La decisión de Carino no dejaba de ser una especie de burla acerca de aquellos que profesaban la nueva religión. Extramuros, justo al cruzar el puente de Nerón, se accedía a las inmediaciones del circo de Nerón, donde las historias contaban que aquel emperador había gustado y disfrutado de la aniquilación de un buen número de cristianos. Ahora Carino los obligaba a vivir justo allí, donde muchos perdieron familiares y conocidos y donde él esperaba que sufrieran por haber adoptado un culto diferente al tradicional romano.

Didio hizo un gesto comedido con la cabeza en clara alusión de asentimiento. Las medidas del emperador Carino no eran particularmente provechosas para los no ciudadanos, especialmente libertos y esclavos. En relación a aquella decisión, Didio estaba decidido a no volver a ponerla en cuestión. Todavía no lograba comprender la fortuna que había tenido de que el emperador no le hubiera reprobado con un buen castigo por la insolencia de poner en membrete su dictamen. Si el emperador había resuelto una orden, así se haría, convino consigo mismo.

Carino se había centrado en los planos del nuevo diseño para la recuperación del arco de Nerón, y aunque su postura seguía sin cambiar acerca de la rehabilitación de los pilares, lo que realmente llamaba su atención era la forma vaída de los arcos, rebajados en la propia línea de imposta. Mostró su asombro al contemplar aquella solución al pasar sus dedos sobre el áspero y rugoso papiro. Aquella solución arquitectónica distaba de los arcos de medio punto tan utilizados en la arquitectura romana así como en las decoraciones y revestimientos de mármol. Incluso los arcos

de triunfo que tanto hacían ensoñar a Carino se ejecutaban con aquella solución arquitectónica. Sin duda, un arco rebajado parecía hacer perder dignidad a la obra, a ojos del emperador.

—César —atajó Didio al ver al emperador ensimismado sobre los planos—. Es necesario estabilizar la estructura de los dos pilares.

Carino apretó los labios y gesticuló lo suficiente para clavar sus ojos sobre Didio.

—Este puente no me interesa lo más mínimo.

—Quizá el César prefiera, al menos, estabilizar los estribos que dan a las márgenes del río y profundizar en el lecho del mismo con una zapata mucho más consistente. No es gran cosa, debido al peso que soportarán los pilares del centro, más deteriorados, pero al menos podríamos evitar otra catástrofe.

La perorata de Didio pareció surtir efecto aunque en su fuero interno sabía que estaba llegando demasiado lejos, de nuevo. ¿Acaso sería lo suficientemente estúpido como para no salir de allí sin castigo alguno?

—Ah, está bien —espetó Carino al fin—. Me aburres con tanta explicación absurda Didio. Haz lo que te plazca con el puente. Arregla esos dichosos pilares de una vez y pasemos a otra cosa.

—Está bien, César.

No había terminado Didio de enrollar los planos y meterlos en el cartucho de cuero cuando alguien enjuto, de pelo ceniciento y canoso como las montañas decoraban sus crestas en invierno, aceleró su paso hasta dar de bruces con el emperador.

—César —saludó.

Carino lo conocía bien.

El semblante que traía aquel hombre junto con los pliegos atados por una cuerda con lazada roja no auguraba buenas noticias. Uno de ellos portaba un sello con la efigie del perfil de un hombre corpulento y de aspecto inconmensurable junto a las letras *DCL*. Aquello no fue de buen presagio para el emperador que rápidamente hizo ademán para que Julio Calpurnio, secretario de Carino, le acercara tales despachos. El disciplinado secretario se acercó, con cortitos pasos que a Carino siempre se le antojaban diminutos saltitos, hasta la mesa donde el emperador esperaba de pie con ambos puños sobre la mesa. La estancia estaba iluminada con cuatro peleteros, uno en cada esquina, desde donde las llamas crepitaban precipitando un denso humo negro hacia el techo donde el delicado color salmón se había ennegrecido.

Las paredes tamizadas de rojo intenso con formas geométricas doradas donde rectángulos y cuadrados se alternaban en un juego de simetría perfectamente calculado.

Depositó los rollos sobre la mesa y se alejó contando tres pasos estrictamente calculados.

—Veamos qué traes esta vez —musitó el emperador.

Últimamente, su secretario no traía más que noticias desoladoras, y aquello cansaba sobremanera al emperador. Carino comenzaba a cansarse acerca de más despachos sobre los problemas económicos de Roma, la escasez de cierto tipo de alimentos debido a los gravámenes en algunas provincias del Imperio o de revueltas entre cristianos y paganos.

Tomó aquellos rollos con actitud desconfiada y desplegó los cilíndricos despachos. Comenzó a leer entre susurros mientras Didio y Julio Calpurnio, los únicos que acompañaban al emperador en aquella sala, esperaban conteniendo una muda expectación.

—¡Maldita sea! No podía ser en peor momento —rezongó el emperador.

El primero de los rollos portaba, como Carino esperaba, malas noticias acerca de un posible usurpador al trono del Imperio que había surgido en la ciudad de Verona. Pero, lo que había hecho enfurecer al emperador era el texto que contenía el segundo pergamino; aquel que había sido sellado con la efigie solemne de un hombre de armas y las letras *DCL*. Ahora Carino sabía qué significaban y no podía ser menos halagüeño. El segundo despacho comunicaba al emperador de Roma que su hermano, y también emperador en oriente, había muerto. En un principio, una sensación de euforia contenida le había sobrevenido mientras diseccionaba cada palabra de aquel texto. Podía ser su oportunidad para erigirse como el único emperador de todo el Imperio no solo figurativamente sino en la práctica. Sería el hombre que dominara todo lo que incluían los limes del Imperio romano tanto de oriente como de occidente.

Aquella sensación duró poco, justo cuando Carino continuó con el resto del texto que el despacho contenía.

Además de la noticia sobre la muerte de Numeriano, el emperador quedó petrificado cuando todos los pensamientos eufóricos que habían embargado su fuero interno momentos antes se hubieron venido abajo. El despacho también confirmaba que Diocleciano había sido elegido, por su propio ejército, como el emperador del Imperio romano de oriente, en sustitución de

Numeriano.

Sin duda, se encontraba ante un verdadero problema

Carino apretó el puño y, dejando caer el legajo de papiro arrugado sobre su mesa, propinó un sonoro golpe con un enorme gesto de ira contenida.

—¿Algún problema, augusto? —intervino el secretario con tono comedido.

—¡Los dioses castiguen a ese usurpador! —acertó a decir Carino enfurecido.

—Seguro que se trata de un pobre diablo. No debemos temer por él, César —replicó de nuevo Julio Calpurnio.

—No es el usurpador el que me preocupa. Lo que realmente me enfurece es que el incompetente de mi hermano Numeriano haya entregado el trono a ese Diocleciano con su estúpida muerte.

Aquello sí que era una auténtica sorpresa. Numeriano había muerto y uno de los *equites* más reconocidos por el ejército romano había accedido al poder en su sustitución. Didio y Julio pensaron que Carino tenía motivos para estar preocupado. No había nada peor que un ejército dividido y si el que había reunido Diocleciano en oriente daba muestras de estar cohesionado el emperador en Roma tendría un verdadero problema. ¿Podría decir él mismo que su ejército lucharía hasta morir por él? ¿Acaso no terminarían desertando y apoyando a un emperador que realmente era secundado por su ejército hasta el final? Carino se había ganado bastantes enemigos desde que había llegado a Roma, aunque bien era cierto que había tratado de cuidar al máximo a sus soldados: les proveía de tanta comida y vino como necesitasen, mujeres y hombres esclavos para satisfacer las pasiones carnales y todos aquellos divertimentos que precisasen.

A fin de cuentas, aquello era lo que había que hacer para evitar situaciones de duda como la que ahora se le planteaba. Tanto Julio como Didio intentaban moderar su lenguaje buscando las palabras adecuadas con las que, si no aumentar la exasperación del emperador, al menos salir de aquella sala con todas las partes del cuerpo en su sitio.

—Diocleciano es un soldado muy respetado por un buen número de legiones. Si ha sido nombrado emperador por la guardia pretoriana, entonces tenemos un fuego que apagar en oriente —masculló el emperador.

—Tú también dispones de un buen número de legiones partidarias, augusto —atajó el enjuto Julio—. Además, Roma te aclama. Los juegos han

servido para ensalzar tu nombre como Augusto de Roma y por ende, del Imperio —concluyó.

Era mentira. Todo el mundo en Roma había criticado la actitud de Carino al haber sacrificado a aquellos cristianos ante las fieras.

Tan solo la liberación del gladiador Astyanax había mermado la mala imagen que aquella decisión había dejado grabada en el pueblo de Roma.

Hacía mucho que la nueva fe se estaba extendiendo y eran demasiados quienes habían sido convertidos en la nueva forma de ver a los dioses en el seno de su propia familia. Quien no conocía a un hermano que profesaba tal religión, lo hacía con un hijo, un sobrino o algún otro familiar carnal. Por ello, tan solo los más radicales en aquel tema habían sido los únicos que habían aprobado la decisión del emperador. Y como eran minoría necesitaban hacer bastante ruido para hacer oír su doctrina.

—Hay que acabar con esto cuanto antes —concluyó Carino. Tomó de su propia mano el puño de su *gladius* y apretó el pomo hasta que las venas de su mano quedaron marcadas como riachuelos caudalosos—. Partiremos hacia oriente al encuentro de Diocleciano.

—¿Qué hará el César con el usurpador? —se interesó levemente Didio.

—Cierto... el usurpador Sabino Juliano —el emperador se tomó unos segundos para dilucidar una solución—. Arrasaremos Verona y a ese miserable de camino que ponemos rumbo a oriente. El Imperio romano dejará de tener más emperadores que el que utiliza el *solium* de Roma; y ese seré yo, aclamado desde oriente a occidente.

Didio y Julio Calpurnio vieron que el emperador había tomado una decisión irrevocable por lo que adoptaron posición sumisa con un ligero ademán de consentimiento.

—Dispondré todo para partir en los próximos días —rezongó el secretario.

—Partiremos ahora mismo —sentenció el emperador en Roma.

Enero de 285

VERONA

Hacía alrededor de un mes que Carino había abandonado Roma y puesto rumbo hacia Verona para dar buena cuenta del supuesto usurpador al trono del Imperio.

Sabino Juliano era un prefecto de pretorio que había crecido en popularidad debido a las múltiples reformas que había introducido en la ciudad de Verona. Sus ideas de gobierno era radicalmente opuestas a las líneas marcadas por Caro y sus hijos; Numeriano en primer lugar y el mal reputado Carino en segunda instancia. Sabino Juliano había abandonado toda idea de expansión y focalizaba sus pretensiones de gobierno en la idea de devolver al Imperio una dignidad que creía perdida. Su condición de prefecto de pretorio le confería una estricta disciplina militar marcada por una severa normativa. Aún así, las reformas que se había atrevido a popularizar entre los ciudadanos de Verona habían contribuido a que éstos, cada vez más, vieran en Sabino Juliano a un hombre que se había preocupado por sus intereses, por la prosperidad de la ciudad y por el futuro en definitiva; claro estaba, muy lejos de lo que se encontraba haciendo el actual emperador en Roma. Aquello le había granjeado tal popularidad que el populacho había comenzado a considerarlo como un verdadero y justo emperador, y Juliano, obviamente, se había dejado querer por tales galanterías; al punto de haber acuñado incluso monedas con su efigie que hacía llevar hasta la ciudad desde Sicilia.

Cuando el comportamiento de Juliano hubo llegado a oídos de Carino, éste no dudó ni un solo momento en dejar con la palabra en la boca a su propio secretario y disponerlo todo para poner rumbo a Verona y acabar de una vez por todas con la farsa. Era aquello y el verdadero problema que Carino había presagiado y que realmente acongojaba su fuero interno: el ascenso al trono en oriente por parte de Diocleciano.

Aquel era un día festivo, día de mercado, y ciudadanos y libertos habían ocupado las calles con vigorosa energía y dedicación pese a ser una fría mañana donde la llovizna había amenazado en varias ocasiones con empapararlo todo.

El mercado se disponía en el centro de la ciudad de Verona, ocupando buena parte del foro junto con las callejuelas aledañas donde tenderetes y mesas repletas de artículos se arracimaban por todos sitios. El centro de la ciudad era un enjambre de hombres y mujeres que pululaban en todas direcciones cerrando negocios y acuerdos, muchos de los cuales terminarían en litigios y juicios por falsedad o mal hacer de alguna de las partes. En definitiva, Verona se comportaba como una ciudad viva y próspera donde su propio mercado hacía recaudar una buena suma de monedas al erario, y aunque la mayor parte debían ser ingresadas en las cuentas del Imperio, Sabino Juliano se las había arreglado para que la ciudad participase de algún tipo de porcentaje de los beneficios. Por cosas como aquella, la plebe había ensalzado las virtudes de Juliano en detrimento del verdadero emperador. Y por ello Carino había enfurecido; la simple idea de que la plebe tomase en mayor estima a otro hombre denotaba que él podría no ser lo suficientemente bueno para ostentar aquel cargo. Podía asumir que la gente lo odiara por sus actos pero no porque otro hombre pudiera hacerlo mejor. Aquella simple idea de derrota por méritos lo había animado a avanzar con determinación para aplastar al usurpador y descargar toda su rabia sobre Diocleciano. No había nacido hombre que hiciera sombra a Carino, se dijo.

Todo el mundo se encontraba en el mercado y las puertas de las murallas permanecían abiertas para facilitar la incesante actividad de carretas cargadas tiradas por bueyes y una retahíla de esclavos cargados con la mercancía que sus señores se disponían a mercadear en pleno centro de la ciudad. Por ello, cuando las legiones de Carino hubieron alcanzado la puerta que daba acceso al *decumanus maximus* —la vía principal que atravesaba la ciudad— ya era demasiado tarde.

Una avanzadilla entró al galope haciendo virar súbitamente a algunos carros asustando a los impertérritos bueyes ante la acometida, y para cuando los funcionarios de guardar las puertas se hubieron percatado, la avanzadilla ya había desmontado de sus caballos.

—¡Nos atacan! ¡Alertad a los soldados!

La guardia de puerta tan solo tuvo tiempo de dar un leve grito de alarma

cuando la avanzadilla, cuatro hombres armados hasta los dientes, habían comenzado a hundir sus *pugiones* —pequeños puñales de mano— en sus gargantas. Las enormes puertas toparon con uno de los carros encallados impidiendo que éstas se cerraran completamente lo que permitió que el resto de las legiones de Carino comenzaran a tomar la ciudad intramuros.

Aún así los gritos de la guardia fueron audibles para los primeros puestos de mercado que ocupaban la parte sudoeste de la ciudad así como para la muchedumbre que se arremolinaba en ellos. De súbito, un murmullo de alerta y gritos de terror comenzaron a recorrer la vía principal.

—¡Son las legiones del emperador! —comenzó a escucharse entre gritos y sollozos.

—¡Nos atacan! ¡Carino nos ataca! —proferían otros.

La gente corría en todas direcciones sin saber realmente cuál sería el lugar más acertado hacia dónde escapar. Lo cierto era que aquello ocurría siempre que un peligro era indeterminado. Cuando uno sabía a ciencia cierta a qué se enfrentaba podía tomar la decisión, acertada o errónea, de cómo escapar a tal amenaza. Aquel día, la confusión se había apoderado de todos y cada uno de los ciudadanos de Verona y aquella situación era algo que Carino no iba a desaprovechar.

—Matadlos a todos y quemad sus casas —ordenó Carino enfurecido una vez había alcanzado el interior de los muros mientras intentaba tomar las riendas de su caballo, de color pardo encerado y larguísima crin al que llamaba Mytrax.

—No es buena idea —repuso Aristobulo, su prefecto de pretorio.

—¡Maldita sea! —rezongó Carino como si aquel hombre siempre quisiera aguarle la fiesta. Además a aquella réplica le había faltado una palabra clave, pero Carino estaba demasiado excitado para reprimir al pretorio por haber obviado dirigirse a él como César—. ¿Qué quieres decir?

Mytrax se mostraba nervioso y piafaba considerablemente.

—Roma no necesita una ciudad asolada, César. Y mucho menos una ciudad como Verona —argumentó Aristobulo mucho más condescendiente—. Su mercado es próspero y puede aportar buenos beneficios para el erario y el tesoro del Imperio. Lo único que debes hacer es asegurarte de que se cumplen las leyes que el emperador dicta.

Aristobulo había visto una nueva oportunidad y estaba sopesando su propia fortuna.

—¡Por Júpiter! Tienes razón —convino el emperador.

El prefecto de pretorio pensó que aquella sed de venganza y necesidad de guerra que hacía brillar los ojos de Carino lo imposibilitaban por naturaleza para pensar y recapacitar en la mejor solución a un problema. En definitiva, sentía que aquel hombre era un incapacitado para buscar el mayor provecho ante una adversidad. Claro estaba, no lo diría en público jamás.

—Quizá yo podría encargarme y hacerles entender cómo debe comportarse una ciudad y las obligaciones que tiene con su emperador.

—Tráeme la cabeza de Juliano y te nombraré *legatus* de Verona cuando volvamos de oriente y acabemos con ese hijo de puta de Diocleciano.

Aristobulo espoleó su caballo al tiempo que avanzaba por la vía principal acompañado de una legión completa.

Sabino Juliano se había recluso en la parte más antigua de la ciudad, donde había que cruzar un pequeño puente de piedra sobre el río Adige que servía de frontera natural para la ciudad. Allí, poseía una *domus* que poco o nada tenía que envidiar con la de un patricio bien acomodado. El interior de la casa se encontraba completamente atestado de soldados y esclavos armados hasta los dientes. Juliano vendería caro verter una gota de su sangre y estaba dispuesto a plantar cara a Carino. Habría una verdadera matanza.

Al cabo, el caballo de Aristobulo se acercaba al trote por la vía principal desierta, en dirección a Carino. El prefecto de pretorio permanecía erguido sobre su montura tomando sus riendas con la mano derecha, mientras con la izquierda, al alza, portaba la cabeza de un hombre de nariz recta, pelo raído y oscuro como la noche, barba rizada y arreglada; sin duda, la cabeza de un hombre que hubiera denotado seguridad en sí mismo.

Era la cabeza de Sabino Juliano.

Verona había caído y Carino ya solo podía pensar en Diocleciano.

ROMA

La noticia de la victoria de Carino sobre el usurpador Sabino Juliano había llegado a Roma tan rápido que hubiese parecido que la distancia que separaban ambas ciudades se hubiera reducido de súbito. Lo cierto era que la ciudad había acogido aquella victoria de Carino sin demasiado entusiasmo. En cierto modo aquello era la posibilidad más plausible de todas las que

podrían haberse sucedido. Carino poseía un inmenso ejército compuesto por un buen número de legiones mientras que Sabino Juliano apenas si había reunido unas huestes constituidas por viejos legionarios, desertores, proscritos o libertos poco duchos en el empleo de armas. En definitiva, un ejército que le hacía mantener cierto orden entre los muros de Verona pero que jamás hubiese podido hacer frente a una simple legión ordenada y profesionalizada.

Donde sí se había recibido la noticia con agrado fue en el palacio del Palatino. Todo el palacio bullía de actividad celebrando el triunfo del emperador. Postumo y Aquilina habían dispuesto a su capricho del gran salón de fiestas de palacio y hacían y deshacían a su propio antojo sin necesidad de solicitar permiso alguno.

A Magna Urbica, la victoria de su esposo, le había importado bien poco. Había tomado una decisión y estaba determinada a cumplirla hasta el final. Por ello, aprovechó la confusión entre los vítores de los que participaban de la fiesta —cuando una hilera de siervos comenzaron a desfilar con bandejas repletas de variada comida, desde carne de faisán asada hasta pavo real bañado en salsa de *garum*—, para escabullirse entre las sombras y desaparecer de forma sigilosa, como un susurro en la noche. Sentía su corazón palpar a punto de saltarle del pecho debido a la decisión que había tomado. Ahora se había conducido a sí misma a tomar con determinación una idea y llevarla hasta el final sin que nadie pudiera utilizarla o entrometerse hasta que la hubiera completado. «Yo, Magna Urbica —se dijo— voy a cambiar el destino de Roma». En cierto modo, si cumplía con todo cuanto había planeado, así sería. Hasta ahora, había sido la emperatriz sumisa, enérgica en sus decisiones y estricta con los esclavos a su servicio pero siempre a la sombra del gran emperador, aun cuando éste se encontrase a millas de diferencia. Ahora había decidido actuar *motu proprio* y dar una lección de autoridad tanto a los demás como a sí misma.

Se condujo a través de una estrecha galería poco iluminada bajo una bóveda de medio cañón revestida de dorados casetones. Pequeñas pilastras de capiteles mixtos adosadas cada diez pasos simulaban soportar un entablamento profusamente decorado con motivos vegetales desde la misma línea de imposta a modo de trampantojo. La emperatriz miró atrás de soslayo para corroborar con sus propios ojos que no había nadie más en aquel pasillo, pese al bullicio general que existía en el palacio. Aceleró su paso mientras la

delicada y suave túnica azul turquesa se ahuecaba de forma vaporosa mostrando los delicados tobillos sobre los que anudaba unas finas sandalias del mismo tono decoradas con algunas piedras preciosas. Su mente trabajaba a ritmo forzado mientras repasaba metódicamente cada una de las partes de su plan. Al llegar al final de la galería abovedada giró hacia su derecha donde a no más de un par de pasos existía una pequeña escalinata de piedra.

La pequeña escalera desembocaba en una galería arquiteada en la segunda planta. Toda ella se encontraba recubierta de artonado y formaba parte de una galería que se solía utilizar para impresionar a los invitados distinguidos debido a las vistas interiores a un patio con peristilo y una enorme fuente interior, donde el agua reposaba mansamente entre un laberinto de canales plagados de nenúfares y plantas acuáticas. Colocados de forma estratégica había cuatro esculturas de ninfas que terminaban por completar la decoración de aquel maravilloso patio interior. Magna Urbica lo recordaba con mayor recelo debido a que fue allí mismo, sobre la húmeda hierba donde el taimado de Quinto Tulio la había agasajado con la ofrenda de un regalo. Pronto acabaría todo, se dijo mientras apremiaba el paso a través de la galería.

Bajó una de las escaleras en forma de U con un pequeño descansillo. Notó que el borde de algunos peldaños estaba romo debido al agua de la lluvia que al caer inclinada en ciertas ocasiones debía haber recorrido buena parte de aquellos escalones. A punto estuvo de trastabillar y bajar rodando hasta la parte inferior, justo ante donde se abría un pasillo de ladrillo visto. Por suerte para Magna Urbica recompuso el paso y llegó a aquel pasillo desprovisto de decoro de una pieza. Sin duda, había llegado hasta la zona donde residían habitualmente los esclavos de palacio.

Los siervos, funcionarios y esclavos de palacio tenían dependencias propias separadas del resto de habitaciones, Normalmente no eran individuales y varios debían compartir habitación esparciendo sus jergones en cada esquina de la habitación. A lo largo de cada pasillo, una de las numerosas puertas que se abrían a ambos lados, solía ser el lugar común donde hacer aguas mayores, y aquello impregnaba de cierto tufo nauseabundo el lugar. A Magna Urbica se le descompuso el estómago y hubo de llevarse la mano a la boca y la nariz en un vano intento de mitigar aquel olor. Para su desgracia hubo de recorrer el pasillo casi por completo, mientras que de los huecos de ambos lados se asomaban incrédulos siervos al ver a la

domina recorrer sus dependencias de aquella forma tan apresurada. Nunca antes un patricio había bajado hasta aquel lugar y mucho menos un emperador, ni su esposa. La curiosidad hizo que muchos más se agolparan arracimándose unos sobre otros para poder observar lo inusual de la escena.

Finalmente llegó a una de las celdas del final. Justo antes de la arcada de medio punto que se abría paso a una pequeña zona más luminosa y amplia desde donde se repartían otras cuatro salidas, paró en seco y empujó una pequeña puerta destartalada de madera que era lo único que aseguraba la intimidad de aquellas estancias. Aquella habitación pertenecía a una sola persona, caso excepcional que pocos esclavos habían conseguido. A decir verdad, cuando algún esclavo se ganaba una de aquellas habitaciones individuales solía ser más un inconveniente que una virtud, pues la envidia de los demás que se veían obligados a compartir su intimidad con otros esclavos solía ser caldo de cultivo para insultos y menosprecios intentando establecer una jerarquía a base de abusos de poder.

Aún así, atisbó en el interior de la celda, pero la desolación arribó en el fuero interno de la emperatriz. No se encontraba allí. «¡Maldita sea! —se dijo apretando la mordida y marcando la quijada— ¡Por Júpiter! ¿Dónde estará?».

No se daría por vencida.

Cerró dando un portazo a punto de desarmar el destartalado armazón de madera. Tanto daba. Debía buscar rápido.

Sin apenas darse cuenta echó a andar sin dirección establecida y una vez hubo alcanzado un pequeño calvero iluminado continuó recto. Otro pasillo de ladrillo visto se abría ante ella, aunque más corto y éste tan solo desembocaba al final en otra puerta con un arco de medio punto que daba a la basílica y donde se abría un pequeño vano desde cuyo interior podía escucharse un bullicio envuelto en una frenética actividad. Giró su cabeza hacia la derecha y atisbó en el interior. Una mirada atónita le devolvió la mirada mientras su boca entreabierta denotaba la mayor de las sorpresas.

Por fin había encontrado a Khalima.

Estaba sentada justo ante la puerta de las cocinas, donde esclavos y funcionarios vociferaban y corrían de un lugar a otro. Khalima estaba sentada en un pequeño taburete de madera de tres patas. Su túnica blanca del lino más tupido que cualquier esclavo pudiera vestir estaba subida hasta la parte superior de los muslos, en busca de mayor comodidad para realizar la actividad que se encontraba haciendo en aquel momento, que no era otra que

quitar las espinas a un buen número de truchas. Ante ella un balde de madera llena de truchas sin espinas y un montón apartado de éstas junto a las tripas se esparcían por el suelo. Magna Urbica se deleitó con la visión de las poderosas piernas desnudas de la esclava. Disfrutaba del brillo que la luz hacía reflejar en la piel bruna, los muslos perlados de sudor cubiertos de pequeños ríos que había formado la sangre y entrañas de los peces que la esclava se afanaba por limpiar, su boca entreabierta como cuando había disfrutado con ella mientras hundía los dedos en la humedad de su interior. Magna Urbica sintió el deseo irrefrenable de volver a apretarla contra ella, sentir su piel y volver a perderse entre sus carnosos labios.

Luego recordó a Carino y Khalima juntos en su propia cama.

Un ligero ademán de Magna Urbica fue suficiente para que Khalima adivinara de inmediato qué debía hacer. Tiró al interior del balde la trucha que aún tenía entre sus manos, lanzó la espina hacia el montón que había esparcido en el suelo y se limpió las húmedas manos sobre la túnica que había adquirido tonalidades grises. Se levantó con sumo cuidado, como si a pesar del trabajo mundano que estaba realizando y que Magna Urbica había contemplado con sus propios ojos, tuviera que mantener cierta dignidad ante la emperatriz. A Magna Urbica se le antojó que lo hacía de forma sensual, retrasando el acto de esconder sus piernas tras la túnica, precisamente porque sabía lo que ella sentía en su fuero interno; ese torrente irrefrenable de pasión que bullía por su interior y que la hacía arder en el bajo vientre.

Ambas tomaron el camino de la basílica. Magna Urbica no deseaba desandar sus pasos y volver por el pequeño e inmundo pasillo atestado de curiosos. Pensó que incluso podía ser peligroso. Recorrieron la basílica por una de las galerías laterales bajo unos arcos de crucería de sillería vista. La basílica carecía de la abundante decoración de la que hacían gala otras estancias de palacio. Aún así, estaba iluminada por un buen número de antorchas, ancladas a los gruesos pilares dispuestos de forma rítmica en el eje longitudinal del edificio. Tan solo una pequeña aunque pesada puerta los separaba del pórtico y de allí, podrían estar en el foro en cuestión de poco tiempo. Más tarde conduciría a la esclava hasta su destino, pensó.

Tomaron con discreción la Via Sacra. Magna Urbica hundía la barbilla en su pecho para ocultar su rostro. La noche había cubierto el cielo de Roma pese a no haber completado la quinta hora, pero en aquel primer mes del año 1038 *Ab urbe condita*, el frío se instalaba en cualquier parte de la ciudad tan

pronto como los rayos del dios Sol Invictus dejaban de calentar los muros de piedra. Magna Urbica pudo notar el gélido ambiente de la intemperie tan pronto como hubo puesto los pies en el exterior de palacio. Su piel se había erizado y pudo sentir cómo su pecho se estremecía al tiempo que el cortante y gélido viento punzaba en su rostro. No había recapitado en la necesidad de abrigo una vez ella y la esclava estuvieran fuera de palacio, en plenas calles de Roma. Pudo notar el mismo efecto en los voluminosos pechos de Khalima. Por ello y por la necesidad de ocultar su identidad había preferido hundir su rostro en su pecho mientras conducía a la esclava hasta un destino incierto.

Una vez llegaron al templo de Saturno, tomaron el camino de la izquierda, bordeando el monte Capitolino, a través de Vico Jugario hasta desembocar en la Porta Trionfale junto al foro Olitorio. Desde allí hasta Porta Flumentana a través de Vico di Giano y acto seguido, ambas mujeres, se vieron cruzando el Ponte Fabrizio sobre el río Tíber.

El rostro de Khalima denotaba temor debido a que la emperatriz, aquella que se había fundido con ella como una única persona, no le había dicho ni una sola palabra durante el camino. Se había limitado a guiarla y la esclava mauritana no había replicado en ningún momento acerca de la actitud de la emperatriz. A Magna Urbica aquello le decía que Khalima, en el fondo, confiaba en ella aunque los planes de la emperatriz fueran lanzarla al río Tíber por haberse acostado con su esposo en su propio lecho. Aquel pensamiento hizo que Magna Urbica encontrase una explicación lógica para el rostro compungido y desencajado de la esclava mauritana. Tan solo el hecho de verse, aunque solo fuese en su cabeza, empujando a la esclava a través del puente al río, hizo que asomase una mueca de sonrisa en el rostro de la emperatriz.

—¡Rápido! ¡Pasa adentro! —rompió el silencio Magna Urbica.

Habían llegado a la pequeña isla Tiberina, donde el gran templo de Esculapio se levantaba orgulloso junto a otros pequeños temples dedicados a dioses menores. Magna Urbica había invitado a Khalima a pasar a un pequeño templo dedicado a Semo Sanctus Dius Fidius, consagrado a la lealtad, honestidad y juramento.

El ruido de las mujeres hizo aparecer, tras una gruesa columna estriada, la oscura silueta de la figura de un hombre. Allí no había demasiada luz por lo que todo era bañado por la luz de una luna llena que hacía intuir tan solo las

formas desde cierta distancia. El hombre parecía un coloso: alto como una torre, se le intuían fuertes piernas y sus hombros parecían tan anchos como la popa de un gran trirreme.

—Acércate —insistió la emperatriz tendiendo su mano izquierda a Khalima.

La esclava mauritana pensó que quizá había acabado su suerte. Ser la concubina del emperador y de su esposa había estado bien y ahora su suerte cambiaría si Magna Urbica la vendía a cualquier otro patricio. ¿Qué destino le esperaba? ¿Terminaría en alguno de los peores lupanares de Roma?

Magna Urbica tendió su mano izquierda al enigmático hombre y tanto él como Khalima dieron el último paso al frente con determinación aunque guardando el suficiente recelo.

Khalima no pudo ocultar su asombro al ver el rostro del joven. No tendría más de quince años y parecía una auténtica roca y su cara... Khalima había visto su propio rostro tan solo en una ocasión y fue gracias a Magna Urbica, cuando acicalando a su *domina*, ésta había accedido complacida a los deseos de la esclava para poder observar cómo era su apariencia física. Aquél día Khalima quedó maravillada al ver cuan bruno era el color de su rostro comparado con el de la pálida emperatriz. Nunca había recapitado en el color de su piel hasta aquel preciso momento.

Ahora... ahora podía ver su propio rostro frente a sí.

—Es tu hermano, Astyanax —le informó Magna Urbica.

—Ella es tu hermana, Khalima —dijo dirigiéndose al que fuera gladiador.

Ambos se inspeccionaron de arriba abajo con gran pasmo dibujado en sus rostros.

—Pero mi madre... —reprochó Khalima.

—Vuestra madre no murió en el incendio. No en ese momento al menos. Pudieron sacarla de la casa en llamas y abrirla para sacar al bebé —aclaró la emperatriz al tiempo que miraba a Astyanax—. Supongo que murió entonces a consecuencia de la cesárea.

El joven mudó el rostro hasta que cierta pesadumbre afloró al exterior. Si aquello era verdad, su madre había dado su vida a cambio de que él pudiera luchar por la suya. Y su vida no había sido fácil pero finalmente era un hombre libre, pensó Astyanax.

—Asombroso —dijo el joven.

Astyanax pasó una mano por las mejillas del delicado rostro de su

hermana para secar un pequeño reguero de lágrimas que comenzaba a aflorar en Khalima. Ambos sentían que cuanto estaba contando Magna Urbica era verdad y notaban cómo el desasosiego crecía en su interior. Como si la verdad inquebrantable saliese a la luz poco a poco y una vez afuera nadie pudiera negar la verdad evidente, el sentimiento que los unía comenzó a despertar de forma súbita en su fuero interno, como una naturaleza dormida que tan solo necesitaba de una pequeña ayuda para aflorar. Durante años, Khalima se había preguntado acerca de la vida de su hermana pequeña Nayra y, sin embargo, no tenía ni una mísera idea de lo cerca que se encontraba de su hermano; un hermano cuya existencia desconocía por completo.

—Debéis daros prisa —apremió Magna Urbica—. Pronto comenzará la sexta hora y debo volver a palacio.

La emperatriz comenzó a tirar de ambos hacia una pequeña barcaza que había varada en la parte más baja, en un extremo de la isla.

—¿Partir? ¿Adónde? —se extrañó la esclava.

—A casa. Ahora sois libres.

—Pero mi *domina*, ¿acaso ya no os pertenezco?

—Siempre lo harás —bisbiseó la emperatriz mientras la atrajo hacia sí. La miró a los ojos y prosiguió—: Si te quedas aquí tendré que compartirte con mi esposo y no estoy dispuesta a ello. Quién sabe si algún día su perturbada mente termine por separarnos o hacerte daño. Si no puedo tenerte para mí prefiero verte libre —la besó en los labios mientras apretaba su cuerpo contra el de Khalima. La emperatriz pudo notar cómo la esclava sucumbía y respondía abriendo la boca y hundiendo la lengua entre sus dientes.

—Partid ahora. La noche os servirá de aliado —dijo finalmente la cesarina—. Pompeyo, el barquero, es de mi confianza y os llevará por el río hasta el Tyrrhenum. De allí podréis seguir en barco hasta el puerto de Ceralis donde os espera otra embarcación para devolveros a Tingis. Luego podréis volver a casa.

El rostro de Khalima brillaba por la luz de la luna empapado en lágrimas mientras Astyanax tiraba de su brazo en dirección a la barcaza. Su brazo derecho extendido evitaba separarse del de Magna Urbica hasta que finalmente el vacío se instaló entre sus manos cuando las yemas de los dedos se separaron. El simple hecho de dejar de notar el roce de la piel de la esclava mauritana inundó de pesadumbre el corazón de la emperatriz. Aquello le dolía como nunca otra cosa lo había hecho en su vida. Sintió tanta pena que a

punto estuvo de estallar en lágrimas rota de dolor. Tan solo la dignidad que daban años de experiencia en la condición de patricia y sumisa esposa del César, ayudaron a Magna Urbica a mantenerse firme y serena reprimiendo aquellos deseos que amenazaban con romper el silencio de la noche.

El ruido de los remos al chocar con el agua calma del Tíber junto con la abultada sombra de la barcaza mientras se alejaba fue cuanto necesitó Magna Urbica para recobrar la conciencia. Su plan todavía no había concluido. Desanduvo los pasos que la habían llevado hasta la isla Tiberina con una idea clara en su mente.

Antes de que acabara la sexta hora debía preparar la trampa. Tenía una serpiente que cazar.

Quinto ya había comenzado a deshacerse de sus posesiones. La idea que su capataz Servilius había concebido estaba dando buenos resultados en su primera fase. Ya había vendido buena parte de la piara de cerdos como carne y había conseguido una buena cantidad de beneficios: contaban cerca de dieciocho denarios por libra de ubre de cerda, doce denarios por libra de orejas e incluso catorce por los hígados; de hecho, el mayor beneficio lo obtuvieron con los veinticinco denarios por libra de las patas de los ejemplares adultos. Pese a que se habían desecho de una buena cantidad de lechones, con los que obtuvieron casi treinta denarios por animal, habían conservado a una camada junto a la hembra adulta con la idea de que ésta los amamantase y sirviesen como fuente de carne permanente hasta que todo estuviera dispuesto para su marcha.

En los campos, solía ser habitual que algunos trabajadores terminaran tropezando con algún conejo o liebre que súbitamente se lanzaba a la carrera. Por ello, Quinto les había ordenado aguzar la vista para que en tal caso no dudasen en darle caza, ya que luego podrían venderlos a cuarenta y dos denarios por conejo y más de ciento treinta denarios por liebre. Incluso, llegó a avisarlos acerca de dar caza a codornices, que Servilius había estimado en poder poner a la venta por trece denarios cada diez piezas.

Quinto se mostraba inesperadamente eufórico en aquellos días al ver cómo la idea de Servilius estaba tomando forma y les estaba granjeando una buena cantidad de beneficios. Llegó a pensar en lo estúpido que había sido al no sacar el máximo provecho de todo cuanto su extensa villa proveía. En

realidad, allí, ante sus propios ojos, siempre había dispuesto de una multitud de oportunidades con las que hacer, incluso, mejores y provechosos negocios que de los que ahora podía presumir. Se preguntaba cuánto dinero había dejado de ganar debido a la mala gestión de los recursos. Algo de irrefrenable rencor le recorrió el cuerpo al pensar que el joven capataz Servilius había sido más inteligente que él al proporcionar una solución tan ingeniosa.

Se dijo que a pesar de que el negocio del vino exclusivo pudiera parecer menos rentable al principio —pues un buen vino podía venderse a treinta denarios el sextario, mientras uno de aceite podía hacerse por cuarenta—, lo cierto era que con el dinero que estaban ingresando en el tesoro familiar podría comenzar con una plantación de viñedo del doble de extensión que la que actualmente poseía por lo que la producción sería mayor y la diferencia por sextario no sería inconveniente alguno pues al final generaría beneficios sin lugar a ningún tipo de duda. Incluso, pensó que en las denominaciones en las que añadiera miel y especias podría obtener aún más beneficios.

Además, había vendido los fardos de harina molida, excepto aquellos que igualmente se hubo almacenado para sí, pues podría seguir fabricando su propio pan en el horno de la villa sin necesidad de gastar un solo denario ni antoniano en alguno de los otros hornos repartidos por la ciudad. solo serían unos meses hasta que todo estuviera listo para partir hacia la Galia.

Creyó que por fin la diosa Fortuna le había sonreído.

Aquel día Cornelia había insistido más de lo habitual para que Quinto aceptara acudir con ella a los baños públicos. Lo cierto era que el viejo senador apenas si acudía a ningún lugar sin la que se había convertido en su perpetua compañía. Cornelia Lucilla se había convertido en una especie de esposa, aquella a la que había renunciado en pos de una próspera vida social y económica. Ahora se preguntaba si quizá no podría haber aprovechado mucho mejor el tiempo de haber contraído matrimonio en su juventud. Le vino a la mente una casa repleta de hijos hacinados en una misma sala y dedicando la mayor parte de su tiempo en esgrimir su propia vida para proveerles de alimento. Siempre que la posibilidad de haber engendrado hijos venía a su cabeza se reconfortaba en la idea de que había tomado la decisión correcta; se había mantenido firme y ahora, pese al revés sufrido con el negocio del aceite, tenía dinero y una nueva vida se abría paso ante él como si de un regalo de los dioses se tratara. Además, una esposa no haría lo que Cornelia hacía, se dijo.

Finalmente Quinto aceptó acompañar a Cornelia ya que pensó que unos momentos de ocio relajarían la frenética actividad de sus pensamientos debido al cambio de negocio y que el agua caliente del *caldarium* haría bien a sus entumecidos huesos debido al inhóspito invierno.

Una enorme bañera de mármol ocupaba buena parte del centro de las termas, rebosante de agua tibia cuyos vapores podían atisbarse sobre su tremulante superficie. En el centro, una pequeña isla de mármol veteadado se levantaba sobre el nivel del agua dejando junto a la superficie, aunque sumergido en el agua, un amplio poyete sobre el que recostarse mientras el agua caliente podía olear hasta el nivel de las caderas. Sobre el agua y buena parte del borde de mármol se dispersaba una buena cantidad de pétalos de flores impregnando la sala de un aroma evocador. Además, aquel olor se mezclaba con el del incienso que ardía en un quemador de pie cerca de una escultura de Apolo; la fina y nerviosa columilla de humo ascendía hacia el techo hasta terminar por expandirse mezclándose con el aroma embriagador de las flores. Aquello era, en efecto, el baño reparador que necesitaba, pensó Quinto.

Como aquellos baños eran mixtos, aquel día se habían reunido allí varios grupos de hombres y mujeres. Deambulaban varias mujeres circundando el borde de la piscina hablando de trivialidades mientras se recogían cuidadosamente el pelo en tocados imposibles, de aquellos que tan solo años de práctica terminaban por consumir. Quinto estaba recostado sobre el poyete de la isleta y se regaló la vista contemplando el movimiento de la carne tibia de las mujeres al andar. Su completa desnudez les hacía el blanco de los vívidos ojillos de ratón de Quinto y éste no podía dejar de mirar aquellos oscuros y poblados triángulos. Dentro del agua pudo contemplar a otra mujer que contorneaba su espalda hacia atrás de forma increíble para mojar en el agua la punta de sus cabellos trenzados recogidos de una forma delicada. La pose de la mujer hizo que levantara sus pechos desnudos de forma súbita. No tendría más de dieciséis años pero Quinto pudo comprobar cómo la forma redondeada y firme de aquellos senos comenzaba a levantar su apetito.

Aquello y la mano que, de la nada, comenzó a frotar su miembro debajo del agua.

Cornelia surgió de las aguas como una criatura perfecta digna del mismísimo Neptuno. Su cabello color de oro completamente empapado caía

atrás en largos mechones cargados de agua, lo que le había despejado el delicado rostro todavía húmedo. Bajo sus claros ojos verdes el oscuro que acostumbraba a utilizar como sombra de ojos se había diluido y ahora caía en forma de pequeños regueros negros sobre sus mejillas. Se alzó desnuda sobre el viejo Quinto como una criatura marina que se desenvolvía con astucia y soltura en el agua, apretando sus pechos contra el escuálido torso del viejo y abriendo los labios en ademán de susurrar algo mientras los rozaba junto a los de Quinto.

—Lo quiero todo —musitó la joven.

Lo cierto era que Quinto recordaba el día que se le había insinuado en pleno palco del anfiteatro Flavio, mientras el emperador Carino disfrutaba de la lucha de gladiadores y Cornelia había aprovechado el ensimismamiento de todos cuantos le rodeaban para acariciar su nuca. Y ahora era suya. «Es mía —se dijo—, mi juguete, mi regalo».

—¿Pondrás mi nombre a tu vino?

Cornelia continuó con su mano sumergida en el agua. El flácido pene de Quinto todavía necesitaba de mayor dedicación por parte de la joven.

—Baja la voz —reprimió el viejo.

—Oh, mi amo —susurró mientras se acomodaba para mostrarse más voluntariosa.

Quinto sabía que el falso gemido de sumisión no significaba que Cornelia estuviera extasiada por el momento de pasión, sino que había sido como una reprobación que aquella joven sabía utilizar como nadie. Una forma de reprochar cuando Quinto no accedía a sus deseos de inmediato, imprimiendo más esfuerzo en aquellas lujuriosas artes e incrementando la sin razón y la locura del desenfreno en su presa hasta finalmente aguardar un instante en el que disparaba la amenaza velada: «si me das lo que quiero, sigo». Y la víctima ya estaba perdida y fuera de sí.

—Es solo que no quiero que descubran mis planes —replicó el viejo de forma que así la joven no se sintiera ofendida y continuara.

—Pero no me has respondido, amo.

Ella imprimió aún más sensualidad a sus palabras al tiempo que podía notar cómo el miembro de Quinto comenzaba a mostrar signos de vitalidad.

—¡Maldita sea! ¡Por Júpiter! —rezongó el viejo—. Podría hacerlo... ¿por qué no?

—Ah, entonces te lo has ganado.

Cornelia se impulsó hacia atrás hasta volver a caer sumergida en la pila. Quinto pensó por un momento que lo había engañado como si fuera él el chiquillo de dieciséis años y ella la mujer experimentada. Se sintió por un momento como un verdadero estúpido.

Entonces la bella Cornelia volvió a surgir de las aguas y directamente tomó la verga de Quinto entre sus labios. El viejo volvió a sonreír como el estúpido chiquillo que se había sentido segundos antes. Era extraño para él razonar una explicación hacia la animadversión que sentían la mayoría de sus compatriotas romanos ante una *fellatio*. Lo cierto era que a su edad, era lo único que podía permitirse y aquello le parecía un auténtico regalo de los dioses. Sentirse dentro de la sensual boca de Cornelia era algo que había experimentado en muy pocas ocasiones y, además, era totalmente diferente a cómo Servilius lo hacía.

Su ensoñación fue rota por las risas y murmullos de las mujeres que circundaban la estancia al comprobar la tórrida escena de pasión.

—Aún así, no vuelvas a decir nada de nuestro plan en público —recriminó Quinto con voz queda.

—¿Temes acaso que llegue a oídos del emperador, amo?

Cornelia se tomó un respiro para formular aquella pregunta, luego continuó dando placer a Quinto.

—Si llegara a oídos de Carino estropearíamos la sorpresa —respondió el viejo alzando la voz debido a la excitación—. Debemos asegurarnos de que el origen del futuro vino que se beberá en toda Roma sea un enigma.

—¿Acaso crees que el emperador no sospechará al ver cómo os deshacéis de todas las posesiones? Quizá ya lo esté haciendo —bisbiseó la joven.

—¡Tonterías! ¡Por Júpiter! —refunfuñó Quinto alzando aún más la voz no por la sed de venganza que pudiera sentir hacia el emperador, que era mucha, sino por la excitación cuando Cornelia hubo vuelto al trabajo sobre el erecto miembro del viejo. Aquello excitó aún más a Quinto que apenas si podía contener la voz en el cuerpo. Todos miraron al sexagenario que comenzaba a propinar improperios descontrolados hacia el emperador de Roma—: ¡Carino es un inepto! Los dioses lo arrojen al Hades y pague con su sangre el mal que ha ido acumulando al pueblo de Roma. Yo lo apoyé cuando todavía no había pisado Roma y ahora no dudaría en clavar mi *pugio* sobre su pecho. ¡Maldito sea ese hijo de puta!

Ante las palabras de Quinto, la joven se esmeraba aún con más ahínco en

su trabajo y el viejo senador sentía todo su cuerpo tenso, toda la sangre se había concentrado en su miembro y era incapaz de controlar su lengua que había comenzado a vituperar al emperador a voz en cuello. Cornelia continuó dando placer a Quinto hasta que pudo notar cómo su verga se endurecía como el mármol justo en el momento en el que un estruendo inundó el *caldarium*.

El ruido inequívoco que producían los clavos de las suelas de las sandalias de los legionarios fue el preludio de la entrada de una quincena de soldados que se abrió paso de forma precipitada. El grupo se dividió en dos mitades y cada una tomó el camino inverso del otro, bordeando la circular piscina. El grito ahogado de las mujeres desnudas recorrió, junto al eco, todo el espacio. Un grupo de legionarios del emperador había invadido la sala y se disponía a tomar posiciones estratégicas con un claro objetivo. Quinto pronto quedó sorprendido y pasó del mayor estado de éxtasis al del estremecimiento por el miedo a lo desconocido. ¿Qué estaba pasando? ¿A qué se debía aquel asalto por parte de un grupo tan numeroso de legionarios? Se percató de que Cornelia se había apartado y ahora permanecía inmóvil, flotando con ambos brazos abiertos, en el centro de la piscina. Sus perfectos ojos verdes clavados sobre los suyos mostrando un impávido rostro como esculpido por el mejor artista de Roma.

La isleta central sobre la que permanecía recostado Quinto se unía con la parte exterior por medio de una delgada plataforma por lo que podía accederse a ella a través del agua en todo su derredor o incluso a pie.

El grupo de soldados se adelantó a través de la plataforma con cuidado de no resbalar en los húmedos pétalos de las flores que se esparcían por todos sitios. Cuando hubieron llegado lo suficientemente cerca, el primer legionario tomó el hombro de Quinto y lo animó a levantarse. El viejo, desnudo, aceptó el ademán pues si había algo que no podía hacer un viejo sexagenario era plantar cara a una quincena de legionarios.

—¿Qué ocurre? —preguntó atónito el viejo Quinto.

—Estáis acusado de traición.

—¿Traición? ¿Eso es una estupidez? —rezongó.

—Has formulado acusaciones contra el César y has jurado que de estar en tu mano tu mismo lo matarías —alegó el legionario. Lo tomó del antebrazo mientras otro más se abalanzaba para hacer lo mismo. Finalmente, el legionario concluyó—: Ahora síguenos.

Aquello era precisamente lo que acababa de sugerir mientras Cornelia se

esmeraba en darle placer. Adivinó en su mente cómo ella le había ido llevando hasta aquel terreno y cómo se mostraba de dispuesta en su trabajo mientras él, con cada segundo más de placer, había levantado la voz y propinado tales amenazas. Fue entonces cuando le sobrevino la idea y cabizbajo con el ceño fruncido mientras se dejaba apresar pensó: Cornelia... era una trampa.

Miró de soslayo hacia la escalera donde Cornelia se apresuraba a salir de la piscina. Atisbó de nuevo su espalda perfecta y la sensual curva que ésta dibujaba hasta llegar abajo, dibujando una sinuosa cadera para terminar en unas esbeltas y prietas piernas.

Fue entonces cuando pudo atisbar cómo una vaporosa túnica granate hacía aparición. Su portadora se había dirigido con rapidez hasta Cornelia y ahora ambas lo miraban directamente con aire triunfal. Él se estremeció de parecer un despojo, desnudo, flaco y desnutrido, con la flácida piel colgando ante la mirada de victoria que ambas mujeres le proferían. Aún no podía creer que Cornelia fuera una trampa, sin embargo, allí, junto a Magna Urbica todo parecía confirmarse.

La emperatriz dejó caer una bolsa de dinero en las manos de Cornelia. El viejo Quinto era experimentado en aquello por lo que el sonido le hizo hacer un rápido cálculo y adivinar que allí había un buen número de denarios, antonianos e incluso algún que otro as. Aquello era más de lo que él podía ganar incluso con su nuevo negocio de exportación de vinos en un año. Cornelia apenas si podía sujetar la bolsa de monedas debido a su peso.

—¡Deberías ser más comedido mientras te dan placer, amigo Quinto!
—gritó Magna Urbica.

Ambas mujeres dibujaron en su rostro una mueca de sonrisa.

Magna Urbica posó su mano sobre una de las nalgas de Cornelia y la invitó a salir mientras el grupo de legionarios avanzaba por el borde de la piscina propinando empellones al viejo Quinto, que para entonces era tan solo un anciano derrotado y abatido. Había sucumbido al poder de una mujer que al final había resultado ser una traidora. Aún así, sintió que toda la culpa había sido suya por haberse dejado embaucar pese a haber dedicado toda una vida a no caer en aquellos errores.

Pocas semanas después, Quinto Tulio parecía haber envejecido a marchas

forzadas y físicamente había perdido la energía que lo había caracterizado antes de ser apresado y acusado de traición. Se había mostrado dubitativo y daba ciertos síntomas de pérdida de memoria, lo que tampoco era de extrañar a su edad y por lo que quienes le proferían de alimento en su celda habían aceptado como síntomas de senilidad. Ahora su barba descuidada mostraba la debilidad de un hombre que había tomado las decisiones equivocadas en virtud de una avaricia de poder inagotable que había terminado por devorarlo.

La acusación había sido propuesta formalmente por Magna Urbica que se hubo cuidado de hacer las gestiones oportunas para que algunas de las mujeres que habían escuchado al viejo Quinto maldecir al emperador, actuasen de testigos junto a la propia Cornelia.

Se había anunciado en el *acta diurna* que el conocido senador y comerciante Quinto Tulio había sido llamado a juicio acusado de traición y desear mal al emperador de Roma y no pocos cuchicheaban arracimados en el foro junto a aquel documento público clavado por un curvado y oxidado clavo sobre una puerta de madera. Lo cierto era que el juicio que se iba a celebrar era una mera formalidad pues el caso se había hecho llegar, como era habitual desde que en Roma se había establecido la figura del emperador, al propio Carino.

El César era quien debía decidir la suerte del viejo Quinto y el tiempo que el restricto del emperador tardó en llegar de vuelta a Roma con la resolución del caso se había convertido en un período de incertidumbre para ambos bandos. Para Magna Urbica porque aquello retrasaba algo su plan aunque había contado con la idea de la necesidad de acudir por medio de mensajero a su esposo, quien debía dictar la sentencia; además, se había cuidado de que todo estuviera realmente claro a ojos del emperador y que éste, conociéndolo como una esposa conoce a su marido, terminaría por dictar el veredicto que ella misma esperaba.

El tiempo para Quinto parecía distinto pues, mientras quedaba a la espera de su resolución, dedicó horas a meditar acerca de cómo había podido llegar a aquella situación. Se preguntaba si acaso había sido demasiado estúpido al subestimar a la emperatriz e intentar sobornarla con el regalo de la esclava mauritana, esperando que ésta sucumbiera a sus encantos y tratando aquello como moneda de cambio para que intercediera ante su esposo en beneficio de sus negocios y aspiraciones políticas. Ahora veía cuán estúpido había sido y

cómo la taimada emperatriz le había devuelto la estocada con el envenenado regalo de Cornelia. Su dulce y delicada Cornelia, se dijo.

Aún así, negó la ayuda de ninguna clase y decidió representarse a sí mismo pese a la insistencia de Servilius en empeñar toda la fortuna que habían acumulado con la venta de activos de la villa en un buen abogado. «Quinto nunca empeñará su fortuna para salvar la vida. Morir rico valdrá mil veces la pena que vivir pobre», le había repetido a su displicente esclavo una y otra vez.

El rescripto del emperador no tardó en llegar a Roma y unas semanas después de ser apresado se estaba celebrando el juicio contra Quinto.

—Las testigos aseguran haberte oído maldecir contra nuestro emperador —acusó el pretor.

—Fue una trampa —interpeló Quinto.

—Me dan lo mismo las circunstancias. ¿Es cierto o no es cierto que ultrajaste el nombre del César? ¿Que animaste a los dioses a interceder para causar mal al emperador de Roma?

El viejo Quinto no era estúpido. Pese a estar en la peor situación en la que se había visto envuelto en su longeva vida, sabía que todo aquello había sido una inteligente artimaña que la emperatriz había organizado en su contra con motivo de venganza. De algún modo no había sabido jugar bien con las alianzas y precisamente aquello era lo único que se reprochaba a sabiendas de que Magna Urbica habría persuadido en su petición a Carino para dictaminar en su contra. Además, el hecho de que el emperador hubiese echado por tierra todas sus pretensiones en favor de Aquilino el Hispano, decía por sí solo la idea que aquel hombre tenía sobre Quinto. Tanto daba. Lo único que lamentaba era haber sido tan estúpido. Podía aceptar perder su fortuna debido a cualquier otro tipo de cosa, incluso a perder la vida de cualquier manera pero nunca si ambas cosas se veían unidas como motivo de su propia estupidez.

—¿Habéis implorado a los dioses tal cosa? —volvió a repetir el pretor.

—Los dioses son todos unos hijos de puta.

Un murmullo de asombro se elevó sobre el ambiente.

—¿Acaso es que has abandonado el culto a las tradiciones romanas y abrazado lo que los cristianos llaman la nueva fe?

—¿No es el de los cristianos otro tipo de dios?

—Así lo aseguran ellos —convino el pretor.

—Entonces debe ser otro hijo de puta, como todos.

Una comedia hilaridad se hizo eco esta vez sobre las cabezas de los asistentes al juicio.

—Sabes que con tu actitud no solo estás acusado de traición hacia el emperador sino hacia el pueblo romano, al Imperio y sus dioses.

Quinto Tulio escupió en el suelo. Una mezcla de saliva y flema terminó por precipitarse junto a sus propios pies. Un hilo de gelatinosa saliva quedó anclada en un costado de la comisura de sus labios sobre la descuidada y cana barba.

—Esta mujer dice haberlo oído todo —el pretor hizo ademán para que Cornelia adelantase sus pasos hacia la *sella curulis* donde el pretor se alzaba de forma diligente.

Cornelia se adelantó cabizbaja. Parecía soportar el peso de la culpa que días después le habría acudido a su mente como una tormentosa pesadilla. Aún así, parecía que había invertido una buena suma de aquellas monedas en una nueva vestimenta, a todas luces de mayor calidad, más tupida, de colores más vivos y cenefas en los ribetes. La *palla* le confería, de igual forma, cierta distinción. Además, se había engalanado con brazaletes de plata y una sandalias repletas de pedrería.

—¡Putas! —dijo Quinto entonando un grito que denotaba mayor alegría que menosprecio—. Mi querida puta, mi juguete.

Las lágrimas acudieron a los entornados ojos de Quinto. Había perdido aquella mirada inquisitiva y taimada que un día Magna Urbica había equiparado a los vivaces ojos de una serpiente y que ahora se habían convertido en una especie de desolación gris.

—Este hombre dijo ante ti que si estuviera en su mano acabaría matando de su puño al emperador —preguntó el pretor a Cornelia—. ¿Es así?

—Sí.

—¿Pidió a los dioses que actuaran en contra del César?

—Así es.

El pretor no encontraba mucha más preguntas que hacer pues los hechos habían sido corroborados por cada una de las mujeres a las que se había preguntado. En cierto modo, el veredicto estaba decidido por el emperador Carino desde el momento que hubo enviado de vuelta el rescripto por lo que la puesta en escena del juicio podía concluir con la lectura del rescripto imperial. Además, aquella silla de madera estaba cumpliendo a la perfección

su cometido pues normalmente la *sella curulis* era, a conciencia, demasiado incómoda con efecto de que los juicios no se prolongasen y el pretor dictara sentencia rápidamente conduciendo el juicio de forma directa sin extensiones innecesarias.

—Ante las acusaciones que se aplican sobre la persona de Quinto Tulio que versan sobre traición a nuestro emperador, el César de Roma y, en consecuencia, al Imperio romano, se dicta que el acusado sea sentenciado a muerte por el procedimiento de crucifixión.

Cornelia abandonó la sala llevada por el halo vaporoso de la túnica blanca bajo su *palla* gris, dejando el olor a su inconfundible perfume tras de sí, aquel que le había regalado el viejo Quinto.

La gente había acudido temprano para presenciar la crucifixión, incluso se habían hecho acompañar por los niños, que jugaban divertidos mientras uno de ellos se tumbaba boca arriba en el suelo con ambos brazos en cruz. Aquel día, era domingo y apenas si se había cumplido la primera hora del día. La alborada era clara y el cielo estaba despejado de toda clase de amenazantes nubes; además pese a ser el día previo a las *calendas* de febrero, la temperatura no era demasiado desagradable.

Cuando los primeros clavos atravesaron las quebradizas muñecas de Quinto, éste no pudo contener un grito de desesperación ante el dolor que le había producido que el débil hueso cúbito se hubiese resquebrajado.

—Te he dicho que apuntes al centro —dijo impertérrito la voz grave de un legionario.

De las muñecas del viejo Quinto comenzó a brotar un riachuelo de color líquido escarlata acuoso que comenzó a impregnar el madero horizontal donde quedaría anclado hasta el final.

Algunos niños se mostraron sorprendidos y señalaban las heridas del viejo Quinto de forma indolente.

El viejo senador había sido acusado de alta traición al emperador y, en consecuencia, al Imperio de Roma y por ello había recibido el castigo de la crucifixión. Todavía, en aquellos momentos, podía sentir la vergüenza de soportar el castigo más espantoso que podía aplicarse en Roma. La crucifixión era una pena que apenas si se aplicaba a ladrones, asesinos y demás calaña; era un castigo que aplicar a quienes habían ofendido a la figura

máxima del Imperio romano, una forma de aplicar justicia sobre el acusado y que éste mostrase de forma bochornosa la pérdida de dignidad ante la afrenta cometida. Era un modo de escarmiento y humillación pues era la peor y más indigna forma de morir.

Cuando las cuerdas que se enrollaban en los laterales del madero comenzaron a tensarse por la fuerza aplicada de varios legionarios, el madero comenzó a subir y Quinto quedó suspendido en el aire por momentos. Su completa desnudez dejaba aún más evidente el patetismo que el castigo quería imprimir al traidor. Su escuálido torso dejaba ver cada una de las costillas que marcaba con perfectos surcos horizontales, sus piernas eran delgadas en extremo y tan solo una gran protuberancia en las rodillas hacía resaltar la forma de éstas que se habían quedado zambas mientras ascendía suspendido en el aire vociferando gritos de dolor.

Finalmente, la mueca que el madero tenía en el centro encajó en la del travesaño vertical clavado en el suelo. Otro legionario se acercó y apoyó una escalera sobre el poste vertical y ascendió por ella con un enorme clavo de punta cuadrada y un martillo. Colocó los pies de Quinto de forma lateral uno sobre otro y comenzó a aplicar la descarga de su brazo sobre el clavo. De nuevo un reguero de sangre acuosa comenzó a brotar cuando el clavo se insertaba en la poca carne del senador separando músculos, tendones y huesos hasta quedar atravesado por completo y quedar hundido en el madero.

Servilius se había ocultado entre la muchedumbre y contemplaba, agazapado, con gesto congestionado, cómo el viejo al que había servido durante años soportaba un increíble dolor. Creía que había sido acusado injustamente y que el verdadero culpable era aquel mercader de Baetica que había dado al traste con el esfuerzo de su amo. Desde entonces todo había salido mal para su amo, por lo que no le quedaba duda que aquello había supuesto un punto de inflexión en sus vidas. Maldito hijo de puta, pensó mientras rememoraba la figura de Aquilino, el mercader de Hispania, que les había arruinado el negocio de venta de aceite. Además también creía que la culpable de todo había sido Magna Urbica, que había utilizado a Cornelia para embaucar al pobre Quinto. Juró que se vengaría de todo cuanto estaba sufriendo su amo. Además, sin Quinto, la villa y todos sus esclavos y trabajadores pasarían a formar parte del Imperio y a vistas que Magna Urbica se encargaría de tratarlos de forma diferente al resto. A Servilius no le quedaba ya nada en Roma.

En el último estertor el viejo Quinto abrió sus ojos y pareció atisbar la figura, envuelta en una raída toga para ocultar su rostro, de Servilius y una última sonrisa dibujó el rostro del viejo Quinto mientras se alzaba al cielo con ambos brazos en forma de cruz. Al reconocer la figura, la sangre de la boca comenzó a brotar tintando los cariados dientes del viejo senador. Una última expiración al intentar pronunciar unas palabras hacia su único y fiel siervo fueron lo último que el viejo Quinto pudo hacer hasta que su vida se extinguió. El peso de la cabeza hizo que ésta cayese hacia delante y todo el cuerpo quedó relajado en un instante, inerte.

Enjugándose las lágrimas, Servilius dio media vuelta y comenzó a abrirse paso a empujones entre la multitud. Tenía una firme idea y la cumpliría con determinación. Tomaría algo del dinero que Quinto había obtenido gracias a su propia idea de vender los activos que la villa poseía, y huiría de Roma como un proscrito.

Juró por los dioses que vengaría la muerte de su amo, Quinto Tulio.

Febrero de 285

NICOMEDIA

El olor a pescado fresco fue lo primero que percibió Gregorius al cruzar la puerta adintelada que se abría a la gran plataforma de mármol que conformaba el puerto de Nicomedia. Una enorme superficie compuesta por grandes bloques de mármol se adentraba en el mar, expandiendo unas delgadas plataformas de grandes piedras blancas que asemejaban los brazos de un enorme calamar, configurando así un más que planeado entramado de rítmicas secciones que componían la dársena.

En un día soleado como aquel, la *hora prima* se convertía en un entramado de gente deambulando de un lado a otro frenética de actividad impelida por su propio afán de cerrar el mejor negocio. En un día normal cualquier mercader podía satisfacer las necesidades de abastecimiento de la ciudad y engrosar una buena cantidad de monedas en su cuenta, volviendo a casa con un barco completamente vacío tras haber vendido toda su mercancía. Y aquel parecía ser un día mucho mejor que uno normal.

Gregorius encaminó sus pasos hacia el lado occidental de la plataforma, justo allí donde colindaba con la playa por medio de una pequeña rampa acanalada y que servía de acceso al puerto y almacenes de aquellos que utilizando barcas de menor tamaño proveían de género procedente de negocios menores, por lo que era habitual que pescadores independientes vararan sus pequeñas embarcaciones en la playa, lejos de los grandes barcos de mercancía que lo hacían en primera línea de puerto. Luego, a través de la arena, la mercancía era conducida hasta la gran plataforma donde bien se disponía ordenadamente para su venta, se almacenaba en los grandes almacenes o era conducida en carros tirados de bueyes hasta el próspero negocio de algún señor. Lo primero que Gregorius pudo atisbar fue el gran puerto repleto de enormes embarcaciones abriéndose paso ordenadamente

sobre un ondulante oleaje en una interminable danza que poco a poco los acercaba a fondear cerca de la gran plataforma. El viento acariciando las velas de aquellos que se disponían a emprender el viaje de vuelta una vez toda la mercancía había sido descargada, el resto recogiendo el velamen y disponiéndose a atracar en puerto.

La actividad reflejaba la salud comercial de la ciudad y aquello era tan solo el principio, pues Diocleciano había elegido aquella ciudad como punto de partida para aplicar ciertos cambios políticos y económicos. Gregorius estaba allí precisamente debido a uno de aquellos cambios. El recién nombrado emperador de oriente había dictaminado que pondría en marcha una idea que venía barruntando en su cabeza. Había dicho a Gregorius que listara un edicto de precios, a modo de prueba, y que se cerciorase de que se cumplía en cualquier tipo de actividad mercantil en la ciudad. De pronto, Nicomedia se había convertido en una ciudad donde se había puesto cerco a la especulación. Por ello, Gregorius había acudido aquella mañana al puerto con varias tablillas de cera en la mano y un estilo listo para corroborar todo cuanto el emperador había dispuesto. Si había alguien que había pasado por alto el límite establecido para la venta de cualquier tipo de servicio o producto sería sancionado. Hasta el más nimio servicio que se prestaba en la ciudad a cambio de unas monedas estaba obligado a regirse por aquella norma.

Había enormes barcos desde cuyas inmensas bodegas no paraban de descargar ánforas repletas de aceite de Grecia. Eran muchos los que se afanaban en hacer rodar los grandes contenedores de cerámica que luego eran apilados y transportados hasta los almacenes donde quedaban perfectamente alineados en la zona oriental de la plataforma del puerto. Los almacenes eran simples construcciones de piedra y techumbre a dos aguas y no eran mas que un espacio donde ir apilando la mercancía a la espera de ser trasladada al mercado donde debía ofrecerse en venta, a la taberna donde podría ser consumida o allí donde debiera disponerse de ella. Cada almacén podía entenderse como una zona común donde algunos mercaderes disponían su mercancía en espacios concedidos para ello previo pago de tributo. Los más prósperos en su negocio disponían de almacenes propios y no necesitaban pagar gravamen alguno al erario.

Mientras Gregorius continuaba con su diligente paseo a través de la frenética actividad del puerto, pudo maravillarse de la magnífica ingeniería

romana. Pese a que era un hombre de leyes, siempre dedicaba tiempo a deleitarse de lo que muchos ingenieros compatriotas eran capaces de idear. El mundo que lo rodeaba estaba hecho a partir de invenciones ingeniosas que eran capaces de facilitar trabajos inmensamente complicados a sus ojos. Junto al límite de piedra que colindaba con el mar, al borde mismo de la plataforma de mármol, pudo admirar cómo un mecanismo compuesto por varios maderos verticales y otro horizontal, eran capaces de levantar inmensos fardos de cereal de Sicilia por medio de contrapesos. Aquel sistema de cabrestante era realmente ingenioso pues no solo era capaz de bajar la plataforma sobre la que se apilarían los sacos hasta la misma cubierta de los trirremes, lo que ya constituía un enorme avance al poder levantar lo que cincuenta de los mejores hombres no eran capaces, sino que además, pivotaba sobre su eje vertical, siendo capaz de hacer girar la mercancía hasta tierra firme y una vez allí, volver a depositarla sobre el vetado mármol de la plataforma del puerto.

Pudo atisbar cómo muchos hombres seguían faenando y descargando todo tipo de productos y comprobaba que el precio que se pagaba correspondía al que Diocleciano había dictado como autorizado. Había una gran cantidad de tinajas de vino de Creta, numerosas varas de tela de diferentes colores procedentes de Licia, magníficos ejemplares equinos de Tracia, esclavos de Numidia e incluso oro y plata de Dalmacia. Junto a estos últimos, Gregorius recabó en un tipo de mercancía que estaba siendo custodiada por varios soldados. No parecían más que unos cofres de madera bien sellados con herrajes y anclajes de hierro forjado acabado en grandes tachuelas romas. Era evidente que su contenido debía ser bien custodiado.

—¿Qué es eso? —preguntó Gregorius a uno de los soldados que alzó sus hombros descubriendo su ignorancia.

—No lo sabemos —dijo en tono bobalicón—. solo nos obligan a custodiarlo hasta el palacio del emperador.

Era evidente que aquello debía ser lo que Diocleciano había ordenado fabricar y que formaba parte de su plan sobre el establecimiento de unos precios preestablecidos. El emperador le había dicho en numerosas ocasiones cuán determinado estaba a sanear la economía del Imperio tras décadas de derroche y devaluación de la moneda.

—Soy Gregorius, secretario del emperador —silabeó. Finalmente concluyó—: Abridlo.

No hubo sorpresa.

El cofre estaba lleno por completo de monedas que el emperador Diocleciano había hecho acuñar con su propia efigie. Gregorius pudo reconocer antonianos, denarios e incluso ases. Hundió su mano en el interior del cofre y la volvió a alzar con su palma llena de monedas. El sonido metálico de las que caían de entre sus dedos de vuelta al cofre era como música de cítara a oídos de Gregorius. Podía notar cómo la nueva moneda de Diocleciano volvía a pesar como lo habían hecho antes de la enorme crisis. Se había vuelto a añadir la cantidad de metales que hacían que la moneda volviese a adquirir su valor original. Gregorius estaba plenamente convencido de que el edicto de precios que el nuevo César estaba poniendo a prueba en Nicomedia junto a una nueva moneda acuñada que recuperara el valor previo a la crisis, sería el punto de partida para devolver a Roma la grandeza que había ido perdiendo en los últimos años, con el nombramiento de numerosos e incompetentes emperadores, la pérdida de poder del Senado y la degeneración a la que el Imperio se había visto sumido.

Fue entonces cuando reparó en un joven de no más de quince años que se esmeraba en los trabajos de descarga de pesadas varas de tela. El muchacho parecía afanoso y cargaba sin rezongo alguno el pesado paño sobre sus hombros. Aún así, a Gregorius le pareció que sus hombros eran demasiado pequeños para la carga que debía soportar. Sin duda alguna, aquel mozo se ganaba bien las pocas monedas que su patrón tuviera a bien recompensarle. Lo cierto era que aquel mozo le resultaba familiar. No sabía si era el tipo de complexión física lo que le recordaba a alguien de su pasado pero no podía ubicar el recuerdo en una persona en concreto.

El joven se movía brioso por las rampas de madera que descendían de las embarcaciones hasta tierra firme, desde ahí sorteaba con soltura cualquier obstáculo de la gran plataforma marmórea hasta que se perdía en el interior de uno de los almacenes orientales, el más escorado y que compartía como pared lateral el propio muro que defendía la ciudad. Tras descargar el pesado paño abandonaba la sombra del interior del umbrío almacén para volver a por más mercancía. Gregorius lo contempló mientras completaba el repetitivo proceso en un par de ocasiones. Lo único que desconcertaba al que fuera senador en Roma, era que a sus ojos, el joven tardaba algo más de lo debido entre la descarga y la vuelta en busca de nueva mercancía. Para Gregorius, la demora que había contabilizado entre el tiempo que el joven mozo entraba al almacén, descargaba y volvía a salir en busca de nuevas varas de tela que

desembarcar era más de la que el propio trabajo requería. Se preguntó qué es lo que haría el muchacho en aquel espacio de tiempo.

Resolvió seguir al joven por lo que repitió sus pasos a una prudencial distancia, con el objetivo de no levantar sospecha en el mozo. Gregorius hubo de reconocer que lejos de desfallecer con cada ida y venida de cargamento al lampiño se le veía en plenitud de forma. Lo vio recorrer un sinuoso camino apartando al multitudinario enjambre de comerciantes que pululaban de un lado a otro o que descargaban su género sobre el enlosado de mármol. Tuvo especial cuidado de mirar hacia arriba cuando la grúa cabrestante comenzó a girar cargada de nuevos fardos de cereal y Gregorius no pudo por menos que volver a maravillarse viendo tal cantidad de peso sustentado sobre sus cabezas.

Por un momento el miedo lo paralizó al sumirse en el pensamiento de que aquella inmensa plataforma flotante cargada de pesados petates de trigo y avena pudiera venirse encima de sus cabezas. Pensó en la horrible manera de morir aplastado por una máquina que se había diseñado para el propio progreso de Roma. Mientras se perdía en aquellos lúgubres y temerosos pensamientos, a punto estuvo de perder de vista al mozo, que tras desaparecer detrás de un grupo de comerciantes de lana pareció haberse esfumado. Gregorius miró derredor sin fortuna alguna, pensando que había perdido la pista al zagal, hasta que su figura se hizo visible de nuevo a cierta distancia: volvía a subir la rampa de tablones destartalados de madera en busca de otra nueva vara de paño que transportar hasta el almacén. Gregorius decidió esperarlo. Lo seguiría en su camino de vuelta y descubriría qué era lo que escondía tras su sospechosa actitud, pensó.

A la vuelta, el mozo entró, como lo venía haciendo, en el almacén y descargó ordenadamente la tela. Gregorius había seguido sus pasos y ahora era una silueta oscura recortada por la luz de la primera hora escudriñando el interior del depósito. Allí pudo comprobar cómo el joven se esmeraba en que los paños no sufrieran daño alguno y ordenaba las varas de forma meticulosa. Podía ver solo su espalda, pero reconoció que tras depositar la pesada carga de tela sobre las demás, hizo ciertos aspavientos con sus brazos en torno a su propio pecho. Al legislador del emperador aquello le pareció el más típico gesto de un robo. Quizá estuviera escondiendo monedas en algún tipo de vitela que guardaba en el interior de su ropa atado al pecho. ¿Acaso aquello tendría sentido? Era de suponer que su señor le pagaría por su trabajo por lo

que si éste lo recompensaba con una moneda por cada vara descargada y apilada en el almacén, el joven no tendría motivo de esconderla de aquella forma.

Totalmente ajeno a todo, el mozo continuaba gesticulando con ambas manos sobre su pecho y, a ojos de Gregorius, parecía imprimir cierta fuerza en cualesquiera fuera la acción que estaba acometiendo.

—¿Qué escondes ahí? —le espetó Gregorius.

El gesto de sorpresa del joven no se hizo esperar al escuchar la voz de Gregorius resonar por el inmenso interior del almacén como un eco de culpa. Se giró lo suficiente para sondear a quién pertenecía la voz que lo había descubierto. Miró de soslayo, girando tan solo la cabeza mientras mantenía las manos aún cubiertas por su propio cuerpo. Gregorius aún no podía atisbar qué hacía aunque volvió a recordar que aquellos hombros le parecían demasiado pequeños para el duro trabajo que estaba realizando momentos antes. ¿Acaso debía pasar por alto lo que estuviera haciendo el joven? ¿No se estaba ganando unas buenas monedas por aquel esfuerzo? En realidad, si estaba robando a su señor era como robar al Imperio; y aquello era algo que no podía consentir.

Gregorius no tuvo tiempo de formular una sola pregunta más.

El joven giró su torso por completo y una vez que quedó frente a Gregorius echó a andar de forma precipitada en su dirección. Al principio solventó la primera distancia con apresurados pasos y acto seguido comenzó a correr en dirección al legislador. Gregorius sintió cómo el pánico se apoderaba de su cuerpo. Sus piernas se paralizaron y apenas si pudieron dibujar alguna otra posición. En un instante pensó que aquel joven se había visto sorprendido y descubierto en lo que estaba haciendo y ahora se abalanzaría sobre él, tomaría un *pugio* y lo hundiría en su estómago hasta que la última gota de su sangre tintara el suelo del almacén. solo estaban ellos y el mozo lo tenía fácil para acometer tal acto sin ser descubierto.

Definitivamente era hombre muerto, pensó.

En un inesperado gesto, el muchacho abrió sus brazos mientras se precipitaba en dirección a Gregorius y una vez hubo llegado a su altura acabó rodeando el cuerpo de éste. La fuerza de un insólito abrazo comenzó a hacerse patente en el inexpresivo cuerpo del legislador que apenas si podía comprender qué estaba ocurriendo.

El muchacho, pese a sus quince años, no era demasiado alto y su cabeza

quedó a la altura del pecho de Gregorius. Estaba convencido de haber visto a zagales de menor edad mucho más espigados que aquel joven. A Gregorius le pareció escuchar sollozos y estaba seguro de que el cuerpo del joven comenzaba a temblar; dedujo aquello porque la fuerza con la que el muchacho se aferraba a su cuerpo comenzó a dejar de ejercer la misma presión. No podía explicar qué atribulaba su fuero interno pero Gregorius sentía una suerte de punzada en el pecho que en un primer momento confundió con sus peores temores. «Un abrazo mortal —pensó—, que el maldito lampiño ha aprovechado para hundir su *pugio* en mi pecho». Pero no era aquello. Era una suerte de recuerdo paternal que, un hombre sin familia, había sentido en muy pocas ocasiones. De hecho, hacía tiempo desde la última vez que pudo experimentar el mismo sentimiento. Tanto que aquella situación en la que se encontraba le resultara todavía más sorprendente.

Mientras aquel desconocido lo mantenía rodeado por sus brazos, Gregorius pudo presentir un deje familiar en la forma que el extraño muchacho lo estaba haciendo. Como si recuerdos del pasado volvieran sin piedad y martillearan la puerta de su memoria para abrirse paso inexorablemente a la realidad.

—¡Gregorius! —balbuceó el muchacho— ¡Querido Gregorius!

Toda la razón lógica que permitía pensar en imposibles cálculos y recovecos legales a Gregorius se vino abajo. ¿Acaso lo conocía de algo? ¿Quién era aquel endemoniado desconocido que conocía su nombre? ¿Quizá alguien de su pasado? La voz pareció resultarle, de nuevo, familiar. Luego recapacitó que ser el legislador del emperador Diocleciano en Nicomedia, capital de la provincia de Bitinia, era excusa suficiente como para que muchos conocieran su nombre. Algún infeliz al que alguno de los edictos legales aprobados recientemente hubiera liberado de una enorme carga, pensó.

Luego el muchacho levantó la cabeza y miró a Gregorius a los ojos.

—¡Por Júpiter! —espetó Gregorius—. ¡Tú!

Los ojos moteados color aguamarina bañados en lágrimas terminaron por desvelar el misterio. En cuanto Gregorius pudo admirar aquellos ojos a la corta distancia que se mantenían pudo reconocer de quién se trataba. Clavó su mirada en el pelo del joven intentando buscar lo que su mente se esforzaba en recordar, que no era otra cosa que un hermoso cabello largo y ondulado color castaño. Lo separó de su cuerpo para contemplar su cuerpo intentando

convencerse con alguna explicación lógica y reparó en que su instinto no había errado: los hombros eran demasiado pequeños y tan solo con comprobar cuan fuertes eran para transportar las varas de tela quedaba sorprendido. Comprobó, ahora que sabía la verdad, que la cintura era pequeña y delicada y se comenzaban a adivinar unos muslos generosos. Subió con su mirada hasta el pecho, plano como el de cualquier muchacho de quince años, y comprobó que aquello era precisamente donde dedicaba el tiempo el joven entre carga y descarga de paño. Al comprobar que Gregorius mantenía sus ojos clavados en el pecho con claro semblante de incompreensión, el joven se adelantó:

—Utilizo un largo jirón de tela para ejercer presión sobre el pecho y aplanarlo.

Era Minervina.

Gregorius todavía se encontraba en estado de conmoción mientras intentaba comprender cómo había conseguido aquella muchacha hacerse pasar por un joven capaz de transportar pesado paño sobre sus delicados hombros, cómo había llegado a Nicomedia y lo que era todavía un misterio mayor: ¿Qué hacía allí?

—¡Que alegría siento al encontrarte! —continuó Minervina mientras volvía a rodearlo con sus brazos y apoyaba su cara sobre el pecho de quien fuera amigo íntimo de su padre.

—Pero tu pelo...

—Tuve que cortarlo para hacerme pasar por chico y poder embarcar con quien ahora es mi señor.

Minervina contestaba sin separar su cara del cuerpo de Gregorius.

—¿Y tu padre?

Gregorius recordó que su buen amigo Decimo Antonino había jurado viajar a oriente y reencontrarse con él en cuanto fuera posible. «Cuando el nuevo emperador ponga en práctica sus políticas mi esposa ya habrá dado a luz y te prometo que nos pondremos en marcha», había dicho su amigo. Aquellas eran las mejores noticias que Gregorius había tenido desde hacía tiempo. Pronto se reencontraría con su buen amigo Decimo y la dicha comenzó a inundar su fuero interno.

—Muerto —Minervina hundió su rostro entre la tela de la túnica que cubría el pecho de Gregorius. Enjugaba sus lágrimas pero cada nueva oleada de pena al recordar a su padre volvía a inundar sus ojos. Luego acusó entre

sollozos—: Él los mató, ¡él los mató a todos!

Gregorius no podía dar crédito a lo que escuchaba.

Apartó a Minervina por los hombros el espacio suficiente como para mirarla a los ojos en busca de respuestas.

—¿Muerto? —el legislador se mostraba angustiado e incrédulo—. ¿Pero cómo ha sucedido? ¡Por los dioses! Mi amigo Decimo... pero ¿quién ha podido?

—Fue el emperador —respondió Minervina entre gimoteos—. Fue Carino estoy segura. Envió a algunos soldados a casa. Yo había salido a buscar fruta al mercado y al volver pude ver desde la calle a uno de los soldados agarrando a Natalio por una pierna bocabajo, estaba totalmente desnudo y ensangrentado —un nudo se apoderó de la garganta de la muchacha que, aún así, se recompuso para proseguir con su relato—: El otro soldado llevaba la cabeza de padre en su mano. ¡Por Júpiter! Fue un verdadero horror.

Minervina rompió a llorar desconsoladamente, y los ojos de Gregorius se vieron arrasados en lágrimas mientras intentaba recomponer la escena en su cabeza. La familia de su buen amigo Decimo Antonino había sido arrasada por un emperador incompetente y vengativo. Pensó que aquello debía haber sido promovido por la venganza que Carino aplicaría sobre quienes habían sido contrarios a su nombramiento. Dio gracias a los dioses por haber partido de Roma a tiempo, puesto que él mismo hubiera sido uno de los objetivos de venganza de aquel maldito emperador. Ahora tan solo había una cosa que le ataba a Roma, y estaba precisamente allí, lejos de la capital del Imperio con él, no era otra que Minervina.

—¿Cómo pudiste escapar?

—Corrí. Lo hice tan rápido como pude.

—Bien hecho, mi niña —fue Gregorius quien tomó la iniciativa y se fundió en un paternal abrazo con la muchacha.

—Sabía que estarías en oriente, lo escuché una vez de la propia voz del *pater familias*, y decidí partir en tu busca.

—Bueno ahora estás aquí... nadie podrá hacerte daño.

Minervina todavía temblaba de la conmoción y sufrimiento que le había producido recordar la escena donde todo lo que le quedaba en la vida colgaba de las manos de dos miembros del ejército. La vida de su padre y su hermano pequeño pendiendo de los brazos del impasible Imperio romano. Todo por la mezquindad de un emperador.

—Juro por los dioses que odiaré a Carino por el resto de mi vida. A él y a todos los emperadores.

El espíritu rebelde de la pequeña volvía a florar y aquello era síntoma evidente de que poco a poco volvía a recomponerse. Para Gregorius siempre fue una joven inquieta e imaginativa resuelta a embarcarse en todo tipo de cuestiones por problemáticas que pudieran parecer. Ella era el bien máspreciado de su amigo Decimo y ahora estaba resuelto a cuidar de Minervina como si fuera su propia hija.

—Bueno querida —reprimió Gregorius con una sonrisa—, primero debemos arreglar ciertas cuestiones.

Minervina no llegó a comprender en un primer momento.

—¿Qué cuestiones?

—Tenemos que liberarte de tu señor.

—¿Serás mi amo? —preguntó excitada y llena de júbilo.

—Seré un padre para ti.

Ambos tomaron la salida del almacén.

—Se acabó seguir cargando varas de paño —concluyó la joven que tras el encuentro con Gregorius, su nuevo protector, parecía haberse librado de la enorme carga que soportaba.

El palacio que el César Diocleciano había utilizado como centro neurálgico de su nuevo proyecto como emperador no distaba demasiado del puerto de Nicomedia. A decir verdad, no había que salvar una gran distancia desde la puerta de la muralla, que comunicaba el interior de la ciudad, hasta el puerto. Unos amplios jardines circundaban el espacio cuadrangular junto a una perfecta línea de cipreses que marcaba de forma magistral la forma geométrica del edificio. Había una pequeña muralla con algunas torres de baja altura adosadas a la parte frontal.

El palacio se erigía en el centro de dos importantes edificios para la cultura romana: al frente se encontraba el gran foro junto a la puerta de acceso al importante puerto comercial, y tras de sí, un imponente circo se prolongaba longitudinalmente a la falda de la colina.

Se pretendía dar el mensaje de que Roma, o lo que era lo mismo, su emperador, era el pilar de dos importantes tradiciones romanas como eran la vida pública en el foro y la diversión en los juegos, pilares que sustentaban la

vida romana; lo primero si se trabajaba y se cuidaban los contactos adecuados podía hacer prosperar a cualquiera que ostentase la condición de ciudadano, lo segundo servía precisamente para contentar a la otra mitad que no habían podido prosperar en aquellos términos.

Aquel día, el emperador se había hecho rodear de sus hombres de mayor confianza que se dispersaban en una gran sala, donde la pared más occidental se abría completamente y una balconada rematada con una coqueta balaustrada de columnitas jónicas acanaladas.

Desde el interior, podía vislumbrarse la imponente ciudad de Nicomedia y cómo esta se extendía incluso devorando parte de la falda de la colina, donde numerosos templetos de mármol blanco refulgían con la primera alborada y las perfectas y anaranjadas techumbres a dos aguas de los templetos relucían cuando la luz incidía sobre sus tejas de terracota.

Cuando Diocleciano miraba al frente, veía extenderse la ciudad más allá de los muros, a su derecha se levantaba escalando la falda de la colina y a la izquierda el imponente puerto donde el mar de Propontis era un hervidero de embarcaciones comerciales llegadas desde todos los rincones. Aquel pequeño mar era el epicentro donde se juntaban los mares Negro y Egeo y aquello era increíblemente bien explotado por Diocleciano para hacer prosperar el puerto de Nicomedia y con ello, la riqueza de la propia ciudad que había visto crecer su erario a límites inimaginables.

Además, ahora controlaba todo aquel dinero con una lista oficial de precios que todo el mundo debía cumplir, evitando así los numerosos tejemanejes que comerciantes ávidos de fortuna no dudaban en emplear. Diocleciano tenía claras sus ideas y en el fondo ardía en deseos de ponerlas en práctica no solo en la reducida provincia de Bitinia sino a lo largo y ancho de todo el Imperio. Aun así, antes debía resolver un problema. Y no era otro que Carino.

A Nicomedia habían llegado noticias acerca de la desesperada incursión que Carino hubo de hacer en Verona, en el crudo invierno anterior, debido a la presencia de un supuesto usurpador al trono del Imperio.

En un principio, la idea de Carino recorriendo las provincias del Imperio intentando derrotar a posibles usurpadores al trono fue aceptada por Diocleciano como algo cómico. Lo cierto era que no le divertía imaginar al estúpido Carino espantando usurpadores a diestra y siniestra sino el propio hecho en sí de que alguien pudiera tener el valor de reunir el suficiente

número de hombres como para erigirse como alternativa a la ocupación del trono Imperial. Aquello decía mucho del nivel de fidelidad que Carino derrochaba. Siempre que había alguien que se proclamaba a sí mismo como digno de ostentar la posición de otro hombre no era otra cosa que un síntoma de debilidad del que poseía el cargo.

Diocleciano pensaba que si un hombre se mantenía firme en su puesto, sereno en sus decisiones e inflexible en sus sentencias obtendría el respeto de los demás y con ello, cualquier iniciativa para cesarlo de su cargo quedaría completamente anulada. Pero, por lo que sabía, Carino no poseía ninguna de aquellas tres virtudes.

El hermano de Numeriano no se había mantenido firme en su puesto, ya que había estado mucho más preocupado por la libertina vida en Roma que por el propio gobierno; tampoco se había mostrado sereno en sus decisiones pues era sabido por todo el mundo cuán impetuoso era y a menudo obraba impelido ora por una furia incontrolable ora por un sosiego melancólico propio de una depresión y finalmente, mucho menos había sido inflexible en sus sentencias pues acostumbraba a favorecer a amigos y aquellos con los que había disfrutado de lujuriosas fiestas y excesos, desfavoreciendo en ocasiones a quienes eran las verdaderas víctimas.

—Habrá que preparar un buen armamento para el asedio —dijo Poro, uno de los *velites* de mayor rango.

El viejo Poro había pasado toda su vida en el ejército y pese a que lo que se estaba planteando en aquella reunión no era otra cosa que una hipotética contienda bélica con el César Carino, para el viejo legionario no era mas que otro trabajo más. Pronunció aquellas palabras como el albañil que preparaba sus herramientas para ejercer su trabajo diario, de forma metódica y repetitiva. Para el viejo Poro, sería otra batalla más que librar, esta vez en favor de su nuevo emperador Diocleciano, al que conocía desde que deambulaba por los campamentos como soldado raso, desubicado, pensativo y taciturno; como si siempre hubiera estado viviendo entre ensoñaciones de algo que deseaba más que a su propia vida, con alcanzar algún tipo de gloria, y ahora Poro había comprendido lo que Diocleciano pensaba en aquellos lejanos días.

—Das por hecho que Carino se enclaustrará en alguna ciudad —dijo una voz más joven—, y no tenemos ni idea de dónde podríamos encontrarlo aun partiendo ahora mismo.

Era el joven tribuno Valerio, hijo de Poro.

—Muestra más respeto a tu padre —espetó Diocleciano. Pese a que el hijo había superado a su padre en el escalafón militar, el respeto que el emperador sentía por el viejo *velite* era el suficiente como para obviar la diferencia de galones y permitir que el joven tribuno hablara con tal falta de respeto a su progenitor; aquello era algo que a Diocleciano exasperaba en exceso—. Tu padre sabe perfectamente de lo que habla. Tenemos conocimiento de que Carino ha puesto rumbo hacia aquí y que está tomando los caminos que bordean los *limes*. Eso lo sitúa cerca de Viminacium por el quinto mes.

—¿Por qué no se me ha informado? ¡Soy tribuno! Y mi padre... él, tan solo un viejo *velite* —refunfuñó Valerio.

Poro hizo ademán de abalanzarse para dar su merecido a su propio hijo pero Maximiano lo detuvo. Todos recordaban cómo el viejo Poro había quemado la mitad del rostro de su hijo, cuando éste hubo comenzado a servir en el ejército, una vez que lo hubo descubierto siendo sodomizado por otro legionario de mayor rango. Todo el mundo temía a Poro; pese a no ser demasiado alto, su corpulencia lo hacía una máquina perfecta que propinaba golpes secos y certeros y aunque no era demasiado veloz, la fuerza de su cuerpo avanzando era como un ariete capaz de dañar la muralla más sólida.

Todos quedaron callados.

—Si no eres capaz de estar callado quizá debas abandonar el consejo —amenazó Diocleciano.

—Quizá quiera acabar como aquel cuado, ¿cómo se llamaba? ¡Mutus! —intercedió Maximiano.

Todos rieron.

Lo cierto era que el bárbaro cuado al que se refería Maximiano era Ouduto, jefe de una de las tribus cuadas con las que habían tenido sus más y sus menos en la frontera con Dacia. En una escaramuza, Poro había capturado al jefe cuado y con una de sus enormes manos había tomado y abierto la mandíbula del bárbaro, introducido la otra en la boca hasta la muñeca y de un seco y certero tirón había arrancado la lengua de cuajo trayendo parte de la tráquea tras de sí, impregnando de oscura sangre el rostro del viejo *velite* debido a la cantidad de salpicaduras que había producido el salvaje acto. Poro había conservado aquella lengua desde aquel día como un verdadero trofeo marchito, podrido y fétido que se enorgullecía de mostrar en las frías noches junto a la hoguera, bajo el oscuro cielo estrellado en cualquier

castrum de campaña en mitad de la nada.

—De llegar antes que nosotros podemos estar seguros de que Carino se resguardará intramuros de Viminacium —dijo más tranquilo el viejo Poro.

El grupo de pretorianos que quedaba al fondo de la estancia asintió al unísono.

Diocleciano no había dejado de caminar en círculo alrededor de la gran maqueta de madera que representaba al inmenso Imperio romano. Había mandado construir aquella maqueta de madera con el único propósito de conocer a lo que se enfrentaba de un único vistazo. El emperador era consciente de que había momentos en los que mirar las cosas con mayor distancia te podía ofrecer una perspectiva diferente y aquellos suponía, en no pocas ocasiones, una considerable ventaja. La maqueta representaba por medio de planchas más delicadas superpuestas toda la topografía conocida y podían verse claramente vados, valles y colinas y establecer en cada caso la mejor resolución ante un problema planteado. Y ahora tenía uno y realmente grave entre manos.

—¿Quién lo apoya? —preguntó Maximiano.

—La X Gemina ha partido con Carino desde Roma y es la que ha acabado con la insurrección de Verona. La IV Flavia Felix que se asienta en Singidunum podría apoyarle también si se encamina hacia allí —repuso Poro—. Más de cinco mil en infantería y otros cien a caballo.

—No nos vamos a dejar abrumar por esos hijos de puta —enfaticó el joven Valerio—. La III Parthica está contigo César.

—No hay que olvidar que en Viminacium reside la VII Claudia —dijo con pesar Diocleciano mientras posaba su dedo índice sobre el punto donde debía estar la ciudad en la maqueta—. Si Carino llega antes que nosotros a ese punto, como parece probable, es de suponer que la legión le rinda lealtad a él.

En parte aquello suponía una desventaja moral pues la legión a la que Diocleciano se había referido era la que había conseguido conquistar la Galia bajo el mando del mismísimo Julio César decenios antes. Aquel honor era llevado por cada miembro de la VII Claudia, que pese a no estar en su mejor momento, era como un revulsivo de pundonor en el campo de batalla; una oleada de furia al recordar el glorioso pasado de dicha legión. Muchos habían mostrado demasiado pronto sus puntos débiles al enfrentarse a dicha legión por el simple hecho de quedar abrumados ante quienes estaban luchando.

Una especie de halo mítico envolvía a la VII Claudia.

En ese momento los goznes del gran portalón que comunicaba la sala del consejo con el atrio exterior sonaron de forma tenue, pero no lo suficiente como para no llamar la atención de Diocleciano. Ninguno de los demás prestó atención a aquel hecho.

Era Gregorius. El legislador tenía libre acceso a aquella sala, pues había dado orden a los guardias de que él era una de las pocas personas que podía acceder siempre que lo considerase. Lo extraño para Diocleciano era que había cerrado la puerta tras de sí pero junto a él se encontraba una suerte de muchacha.

—No se hable más, hay que preparar el armamento de asedio: catapultas, galerías, ballestas, arietes y testudos —enumeró Poro como el que hacía una lista para acudir al mercado.

El emperador Diocleciano quedó pensativo por un momento.

—Quizá tengas razón, Poro —resolvió tras discurrir por unos momentos—. Pero ¿qué opinas tú, Constantino?

El joven Constantino había tenido una carrera militar fulgurante. Se había convertido en tribuno con tan solo trece años y ostentaba el mismo rango que Valerio pese a contar con cinco años menos que él, algo que exasperaba al ambicioso hijo de Poro.

Con todo, Constantino había sido el único junto a Diocleciano en reparar en la sigilosa entrada de Gregorius, que permanecía en la parte más umbría de la sala, en silencio y a la espera de comunicar algún mensaje de menor importancia al César. A Constantino le gustaba la forma de trabajar del legislador pues era ordenado, sensato y siempre sabía aguardar al mejor momento para plantear cualquier cuestión. Pero aquel día había acudido a la sala de consejo junto a una joven que parecía de su misma edad; un par de años mayor quizá. Diocleciano se dio cuenta de que en el preciso momento que Constantino había reparado de su llegada, sus ojos, ya de por sí grandes, se habían abierto aún más por unos pequeños instantes. Pensó que sin duda, el joven podía haberse interesado por aquella muchacha.

Ella también había reparado en el joven.

—Sin duda el asedio será necesario —bisbiseó Constantino.

—Necesitaremos más catapultas de lo normal y quizá el doble de ballestas... —intervino de forma excitada Poro que ardía en deseos de volver a enfrascarse en una buena batalla.

—Sin embargo —interrumpió Constantino—, quizá el tipo de asedio que estamos planteando no sea el correcto.

—Ah, entonces ¿qué propones? —se interesó Maximiano.

Constantino lanzó una mirada de soslayo hacia donde se encontraba Minervina y la descubrió mirándolo atentamente con los ojos como platos y la boca abierta.

—Digo que quizá parezca que estamos en clara desventaja en efectivos pero puede que no sea así.

—No hay tiempo de reclutar a otras legiones —bramó Poro.

—Si no partimos ya, Carino puede llegar incluso hasta Byzantium o hasta Nicomedia y entonces será él quien asedie nuestra ciudad —convino Valerio. Eran pocas las ocasiones donde padre e hijo solían estar de acuerdo.

—Tan solo digo que podríamos volver la situación a nuestro favor —musitó Constantino.

—¿Qué sabrá un niño de trece años? —gruñó insolentemente Valerio.

—Deja al tribuno Constantino hablar —reprimió Diocleciano—. Continúa.

—Digo, César, que pienses en el número de soldados que Carino agrupará intramuros de Viminacium.

—Muchos, ciertamente.

—Eso en una ciudad que ya cuenta con casi cuarenta mil habitantes entre ciudadanos y esclavos.

—¿El problema es que habrá demasiada gente dentro? —espetó de forma irónica Valerio. Seguía comportándose como un verdadero estúpido celoso y la mirada de Diocleciano terminó por hacérselo entender sin que el emperador hubiera de pronunciar palabra alguna.

—Queréis enviar catapultas, ballestas y torres de asedio y librar una batalla encarnizada pero no habéis pensado en los cuarenta mil habitantes de la ciudad. Mujeres y niños, gente inocente que arrasareis sin piedad y eso César, ¿en qué tipo de emperador os convertirá para el resto de Roma si ganáis la batalla?

—Todas las guerras traen consecuencias funestas —alegó Maximiano.

—Ninguno habéis imaginado que esas cuarenta mil personas puedan convertirse en parte de nuestro ejército.

—Ah, estamos salvados... ¡Mujeres y niños luchando por nosotros! —Valerio no pudo evitar formular una réplica a modo de chanza.

—Una ciudad repleta de soldados donde apenas hay espacio para los propios ciudadanos —comenzó a alegar Constantino—. Si asediamos la ciudad a modo de amenaza y cortamos los suministros de provisiones pronto llegarán las enfermedades, la hambruna y las revueltas. Serán frecuentes las peleas y violaciones por los legionarios y ¿cuánto tiempo creéis que un pueblo puede aguantar tal sometimiento? Los propios ciudadanos de Viminacium se revelarán contra Carino. Cuarenta mil personas que expulsarán al ejército extramuros y adivinad una cosa... —Constantino se tomó el tiempo necesario para asegurarse de que todo el mundo lo observaba boquiabierto. Miró hacia donde se encontraba Minervina y concluyó—: ¿Quién creéis que estará ahí para esperarlos?

Cuando el consejo hubo acabado, Diocleciano hizo llamar a Gregorius y ahora ambos se encontraban junto a la balconada tratando lo que Minervina supuso era su *asunto*. Esperaba con todo su corazón que el emperador le permitiera quedarse como tutelada de Gregorius por todo el pasado que habían vivido juntos en Roma y debido a que éste era el mejor amigo de su padre. Todavía se le hacía un nudo en la garganta mientras las tibias lágrimas le resbalaban por las mejillas al recordar la muerte de su familia.

Constantino era un joven enjuto y de aspecto remilgado, pensó Minervina, y sus ojos mostraban un brillo poco usual, como queriendo dejar ver al mundo que siempre sabía más de lo que su boca pronunciaba. Era uno de esos jóvenes a los que les gustaba oír, ver y callar y a lo que Minervina supo añadir sin ánimo a equivocarse: y aprender. Lo que ella había presenciado no hacía mucho rato había sido simplemente increíble. Un muchacho de no más de trece años había conseguido dejar como unos ignorantes a los más reconocibles militares del ejército de Diocleciano, haciendo ver lo que ninguno de aquellos belicosos se había dignado a pensar: contar con la fuerza de las gentes de toda una ciudad para decantarlas a su favor. Por descontado aquello había sido una jugada maestra que nadie, absolutamente ninguna persona que se hubiera dedicado por completo al arte de la guerra hubiera pensado jamás. Lo habitual era conquistar pesara a quien pesase y aquello solía significar arrasar todo cuanto hubiera que aniquilar, ya fuesen mujeres o niños, ancianos o enfermos, templos sagrados o edificios públicos. La devastación de una ciudad estaba excusada si en el sacrificio se había

conseguido la conquista.

Minervina creyó ver en aquel joven tribuno cierta diferencia en aquel aspecto. De primeras había pensado en las inocentes vidas que un asedio del tipo que Poro quería llevar a cabo podría sesgar y no contento con ello, había conseguido imbuir en el espíritu de los que se congregaban en el consejo que aquellas gentes podían ser de utilidad para sus intereses.

Le pareció interesante y no solo por su aspecto físico que le había atraído a primera vista como si sus ojos no pudieran dejar de escudriñar su delicado cuerpo, su pelo castaño ralo con pequeños bucles sobre la frente, la cara afilada, sus grandes ojos melados y el mentón partido.

Constantino había resultado atractivo a ojos de Minervina.

—Eso ha sido increíble —lo atajó ella para romper el hielo. Además lo había dicho plenamente convencida.

—Bueno... gracias.

—Nunca había visto nada igual —continuó Minervina—. Bueno no es que haya asistido a muchos consejos de guerra.

—No es para tanto —repuso intentando quitar hierro al asunto. La verdad era que la adulación le había sentado realmente bien a Constantino. Se había henchido de amor propio al ver cómo aquella hermosa joven lo consideraba digno de admiración. Luego continuó—: A veces los mayores solo pueden afrontar un problema desde un punto de vista. Como si la experiencia que les otorga la vida con los años fuera inversamente proporcional a la capacidad de ver otro tipo de soluciones al mismo problema. Supongo que toman la vía más rápida, aquella que les ha servido a otros, sin considerar siquiera si se adapta a las soluciones que buscan.

Minervina escuchó la perorata como si de un canto litúrgico de cualquier sacerdote de Roma se tratase. Había escuchado algunos de ellos y cómo el continuo y sosegado tono de voz junto a los versos pronunciados entraba en su cabeza y la martilleaba una y otra vez. En aquella ocasión ella se deleitó mucho más y se sumió en un embobamiento temporal del que solo pudo despertar al recapacitar en algunas de las palabras que el joven había pronunciado. «A veces los mayores», había dicho Constantino. ¿Acaso había percibido cierto atisbo de reproche al pronunciar aquellas palabras? ¿Le había parecido ver que mientras las pronunciaba la escudriñaba con los ojos? ¿Creería el joven Constantino que ella era mucho mayor que él? Y lo que era peor si así fuera: ¿Aparentaba ser mucho mayor que él?

Se acercó a él tanto que tuvo que levantar la barbilla un ápice para mirarlo a los ojos. Él era una cabeza más alto que ella.

—¿Has dicho *a veces los mayores*? —ladeó la cabeza y enarcó una de sus delgadas cejas.

Constantino se vio sobresaltado por el gesto altivo de ella. Parecía una muchacha de armas tomar. Pensó que aquella muchacha no se daría por vencida fácilmente en cualquier empresa que se propusiera.

—Eh... solo me refería a los adultos —silabeó echando su enjuto cuerpo atrás.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió ella levantando su cuerpo de puntillas.

—Trece.

«Así que si que soy mayor que él», pensó Minervina.

—Bien —ella se recompuso y volvió a dar un paso atrás.

Constantino no había salido de su asombro. Era tribuno a la edad de trece años y estaba a punto de embarcarse en una batalla por el Imperio de Roma. Sin embargo, una muchacha de cuerpo menudo, que parecía ser de su misma edad, lo había conseguido atribular al punto de tener que retroceder torpemente con su cuerpo ante el arrojado de la acometida de ella.

En su movimiento de recular, Constantino dio un codazo a una de las pequeñas figuras de madera que había talladas sobre la maqueta del Imperio, dando en el suelo con una que representaba la figura de un toro en acción de embestida. En el pequeño pedestal circular sobre el que se asentaba la pieza figuraba *LEG.X.GEM*. El sonido de la pieza de madera al caer al suelo hizo que Diocleciano y Gregorius giraran de inmediato interrumpiendo su conversación. Constantino creía que su propio rostro debía estar ardiendo en llamas del calor que había subido a sus mejillas por la vergüenza y Minervina dibujó una sonrisa picarona y burlona mientras se llevaba su mano izquierda a la boca para disimular el gesto.

—Al menos representa al ejército de Carino —repuso Constantino—. Es un buen augurio.

Dibujó una de sus mejores sonrisas mostrando unos dientes perlados y ambos jóvenes terminaron por romper en carcajadas y risotadas.

Marzo de 285

ROMA

La ciudad se desperezaba con la llegada del tercer mes. Así, una nueva oleada de vida brotaba por cada uno de los rincones de la ciudad cuando la luz bañaba los vetustos edificios de la capital del Imperio en cada ambarina alborada. Los brotes de los tallos habían comenzado a florecer y tanto los mercados como las calles se habían engalanado con la variedad de colores que la floresta ofrecía. Había primulas, claveles de indias y boca de dragón así como rosas de todo tipo de variedades y colores. Lejos quedaba ya cuando los más pudientes de la ciudad se tenían que conformar con un paisaje idílico repleto de flora y fauna pintado al temple sobre algún muro de su *triclinum*. Ahora el aroma de las nuevas plantas y la fragancia de las flores impregnaba de nuevo, como cada año, las calles públicas de Roma. Eso y el olor a mierda que, durante todo el año, emanaba de la Cloaca Máxima que transcurría bajo el foro, pensó Zosimo.

El mercader de esclavos había salido temprano enfrascado en sus pensamientos mientras se dejaba atufar por el olor que emanaba del lecho del río y se reconfortaba por la agradable temperatura junto a las márgenes. Allí, a los márgenes del Tíber había comprobado cómo las frutas de primavera habían comenzado a poblar buena parte de los huertos que se arracimaban cerca de la ribera, a las afueras de la ciudad: podían verse las primeras ciruelas, los nísperos que tanto le gustaban en flor, y que podría disfrutar en pocas semanas, los albaricoques ya habían comenzado a mostrar el pequeño fruto que aquel año se había adelantado unas semanas. Igualmente, la tierra se había impregnado de diferentes tonalidades verdes si uno atisbaba desde cierta distancia: coles y coliflores, acelgas, puerros, cebollas e hinojo. Pronto el mercado sería un punto de ebullición donde la ciudad convergía en pequeñas transacciones, haciéndose más rica. Además también serviría para

atraer a los más necesitados. Normalmente eran jóvenes que bien por hambre o porque habían sido enviados por sus propios progenitores acudían al mercado en busca de despistados clientes a los que sisar aquello que hubieran desprotegido. Y, precisamente, el negocio que regentaba el taimado mercader de esclavos poco tenía que ver con la llegada de la primavera y los productos que ésta ofrecía, sino con aquellos infelices que salían de sus escondrijos como una lagartija lo hacía con los primeros calores.

El mercader de esclavos anduvo bordeando la ribera allí donde el barrio de artesanos se había ido asentando. Zosimo era experto en la tarea que estaba acometiendo y posaba sus vivos ojos de cazador allí donde creía que podía obtener buen género. Su túnica repleta de manchas, su piel atezada y el cabello sucio y alborotado le conferían un aspecto que poco desentonaba con los que habitaban en aquella zona de Roma. Mientras se paseaba con paso lento y distendido, con ambas manos asidas atrás, pudo comprobar cuán temprano se levantaban los primeros artesanos. Los carpinteros apilaban sillas, mesas, arcones y butacas a la puerta de sus negocios —pequeñas tiendecitas en los soportales de las *insulae*—, y Zosimo se preguntó a qué se debería tanta prisa. ¿Acaso era la carpintería un negocio tan próspero? Luego recapitó en que lo cierto era que el negocio de la madera debía generar unas buenas ganancias. Allí donde posaba su mente solía encontrar algo que estuviera fabricado con dicho material: las mesas de los prestamistas del foro, las tapaderas de las ánforas de las *tabernae*, los arcones y baúles de las patricias más acomodadas, si pensaba a fondo, concluía que hasta el suelo de su propio negocio, allí donde reunía y exhibía su mercancía, no eran más que viejos tablones de madera mal ensamblados. Si algo le había quedado claro a Zosimo era que en aquellas calles poco o nada se respetaba la *Lex Iulia Municipalis*, ley que había promulgado Julio Cesar hacía más de doscientos cuarenta años y que obligaba a todo el mundo a mantener limpia aquella parte de las aceras y la calle que correspondía con su vivienda así como los espacios públicos. Todo allí, junto a la ribera del Tíber, parecía caótico y el taimado de Zosimo sabía desenvolverse mejor que nadie en aquel ambiente. «En un río revuelto donde reina el caos siempre se suele sacar provecho si uno es lo suficientemente paciente», solía decir.

Con todo, aquella mañana era diferente y la muchedumbre deambulaba de un lado a otro con un brío poco usual. El rostro de aquellos con los que se cruzaba por el camino denotaba una inusitada preocupación, en otros podía

atisbar enfado e incluso muchos podrían ser descritos por el mercader como portadores de un terrorífico temor que parecía devorar su fuero interno. Lo cierto, es que el ceño fruncido y cara de pocos amigos era una constante en aquella mañana de primavera.

—¡Ya bajarás esos precios cuando Diocleciano se haga con el trono! —había escuchado a gritar a uno mientras apretaba el paso sin detenerse siquiera.

—¡Esperaré el día para verte en la cruz cuando el César Carino vuelva a Roma para celebrar su victoria! —había replicado el otro, que trabajaba como curtidor.

No hacía muchos días que Zosimo había descubierto que ambos eran familia, pues uno estaba casado con la hermana del otro. El mercader pudo comprobar a corta distancia cómo ambos se habían dirigido una de las miradas cargadas con más odio que el propio mercachifle había visto en su vida; y eso que había visto gran cantidad de miseria en su vida. Podía recordar vidas arrancadas de los brazos de sus padres, e incluso gente que lo había perdido todo mientras eran secuestrados contra su voluntad para ejercer de esclavos. Aquellos dos hombres eran familia y se habían enemistado a causa de las diferencias políticas en cuanto al apoyo de uno u otro emperador. Al punto de haberse deseado la muerte. Eran tiempos complicados, pensó Zosimo. Pero era en aquellos momentos, con la desesperación de la gente, el ambiente cargado de rencor y la depresión social cuando mejor se desenvolvía el viejo mercader, a la búsqueda de su próxima presa.

Unos sollozos y lamentos llegaron a sus oídos acompañados de una voz en cuello que gritaba alterada e impertérrita. Al parecer, por el oscuro zaguán de una vivienda de pisos salía una mujer que daba el pecho a un bebé de pocos meses. Quien gritaba era probablemente su casero que, a base de empujones, había sacado a la desgraciada mujer y la criatura a plena calle.

—¡No me importa adónde vayas! —Gritó el hombre mientras profería otra serie de empujones en el hombro de la mujer.

Zosimo pensó por un instante que podría tratarse de su propio marido. Quizá alguna furcia había sido descubierta por un cornudo y descontento marido y éste había terminado por expulsar a su esposa de la vivienda familiar. Poco después descubrió que había errado.

—Tampoco me importa que tu marido haya muerto —continuó el hombre exasperado sin dar opción a réplica—. ¡Si no tienes dinero para el alquiler

búscate otro catre! —y dio por zanjada la conversación.

Los gritos y la forma en la que aquel hombre había empujado a la mujer fuera de la vivienda habían terminado por hacer llorar al rorro que había dejado de succionar del pecho de su madre y profería unos gritos que al mercader se antojaron como el golpe de un martillo sobre el yunque; y el yunque en aquel momento eran sus propios oídos.

Aún así, el viejo Zosimo era hombre experimentado que no dejaba pasar cualquier oportunidad, por lo que se dispuso a escudriñar a la mujer. En un principio había visto alguna posibilidad, pues al dejar de mamar la criatura, había dejado un pecho pequeño y redondo al descubierto. Luego, su gozo se vino abajo cuando atisbó que la mujer no era demasiado agraciada. Su rostro era en realidad feo y pensó que podría venderla luego como mano de obra o para cualquier tipo de espectáculo; pero no llegaba a tales niveles. Al final, decidió que era un rostro común, nada inusual y pese a que sus ojos estaban demasiado juntos y su barbilla era más afilada de lo habitual, no podría hacer gran cosa con ella. Además, se podía ver a todas luces que aquella mujer ya había pasado de la treintena y que seguramente aquel no fuera su único niño. Desnuda tampoco ganaría mucho más que vestida.

Decidió continuar mientras la mujer continuaba sentada en un poyete junto a la vía, que comenzaba a atestarse de carros tirados por bueyes repletos de mercancía. Ésta volvió a acercarse al niño para que éste pudiera succionar de su pecho. «Quizá sea el último alimento que la criatura tome en su vida», pensó Zosimo.

Pero aquel no era su problema. Ni la mujer ni el niño iban a servir a mejorar su negocio.

Continuó su camino y confirmó cuan dividida estaba la gente en esos momentos debido a la inminente batalla que habría entre Carino y Diocleciano. A Roma habían llegado noticias de que Carino estaba a punto de llegar a una ciudad estratégica realmente importante y lo había hecho antes que Diocleciano. Aquello daba cierta ventaja, ante los ojos de la gente, al hijo de Caro. A Zosimo no le preocupaba demasiado, debía aprovisionarse de mercancía y luego ya se vería lo que la voluntad de los dioses dispondría.

—Eres un zoquete —escuchó decir proveniente de una voz aguda e infantil—, todo el mundo sabe que Carino le cortará la cabeza a ese impostor de Diocleciano.

Dos niños de no más de ocho o nueve años venían discutiendo acerca de

lo que parecía ser el único tema de conversación en Roma en aquel momento. Uno de ellos era algo más bajo y escuálido que el otro que se veía a todas luces más corpulento y lustroso. Ambos llevaban la cara llena de tizne y las ropas sucias. El más bajo parecía ser el que propinaba mayores empujones y alguna que otra patada que el corpulento aguantaba con resignación, como si no quisiera entrar en aquel juego que sabía de sobra que ganaría por su mayor corpulencia. De seguro pensó que era mucho más fuerte que el otro.

—¡Vamos Nemestrinus! —apremió el joven más corpulento a un pequeño perro negro lanudo que los acompañaba.

El animal se mostraba nervioso y molesto con el joven de menor corpulencia y lo escenificaba mostrando los dientes de forma amenazadora mientras le gruñía. Estaba claro que el muchacho más grande había encontrado al animal abandonado en alguna arboleda y por ello le había puesto el nombre de aquel dios indígena.

—¿Acaso no te das cuentas de que cuando Carino vuelva triunfante acabará con los huérfanos como tú? —increpaba el escuchimizado.

El corpulento paró su paso y frunció el ceño mientras apretaba el puño con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡No vuelvas a decir eso! —espetó—. ¡No quiero que vuelvas a decir eso! ¿Me oyes?

—¡Todos moriréis! Ya se encargará el César de mataros a todos... sois como una peste que asola la ciudad, todos los huérfanos termináis robando y matando —y le escupió sobre los pies.

Aquel zagal escurrido parecía tener agallas puesto que era el que llevaba la voz cantante en cuanto a insultos se refería. ¿Acaso se le escapaba algo a Zosimo? ¿Por qué el otro que le sacaba una cabeza en altura y el doble de espalda en anchura no se defendía? El mercader estaba seguro que con un simple bofetón, aquel esmirriado muchacho se iría con viento fresco y las mejillas calientes por un buen rato. ¿Cuántas afrentas más estaba dispuesto a aguantar?

Zosimo no reparó en que, con el fragor de la disputa, habían alcanzado lo que parecía ser un horno de pan, y la fragancias mezcladas de diferentes tipos de panes recién hechos había pasado a un segundo plano.

De pronto, el de mayor corpulencia se abalanzó sobre el pequeño y lo asió del pelo, siendo correspondido por el otro del mismo modo. Ambos quedaron enzarzados propinando tirones del pelo en una danza circular, mientras el más

delgado intentaba propinar alguna que otra patada en las espinillas del otro. El perro, Nemestrinus, había quedado en el centro de los dos, entre un mar de piernas que se movían agitadas y nerviosas buscando el golpe perfecto para zafarse del contrincante. El chucho era diestro esquivando coces y se cuidaba de no ser pisoteado mientras intentaba buscar los pies del muchacho que estaba ofendiendo a su amo para propinarle una buena mordida.

—¿Qué pasa aquí? —rompió el aire una voz gutural.

Un muchacho algo mayor, de unos quince años, se dirigía hacia los zagales con aire furibundo. Tenía una buena complexión, y su túnica dejaba a la vista toda la largura de sus brazos desde los hombros. De seguro el muchacho estaba orgulloso de la musculatura que lucía con tan corta edad. Debía ser algún tipo de agricultor liberto pues se encaminaba hacia los dos niños enzarzados con una buena pala de hierro entre sus manos.

—¡He dicho que paréis! —volvió a gritar con la voz en cuello y el ceño fruncido.

Ambos niños se alejaron uno del otro unos pasos.

Nemestrinus seguía ladrando de una forma chillona y estridente y ahora además de hacerlo al joven escurrido se debatía en hacerlo también hacia el mozo de mayor edad.

—Este imbécil dice que Diocleciano vencerá —dijo el esmirriado.

—¿Es cierto lo que dice mi hermano? —inquirió el muchacho de mayor edad.

A resultas que el zagal de mayor edad y con una musculatura en pleno desarrollo era el hermano del esmirriado. No podían ser más diferentes, pensó Zosimo. Aún así, la cosa se ponía interesante y decidió esperar a ver cómo transcurrían los acontecimientos.

Nemestrinus seguía ladrando.

—Dile que se calle —dijo de forma intimidatoria el que portaba la pala —¿Por qué le has pegado a mi hermano?

—Además le he dicho que cuando Carino vuelva les arrancará la cabeza a todos los huérfanos como él.

El muchacho agraviado mantenía la cabeza gacha pues de veras parecía mantener una actitud de dar por zanjada la disputa. Se había puesto imposible para él por lo que aguantaba cada improperio esperando que los dos hermanos se cansasen de su actitud y se marchasen de una vez por todas.

El pequeño can negro se agazapaba bajo sus pies mientras seguía

profiriendo ladridos estridentes y molestos, sin duda, por el estado de excitación en el que se había sumido.

—Sí... les cortará la cabeza a todos —repitió el mayor con un extraño brillo en los ojos—. Te he ordenado que lo mandes callar.

Entonces todo transcurrió en un abrir y cerrar de ojos.

El muchacho más fuerte, el de mayor edad, descargó con toda su fuerza la pala en dirección al suelo, justo entre las piernas de aquel al que habían acosado. Una esfera negra peluda se separó del resto y la sangre comenzó a brotar de la oquedad como el agua fresca lo hacía de cualquier fuente de Roma.

—¡Nemestrinus! —imploró el infeliz dueño del animal con los ojos arrasados en lágrimas.

De pronto hubo silencio. Había cercenado la cabeza del perro con la fuerza que había imprimido al golpe de pala.

Ambos hermanos comenzaron a reír a carcajadas cuando hubieron decidido que el otro muchacho había recibido un buen escarmiento. Encaminaron sus pasos hacia el extremo opuesto de donde se encontraban. Zosimo los siguió con la mirada. El zagal de mayor edad era realmente fornido y, sin lugar a dudas, a tenor de lo que había visto, estaba totalmente desprovisto de piedad. Justo lo que necesitaba para vender luego al *ludus*; seguro que podría sacar una buena suma de monedas por un muchacho con aptitudes como aquellas.

De repente todo cambió.

No supo muy bien el tiempo que había transcurrido, pero a Zosimo le pareció que no había sido demasiado, cuando el muchacho al que habían increpado había aparecido tras los fanfarrones hermanos y descargó, con toda la energía de sus corpulentos hombros, un palazo sobre la cabeza del hermano mayor, que hacía unos instantes había matado a su perro con sangre fría. Zosimo comprobó que el muchacho debía haber tomado una de las enormes palas del horno, con las que introducían la masa fresca en el interior de la oscura oquedad incandescente, donde la temperatura elevada terminaría por cocer la masa. El golpe produjo un sonido quedo y seco y el mercader pudo comprobar que fue realizado con tan mala suerte que el filo de la enorme pala se había incrustado en la nuca del muchacho mayor, que súbitamente cayó desplomado en cuestión de segundos.

Aquel al que habían increpado respiraba de forma precipitada, sin duda

llevado por el momento de la excitación, y el menor, el muchacho esmirriado quedó presa del pánico y sollozaba mientras veía una especie de masa viscosa gris impregnada de bermellón derramarse del interior del cráneo de su hermano, que había quedado abierto en dos como uno de los melones que Zosimo había visto cargar en los carros, allí en los huertos extramuros, a primera hora de esa misma mañana.

Así es que no es tan sumiso como parece, pensó el mercader, y además esos bastardos han dicho que era huérfano. Zosimo se acercó a los muchachos con paso acelerado y preguntó:

—¡Muchacho! —llamó la atención del más corpulento, el que acababa de asestar el golpe mortal sobre la cabeza del mayor—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

El mercader, que era ducho en el arte de manejar la conversación a sus propios intereses, comenzó a inculpar al zagal que, en cuanto se fue serenando tras la excitación inicial, comenzó a recapacitar sobre lo que había hecho. Era cierto que el otro había comenzado e incluso había arrancado la cabeza de su perro, pero él había quitado la vida a un ciudadano romano, y sin duda sería juzgado por ello y quizás lo crucificarían.

—Te propongo un trato —continuó Zosimo mientras pasaba sus manos sobre los hombros del muchacho, todavía agitado.

Comenzaron a desandar el camino que Zosimo había recorrido durante toda la mañana. El mercader echó un último vistazo al otro mocosito que seguía llorando a mares, junto al cuerpo inerte de su hermano, desconsolado por su muerte. Quizá era lo único que le quedaba en la vida, pensó Zosimo por un instante. Quizá le sirviera para algo al fin y al cabo; dos nuevos esclavos para su negocio de una tacada, parecía un buen golpe de fortuna.

Lo cierto era que estaba demasiado esmirriado y desnutrido, recapacitó.

No le valdría para nada.

Continuaron su camino y se perdieron entre las calles que bordeaban el río.

En el Palatino, la vida en palacio se había convertido, como poco, en una especie de incertidumbre; un estado de reclusión en el que nadie podía entrar o salir de palacio debido a las revueltas y protestas que se habían ido sucediendo en las calles de Roma.

En aquel momento, un enjambre de esclavos y funcionarios se precipitaban unos contra otros sin rumbo fijo, a través del gran *atrium*, intentando buscar cobijo en las partes más oscuras, con suerte, acompañados de algún conocido con el que compartir el pavoroso terror que se había apoderado de ellos. Había servidumbre de las cocinas agazapada en una de las esquinas, tras unos grandes helechos. Un mozo de cuadras había cruzado todo el atrio envuelto en olor a caballeriza, de seguro llevado por el pánico ante lo que se avecinaba. El escriba, junto a otros hombres de cuentas, había abandonado su *scriptorium* y buscaba, junto a la pequeña fuente que había formado el *compluvium*, a la cesarina. Un hombre corría escaleras abajo junto a dos esclavas y un joven muchacho, los cuatro se afanaban por terminar de colocar sus ropas mientras se precipitaban por la escalera intentando comprender qué estaba sucediendo. Sin duda, se habían visto sorprendidos en algún tipo de juego lascivo cuando unos gritos habían acompañado a enormes golpes en el portalón de entrada de madera maciza.

Magna Urbica merodeaba inquieta por el atrio con ambas manos atrás, de forma pensativa. Una turba se había concentrado ante las puertas de palacio y profesaba insultos hacia la familia del emperador Carino al tiempo que propinaba golpazos sobre la puerta. En aquel momento se alegró de haber actuado con inteligencia previendo aquella situación cuando había ordenado a varios de sus esclavos trancar la puerta con varios maderos pesados y macizos. Aquello le daría aún algo de tiempo para pensar antes de que la revuelta terminara con el asedio al palacio del emperador. Si aquello pasaba, todos podrían darse por muertos. La locura de una persona era algo muy peligroso con lo que había que saber jugar, pero se podía manipular, pensó Magna Urbica. Pero la locura en conjunto era como el Tíber desbordado incapaz de refrenar sus aguas, arrasando puentes, desmoronando la dura argamasa y desgarrando los grandes bloques de piedra de los diques; arrasando cualquier cosa que se interpusiese en su camino.

—¿Qué podemos hacer, señora? —preguntó una voz en la que ella ni siquiera dedicó demasiado tiempo a comprobar a quién pertenecía.

—Nada —dijo.

La esposa del César continuaba dando signos de preocupación. Quienes la observaban podían prever cierto atisbo de miedo en su rostro pero si alguno hubiese sido preguntado acerca del asunto, hubiera jurado por los dioses que la emperatriz parecía absorta en otro tipo de pensamiento. En cierto modo, la

caterva que se había desarrollado fuera, frente a la puerta de palacio, parecía algo que había pasado a un segundo plano en la mente de Magna Urbica.

—¿Dónde está Cornelia? —preguntó la emperatriz a uno de los funcionarios.

—Salió esta mañana, *domina* —dijo sumiso—, tomó su mejor túnica pero no dijo adónde se dirigía.

—Está bien. —Convino Magna Urbica— Está bien.

Seguía en actitud pensativa, clavando la mirada en las teselas del suelo pero apenas si recababa en detalle alguno pues tenía especial interés por conocer qué había pasado con aquella que había servido tan bien a su causa. Desde hacía semanas, se había acercado a Cornelia y ésta le había abierto la puerta de su amistad, contando infinidad de detalles de los que hombres y mujeres solo hablaban en el fragor del éxtasis, cuando el finito y último roce, la específica caricia en alguna estratégica parte o la humedad de una lengua escurridiza y traviesa daban por finalizado el acontecimiento; era en aquel momento donde Cornelia aprovechaba para sacar las confesiones de aquellos que requerían sus servicios en el lupanar. Era cierto que, desde que se había trasladado a palacio, tras servir fielmente a Magna Urbica como celada para acabar con todas las aspiraciones del viejo Quinto Tulio, había prometido a la cesarina que no había vuelto a trabajar en aquel lugar. Estaba claro que mentía y la emperatriz lo sabía, aunque en aquel momento no fuese lo que más acongojaba su fuero interno.

Tres golpes sonaron huecos y quedos.

—¡Abrid! ¡Abrid las puertas, por Júpiter! —imploraba una voz de mujer desde el exterior—. ¡Soy Cornelia, *domina*! ¡Abridme!

La puerta tembló cuando la turba se había agolpado sobre ella, de seguro, imprecando sobre Cornelia que aquel momento podría incluso haber sido aplastada por la marabunta.

Todos cuanto pululaban por el atrio quedaron quietos y en actitud de sorpresa.

Mudos ante la posibilidad de que la cesarina decidiera abrir las puertas y aquello sirviese para que la muchedumbre enfurecida se abriese paso hasta el interior de palacio arrasando con todas aquellas vidas.

—¿A qué esperáis, estúpidos? —dijo enfurecida Magna Urbica—. Los hombres más fuertes contened con todas vuestras fuerzas, solo necesitamos un pequeño hueco por el que pueda pasar Cornelia.

La pesada puerta cedió y la rendija comenzó a dejar paso a un reguero de luz tardía tamizada de ocre. El ruido de la protesta se hizo ensordecedor en el interior de palacio y aquellos que intentaban contener la fuerza de empuje de la turba se las veían y deseaban para no caer al suelo empujados por una fuerza descomunal. Por la oquedad pudo deslizarse Cornelia que estaba siendo agarrada por brazos, hombros y piernas que tiraban hacia afuera intentando evitar que otro miembro más partidario del emperador Carino se ocultase como una rata en su madriguera.

Otro buen número de esclavos tiraban de ella hacia el interior de palacio, las puertas bamboleaban abriendo y cerrando la ranura donde Cornelia había quedado atrapada con medio cuerpo en cada lado. En ocasiones la fuerza de empuje de la muchedumbre era contrarrestada con otra de ejemplar magnitud, lo que hacía que el cuerpo de la joven quedase a merced de la diferencia de fuerzas, a punto de ser aplastado y partido en dos como una fruta fresca. Cuando Cornelia pudo deslizar casi la totalidad del cuerpo al interior, alguien tomó su pelo e intentó arrastrarlo fuera con un enorme tirón que a punto estuvo de degollar su cabeza mientras los esclavos del interior intentaban cerrar por completo la ranura creyendo que la joven había pasado por completo.

—¡Traed un *pugio*, una espada o algo que corte! —gritó la emperatriz.

Al poco, uno de los guardias tomó una de sus propias armas y, tomándola por la hoja, tendió el puño hacia la emperatriz. De un rápido tajo sesgó el trozo de pelo que el extraño tenía sujeto desde el exterior y ordenó cerrar las puertas.

—¡Ahora! —ordenó jadeante llena de adrenalina— ¡Empujad con todas vuestras fuerzas! ¡Por Júpiter!

La puerta quedó sellada y los grandes maderos volvieron a su lugar, convirtiendo el palacio en un lugar inexpugnable por un poco más de tiempo.

El rostro de Cornelia estaba completamente impregnado de tizón y sus ropas habían sido sesgadas entre la muchedumbre, dejando el color blanco y sensual de su carne al descubierto en muslos y pecho. Se había echado directamente sobre el pecho de la emperatriz y sollozaba como una niña, cosa que Magna Urbica comprendió cuando recapacitó que tan solo contaba con diecisiete onomásticas. Ahora, con el pelo rasurado por encima de los hombros, la emperatriz podía atisbar otro tipo de belleza. Era curioso cómo con un cambio tan simple una persona podría pasar por otra totalmente

diferente.

—Vamos a mi dormitorio —dijo la cesarina mientras la tomaba de los hombros—. Necesitas darte un buen baño.

Cornelia continuó llorando con ambas manos en el rostro y las lágrimas precipitándose por las mejillas mientras en el exterior de palacio la turbamulta parecía haber crecido aún más.

—Ha sido horrible, *domina* —pese a que Cornelia no era una esclava, gustaba de llamar a Magna Urbica como si fuera su ama. Quizá llevada por la costumbre de pertenecer toda su vida a otra persona y entregar su cuerpo y su dinero a quienes la explotaban, pensó la emperatriz que nunca la corregía—. Todo el lupanar estalló en llamas. No son solo partidarios de Diocleciano, muchos cristianos han visto la oportunidad para intervenir en las revueltas y mezclarse con aquellos para destruir nuestra ciudad.

—Te dije que no te acercaras más por allí —reprimió la emperatriz mientras con un paño húmedo enjugaba el rostro de Cornelia.

El dormitorio privado de Magna Urbica poseía una pequeña bañera personal que había cedido a Cornelia para que se adecentara. La mugre del incendio impregnada en la piel perlada de sudor había dejado el agua turbia y apenas si podía vislumbrarse en el interior cualquier atisbo de la plúmbea piel de la muchacha.

—Gracias a los dioses ahora estoy a salvo.

—Los dioses no han tenido nada que ver. —Replicó la emperatriz. Se levantó y caminó unos pasos de distancia alejándose de la bañera para tomar dos cálices de vino aguado especiado con miel que había preparado sobre un tocador.

Volvió junto a la tina y se arrodilló junto a Cornelia.

Pequeños regueros se habían desbordado y el suelo de alrededor se había humedecido. Magna Urbica pudo notar el agua gélida en sus muslos a través de la delicada túnica de seda azul que dejaba traslucir su esbelta figura. Tendió la copa a Cornelia y dijo—: Estás aquí por mí. Recuérdalo siempre.

Una sonrisa perfiló sus finos labios mostrando tímidamente unos perlados dientes. Ambas rieron y bebieron del delicioso vino.

—Ah, se ha derramado un poco —dijo maliciosa Cornelia cuando un poco de vino se había precipitado de la comisura de sus labios sobre sus senos.

—Lo cierto es que es de mi cosecha —musitó la cesarina—. Ya que el estúpido de Quinto no puso tu nombre a un buen vino, lo haré yo.

Cornelia parecía divertida ante la imaginación que la emperatriz albergaba. Le gustaban aquellos juegos, y Magna Urbica suponía que era debido a años de hacerlo en su trabajo de puta. ¿Cuántas veces le habrían pedido ser quien no era? ¿Cuántas veces habría fornicado fingiendo ser otra persona? Los deseos más oscuros daban rienda suelta precisamente en aquellos lugares.

—¿Y cómo pretendes llamarlo? —preguntó ella entusiasmada—. Dímelo, *domina*.

La emperatriz se dejó llevar, pensando en un nombre que pudiera ser digno de aquella muchacha. Finalmente concluyó:

—*Cornelia Stulta*.

La muchacha pareció contrariada.

—¿Crees que soy una necia, *domina*? —Comenzó a toser.

—Creo que Cornelia la Necia es perfecto, ¿no lo crees tú?

—¡Por los dioses! Tengo la garganta seca y me arde el cuerpo.

Cornelia hizo ademán de levantarse pero la mano de Magna Urbica se posó sobre su pecho volviendo a acomodarla en la tina. Acarició el pecho de la muchacha allí donde el vino todavía corría como regueros de un afluyente del Tíber sobre sus senos. Con los dedos húmedos de vino, podía notar la piel de la muchacha arder y cómo se comenzaba a dejar llevar por un estado de sopor que atribuiría al éxtasis y el deseo. Acarició los labios de Cornelia y ésta contestó abriendo aún más la boca de forma sumisa.

Cornelia comenzó a toser de forma descontrolada.

—Me siento mareada —dijo—. ¿Qué llevaba el vino? ¿Por qué tu no has bebido?

—Tan solo es vino aguado con un toque de especias y algo de miel —respondió la emperatriz acercando su boca a la de Cornelia sin llegar a rozarla—, y un poco de estramonio.

La concubina se revolvió en el agua y una buena cantidad quedó desbordada. Aún así, la debilidad que sentía en su cuerpo le impidió levantarlo y arrastrarlo fuera de la tina.

El estramonio era utilizado en las fiestas destinadas al dios Baco, cuando la multitud se dejaba llevar extasiada por sus efectos delirantes. Pero en una solución más concentrada, se convertía en un veneno mortal.

—¡Me-has-en-ve-ne-nado! —bisbiseó con la lengua parcialmente dormida.

—Serviste bien todo cuanto te ordené pero no puedo dejar que nuestro secreto se termine haciendo público. Si llega a oídos de mi esposo que todo cuanto hice a ese perro de Quinto Tulio ha sido por odio, por una irrefrenable sed de venganza por haberme hecho vivir sentimientos que desconocía.

Aquella esclava negra despertó en mí cosas que nunca supe que existían y fue el regalo envenenado que hizo temblar mi posición. Ese viejo zorro destruyó todo cuanto había construido y fue el principio del fin.

—¡Estás loca! —adivinó la emperatriz que decía Cornelia con dificultad—. Loca.

—Llévate el secreto con Caronte.

Magna Urbica terminó por proferir un último empujón al pecho de Cornelia y ésta quedó sumergida sin apenas resistencia ni esfuerzo por evitarlo. El veneno había debilitado por completo sus músculos, la sensación de evasión y sopor la habían sumido en una profunda ensoñación.

Unas nerviosas burbujas en la turbia agua fueron la confirmación de que la muchacha jamás podría contar aquel secreto tan profundo que atribulaba el fuero interno de la emperatriz. Aquello por lo que se había dejado amar por otra mujer, por lo que había mentido y confabulado, por lo que había ordenado asesinar al propio hijo de su esposo.

Magna Urbica se encaminó hacia el lecho matrimonial, se desvistió y completamente desnuda abrió sus piernas para abarcar todo cuanto pudiera del mismo. Sobre las suaves sábanas y el mullido colchón de plumas de oca miró al frente, hacia la puerta. Aguzó el oído y cada vez podía escuchar más golpes en la puerta de palacio, la multitud había crecido considerablemente y podía reconocer que los golpes provenían de algún tipo de ariete con el que intentaban derribar los grandes maderos que cruzaban, a modo de cerrojo, el portalón.

Tomó un sorbo de su copa de vino, la misma que se había servido en la otra estancia junto a Cornelia. Saboreó el suave trago mientras se deslizaba por su garganta, la fuerza del vino en una primera instancia, que se rebajaba en intensidad debido al agua, el picor de las especias y el dulzor de la almibarada miel. Y, finalmente, el sabor del estramonio.

HADRIANOPOLIS

Habían abandonado la ciudad de Tracia, que había fundado Adriano, aduciendo que no podían permanecer allí por demasiado tiempo ya que era ésto precisamente de lo que escaseaban. Las huestes de Carino llevarían ventaja en la marcha y según las noticias que llegaban de los emisarios que ambos ejércitos se enviaban como arma de espionaje, el ejército del César de occidente había tomado el camino que bordeaba el *limes* del Imperio.

El ejército de Diocleciano era inferior en número de legiones, incluso se vería en una seria desventaja si Carino llegaba a Viminacium tal y como todos los asesores estrategas de Diocleciano habían predicho. Pero contar con un ejército de menor tamaño no siempre era un inconveniente, pensó Diocleciano. Precisamente aquella circunstancia le haría marchar con mayor presteza pues debía mover menos efectivos hasta el punto estratégico adonde había basado todas las acciones de la futura batalla.

El César cabalgaba sobre su fiel caballo de guerra, Fineo. Recordaba muy bien por qué había elegido aquel nombre sacado de la historia de los Argonautas que tanto le apasionaba. Como aquel adivino que había sido apresado por las Harpías y que terminaría incorporándose a la causa de los Argonautas si éstos lo liberaban, él había liberado a su hermoso caballo cuando todavía era un joven potro. Por entonces había vislumbrado en él la fuerza y la potencia que ahora, en su madurez, había demostrado con creces. Lo había acompañado en numerosas batallas, siempre como un apéndice de su propio cuerpo, como una extensión en la que podía confiar en los momentos más turbios y oscuros en el fragor de la batalla. La confianza que Fineo le proporcionaba cuando lo montaba era, en buena medida, una liberación de su mente al saberse protegido por aquel noble y enérgico animal.

—César —dijo, intentando llamar su atención, una gruesa voz que le llegó a sus oídos desde su parte izquierda. Por su posición, debía ser alguien que apretaba el paso y se acercaba hacia él con un suave trote.

Diocleciano miró de soslayo y comprobó que se trataba de Hieracles, uno de sus hombres de confianza y que formaba parte del *consilium*.

Habían salido de Hadrianopolis temprano, y los primeros rayos de sol prometían un día apacible y tranquilo. Ahora, Hieracles, seguro que lo

estropearía, pensó. Conocía al hombre —que en aquel momento rondaría los cincuenta y tres años— desde hacía tiempo, pues había pertenecido al consejo de anteriores emperadores establecidos en Persia con una habilidad pasmosa. Diocleciano no conocía a nadie que fuera capaz de haber estado al servicio de tantos emperadores y que éstos le tuviesen el aprecio y la estima que él mismo le profesaba.

Era cierto que en ocasiones se convertía en un aburrido conversador de temas que poco o nada importaban a su interlocutor, tan técnicos a veces que uno deseaba acabar con su vida para no tener que aguantar ni una palabra más. Aún así, Diocles sabía que era un hombre inteligente y necesario y que trabajaba de forma incansable pese a que cada día parecía más viejo y achacoso. No era demasiado grande y su tamaño era el adecuado para la yegua que montaba, mucho más baja que el gran caballo de guerra del emperador. El pelo ya le había clareado en la parte superior y el resto, que circundaba su nuca de oreja a oreja, ya hacía tiempo que se había vuelto cano. Las enormes bolsas de sus ojos eran el rasgo más marcado de un arrugado y plegado rostro que se antojaba, en ocasiones, cansado. Diocleciano se preguntaba en numerosas ocasiones si aquel hombre dormía alguna vez.

—No se cumple la hora prima y ya te ha dado tiempo de meditar sobre algo que ansías contarme —salmodió el emperador—. ¡Por Hércules! ¿Acaso no duermes nunca, Hieracles?

—solo quiero informar al César de que tenemos un problema.

—¿Qué tipo de César sería si solo tuviese un problema, querido Hieracles? —refunfuñó Diocleciano negando con la cabeza—. Lo que mide a un César no es la cantidad de problemas que recaen sobre él, sino la capacidad para solucionarlos.

—Entonces —rectificó el viejo—, formularé de nuevo mi premisa. Uno de los problemas del César, está en los convoyes de cola.

Por un momento, el emperador frunció el ceño, buscando una respuesta que dibujara en su mente el problema al que se refería aquel hombre. Podría haberlo preguntado directamente pero su condición de César le obligaba, en cierto modo, a no formular aquella pregunta de forma precipitada. «¿A qué demonios te refieres?», le hubiera gustado preguntar. Aún así, intentó buscar aquello de qué se trataba. Se obligó a darse unos segundos más para pensar como lo hubiera hecho cualquier otro emperador. ¿Acaso no habían tomado suficientes víveres para el tiempo que permanecerían en el asedio? ¿Podría

estar aquel hombre preocupado por el número de legiones, que se antojaba inferior al de Carino? Estaba convencido de que habían calculado, en buena medida, la cantidad de trigo, cereal, vino y demás víveres que necesitarían para el asedio.

Además, conforme la marcha, se organizaban cacerías y se proveían de madera y demás útiles que más adelante sirvieran de apoyo en la campaña militar. Aquello no podía ser. Marchaba cargado de carros con provisiones para varios asedios.

—¿Te preocupa que Carino posea varias legiones más de apoyo? —preguntó, convencido de que era aquello lo que atribulaba al viejo Hieracles.

—En absoluto —repuso—. Mi preocupación cabalga sobre un gran caballo de guerra pardo.

Diocleciano refrenó el paso tirando de las riendas, mientras su fiel caballo, Fineo, levantaba la cabeza y piafaba descontento. Era evidente que no se refería a él mismo, pues su caballo era blanco como la nieve; además, dirigirse de aquella forma al César era poco menos que una temeridad.

—Explícate.

La voz del emperador sonó dura e inquisitoria.

—Me refiero al joven Constancio —dijo.

—¿Constantino?

El viejo Hieracles hizo una mueca con su rostro acompañada con un ademán de sus manos en claro gesto de que tanto daba aquel pequeño error.

—Se le ha visto siempre reunido con catecúmenos.

—¿Otros soldados?

—Sí, César —convino el viejo—, otros soldados que son instruidos para incorporarse a la nueva fe cristiana por medio del bautismo. Diocleciano volvió a emprender la marcha una vez había tirado levemente de las riendas de Fineo y lo espoleaba ligeramente. Luego, el viejo Hieracles prosiguió—: Además, no para de charlar con ese tal Lactancio, reconocido cristiano que incluso ha sido rechazado por ellos mismos debido a sus extrañas e incomprensibles ideas.

La voz de Hieracles se fue haciendo más calma conforme había ido avanzando en su acusación.

—Ah, ya veo —dijo Diocleciano—. Pero dime, querido amigo, ¿acaso no van esos soldados a luchar por nuestra causa?

—Lo hacen, César —dijo atropelladamente Hieracles. No sabía hacia dónde quería enfocar el emperador aquella conversación.

—Y ¿es que no van las legiones de Carino a sesgar las vidas de muchos de esos hombres?

—Lo harán, César...

—Romanos paganos como tú y como yo —atajó rápidamente el emperador sin dejar tiempo de réplica— que acabarán con la vida de esos nuevos cristianos. Dime, Hieracles —dejó una pausa para que lo que quería preguntar al viejo calara profundo. Luego continuó—: ¿Qué diferencia hay?

—Lo único que digo es que esos cristianos se están convirtiendo en un verdadero problema. —Replicó Hieracles tan rápido como pudo intentando ganar algo de ventaja en la conversación—. No tenemos más que mirar lo que está pasando en Hispania. En la Baetica se están haciendo incluso con el control de las administraciones. ¿Qué pasará cuando las leyes sean regularizadas y cambiadas a su antojo? En la propia Roma se están amotinando y las revueltas son cada vez más comunes. Es solo cuestión de tiempo de que el mal se propague. Si se deja crecer la mala hierba, se extenderá por cualquier campo fértil.

—Las revueltas de Roma tienen más que ver con la ineficacia de un mal emperador que con la proliferación de la nueva fe que llaman cristianismo —repuso Diocleciano—. Ésta no es la única religión que ha surgido en el Imperio; otras lo hicieron y todas supieron convivir con el culto tradicional romano.

—Pero ésta hace que los hombres se vuelvan dementes. Creen que morir es una liberación ya que así estarán cerca de su Dios. Y entonces, César ¿qué podemos esperar de un hombre perturbado en su mente? La locura por la salvación lleva a la rebeldía, a no temer nada. ¿No es, en cierta medida, como un arma que amenaza a todo el Imperio?

—Constantino ha demostrado ser más inteligente en táctica militar que muchos de los hombres de mi *consilium*.

—Pero eso no le exime de ser una amenaza si sufre demencia como todos los cristianos a los que sigue —protestó refunfuñando Hieracles viendo que la conversación estaba casi perdida.

Un jinete llegó al galope en dirección contraria a la marcha que llevaban las legiones de Diocleciano. Una vez la polvareda se hubo desvanecido, todos lo reconocieron como el emisario que espiaba los movimientos del ejército de

Carino.

—¡Ave, César! —dijo el emisario.

—Cuando Constantino asesine a romanos en nombre de ese Dios suyo, ven y dímelo —concluyó el emperador dando por terminada la conversación con Hieracles.

Tarquitius refrenó su caballo haciendo que los demás piafasen de forma inconsciente. Tenía importantes noticias que dar al César. El *equite* era menudo y desgarbado y habían aprovechado precisamente aquella característica física para convertirlo en el mensajero y espía más rápido que el Imperio hubiera visto. Debido a su constitución espigada, ofrecía poco peso y el buen ejemplar que montaba podía correr a buen ritmo durante muchas más millas. Tarquitius había dicho al emperador que su enemigo, aquel al que acudía con el ánimo de masacrar, había abandonado Italia y avanzaba a medio camino entre Panonia Superior e Inferior, a punto de alcanzar Singidunum. Aquello confirmaba la teoría de Constantino, y Diocleciano no pudo por menos que sentir aún mayor respeto por aquel muchacho que apenas si había abandonado la adolescencia y que ya había realizado su gran primera táctica militar, mostrándose mucho más inteligente que otros hombres de los que Diocleciano se hacía rodear en su consejo. En aquel momento, sus legiones se encontraban en el valle entre las montañas de Tracia, justo habían abandonado Hadrianopolis y se dirigirían por la Via Militaris hacia Phillippolis y Sendica para finalmente establecer una parada en Naissus. El mensaje de Tarquitius había terminado por confirmar a Diocleciano que Carino llegaría antes a Viminacium, tal como había especulado Constantino.

Mientras la hilera compuesta de hombres, caballos y carros se deslizaba por el adoquinado camino con el inconfundible sonido hueco de una marcha militar, dejaban a la izquierda Macedonia, a la derecha quedaba Dacia y las tribus de dacios. Diocleciano pensó que el plan de Constantino le daba cierta ventaja y se reconfortó al saberse de la fortuna que era tener a aquel joven partidario de sus objetivos. Ya había conseguido proclamarse emperador y Carino era tan solo el último obstáculo para que su vellocino de oro fuera completo: el Imperio Romano en todos sus dominios y extensión.

Tarquitius espoleó su caballo de nuevo y desapareció entre una nube de

polvo; la próxima vez que tuvieran noticias suyas sería una vez que se establecieran en Naissus. Tan solo unos momentos antes de la cruenta batalla. Con todo, todavía tendría que contener el ímpetu y las ansias de aquellos que, como el viejo Poro, se empaparían de adrenalina ante la inminente batalla con la idea de asediar la ciudad de Viminacium desde los primeros compases de la contienda. No sería fácil hacerles entender que el plan ideado por Constantino era más inteligente. Luego pensó que él era el César y que una orden suya bastaría para aplacar a aquellos impetuosos agitadores.

Mientras el César cabalgaba relajado sobre la silla, tapizada con un paño púrpura, sobre Fineo que marcaba un esplendoroso y regio paso con sus cascos sobre el adoquinado, pensó en cuál sería su primera medida como único augusto del Imperio romano una vez saliera victorioso de la batalla.

Y, por los dioses, sabía firmemente cuál sería aquella medida.

PARS QUINTA

QUINTA PARTE

De abril a mayo de 285

Abril de 285

CORDUBA

La agradable temperatura al sur de Hispania en el cuarto mes hacía que la plebe se echase a la calle ya fuese para enzarzarse en apasionadas conversaciones en los soportales, divertirse en las últimas horas del día, beber vino en las innumerables *tabernae* de las que la ciudad de Corduba disponía y, en menor medida debido al gran auge del cristianismo en aquel momento, entregarse en la búsqueda de placer con relaciones públicas y lúdicas. En los últimos meses, algunos burdeles habían tenido que cerrar debido a los severos edictos de cierto sector cristiano más conservador que ostentaba la mayoría de cargos administrativos, cosa que en no pocas ocasiones, había contribuido a la confrontación entre aquel sector y el *legatus*, Lucio Vespasiano Longino.

Los dos hombres salían tomados por el hombro, apoyándose uno sobre el otro, con claro gesto de haber ingerido más vino del que su cuerpo podía soportar. Pese a que la sexta hora ya hacía tiempo que se había cumplido, todavía había algo de luz aunque ésta se iba apagando por los callejones por los que los dos hombres se precipitaban, sumiéndose en cada recodo en una especie de planificado ocaso. Los alrededores de la ladera sobre la que se asentaba el teatro no eran de trazado tan regular como lo era el resto de la ciudad, con sus calles paralelas y perpendiculares, a modo de cuadrícula. Junto al *decumano*, cerca de la puerta que conducía al circo de la ciudad, existían algunas tabernas que ambos hombres acostumbraban a frecuentar juntos en los últimos meses. El mercader de aceite Aquilino y el *legatus* Longino habían decidido acabar aquella noche de divertimento en uno de los lupanares que había extramuros. Para ello solo tenían que tomar una pequeña portezuela menor, custodiada por un par de legionarios, que daba a una pequeña vía de tierra que comunicaba con huertos y pequeñas villas en la

parte sur del circo. En aquella época el fresco aroma de los jazmines y el olor a tierra mojada de las huertas impregnaba el ambiente de primavera.

Saludaron a los legionarios apostados en la pequeña puerta que se abría en la muralla de la ciudad. Ni siquiera recabaron en que no fueron correspondidos en el saludo, debido a que los dos guardias se encontraban durmiendo plácidamente, aquello podía haberles costado un buen castigo e incluso la vida si Lucio Vespasiano Longino hubiera estado lo suficientemente sobrio como para descubrirlo. El sonido gutural de algún gato callejero lo confundió y, tras una rápida inspección, se condujo al interior de la oquedad para dirigirse adonde saciaría su sed de amor.

Allí, en aquellos estrechos callejones sin adoquinar, entre las paredes desconchadas de las casas, los patios y las huertas, tan solo se escuchaban las risas que ambos hombres proferían sin sentido alguno, pues ninguno era capaz de mantener una conversación coherente que contuviese más de un par de palabras hilvanadas. Se estaba haciendo oscuro y aquellos callejones carecían de luz o candela alguna.

Aquilino paró un momento, posó su mano sobre el agujero hecho en la mampostería de una pared rugosa, dobló su cuerpo y vomitó salpicando a sus propios pies. Pudo notar la cálida humedad de las gotas de bilis salpicadas sobre sus pies mientras propinaba bocanadas de arcadas y esputos. Longino no había recapacitado en que su amigo, el mercader de aceite más importante del Imperio en aquel momento, se esmeraba en expulsar los males de su cuerpo. El sonido de las arcadas lo alertó, miró de soslayo y vio, doblado sobre su espinaza, en pésima actitud a su compañero de juega. Rio con tal fuerza que a punto estuvo de imitarlo pues una bocanada caliente como el fuego le subió, amenazante, a la garganta. Lo contuvo y esperó a Aquilino que una vez repuesto, se unió a Longino para continuar su camino con la noche estrellada cayendo sobre el cielo de Corduba.

Para cuando los dos hombres hubieron salido del lupanar, la noche era cerrada y pese a que no quedaba mucho para que diera comienzo la *hora prima*, la oscuridad todavía dominaba cada rincón de aquella parte extramuros de la ciudad.

—No me has dicho que tal le va a tu hija en Roma —dijo Longino mientras pasaba su brazo derecho por encima del encorvado hombro de

Aquilino.

La afilada lengua del *legatus* volvía a estar preparada como siempre para disparar cualquier ocurrencia que su malévola imaginación pudiera elucubrar. Habían pasado algunas horas y aunque todavía era evidente el estado de embriaguez en el que se encontraban, parecía que los servicios recibidos les habían renovado las energías y, al menos, ahora podían mantener una conversación adulta y coherente pese al dolor de cabeza que sentían.

—Sigue igual de terca que siempre.

—Dicen que no pierde el tiempo —incidió aún más el legado.

Aquilino paró el paso, tendió la mano y tomó al legado por el antebrazo. La muñequera de cuero repleta de tachuelas metálicas que el militar portaba se le clavó en la palma mientras apretaba. Aquella licencia podía costarle la vida a un hombre, pero no a Aquilino, y menos de parte de su amigo de correrías. Lo miró a los ojos entre la penumbra de la noche con rostro compungido, finalmente dijo:

—Prefiero que mi hija Aquilina sea la puta del César a que acabe como una de esas —señaló el camino que habían dejado atrás. Sin duda se refería a alguna de las prostitutas cuyos servicios habían reclamado la noche anterior por unas míseras monedas y el peor trato humano que uno podía imaginarse.

—¡Buena elección, por Júpiter! —dijo Longino tomándolo por los hombros y zarandeándolo—. Hay gente a la que el orgullo y los principios le impide prosperar en la vida. Me alegro de que Aquilina haya sabido elegir la opción más inteligente.

Una alargada sombra se dibujó en el recodo de uno de los callejones. Algunos gallos comenzaron a cantar y Longino supuso que aquel desconocido debía ser alguno de los campesinos que habría madrugado para comenzar su jornada de trabajo en los huertos, los pozos o en las plantaciones cercanas a la ribera del río. Aquella sombra se detuvo de pronto —sin duda, los hombres podían atisbar que pertenecía a alguien enjuto cuyo rostro parecía afilado por el juego de luces que se deslizaba por sus ángulos—. Se inclinó cerca de donde lo había hecho Aquilino la noche anterior y comenzó a propinar sonidos guturales como los que el mercader de aceite había producido hacía unas horas.

—Otro borracho —dijo Longino.

—Iré a ayudarlo, sé lo mal que se pasa —repuso Aquilino.

Mientras el mercader acercaba sus pasos hacia la sombra encorvada, su

amigo Longino comenzó a gritarle al extraño con voz en cuello:

—¡Si vas a buscar consuelo allá —señaló en dirección al lupanar— más vale que te sirva una verga, porque a esas ya las hemos dejado satisfechas!

Rio mientras veía acercarse a Aquilino a aquella figura encorvada.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó el mercader.

Atisbó que pese a producir aquellos sonidos guturales, apenas si había vómito o bilis sobre la tierra.

No tuvo tiempo de pensar en nada más.

La oscura figura se revolvió sobre sí misma y con un enorme impulso alzó desde abajo a arriba su brazo derecho. Aquilino no pudo sentir más que la primera punzada. El *pugio* entró por debajo de su mandíbula, atravesando la lengua y el paladar e instalando su afilada punta dentro de la masa encefálica, entre los ojos. El cuerpo de Aquilino se convirtió en un peso inerte que la desgarrada y enigmática figura tuvo que soportar. El movimiento que ambos hacían entre la oscuridad de la noche no fue indicio de nada extraño para Longino; solo dos borrachos que apenas se mantenían en pie apoyándose uno sobre el otro, tal y como ellos lo habían hecho la noche anterior. Cuando el cuerpo de Aquilino quedó inerte en el suelo, propinando bocanadas de sangre, la misteriosa sombra se encaminó rápidamente en dirección a Longino.

—¿Qué le ha pasado a ese, amigo Aquilino? —dijo. Cuando la sombra estuvo lo suficientemente cerca para que el legado reconociera que aquel rostro no era el de su compañero de jarana, posó su mano allí donde debía estar su *gladius*. Pero no estaba, la había olvidado en el lupanar—. ¡Quién coño eres! ¡Qué has hecho con ese hombre!

Longino atisbó que aquel extraño hombre portaba el *pugio* en su mano derecha y él había olvidado su espada en el lupanar. Aún así, vendería cara su piel ante cualquier matón de poca monta. Él era un *legatus* del ejército del emperador Carino y ningún asaltador o ladrón de tres al cuarto podría hacerle daño.

Desvió la mirada hacia las sombras donde Aquilino seguía tendido inerte. ¿Acaso aquel hombre lo había asesinado? ¿Estaría tan solo inconsciente? Aquel hombre portaba un cuchillo que sin duda habría utilizado contra Aquilino. El maldito proscrito había asesinado a su amigo, y ahora se dirigía hacia él con el rostro compungido lleno de odio y sed de venganza.

—*Quintus Tullius vindic* —espetó el hombre.

«La venganza de Quinto Tulio», silabeó en su mente el legado.

Era Servilius. A Lucio Vespasiano Longino, el nombre de Quinto Tulio le sobrevino tras recordar una conversación con Aquilino. Éste le había dicho una vez que gracias a su intercesión en nombre de la esposa del emperador, Magna Urbica, se le había concedido el honor de ser el mayor proveedor de aceite del Imperio, en detrimento de un pequeño comerciante local, que no era otro que Quinto Tulio. Aquello había supuesto el principio de la decadencia de aquel hombre y hasta Corduba había llegado el rumor, y más tarde la confirmación, de la humillante muerte que el viejo comerciante romano había tenido acusado de traición, y que finalmente había acabado crucificado.

«*Quintus Tullius vindic*», descifró en una fracción de segundo el legado mientras el atacante ya había armado su brazo en claro gesto de ataque. Servilius había viajado hasta Corduba para acabar con la vida de aquellos que habían conspirado para llevar la ruina a casa del viejo Tulio.

Con un rápido movimiento, Longino pudo sujetar el brazo del atacante; una constitución fuerte se escondía tras aquella túnica impregnada de manchas cuyos bordes raídos denotaban la caída de la casa donde había servido. Se giró sobre sí mismo y dobló el brazo de Servilius hacia atrás. El *pugio* cayó al suelo y Longino le propinó una patada para alejarlo fuera de su alcance. El grito del joven recorrió las callejas hasta la ribera del río donde terminó por ahogarse en un lejano eco. Los gallos comenzaban a cantar con mayor fuerza por lo que pronto la alborada comenzaría a iluminar cada rincón de la ciudad con los primeros rayos de sol. Empujó a Servilius hasta una pared y éste quedó pegado con el pecho a un destartado muro. Un trozo de mampostería cayó al suelo echo un montón de pedazos de argamasa y arenisca, por lo que debía haber sido enlucido y pintado no hacía mucho.

Ambos hombres estaban desarmados y Longino, mucho más experimentado por su condición de militar, obligó a Servilius a doblar sus piernas. El legado le había sujetado la mano atrás con tal fuerza que a punto estaba de partirle el hombro, apretaba con fuerza una rodilla sobre su espalda lo que hacía que Servilius quedara inutilizado con el pecho y la cara pegados al muro. Con la mano izquierda que le quedaba libre intentaba zafarse dando codazos que no llegaban a interceptar en su objetivo. Debido a los excesos del día anterior, la fuerza y los reflejos del *legatus* no eran como solían, y en un momento de la refriega, Servilius pudo conectar un codazo en la

mandíbula del militar. Debió darle en el pómulo izquierdo pues el sonido quedo del golpe vino acompañado de un lamento y la presión ejercida sobre él que lo mantenía inhabilitado comenzó a remitir. Servilius pudo zafarse y propinó una buena patada en la rótula de Longino que inmediatamente crujió haciéndola girar hacia el lado contrario; le había roto la pierna por completo. El legado cayó al suelo, con ambas manos en su rodilla, intentando aplacar un dolor que era imposible de controlar.

El que fuera siervo del viejo Quinto Tulio tomó del rizado y zaino cabello del legado y comenzó a propinar golpes con la testa sobre la parte baja de la pared, casi en el mismo lugar donde se asentaba sobre el suelo. Los golpes sonaron de forma hueca y con cada uno que propinaba se escuchaba un crepitar que Servilius no supo identificar si provenía de los huesos rotos del cráneo o de la mampostería de la pared. Pronto el caliente líquido oscuro comenzó a quemar en la mano de Servilius que continuó aplicando duros golpes pese a que el semblante de Longino se había impregnado por completo de ríos de color escarlata y ya había dejado de remitir sonido alguno; sus brazos habían quedado inertes y la pierna rota descansaba hacia el lado contrario sin que éste emitiera un simple sonido de queja. Soltó lo que quedaba de la cabeza del legado y pudo notar cómo había quedado totalmente plana por atrás, y de la oquedad abierta brotaba una mezcla de masa oscura.

Lo había matado. A él y al maldito mercader que había usurpado el puesto que le correspondía a su buen amo. «Los he matado —se dijo—, mi amo. Quintus Tullius vindic».

Servilius anduvo unos pasos, recogió su *pugio* que acto seguido limpió en la túnica del *legatus* y se lo volvió a guardar atado sobre su pecho, oculto bajo la túnica. Se encaminó por los callejones de vuelta a la ciudad, una vez el trabajo hubo acabado, con la idea de volver a Roma y terminar allí de vengar a su amo.

Una sonrisa de satisfacción recorrió su severo rostro.

En aquel momento quizá fuera demasiado arriesgado volver a pasar por aquella puerta custodiada, por lo que se deslizó por el muro exterior hasta una abertura donde una de las piedras se había desprendido y las circundantes amenazaban con derruirse de igual modo. Con todo, el hueco era suficiente como para que un hombre adulto pudiera utilizarlo. Giró en un recodo de la muralla, junto a una de las torres cuadradas que cada ciertos pasos se alzaba.

Apenas si tuvo tiempo de precipitarse al interior del hueco cuando notó

como una cuerda caía sobre su cabeza. Al intentar zafarse el nudo se apretó aún más sobre su cuello y pudo notar cómo la cuerda se tensaba, intentando levantarlo del suelo. Apenas si podía coger la cuerda del cuello con sus propias manos, pues una fuerza inusitada estaba tirando de la soga con tal insistencia que comenzó a notar que sus pies se separaban del suelo. Miró arriba con los primeros rayos de sol iluminando las almenas de la torre pero ninguna sombra se recortaba sobre el claro cielo azul de Corduba. Sintió cómo se agotaba el aire de sus pulmones. Notó una erección y de pronto la orina caliente se deslizó por sus piernas hasta caer como un torrente desde una pequeña altura. Defecó sobre sí mismo y todo cuanto veían sus ojos se transformó en un vaporoso entorno hasta quedar sumido en la mayor de la oscuridad.

El fiel siervo de la emperatriz, Cato, había seguido a Servilius hasta Hispania para acabar con su vida. Era la única conexión que el mundo tenía para conocer de los planes más bajos de la esposa del emperador. Con Quinto Tulio muerto y su fiel siervo, Servilius, colgando desde una de las torres de la muralla de la ciudad de Corduba, la emperatriz se mostraría muy agradecida con sus servicios, pensó Cato.

Aquella mañana, Flavia buscó por cara rincón de la *domus*, intentando encontrar algún signo que le indicase adónde encontrar a su padre. El corazón se le había sobrecogido con la primera visita del día, y ahora la ansiedad por encontrar al *pater familias* le hacía pensar con lentitud. Su cabeza se llenaba de recuerdos pasados, ilusiones futuras y malas noticias del presente.

El primer lugar donde miró fue el *tablinum* de su padre, pero estaba ordenado como siempre, allí hacía días que no parecía haber entrado nadie; en realidad Tiberio, solo lo utilizaba para consultar algunos manuscritos, libros y textos de medicina así como para guardar sus propios escritos con aquellos descubrimientos y conocimientos que iba adquiriendo en el ejercicio de su profesión. Al igual que Galeno, Tiberio aspiraba a recopilar todas aquellas notas para publicar su propio libro. «Algún día —le había dicho a la niña en no pocas ocasiones—, muchos consultarán un libro de medicina con remedios y curativos escrito por Tiberio Severo, tu padre», y acto seguido ambos reían ante la simple idea como una lejana posibilidad. Ahora, Flavia podía ver cómo había aumentado considerablemente el número de

manuscritos y notas que su padre había ido recopilando de puño y letra. Sintió que ese día estaba cerca y se emocionó por él.

Continuó precipitadamente a través del atrio hasta la parte delantera de la casa; decidió buscar en la cocina y para ello tuvo que cruzar las letrinas, asomó buena parte de su cuerpo al interior de la cocina mientras se asía con una mano sobre una de las jambas, pero Tiberio tampoco estaba allí. Desanduvo sus pasos y junto a la cocina buscó por el dormitorio que solían destinar a los invitados y luego en los otros dos, más pequeños, que lindaban con el patio interior, pero tampoco hubo resultado alguno. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Dónde se había metido su padre justo en el momento que más lo necesitaba? El tiempo apremiaba y debía encontrarlo cuanto antes.

Entonces, Flavia pensó que su padre quizá hubiera madrugado y se encontrara en la tienda de curaciones que daba a la vía pública, donde por unas pocas monedas, ejercía su trabajo como sanador y curandero, ora aplicando sus unguentos, ora cosiendo alguna herida, e incluso, alguna vez lo había visto haciendo pequeñas operaciones con aquellos utensilios tan extraños que llevaba a todas partes, guardados como su tesoro más preciado en una bolsa de cuero que había fabricado él mismo, donde los disponía ordenadamente y que podía envolver y desenrollar fácilmente. Corrió de nuevo a través del atrio atravesando el *compluvium*; la pequeña piscina no contenía demasiada agua puesto que la primavera estaba siendo algo seca en aquel año. Atravesó la estancia para entrar por la puerta trasera de la tienda y finalmente descubrir que su padre tampoco se encontraba en ella. Las tablas de madera, que hacían la vez de puerta al establecimiento, se encontraban cerradas aquel día.

«Maldita sea mi fortuna —imprecó la niña—, ¿dónde se habrá metido?»

Salió de la casa y se precipitó a las calles de Corduba, que encontró bastante más desiertas que de costumbre. Era cierto que no era día de mercado pero en aquella hora lo lógico era ver cierta actividad en un día de primavera tan espléndido como ese. ¿Se habría ido todo el mundo de la ciudad y la habrían dejado allí olvidada? Se preguntó mientras enfilaba los callejones hasta encontrar el *cardo*, la vía principal que recorría de norte a sur la ciudad.

En el *forum adiectum* tampoco había demasiada gente en aquel día, y Flavia supuso que aquello era debido a que no era día de mercado. La gente habría encontrado otras ocupaciones en aquel agradable y apacible día del

cuarto mes.

Con todo, podía atisbar a los prestamistas con sus destartaladas mesas y dos grandes y fornidos guardias custodiando al encorvado usurero sobre su silla mientras contaba monedas y ganancias. Pensó que aquellos hombres no descansaban ni un solo día, y los veía afanados moviendo las cuentas de sus ábacos de un lado a otro. Algún día aprendería a utilizar el ábaco para contar las proporciones de hierbas y minerales que debía utilizar en los ungüentos como hacía su padre. Había decidido continuar con el aprendizaje en el que su padre la había iniciado. Algunos hombres se mostraban entregados en banales conversaciones, distraídos y jocosos en cualesquiera fueran los asuntos que los habían llevado allí. Al fondo, bajo una arcada de medio punto, donde los niños solían jugar a perseguir y apedrear a los perros callejeros, vislumbró la figura de Carolus.

Hacía cinco meses que no había vuelto a ver al hijo del maestro albañil de la ciudad, en concreto desde aquel día en el que se había mostrado tan irreverente y grosero con Livia, cuando la escupió a la cara aduciendo a su condición de cristiana. Entonces se mostró soberbio y engreído pese a hacer gala de una inteligencia de la que Flavia no había dudado nunca.

Por entonces, él le había pedido que le diera un beso. Ahora, el muchacho parecía haber cambiado de forma incomprensible y mostraba un cuerpo robusto y fornido, con unos amplios hombros como para cargar con los propios sillares de piedra con los que sin duda trabajaría. A sus catorce años seguro que estaría a punto de acabar su condición de aprendiz y Flavia presintió que la conversación que su padre, Sempronio, estaba llevando a cabo era precisamente para asegurarse su ingreso en el gremio de albañiles de pleno derecho. Pronto tendría su propio taller y podría trabajar en proyectos diferentes a los de su padre; sus propios proyectos, quizá igual de importantes. Su gran cabeza cubierta por el pelo bruno ensortijado que Flavia recordaba se había adaptado a su mayor cuerpo y ahora estaba en consonancia con la totalidad de su fisonomía; además el pelo caía ahora sobre sus hombros de forma elegante y la pelusa oscura que había comenzado a poblar su mentón y el labio superior le daba un aspecto de prematura madurez.

Flavia se acercó a Carolus algo abrumada por tener que levantar su mirada al cielo para dirigirle unas palabras. No recordaba tener que hacerlo hacía meses cuando el invierno estaba a punto de comenzar.

—¿Has visto a mi padre? —preguntó la niña.

Carolus la había visto acercarse hacia él a través del foro y descuidó la conversación en la que se encontraba su padre con algunos otros miembros del gremio de albañiles para centrarse en ella.

—No me importa dónde se haya metido tu padre —espetó el muchacho—. No es de mi incumbencia a no ser que me machaque un dedo con un martillo y necesite de sus curativos. Entonces te diré dónde se encuentra.

Seguía igual de estúpido que entonces, se dijo Flavia. Podría haber cambiado físicamente pero en su interior seguía siendo el mismo zoquete sin escrúpulos que había conocido meses antes. Quizá el cuerpo cambiase más rápido pero la forma de ser de una persona necesitaba mucho más tiempo para modelarse, pensó.

—Entonces seguiré buscando.

La muchacha se dio la vuelta sobre si misma y desanduvo los pasos hasta el centro del foro. Mientras seguía meditando acerca de dónde podría estar su padre, la voz grave del muchacho —otra cosa que Flavia había notado cómo había cambiado—, resonó en su cabeza.

—¡Pero te puedo ayudar a buscarlo! —escuchó al aguzar el oído.

Flavia volvió a mirar a Carolus que había dibujado una sonrisa en sus labios mostrando sus dientes perlados. Volvió a encaminar sus pasos hacia el muchacho.

—¿A cambio de qué? —sabía que aquel mozuelo no lo haría sin nada a cambio.

—Ya lo sabes —dijo Carolus con aire zalamero—. Te ayudaré a buscarlo si me das un beso.

Ahí estaba otra vez. Durante todo aquel tiempo que había pasado y el tarugo todavía andaba con las mismas. Hacía cinco meses la simple idea le había repugnado pero Flavia se reconoció dudando acerca de la posibilidad en aquel momento. Pese a lo bruto que era, físicamente había cambiado y aquella idea no resultaba tan aprensiva como antes; además, lo que tenía entre manos era mucho más importante como para andarse con remilgos. Necesitaba encontrar a su padre de inmediato y por los dioses que lo había intentado en todos los lugares que había podido imaginar. Otro par de ojos le serían de gran ayuda o al final sería demasiado tarde. Sopesó las posibilidades y convino en que no era una mala opción al fin y al cabo.

—Está bien.

—¿En serio? —el rostro del joven mutó de la fanfarronería a la incredulidad.

—Sigue por el *decumano* hasta la Porta Principalis Sinistra —señaló el muchacho mostrando un musculoso brazo—. Pasó hace un momento por ahí con su bolsa para ir a recoger sus hierbas y plantas.

¡Conque era eso! Pensó Flavia echa una furia de no haber sido ella la que hubiera pensado en aquella posibilidad. Su padre solía ir con regularidad a buscar aquellos ingredientes que necesitaba para su pócimas y ungüentos fuera de la ciudad. Allí, extramuros solía hacer acopio de todo cuanto necesitaba y que la naturaleza proveía. Con la llegada de la primavera seguro que había salido a buscar algún tipo de planta que tan solo florecía en aquella época. ¡Qué estúpida había sido! Lo había buscado por todos los lugares equivocados de la ciudad cuando podría haber encontrado la solución a poco que se hubiera calmado para pensar. Pero no podía hacerlo; no podía calmarse porque lo que tenía que decirle era de suma importancia.

—¡Gracias! —dijo apresuradamente mientras se precipitaba corriendo al exterior de la ciudad.

—¡Recuerda! —gritó Carolus— ¡Ahora me debes un beso!

Flavia corrió como alma que llevaban los demonios por el *decumano* hasta que sin apenas darse cuenta se encontró cruzando la Porta Principalis Sinistra. Junto a la puerta, una vez fuera de la ciudad, había dos grandes tumbas circulares, que Flavia nunca supo identificar a quién pertenecían, pero debían de haber sido personas muy influyentes en la ciudad.

A su lado, cerca del camino podían atisbarse tumbas y sepulcros en una zona que se había dedicado a enterramientos. Flavia no sentía el menor reparo en cruzar sola por aquellos caminos pues siempre había escuchado a su padre hablar de los humores del cuerpo y cómo los dioses se llevaban, a veces, a las personas enfermas junto a su seno. La muerte no era algo que a ella le resultase algo lejano pues escuchaba a su padre hablar de cómo no había podido salvar la vida de tal o cual persona que finalmente moría entre sus manos.

En momentos como aquel, Tiberio se mostraba esquivo y deprimido, sin duda causado por una falsa sensación de fracaso. Aunque no era culpa suya, Flavia siempre lo animaba a continuar, a anotar aquello que no había funcionado para no utilizar ese remedio nunca más y de aquella manera mejorar en sus prácticas. Quizá por ello le había dicho en muchas ocasiones:

«Y ¿sabes qué? Estará dedicado a ti —le decía—. Mi libro estará dedicado a la flor más bella que siempre he poseído».

Encontró a su padre en un costado del camino, agachado justo entre la maleza que bordeaba una fuente de piedra desde la que brotaba agua fresca y cristalina. Aquel camino llevaba hasta el Anfiteatro y los laterales se poblaban de flores, arbustos y un sin fin de molestos insectos intentando recolectar el preciado néctar.

—¡Pater! —gritó Flavia mientras se abalanzaba sobre su padre que a punto estuvo de tirar al suelo.

El chapoteo del agua era lo único que rompía el silencio y la tranquilidad del sonido de las hojas balanceándose por el viento y el cantar repetitivo de las cigarras.

—¡Flavia! —se sorprendió Tiberio— ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ocurre?

—Te he estado buscando por toda la ciudad —dijo la niña mientras lo abrazaba y terminaba por recuperar el resuello—. Eumelia, la ama de Livia vino temprano esta mañana con malas noticias. Livia está muy enferma, según su ama lleva semanas así y teme lo peor. Tienes que ayudarla.

Tiberio recogió rápidamente todos sus utensilios sin hacer una última pregunta siquiera. Reorganizó su bolsa con las nuevas materias primas que había adquirido, se la alzó al hombro derecho pasando la cabeza por el interior, tomó a su hija Flavia por los hombros y encaminó sus pasos con presteza hacia el interior de la ciudad.

Tiberio sabía de lo complicado que sería complacer a su hija. Mientras ambos encaminaron sus pasos hacia la zona de la ciudad donde vivía Livia, su cabeza no paraba de cuestionar cómo haría para convencer al padre de ésta a que le dejara aplicar su conocimiento en la curación de su hija. Y Tiberio sabía que había un problema en aquella premisa: él era pagano a ojos del edil cristiano Publio Livio Mesala. No dejaría que un romano pagano practicante de la medicina pusiera sus manos sobre su hija Livia, pensó Tiberio mientras acompañaba a Flavia con paso ligero por las calles de Corduba en la *hora tertia*.

Al llegar a la casa del edil, fue la propia Eumelia quien abrió la puerta, invitándolos a pasar al tiempo que alzaba una plegaria con la mirada hacia el cielo. «¡Gracias a Dios —dijo la esclava griega—, gracias a todos los

santos!». Flavia tomó a su padre de la mano y tiró de él, notando la reticencia que el hombre había adquirido en última instancia. En su fuero interno se debatía con una lucha interna de sentimientos encontrados. Por un lado quería agradar a su hija y ayudar a aquella niña que durante unos años había sido tan importante en la vida de Flavia. Livia había llenado el hueco que él como padre había tenido que ceder debido a su profesión y por ello estimaba a aquella niña tanto, por encima de prejuicios debido a la fe que profesase, y ansiaba curarla y ver felices a ambas. Pero de igual modo, sabía que el muro infranqueable que utilizaría su padre para evitarlo era algo a lo que quizá no estuviese preparado para enfrentarse. No quería entrar en disputa con alguien tan importante como el edil Publio Livio Mesala, pues se las arreglaría para conspirar contra él, llevando la ruina a su casa, y entonces, ¿qué sería de Flavia? Debía manejar la situación con el suficiente tacto como para satisfacer ambas partes.

Al enfilarse el pórtico de entrada, pudo atisbar la figura del hombre en el centro del atrio. Como si de una sesión de *salutatio* se tratase, Publio se encontraba en el centro de la amplia estancia, junto al *lararium* anexo al *compluvium*, convertido en un pequeño altar cristiano. Parecía empapado en sudor y su túnica denotaba que no había sido cambiada y lavada desde hacía algunos días. Se apoyaba sobre un bastón y su mirada se extraviaba con facilidad.

Los síntomas de debilidad eran evidentes.

En un principio, Tiberio pensó que acaso fuera debido al estado anímico en el que podía encontrarse. Se veía a él mismo semanas junto al jergón de su hija Flavia, enferma, sin comer, beber ni dormir. Podía comprender perfectamente el estado en el que se encontraba aquel hombre.

—¿Qué hace este hombre en mi casa? —musitó Publio haciendo un gran esfuerzo para parecer coherente.

—Deje que ayude a la niña —intercedió Eumelia—. Deje que la ayude, mi señor.

—No voy a permitir que este pagano ponga sus manos encima de mi hija con su magia oscura.

—Por lo que sé no creo que tengamos mucho tiempo de sanar a la niña —replicó Tiberio.

—Hazlo, mi señor —volvió a suplicar la ama griega—, no dejes que el Señor nos la quite, no todavía.

—Solo Dios puede decidir quién sana y quién no lo hace —divagó mientras intentaba soportar todo su peso sobre el bastón— y no será Publio Livio Mesala quien contradiga tal cosa.

—Vuestro Señor Jesucristo, hecho hombre también sanó, según vuestras escrituras.

—Por obra de Dios —respondió Publio, cada vez más débil. Su rostro estaba perlado en sudor y su voz sonaba entrecortada, aún así se recompuso para formular una pregunta con la que atacar al médico pagano—: ¿Acaso crees que la palabra de Dios está en ti? ¿Puedes compararte con Jesús de Nazaret?

Un ademán de inestabilidad sacudió las piernas de Publio que a punto estuvo de caer. Con todo, dio un par de pasos hacia donde se encontraban Tiberio, Flavia y la esclava griega y concluyó:

—Nunca —escúchame maldito pagano blasfemo—, nunca jamás pondrás las manos sobre mi hija.

Luego Publio se desplomó sobre el suelo, empapando de sudor las telas del suelo.

—Lo llevaremos al dormitorio, con la niña —dijo Tiberio.

—Eso será imposible —gimió Eumelia negando con la cabeza—. El dormitorio de la chiquilla está arriba y dudo que pueda cargar con el señor hasta allí.

—Está bien —convino Tiberio—, podemos recostarlo en los jergones del dormitorio de abajo, luego estudiaré el mal que padece. Ahora hay que ir a ver a la niña, el tiempo apremia.

Livia estaba tumbada sobre su pequeño jergón, tan quieta e inmóvil que a Flavia se le encogió el corazón al verla así de indefensa. Mientras desviaba su mirada por las cosas que su amiga tenía en la estancia, recabó que no era muy diferente a la suya. Una mesa pequeña con algunos botes de aceite para el pelo y un cepillo para desenredar. Lo único que era diferente era el pequeño larario convertido en un altar donde una vela titilaba proyectando una luz ocre sobrecogedora.

—Retíradle la sábana —dijo su padre una vez le hubo tomado la temperatura poniendo su mano sobre la frente de Livia como tantas veces había hecho con su propia hija. Luego añadió—: Tiene fiebre muy alta y lo

que menos necesita es abrigo.

Flavia se acercó junto a Eumelia, temerosa de encontrar a su buena amiga en aquel lamentable estado. Su rostro mostraba la palidez que otras veces había visto en los ritos funerarios, como si una máscara mortuoria cubriera su rostro. Apenas si podía atisbar si Livia todavía respiraba.

—¿Está...? —balbuceó Flavia sin atreverse a formular la pregunta por completo.

—Está muy débil —contestó Tiberio—, no sé si tenemos tiempo.

Eumelia y Flavia comenzaron a retirar la sábana de lino de color tierra que fue dejando al descubierto el cuerpo, tumbado hacia arriba, de la pequeña Livia. Su delicada túnica blanca había cambiado a un tono grisáceo y podía verse claramente cómo el sudor la había empapado por completo. Pese a que le habían retirado la tela que la cubría, Livia permaneció quieta, sin inmutarse ni percatarse de cambio alguno. Cuando la sábana quedó por completo retirada y Flavia y Eumelia se apartaron para depositarla en un rincón de la estancia, Tiberio articuló un sonido de pánico.

—Oh, no —dijo escuetamente mientras Flavia y Eumelia lo miraban de soslayo desde el otro extremo de la estancia. Acto seguido, ambas miraban como el padre de Flavia estudiaba el cuerpo de la niña de forma concienzuda.

Mientras Flavia se acercó temerosa de nuevo junto al jergón, escuchó a su padre formular otra pregunta dirigida a Eumelia:

—¿Cuáles han sido los síntomas que ha padecido Livia en estas semanas?

—La chiquilla comenzó teniendo unas horribles diarreas y vómitos hace un par de semanas o tres —comenzó a explicar la ama griega—. Pero remitieron hace días. Luego sintió carraspera y apenas si podía articular palabra, solía expresar que le dolía muchísimo la garganta y comenzó a utilizar las tablillas de cera para poder comunicarse —dijo mientras señalaba sobre una mesa de madera arrinconada junto a la ventana donde reposaba una tablilla de cera y un estilo.

—¿Ha tenido fiebre desde el principio? —inquirió Tiberio.

—Sí.

—¿No ha remitido en este tiempo?

—Tan solo mediante baños de agua fría.

El médico negaba con la cabeza mientras escudriñaba algo en el cuerpo de la niña. Flavia sintió la reconocible punzada en el pecho de que algo no iba bien. Cuando llegó junto a la cama de su amiga junto a Eumelia, creyó

conocer la razón.

—La putrefacción y gangrena ya han llegado a sus pies y manos —dijo Tiberio con un tono desolador.

—¡Oh, Dios mio! —sollozó Eumelia al ver los pies y las manos de la niña completamente negros.

Una costra de color violáceo oscuro recorría sus manos y sus pies y una sustancia amarillenta emanaba y cubría aquellas partes más cercanas a las zonas no afectadas: como una terrible maldición que seguiría devorando el cuerpo de la pequeña. Los ojos de Flavia se arrasaron en lágrimas al ver que aquella maldita enfermedad se estaba comiendo a su mejor amiga. No pudo aguantar la sensación de querer gritar contra el mundo y maldecir a todos los dioses, cristianos y paganos. ¿Por qué lo hacían? ¿Por qué su Dios la había castigado de aquella manera hasta convertirla en un monstruo? ¿Por qué los dioses romanos no escuchaban sus súplicas y curaban a su buena amiga? ¿Acaso los estaban castigando por algo? ¿O simplemente no existían todos aquellos malditos dioses?

No era justo y Flavia no pudo controlar el acto reflejo por el que se abrazó a la vieja ama griega, que tomándola entre sus manos la acompañó en un mar de lágrimas. Ambas se profesaron consuelo mutuo mientras Tiberio continuaba con su trabajo.

—Debía haberse tratado con aceite, ajeno y canela —dijo—, vendar las partes afectadas y haberle dado alguna infusión para el dolor, quizá vino con miel y mandrágora.

—Podemos hacerlo, *pater* —dijo Flavia entre gimoteos—. Seguro que tienes de todo eso en tu bolsa de hierbas. Eumelia y yo podemos preparar lo que nos pidas.

—Es demasiado tarde, hija. ¿Por qué no se ha tratado antes?

—El *pater familias* nunca ha querido que ningún médico se interponga en los designios de Dios —dijo Eumelia.

Flavia volvió a caer en la desesperación. Había atisbado una posibilidad si su padre accedía a su petición aduciendo que todavía era posible, que todavía quedaba esperanza para su amiga.

—Levantadle la túnica, por favor.

Ambas accedieron sin prejuicio alguno. En otro momento, Eumelia se hubiera negado, como era de esperar, pero lo que más preocupaba a todos en aquel momento era la curación de la niña. Flavia temió por si en cualquier

momento, el padre de Livia subía hasta allí y los descubriría tratando a la niña. Entraría en cólera y quizá terminara matándolos a todos llevado por su locura.

Un grito ahogado recorrió la habitación. Livia tenía otras partes de su torso afectadas por la misma afección. Era imposible hacer nada.

De pronto, la rigidez se apoderó del cuerpo de Livia, con una torsión del arco de la espalda, levantó el mentón, abrió la boca y los ojos y el cuerpo cayó de nuevo sobre el jergón desplomado por su propio peso en cuestión de segundos. La cabeza de Livia cayó inerte con los ojos abiertos hacia Flavia que la observaba con total incredulidad. Mientras miraba a los ojos de su amiga, con su graciosa boca entreabierta, sintió que la mirada helada solo podía significar una cosa.

—Lo siento —dijo Tiberio—. La niña ha muerto.

Flavia salió de la habitación, el sonido de los pasos acelerados al bajar la escalera hasta el atrio y recorrer el pasillo de entrada hasta la puerta para, finalmente, desde la calle, propinar el grito de pena más ahogado que jamás había oprimido tanto su pecho.

—¡No! ¡Livia!

Cuando despertó, Publio Livio Mesala estaba tan débil que apenas si pudo abrir los ojos y descubrir que ante él estaban Tiberio y Eumelia. El rostro de ambos era serio y demudado hasta quedar visible la pena y el dolor.

—La niña —bisbiseó Eumelia—, la niña ha muerto *dominus*.

—Podría haber sido por ergotismo —dijo Tiberio—. Se produce por haber ingerido pan de centeno contaminado por un hongo.

—Imposible señor —replicó la griega—. En casa solo se consume pan producido con harina de trigo. El centeno es demasiado caro y además el *dominus* se cuida de que el pan no engorde demasiado.

Publio estaba tan abrumado que no albergaba ganas algunas de replicar acerca de por qué habían desoído sus órdenes y su ama había consentido que un médico pagano tratara a la pequeña. Simplemente dejó caer su cabeza sobre el jergón con los ojos abiertos intentando asimilar que su pequeña Livia se había ido. Ahora Dios se había llevado a su seno al pequeño ser que tanto había cuidado. Quizá debía haber pasado mayor tiempo con ella, pero ya era demasiado tarde.

Tiberio se mostró preocupado.

—Entonces puede que sea la peste de Cipriano —dijo—. ¡Por Júpiter! Pero la última vez fue hace treinta y cinco años.

—¡Dios mio —exclamó Eumelia—, la peste de Cipriano!

Aquella era una enfermedad que casaba perfectamente con los síntomas que la ama griega había descrito en Livia, Se propagaba con facilidad pero nadie sabía por qué ni cómo. Algunos aducían que tan solo con estar cerca o hablar con algún apestado podía contraerse la enfermedad. Si era aquello, la ciudad entera podría caer. Todos estarían en peligro.

—Y creo que tú, Publio Livio Mesala, la has contraído —dijo Tiberio.

Mayo de 285

CORDUBA

Hacía un mes que Livia había muerto y una semana después lo había hecho su padre, el prestigioso edil de Corduba, Publio Mesala. Para Flavia era incomprensible cómo un hombre que había perdido a su hija por enrocarse en unas ideologías que poco parecían ayudar a la sanación, habían continuado empeñados en apoyar tales dogmas siendo él mismo el que portaba la enfermedad mortal.

No lograba comprenderlo.

Flavia se encontraba aquel día sentada en una pequeña *sella* en el dormitorio de su padre, en la parte alta de la *domus*. Era un día soleado y apacible y la temperatura del quinto mes comenzaba a ser algo sofocante allá por el medio día, cuando el dios Sol se encontraba en su cénit. Todavía recordaba la pérdida de su buena amiga con pesar. En aquellos días cuando el sol comenzaba a calentar y podían jugar hasta bien entrada la sexta hora, recordaba el rostro de Livia siempre sonriente, preocupada por las traviesas ideas que a ella se le ocurrían, como cuando se colaron por el agujero del muro que daba al interior del huerto de Myriam y el viejo Cosme. Por entonces, Livia se había mostrado muy preocupada por aquella acción y cada vez que Flavia proponía un divertimento aquella se lo pensaba dos veces. A Flavia no le importaba, lo primordial era que su amiga se sintiese bien consigo misma y con ella; por nada del mundo quería enfadarse con Livia por no querer hacer algo que a ella le había parecido interesante en un principio. Cada vez que un recuerdo de aquel tipo venía a su mente, sentía una puñalada helada en el centro del pecho y un nudo en el estómago que le impedía comer. Era aquello y que ahora tenía que ser ella misma, Flavia Severa, hija del médico Tiberio Severo, la que debía cuidar de su padre.

Tiberio había contraído la misma enfermedad que Livia y Publio hacía

semanas y hasta aquel día era Flavia la que se había encargado de preparar todo lo necesario para fabricar los ungüentos, elaborar las infusiones y aplicar aquellos preceptos que su padre le iba comunicando cuando había detectado la enfermedad en el interior de su cuerpo. «Tengo la maldición de tu amiga —le había dicho su padre—, quiero que seas fuerte y que hagas todo cuanto te diga mientras los humores internos me permitan respirar hasta mi último aliento». A aquello, la pequeña Flavia, que ya había cumplido los once años, siempre contestaba con su mejor y tierna sonrisa: «No te vas a morir, *pater*. Yo haré lo que me digas y te curarás», aunque en su fuero interno estuviera tan asustada como el primer día que escuchó hablar de la maldita enfermedad.

Livia y su padre habían muerto por la obcecación de éste de no permitir que la medicina formase parte de la curación; por creer que su Dios terminaría haciendo lo más justo, tomando la decisión de permitir quién moría y vivía por aquello que habían hecho en vida. Que muriera su querida amiga Livia no era justo, pensó Flavia; ni para ese ni para ningún otro dios. Y ella no iba a caer en la misma trampa: haría todo lo que su padre dispusiese para curarlo y Tiberio había llevado una vida de investigación médica, y ahora Flavia albergaba una buena esperanza; aquello le sería de una inestimable ayuda.

No se habían conocido más casos de la enfermedad en la ciudad, por lo que su padre, cuando reconoció los mismo síntomas azotando su cuerpo —fiebre alta que era incapaz de controlar, diarreas y vómitos—, había desestimado casi por completo que fuera la epidemia de la peste de Cipriano. Al menos, él era la tercera víctima que la sufría en el plazo de un mes; no, aquello no podía ser. Debía ser otra cosa y Tiberio, los primeros días que contrajo la enfermedad, se afanó por hacer una buena lista de remedios y curativos que Flavia debía preparar, anticipándose a los siguientes síntomas, que según el médico serían debilidad, ulceración de la garganta y los humores malignos corriendo por sus venas hasta comenzar a devorar parte de los pies y las manos.

Durante días, la pequeña Flavia mezclaba aceites con miel y extractos de hierbas; calentaba agua donde sumergía las plantas que su padre había escrito para ella en una tablilla de cera; secaba raíces y las molía hasta obtener el fino polvo que luego se esmeraba en introducir en pequeños potes que luego tapaba con un trozo de paño y una pequeña guita a los que ponía nombre e

identificaba por el color; enrollaba grandes trozos de lino que servirían de vendas; machacaba con el mortero trozos de pequeños minerales que luego mezclaba con leche e infusiones. Lo único que no había tocado con sus delicadas manos de la tienda taller de su padre, eran las preciadas herramientas quirúrgicas con las que Tiberio practicaba toda clase de cortes, amputaciones, cesáreas o suturas. No estaba preparada para ello y así se lo hizo saber su propio padre. Quizá algún día lo estuviera, se dijo Flavia, pero en aquel momento lo que deseaba era no tener que utilizarlas y evitar así el tener que cargar con la culpa de no saber cómo se manejaban.

Aquel día, Flavia se dejó caer en la *sella*, con los brazos pesados a ambos lados. La sensación de que por fin todo había acabado le invadió por completo. Tantas horas de sueño perdidas y tanto sufrimiento que había acabado. Se sintió algo culpable por reconocer cierta felicidad ante la resolución de aquel trauma. Habían sido semanas de soportar los gritos de dolor de su padre y los delirios que el hombre sufría debido a la fiebre. Habían sido semanas de un calvario que ella había ido absorbiendo y que le dolía tanto como si fuera ella la propia enferma. Sentada sobre el pequeño taburete, mirando hacia el jergón de su padre, se dijo que por fin todo había terminado. Se sentía feliz mirando a su padre, aunque luego tuviese que rendir cuentas de culpabilidad por aquel sentimiento, pero no podía negar que era todo un alivio.

—No he podido hacer nada más por él —se dijo a sí misma silabeando.

Tiberio Severo había muerto y su hija Flavia había hecho todo lo indecible por salvar su vida. La gangrena había llegado a consumirle hasta algo más arriba de las corvas, y la putrefacción de las manos había ascendido hasta los codos. Su padre había luchado contra la enfermedad como un auténtico héroe, pero ni pócimas, ungüentos y demás potingues habían podido hacer nada para salvarlo.

Miró a su padre tumbado sobre la cama, sin vida. Pensó que ojalá hubiera podido saber más de medicina y no de simples curaciones a base de mezclas de plantas y minerales. Debía haberse podido hacer algo desde dentro; desde el interior del propio cuerpo, que era desde donde la enfermedad se estaba comiendo a su padre exactamente. Atisbó el petate de herramientas quirúrgicas de su padre envueltas en un trozo de lino y de pronto, sintió unas inmensas ganas de llorar. Apoyó sus codos sobre las rodillas, puso sus manos sobre el rostro y lo hundió hasta su pecho llorando desconsoladamente.

VIMINACIUM

Desde la llegada de Carino a la ciudad, el ambiente rezumaba un olor a guerra que se había ido acrecentando con el paso de los días. La primera medida que hubo tomado fue la de intentar abastecer al ejército de cuantos víveres fueran necesarios en previsión de una larga contienda. El emperador Carino había creído oportuno ocupar la ciudad de Viminacium y utilizar sus fortificaciones como arma defensiva. Aquello sería mucho más efectivo que establecer un castro en medio de la nada. Las murallas de piedra con sus torres defensivas coronadas de almenas sería mucho más difícil de conquistar para Diocleciano. Claro estaba que ya había pensado en un largo asedio a la ciudad pero aquello no le importaba a Carino siempre que pudiera obtener el suficiente abastecimiento antes de que las tropas de Diocleciano comenzaran a asediar la ciudad. Y además, tenía otro plan.

En los días que Carino llevaba en la ciudad, había aplicado un gravamen sobre algunos productos, en especial en el trigo y la carne que eran alimentos básicos fundamentales para sus tropas, por lo que por cada cinco libras de trigo que se recolectaban, tres debían ser entregadas al *signifer*, que custodiaba de forma férrea el tesoro de las legiones. Así mismo, se entregaban al ejército tanto piezas de carne al peso como reses vivas, por lo que de cada dos terneros nacidos, uno pasaba a formar parte de las posesiones del ejército. Con ello, Carino incrementaba los recursos y víveres para mantener a su ejército en el período de asedio. Había previsto que la contienda iba a ser larga y que Diocleciano planificaría una *longinqua oppugnatio*, un tipo de asedio en el que se mezclaban varias tácticas. Por un lado se esperaba que la ciudad sitiada quedara sin abastecimiento y por otro se potenciaban pequeños ataques con los que someter a la ciudad. La combinación de ambas requería temple y un buen conocimiento de táctica militar puesto que la guerra podría durar meses a base de escaramuzas y pequeños ataques concentrados en diferentes puntos estratégicos.

Carino contaba ahora con el apoyo de la Legio VII Claudia, que había mostrado lealtad al emperador recién llegado junto a las numerosas huestes que lo acompañaban. Por otra parte, aquella decisión era lógica, pues la VII Claudia apenas si podría haber sometido a la caravana de legiones y

máquinas de guerra que Carino había ido sumando a sus filas desde que hubiera salido de Roma, hacía meses, para acabar con el usurpador al trono Sabino Juliano.

La ciudad de Viminacium se encontraba en aquel momento atestada de gente, entre ciudadanos y soldados. Cada rincón parecía no ser suficiente para el número de individuos que debía albergar y aquello comenzó a producir los primeros problemas casi de inmediato. No eran pocos los soldados que peleaban entre ellos por una de las mesas de alguna taberna, aduciendo que habían llegado antes, terminando con una buena bronca y una pelea en la que magulladuras y alguna herida de puñal eran habituales. Era curioso como aquellos hombres pertenecientes a diferentes legiones que supuestamente iban a defender la misma causa, eran motivo de quebraderos de cabeza para Carino. Cuando solían entrar en combate contra un enemigo real como tribus y pueblos bárbaros, la cosa era bien diferente. Unos cuidaban de otros hasta dar la propia vida por un compañero legionario, por un servidor a Roma. Pero a falta de un enemigo real, aquellos hombres necesitaban de poco para proveerse de las suficientes razones como para buscar problemas.

—Déjalos Mario —dijo un centurión de una de las legiones a las que pertenecía uno de los que peleaban a otro que hizo ademán de detenerlos—. Así al menos se mantienen entrenados.

Tan solo unas semanas bastaron para que las provisiones comenzaran a escasear. El apetito voraz de los legionarios hizo a Carino tener que aumentar el impuesto que había ideado desde su llegada a Viminacium y aquello había supuesto tener que quitar el alimento de la boca de los ciudadanos de a pie. Muchos comenzaron a alzar la voz de forma comedida en protesta pues no estaban dispuestos a dejar de alimentar a sus hijos a costa de una guerra que a pocos importaba.

Ese mismo día, cuando Carino llevaba apenas dos semanas en la ciudad, ocurrió la primera revuelta.

CORDUBA

Unos pequeños nudillos sonaron en la puerta de madera. Estaba entreabierta y desde la muerte de Livia y Publio apenas si se cerraba. La pequeña Livia se precipitó al interior de la casa y pudo ver a la ama griega

Eumelia en el atrio, ante ella.

Se dio cuenta de que la griega portaba un pequeño ato con las pocas pertenencias que le quedaban en aquella casa y que su mirada denotaba la apatía de quien lo ha perdido todo y ahora no le quedaba nada que la aferrase a aquel lugar.

—Mi padre también ha muerto —dijo Flavia.

La ama griega tendió sus dos rollizos brazos hacia ella invitándola a correr a su seno. Flavia lo tomó al pie de la letra y se abalanzó sobre su regazo.

Las últimas lágrimas arrasaron los ojos de Flavia que sentía cómo su corazón decía que aquellas serían las últimas que derramaría por su padre. Lo quería más que a nada en este mundo pero había tomado una determinación. Había visto cómo durante meses, quizá años, habían reñido los hombres por ideologías religiosas creyendo unos que tenían la supremacía de la razón sobre los otros. Ninguno se había parado a pensar que quizá ambos estuvieran equivocados. Las personas que más quería en el mundo habían muerto y unos lo habían hecho rezando al único Dios cristiano que creían verdadero, mientras que los otros lo habían hecho a sus dioses romanos. Flavia tomó la determinación de que rezar no servía absolutamente para nada. Lo único que servía ante la muerte era el conocimiento. El saber actuar a tiempo ante determinados estados del cuerpo, síntomas, como decía su buen padre.

—¿Eso es todo cuanto tienes? —preguntó Eumelia señalando el paquete envuelto en tela que la niña había llevado consigo.

Flavia lo observó detenidamente. Necesitó unos segundos para reunir la determinación y concluir:

—Sí. Es lo único que necesito. Voy a ser médico.

Lo único que llevaba consigo eran los utensilios quirúrgicos de Tiberio.

—Conocí hace mucho tiempo a alguien que podría ayudarte en Grecia —dijo—. Me voy, quizá allí encuentre a mi verdadera hija y tú, si lo deseas, puedes ser su hermana menor. Nada nos retiene ya en Corduba.

Flavia la abrazó mostrando así su decisión. Iría con Eumelia a Grecia, tendría una nueva familia que la querría y sobre todo, lo más excitante en lo que podía pensar en ese momento era que aprendería medicina. Jamás moriría nadie más entre sus manos, se prometió a sí misma.

CERCA DEL RÍO MARGUS

Las máquinas de asedio de Diocleciano habían comenzado a avanzar hacia las murallas de la ciudad. Hacía días que había enviado a su *speculator*, el espía Tarquitius, a introducirse intramuros y tomar nota de cuanto acaecía en el interior en relación a posiciones militares y estado de ánimo de la ciudad. Diocleciano sabía que con las primeras revueltas tendría una oportunidad de comenzar su ataque. Aquello era prácticamente lo que había ideado el joven Constantino: utilizar a la propia plebe contra los intereses de su enemigo Carino. En aquel momento esperaba, desde el castro ubicado a una buena distancia de la ciudad, el regreso de Tarquitius con la información.

Con todo, había ordenado que las máquinas de asedio comenzaran a avanzar justo después de haber terminado la gran empalizada de madera con torres dispersas cada pocos pasos, que rodeaba la ciudad, haciendo ilusoria cualquier tipo de llegada de suministros. Debía ser cuestión de tiempo, como había dicho Constantino, pensó Diocleciano.

Los grupos del viejo Poro y su hijo Valerio fueron los primeros en adelantarse con las pesadas máquinas. El tribuno Valerio había ordenado que comenzase la construcción de una rampa en la parte este de la muralla, a un lateral de la puerta principal desde donde partía el cardo y en el centro de la misma, así la distancia entre las dos torres que quedaban en los flancos sería la misma y su defensa mucho más complicada.

Un grupo de hombres se adelantó dentro del *musculus*.

El carro de madera maciza estaba fuertemente preparado para aguantar los envites de las piedras que los asediados tiraban desde lo alto de la muralla. Su forma, con una techumbre a dos aguas, cubierta de piel humedecida impedía que éste fuera atacado y terminara envuelto en llamas. La estructura de vigas de madera interna permitía a los hombres trabajar en su interior, cerca de los muros de la ciudad asediada sin correr apenas peligro. Se movía despacio por medio de seis ruedas y cada poco volvía a pararse mientras se evacuaba y amontonaba la tierra que serviría de rampa para las demás máquinas de guerra, en especial para las grandes torres de asedio. Atrás, en retaguardia las ballestas de torsión vomitaban jabalinas sin parar hacia las almenas, haciendo la labor de los arqueros de Carino y los que intentaban lanzar pesadas piedras sobre el *musculus*, todavía más compleja.

Olía a humo, fuego y ceniza y el sonido de los hombres haciendo el esfuerzo para empujar las pesadas máquinas de madera, cargar con los proyectiles y gritar a voz en cuello órdenes militares era algo que Diocleciano había conocido desde toda la vida. Podía cerrar los ojos y describir cada batalla en la que había tomado parte. Incluso podía recordar, aunque intentaba evitarlo, aquella cruenta contienda que había vivido hacía no mucho tiempo bajo las órdenes de Caro en Persia, cuando la oscuridad del cielo lo había envuelto todo y apenas si podía distinguirse a un paso de distancia un aliado o un enemigo. Y recordó el crujir de los huesos y los gritos ahogados de desesperación de quienes habían caído bajo las pesadas ruedas de las torres de asedio en medio de la negrura que los dioses habían enviado a tierra persa.

—¡*Stimuli!* —gritó uno de los hombres seguido de un quejido de dolor.

—Con cuidado dentro —avisó otro a los que se encontraban trabajando dentro del armazón de madera—, esos cabrones han plagado esta parte de agujijones.

Carino se había ocupado, antes de la llegada de Diocleciano, de establecer un buen programa de trampas en las inmediaciones de la muralla de la ciudad. Era una práctica habitual y el César de Roma había acudido a ella en previsión del asedio al que iba a ser sometido. Ordenó utilizar unas pequeñas estacas de madera que se enterraban por completo de forma oblicua y que se remataban en una punta con un pequeño anzuelo de hierro que quedaba oculto por el forraje y la hierba. Cuando alguien pisaba sobre el anzuelo, éste se clavaba en la carne atravesando músculos y huesos y, como una flecha, debido a su forma en zigzag, hacía imposible su extracción. Más que un artefacto para derrotar al enemigo, se utilizaba para minar su valentía, lesionando a buena parte del ejército, produciendo una cojera irreparable en una batalla militar. Era una advertencia para que aquel que se encontraba asediando la ciudad, anduviese con ojo. Y así lo hicieron los hombres de Diocleciano.

—¡Atentos a los *lilia* y los *cippi!* —profanó otro hombre.

Huecos socavados en la tierra y camuflados donde los hombres caían sobre una estaca de madera cuya punta había sido afilada y pasada a fuego, era otra de las muchas trampas que sembraban el campo de batalla en las inmediaciones de la ciudad. Aquello y los grandes fosos con los que intentaban evitar el acercamiento de la maquinaria pesada, como las torres de

asedio, a las inmediaciones de los muros.

—¡Foso! —gritó otro a voz en cuello.

—Llamad al *optio fabricae* —recompuso otro desde debajo del *musculus*—. Necesitamos una rampa de madera, de al menos cinco pies. ¡Corre!

Las piedras continuaban cayendo y las flechas se clavaban en la tierra en las inmediaciones de los soldados. El joven que salió como alma que llevaba el diablo se cubrió la cabeza con su escudo. Era demasiado joven para estar allí, posiblemente reclutado a la fuerza, pero aún así, corrió hacia el campamento donde Diocleciano, aquel por el que estaba envuelto en medio de piedras y flechas, debía controlar la contienda y donde seguro encontraría al encargado de las reparaciones y fabricación del armamento.

—*Optio fabricae* —dijo apenas sin resuello después de la carrera cuando hubo llegado—, hemos topado con el primer foso —volvió a tomar aire—. Necesitamos una plataforma de al menos cinco pies.

Acto seguido cayó sobre el regazo del encargado del armamento con una flecha clavada en la espalda. No había atravesado el pecho pero sí la coraza por la parte de atrás y había depositado su punta de hierro en el interior de uno de sus pulmones, que rápidamente debido al esfuerzo de la carrera, encharcó todo su cuerpo de sangre.

—Ya habéis oído —dijo el *optio fabricae* a sus trabajadores— ¡Manos a la obra!

Poro encontró a su hijo Valerio no muy lejos.

—Valerio, tenemos que volver —dijo el hombre desde el interior del *musculus*.

—No —sentenció Valerio con el escudo alzado sobre su cabeza en la compuerta trasera del aparato—. Esperaremos la plataforma y continuaremos con el trabajo en la otra parte del foso.

Otros carros como aquel se habían dispuesto en paralelo cada ciertos pasos y se afanaban en la misma labor. Parecía que Diocleciano había dispuesto la construcción de, al menos, otras dos rampas de asedio. Valerio tomó aquello como una ofensa en sus posibilidades, y se llenó de rabia mientras su pulso se aceleraba.

—¡No vamos a aguantar —espetó el veterano Poro desesperado—, volvamos cuando hayan colocado la plataforma!

Una enorme piedra cayó sobre el tejado a dos aguas del carro donde se resguardaban. Una flecha impregnada de aceite en llamas se clavó sobre la

compuerta de madera que Valerio sujetaba sobre su cabeza junto al *scutum*.

—No —dudó Valerio por un momento—, mantendremos la posición.

«Mi rampa será la primera en construirse», se dijo mientras observaba el avance de las otras dos que el César Diocleciano había ordenado construir.

La guerra había comenzado.

Maximiano no se hubiera perdido la fiesta por nada del mundo. Pese a las reticencias de Diocleciano, convenció a este para que lo dejara participar en el asedio en una de las torres. Y el César, al final accedió y permitió que su amigo se divirtiera. Era un hombre echo para la guerra y no para vivirla a distancia entre interminables momentos de espera, discutiendo de tácticas y estrategia junto a otros oficiales en sus confortables tiendas de campaña, de eso no le cabía duda a Diocleciano.

Cuando las rampas estuvieron listas y se hubieron sorteado los fosos por medio de rampas de madera, Diocleciano ordenó avanzar a las torres de asedio por ellas, aproximándose hasta los muros de la ciudad cargadas en su interior con máquinas de guerra más ligeras. Distribuidas en plataformas, el interior de una torre de asedio era un laberinto de escaleras y plantas donde los hombres se arracimaban dispuestos a salir en tropel una vez la rampa se hubiera deslizado sobre las almenas, sirviendo de plataforma de paso entre la torre y las murallas. Otros, detrás, darían buena cuenta de artillería por medio de ballestas y catapultas pequeñas. Cuando una torre de asedio se aproximaba tanto como para poder descargar su compuerta sobre las almenas de la ciudad, era prácticamente indestructible. Quizá por ello, Carino ordenó lanzar todo tipo de artefactos inflamables sobre las enormes moles de madera.

Diocleciano atisbó que al menos dos de sus cuatro torres de asedio estaban ardiendo por su base. No había demasiado tiempo para los hombres que en su interior se afanaban por alcanzar la muralla de la ciudad.

—¡Fuego! —gritó Marcio—, ¡la torre está ardiendo!

—¡Por Marte! Estamos a punto de alcanzar la muralla y deslizar la compuerta —dijo otro hombre.

—No hay tiempo —gritó con voz en cuello Marcio.

Se giró y miró de soslayo al hombre que se situaba justo unos pasos tras el, en la plataforma superior de la torre, donde la compuerta debía ser abierta. De llegar a los muros serían los primeros hombres en atacar cuerpo a cuerpo

a los soldados de Carino.

El hombre negó con la cabeza, tomó su *gladius* y señaló la portilla que debía deslizarse en cualquier momento. Tendió su brazo y Marcio aceptó la invitación asiéndole el antebrazo de forma cordial mientras asentía con su cabeza. Lucio el Mudo, aquel con el que había tenido una disputa en medio de la noche y que le había roto la nariz en algún lugar de sabían los dioses dónde, había mostrado valor y coraje al insinuarle que en lugar de abandonar la torre, la decisión acertada, la que mostraba mayor valor y honor, era la de esperar hasta que la torre tocase muro y luchar; luchar por Roma en nombre de Diocleciano. Los dos hombres olvidaron sus diferencias ante el enemigo común.

Con todo, el temor de que la torre podía caer en cualquier momento, pasto de las llamas que devoraban la parte baja y que ascendían rápidamente hasta la cúspide, acongojó el temeroso corazón de los soldados que se mostraban en posición de ataque, con la vista fija sobre la oscura compuerta, esperando el momento en el que se abriera y salieran al combate o a que la plataforma que quedaba bajo sus pies cediese pasto de las llamas y ellos se precipitaran desde la altura hasta un golpe mortal en la tierra.

—¡Muro! —escucharon al unísono mientras la compuerta dejó penetrar un resquicio de luz y se descolgaba sobre las almenas.

Corrieron blandiendo las espadas mientras se cubrían con los pequeños escudos y una lluvia de flechas los bañaba en ambos sentidos. Los hombres de Carino disparaban al interior de la torre, y los arqueros y manipuladores de las ballestas de retaguardia del interior de la torre de asedio lo hacían en dirección contraria. Cuando llegaron al muro, el choque de espadas resonó en el valle dando comienzo el baño de sangre.

Marcio se mostraba diestro en cortar gznates y propinar mandobles a diestro y siniestro; los arqueros de Carino poco podían hacer ya a aquella distancia ante alguien armado hasta los dientes y cubierto de placas de metal como una coraza. Lucio hacía lo propio y mientras propinaba cortes y hundía su espada en el cuerpo de sus enemigos, notaba la sangre caliente salpicar sobre su rostro. Sangre de romanos como ellos, se permitió pensar por unos segundos. Veía a Marcio doblegar a tantos enemigos que sintió un enorme respeto por él hasta que en un momento de distracción, aquel no cubrió su espalda. Intentó avisarlo pero tan solo un sonido gutural apenas perceptible salió de su garganta. «¡A tu espalda —le hubiera gustado decirle— Marcio!»

Pero sin lengua apenas podía ser entendido por nadie, y tan solo podía comunicarse por gestos.

Uno de los hombres de Carino insertó la jabalina por la parte de la espalda de Marcio y la punta de la lanza salió justo por la parte del centro del pecho rompiendo el esternón. Los ojos de Lucio envueltos en furia fueron lo último que pudo reconocer Marcio y antes de cerrarlos para siempre observó cómo aquel con el que había estado enemistado durante tanto tiempo lanzaba el *pugio* en su dirección. Este pasó rozando la cabeza de Marcio y se clavó en el cuello de su asesino, atravesando la tráquea. Luego los dos cayeron al exterior de las murallas desde las almenas al vacío, bajo la atenta mirada de Lucio.

Diocleciano observó cómo una de las torres finalmente cayó envuelta en llamas y se precipitaba sobre un buen grupo de hombres estallando en mil pedazos de madera ardiente y astillas carbonizadas. Atisbó hombres saltando desde las partes más elevadas y otros que se veían aplastados por los despojos y los enormes mecanismos de hierro. Con poco había perdido a un buen número de soldados en aquella torre, pero se tranquilizó al ver que las otras tres se habían aproximado a los muros lo suficiente como para haber desplegado sus rampas. Era incomprensible cómo aquella que todavía seguía ardiendo se mantenía en pie ya que algunas vigas comenzaban a verse negruzcas y carbonizadas. Aún así, la estructura permanecía en su sitio y no se había venido abajo, y buena parte del cargamento de hombres que portaba ya la habían abandonado y se encontraban enzarzados en una lucha intramuros.

Un inesperado ruido sorprendió a Diocleciano y su *consilium*. Aquello quedaba fuera de lugar y procedía desde su retaguardia. Allí no debía haber nadie y sin embargo un pesado y continuo ruido se hacía cada vez más audible. El aguzado oído de Constantino pareció intuir de lo que se trataba.

—¿Caballos? —dijo.

La figura de un hombre a caballo se recortó en el valle y Diocleciano pareció intuir que se trataba de Tarquitius. Posiblemente había salido huyendo de la ciudad una vez la batalla se había trasladado intramuros. Quizá tuviera buenas noticias acerca del mal estado de las tropas de Carino. Aquello sería de inmejorable ventaja para su propósito. A sus ojos creía que la batalla estaba siendo favorable y que con poco podía verse como único señor de Roma.

Luego, al focalizar mejor la imagen del jinete algo lo atribuló.

Se trataba de Tarquitiu, no tenía duda pero ¿por qué portaba aquella pose tan rígida y qué era lo que podía atisbar en su pecho?

Cuando lo tuvo lo suficientemente cerca, Diocleciano estalló en ira. Carino parecía haber extraído los ojos del *speculator* como advertencia de cuidarse de enviar más espías al interior de la ciudad, y ahora dos cuencas oscuras ocupaban buena parte de su rostro. Además, portaba una cartela colgada al cuello como los esclavos hacían, donde rezaba: *CARINUS IMPERATOR VICTORIA ET VIRTUS*. El sonido se hizo aún más audible cuando un numeroso grupo de caballería se abalanzaba sobre las huestes de Diocleciano en retaguardia.

¿Qué significaba aquello? Pensó Diocleciano. Había subestimado a Carino y éste cabalgaba al frente del numeroso grupo que se precipitaba sobre ellos, y tras ellos la inconfundible formación de miles de hombres con escudos que se dirigían hacia allí. Había quedado en medio del campo de batalla, envuelto por dos frentes. ¿Cómo había conseguido Carino salir de la ciudad si el asedio estaba siendo inexpugnable?

Fue al formular la pregunta cuando cayó en la cuenta. Carino había tenido todo el tiempo del mundo para abandonar la ciudad y concentrarse con sus tropas en otro lugar. No estaba allí en Viminacium sino que, posiblemente, había dispuesto todo para que así lo creyera Diocleciano. Seguramente se había resguardado en Singidunum y había aducido aquel ardid como una trampa mortal sobre la que Diocleciano y su ejército habían sucumbido como inexpertos. Nadie podía haberlos informado ya que Tarquitiu habría sido descubierto y apresado antes de poder contar la estratagema que Carino había ideado. Había sido una jugada maestra.

—¡Testudo! —gritó Diocleciano—. ¡Testudo en retaguardia!

—¡Preparad las lanzas! —gritó Constantino.

—Posición de defensa. Envolved al emperador Diocleciano —dijo otro.

Los hombres de Carino avanzaban con rapidez. Habían elegido a los *equites* como cabeza de ataque, precisamente para obtener ventaja del factor sorpresa. De aquel modo no darían tiempo a que las filas de Diocleciano se reorganizasen y podría aplastarlas con facilidad al paso de su caballería.

La embestida fue terrible. El choque de algunos caballos contra la formación de testudo hizo que se abrieran algunos huecos entre los hombres aplastados por el bosque de patas de caballos. Uno de los caballos del ejército

de Carino perdió la estabilidad antes de llegar y se precipitó hacia la formación de Diocleciano rodando, partiéndose las dos patas delanteras, viró de costado sobre la hierba del valle hasta que el golpe con los lanceros terminó por abrirle el estómago. Tres hombres de Diocleciano resultaron aplastados por el peso de aquel enorme corcel de guerra y su jinete había salido despedido hacía tiempo, quebrándose tantos huesos que murió en aquel preciso momento.

Una lluvia de flechas se precipitó desde el cielo. Diocleciano se cubrió con el escudo y vio cómo hacía lo propio el joven Constantino, que ya portaba su *gladius* en la mano. La lucha cuerpo a cuerpo no era algo que habían planeado en el *consilium* de Diocleciano pero no había marcha atrás. El ataque sorpresa por retaguardia de Carino había hecho que hubieran de cambiar de plan a marchas forzadas.

—¡*Scorpio!* ¡Ballestas! —ordenó Diocleciano.

De súbito, los enormes brazos de madera de catapultas comenzaron a disparar grandes y pesadas piedras impregnadas en aceite que habían prendido en llamas. El César Diocleciano había dado orden de comenzar el asedio con artillería, ya poco importaban los ciudadanos de Viminacium. Quizá ni siquiera los hubiera y Carino hubiera acabado ya con todos.

Tanto daba, ahora Carino tendría que soportar dos frentes, uno allí donde habían comenzado a atacar a sus tropas, en retaguardia, y el propio ataque a la ciudad.

Carino bajó de Mytrax y comenzó a asestar golpes de espada en derredor. La sangre brotaba de los cuerpos como propulsada por una fuerza imparable, como si estuviera contenida en el interior del cuerpo buscando la manera de precipitarse al exterior de forma explosiva. Los gritos de dolor de los hombres cuyas piernas y brazos habían sido amputadas se mezclaba con el relincho de los caballos, nerviosos y heridos. Patas fracturadas, heridas de jabalina en el pecho y el cuello eran habituales mientras los animales histéricos se veían envueltos en una jauría de gritos y sangre, por lo que piafaban a modo de defensa intentando arrollar a cualquiera que se interpusiese en su camino.

Diocleciano hizo grupo con Constantino y entre ambos dieron buena cuenta de algunos de los soldados de Carino. El joven se enfrentaba a su primera guerra y se le veía realmente diestro con la espada. Diocleciano atisbó, en el apacible rostro de Constantino, salpicado de sangre, cierto gozo

en el acto de masacrar a quienes se suponían enemigos.

Uno de los soldados de Carino aprovechó que Constantino se había entretenido por algún motivo en sacar su espada del pecho de un enemigo. El joven aplicaba fuerza con su pierna derecha sobre el bajo vientre y tiraba con fuerza pero la espada había quedado atascada. El soldado de Carino se abalanzó sobre Constantino levantando su espada con la intención de asestar un golpe mortal sobre la espalda del joven guerrero, pero Diocleciano corrió lo suficiente para asestar el mortal ataque en el costado de aquel servidor de Carino, abriendo una herida lateral por el que comenzaron a asomar algunas entrañas y vísceras. Constantino tiró con toda su fuerza hasta que su *gladius* quedó liberado del cuerpo inerte y terminó por asestar una tajada horizontal a la altura del cuello de aquel que mantenía sus manos sobre la herida intentando mantener las tripas en su interior. La cabeza había quedado cercenada y Constantino agradeció la ayuda con un gesto de asentimiento.

La refriega de la batalla hizo que algunos momentos después hubieran de separarse. Diocleciano ya no podía atisbar con sus ojos al joven Constantino debido al mar de muertos y escaramuzas que tenía alrededor.

—¡César! —acertó a escuchar entre los grupos de lucha.

Lo cierto era que no se podía saber si se referían a él o si lo hacían a Carino. Había albergado cierta estima por aquel joven Constantino y en ese momento pidió a los dioses por su vida. Si la victoria era suya, aquel joven sería de inestimable valor en su *consilium*, por más que Hieracles se empeñara en acusarlo de lo contrario.

Un golpe en la nuca terminó por derribar a Diocleciano. De pronto la oscuridad se hizo ante sus ojos al caer de bruces entre los muertos bañados en sangre. ¿Qué había sido aquello? Sintió un dolor tremendo que le recorría la cabeza desde atrás adelante y para poder abrir los ojos, todavía en el suelo, hubo de quitar con sus manos la viscosidad que cubría su rostro. Cuando pudo decodificar lo que sus ojos veían se observó las manos. El rojo escarlata las cubría y se escapaba entre sus dedos. Era sangre, y no sabía si era suya o de los que yacían en el suelo junto a él. Intentó recomponerse apoyando ambas manos en el empapado suelo cuando otro golpe, esta vez en la espalda, lo hizo caer de nuevo de bruces sobre el charco de sangre. Había sido aún más fuerte y Diocleciano pudo notar cómo un esputo de sangre le había subido a la garganta. Desde el suelo giró sobre si mismo temiendo lo peor. No sabía qué podía encontrarse y su situación era muy comprometida.

Lo que fuera que fuese lo que lo había golpeado lo había hecho con una fuerza sobrehumana. Atisbó a una enorme mole portando una jabalina. El objeto no era muy contundente pero la forma en la que la había utilizado aquella bestia unido a su descomunal fuerza sí que lo hacían un objeto mortal. El enorme soldado de Carino había utilizado la parte posterior de la lanza, roma y pulida, para asestar los dos golpes que a Diocleciano se le antojaron como si una de las catapultas hubiera lanzado las enormes piedras sobre él. Creyó reconocer la rotura de varios huesos de las costillas con el segundo golpe pues al respirar podía notar una punzada en los pulmones. solo esperaba que no se hubieran astillado y terminaran por clavarse en su interior, desangrándolo por dentro. Quizá ya lo hubieran hecho y todo era cuestión de tiempo, pensó atemorizado al ver la carriada sonrisa de la enorme mole.

El soldado giró magistralmente la lanza que ahora amenazaba con su afilada punta de hierro sobre el batido César. La tomó con las dos manos que levantó hacia el cielo. Tenía la intención de descargar ambas sobre el pecho de Diocleciano y su rostro mudó a una expresión de odio contenida mientras fruncía el ceño, arrugaba la nariz y desorbitaba sus ojos inyectados en sangre.

La punta de un *gladius* asomó por la parte delantera del cuello y sus manos asidas a la jabalina se precipitaron de pronto sobre el suelo. El hombre permanecía de pie con el mismo rostro enfurecido, una espada asomando por su cuello y los brazos, convertidos en dos muñones, salpicando sangre a borbollones. Cuando se desplomó inerte a los pies de Diocleciano, que todavía seguía tumbado boca arriba, la figura de Poro y Valerio se dibujó tras él. El viejo Poro le había atravesado el cuello desde la nuca hasta la tráquea y su hijo Valerio asestó el golpe que terminó por cercenar las manos de aquel hombre que parecía una montaña.

Ambos hombres se acercaron a Diocleciano esquivando el mar de piernas, brazos y cuerpos inertes en el suelo. Tendieron cada uno un brazo que el César Diocleciano tomó con gusto como ayuda para incorporarse.

De súbito, una lluvia de flechas invadió el cuerpo de los dos hombres. Cuello, brazos, pecho e incluso en la cabeza. Poro y Valeriano se desplomaron sobre el suelo.

Diocleciano, miró atrás todavía tumbado y descubrió a Aristobulo, el prefecto de pretorio a punto de darle caza. Se intentó recomponer rápidamente pero la parte posterior del pecho le dolía hasta impedir que pudiera moverse; le habían roto algunas costillas, ya no le cabía la menor

duda. El pie del pretorio de Carino se posó sobre su hombro izquierdo haciéndolo caer de nuevo al suelo. Diocleciano creyó que había llegado el final. ¿Dónde se había metido Constantino? Ahora se arrepentía de haber dejado marchar a Maximiano en una de las torres de asedio. Boca arriba, vio como Aristobulo se colocaba ante él.

Desde aquella perspectiva parecía incluso infundir un respeto que aquel hombre no se merecía. Hacía años que conocía a Aristobulo y sabía de los planes que un día había aducido para acabar con su propio César, Carino. Conocía que aquel hombre no tenía escrúpulos si su posición de poder se veía comprometida. Debía de haberse ganado bien los favores de Carino si todavía seguía a sus órdenes como prefecto de pretorio y había abandonado toda idea de conjurar contra su emperador. Desde aquella posición, su figura se recortaba sobre el cielo de Viminacium con la escena del asedio a la ciudad tras él, como un cuadro pintado por Apeles. Fuego, piedras, flechas y máquinas de guerra ante las murallas de la ciudad desde donde podían atisbarse columnas de fuego y humo. Había sido su última batalla, pensó Diocleciano. «Adiós a mi vellocino de oro», se dijo.

Carino apareció tras Aristobulo. Dibujaba una complaciente sonrisa al saberse vencedor de la batalla.

—Déjame a mí —ordenó el hijo de Caro.

Aristobulo se agachó y tomó a Diocleciano por el pecho con su mano izquierda, levantándolo del suelo unos palmos; en la derecha portaba una espada cubierta de regueros de sangre pero el metal todavía relucía en aquellas partes donde el líquido viscoso no la había impregnado. Acercó su rostro al de Diocleciano tan cerca que éste pudo sentir su aliento.

—O prefecto de pretorio, o nada —espetó Aristobulo.

Diocleciano viajó en su memoria hasta recordar que aquellas fueron precisamente las palabras que él le había dicho en una misiva cuando se hubo informado acerca de la conjura que Aristobulo tramaba contra Carino. En aquel mensaje le había persuadido para abandonar la idea de tal conjura puesto que él, Diocleciano, tenía otros planes. Allí le instó a conformarse como prefecto de pretorio, puesto que no podría aspirar a más en la vida, ya que de otra forma, sus aspiraciones entrarían en conflicto con las suyas propias.

Aristobulo soltó el cuerpo de Diocleciano que cayó desplomado, de forma inesperada giró sobre sí mismo blandiendo la espada y arremetió desde abajo

arriba contra Carino, introduciendo la espada en la ingle izquierda. Debió dar en la parte mortal que cualquier soldado sabía que existía en aquella zona puesto que la avalancha de sangre que brotó del cuerpo de Carino lo dejaba con pocas posibilidades de salir con vida. Era aquello y el último tajo que Aristobulo asestó al cuerpo yacente del hijo de Caro en el corazón.

Aristobulo parecía haber aceptado en aquel momento la condición que Diocleciano le había ofertado hacía años en una misiva donde lo alertaba de contener sus planes. Sería perfecto de pretorio, le había dicho en su carta, pero de un César muy distinto a Carino. No continuaría siendo prefecto de un emperador déspota y lascivo más ensimismado en sus propios beneficios y placeres que en los de cada ciudadano de Roma.

Diocleciano comprendió de inmediato la situación y rompió a llorar, boca arriba con las manos ensangrentadas tapando su rostro.

—*Imperator vincit!* —gritó Aristobulo.

Diocleciano lo había conseguido.

Era el único emperador.

El único César del Imperio romano.

Post scriptum

EPÍLOGO

Julio de 285

NICOMEDIA

Tras la victoria de Diocleciano hacía un par de meses, el Imperio se había visto envuelto en una sacudida de sentimientos que no pasaron inadvertidos para nadie. Fue Roma quien había acusado una mayor convulsión con la inesperada victoria del que fuera *equite* del ejército romano. Lo cierto era que muchos en la capital habían apostado por Carino, o al menos era lo que mostraban en público quizá por miedo a las represalias de un emperador que volvería a Roma a cobrarse las vidas de quienes hubieran conspirado contra él. El pueblo lo conocía y sabía que muchos habían sido perseguidos simplemente por haber mostrado claramente sus ideas opuestas.

Diocleciano fue recibido en Nicomedia entre vítores y grandes desfiles triunfales. El puerto, que permanecía impasible ante cualquier acontecimiento, continuaba lleno de vida y actividad mercantil, aunque bien era cierto que muchos paraban en sus faenas para congratularse de la victoria de su César mientras lo veían desfilar camino a su palacio, no muy lejos de allí. Habían estado bajo sus órdenes, sus edictos y sus nuevas leyes promulgadas desde que se había hecho con el trono tras la muerte de Numeriano; y habían prosperado.

En la balconada de la sala del *consilium*, Diocleciano miró arriba, hacia el cielo de Bitinia.

—Lo hemos conseguido —dijo como quien se quitaba un gran peso de

encima.

—Por fin —dijo Maximiano— tienes tu puto vellocino. ¿No es así?

Diocleciano sonrió a su corpulento amigo. Puso una mano sobre su hombro y le dirigió una de sus mejores sonrisas.

—Así es, querido amigo —convino—, así es. —Se adelantó renqueante, pues todavía podía notar el dolor de la batalla por todo su cuerpo, unos pasos hacia el interior donde la enorme maqueta del Imperio ocupaba la parte central de la estancia.

—¿Y ahora qué? —preguntó Maximiano mientras hundía la descuidada barba que cubría su papada entre los hombros.

El César, el único que ahora ostentaba ese cargo en todo el Imperio, posó su dedo índice sobre la maqueta de madera y lo deslizó por el borde mientras se mostraba pensativo.

—Ahora Maximiano —dijo el César—, es el momento de pagarte por tus servicios.

El hombre no sabía qué quería decir. De nuevo se encontraba pronunciando aquellas frases a medias, como tanto le gustaba, dejando a la gente en una especie de incertidumbre, dándole un tiempo prudencial para ver si era capaz de descubrir qué era lo que el César había planeado. Aquellos momentos amargaban sobremanera a Maximiano, que era hombre de pocas palabras, y en caso de tener que pronunciarlas, lo hacía de forma directa.

—Dime que tienes pensado, César —apremió Maximiano—, porque me tiemblan hasta los cojones.

Diocleciano rio a carcajadas mientras le hacía ademán para que adelantase sus pasos hasta la maqueta. Luego tomó dos figuras talladas en madera: un oso y un águila.

—El ave —dijo Diocleciano tomando la figurilla que representaba al águila—, se queda aquí. —Posó la pequeña talla de madera sobre la señal que marcaba a la ciudad de Nicomedia—. Y este grandullón se quedará aquí —dijo mientras posaba la figura del oso sobre otro punto del mapa.

—¿Qué quieres decir, Diocles?

—Te estimo por muy bruto que seas, amigo —dijo Diocleciano mostrando de nuevo sus perlados dientes—. Ese águila soy yo y estableceré mi centro de mando aquí, en Nicomedia, como hasta ahora. Y ese grandullón —dijo señalando la figura del oso—, eres tú y establecerás tu centro de mando en Mediolanum.

Los ojos de Maximiano se desorbitaron con la expresión de sorpresa que apenas pudo contener.

—¿Estás insinuando...?

—Nunca tuve intención de gobernar el Imperio yo solo —lo interceptó el César—. Dividiré el Imperio en dos mitades: una oriental donde gobernaré yo mismo con sede en Nicomedia y otra occidental donde gobernarás tú como coemperador, y establecerás la sede en Mediolanum.

Maximiano no salía de su asombro. ¡Coemperador! No cabía en sí de gozo. Luego cayó en la cuenta de una cuestión fundamental. Circundó la mesa donde estaba la maqueta de madera y señaló un punto en el centro.

—¿Y qué pasa con esto?

Había posado uno de sus rollizos dedos sobre la señal que marcaba a la actual capital del Imperio.

—Roma es una puta que jamás podrá redimirse —dijo el César—. Demasiados enemigos capaces de traicionar a sus propios intereses. Es una ciudad que se pudre y que el mal ha corrompido. El Imperio necesita un lavado de cara y comenzaremos nuestra reforma cambiando la capital. El Imperio romano tendrá ahora dos, nuevas y prósperas como punto de partida. Roma no volverá a ser la capital del Imperio.

—¡Por los dioses! —exclamó ilusionado Maximiano ante el reto—, gracias a Júpiter que me has concedido la parte occidental... me gustan las mujeres galas, las germanas y las hispanas, ¡por Príapo! Hasta las bretonas —concluyó mientras Diocleciano reía a carcajadas—. No encuentro mejor lugar para establecerme.

—Ahora, haz llamar a Hieracles, Gregorius y Constantino —musitó el César Diocleciano mientras tendía el brazo a su buen amigo Maximiano—. Tengo reformas que aplicar.

Ciudad Real, agosto de 2017

Nota del autor

La crisis del llamado Bajo Imperio romano ha sido objeto de amplio análisis y debate. La época que sirve de trasfondo a esta novela fue una de las etapas más convulsas que azotaron las vidas de todos aquellos que vivían bajo las reglas del Imperio. Debido a ello, las fuentes acerca de la vida y muerte de muchos de los personajes históricos es relativamente escasa. Con todo, lo que sí conocemos son muchos de los detalles de la vida cotidiana en Roma y muchas de las ciudades repartidas por sus provincias.

Conocemos que un día para cualquier ciudadano romano comenzaba con la *hora prima* (alrededor de las 6:00am en la actualidad), y el día acababa con la duodécima (sobre las 18:00pm). El medio día en la vida cotidiana se marcaba con la hora sexta (alrededor de las 12:00am)

A lo largo de la novela, se hace alusión a los diferentes días importantes que completaban el calendario romano, así pues, se utilizan los *idus*, *calendas* y *nonas* con frecuencia a lo largo de la trama narrativa.

Los *idus* eran aquellos días que coincidirían en la actualidad con el día 13 en los meses de enero, febrero, abril, junio, agosto, septiembre, noviembre y diciembre; mientras que lo haría con el día 15 en los meses de marzo, mayo, julio y octubre. Por *calendas*, se entendían aquel que era el primer día del mes. Y por *nonas*, cada día 5 de todos los meses, excepto en marzo, mayo, julio y octubre que era el día 7.

También se hace alusión en la novela a días importantes como los días *nefasti* (aquellos no hábiles por motivos religiosos o para reunir al pueblo en asamblea o juicios), los días *fasti* (días hábiles) y los días festivos (cada ocho días había un festivo que solía ser día de mercado).

De igual modo, en la trama argumental he utilizado en ciertas ocasiones, especialmente en el capítulo donde Magna Urbica y Khalima recorren varias partes de la ciudad de Roma, ciertos elementos arquitectónicos como puentes, arcos y templos que no existirían en la época del siglo III d.C. pero que he

utilizado para marcar al lector el recorrido exacto que ambas mujeres realizan, con la intención de facilitar su comprensión.

En otros, como el recorrido que hace el emperador Carino a su entrada en Roma, han sido trazados de la forma más fidedigna posible a través de documentación y mapas antiguos de los que me he proveído para tal efecto.

En otra parte de la trama, existe cierta licencia estilística que he utilizado para dar mayor énfasis a la equidistancia entre cristianismo y paganismo, a través del capítulo donde algunas fieras son liberadas en el Coliseo ante un grupo de cristianos. Sabemos que tal barbaridad es un hecho pero no podemos catalogar con exactitud el período donde tal práctica se pudo acometer ni la frecuencia con la que tales actos pudieran realizarse.

Hay que tener presente que el cristianismo, en la época que nos ocupa, apenas si pudo relegar el culto tradicional romano a un lado pues en sus comienzos fue considerado por las instituciones romanas como otra de las muchas formas de fe que existían y convivían con el panteón romano. Por ello, y hasta que el cristianismo no se convirtió en una amenaza real, los enfrentamientos entre cristianos y paganos se podían considerar como esporádicos, localizados y, en algunos casos, objeto de burla por parte del paganismo hacia la nueva forma de fe que comenzaba a consolidarse en ciertas provincias del Imperio, como en la provincia de Baetica, focalizando un buen núcleo cristiano en Corduba.

He intentado mantener muchos de los términos en latín, haciendo aclaración añadida a través de la propia narrativa, para evitar que la novela se convirtiera en algún tipo de obra de consulta histórica plagada de notas a pie de página o un glosario al que tener que acudir constantemente, pero muchos han sido igualmente traducidos al castellano para una fácil comprensión o para evitar la repetición reiterada de tales vocablos en latín.

Como ya he dicho, esta novela no tiene otro propósito que entretener al tiempo que he intentado buscar otra posible vía a una realidad histórica, como es el ascenso al poder de Diocleciano al trono del Imperio —poniendo fin a una de las mayores crisis políticas, económicas y militares de la historia de Roma— y la convivencia de los primeros cristianos con el pueblo pagano, buscando otro punto de vista, otra forma de ver lo que la historia nos ofrece ante nuestros ojos, otra forma de rellenar las lagunas históricas debido a la falta de datos contrastables.

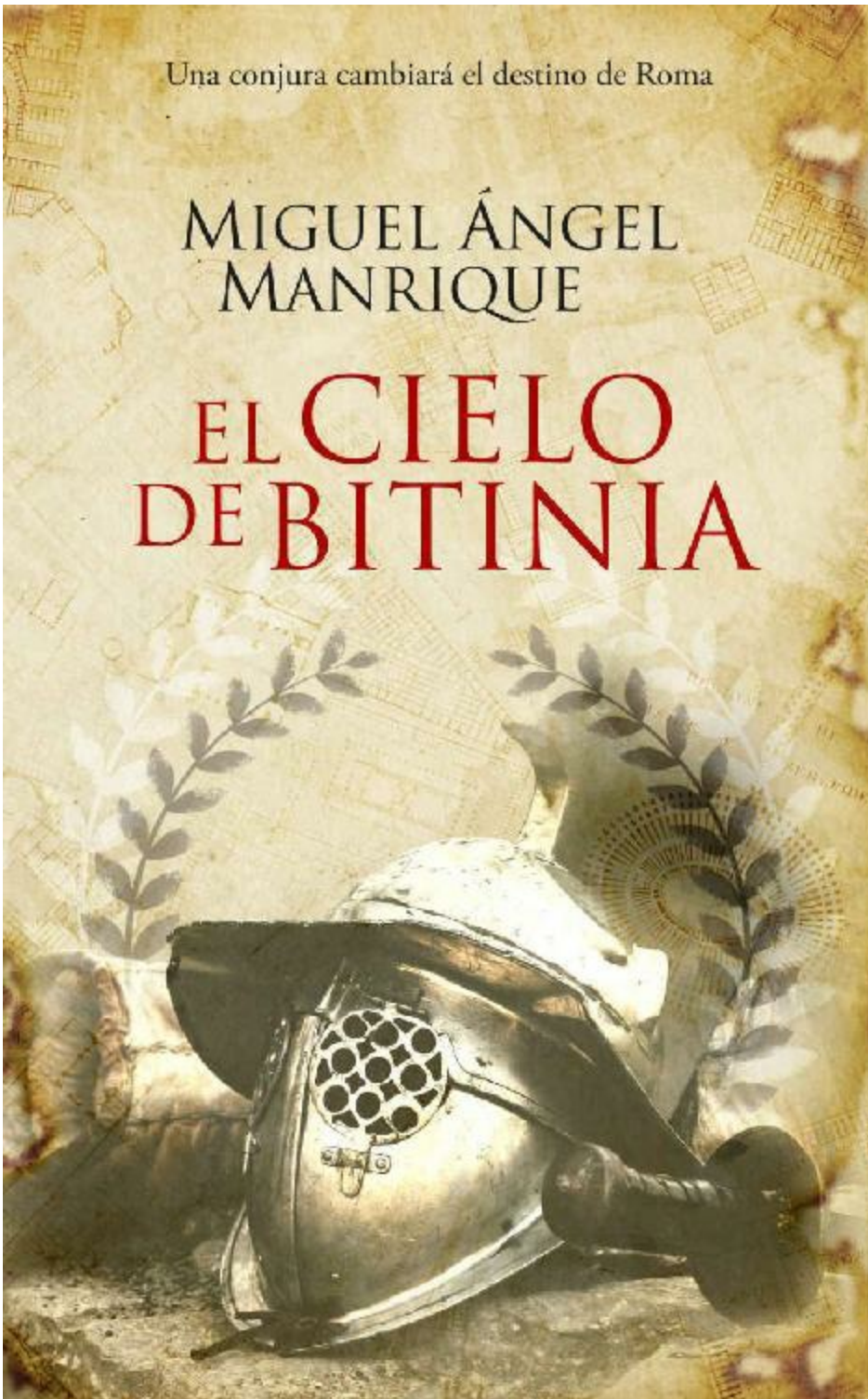
Quedo agradecido en la confianza depositada por usted, querido lector, y

aguardo hasta que podamos encontrarnos otra vez entre las páginas de alguna otra historia.

Una conjura cambiará el destino de Roma

MIGUEL ÁNGEL
MANRIQUE

EL CIELO DE BITINIA



¡Encuentra

aquí tu próxima lectura!

Escanea el código con tu teléfono móvil o tableta.
Descubre los primeros capítulos
de otras obras del autor.